

Historia de la guerra

JOHN KEEGAN



«No estaba yo destinado a ser guerrero», se lamenta Keegan. Sin embargo la fascinación por las historias de los veteranos fue la que le llevó a convertirse en uno de los principales expertos mundiales en historia militar. Desde las primeras puntas de flecha hasta los misiles teledirigidos, desde el soldado anónimo al más grande de los generales, esta es la historia de la guerra en todas sus vertientes. La lectura ideal tanto para los admiradores de la disciplina marcial como para sus detractores, completísima, erudita y narrada con el saber hacer de un clásico en su especialidad.



John Keegan

Historia de la guerra

ePub r1.1

Un_Tal_Lucas 04.11.16

Título original: *A History of Warfare*
John Keegan, 1993
Traducción: Francisco Martín Arribas

Editor digital: Un_Tal_Lucas
ePub base r1.2



En memoria de Winter Bridgman, teniente del regimiento de Clare muerto
en la batalla de Lauffeld el 2 de julio de 1747.

INTRODUCCIÓN

No estaba yo destinado a ser guerrero. Una enfermedad infantil en 1948 me dejó lisiado de por vida, y hace ya cuarenta y cinco años que soy cojo. Cuando en 1952 me presenté al examen médico para el servicio militar obligatorio, el doctor que me examinó las piernas —único médico, por supuesto, que me vio aquel día— meneó la cabeza, apuntó algo en mi expediente y me dijo que podía irme. Semanas después recibía una carta oficial en la que se me comunicaba que había sido clasificado como inútil permanente para el servicio en las fuerzas armadas.

El destino, sin embargo, haría que el eje de mi vida fuese el ejército. Mi padre había servido en la Primera Guerra Mundial, yo me crié durante la Segunda en una región de Inglaterra en la que se preparaban los ejércitos ingleses y estadounidenses para la invasión del Día D, y ya intuía, en cierto modo, que el servicio de armas de mi padre en el frente occidental en 1917 y 1918 había sido su experiencia vital más importante. Así, ser testigo de los preparativos para la invasión de Europa en 1943 y 1944 fue algo que a mí también me marcó, suscitando en el niño de entonces un interés por los temas militares que se consolidaría cuando fui a estudiar a Oxford en 1953 y elegí Historia Militar como asignatura especial.

La asignatura especial constituía un requisito únicamente imprescindible para la graduación, por lo que mi implicación en la materia de la Historia Militar habría podido concluir al finalizar mis estudios; pero mi interés fue en aumento en el transcurso de los mismos, fundamentalmente porque casi todos mis compañeros de Oxford, a diferencia de mí, habían hecho el servicio militar, lo que sirvió para hacerme consciente de haberme perdido algo. Casi todos ellos habían sido oficiales y muchos habían servido en campaña, dado que Gran Bretaña, en la década de 1950, veía mermar su imperio por efecto de diversas guerras coloniales de menor entidad; algunos de mis amigos habían combatido en las junglas malayas o en las selvas de Kenia, y recuerdo que algunos habían estado alistados en regimientos en Corea, participando en batallas auténticas.

Su futuro profesional no era muy prometedor y buscaban acabar con éxito los estudios, causando buena impresión en los profesores, como pasaporte para su inminente incorporación a la vida civil; pero para mí era evidente que aquellos dos años en que habían vestido el uniforme les conferían el aura de un mundo totalmente distinto de aquel en que estaban a punto de ingresar. Parte de aquella aura la constituían sus experiencias en lugares remotos, sus obligaciones fuera de lo corriente, la emoción y el peligro, y a ello se añadía el prestigio de haber convivido con los oficiales profesionales bajo cuyo mando habían estado. A los profesores se les admiraba por su erudición y sus excentricidades, pero aquellos compañeros

conservaban hacia los oficiales que habían conocido una admiración por el conjunto de sus cualidades humanas, su ímpetu, su arrojo, su vitalidad y su impaciencia día a día; los nombraban a menudo, memoraban su carácter y sus manías, recreaban sus hazañas y, sobre todo, sus roces naturales con la autoridad. Yo llegué a pensar que, de algún modo, conocía a aquellos alegres militares y, desde luego, estaba ansioso por conocer a gente como ellos aunque solo fuese para corroborar mi personal visión del mundo militar, que iba tomando forma en mi mente a medida que profundizaba en el estudio de los textos de la asignatura de Historia Militar.

Al concluir la vida universitaria, cuando mis amigos se marcharon para incorporarse a la vida civil como abogados, diplomáticos, funcionarios o, a su vez, profesores de universidad, me di cuenta de que aquella aura de sus experiencias militares había hecho mella en mí y decidí ser historiador militar; temeraria decisión, dado que existían pocas plazas docentes para la asignatura. No obstante, antes de lo que habría cabido esperar, se produjo una vacante en la Real Academia Militar de Sandhurst, la escuela británica de cadetes, y en 1960 me incorporé a su claustro de profesores. Tenía veinticinco años, no sabía nada del ejército, nunca había oído un disparo, apenas había visto oficiales y mi concepto de lo militar era exclusivamente producto de mi imaginación.

El primer curso que pasé en Sandhurst me sumergió totalmente en un mundo para el que, ni por lo más remoto, estaba preparado. En 1969 la plantilla militar de la academia —yo formaba parte del personal docente— la constituían exclusivamente, en los cargos más antiguos, veteranos de la Segunda Guerra Mundial, mientras que los oficiales más jóvenes habían luchado casi todos en Corea, Malasia, Kenia, Palestina, Chipre o en cualquier otra campaña de la docena más de guerras coloniales, y todos lucían un uniforme lleno de condecoraciones, muchas de ellas ganadas en actos de valor. El jefe de mi departamento, un oficial retirado, lucía por las tardes en el salón de oficiales la medalla de la Orden de Servicios Distinguidos y la Cruz Militar con dos barras, condecoraciones que no eran nada excepcionales, pues había mayores y coroneles con medallas por actos de valor en El Alamein, Montecassino y Kohima. La historia de la Segunda Guerra Mundial estaba escrita en aquellas delgadas cintas de seda que con tanta naturalidad exhibían, y de sus momentos culminantes daban cuenta aquellas medallas y cruces cuyos poseedores no parecían dar importancia a haberlas ganado.

Y no era solo el caleidoscopio de medallas lo que producía en mí el hechizo, sino los abigarrados uniformes y lo que significaban. Muchos de mis compañeros de universidad habían vuelto con prendas de gloria militar: guerreras de su regimiento o gruesos abrigos del ejército; los que habían sido oficiales de caballería seguían luciendo como traje de noche las botas de charol con ranura en el tacón para las espuelas y reborde de cuero, correspondientes a su uniforme de húsares. Lo que me hizo reparar en la paradoja de que el uniforme no fuese tan uniforme y los regimientos tuviesen atuendos distintos. Tal diversidad se me hizo patente en las

primeras reuniones a las que asistí en Sandhurst. Había lanceros y húsares de azul y escarlata, pero también oficiales de la caballería real abrumados por el peso de los entorchados, oficiales de fusileros vestidos de un verde tan oscuro que parecía negro, artilleros de pantalones ceñidos, guardias reales de camisa almidonada, *highlanders* con seis tipos diferentes de falda escocesa, *lowlanders* con pantalón escocés de cuadros, y oficiales de infantería de los regimientos de los condados con pechera amarilla, blanca, gris, roja o de ante.

Yo estaba convencido de que el ejército era algo unitario, pero en la primera velada descubrí mi error; me faltaba aún por aprender que aquellas diferencias de atuendo externas traducían unas diferencias internas de mucha mayor importancia. Así, descubrí que los regimientos se significaban por encima de todo por su carácter, y que era ese carácter lo que los convertía en organizaciones de combate cuya eficacia en la lucha testimoniaban todas aquellas medallas y cruces que veía por doquier. Mis amigos de los regimientos —la cordial amistad de que los militares hacen gala es una de sus cualidades más entrañables— eran, sí, compañeros de armas; pero hasta cierto punto, pues la piedra angular de sus vidas era la lealtad a sus respectivos regimientos. Cualquier desacuerdo personal se olvida de un día para otro, pero una mancha para el regimiento, aunque nunca se mencione, jamás se olvida; pues una contrariedad de ese género afecta muy profundamente al código de valores de la tribu.

Tribalismo fue lo que observé. Los veteranos que conocí en Sandhurst en la década de 1960 no se distinguían externamente de los profesionales de otros estamentos; procedían de los mismos colegios, de las mismas universidades a veces, adoraban a su familia, tenían para con sus hijos las mismas expectativas que los demás y se preocupaban por el dinero como cualquier hijo de vecino. Sin embargo, el dinero no era para ellos el valor supremo, ni siquiera la promoción en la jerarquía militar. Claro que los oficiales anhelaban ascender, pero no era ese el valor por el que se medían. Un general puede ser o no objeto de admiración, ya que esta es suscitada por algo más que las simples insignias de superioridad. La admiración radica en la fama que ostente como hombre entre los demás, fama que se ha ido atesorando a lo largo de muchos años a la vista de la tribu que constituye su regimiento. Y esa tribu la componen no solo los oficiales de igual rango, sino también los sargentos y la tropa. «Malo para la tropa» era la descalificación suprema. Un oficial puede ser listo, competente, trabajador; pero si sus soldados abrigan dudas respecto a él, ninguna de tales cualidades cuenta. No forma parte de la tribu.

El ejército británico es tribal en grado sumo; algunos de sus regimientos se remontan al siglo XVII, cuando comenzaban a perfilarse los ejércitos modernos a partir de las hordas feudales de guerreros cuyas avanzadillas habían penetrado en Europa occidental durante las invasiones que derrocaron el imperio romano. En cualquier caso, desde mis años juveniles en Sandhurst, he observado ese mismo código tribal en otros ejércitos. He notado el aura tribal en los oficiales franceses que

combatieron en la guerra de Argelia mandando soldados musulmanes, cuyas tradiciones son iguales a las de los *ghazi*, intrusos de las fronteras del islam. La he advertido también en los recuerdos de oficiales alemanes —reincorporados a filas para constituir el ejército alemán de la posguerra— que habían luchado contra los rusos en la estepa, mientras hablaban con orgullo de unos padecimientos que recordaban las experiencias de sus antepasados medievales. Y la he notado muy acentuadamente entre los oficiales de la India, sobre todo en su prontitud al recalcar que son *rajputs* o *dogras*, descendientes de los invasores que conquistaron el país en los albores de su historia. Y también la he advertido entre los oficiales estadounidenses que lucharon en Vietnam, el Líbano o el Golfo, referentes de un código de valor y servicio que se remonta a los orígenes de la república.

Los militares no son como los demás hombres: es la lección que he aprendido de toda una vida en el seno del mundo militar. Y la lección me ha enseñado a considerar con extrema suspicacia las teorías y modelos sobre la guerra que tratan de equipararla con cualquier otra actividad humana. Indudablemente, la guerra, como han demostrado los teóricos, está relacionada con la economía, la diplomacia y la política; pero esta relación no significa identidad ni similitud. La guerra es totalmente distinta de la diplomacia y de la política porque tienen que hacerla hombres cuyos valores y cuya capacidad no son los de los políticos y los diplomáticos. Son valores de un mundo muy distinto, un mundo muy antiguo que existe en sintonía con el mundo cotidiano, pero que no forma parte de él. Ambos mundos cambian con el paso del tiempo, y el del guerrero sigue los pasos del civil, pero a una cierta distancia. Y esa distancia nunca se anula, pues la cultura del guerrero no puede ser nunca la de la civilización. Todas las civilizaciones deben su nacimiento a los guerreros, y sus culturas nutren a los guerreros que las defienden; y las diferencias entre ellas hacen que las diferencias externas de los guerreros varíen mucho de una a otra. Uno de los temas de esta obra es, precisamente, que en el aspecto externo hay tres tradiciones guerreras distintas, pero en último extremo no hay más que una cultura guerrera. Su evolución y transformación a lo largo del tiempo y del espacio, desde la aparición del hombre sobre el planeta, constituye la historia de la guerra.

LA GUERRA EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

¿QUÉ ES LA GUERRA?

La guerra no es la continuación de la política por otros medios. El mundo sería más fácil de entender si fuese cierto este axioma de Clausewitz. Clausewitz, excombatiente prusiano de las guerras napoleónicas, que dedicó sus años de retiro a redactar lo que se convertiría en el libro más famoso sobre la guerra jamás escrito, *De la guerra*, lo que en realidad dijo fue que la guerra es la continuación «de la relación política» (*des politischen Verkehrs*) «con la intrusión de otros medios» (*mit Einmischung anderer Mittel*)^[1]. En alemán, el original expresa una idea más sutil y compleja que la frase con que suele citarse en español. Sin embargo, en cualquiera de los dos casos, el concepto de Clausewitz es incompleto, pues implica la existencia de estados, de intereses de estado y de cálculos racionales a propósito de cómo se deben lograr. Pero la guerra antecede a los estados, a la diplomacia y a la estrategia en varios milenios; la guerra es casi tan antigua como el hombre mismo y está arraigada en lo más profundo del corazón humano, un reducto en el que se diluyen los propósitos racionales del yo, reina el orgullo, predomina lo emocional e impera el instinto. «El hombre es un animal político», dijo Aristóteles. Y Clausewitz, hijo de Aristóteles, se contentó con decir que un animal político es un animal guerrero, sin atreverse a cuestionar la concepción del hombre como un animal pensante cuyo intelecto gobierna sobre el imperativo de cazar y la capacidad para matar.

Y no es una concepción que pueda cuestionar más fácilmente el hombre actual que un oficial prusiano, nieto de un clérigo y criado en el espíritu del siglo de las luces. Por mucha influencia que hayan tenido las ideas de Freud, Jung y Adler, nuestros valores morales siguen siendo los de las religiones monoteístas que condenan dar muerte a nuestros semejantes fuera de circunstancias de legítima defensa. La antropología nos dice, y la arqueología nos indica, que nuestros antepasados civilizados eran sanguinarios, en tanto el psicoanálisis trata de persuadirnos de que en todo hombre anida un salvaje en lo más profundo de su ser. No obstante, hay que reconocer que la naturaleza humana, tal como se observa en la conducta cotidiana de la mayor parte del mundo civilizado actual, por imperfecta que sea, no deja de ser solidaria y con frecuencia benevolente. Consideramos la cultura como el factor crucial de la conducta humana, y en la interminable controversia entre «naturaleza y cultura», es la escuela partidaria de la «cultura» la que cuenta con mayores partidarios. Somos animales culturales y es la riqueza de nuestra cultura lo

que nos sirve para aceptar nuestra innegable capacidad para la violencia, convencidos, no obstante, de que su brote es una aberración cultural. Las lecciones de la historia nos recuerdan que los estados en que vivimos, sus instituciones y hasta sus leyes los debemos a conflictos, muchas veces de lo más sanguinario. Nuestra dieta diaria de noticias nos aporta información sobre derramamientos de sangre, muchas veces en zonas muy próximas a nuestros países y en circunstancias que ponen totalmente en entredicho nuestra concepción de la normalidad cultural. A pesar de ello, nos las arreglamos para situar las lecciones de la historia y de los reportajes en un ámbito de «otredad», como si nos fueran ajenas, que imposibilita vislumbrar la perspectiva de cómo será nuestro mundo mañana y pasado mañana. Nos decimos que nuestras instituciones y nuestras leyes sirven para restringir al máximo la violencia en la vida diaria por medio del castigo, a la par que consideramos que la violencia de las instituciones o del estado constituye una modalidad especial de «guerra civilizada».

Los límites de la guerra civilizada están marcados por dos tipos humanos antitéticos: el pacifista y el «portador legal de armas». El portador legal de armas siempre ha sido respetado, aunque solo sea por el hecho de que posee los medios para hacerse respetar; el pacifismo ha llegado a cobrar valor en estos dos mil años de la era cristiana, pero la relación está reflejada en el diálogo sostenido entre el fundador del cristianismo y el soldado romano profesional que requirió su palabra divina para curar a un siervo. «Yo también soy un hombre puesto bajo autoridad»^[2], dijo el centurión, y Jesús se admiró de la fe del centurión en el poder de la virtud, que aquel militar veía como complemento a la fuerza de la ley que él personificaba. ¿Podemos pensar que Cristo reconocía la postura moral del portador legal de armas, que ha de supeditar su vida a la autoridad y, por consiguiente, puede compararse con el pacifista que entrega su vida antes que violar la autoridad de su propia fe? Es una cuestión complicada, pero en nuestra cultura occidental a nadie le parece difícil asumirla. En su aceptación hallan acomodo para coexistir el militar profesional y el pacifista comprometido, a veces codo con codo: en el comando 3, una de las unidades británicas más combativas de la Segunda Guerra Mundial, los camilleros eran pacifistas, pero su comandante sentía por ellos la máxima consideración por su valentía y espíritu de sacrificio. Es evidente que la cultura occidental no sería lo que es si no respetase por igual al portador legal de armas y a quien considera que llevar armas es algo intrínsecamente contrario a la ley. Nuestra cultura aspira al pacto, y el pacto al que ha llegado respecto a la problemática de la violencia pública es desaprobar su manifestación pero legitimar su empleo. El pacifismo ha sido relegado a un ideal y el uso legal de las armas —bajo un estricto código de justicia militar integrado en un corpus de leyes humanitarias— ha sido aceptado por necesidades prácticas.

La guerra como «continuación de la política» fue la fórmula elegida por Clausewitz para expresar ese término medio adoptado por los estados de su época. El principio acordaba el respeto a la ética prevaleciente —de absoluta soberanía, atenta

diplomacia y tratados legalmente vinculantes— a la par que daba un margen al imperioso principio de los intereses de estado. Si no admitía los principios del pacifismo, que el filósofo prusiano Kant comenzaba a trasladar de la esfera religiosa a la política, sí que diferenciaba claramente al portador de armas del rebelde, el pirata y el bandido; presuponía un alto nivel de disciplina militar y un pavoroso grado de obediencia de los subordinados a sus superiores ante la ley, y aspiraba a que la guerra adoptase ciertas formas estrechamente definidas —asedio, batalla campal, escaramuza, incursión, reconocimiento, patrulla y servicio de avanzada—, cada una de las cuales se regía por convenciones reconocidas, asumiendo que la guerra tenía un principio y un fin. Pero lo que no tenía en cuenta era la guerra sin principio ni fin, la guerra endémica entre no estados o incluso entre pueblos en fase preestatal, en los que no existía distinción entre portadores de armas legales e ilegales, ya que todos los varones eran guerreros; una forma de guerra que había prevalecido durante largos periodos de la historia de la humanidad y que, en los confines de la civilización, continuaba incrustada en la vida de los estados y, de hecho, estos la aprovechaban según la práctica generalizada de reclutar a quienes la practicaban a guisa de caballería ligera e infantería «irregular». Los oficiales de los estados civilizados apartaban la vista de los modos ilegales e incivilizados y de los métodos bárbaros de lucha que estos guerreros utilizaban en combate; pero, sin los servicios que prestaban, los entrenados ejércitos en que servían Clausewitz y sus contemporáneos apenas habrían sido capaces de vencer. Todos los ejércitos regulares, incluso los de la revolución francesa, reclutaban tropas irregulares para patrullar, efectuar reconocimientos y llevar a cabo escaramuzas; durante el siglo XVIII la expansión de tropas como las de los cosacos, los «cazadores», los *highlanders*, los «fronterizos» y los húsares fue una de las innovaciones militares más notables. Sus civilizados comandantes optaron por correr un tupido velo sobre los hábitos de botín, pillaje, violación, asesinato, rapto, extorsión y vandalismo sistemáticos. «La guerra [...] continuación de la política»: una vez formulado el concepto por Clausewitz, resultó para los oficiales pensantes un cómodo refugio filosófico desde el que considerar los aspectos más antiguos, siniestros y elementales de su profesión.

Sin embargo, Clausewitz entornó los ojos para no tener que ver que la guerra no era ni mucho menos lo que él decía. «Si las guerras de los pueblos civilizados son menos crueles y destructivas que las de los salvajes [...]», afirmaba de modo condicional en uno de sus párrafos más famosos; pero fue una idea que no desarrolló porque, con toda la fuerza filosófica de que disponía, se esforzaba por enunciar una teoría universal de lo que *debería* ser más que lo que realmente era o había sido. Y en gran medida lo consiguió. En la práctica de la guerra, los estadistas y los comandantes supremos siguen guiándose por los principios de Clausewitz. Aunque en la descripción real de la guerra, los testigos oculares y los historiadores han de abandonar los métodos de Clausewitz; y esto a pesar de que él mismo fue a la vez testigo e historiador de la guerra, lo que le habría permitido ver y escribir muchísimas

cosas que no figuran en sus teorías. «Sin una teoría, los hechos no dicen nada», ha escrito el economista F. A. Hayek. Eso puede ser cierto en los fríos hechos de la economía, pero los hechos de la guerra no son fríos, sino que queman como el fuego infernal. En la vejez, el general William Tecumseh Sherman, que había incendiado Atlanta y arrasado mediante el fuego gran parte del Sur, reflexionó amargamente sobre el tema con unas palabras que han llegado a ser casi tan famosas como las de Clausewitz: «Estoy harto de la guerra. Su gloria es pura quimera [...]. La guerra es un infierno»^[3].

Clausewitz había visto el fuego infernal de la guerra; de hecho, fue testigo del incendio de Moscú, un incendio que constituyó la mayor catástrofe material de las guerras napoleónicas, un acontecimiento de alcance europeo, similar en efecto psicológico al del terremoto de Lisboa de 1755. En una época en que se tenía fe en Dios, la destrucción de Lisboa fue juzgada como infausta prueba del poder del Altísimo, constituyendo un acicate para la revitalización religiosa de Portugal y España; en la época de la revolución, la destrucción de Moscú se consideró una prueba del poder del hombre, lo que, efectivamente, fue; se creyó que fue un acto deliberado —Rostopchín, el gobernador de la ciudad, se atribuyó la responsabilidad, mientras que Napoleón mandaba apresar a unos supuestos incendiarios, a quienes ejecutó—; pero, curiosamente, Clausewitz no pudo convencerse de que el incendio fuese un acto intencionado, una quema prevista para empañar el triunfo de Napoleón. Dice, por el contrario: «Yo estaba firmemente convencido de que los franceses no habían sido los autores, y que hubiera sido obra de las autoridades rusas me pareció cuando menos no probado». Lo tomaba por un accidente:

El desorden que vi en las calles al retirarse la retaguardia [rusa], el hecho de que se viera inicialmente salir humo del extremo de los suburbios en los que actuaban los cosacos, me convenció de que el incendio de Moscú fue consecuencia del desorden, y del hábito de los cosacos de entregarse de lleno al pillaje y luego prender fuego a las casas para que el enemigo no las aprovechara [...]. Constituía una gran extrañeza histórica el que un suceso que tanto influiría en el destino de Rusia fuese algo así como un hijo bastardo, nacido de un amor ilícito y sin padre que lo reconociera^[4].

Sin embargo, Clausewitz habría debido saber que no hubo nada de accidental, ni en el acto supuestamente huérfano de la quema, ni en los innumerables actos ilícitos que jalonaron la campaña de Napoleón en Rusia en 1812. Contar con los cosacos era garantía de que abundasen los incendios, el pillaje, las violaciones, el asesinato y mil atrocidades más, ya que para los cosacos la guerra no era política, sino una cultura y una forma de vida.

Los cosacos eran soldados del zar y a la vez se rebelaban contra el absolutismo zarista. Su origen cobra tintes mitológicos, y no cabe duda de que ellos mismos

dejaron crecer ese mito a lo largo del tiempo^[5]. Sin embargo, la esencia de ese mito es a la vez simple y cierta. Los cosacos —cuyo nombre deriva del vocablo turco que significa «hombre libre»— eran siervos cristianos fugitivos de los señores de Polonia, Lituania y Rusia que habían optado por «hacerse libres» en las ricas zonas de la inmensa estepa de Asia central en las que no existía gobierno.

En la época en que Clausewitz conoció a los cosacos, el mito de que habían nacido libres estaba muy difundido, pero había menguado en su realidad; al principio habían fundado comunidades realmente igualitarias sin jefe, mujeres ni propiedades: la auténtica banda de guerreros libres sin vínculos que constituye el poderoso y potente ingrediente de su fama universal. En 1570, Iván el Terrible tuvo que dar pólvora, plomo y dinero —tres cosas que no se producían en la estepa— a cambio de la ayuda de los musulmanes; pero antes de finalizar su reinado comenzó ya a utilizar la fuerza para someterlos al poder zarista^[6], presión que sus sucesores continuarían. Durante las guerras contra Napoleón se formaron regimientos regulares de cosacos; profunda contradicción, si bien era parte de la moda europea de la época de incorporar al ejército, en diversas fases del orden de combate, unidades constituidas por guerreros de los bosques, montañeses y caballería nómada. En 1837, el zar Nicolás I culminaría el proceso al nombrar a su hijo «atamán de todos los cosacos», y la etnia estuvo representada en los cuerpos de la guardia imperial por regimientos de cosacos del Don, de los Urales y del mar Negro, diferenciados de otras unidades de pueblos fronterizos —como lezquinos, musulmanes y montañeses del Cáucaso— tan solo por detalles de sus exóticos uniformes.

No obstante, pese a lo amplio del proceso de sometimiento, a los cosacos se les eximió de la ingenuidad de pagar el «impuesto de almas» que marcaba indeleblemente a los siervos rusos, por lo que estaban específicamente exentos de conscripción, obligación que los siervos consideraban condena a muerte. Efectivamente, hasta las postrimerías del régimen zarista, el gobierno ruso conservó el principio de tratar con las distintas hordas de cosacos como si fuesen comunidades de guerreros libres en las que la responsabilidad de responder a la llamada a las armas recayese en el grupo y no en el individuo. Incluso al estallar la Primera Guerra Mundial, el ministro de la Guerra contó con los cosacos para formar regimientos, sin recurrir a la conscripción individual; significaría la perpetuación de un sistema parcialmente feudal, diplomático y mercenario que en diversas formas surtía a los estados de contingentes militares entrenados casi desde los orígenes de la guerra organizada.

Los cosacos que Clausewitz conoció eran mucho más parecidos a los primitivos bandidos entregados al pillaje, incluso más que los gallardos merodeadores que más tarde inmortalizaría Tolstói en sus primeras novelas, y resultaba proverbial por demás en 1812 imputarles la autoría del incendio de Moscú. Los cosacos seguían siendo gente cruel, y el incendio no fue el más cruel de sus actos, aunque sí lo bastante como para dejar sin abrigo en pleno invierno subártico a cientos de miles de moscovitas. En

la gran retirada que tuvo lugar a continuación, los cosacos mostraron una crueldad que dejó honda huella en las víctimas occidentales de las incursiones de los habitantes de la estepa, nómadas montados en ponis cuyos estandartes de colas de caballo proyectaban la sombra de la muerte por doquier. Tales incursiones quedaron grabadas en lo más profundo de la memoria colectiva. Las largas columnas de la Grande Armée, que se replegaban penosamente con la nieve hasta la rodilla y sin capacidad de defensa, fueron abatidas a disparos de mosquete por escuadrones de cosacos que acechaban su huida y caían de repente sobre ellas en cuanto algún soldado sucumbía a la fatiga; y cuando un grupo exhausto se rezagaba, eso significaba su fin. Cuando los cosacos coparon al resto del ejército que no había podido cruzar el río Beresina antes de que Napoleón quemara los puentes, tuvo lugar una matanza generalizada. Clausewitz cuenta a su esposa que fue testigo de «escenas pavorosas [...]. Si mi corazón no se hubiera endurecido, me habría vuelto loco. Pero a pesar de ello tardaré años en recordar lo que vi sin estremecerme de horror»^[7].

Y eso que Clausewitz era militar profesional, hijo de un oficial, educado para la guerra, veterano de veinte años de campañas y superviviente de las batallas de Jena, Waterloo y Borodino, esta última la batalla más sangrienta librada por Napoleón; había visto correr sangre a mares, había recorrido campos de batalla en los que se apiñaban heridos y muertos, había visto caer hombres a su lado y había escapado por azar a la muerte al resultar herido su caballo. No cabe duda de que su corazón se había endurecido. ¿Por qué encontró tan especialmente horrible la persecución de que hicieron objeto los cosacos a los franceses? Evidentemente, la respuesta es que nos endurecemos ante lo que conocemos y racionalizamos, e incluso justificamos las crueldades cometidas por nosotros mismos y los nuestros, mientras que conservamos la capacidad de que nos ofendan y hasta nos repugnen actos igual de crueles que, realizados por desconocidos, adquieren otra perspectiva. Clausewitz y los cosacos se desconocían mutuamente, y a él le repugnaban costumbres cosacas como la de lancear a jinetes rezagados, vender prisioneros a los campesinos y despojar de sus harapos, dejándolos desnudos, a los invendibles. Probablemente suscitara su desprecio, como observó un oficial francés, el hecho de que «cuando nos enfrentábamos a ellos temerariamente nunca ofrecían resistencia, aun cuando su fuerza fuese el doble de la nuestra»^[8]. En resumidas cuentas, los cosacos eran crueles con los débiles y cobardes frente a los valientes: exactamente lo contrario al código de conducta a que estaba acostumbrado un oficial prusiano y un caballero; un código que perviviría. En la batalla de Balaclava, en la guerra de Crimea en 1854, a dos regimientos de cosacos se les ordenó contener la carga de la brigada ligera, y un oficial ruso que observó la maniobra comunicó que «atemorizados por el orden disciplinado de la masa de caballería [inglesa] que se les echaba encima, [los cosacos] cedieron y, girando a la izquierda, comenzaron a disparar sobre sus propias tropas para abrirse camino y huir». Cuando la brigada ligera fue rechazada en el valle de la Muerte por la artillería rusa, según otro oficial ruso, «los primeros en recuperar

la posición fueron los cosacos, que, fieles a sí mismos, se aprestaron al cometido de capturar los caballos ingleses sin jinete para venderlos»^[9]. Sin duda, el espectáculo había redoblado el desprecio de Clausewitz, reforzando su convicción de que los cosacos no eran dignos de ser llamados «soldados», y la de que, a pesar de su condición mercenaria, ni siquiera merecían el título de mercenarios, ya que estos suelen cumplir fielmente su contrato. Clausewitz los consideraría probablemente unos carroñeros que se alimentaban de las asaduras de la guerra ahorrándose la carnicería.

Efectivamente, la actividad concreta de la guerra en tiempos de Clausewitz era la carnicería. Los soldados aguardaban la carnicería en filas, inertes, de pie y en silencio, a veces durante horas. En Borodino, la infantería del cuerpo Ostermann-Tolstói aguantó en pie el fuego a quemarropa de la artillería dos horas, «durante las cuales el único movimiento fue la agitación de las filas causada por la caída de los cadáveres»; y haber sobrevivido no implicaba el fin de la carnicería, pues Larrey, el cirujano jefe de Napoleón, practicó doscientas amputaciones la misma noche de la batalla de Borodino. Y sus pacientes fueron los afortunados. Eugène Labaume describió «el interior de las hondonadas» que surcaban el campo de batalla: «casi todos los heridos, por instinto natural, se habían arrastrado hasta ellas para resguardarse [...] amontonándose unos sobre otros y chapoteando desesperadamente en su propia sangre; algunos les suplicaban a los que pasaban por su lado que pusieran fin a su sufrimiento»^[10].

Aquellas escenas de carnicería eran el inevitable resultado de un método de hacer la guerra que incitaba a las gentes que Clausewitz consideraba salvajes, como los cosacos, a huir cuando se veían en peligro, al tiempo que, si no habían sido testigos de las mismas, se reían cuando se las relataban. Cuando Takashima, el reformador militar japonés, demostró por vez primera en 1841 la instrucción militar europea ante unos notables samuráis, provocó chanzas, y el maestro de guerra dijo que el espectáculo «de hombres alzando y manipulando sus armas a la vez y con idéntico movimiento era como si estuvieran realizando un juego de niños»^[11]. Tal fue la reacción de aquellos guerreros del cuerpo a cuerpo, para quienes el combate constituía un acto de expresión personal por el cual un hombre demostraba no solo su valor, sino al mismo tiempo su personalidad. Los *klephts* griegos, medio bandidos, medio rebeldes frente a los turcos, a quienes sus simpatizantes franceses, alemanes e ingleses helenófilos —muchos de ellos exoficiales de las guerras napoleónicas— intentaron instruir en el orden cerrado de combate al estallar la guerra por la independencia de Grecia en 1821, también reaccionaron con risueña incredulidad, aunque sin desprecio. Su manera de combatir —muy antigua, como comprobó Alejandro Magno al invadir Asia Menor— consistía en construir murallas bajas en el posible lugar de enfrentamiento con el enemigo y provocar su ataque mediante sarcasmos e insultos, y darse a la fuga cuando este se aproximaba. Vivían para volver a luchar al día siguiente, pero no para ganar la guerra, cuestión que ni siquiera se les

pasaba por la cabeza. También los turcos combatían con arreglo a un método étnico consistente en correr en una carga dispersa, con un fanático desprecio de las bajas. Los helenófilos sostenían que, a menos que los griegos hicieran frente a los turcos, nunca ganarían la guerra; mientras que los griegos aducían que, si resistían a la manera europea, a pecho descubierto ante los mosquetes turcos, morirían todos, y en cualquier caso la perderían.

«Por los griegos rubor, por Grecia una lágrima», escribió Byron, el más célebre de los helenófilos. Él, como otros amantes de la libertad, esperaba «crear unas nuevas Termópilas» junto con los griegos; pero su descubrimiento de que resultaban invencibles tan solo por su ignorancia de las tácticas racionales lo deprimió y desilusionó del mismo modo que a otros idealistas europeos. La helenofilia se nutría de la creencia de que los griegos modernos eran, por debajo de su suciedad y su ignorancia, iguales a los antiguos. Shelley, en su prólogo a *Hellas* —«La gran era del mundo recomienza, / vuelve la edad de oro»—, resumió así este convencimiento: «Los griegos modernos son los descendientes de aquellos seres gloriosos de quienes nuestra imaginación casi se resiste a creer que fuesen de nuestro mismo género, y han heredado gran parte de su sensibilidad, su rapidez mental, su entusiasmo y su valentía». Pero los helenófilos que libraron batalla al lado de los griegos no solo dejaron de creer inmediatamente en la supuesta identidad entre antiguos y modernos; los supervivientes que lograron regresar a Europa, escribe William St. Clair, historiador del movimiento helenófilo, «casi sin excepción odiaban a los griegos, sentían por ellos un profundo aborrecimiento, y maldecían su propia estupidez por haberse dejado engañar»^[12]. La ingenua proclama poética de Shelley sobre la valentía de los griegos modernos resultaba particularmente mortificante. Los helenófilos querían convencerse de que mostrarían igual tenacidad en orden cerrado —en «el combate hasta morir de pie»— como habían hecho los antiguos hoplitas en las guerras contra los persas; se trataba de la modalidad de combate que, por tortuosos caminos, había venido a ser característica de su propio método de guerra en Europa occidental, y esperaban que sus coetáneos griegos, cuando menos, se mostrarían dispuestos a volver a aprender las tácticas del orden cerrado, aunque solo fuese porque constituían la clave para ganar la guerra contra los turcos. Pero al descubrir que no lo hacían, y que los «objetivos de guerra» de los griegos se limitaban a la conquista de la libertad, para seguir sacando la lengua a la autoridad al estilo *klepht* en las zonas fronterizas de montaña, subsistiendo merced al bandidaje, cambiando de bando según su conveniencia, asesinando a sus enemigos de religión cuando se presentaba la ocasión, desfilando con galas de oropel, esgrimiendo feroces armas, llenándose los bolsillos con denigrantes sobornos, sin nunca jamás combatir hasta que pereciera el último hombre, o hacerlo hasta que cayese el primero si llegaba el caso; al descubrir todo esto, los helenófilos no tuvieron más remedio que llegar a la conclusión de que únicamente una ruptura en el linaje entre griegos antiguos y modernos podía explicar la decadencia de tan heroica cultura.

Los helenófilos intentaron en vano que los griegos aceptasen su cultura militar. Clausewitz no intentó que los cosacos aceptasen la suya, aunque no lo habría logrado; lo que este y aquellos no supieron ver fue que el modo occidental de combatir, ejemplificado por la crítica del gran mariscal francés del siglo XVIII De Saxe, en su agudo comentario a las deficiencias militares de los turcos y sus adversarios, centradas en *l'ordre, la discipline et la manière de combattre*, era tan exponente de su propia cultura como el «vivir para volver a luchar al día siguiente» de los cosacos y los *klephts*^[13].

En resumen: es a nivel cultural cuando la pregunta de Clausewitz «¿qué es la guerra?» muestra su defecto. Y no es de extrañar, ya que a todos nos cuesta enajenarnos lo bastante de nuestra propia cultura como para percibir cómo nos configura como individuos. Para la gente del mundo occidental moderno, con su sumisión al credo del individualismo, la dificultad es tan irreductible como para los de otras épocas. Clausewitz era un hombre de la suya, hijo de la Ilustración, contemporáneo del romanticismo alemán, intelectual, reformista activo, hombre de acción, crítico de su sociedad y apasionado creyente de la necesidad de cambio. Era un agudo observador del presente y un devoto del futuro; pero lo que no supo ver fue lo arraigado que estaba en su propio pasado, el pasado de la clase de oficiales profesionales del estado centralista europeo. Si su mente hubiese dispuesto de otra dimensión intelectual —y no se puede negar que poseía una mentalidad nada corriente—, habría sido capaz de percibir que la guerra implica mucho más que la política, y que siempre es una manifestación de la cultura; en muchas ocasiones, un determinante de las formas culturales, y en algunas sociedades la cultura en sí.

¿QUIÉN ERA CLAUSEWITZ?

Clausewitz era oficial de un regimiento, pero esto requiere cierta explicación. Un regimiento es una unidad de fuerza militar, a saber, un cuerpo de unos mil hombres. En la Europa del siglo XVIII, el regimiento constituía una marcada característica del mundo militar, y ha pervivido intacta hasta nuestra época; efectivamente, hay regimientos, sobre todo en los ejércitos británico y sueco, que cuentan con una historia de casi tres siglos. Sin embargo, en su origen en el siglo XVII, el regimiento, además de algo nuevo, era un elemento revolucionario en la sociedad europea. Y su influencia fue tan importante como la de las burocracias autónomas y las autoridades fiscales, con las que estaba estrechamente unido.

El regimiento —semánticamente, el vocablo remite al concepto de «gobierno»— era un instrumento para asegurar el control de la fuerza armada por parte del estado. Las complicadas razones de su creación son consecuencia de una crisis nacida doscientos años antes en las relaciones entre los gobernantes europeos y quienes les prestaban servicio militar. Tradicionalmente, los reyes dependían para el

reclutamiento de ejércitos, en caso de necesidad, de los terratenientes a quienes concedían derechos locales de subsistencia y autoridad a cambio de su compromiso de aportar, cuando se les pedía, hombres armados en número proporcional al de las tierras de su propiedad y por un plazo concreto. El sistema estaba determinado en último extremo por la cuestión de la subsistencia, pues en las economías primitivas, en que la cosecha y la distribución quedaban subordinadas a las dificultades de transporte, había que situar a los hombres armados en las tierras y con derecho sobre las cosechas para que no volviesen a su condición de trabajadores.

No obstante, este sistema feudal nunca fue perfecto, y rara vez eficiente, y sus variantes en el tiempo y en el espacio impiden toda clasificación. Desde luego, en el siglo xv se había vuelto enormemente ineficaz. En aquella época, una situación de guerra casi permanente afligía a gran parte de Europa, como consecuencia del peligro exterior y de las divisiones internas, y los ejércitos feudales eran incapaces de acabar con ella. Las tentativas por hacer más eficaces las fuerzas armadas, concediendo mayor independencia a los señores feudales en el intrincado asunto de pagar a los caballeros que prestaban servicio de armas, no hicieron más que agudizar el problema. Los señores feudales rehusaban acudir al llamamiento, construían fuertes castillos, alzaban ejércitos privados y hacían la guerra por su cuenta, a veces contra los soberanos. Ya hacía tiempo que los reyes, siempre que podían reunir el dinero, habían complementado la fuerza feudal con tropas mercenarias, y así, a mediados del siglo xv, tanto reyes como señores feudales, cuando no tenían ya fondos para pagar, veían sus tierras assoladas por mercenarios a los que habían llamado a su servicio a cambio de dinero. Los mercenarios impagados se convirtieron en un azote, más temible en ocasiones que los pueblos intrusos de magiares, sarracenos y vikingos, que habían sido los primeros en suscitar la militarización y la construcción de castillos en Europa.

Era un círculo vicioso: reclutar más soldados como medio para establecer el orden era arriesgarse a aumentar el número de maleantes (*écorcheurs*, como los llamaban los franceses, o «destructores de la tierra»); y renunciar a restablecer el orden era condenar a los labradores al robo y al pillaje. Reconociendo que los *écorcheurs* se habían «convertido, a pesar de ellos, en parias militares que esperaban, no obstante, ser reconocidos más tarde o más temprano por el rey o los grandes señores», Carlos VII «procedió en 1445-1446 no, como a veces se ha dicho, a crear un ejército permanente, sino a escoger entre la soldadesca disponible» lo mejor que había^[14]. Las compañías mercenarias de composición uniforme se constituyeron y fueron oficialmente reconocidas como servidoras militares de la monarquía, con la función de eliminar al resto de tropas.

Las *compagnies d'ordonnance*, como se denominó a esta creación de Carlos VII, estaban formadas por soldados de infantería cuya inferioridad social respecto a la caballería feudal les confería desventaja militar, incrementada, además, por fuertes dudas a propósito de su capacidad física para resistir a la caballería en el campo de

batalla. Algunas tropas de infantería, en particular las del ejército público suizo, ya habían demostrado su capacidad para desmontar, tan solo con armas cortantes, a los jinetes; y cuando se generalizaron las armas de fuego eficaces a principios del siglo XVII, el punto de vista moral, tal como lo ha caracterizado el historiador militar Michael Howard, quedó fijado definitivamente por la tecnología^[15]. A partir de entonces, la infantería fue derrotando notablemente a la caballería, la cual, aunque siguió porfiando por que se reconociera su antiguo rango social, se vio marginada en el campo de batalla. Pero aquel rango se vio socavado a la vez por el impacto de la pólvora en las principales fortalezas de los caballeros feudales; las baterías de artillería móvil, las nuevas armas que por vez primera utilizó eficazmente Carlos VIII, sucesor de Carlos VII, acabaron con el desafío a la autoridad real por parte de los señores feudales dueños de fuertes castillos. El proceso iniciado poco después de 1490 hizo que, en la primera década del siglo XVII, sus descendientes se vieran honrados al aceptar por concesión real el mando de tropas de infantería.

Estas comandancias estaban vinculadas al «regimiento» o mando de una serie de compañías; ya se había comprobado que una simple compañía era de por sí demasiado reducida, tanto para que resultase decisiva en el combate como para que atrajese al mando a hombres de relevancia; a no ser que se tratase de una compañía de la guardia real. Por ello, los coroneles de regimiento de la mayoría de los ejércitos europeos eran a la vez sus propietarios, al igual que los jefes de las unidades mercenarias que siguieron coexistiendo con los nuevos regimientos reales hasta bien entrado el siglo XVIII. El tesoro real pagaba a los propietarios una suma que ellos mismos destinaban, a su criterio, a soldada y uniformes, y solían vender los cargos subordinados de capitán o teniente para aumentar sus ingresos. En el ejército británico esta práctica de «compra» de cargos persistió hasta 1871.

Estos nuevos regimientos enseguida adquirieron un carácter distinto al de las bandas mercenarias del feudalismo tardío y de las guerras de religión, que solían desmembrarse cuando se acababan los fondos (salvo en el caso, como sucedió en muchas ciudades-estado italianas, en que los mercenarios se apoderasen del gobierno); se convirtieron en instituciones reales —y después nacionales— permanentes, que muchas veces implantaban sede fija de su cuartel general en una ciudad de provincias, reclutando a la tropa en el área circundante y tomando a los oficiales de una élite de familias aristocráticas relacionadas. El regimiento prusiano de infantería número 34, al que se incorporó Clausewitz en 1792 a la edad de once años, era precisamente uno de estos. Fundado en 1720 y con guarnición en la ciudad de Neuruppin, en Brandeburgo, a sesenta y cuatro kilómetros de Berlín, lo mandaba un coronel que era príncipe, los oficiales procedían de la nobleza prusiana de segundo orden y los soldados —conscriptos por plazo indefinido entre las clases más pobres de la sociedad— constituían, junto a sus esposas, hijos y compañeros inválidos, más de la mitad de la población local.

Cien años después, toda Europa estaba llena de este tipo de ciudades con

guarnición, y algunas de ellas albergaban varios regimientos. En el peor de los casos, tales regimientos eran similares al de Vronski, amante de Anna Karénina, que Tolstói nos pinta como un club de dandis vagos y elegantes que se preocupaban más de sus caballos que de sus hombres^[16]; pero, en el extremo opuesto, estos regimientos eran auténticas «escuelas de la nación», en las que se fomentaba la sobriedad, la buena forma física y la excelencia en las virtudes. El regimiento de Clausewitz era un ejemplo de ello, y su comandante implantó escuelas para instruir a los jóvenes oficiales, enseñar a los soldados a leer y escribir, y a sus mujeres a hilar y hacer encaje.

Estos regimientos «edificantes» eran motivo de profundo orgullo para sus coroneles; y tanto más cuanto que se los veía como modelos de perfección social, una idea de gran atractivo para los hombres de la Ilustración. Aunque los soldados eran prácticamente esclavos que estaban en realidad presos en las ciudades de guarnición, a no ser que desertaran, resultaban un magnífico espectáculo *en masse*, cual si pertenecieran a una especie distinta a la de los embrutecidos aldeanos que poblaban el campo; y el largo plazo de servicio acababa por acostumarlos a su suerte. Existen descripciones patéticas de veteranos prusianos, demasiado viejos e inválidos para el combate, cojeando en pos de los regimientos que partían en campaña, por no conocer más vida que la militar. Es posible que los coroneles que habían formado a estos hombres, a base de instrucción y látigo, estuvieran convencidos de ser artífices de virtud social. Pero, si creían eso, se engañaban a sí mismos, por la paradoja de que, aunque los regimientos funcionaran de maravilla como tales, obviaban que, en origen, habían sido fundados para aislar, por el bien de la sociedad, a los elementos perjudiciales, y que acabarían por separarse totalmente de esa sociedad, diferenciándose de ella por sus propias reglas, rituales y disciplina.

No es probable que el fracaso social del ejército prusiano hubiese preocupado al joven Clausewitz de no haber condenado al desastre bélico a su propio estado. Al año de incorporarse al ejército, Clausewitz se vio enfrentado en combate a soldados franceses animados por motivaciones totalmente distintas de las de los exsiervos que él mandaba. Los ejércitos de la revolución francesa estaban sometidos a un bombardeo de propaganda sobre la igualdad de todos los franceses en calidad de ciudadanos de la república y sobre el deber de todos ellos de empuñar las armas. Sus guerras con los ejércitos de las monarquías supervivientes de Europa aparecían como una lucha por derrocar por doquier el orden aristocrático; como si no se tratase exclusivamente de una defensa de la revolución en Francia, sino de la implantación de sus principios liberadores en los países en que el hombre seguía siendo un vasallo. Por la razón que fuese —el tema es en extremo complejo—, los ejércitos de la revolución resultaban casi invencibles, y su dinamismo militar perduró aun después de que el fiel general republicano Napoleón Bonaparte se proclamara emperador.

En 1806 Napoleón puso los ojos en Prusia y arrolló a su ejército en unas semanas. Clausewitz se vio prisionero en suelo francés y, cuando le permitieron volver a su

país, constató que era oficial de un ejército esquelético que solo existía por la tolerancia de los franceses. Durante unos años conspiró con sus superiores, los generales Scharnhorst y Gneisenau, para restaurar el ejército ante las narices del propio Napoleón; pero en 1812 se rebeló contra el gradualismo y tomó la senda del «doble patriota». Ese doble patriotismo le impulsó a desobedecer a las órdenes de su rey de que se alistara en el ejército napoleónico que se disponía a invadir Rusia y se unió al ejército zarista en pro de la causa de la libertad de Prusia; luchó como oficial zarista en Borodino, y con uniforme ruso regresó a Prusia para combatir en la guerra de liberación de 1813. Por cierto, que el doble patriotismo sería el código de los oficiales japoneses ultranacionalistas que no acataron la política moderada del gobierno imperial en vísperas de la Segunda Guerra Mundial para servir, según su criterio, a los verdaderos intereses del emperador.

Solo la desesperación patriótica pudo conducir a Clausewitz a tan subversiva posición; y una vez elegido ese camino, se vería impulsado a embarcarse en una carrera de subversión intelectual que tendría consecuencias universales. El desastre de 1806 había perturbado profundamente su creencia en los valores del estado prusiano, pero no había socavado su fe en los valores de la cultura regimental en la que se había educado. De hecho, él entendía la guerra como una profesión, en la que, por su conducta, el soldado —y sobre todo el oficial— desafiaba a la naturaleza. La naturaleza impulsaba a la huida, a la cobardía, al egoísmo; la naturaleza llevaba al cosaquismo, en el que el hombre combatía si quería de forma individual y podía chalanear en el campo de batalla si le convenía, lo que era el peor ejemplo de «guerra real». Mientras que los severos ideales de la cultura regimental —obediencia absoluta, valor resuelto, sacrificio personal, honor— constituían lo que más se aproximaba a la «guerra verdadera», lo que Clausewitz estaba convencido de que debía ser la motivación del militar profesional.

Como ha señalado Michael Howard, la diferencia entre guerra real y guerra verdadera no es una idea original de Clausewitz^[17]; era algo que ya «se presentía» en el ejército prusiano en los albores del siglo XIX, y más teniendo en cuenta que coincidía con la filosofía idealista que impregnaba las universidades y la vida cultural de Prusia. Clausewitz no tenía formación filosófica, «era más bien un miembro representativo de su generación que asistía a conferencias de lógica y ética dirigidas al público en general, un lector de libros y artículos importantes no profesionales, que captaba fragmentos de ideas de segunda y tercera mano del entorno cultural»^[18]. Y el entorno cultural, además de encaminarlo a una teoría militar basada en la dialéctica entre la guerra verdadera y la guerra real, le confería el lenguaje, los argumentos y el modo de presentación más adecuados para que sus contemporáneos aceptasen su teoría.

Clausewitz se hallaba en un dilema cuando regresó en 1813 a Prusia con uniforme ruso. Su carrera estaba arruinada, pero seguía siendo un ferviente nacionalista prusiano deseoso de establecer para el ejército de su país una teoría de la guerra que

le asegurase la victoria en el futuro. Sin embargo, su país no mostraba disposición a llevar a cabo la clase de cambio interno que había hecho invencible a Francia durante la revolución. Y no es que Clausewitz deseara que así fuese; él despreciaba a los franceses, los consideraba inferiores a sus compatriotas en virtudes nacionales —eran charlatanes y taimados, mientras que los prusianos eran nobles y sinceros—, y persistía demasiado en él la enraizada crianza monárquica y regimental como para desear ver trasladados a su país los ideales revolucionarios. Pero su capacidad racional le hacía ver que era el fervor revolucionario de los ejércitos franceses la clave de su triunfo. En Francia, durante la revolución, la política había acaparado todas las energías, mientras que en Prusia la política había sido, y seguía siendo fundamentalmente, aún después de la derrota napoleónica, poco menos que el capricho del rey. Por lo tanto, el dilema era cómo llegar a las modalidades de guerra llevadas a cabo por los ejércitos de la república francesa y de Napoleón sin caer en la política de la revolución. ¿Cómo lograr una guerra popular sin un estado popular? Si le era posible dar con el lenguaje capaz de convencer al ejército prusiano de que la guerra era, en efecto, una forma de actividad política; y de que, cuanto más se aproximase a la guerra verdadera, mejor serviría a los intereses políticos del estado; y de que cualquier brecha existente entre la guerra verdadera y la forma imperfecta de guerra real había que considerarla únicamente como aceptación de que la estrategia se doblegaba a la necesidad política; entonces el soldado prusiano, al tiempo que permanecía en un estado de inocencia política, lucharía desde ese momento con el fuego de la política corriéndole por las venas. La solución de Clausewitz a este dilema militar se aproxima bastante, en cierto sentido, a la solución que Marx daría a su dilema político solo unos años después. Ambos se habían criado en el mismo entorno cultural del idealismo alemán, si bien Marx poseía los conocimientos filosóficos formales de que Clausewitz carecía; y es muy significativo que Clausewitz haya sido muy apreciado por los intelectuales marxistas, sobre todo por Lenin. Resulta comprensible: el reduccionismo es la esencia de la metodología marxista; y Clausewitz argumentaba de manera reduccionista que la guerra, cuanto peor, mejor, porque lo peor se aproxima más a la guerra «verdadera» que a la «real». También Marx argumentaría que cuanto peor, mejor, siendo lo peor en política el estallido de la lucha de clases; la revolución que pone fin al concepto hueco de la política real y da paso a la verdadera sociedad, con el triunfo del proletariado.

Los motivos que indujeron a Marx a razonar de esa manera no eran los mismos que impulsaron a Clausewitz. Marx era audaz de espíritu, mientras que Clausewitz, firmemente integrado, esperaba —inútilmente— ser nombrado embajador en Londres o jefe de estado mayor y aceptaba gustosamente ascensos y condecoraciones; Marx, por el contrario, se deleitaba en su papel de marginado^[19]: el exilio, la pobreza y la abominación del estado prusiano le hacían sacar agua de una piedra. La vida de emigrado le confería fortaleza, mientras que Clausewitz pensaba que solo permaneciendo dentro del sistema podía cambiarlo. No obstante, desde el punto de

vista intelectual, estaban más unidos que alejados, porque ambos tuvieron que superar la misma dificultad filosófica, la de conseguir que su punto de vista lo aceptasen unos destinatarios muy reacios al mismo. Marx fue un apóstol de la revolución en una sociedad cuyos elementos progresistas se hallaban profundamente desilusionados por la revolución y recordaban el fracaso de la revolución francesa y el de la de 1830, y aún serían testigos del fracaso de la de 1848, y que por doquier se veían oprimidos por el poder del estado monárquico y burgués. Clausewitz era el apóstol de una filosofía revolucionaria para hacer la guerra cuyo objetivo era presentársela como actividad política a una casta que consideraba tabú la política. En último término, los dos hallarían el modo de superar esa resistencia intelectual de sus destinatarios. Marx concibió una serie de leyes históricas que consideraba científicas, que establecían para los progresistas no solo la esperanza, sino también la certeza, la inevitabilidad del triunfo del proletariado; y Clausewitz elaboró una teoría que elevaba los valores del oficial de regimiento —absoluta entrega al deber, e incluso la muerte al pie del cañón— a la condición de credo político, eximiéndolo de mayor reflexión política.

De la guerra y *El capital*, por muy distintos que sean en cuanto al contenido, pueden considerarse en último extremo como dos libros similares. No cabe duda de que Clausewitz esperaba que *De la guerra* cumpliera el mismo objetivo que *La riqueza de las naciones*, obra suprema del pensamiento ilustrado; y es muy posible que creyera que, igual que Adam Smith, no había hecho más que observar, describir y categorizar los fenómenos de que era testigo. También Marx hizo numerosas descripciones, muchas de ellas exactas; basándose en la acertada observación de Adam Smith de la división del trabajo industrial, llegó a caracterizar como «alienación» al sentimiento que tal división engendra, de modo que cuando Smith ve en los procesos premecánicos de la fabricación de alfileres —en los que un hombre estira un alambre, otro lo corta, un tercero lo afila y otro forja la cabeza— únicamente el trabajo milagroso de la «mano invisible» que dirige la economía de mercado, Marx tuvo la inspiración de diagnosticar que la desesperación que esta clase de trabajo induce en un hombre que piensa y siente, conduce a lo que él denominó «lucha de clases». Marx sacó la conclusión de que los procesos de producción en serie, en un sistema económico en el que el trabajador no es dueño de los medios de producción, hacen inevitable la revolución. Y la prueba de que no le faltaba razón es que en nuestra época los industriales siguen buscando el modo de hacer tolerable, y hasta de dotar de un sentido, la suerte de los trabajadores. También Clausewitz comienza con descripciones. Prescinde de los uniformes militares, los cantos y la instrucción, y desde un principio sostiene que la alienación (aunque sin utilizar este término) del soldado por efecto de su suerte —privaciones, heridas, muerte— conduce inevitablemente a los ejércitos a la derrota y al desastre —el equivalente militar de la revolución—, si no se logra convencerlo de que la terrible experiencia de la guerra verdadera es más conveniente para su condición que la obligación más fácil de la guerra real, con la que todos los militares están familiarizados.

Del mismo modo que el sentido común nos dice que la lucha de clases continua es intolerable para cualquier sociedad que tenga que sufrirla, y que la revolución causa males al lado de los cuales los de la lucha de clases parecen triviales, ese mismo sentido común nos advierte de que la guerra verdadera puede ser un horror. Naturalmente, Clausewitz, en su condición de pensador, nunca pudo imaginar que esa distancia entre guerra real y guerra verdadera pudiera desaparecer. En efecto, la fuerza de su atractivo para los intelectuales, para los marxistas en particular, reside en la suavidad de su énfasis en los factores imponderables —suerte, malentendido, incapacidad, incompetencia, cambio de actitud política, falta de voluntad o ruptura de consenso— que hacen que la guerra real, y no la verdadera, sea la modalidad más verosímil de cualquier tipo de guerra. Es evidente que la guerra verdadera es insoportable.

Y sin embargo, a pesar del margen de escape de la dureza de la guerra verdadera que dejaba Clausewitz, la paradoja es que *De la guerra* tuvo mucho más éxito de lo que había podido imaginar. Clausewitz murió desengañado en 1831, víctima de la última gran epidemia europea de cólera, sin haber ascendido y casi sin honores en su propio país. *De la guerra* vio la luz gracias a los desvelos de editora de su viuda. También Marx murió desengañado doce años después del fracaso de la Comuna de París de 1871, como si ello hubiese echado por tierra su confiada predicción de que la revolución era el resultado inevitable de la opresión a que estaba sometido el proletariado europeo por la burguesía. Sin embargo, treinta y cuatro años más tarde, en un país tan atrasado y al que había descartado como sitio idóneo para la revolución, esta no solo echó raíces sino que floreció bajo la forma de la primera dictadura del proletariado. Y sucedió en el momento cumbre de una gran guerra entre estados burgueses, una guerra sin la cual no se habrían dado las circunstancias para la revolución rusa. La atroz naturaleza de esta guerra, y no la atroz naturaleza del capitalismo industrial, fue el empujón para la revolución rusa; y la naturaleza atroz de la guerra fue, como todo lo demás, el tardío resultado de la insistencia literaria de Clausewitz de que los ejércitos deben esforzarse por convertir en una misma cosa la guerra real y la guerra verdadera.

De la guerra resultó un libro de efecto retardado. Hasta cuarenta años después de su publicación en 1832-1835 no fue ampliamente conocido, y esto de forma indirecta. Helmuth von Moltke, jefe del estado mayor prusiano, tenía al parecer las dotes mágicas del mando capaz de derrotar sucesivamente al imperio austriaco y al francés en una campaña de pocas semanas en 1871. Naturalmente, el mundo quería conocer su secreto, y cuando Moltke reveló que, además de la Biblia y de Homero, el libro que más influencia había ejercido en él era *De la guerra*, la fama póstuma de Clausewitz quedó garantizada^[20]. Que Moltke hubiese sido alumno de la academia de guerra prusiana cuando Clausewitz era su director no se tuvo en cuenta y se consideró irrelevante; el mundo se apoderó del libro, lo leyó, lo tradujo, malinterpretándolo no pocas veces, pero convencido a partir de entonces de que contenía la esencia del

mejor método para hacer la guerra.

La difusión de *De la guerra* cobró fuerza en gran parte por la aparente confirmación de muchas cosas que habían sucedido en los escenarios bélicos desde su redacción. La innovación más importante era la extensión de ese regimentalismo en que se había criado Clausewitz. «El asunto de la guerra —decía en una de las características modificaciones de su concepto fundamental de la guerra como acto político— siempre será personalista y distinto. Por consiguiente, mientras se entreguen a esa actividad, los soldados se creerán miembros de una suerte de gremio, en cuyas reglas, leyes y costumbres se concede lugar preeminente al espíritu de la guerra». Esa «suerte de gremio» era, naturalmente, el regimiento, cuyo espíritu y valores se aprestó a definir:

Un ejército que mantiene su cohesión bajo el fuego más mortífero; que no se estremece por miedos imaginarios y resiste con todas sus fuerzas a los bien fundados; que, orgulloso de sus victorias, no pierde la fuerza para obedecer las órdenes, ni el respeto y la confianza en sus oficiales aun en la derrota; cuyo poder físico es igual que el de los músculos de un atleta, que están endurecidos por ejercitarse en la privación y en el esfuerzo [...]; que es consciente de todos esos deberes y cualidades en virtud de la simple y poderosa idea del honor de sus armas, ese ejército está imbuido de un verdadero espíritu militar^[21].

Porque «ejército» quería decir «regimientos», sus partes constituyentes. En el siglo XIX, Prusia estaba prácticamente plagada de regimientos; en 1831 solo existían cuarenta, pero en 1871 había ya más de cien, sin contar batallones de fusileros y de caballería. Todos los prusianos útiles para el servicio militar formaban parte de un regimiento o habían pertenecido a él en su juventud, y todos los ciudadanos estaban imbuidos de la «sencilla y poderosa idea del honor de las armas».

Con esa sencilla y poderosa idea Prusia obtuvo la victoria en las guerras contra Austria y Francia, e inmediatamente envió oficiales a otras naciones que se aprestaban a formar regimientos según el modelo prusiano, reclutando los contingentes entre lo mejor de la juventud nacional, apoyados por el número ingente de excombatientes que rememoraban su época de conscripción como el *rite de passage* con el que habían pasado de la juventud a la edad viril. Este rito de paso se convirtió en una importante forma cultural en la vida europea, una experiencia común a casi todos los jóvenes europeos por su generalización, su buena aceptación por el electorado como norma social y la inevitable militarización de la sociedad; otra confirmación más del aforismo de Clausewitz de que la guerra era una continuación de la política. Si la gente votaba por la conscripción o aceptaba las leyes de conscripción, ¿cómo podía negarse que la guerra y la política formaban un *continuum*?

Pero al dios de la guerra no se le engañaba. Cuando en 1914 los regimientos

Europeos de conscriptos fueron al combate, arrastrando a la zaga contingentes de reservistas, la guerra en que se vieron envueltos fue mucho peor que ninguna que los ciudadanos hubieran podido esperarse. En la Primera Guerra Mundial se hizo enseguida indistinguible la guerra real de la guerra verdadera; las influencias moderadoras que Clausewitz, en su condición de observador desapasionado del fenómeno militar, había estipulado que entraban siempre en juego para equilibrar la naturaleza de la guerra como fuerza con su auténtica finalidad se desvanecieron por arte de ensalmo. Alemanes, franceses, ingleses y rusos se vieron inmersos en la guerra pura y simple. Sus objetivos políticos —ya de por sí difíciles de definir en principio— fueron relegados al olvido, se desbordaron las moderaciones políticas, los políticos que apelaban a la razón fueron vilipendiados, y la política, incluso en las democracias liberales, se vio de inmediato reducida a una mera justificación de batallas mayores, listas de bajas cada vez más largas, presupuestos más elevados y sufrimientos incontables.

La política no desempeñó papel digno de mención en la génesis de la Primera Guerra Mundial. Muy al contrario, la guerra fue una monstruosa aberración cultural, resultante de la alocada decisión de los europeos del siglo de Clausewitz —que se inicia con su regreso de Rusia en 1813 y concluye en 1913, último año de la gran paz europea— de convertir Europa en una sociedad militarizada. Clausewitz no fue el artífice de esta decisión, del mismo modo que no fue Marx el favorecedor del impulso revolucionario que pervirtió el liberalismo durante el mismo periodo; pero ambos tienen su parte de responsabilidad. Sus grandes libros, con pretensiones de obras científicas, no eran más que obstinados tratados de ideología en los que se exponía una visión del mundo no como era, sino como debía ser.

Clausewitz dijo que el fin de la guerra era avalar un propósito político, pero sostuvo que la naturaleza de la guerra era un fin en sí mismo. Según esta lógica, por consiguiente, los que hacen de la guerra un fin en sí mismo tienen mayores probabilidades de ganar que los que tratan de moderar su naturaleza con objetivos políticos. La paz del siglo más pacífico de la historia de Europa se vio prisionera de esta idea subversiva que hervía como magma volcánico bajo su superficie de progreso y prosperidad. La riqueza generada en ese siglo sirvió para pagar, a un nivel nunca visto, las obras de la paz real: escuelas, universidades, hospitales, carreteras, puentes, nuevas ciudades, nuevas fábricas, la infraestructura de una vasta y generosa economía continental; y generó también, a través de los impuestos, mejoras de salud pública, mayores tasas de natalidad y una nueva e ingeniosa tecnología militar con medios para combatir en la guerra verdadera, merced a la creación de la sociedad guerrera más fuerte que el mundo había conocido. Cuando Clausewitz inició en 1818 el borrador de *De la guerra*, Europa era un continente desarmado. El gran ejército de Napoleón se había deshecho tras su destierro en Santa Elena, y sus enemigos habían decrecido en consecuencia. La conscripción a gran escala había sido abolida por doquier, la industria del armamento se había hundido, los generales estaban retirados

y los excombatientes mendigaban por las calles. Noventa y seis años más tarde, en los albores de la Primera Guerra Mundial, casi todos los varones europeos aptos y en edad para el servicio militar estaban en posesión de una cartilla en la que figuraba el destino a que incorporarse en caso de movilización. Las armerías de los regimientos se hallaban repletas de armas y de uniformes de repuesto para los reservistas, y hasta los caballos agrícolas se encontraban sujetos a requisita ante un eventual estallido de la guerra.

A principios de julio de 1914 había unos cuatro millones de europeos uniformados; a finales de agosto eran ya veinte millones, cuando los caídos se contaban ya por decenas de miles. Aquella sociedad latentemente bélica se había diseminado armada por la superficie del pacífico paisaje, y durante cuatro años los soldados se entregarían a la guerra hasta la extenuación. Aunque tan catastrófico resultado no pueda atribuirse al tratado de Clausewitz, es de justicia asignarle la paternidad ideológica de la Primera Guerra Mundial; del mismo modo que se considera a Marx padre ideológico de la revolución rusa. La ideología de la guerra verdadera fue la ideología de los ejércitos de la Primera Guerra Mundial, y el atroz destino que se buscaron esos ejércitos por su tenaz dedicación a la misma puede considerarse el legado de Clausewitz.

No obstante, Clausewitz no era un simple ideólogo; era también un historiador por cuyo testimonio sabemos mucho más que sus propias experiencias como oficial de regimiento de un ejército monárquico tratado sin contemplaciones por los soldados-ciudadanos de la Francia revolucionaria. Reflexionando hacia finales de la década de 1820 sobre los vertiginosos acontecimientos de su juventud, los atribuye a

esa nueva participación del pueblo en los grandes asuntos de estado; esa participación, a su vez, fue en parte resultado del impacto ejercido por la revolución en las circunstancias internas de cada estado, y en parte por el peligro que Francia representaba para todos. ¿Será ya así para siempre? ¿Se hará a partir de ahora toda guerra en Europa con todos los recursos del estado y, en consecuencia, tendrá que hacerse solo por cuestiones importantes que afecten al pueblo? ¿O volveremos a ver una separación gradual producida entre el gobierno y el pueblo? Son preguntas difíciles de contestar^[22].

Por buen historiador que fuese, Clausewitz permitía que las dos instituciones —el estado y el regimiento— que delimitaban su concepción del mundo dominasen tan profundamente su pensamiento que no dejaba en él lugar para observar lo diferente que puede ser la guerra en sociedades en las que estado y regimiento son conceptos extraños. Error en el que no caería Moltke, que asumió la ideología de Clausewitz por motivos puramente utilitarios, sabedor de que la guerra en los puntos más remotos del planeta —Egipto y Turquía, por ejemplo, donde tenía tropas al servicio del sultán— podía adoptar formas enormemente extrañas a su maestro ideológico; y sin embargo

muy propias e inseparables, a decir verdad, de la naturaleza de las sociedades que las practicaban.

En su primera forma, las inhibiciones teocráticas para el desencadenamiento de la guerra acababan por ceder a la necesidad material; esto es evidente en la misteriosa historia de la isla de Pascua. Una segunda forma es la condición de guerrero adoptada en último extremo en el reino zulú, un caos social ambiental que transformaba la relativa benevolencia de su primitiva sociedad pastoril. Una tercera es la de los mamelucos de Egipto, en la que las prohibiciones religiosas de que los miembros de una misma religión hagan la guerra entre sí dieron origen a la extraña institución del esclavismo militar. Una cuarta es la de los samuráis de Japón, en la que la propuesta de un progreso técnico en los medios bélicos fue declarada ilegal para preservar la estructura social existente. Desde luego, Clausewitz desconocía gran parte de todo esto, y aunque teóricamente existía la posibilidad de que hubiese leído algo a propósito de las instituciones de los polinesios en la isla de Pascua o de los samuráis japoneses en los relatos de los viajeros que recorrieron el Pacífico y que suscitaron un interés generalizado en la Europa del siglo XVIII, nada habría podido saber de los zulúes, cuya sublevación frente a los conquistadores de Sudáfrica solo se inició al morir él. Sin embargo, de los mamelucos debería haber sabido bastante, aunque solo fuese porque eran unos de los súbditos más famosos de los turcos otomanos, cuyo imperio, aún en la época de Clausewitz, seguía siendo uno de los principales factores militares de la política internacional europea. Sin duda, debió de conocer la cuestión de los esclavos militares personales de los otomanos, los jenízaros, cuya existencia atestigua la supremacía de la religión sobre la política en la vida pública turca; por ello, su patente ignorancia de las instituciones militares otomanas constituye un defecto radical de su teoría. Si miramos más allá de la esclavitud militar y consideramos las culturas militares aún más extrañas de los polinesios, los zulúes y los samuráis, cuyas modalidades de guerra negaban totalmente la racionalidad de la política según la concepción occidental, percibiremos cuán incompleta, estrecha de miras y, en último extremo, engañosa es la idea de que la guerra es la continuación de la política.

LA GUERRA ES CULTURA

Isla de Pascua

La isla de Pascua es uno de los lugares más desolados del mundo, un punto en el Pacífico sur a más de tres mil kilómetros de Sudamérica y casi cinco mil de Nueva Zelanda, las masas continentales más próximas. Es además uno de los lugares más deshabitados y pequeños del planeta, un triángulo de volcanes extintos de unos ciento sesenta y dos kilómetros cuadrados. Pero, a pesar de su aislamiento, pertenece

claramente a la cultura polinesia, una civilización altamente desarrollada del Neolítico del Pacífico central, que en el siglo XVIII comprendía los miles de islas que se extienden entre la isla de Pascua, Nueva Zelanda y Hawái, los tres vértices del triángulo polinesio, situados a miles de kilómetros en el espacio y a cientos de años en cuanto a la fecha del asentamiento original.

La civilización polinesia era extraordinariamente aventurera; los descubridores europeos y primeros etnógrafos no podían en principio dar crédito a que un pueblo sin escritura hubiese podido colonizar un área tan extensa: treinta y ocho grandes archipiélagos e islas que se extendían por el océano sobre más de cinco mil millones de hectáreas. Se adujeron elaboradas explicaciones, todas falsas, para demostrar que los navegantes polinesios de canoa no habían podido realizar hazañas marineras como las de Cook y La Pérouse. Sin embargo, la cultura polinesia seguía siendo notablemente congruente: no solo los idiomas de islas muy distantes eran afines, sino que las instituciones sociales florecientes en Hawái, Nueva Zelanda y la isla de Pascua pervivían y eran sorprendentemente semejantes.

La sociedad polinesia es de estructura teocrática. El jefe, a quien se considera descendiente de los dioses, deidades o ancestros sobrenaturales, ostenta también el cargo de sumo sacerdote. Y en su condición de tal, el jefe es intermediario entre los dioses y los hombres para otorgar a su pueblo los frutos de la tierra y del mar. Su poder de mediación (*mana*) le confiere derechos sagrados (*tapu*, o tabú) sobre la tierra, sus productos y otras muchas cosas buenas o deseables. El *mana* y el tabú sirvieron para mantener unas sociedades notablemente estables y pacíficas en circunstancias normales, y en las felicísimas islas polinesias la teocracia regulaba perfectamente las relaciones entre los jefes y el pueblo, así como entre los clanes descendientes del primer jefe^[23].

No obstante, no existió una edad de oro polinesia. Ni siquiera en el apacible Pacífico reinaron siempre las circunstancias normales, entendiendo por normalidad el que los recursos fuesen siempre suficientes para el bienestar de la población. Esta aumentó, a pesar de que los isleños la regulaban mediante el control de los nacimientos, el infanticidio y el fomento de la emigración, que ellos denominaban «viajar por mar». Hubo épocas en que la fértil tierra y las productivas pesqueras se explotaron al máximo sin que ninguna isla cercana o conocida los atrajera, y comenzaron las desgracias. El vocablo que designa a un guerrero, *toa*, es idéntico al del árbol de madera dura del que se hacían las porras y otras armas que se utilizaban para dirimir las querellas en que solían incurrir los hombres, a causa de insultos, propiedades, mujeres y sucesión a los cargos. El *mana* o jefe siempre adquiriría mayor relevancia si era un guerrero notable; pero en épocas de conflicto, los guerreros que no eran jefes infringían el tabú para apoderarse de lo que querían o necesitaban, con desastrosas consecuencias para la estructura social polinesia. Los subclanes llegaban a hacerse dominantes, y en circunstancias extremas eran expulsados del territorio.

El peor caso se produjo en la isla de Pascua, y con particular mortandad. Sigue

siendo un misterio cómo los polinesios, tal vez en el siglo III, dieron con esa isla en pleno océano, a más de mil setecientos kilómetros del lugar habitado más próximo. Lo cierto es que la hallaron, y llevaron consigo los elementos básicos de su civilización: batatas, bananas y caña de azúcar; araron la tierra al pie de los tres picos, se dedicaron a la pesca y a la caza de aves marinas, y fundaron asentamientos. Hacia el año 1000 se entregaron a la más elaborada veneración del principio teocrático de la cultura polinesia. Aunque la población de la isla de Pascua no debió de exceder las siete mil almas, durante esos setecientos años se dedicó a tallar y erigir más de trescientas estatuas colosales, de cinco veces el tamaño natural de una persona, sobre grandes plataformas de templos, y en la fase final de esa erección, en el siglo XVI, inventaron una escritura, que debieron de utilizar los sacerdotes para ayudar a recordar las tradiciones orales y las genealogías. Tal fue la culminación de una época civilizada en la que la percepción del poder de los dioses, mediado por los jefes, imponía la paz y el orden.

Después, algo sucedió y, al parecer, el exceso de población destruyó el hábitat de la isla; la deforestación redujo las lluvias y los campos vieron mermadas sus cosechas; se redujo también la madera con que construían las canoas, y con ello la pesca disminuyó. La vida en la isla de Pascua comenzó a embrutecerse: surgió un nuevo artefacto, el *mata'a*, una punta de flecha de obsidiana de efectos mortíferos^[24], y los guerreros, llamados *tangata rima toto*, «los hombres con las manos ensangrentadas», cobraron hegemonía. La pirámide de clanes descendientes del jefe fundador se dividió en dos grupos que desde los extremos opuestos de la isla guerreaban continuamente; el jefe supremo, descendiente del fundador, se convirtió en una figura simbólica cuyo *mana* ya no impresionaba, y durante la desintegración social causada por la guerra las estatuas fueron derribadas, ya fuese como agravio al *mana* de un clan enemigo o como indicio de rebelión de los plebeyos contra los jefes cuyo *mana* no los había protegido. Finalmente, surgió una nueva y extraña religión, totalmente contraria a la teocracia estatal de Polinesia; «los hombres con las manos ensangrentadas» competían por encontrar un huevo de golondrina negra de mar para obtener la jefatura durante un solo año.

Cuando el explorador holandés Roggeveen desembarcó en la isla de Pascua en 1722, la anarquía estaba ya muy avanzada; y a finales del siglo XIX, la degeneración —acentuada por las incursiones de los europeos para apoderarse de esclavos y por las enfermedades introducidas por ellos— había reducido la población a ciento once personas, que conservaban de su extraordinario pasado una tradición oral muy fragmentada. Por lo que contaron, y a juzgar por la espectacular evidencia arqueológica, los antropólogos reconstruyeron una historia triste de la sociedad de la isla de Pascua, a la que denominaron su fase decadente; historia que no solo demostraba una guerra endémica y revelaba indicios de canibalismo, sino igualmente la magnitud de los esfuerzos físicos que hicieron algunos isleños por escapar a las secuelas de la guerra. Muchas de las cuevas naturales y cámaras en la lava habían

sido tapadas con losas agenciadas en las plataformas de las derruidas estatuas para hacer refugios personales o familiares, y en un extremo de la isla habían excavado una zanja para separar una península de la tierra firme; un acto, sin duda, de estrategia defensiva.

Los refugios y las defensas estratégicas constituyen dos de las tres formas de fortificación admitidas por los analistas militares; solo la tercera, el reducto regional, está ausente en la isla de Pascua. Pero su ausencia no denota un elemento bélico desconocido para los habitantes de la isla; es un simple indicio de lo reducido que era el teatro de operaciones. Al parecer, en las escasas dimensiones de la isla de Pascua, sus habitantes debieron de aprender en su propia carne la implacable lógica de la guerra postulada por Clausewitz. Desde luego, sí que aprendieron la importancia del liderazgo, tan ponderado por Clausewitz, pues la trinchera de la península de Pike da a entender que algunos debieron de coincidir en que la defensa estratégica es la modalidad bélica más poderosa; puede que incluso, dada la extremada reducción de población durante el siglo xvii y la producción masiva de la recién inventada punta de obsidiana, intentaran el acto supremo de la guerra clausewitziana: la batalla decisiva.

¡Y con qué propósito tan autodestructivo! Tal vez Clausewitz creyera que la guerra es la continuación de la política; sin embargo, la política se hace en pro de la cultura, y los polinesios habían creado en su vasto mundo una cultura tan beneficiosa como cualquier otra surgida en la humanidad. Cuando Bougainville arribó a Tahití en 1761, dijo haber encontrado el jardín del Edén, y su relato de aquellas gentes hermosas que vivían felices en estado de naturaleza ejerció tal influencia que contribuyó al culto del «buen salvaje» que azuzó la indolencia de la sociedad ilustrada europea en su mundo ordenado pero artificial del siglo xviii. De aquella indolencia nacerían la disensión política y la ideología romántica que derrocarían a las monarquías en las que se habían criado los devotos del buen salvaje.

Clausewitz, en su exaltación del acto espectacular —la batalla decisiva— y del individuo egotista —el dirigente, en concreto Napoleón—, era tan romántico como cualquier adversario del *ancien régime*, aunque seguía vinculado a él por el *mana* y el tabú hasta un extremo del que era poco consciente. En la Europa de las monarquías anterior a la revolución, el regimiento era un dispositivo que restringía la violencia de los guerreros, utilizándolos en interés del soberano. Como Prusia, de la que Clausewitz era súbdito, estaba particularmente desfavorecida con las cosas buenas de este mundo, su gran monarca, Federico el Grande, había fomentado entre sus oficiales la práctica de la guerra con una rudeza que excedía los límites que otros reyes consideraban decentes. En realidad, la propagación de su *mana* requirió la violación de un tabú, cosa que los otros reyes consideraron indecente.

Pero Federico no llegó a hacerse indeseable; se contentó con llevar la guerra dentro de los códigos imperantes hasta el límite aceptable de crueldad. Clausewitz, criado en un mundo en el que el *mana* real y los tabúes militares parecían haberse extinguido sin más, halló el lenguaje para legitimar el nuevo orden; sin percatarse de

que no se trataba de ningún orden, ni de que su filosofía de la guerra era una receta que destruiría la cultura europea. ¿Puede reprochársele? Los habitantes de la isla de Pascua, aislados en el espacio y en el tiempo del resto del mundo polinesio más vasto y apacible, considerarían, sin duda, de haber sido capaces de exponer la idea, que el cambio de circunstancias requería una revolución cultural. Puede que incluso inventasen una palabra equivalente a «política» para expresar el fervor de lealtades que seguía al acceso al poder anual del afortunado que encontraba un huevo de golondrina de mar. No podemos saberlo. El estado de degeneración en que hallaron los antropólogos a los supervivientes de la guerra endémica no permitía un análisis de la evolución que había seguido su cultura. No obstante, debe hacerse una observación: la guerra clausewitziana no sirvió a los fines de la cultura polinesia; cultura que, aunque no era libre, ni democrática, dinámica o creativa en ninguno de los sentidos que se da a estas palabras en Occidente, sí que ajustaba los medios locales a unos fines determinados, de un modo casi perfecto y adaptados a las condiciones de vida de las islas del Pacífico. El *mana* y el tabú fijaban el equilibrio entre el papel del jefe, el guerrero y los clanes en beneficio de todos, y si su interrelación puede considerarse la «política» de la vida polinesia, hay que decir que la guerra no fue su continuación. La guerra, cuando devino en su modalidad «verdadera» en aquel rincón del Pacífico llamado isla de Pascua, puso de manifiesto que fue ante todo el final de la política, de la cultura y, en último extremo, de la vida.

Los zulúes

Los habitantes de la isla de Pascua llevaron a cabo su mortal experimento de guerra total a espaldas del mundo, mientras que los zulúes fueron arrastrados, a través de la revolución militar que experimentó su sociedad a principios del siglo XIX, a una espectacular confrontación con la civilización occidental, una historia que ha ganado fama debido a su difusión. El acontecimiento se inició demasiado tarde para que Clausewitz pudiera percatarse del drama que se desarrollaba en Sudáfrica, como debió de haberlo hecho en el caso de los mamelucos, que expondremos más adelante. El desenlace se ha convertido en una de las historias más famosas de la época moderna, y en un poderoso factor del mito de los afrikáners, en cuyo gran templo de mármol de Pretoria se ven las figuras de los guerreros zulúes contra los que lucharon los voortrekkers, tan idealizadas como las de los propios héroes bóers. Y no es de extrañar, ya que el mito de los afrikáners requiere que sus enemigos aparezcan como nobles y temibles, y así, desde su surgimiento como nación a principios del siglo XIX, y hasta su catastrófica derrota en la guerra de 1879, los zulúes fueron presentados como temibles guerreros.

Los primitivos zulúes llevaban una vida apacible y pastoril; el pueblo nguni del que proceden, unos criadores de ganado que en el siglo XIV habían migrado a la costa

sudeste de África desde el remoto norte, fue descrito por unos náufragos europeos tres siglos más tarde en estos términos: «En sus relaciones mutuas [...] muy corteses, correctos y locuaces, se saludan unos a otros, ya sean hombre o mujer, joven o viejo, en cualquier lugar en que se encuentren»^[25]. Eran amables con los extranjeros y estos podían viajar por el país sin ningún temor, con tal de adoptar la precaución de no llevar hierro ni cobre, que eran materiales tan raros que «inducían al asesinato»; y eran, además, extremadamente cumplidores de la ley, sobre todo en las relaciones personales. La esclavitud era desconocida, la venganza «casi nula», y las disputas las dirimía el jefe, cuya palabra se aceptaba «sin rechistar». Los propios jefes se hallaban sujetos a la ley, pudiendo ser sancionados por sus consejeros, y sus decisiones revocadas por otro jefe de mayor rango.

Aunque los primeros exploradores europeos observaron que el *ubuntu*, la humanidad, era el valor supremo, los nguni combatían y se hacían la guerra. El *casus belli* solía ser una disputa a causa de los pastos, recurso esencial en una sociedad en que las cabezas de ganado eran más numerosas que la población; el vencido acababa en una tierra nueva más pobre. Como es clásico entre pueblos primitivos que viven en países poco poblados, el resultado no era la matanza, sino el desplazamiento.

Las batallas solían ritualizarse y llevarse a cabo en presencia de los ancianos y de los jóvenes, iniciándose con un intercambio de insultos y dándoles fin cuando se producían bajas, existiendo limitaciones naturales y consagradas por la costumbre en cuanto al nivel de violencia: como escaseaban los metales, las armas se hacían con madera endurecida al fuego, y solían ser arrojadizas, más que propias de la lucha cuerpo a cuerpo; y si un guerrero mataba a un adversario, estaba obligado a abandonar inmediatamente el campo de batalla y realizar una purificación para que el espíritu de la víctima no infligiera enfermedad mortal a él y a su familia^[26].

De pronto, en pocas décadas, a principios del siglo XIX, cambió este estilo «primitivo» típico de hacer la guerra. Shaka, jefe de los zulúes, una pequeña tribu de los nguni, se convirtió en jefe de un ejército de regimientos ferozmente disciplinados que libraban batallas de aniquilación, y el reino zulú se convirtió en una potencia en Sudáfrica; los pueblos desplazados quedaron reducidos a tribus fugitivas que vagaban cientos de kilómetros presa del caos y la desorganización social en busca de un lugar en que refugiarse.

Los europeos que fueron testigos del ascenso de Shaka, igual que los navegantes sorprendidos por la habilidad marinera de los polinesios, buscaban una explicación que descartase una causa espontánea. Se decía que Shaka había conocido a europeos, de quienes había aprendido la organización y la táctica militar de Occidente; cosa incierta^[27]. Lo cierto era que las condiciones favorables de vida de los nguni del norte en su idílica fase pastoril habían empeorado a finales del siglo XVIII. El ganado, que servía de índice de riqueza a los nguni, había aumentado a tal extremo que excedía las reservas de pastos «dulces»; al oeste se alzaba la imponente barrera del Drakensberg, rodeada de pastos «amargos», inadecuados para una economía pastoril;

al norte, el cinturón de la mosca tse-tse sobre el río Limpopo impedía la expansión en esa dirección. La introducción en África del maíz americano en el siglo XVI había provocado un aumento de población entre los nguni del sur; y más al sur, los bóers de El Cabo bloqueaban, con armas de fuego y tenaz decisión, la migración hacia allí. Y al este estaba el mar^[28].

Ya se había producido algún cambio en su modo de vida libre y plácida antes de que Shaka se hiciera famoso. Un jefe había abolido el sistema mediante el cual los guerreros, cuando eran requeridos por el jefe para servir en la guerra, acudían con otros de su localidad a la asamblea del *kraal*, sustituyéndolo por «regimientos de edad» de varones nacidos el mismo año. Su aislamiento durante el servicio militar de las futuras esposas reducía el índice de natalidad, a la vez que aumentaba el poder del jefe y la cuantía del tributo que se le entregaba —en ganado, productos y caza—, ya que el trabajo de los guerreros le pertenecía mientras estuvieran bajo las armas.

Shaka institucionalizó estos cambios al máximo, y los regimientos de edad se convirtieron en entidades fijas que vivían al margen de la sociedad civil en barracones militares. A los guerreros les estaba prohibido el matrimonio, y no durante una campaña o dos, sino hasta que cumplieran cuarenta años, edad en que se les asignaba esposa de los regimientos femeninos formados también por Shaka.

Fueron eliminadas también las antiguas restricciones en combate, y Shaka creó un arma nueva, una lanza, con la que entrenaba a sus hombres para matar al adversario en lucha cuerpo a cuerpo. (Puede que con el avance de los bóers en El Cabo el hierro tuviera mayor difusión que antes; es uno de los aspectos de la intensificación de la guerra entre los nguni que no parecen haber estudiado los historiadores. La azagaya requeriría, sin duda, más hierro que la jabalina de uso tradicional).

El combate cuerpo a cuerpo con armas cortantes exige tácticas de orden cerrado, inventadas también por Shaka, que ya había obligado a sus hombres a prescindir de las sandalias y habituarse a correr largas distancias con los pies curtidos. En combate, formaba los regimientos en dos alas con un resistente centro y una reserva en retaguardia, y, al llegar el momento del ataque, el centro cargaba en filas prietas para atraer al enemigo, mientras las alas se apresuraban a envolverlo por los flancos. El ritual de purificación quedó pospuesto hasta el final de la batalla^[29], y cuando se iniciaba la matanza los guerreros le abrían el vientre al contrincante para asegurar su muerte, antes de seguir luchando. Abrir las entrañas era el método tradicional de liberar el espíritu del muerto para evitar que el asesino se volviera loco.

Shaka no reparaba en matar a mujeres y niños, un acto proscrito entre sus antecesores nguni; pero en general se contentaba con matar a los hombres de la familia gobernante de una tribu vecina junto con los guerreros que presentaban batalla, incorporando a los supervivientes a su reino en expansión. Su objetivo era crear una nación con los del pueblo nguni que aceptasen su autoridad y ampliar el territorio que ocupaban.

El sistema provocó una catástrofe allende las expansivas fronteras de Zululandia,

y si en ella los métodos de Shaka pusieron fin a la superpoblación, en los pueblos vecinos desencadenaron una serie de desplazamientos que los fueron privando de su patria ancestral y de su modo de vida establecido. «La expansión del reino zulú tuvo repercusiones desde la frontera de la colonia de El Cabo hasta el lago Tanganica. Aproximadamente la quinta parte de todas las comunidades del continente africano sufrieron notables consecuencias, y muchas resultaron gravemente afectadas»^[30].

A estos efectos nocivos del imperialismo zulú se les denomina la *Difaqane* o «migración forzosa». «En 1824, la mayor parte del país situado entre los ríos Tukela y Mzimkulu, el Drakensberg y el mar estaba devastada. Millares de personas habían sido asesinadas y otras habían huido hacia el sur; el resto fue absorbido por la nación zulú. En Natal, la vida comunal organizada cesó prácticamente»^[31]. No se trata de una zona pequeña; mide unos 38 850 kilómetros cuadrados, aunque esas dimensiones no son nada en comparación con la distancia recorrida por los fugitivos de los zulúes. La etapa final de la huida de uno de los grupos fueron las orillas del lago Tanganica, a tres mil doscientos kilómetros. Durante su migración, algunos grupos perdieron todo el ganado y se vieron obligados a subsistir a base de hierbas y raíces; otros se dieron al canibalismo; y muchos acabaron integrándose en «hordas» que asolaban la tierra como la langosta, dejando a su paso una estela de muertos y moribundos.

Los jóvenes zulúes fueron fieles al sistema y al genio de Shaka un tiempo después de su caída en 1828. Una secuela inevitable de los regímenes guerreros vencedores incapaces de establecer diversificaciones económicas y sociales del fruto de su victoria es que quedan fosilizados en su momento de esplendor. El porqué constituye uno de los temas de este libro. En el caso de los zulúes, sin duda, fue la consecuencia de tener que vivir, como se decía de los prusianos, *toujours en vedette*, y muy amenazados por potencias militares igual de poderosas (que en el siglo XIX, en Sudáfrica, estaban además en una fase más avanzada de desarrollo económico), mientras ellos seguían concentrando todas sus energías en un régimen exclusivamente militar. Como en muchos otros casos, ese régimen fue determinante para su ascenso, y, aunque al final los zulúes adquirieron armas de fuego, fueron incapaces de adaptar sus tácticas a las nuevas armas, persistiendo en el ataque en masa con la azagaya, que era el medio por el que se imponían en combate.

Shaka era un clausewitziano perfecto. Creó un régimen militar que sirvió para defender un determinado estilo de vida, y lo hizo con espectacular eficacia. La cultura zulú, al supeditar todo a los valores militares, vinculándolos a los de la economía ganadera, y reprimir las energías y la imaginación de los elementos más dinámicos de la sociedad, atándolos a la estéril esclavitud militar hasta bien entrada la edad madura, se negó la posibilidad de evolucionar y adaptarse al mundo que la circundaba. En resumen: el ascenso y decadencia de la nación zulú ofrece un claro aviso respecto a las deficiencias del análisis de Clausewitz.

Los mamelucos

La servidumbre, en su modalidad más dura o más débil, es condición frecuente en el servicio militar. Entre los zulúes se llegó a un extremo. Los guerreros de Shaka no eran propiamente esclavos, ya que era una costumbre, reforzada por el terror más que por la ley, lo que los obligaba a la servidumbre; aunque en la práctica eran esclavos de la voluntad de Shaka. Pero los soldados pueden haber sido esclavos oficiales en tiempos pasados, por contradictorio que esto nos parezca hoy. La esclavitud en el mundo moderno significa la absoluta privación de la libertad individual, en tanto que la posesión de armas y la habilidad para utilizarlas supone la liberación del individuo. No entendemos cómo un hombre puede estar armado y a la vez carecer de libertad; sin embargo, en el mundo musulmán de la Edad Media no se veía contradicción alguna en la condición de esclavo y soldado a la vez. Los soldados esclavos —los mamelucos— eran algo corriente en muchos estados musulmanes. Por su propia naturaleza, muchas veces se convirtieron en gobernantes de esos estados, y sus dirigentes permanecieron en el poder durante generaciones; pero, en lugar de utilizarlo para liberarse, se empeñaron en perpetuar la «institución» mameluca, negándose a transformar su naturaleza. Y había razones comprensibles para semejante resistencia, pues su hegemonía derivaba del monopolio que ejercían por ser excelentes jinetes y arqueros, y abandonarlo para adoptar las prácticas más generalizadas de combatir con mosquetes o a pie habría significado para ellos perder su posición privilegiada. Fue la estrechez de su cultura militar, como en el caso de los zulúes, lo que los abocó a la desaparición. Aunque su poder militar era consecuencia de su militarismo de élite, se empeñaron en conservar su modelo bélico anticuado en vez de adaptarse a los nuevos métodos de guerra. Como en el caso de los zulúes, estaban obcecados con el esquema de Clausewitz. Los detentadores del poder hacían de la política una continuación de la guerra: un absurdo en la práctica. Culturalmente, los mamelucos no tenían alternativa.

En el mundo islámico, igual que en el griego y en el romano, la esclavitud se daba en diversas modalidades, algunas de ellas bastante benignas; podían ser esclavos un respetable artesano, un maestro, un mercader que comerciase parcialmente por su cuenta, un secretario privado. Sin embargo, en el islam la diversidad de la esclavitud iba más lejos aún que en el mundo griego o romano. Bajo el gobierno de los califas —«sucesores» de Mahoma, con autoridad civil y religiosa—, un esclavo podía convertirse en alto funcionario gubernamental. Y fue una ampliación de esta costumbre lo que dio lugar a los esclavos soldados, y solo dentro del mundo islámico tales soldados constituirían una élite militar.

Que llegaran a serlo se debe al conflicto que pronto surgió en el islam entre el principio moral de hacer la guerra y el de llevarla a la práctica. Mahoma, a diferencia

de Cristo, era partidario de la violencia; llevaba armas, fue herido en una batalla y predicaba la guerra santa, la yihad, contra quienes desafiaban la voluntad de Dios que le había sido revelada. Sus sucesores consideraban que el mundo se dividía en la Dar al-Islam, la Casa de la Sumisión a las enseñanzas de Mahoma recogidas en el Corán; y la Dar al-Harb, la Casa de la Guerra, que eran las partes que faltaban por conquistar^[32]. Las primeras conquistas árabes del siglo VII ampliaron las fronteras de la Dar al-Islam a través de grandes oleadas, de manera que en el año 700 todo lo que hoy es Arabia, Siria, Irak, Egipto y el norte de África estaba en su poder. A partir de entonces, el proceso de la yihad fue más difícil y problemático; los primitivos conquistadores árabes eran poco numerosos e insuficientes para mantener la intensidad del ritmo original de conquista. Y en la victoria se mostraron también proclives a la debilidad del común de los mortales, disfrutando del triunfo en paz pero dispuestos a disputarse la sucesión de la jefatura.

La jefatura la encarnaba un califa o «sucesor» de Mahoma, y los primeros califas crearon un medio para satisfacer las reivindicaciones de los excombatientes, que deseaban vivir cómodamente sin guerra: el *diwan* era una pensión para los guerreros árabes, financiada con los frutos de la conquista. Pero no supieron evitar tan bien el conflicto con los que no estaban de acuerdo en quién debía ser designado califa, y no tardaron en enfrentarse en una acalorada disputa al respecto, basada en una discrepancia fundamental a propósito de la naturaleza de la autoridad —¿debía heredarse de Mahoma o derivar del consenso de la *umma*, la comunidad?— que aún hoy persiste en la división entre musulmanes chiitas y sunitas. Lo que hizo irresoluble la disputa fue un tercer factor incontrovertible de la fe del islam: la prohibición de que un musulmán combata contra otro musulmán. La guerra para los musulmanes solo puede ser la yihad, la guerra santa contra quienes no se someten a la fe revelada, pues la guerra entre los que se han sometido es sacrilegio.

Sin embargo, algunos musulmanes persistieron durante el califato en llevar su discrepancia hasta la guerra, y el ulterior islam dividido tendría que luchar por territorio. Ante estos dos acontecimientos, muchos musulmanes piadosos abandonaron la vida secular. Los árabes de la tradición heroica no servían como soldados porque no valía la pena con la existencia del *diwan*, mientras que la mayoría de musulmanes conversos tampoco lo hacían por devoción religiosa; pero las reivindicaciones sucesorias de los disidentes y el imperativo de continuar la yihad hacían inevitable la guerra. El califato tuvo que adoptar soluciones. En los orígenes de la conquista, el islam había recurrido a guerreros no árabes, conversos que se habían vinculado a un señor árabe (más tarde estos conversos constituirían inevitablemente la mayoría de la población musulmana).

Por el mismo principio, el islam había utilizado esclavos, dado que también se hallaban vinculados a señores árabes; por lo que en aquellas circunstancias era natural alistarlos directamente. Existe controversia respecto a la fecha en que se hizo, pero con seguridad fue a mediados del siglo IX cuando el islam instituyó una política

singular en cuanto a reclutamiento militar: la compra de esclavos jóvenes no musulmanes para ser educados en la religión de Mahoma y formarlos como soldados^[33].

Estos mamelucos se reclutaban casi exclusivamente en las fronteras del islam con las grandes estepas de Asia central, entre el mar Caspio y las cordilleras de Afganistán (más tarde, también en la costa norte del mar Negro), un área poblada por turcos cuando el califa al-Mutasim inició en el siglo IX el reclutamiento sistemático. Se le atribuye la frase de: «No hay pueblo en el mundo más valiente, más numeroso y más resuelto». Los turcos eran duros, como lo son los actuales, y ya estaban en marcha en dirección oeste, iniciando una migración que se convertiría en una ola de conquistas más vasta que la de los propios árabes. Poseían otras cualidades para hacerse valer ante el califa, pues si no eran musulmanes conocían el islam, ya que la frontera de la estepa no era fija, sino un diafragma a través del cual turcos y no turcos hacían incursiones, comerciaban y, en el caso de los turcos, emigraban con frecuencia para mejorar. El islam que ellos conocían conservaba, además, su carácter heroico; los *ghazi*, guerreros de la frontera, hacían la guerra santa sin pesar de conciencia, sin ninguna de esas tendencias que Daniel Pipes denomina «interiorización»: la alienación frente al poder secular del islam que presentaban los musulmanes en su espacio vital^[34]. Pero más que su personalidad, lo que se admiraba en los turcos era su habilidad para montar a caballo y su dominio de las técnicas bélicas montadas. El caballo veloz tiene su origen en la estepa y los turcos lo montaban como si fuese parte de ellos mismos —la leyenda decía que las mujeres turcas concebían y daban a luz a caballo—, y utilizaban con incomparable eficacia mortífera las armas del guerrero a caballo: la lanza, el arco compuesto y el sable curvo (copia del cual, en olvidado tributo a los invencibles guerreros de la estepa, es el actual sable mameluco de general inglés). Los turcos tenían sus inconvenientes, pues eran saqueadores insaciables, como consecuencia de la extrema frugalidad de su vida en la estepa, donde la carne y la leche eran escasas, y la posibilidad de saqueo era un fuerte incentivo para que un turco aceptase la esclavitud. En efecto, una vez que la «institución mameluca» se puso en marcha, gran parte del reclutamiento de esclavos militares lo hacían los jefes turcos y cabezas de familia cuya disposición a congraciarse con el imperio del islam y sacar provecho mediante el comercio igualaba al deseo de los vendidos de conseguir una profesión segura y respetada.

La mayor parte de los principales estados musulmanes empleaban esclavos militares, y de ellos el más importante, con gran diferencia, era el califato abasida de Egipto, restaurado tras el derrocamiento del califato de Bagdad por los mongoles en 1258, cuyos mamelucos gobernaron el país con sultanes propios desde mediados del siglo XIII hasta principios del XVI. Los mamelucos se habían alineado con el bando más favorecido de la disputa dinástica, y a él permanecieron fieles porque ganaron una batalla decisiva en Ain Jalut en 1260, en virtud de la cual se erigieron en salvadores del mundo musulmán; y en efecto lo fueron, como también de casi todo el

resto del mundo civilizado, cuyos adversarios eran esos mismos mongoles parientes del recién fallecido Gengis Kan —que habían destronado y asesinado al califa de Bagdad dos años antes—, y a quienes ningún poder militar, ni siquiera los guerreros profesionales cristianos, instauradores del reino cruzado de Tierra Santa, había sido capaz de resistir. Lo que hizo particularmente notable la victoria de los mamelucos fue que gran parte de la caballería del ejército mongol la constituían turcos, vecinos de los mongoles de la estepa, que aprovechaban encantados la oportunidad de pillaje que les ofrecía la irrupción de Gengis Kan desde Asia central; y así, en Ain Jalut, fueron, según el historiador árabe Abu Shama, «derrotados y destruidos por hombres de los suyos»^[35]; aunque más exacto sería decir que fueron vencidos por hombres de su propia raza, soldados mamelucos muy especiales, criados y entrenados por el islam.

La mayoría de los mamelucos que combatieron en Ain Jalut eran turcos kipchaks de la costa norte del mar Negro (el más famoso de ellos, Baibars, era un kipchak) que habían sido vendidos como esclavos en la niñez o en edad adolescente y llevados a El Cairo para ser formados. Encerrados como novicios en cuarteles casi monásticos, allí les enseñaban en primer lugar el Corán, código de la ley islámica, y la escritura árabe, y al hacerse adultos se iniciaban en el aprendizaje de la *furusiyya* o arte marcial de la equitación, dominio de la montura y habilidad para manejar armas a caballo, todo lo cual era la clave del arrojo de los mamelucos en combate^[36]. La *furusiyya*, en su énfasis sobre la integración entre caballo y jinete, les confería, ensillados, gran rapidez y precisión en el manejo de las armas, fomentaba la cohesión táctica de los compañeros a caballo y se asemejaba mucho a la instrucción militar de la Europa cristiana. Y es, en efecto, un dato fascinante de la historia militar medieval hasta qué extremo la caballería como código bélico y de honor era tan común a los caballeros de la cruz como a los *faris* de la media luna.

No obstante, su fervor por la guerra a caballo sería su ruina, pues fue un grupo que se mantuvo al margen de los progresos militares allende su mundo; de no ser por lo cual se habrían percatado de que la época de la caballería tocaba a su fin. A diferencia de los caballeros con armadura de Europa occidental, no libraron encuentros contra las primeras armas de pólvora ni frente a la cada vez más importante infantería; hasta finales del siglo xv, su condición, tanto política como militar, permaneció inalterada a tal extremo que, aunque un mameluco siempre iba a todas partes a caballo, la *furusiyya* cayó en desuso.

El sistema mameluco tenía una característica excelente: que no era hereditario. En efecto, aunque los mamelucos podían casarse y engendrar hijos libres, ya que ellos se convertían por ley en hombres libres conforme ascendían (aunque no obtenían libertad para abandonar la institución o servir a otro señor que no fuera el sultán), ningún hijo de mameluco podía integrarse en la institución. Pese a que esto debería haber servido para infundir nuevas ideas y nueva sangre, en la práctica no fue así, pues los nuevos mamelucos siguieron llegando a Egipto desde la estepa a lo largo de

los siglos XIV y XV, pero después de su noviciado y el aprendizaje de la *furusiyya* resultaban idénticos a sus predecesores. Las razones eran obvias. La condición de mameluco suponía un gran privilegio; la institución se había asegurado el poder y el privilegio como consecuencia lógica de la esclavitud militar, y no cabe duda de que sus miembros pensaron que lo mejor para conservarlo era dedicarse exclusivamente a las prácticas que habían consagrado su fama.

Después, a principios del siglo XVI, tuvieron que enfrentarse a la vez a la revolución tecnológica de la pólvora en dos frentes distintos: su control del mar Rojo se vio amenazado por los portugueses que circunnavegaban África en barcos con cañones pesados; y la seguridad de las fronteras de Egipto fue amenazada por los ataques de los turcos otomanos, cuyos ejércitos de caballería estaban muy reforzados con mosqueteros bien entrenados. Los sultanes mamelucos se apresuraron a subsanar un siglo de dejadez militar, haciendo fundir gran número de cañones y formando unidades de artilleros y mosqueteros. Se reactivaron los ejercicios de *furusiyya* y los mamelucos volvieron a aprender intensamente las artes de la lanza, el sable y el arco. Pero, fatalmente, la remilitarización de los mamelucos y la adopción de la pólvora fueron dos procesos aislados, ya que no se enseñaba a los mamelucos el uso de las armas de fuego, y los artilleros y mosqueteros se reclutaban fuera de la casta mameluca, entre los negros africanos y los pueblos del Magreb, situados al oeste de Arabia^[37].

El resultado era previsible: los artilleros y mosqueteros que acudieron al mar Rojo lograron notables triunfos contra los portugueses, que luchaban en aguas cerradas en las que sus buques oceánicos se encontraban en desventaja y con gran limitación de sus líneas de comunicación; mientras que los mamelucos que marcharon al encuentro de los ejércitos otomanos provistos de armas de fuego sufrieron una clamorosa derrota en las batallas de Marj Dabiq, en agosto de 1515, y Raydaniyya, en enero de 1516. La «institución» fue derrocada y Egipto se convirtió en una provincia del imperio otomano.

La génesis de ambas derrotas es semejante. En la primera de ellas, los otomanos, al mando del sultán Selim I, situaron la artillería en los flancos, los mosqueteros en el centro, y aguardaron el ataque de los mamelucos, que lo llevaron a cabo según el despliegue tradicional en media luna, para ser rechazados por el fuego otomano. En la segunda, los mamelucos, que habían reunido alguna artillería, aguardaron el ataque de los otomanos, pero se vieron desbordados por los flancos y cayeron de nuevo en la tentación de efectuar una carga de caballería; de modo que llegaron a romper con su ímpetu uno de los flancos enemigos, aunque las armas de fuego fueron decisivas. Perecieron siete mil mamelucos y los supervivientes huyeron a El Cairo, que poco después hubo de rendirse.

La táctica de estas dos batallas presenta menos interés que las ulteriores lamentaciones de los mamelucos a propósito de los medios que decidieron su derrota. Ibn Zabul, el historiador mameluco que compuso la elegía de la caída de su casta,

habla por boca de generaciones de *preux chevaliers* en el discurso del jefe mameluco Kurtbay que él mismo inventa:

Escuchad bien mis palabras para que otros sepan que entre nosotros se hallan los jinetes del destino y la muerte roja. Uno solo de los nuestros puede derrotar a todo un ejército. Si no lo creéis, podéis comprobarlo; aunque sí os rogamos que ordenéis a vuestro ejército que deje de disparar armas de fuego. Tenéis doscientos mil soldados de todas las razas. Quedaos donde estáis y disponed vuestro ejército en orden de combate. Solo tres de nosotros os atacarán [...]; veréis con vuestros propios ojos las hazañas que realizan los tres [...]. Habéis juntado un ejército de todos los rincones del mundo: cristianos, griegos y otros, y habéis traído con vosotros esos aparatos ingenieros por los cristianos de Europa al verse incapaces de enfrentarse a los ejércitos musulmanes en el campo de batalla. Los aparatos son esos mosquetes que, aunque los empuñe una mujer, resisten a gran número de hombres [...]. ¡Ay de vosotros que osáis disparar armas de fuego contra los musulmanes^[38]!

El lamento de Kurtbay recuerda el desdén por las armas mecánicas del caballero boyardo francés, *chevalier sans peur et sans reproche*, que solía matar a los ballesteros que caían prisioneros, y anticipa el espíritu de la «carga de la muerte» de la caballería contra las bocas de los fusiles franceses en Mars-la-Tour en 1870. Es el grito desafiante universal del guerrero a caballo en el ocaso de la caballería. Pero en el lamento de Kurtbay hay algo más que orgullo de casta, resistencia al cambio, ortodoxia religiosa o desprecio por los inferiores; acusa una clara y reciente experiencia de que las armas blancas podían vencer a las de fuego en virtud de las cualidades marciales que los mamelucos creían que les conferían superioridad respecto al resto de los mortales. En 1497 un sultán niño, Sadam Mohamed, había creado en El Cairo un regimiento de mosqueteros negros esclavos, a quienes otorgó privilegios y utilizó en enfrentamientos entre facciones; tal vez previese la revolución de la pólvora, aunque quizá únicamente lo hizo por pensar que las armas de fuego le conferían más poder. En cualquier caso, resultó que los mamelucos se ofendieron al casar Sadam a su negro favorito, Farajallah, con una esclava circasiana —etnia a la que por entonces pertenecían casi todos los mamelucos— y no aguantaron más. Según el historiador al-Ansari:

Los mamelucos reales manifestaron su desaprobación al sultán, se acorazaron y se armaron completamente. Estalló una batalla entre ellos y los esclavos negros, que eran unos quinientos. Los esclavos negros huyeron y se hicieron fuertes en las torres del alcázar, disparando contra los mamelucos reales. Los mamelucos reales fueron al asalto y dieron muerte a Farajallah y unos cincuenta esclavos; el resto huyó; dos mamelucos reales murieron^[39].

Pero como comprobarían los mamelucos, cuando hombres de igual temple luchaban en condiciones desiguales, vencía el bando con mejores armas. Esa fue la lección en Marj Dabiq y Raydaniyya, y sería la lección, cuatrocientos años más tarde, en la guerra en el Pacífico de los japoneses contra los estadounidenses, cuando, en un último intento contra el poder de la industria estadounidense los pilotos suicidas llevaban su espada samurái en la carlinga de los aparatos kamikaze cuando se lanzaban contra los portaaviones enemigos. Sería también la lección de las dos guerras mundiales desencadenadas por Alemania en el siglo xx, cuando el desprecio de su casta militar por la superioridad del enemigo en cuanto a *Materialschlacht* — guerra de materiales— en último extremo privó a sus tropas de valor.

Los mamelucos no se tomarían a pecho estas derrotas. Las victorias otomanas de 1515 y 1516 no acabaron con la institución. Podría, efectivamente, aducirse que el islam, hasta que se contagió en el siglo xx del espíritu hostil del nacionalismo, fue incapaz de adoptar una organización militar profesional que no estuviera basada en la esclavitud. En cualquier caso, las dinastías subordinadas a los mamelucos no solo fueron recuperando el poder en el Egipto otomano, sino también en otras distantes provincias conquistadas, como Irak, Túnez y Argelia. Mas, aunque fueron capaces de recuperar el poder, no escarmentarían en el aspecto militar. Cuando Napoleón invadió Egipto en 1798, los mamelucos volvieron a cargar contra la artillería y los mosquetes con tácticas de *furusiyya*, y, naturalmente, fueron derrotados en la batalla de las Pirámides. El emperador, entusiasmado con su noble salvajismo, hizo de uno de ellos, Rustam, su guardaespaldas personal hasta el fin de su reinado. Los mamelucos supervivientes, dispuestos a seguir desafiando a la época moderna a lomo de caballo, fueron finalmente objeto de una matanza, en 1811 en El Cairo, organizada por Mohamed Alí, un sátrapa otomano que no sentía escrúpulos en practicar los métodos bélicos «cristianos»^[40].

Desde luego, la batalla de las Pirámides con certeza, y probablemente la matanza de El Cairo, fueron acontecimientos que debió de conocer Clausewitz; ambos habrían debido servirle de indicación de que la cultura es una fuerza tan poderosa como la política en la elección de los medios bélicos, y en muchas ocasiones más predominante que la lógica política o militar. Pero si Clausewitz estaba al corriente de los hechos, no extrajo las conclusiones. Por una curiosa concatenación de circunstancias, su discípulo Helmuth von Moltke sería testigo del final del papel de Mohamed Alí en su condición de servidor del poder otomano en el antiguo territorio mameluco, en una suerte de acontecimientos que demuestran cómo la cultura es mucho más persistente, así como determinante, que la decisión militar.

El ejército prusiano encomendó en 1835 a Moltke la misión de modernizar la organización militar turca y sus tácticas. Fue una experiencia desalentadora, según sus palabras: «En Turquía el menor regalo resulta sospechoso si procede de la mano de un cristiano [...]. Un turco admitirá sin vacilar que los europeos son superiores en cuanto a ciencia, técnica, riqueza, valor y fuerza, sin que se les pase por la cabeza que

por ello un franco esté a la par con un musulmán». En cuestiones militares, esta actitud revelaba un terco desprecio: «Los coroneles nos cedían el paso, los oficiales eran de una cortesía aceptable, pero la tropa no nos presentaba armas, y las mujeres y niños a veces venían detrás maldiciéndonos. Los soldados obedecían pero no saludaban».

Moltke acompañó en 1839 al ejército turco en la expedición enviada por el sultán otomano a Siria para sofocar la rebelión de Mohamed Alí, gobernador de Egipto. Fue un enfrentamiento curioso. El ejército otomano estaba superficialmente modernizado o «cristianizado», pero los egipcios mucho más; de hecho, Mohamed Alí era un europeo, un musulmán albanés que había aprendido la superioridad de los métodos cristianos en la guerra de la independencia griega, y muchos de sus aliados en la guerra contra los mamelucos —como el francés Sève— eran helenófilos renegados. El ejército de Mohamed Alí acabó con los otomanos en una batalla en Siria, la de Nezib, en la que Moltke fue espectador, con el espectáculo de los turcos —kurdos conscriptos en su mayoría— huyendo desordenadamente. Después, los egipcios le harían regresar a Prusia, profundamente desilusionado por la resistencia de los súbditos del sultán otomano a la tan necesaria reforma.

La Turquía otomana nunca conseguiría crear un ejército moderno, aun después de haber restringido su ingreso en el mismo a los turcos de etnia pura. Esa limitación arbitraria de la relación entre los súbditos y el sultán minó profundamente la autoridad del gobierno otomano sobre sus súbditos musulmanes no turcos; y fue sin duda esta reducción de la base del poder el principal factor de las tensiones a que se vio sometido el imperio otomano cuando el sultán-califa, en su condición de comandante de un ejército «cristianizado», fue arrastrado a la guerra de 1914 al lado de Alemania. El resultado de la guerra privó a Turquía de su imperio, y pronto también de sultán y califa. Todo lo que quedó fue un ejército a cuya creación había sacrificado todo.

Se dio otra ironía más en esa desazón que los sucesores de Clausewitz y Moltke sentían por sus discípulos turcos, ya que el colapso del imperio turco en 1918 coincidió, por supuesto, con su propio derrumbe, y exactamente por el mismo medio: la deliberada elección de recurrir a la guerra por fines políticos erróneos. Los Jóvenes Turcos —todos ellos implicados en la cristianización del ejército del sultán— entraron en la guerra aliados con Alemania porque creían que ello contribuiría a hacer más fuerte a Turquía, y Alemania lo hizo convencida de que hacer la guerra era el medio para fortalecer a Alemania. No cabe duda de que Clausewitz habría pensado lo mismo. Esa distorsión cultural de perspectivas causó la muerte de la cultura tradicional germana y la de los súbditos del califa.

Los samuráis

Casi al mismo tiempo que los mamelucos sucumbían a las armas de fuego, otra sociedad militarizada del otro extremo del planeta se aseguraba la supervivencia desafiando tajantemente a las circunstancias que la amenazaban. En el siglo XVI, la clase portadora de espadas de Japón se enfrentaba al reto de las armas de fuego, y adoptaba los medios para excluirlas del país y así perpetuar su hegemonía social durante doscientos cincuenta años más. Mientras que Occidente, que entró en breve contacto con Japón en el siglo XVI, desarrollaba su comercio, viajaba, se industrializaba y experimentaba una revolución política, los samuráis japoneses cerraban el país al mundo exterior, extirpaban las cabezas de puente de las religiones extranjeras y de la influencia técnica que se habían infiltrado, y se atrincheraban en las tradiciones con que habían vivido y gobernado durante mil años. Es una reacción con paralelismos —fue acusada en China en el siglo XIX—, pero sus consecuencias no tienen comparación. Sin embargo, a pesar de su singularidad, las consecuencias son prueba de que la lógica política no siempre predomina sobre la guerra y de que, por el contrario, son las formas culturales, cuando encuentran adalides decididos, las que prevalecen con mayor resistencia frente a las tentaciones dominantes de optar por soluciones técnicas como medio de victoria, sobre todo cuando el precio de esta victoria es el derrocamiento de los tan encarecidos valores tradicionales.

Los samuráis constituían, por decirlo claro, la clase feudal y señorial de Japón, y su origen se explica por el aislamiento del país y la división de las islas del archipiélago por cadenas montañosas. Los jefes de clanes de los valles japoneses (al igual que los «señores de los valles» de la Anatolia otomana) juraban lealtad al emperador, cuyo antiguo linaje reverenciaban profundamente, pese a que su poder era puramente formal. A partir del siglo VII, en que un jefe de clan, Fujiwara Kamatari, instituyó un gobierno central siguiendo el modelo del de la dinastía Tang en China, el país fue eficazmente administrado por un clan familiar: el de él mismo en primer lugar, y después los de otros rivales que lograron hacerse con el poder. Estos rivales pudieron competir por él con Fujiwara, y conseguirlo finalmente, gracias a su capacidad para recaudar impuestos: como concesión al budismo, una religión estatal importada de China, los monasterios estaban exentos de ellos, y sus vecinos seculares no tardaron en lograr el mismo privilegio, a la vez que ponían en práctica la costumbre de hacer que los campesinos pagasen directamente los impuestos al señor del clan local. Por la riqueza obtenida con la recaudación de impuestos, varias familias se fueron sucediendo en la hegemonía de la corte imperial, hasta que en el siglo XII el que detentaba el poder real logró que el emperador niño le otorgase el título de *Sei-tai-Shogun* o generalísimo. Yorimoto, el primer shogún, ya había establecido un nuevo tipo de gobierno, el *bakufu*, que literalmente significa el «ministerio del campamento», a partir del cual se ejerció la autoridad central hasta el siglo XIX, en que tuvo lugar la restauración del mikado y el poder real volvió a la corte, aunque no al emperador, anulándose también el de los magnates de los valles.

El shogún, los jefes de otros clanes militares que competían incesantemente entre

sí por el poder y sus seguidores samuráis (la vasta clase guerrera cuyos miembros, distinguidos por el derecho a portar dos espadas, reivindicaban su condición de caballeros), no eran meros desalmados como solían serlo sus equivalentes europeos medievales. No cabe duda de que eran guerreros feroces e inteligentes, prueba de ello la tenemos en su primer y decisivo triunfo sobre los mongoles que, en el extremo opuesto de su irrupción en el mundo árabe en 1260, lograron poner pie en el archipiélago japonés en 1274. Pero, al regresar en 1281, un tifón destruyó parte de su flota y se marcharon para nunca más volver.

El «estilo» era fundamental en el modo de vida samurái, tanto en la ropa, la armadura y las armas como en la habilidad para la lucha y el comportamiento en el campo de batalla; en eso no diferían mucho de sus caballerescos contemporáneos de Francia e Inglaterra. Sin embargo, en sus perspectivas culturales se diferenciaban enormemente. Los japoneses eran un pueblo letrado y la cultura literaria estaba muy desarrollada entre los samuráis; los principales nobles japoneses que habían residido en la corte del impotente emperador-dios no perseguían la fama militar, sino la gloria literaria; y su actitud servía de ejemplo a los samuráis, quienes se esforzaban por hacerse célebres como espadachines y como poetas. El budismo, en la modalidad zen adoptada por los samuráis, propugnaba una visión meditativa y poética del universo; por ello, los más célebres guerreros del Japón feudal eran hombres inteligentes, espirituales y de sentimientos refinados.

El Japón medieval era políticamente un caos debido a la competencia endémica por el shogunato; pero se trataba de un caos con ciertos límites. No obstante, a principios del siglo XVI el feudalismo se había desmandado y el orden social se hallaba amenazado: los dirigentes eran derrocados por advenedizos, algunos de ellos simples bandidos, y el poder del shogún resultaba tan ficticio como el del emperador. Se restableció el orden entre 1560 y 1616, merced a tres hombres fuertes excepcionales sucesivos, que actuaron en nombre del shogún: Oda Nobunaga, Toyotomi Hideyoshi y Tokugawa Ieyasu, quienes sistemáticamente redujeron el poder de los monasterios budistas, de los erráticos jefes de clanes y las bandas de forajidos sin señor. La pacificación de Ieyasu culminó con el asedio a la fortaleza de Osaka en 1614, último reducto de sus adversarios; tras lo cual decretó la demolición de todos los castillos no residenciales. Fue tal su autoridad que el proceso que en Europa les costó décadas a los reyes en Japón se llevó a cabo en tan solo unos días.

No fueron sus dotes de mando la única explicación para el restablecimiento del orden; esos tres hombres representan también el empleo de una nueva arma. Los viajeros portugueses habían introducido en Japón los cañones y las armas de fuego en 1542, y Oda Nobunaga, profundamente impresionado por el poder de la pólvora, equipó enseguida a sus ejércitos con mosquetes y desritualizó sin contemplaciones el modo de combate imperante en Japón, país en el que hasta entonces las batallas se iniciaban al modo tradicional, según la clásica forma universal de hacer la guerra entre campeones, lanzándose retos los contendientes de ambos bandos, insultándose y

exhibiendo armas y armaduras. Este ritual prosiguió aun después de la introducción de las armas de fuego, pero Oda Nobunaga prescindió de él totalmente y enseñó a sus mosqueteros a lanzar descargas en formación. En la batalla decisiva de Nagashino, en 1575, el enemigo fue dispersado bajo un torrente de fuego^[41], un cambio radical de actitud, a diferencia de lo acaecido en la batalla de Uedahara en 1548, cuando el bando que poseía armas de fuego dejó de usarlas porque el adversario, una vez concluidos los rituales, cargó espada en mano.

El predominio logrado por los hombres fuertes habría debido asegurar la preponderancia de las armas de fuego, pero sucedió precisamente lo contrario. A finales del siglo XVII, las armas de fuego casi habían dejado de usarse en Japón y eran objetos raros. Solo un puñado de japoneses sabían fabricar armas de fuego o fundir cañones, y los únicos cañones supervivientes databan de 1620. La situación continuó así hasta el siglo XIX, con la llegada de «los barcos negros» del comodoro Perry a la bahía de Tokio en 1854, cuando los japoneses se vieron perentoriamente confrontados de nuevo con la pólvora. Durante ese lapso de doscientos cincuenta años los japoneses habían prescindido totalmente de ella. La mayor presión para tal renuncia procedía del último de los hombres fuertes, Tokugawa Ieyasu, cuya campaña de pacificación culminó con su ascenso al shogunato. ¿Por qué y cómo puso la pólvora fuera de la ley?

El cómo es fácil de explicar. Primero hubo un desarme general de la población decretado en 1587 por el antecesor de Ieyasu, Hideyoshi, quien ordenó que todos los que no fuesen samuráis entregasen al gobierno las armas —tanto espadas como armas de fuego—, con el fin de construir con el metal una colosal estatua de Buda. Pero el objeto de esta recogida era reforzar la pacificación del país, devolviendo el monopolio de las armas a la clase militar controlada por el gobierno. Los gobiernos europeos decretaron medidas similares en la era de la pólvora, aunque los objetivos tardaron décadas en alcanzarse. Pero en Japón la justicia era cruel y taxativa, y se logró inmediatamente^[42].

Luego, a partir de 1607, Ieyasu estableció un sistema por el que se centralizaba la manufactura de armas de fuego y de cañones, nombrando al gobierno como exclusivo comprador autorizado, y ordenándose a todos los fundidores de cañones y armeros que trasladasen los talleres a la ciudad de Nagahama; los cuatro principales armeros fueron ascendidos al rango de samurái para asegurarse su lealtad a la clase portadora de armas sin previa autorización del comisario de armas, que, a su vez, solo aprobaba los pedidos del gobierno, y este fue reduciendo las compras progresivamente, hasta que en 1706 la producción de Nagahama era de treinta y cinco mechas grandes en los años pares, y de doscientas cincuenta pequeñas en los impares. Distribuidas entre una clase guerrera de aproximadamente medio millón de miembros —que era la que las utilizaba, sobre todo en desfiles ceremoniales—, resultan cifras ridículas. El control de las armas de fuego había dado resultado y Japón quedaba al margen de la era de la pólvora.

Pero ¿qué? Esta pregunta es ya más compleja. Indudablemente, las armas de fuego eran el símbolo de la intrusión extranjera, y se asociaban, ilógica pero inevitablemente, con la expansión del cristianismo llevada a cabo por los misioneros jesuitas portugueses, a quienes se les imputaba ser los heraldos de la invasión; invasión a una escala que no hacía mucho había convertido las Filipinas en una posesión española. Hidetada, sucesor de Ieyasu, llevó severamente a la práctica las órdenes de supresión y expulsión dictadas demasiado tarde por sus predecesores. Además, la suspicacia del shogunato respecto al cristianismo y sus vinculaciones cobró mayor vigor a causa de la rebelión de Shimbara en 1637, en la que los nativos cristianizados combatieron con pólvora. Una vez aplastada, la autoridad del shogunato permaneció incontestada durante dos siglos, y la clausura del país a los extranjeros y sus influencias decretada el año anterior fue absoluta.

Una tendencia más hacia el chovinismo puede haberla determinado la única aventura de política exterior, la invasión de Corea en 1592, prolegómeno al parecer de una ambiciosa agresión a China, que se saldó con un fracaso en 1598. Pero más importante que el rechazo de todo lo extranjero, y profundamente latente bajo este sentimiento, era la consideración de que las armas de fuego causaban inestabilidad social. Un cañón en manos de un plebeyo o de un forajido podía servir para derrocar a un señor de gran alcurnia, como bien sabían los caballeros europeos de la época de la pólvora. Cervantes, en el *Quijote*, condena un invento que permite «que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero»^[43].

La tercera causa explicativa del control de armas de fuego en Japón fue que era posible imponerlo. Por mucho que los guerreros europeos deplorasen los efectos de las armas de fuego en su estilo de vida, con una frontera abierta al sudeste, en la que los turcos otomanos atacaban obstinadamente con cañones, no les quedaba más remedio que atacar con igual ímpetu para defender el cristianismo. Una vez que la cristiandad quedó dividida por la Reforma, en el preciso instante en que la tecnología posibilitaba la artillería móvil y dotaba de eficacia a las armas de fuego, desapareció la inhibición de que un cristiano disparase contra otro cristiano. Pero estos factores no concurrían en Japón, ya que la distancia y la fama bélica de sus gentes lo protegían de los viajeros europeos, China no tenía marina ni intención de invadirlo y no existían otros posibles invasores. En el aspecto interno, los japoneses, aunque divididos en clases y facciones, formaban una sola unidad cultural. Por lo tanto, la pólvora no era esencial para la seguridad nacional ni se codiciaba como un medio de victoria entre facciones enfrentadas ideológicamente.

Además, la pólvora era irreconciliable con el código ético del guerrero japonés, el cual tenía valedores muy poderosos. El shogunato Tokugawa era algo más que una institución política: era un instrumento cultural. Dice el historiador de la cultura G. B. Sansom:

No limitaba sus funciones a cobrar los impuestos y mantener el orden, sino que

también se encargaba de regular la moral del pueblo y de prescribir la conducta en sus detalles más nimios. Cabe dudar de que la historia anterior registre un intento más ambicioso por parte del estado de inmiscuirse en la vida privada de los individuos y de controlar las ideas y los actos de toda la nación^[44].

Se prestó particular atención a las ideas y actos de la clase portadora de espada, y el único manual de armas compatible con la cortesía fue el de la espada del samurái. Los Tokugawa y sus predecesores utilizaron pólvora por razones de *realpolitik*, pero una vez logrado el poder, la pólvora y las armas de fuego se convirtieron en algo detestable.

El culto a la espada tiene diversas procedencias. Lo alentaba el budismo zen, que hacía hincapié en «dos ideales supremos, la fidelidad y la indiferencia a las privaciones físicas», y se reforzó por efecto de la cultura de la clase guerrera, «una cultura que concedía meticulosa atención a lo formal, lo ceremonioso y lo elegante expresado en la vida y el arte». El manejo japonés de la espada, igual que el del maestro de esgrima europeo, era un arte, una habilidad regida por reglas de porte y gesto que ejemplificaban la preocupación de los japoneses por el «estilo» en todos los aspectos de la existencia^[45]. Y parece que formaba parte de la creencia japonesa en la importancia de la unidad entre la naturaleza y las fuerzas naturales, ya que el esfuerzo muscular es «natural», al contrario de la energía química de la pólvora. Respondía, sin lugar a dudas, al respeto japonés a la tradición, ya que no solo el manejo de la espada era tradicional, sino que las mejores espadas solían ser reliquias de familia con nombre propio, que pasaban de generación en generación como el apellido, el cual, en realidad, era una distinción reservada a los dueños de la espada.

Estas espadas constituyen actualmente preciados objetos de coleccionista, pero son mucho más que bellas antigüedades; las espadas de samurái de primera calidad son las armas blancas mejores del mundo. He aquí el comentario de un historiador de la campaña contra la pólvora:

Existe en Japón una película en la que se ve cómo una espada forjada por un famoso armero del siglo xv, Kanemoto II, corta el tambor de una ametralladora por la mitad. Si parece imposible, no hay que olvidar que los forjadores como Kanemoto martilleaban, doblaban y volvían a martillar un día y otro hasta que la hoja de la espada estaba formada por unos cuatro millones de capas de acero finamente forjado^[46].

Naturalmente, es imposible desarmar completamente a la población cuando esta dispone de guadañas y látigos, pero las herramientas de trabajo son pobres instrumentos para enfrentarse a armas especializadas. Asegurando el monopolio de las espadas a los guerreros, los Tokugawa garantizaban la permanencia de la clase samurái en el vértice de la sociedad japonesa.

La lógica de Tokugawa no era la de Clausewitz. Aunque este pensaba que su análisis de la naturaleza de la guerra estaba exento de juicios de valor, es evidente que lo empañaba la creencia de sus contemporáneos europeos de que la humanidad es naturalmente proclive a la «política» o a la «actividad política», y de que la política es intrínsecamente dinámica, es decir, «progresista». Era una opinión que el duque de Wellington, conservador por naturaleza y opositor por principio a la revolución francesa, asumió con todo el peso de su desaprobación. En efecto, Clausewitz parece percibir la política como una actividad autónoma, una encrucijada entre formas racionales y fuerzas emocionales, en la que la razón y el sentimiento son determinantes, pero en la que la cultura —ese vasto contingente de creencias compartidas, valores, asociaciones, mitos, tabúes, oratoria y expresión artística, que lastra a toda sociedad— no desempeña papel alguno. La reacción de Tokugawa demuestra cuán equivocado estaba, y da cuenta sin lugar a dudas de que la guerra es, entre otras cosas, la perpetuación de la cultura por sus propios medios.

UNA CULTURA SIN GUERRA

La creencia de Clausewitz en la primacía de la política sobre la cultura no es, con todo, una idea propia. Era la postura de los filósofos occidentales a partir de Aristóteles, y en la época de Clausewitz fue poderosamente reforzada por la repercusión de las ideas políticas puras —a su vez producto de los filósofos de entonces, como Voltaire y Rousseau— en liza contra la pasión y el prejuicio de las calles de París. Las guerras que Clausewitz conocía, las guerras en que combatió, fueron las guerras de la revolución francesa; y el «motivo político» que él siempre buscaba como factor desencadenante y rector de la guerra siempre estaba presente en origen. Los estados dinásticos europeos veían en la revolución francesa, con toda lógica, una amenaza para la monarquía; la guerra aparecía claramente como una «continuación de la política».

Hay que tener también en cuenta que Clausewitz, como historiador, no disponía de textos que lo orientasen respecto a la importancia de los factores culturales en las relaciones humanas. La historia comparada, de la que es hija la historia cultural, no era un enfoque adoptado por ninguno de los grandes historiadores a que habría podido recurrir como modelos. Isaiah Berlin, en uno de sus homenajes al padre de la historia comparada, Giambattista Vico, resume perfectamente el espíritu de la Ilustración como la convicción de «haber encontrado un método universal válido para la solución de las cuestiones fundamentales que se habían planteado los hombres de todas la épocas: cómo determinar lo que era verdadero y falso en todos los ámbitos del conocimiento»^[47].

El gran publicista de la Ilustración, Voltaire, a pesar de que propugnaba la

ampliación de la indagación histórica de modo que abarcase las actividades sociales y económicas y sus efectos, estaba firmemente convencido de que los únicos objetivos dignos del estudio histórico eran las cumbres de los logros de la humanidad, no los valles [...]. Voltaire afirmaba: «Si no tenéis otra cosa que decirnos, sino que un bárbaro sucedió a otro en la ribera del Oxus o del Ixartes, ¿de qué le servís al público?»^[48].

Y hacia donde apuntaba Voltaire, ¿cómo no iba a ir Clausewitz? En las décadas del siglo XIX posteriores a su muerte, los historiadores alemanes se erigieron en pioneros del método comparativo en historia y en política; pero en vida de Clausewitz era la Ilustración la que imponía las reglas. «Vemos, por consiguiente, que en cualquier circunstancia la guerra ha de considerarse no como algo independiente, sino como un instrumento político; y solo adoptando esta perspectiva evitaremos vernos enfrentados a toda la historia militar», escribió^[49]. ¿Qué perspectiva más perfectamente ilustrada y más puramente volteriana podría expresarse?

Sin embargo, Voltaire, en su despectiva descalificación de la importancia de los acontecimientos a orillas del Oxus, asesta un golpe a la teoría de Clausewitz. Actualmente, los historiadores militares reconocen que las orillas del Oxus son al arte de la guerra lo que Westminster a la democracia parlamentaria o la Bastilla a la revolución. Aproximadamente a orillas del Oxus —el río que separa Asia central de Persia y Oriente Medio— el hombre aprendió a domar el caballo, a ponerle riendas y finalmente a ensillarlo para montarlo; y fue del Oxus de donde partieron los conquistadores para formar «imperios de carros» en China, India y Europa. Fue en el Oxus donde tuvo lugar la revolución de la caballería, una de las innovaciones más decisivas en el arte de la guerra. Y fue cruzando el Oxus como irrumpieron las sucesivas oleadas de conquistadores y saqueadores de Asia central —hunos, ávaros, magiares y mongoles— en Occidente. Fue en Samarcanda, al norte del Oxus, donde inició su reinado de terror Tamerlán, el caudillo más arbitrario y destructor de entre los pueblos nómadas ecuestres. Los primeros califas reclutaban sus guerreros esclavos en el Oxus, igual que los sultanes otomanos. El asedio de Viena de 1683, que amenazó el corazón de la cristiandad, fue el episodio militar más candente grabado en la memoria de los coetáneos de Clausewitz. Una teoría sobre la guerra que no tuviese en cuenta el Oxus y todo lo que representaba era una teoría defectuosa. Y pese a todo, Clausewitz la elaboró; con resultados catastróficos.

En los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, los historiadores militares radicales hicieron a Clausewitz responsable indirecto, si no directo, de la reciente carnicería. El historiador inglés B. H. Liddell Hart, por ejemplo, le culpó de haber postulado la mayor ofensiva posible con el mayor número de tropas como garantía de la victoria. Pero en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial conoció una súbita rehabilitación, prácticamente una apoteosis, que lo señalaba como el mejor pensador militar del pasado, del presente y —muestra de la moda que había

reavivado— del futuro. Los estrategas clásicos de la época de la guerra fría afirmaban que, en el triste caso de amenaza de un invierno nuclear, Clausewitz constituía una luz universal orientadora, y a sus detractores se los despedía con cajas destempladas; la famosa refutación de Liddell Hart, por ejemplo, fue motejada de «grotesca»^[50].

Los estrategas ortodoxos fundían una observación y una hipótesis: la observación de que la guerra es un fenómeno universal, que se ha dado en todas las épocas y en todos los sitios desde el final de la última glaciación; y la hipótesis de que existe una teoría universal válida en cuanto a los fines de la guerra y a cómo lograrlos mejor. No es de extrañar que a los estrategas les sedujera Clausewitz: ante la amenaza de un ataque nuclear, la única opción que le queda al estado es aunar lo mejor posible su política exterior con una doctrina estratégica, eliminando de los intersticios toda restricción que se le oponga. Un estado nuclear debe mostrarse dispuesto a hacer lo que dice, ya que la disuasión depende de haber convencido al adversario de la firmeza decisoria, y las reservas mentales son enemigas de la convicción.

La disuasión nuclear, sin embargo, repugnaba y repugna al sentimiento humano, ya que implica que el estado, si necesita defender su existencia, debe actuar con implacable desconsideración respecto a las consecuencias que recaigan sobre su propia población y la del adversario. No es de extrañar que, al menos en Occidente, donde la política en los dos últimos milenios ha institucionalizado la creencia judeocristiana de que el valor máximo es el individuo, la teoría de la disuasión suscite máxima repugnancia; muchas veces, en los patriotas dedicados a la defensa nacional y hasta en los guerreros profesionales que han derramado su sangre por el país.

Inventar una filosofía que integrase una teoría de la disuasión nuclear y un código moral y político de los estados democráticos era un reto imposible para el ingenio de los teóricos más hábiles. Pero en Clausewitz encontraron servidos una filosofía y un vocabulario de extremismo militar perfectamente avalados por la historia. Se pensó que, con las armas nucleares, la «guerra real» y la «guerra verdadera» eran la misma cosa, y se creyó que el horror de semejante conjunción era de por sí garantía suficiente para que no se produjese la guerra.

Pero existía una doble fragilidad en semejante lógica. En primer lugar, era totalmente mecanicista y dependía de que los procedimientos disuasorios funcionasen impecablemente en todas las circunstancias. Pero si existe una verdad evidente en política es que los medios mecanicistas resultan muy inadecuados para controlar el comportamiento del gobierno. La tesis comporta, además, el fomento entre los ciudadanos de los estados con poder nuclear una visión esquizofrénica del mundo. Ya que, a la vez que estos conservan su fe en el valor máximo de la vida humana, en el respeto por los derechos del individuo, en la tolerancia de las opiniones minoritarias, en la aceptación del voto libre, en la responsabilidad del ejecutivo ante las instituciones representativas y todo lo que abarca el ámbito de la ley, la democracia y la ética judeocristiana —las armas nucleares fueron desplegadas para defender tales valores—; al mismo tiempo se les pide aceptar el código del guerrero, en el que la

valentía, la subordinación al líder heroico y el axioma «la razón está en la fuerza» son los valores supremos. Y esta esquizofrenia tendría que ser constante, ya que, según la máxima de los teóricos nucleares, «las armas nucleares no pueden desinventarse».

Robert McNamara, secretario de Defensa durante el mandato del presidente John F. Kennedy, compendió la lógica disuasoria clausewitziana en la conferencia que pronunció en 1962 en la universidad de Míchigan, corazón de los valores humanistas estadounidenses. En ella afirmó: «La potencia y la naturaleza de las fuerzas de la Alianza [de la OTAN, pero esencialmente estadounidenses] nos capacita para conservar, incluso ante la eventualidad de un ataque masivo por sorpresa, suficiente reserva de poder de respuesta como para, si nos viésemos obligados, destruir al enemigo»^[51]. Esta amenaza de castigar con la «guerra verdadera» a un enemigo que desencadena la «guerra real» era de una pureza filosófica digna del aplauso de Clausewitz. Pero habría sido un aplauso del pasado, ya que Clausewitz, como hemos dicho, incluso en su época constituía una voz aislada dentro de una cultura guerrera que los predecesores de los actuales estados difícilmente podían extirpar dentro de sus propias fronteras. Por supuesto, reconocían su utilidad en interés del estado; pero solo le permitían sobrevivir en una serie de bandas guerreras artificialmente conservadas, pues la ética de los regimientos era totalmente distinta a la de la sociedad civil en el seno de la cual estaban acuartelados.

En épocas anteriores, la sociedad europea había estado profundamente impregnada de valores y prácticas guerreras. Luego, a partir del siglo XVII, merced a una política constante de privación de armas a la población, de destrucción de castillos de los señores feudales, de captación de sus hijos como oficiales del ejército regular, de creación de cuerpos especiales de artilleros al mando de las clases no guerreras y de monopolio de la fabricación de armas de combate en los arsenales del estado, la clase de gobiernos de los que Clausewitz fue súbdito logró desmilitarizar a la sociedad europea al oeste de los ríos Oder y Drava; es decir, desde Berlín y Viena hasta el Atlántico.

Cuando, en respuesta a las fuerzas desencadenadas por la revolución francesa, los estados europeos se vieron cada vez más obligados a remilitarizar a la población, lo hicieron desde arriba; lo que fue aceptado con diversos grados de entusiasmo. El servicio obligatorio universal acabaría por asociarse, cosa bien comprensible, con el sufrimiento y la muerte: en la Primera Guerra Mundial hubo veinte millones de víctimas, y cincuenta millones en la Segunda. Gran Bretaña y Estados Unidos lo abolieron en 1954; y cuando Estados Unidos lo restableció en 1969 para enfrentarse a una guerra que acabó siendo tan impopular, el rechazo de los conscriptos y sus familias a asumir los valores guerreros tuvo como resultado el abandono de la guerra de Vietnam. Supuso una prueba de cuán contraproducente es conducir a la sociedad con dos códigos contradictorios entre sí: el de los «derechos inalienables», que incluyen la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; y el de la abnegación en caso de necesidad estratégica.

En efecto, todo intento de conseguir un profundo cambio social desde arriba ha resultado difícil en el mundo moderno, y muchos han fracasado, en particular los encaminados a modificar el derecho a la propiedad privada y el de la relación del campesino con la tierra. El cambio social instrumentado desde abajo —que es la idea clave de los movimientos religiosos reformistas— ha obtenido mayores éxitos. Por consiguiente, resulta instructivo repasar los intentos llevados a cabo en el siglo xx de remilitarizar la sociedad desde la base. Dos de ellos merecen especial atención. Se trata de los de Mao Zedong en China y sus partidarios en Vietnam, y el de Tito en Yugoslavia. Ambos tuvieron su origen en la consigna de Marx de «crear ejércitos populares» como medio para adelantar la inevitable revolución; ambos se ajustaron a patrones similares; ambos alcanzaron los objetivos políticos que se habían propuesto; y ninguno obtuvo otra cosa que unos efectos culturales catastróficos.

En los años que siguieron al derrocamiento del emperador, en 1912, China cayó en un estado de anarquía en el que un supuesto gobierno republicano disputaba la autoridad a los señores de todas las provincias; hubo un tercero en discordia con el surgimiento del partido comunista, uno de cuyos dirigentes, Mao Zedong, tuvo desde un principio objetivos distintos a los del comité central y sus mentores rusos. Sus adversarios se marcaron el objetivo de apoderarse de las ciudades, mientras que él, en virtud del análisis de las reivindicaciones de la población campesina entre la cual se movían sus tropas, pensó que la mejor manera de conquistar las ciudades era plagar el campo que las rodeaba con guerrillas revolucionarias, pues a partir de estas fuerzas guerrilleras podría crearse un ejército victorioso. En 1929, explicaba sus métodos en un comunicado:

La táctica que hemos aprendido en la lucha de los tres últimos años es muy distinta de cualquier otra, antigua o moderna, china o extranjera. Con nuestra táctica se puede levantar a las masas para la lucha cada vez en mayor escala, y no podrá vencernos enemigo alguno por poderoso que sea. Hemos adoptado la táctica de guerrillas, que consiste fundamentalmente en los siguientes puntos: dividir nuestras fuerzas para levantar a las masas, concentrarlas para enfrentarse al enemigo [...]. Levantar la mayor cantidad de masas en el menor tiempo posible^[52].

Mao se equivocaba en cuanto a la naturaleza unívoca de su táctica. En su insistencia por aislar a las ciudades dominando el campo que las rodea, la táctica derivaba claramente de los métodos de los pueblos nómadas ecuestres, que tan encarnizados enemigos de China habían sido durante dos mil años. Aunque los métodos de Mao presentaban características nuevas: primero, su creencia de que los «desclasados» —«soldados, bandidos, ladrones, mendigos y prostitutas»— eran el grano para el molino de la revolución, «gente capaz de luchar con gran valor y, bien dirigidos, una fuerza revolucionaria»; segundo, su idea de que, frente a un enemigo

más poderoso, la guerra puede ganarse si se tiene la paciencia de aplazar una decisión hasta que la frustración y agotamiento del enemigo le priven de toda posibilidad de victoria^[53]. Esta teoría de la «guerra prolongada» pasará a la historia como la principal aportación de Mao a la teoría militar. Tras su éxito frente a Chiang Kai-shek en China, la adoptaron los vietnamitas en sus guerras, primero contra los franceses y luego contra los estadounidenses.

Entre 1942 y 1944, Josip Broz Tito, secretario general del partido comunista yugoslavo, aplicó el mismo método en las montañas de Montenegro y Bosnia-Herzegovina. Los ocupantes del eje se enfrentaban ya en Yugoslavia a un ejército de guerrilla fiel al gobierno monárquico en el exilio, los *chetniks* de Mihailović, cuya estrategia consistía en actuar a escondidas hasta que el ejército del eje estuviera suficientemente desgastado por la guerra exterior y existieran posibilidades de éxito de un levantamiento general en el país. No lograría Tito sus propósitos por una serie de razones, entre ellas el deseo de aliviar la presión sobre la Unión Soviética, pero también por su política de implantación del aparato del partido comunista en todo el territorio de Yugoslavia, para lo cual sus partisanos se entregaban lo más activamente posible a dicho objetivo. «Siempre que los partisanos [...] ocupaban una región [...] organizaban comités de campesinos para que administraran la localidad y mantuvieran la ley y el orden. Y aunque los partisanos perdieran el control de una zona, sus auxiliares políticos seguían activos»^[54]. William Deakin, oficial de enlace de Tito en esa época, describe así sus observaciones del proceso en marcha poco después del golpe de mano dado por los alemanes contra el cuartel general de la brigada de Tito en 1943: «En cuanto hubimos escapado con grandes dificultades de la destrucción, [Milovan] Djilas [un dirigente comunista intelectual, pero también combatiente, que había matado a alemanes] partió con un puñado de compañeros hacia el sur del asolado campo de batalla. Era regla implícita entre los partisanos que, ante la pérdida de territorio, la infraestructura de trabajo del partido continuase y fuesen reconstruidas las células para anticiparse a un futuro regreso»^[55].

Este aspecto «heroico» de la lucha de los partisanos, que tanto ha inspirado a los intelectuales convertidos en soldados como Deakin, suena muy bien; pero, en la práctica, la política de dirigir una campaña político-militar a lo largo y ancho de Yugoslavia acarreó indecibles sufrimientos a unos pueblos con una amarga historia anterior de violencias y rivalidades, que la guerra reavivó. En el norte, los dirigentes de los croatas católicos habían aprovechado la protección italiana para lanzar una campaña de expulsiones, conversiones forzosas y exterminio de los serbios ortodoxos; en Bosnia-Herzegovina, los musulmanes también intervinieron en la guerra civil; mientras que en el sur los serbios de Kosovo sufrían el ataque de sus vecinos de Albania. Por su parte, los *chetniks* contestaban a la autoridad de los partisanos en tierras serbias por no haber llegado con ellos a un acuerdo estratégico, pero no hacían guerra abierta al ocupante alemán por temor a represalias. Tito, por el contrario, se mostraba insensible ante las represalias, dado que las atrocidades del eje

eran acicate para el reclutamiento de partisanos, y de este modo atrajo deliberadamente hacia sí a los alemanes en siete supuestas «ofensivas» que dejaron arrasado el terreno por el que operaban sus partisanos. Los campesinos se enfrentaban a la alternativa de, o bien «echarse al monte» con ellos (meta tradicional atribuida a los resistentes frente a los turcos), o bien sufrir las represalias en sus pueblos. Kardelj, suplente de Tito, ponía de relieve la conveniencia de hacer que los no comprometidos se enfrentaran al dilema: «Hay comandantes que temen represalias, y esos temores impiden la movilización en los pueblos croatas. Considero que las represalias producirán el útil resultado de empujar a los pueblos croatas al bando de los pueblos serbios. En la guerra no debe atemorizarnos la destrucción de pueblos enteros. El terror inducirá a la acción armada»^[56].

Kardelj no se equivocaba en su análisis. La campaña de Tito, consistente en privilegiar una campaña panyugoslava, procomunista y contra el eje sobre la red de conflictos étnicos, religiosos y entre colaboracionistas y anticolaboracionistas, que ya hacía furor, al tiempo que rompía las treguas existentes, tuvo como resultado la transformación de las numerosas guerras limitadas en una única guerra grande, en la que él se convertía en el principal comandante del bando antieje. Bajo su mando, casi todos los varones yugoslavos, así como muchas mujeres, se vieron obligados a tomar partido. Así, la población fue militarizada desde abajo, y al final del conflicto unas cien mil personas que habían optado por el bando equivocado fueron, como consecuencia de ello, fusiladas por los partisanos, sumándose así a la cifra de los trescientos cincuenta mil serbios muertos por los croatas italianófilos. Pero como el ejército real yugoslavo se había venido abajo en solo ocho días en 1941, la mayor parte del millón doscientos mil yugoslavos muertos entre 1941 y 1944, de un total de un millón seiscientos mil, han de considerarse víctimas activas o pasivas de la política de guerra partisana. Un terrible precio el que se pagó para que Tito impusiera su visión política.

Los aspectos externos de esta clase de guerra —sea en Yugoslavia, Rusia, China o Vietnam— han constituido inagotable materia prima para el arte del realismo socialista. La estatua de bronce de tamaño natural del joven altivo, temblando de emoción por morir por su país, que domina la galería central del museo militar de Belgrado, ejemplifica elocuentemente el concepto de resistencia popular, al igual que, desde otra perspectiva, el cuadro de Sergéi Gerasimov *La madre del partisano*, una mujer grávida de un nuevo combatiente, que se enfrenta impasible al soldado alemán que acaba de incendiar su casa; o *Han llegado los partisanos*, de Tatiana Nazarenk, una irónica *pietà* de la ayuda llegada demasiado tarde al escenario de la atrocidad alemana; o la *Liberación de Jajce*, de Ismet Mujezinović, que, basado en un episodio de la guerra de Tito, evoca las magníficas denuncias pictóricas de Géricault sobre la opresión otomana durante la guerra de independencia de Grecia. Ingente material de esta misma tónica, y casi calcado, han generado las guerras de Mao y Ho Chi Minh en Asia: soldados del ejército popular, con uniforme de campaña limpio pero gastado,

consolando a las víctimas de Chiang Kai-shek, trabajando hombro con hombro con los campesinos para recoger la cosecha de sus campos amenazados o avanzando impotentes camino de la victoria final bajo la aurora roja^[57].

Sin embargo, el arte partisano es un arte congelado, un auténtico cliché; un momento de aparente realismo extraído de una realidad enormemente contradictoria. De hecho, la realidad de la lucha popular de obligar a ciudadanos pacíficos y amantes de la ley a tomar las armas y derramar sangre contra su voluntad y contra sus propios intereses resulta algo bastante atroz. De ello se libraron en su mayor parte los occidentales en la Segunda Guerra Mundial, y en mayor proporción aún los ingleses y los estadounidenses. Los pocos testigos de lo que fue en la realidad han dejado horripilantes testimonios de lo que vieron. William Deakin, un joven historiador de Oxford que se lanzó en paracaídas sobre Yugoslavia para unirse a Tito en 1943, describe la escena vivida con unos *chetniks* hechos prisioneros:

Aquella noche, durante la acción, las tropas partisanas hicieron prisionero al comandante *chetnik* Golub Mitrović y a dos miembros de su estado mayor. Vi a los prisioneros en un claro del bosque y me propusieron que los interrogase. Fue la primera y única ocasión en que se me presentó tal oportunidad; pero me negué, porque los ingleses no podían participar en la guerra civil y estaba bien claro que yo no tenía por qué implicarme en el interrogatorio de prisioneros *chetniks* a punto de ser ejecutados. Les di la espalda y me interné entre los árboles. Una breve descarga puso fin al incidente, y minutos después avanzábamos dejando atrás los tres cadáveres. El mando partisano acogió mal el episodio; yo hacía tiempo que esperaba un enfrentamiento así y estaba convencido de que tendría que adoptar una actitud inflexible aunque me constara la incomprensión y antipatía de nuestros aliados partisanos. Ellos tenían la impresión de que no combatíamos en la misma guerra^[58].

Es lo que debió de parecerle a él también, pues no hay eventualidad alguna en ninguno de los códigos de justicia militar reconocidos por el ejército inglés que justifique el fusilamiento de hombres desarmados, capturados y no condenados a muerte por ningún tribunal.

Milovan Djilas tuvo la honradez, en unas magníficas memorias sobre la realidad de la guerra partisana, *Tiempo de guerra*, de desvelar lo profundamente que había sido contaminado por el código del combate de guerrillas. Así trataba él a los prisioneros desarmados que caían en sus manos:

Descolgué el fusil, y como no me atrevía a disparar porque los alemanes estaban unos cuarenta metros más arriba —se oían los tiros—, golpeé al alemán en la cabeza. Se rompió la culata del fusil y el alemán cayó de espaldas; desenvainé el cuchillo y de un tajo le corté el cuello. Luego le di el cuchillo a Raja Nedeliković,

un activista a quien conocía desde antes de la guerra y en cuyo pueblo los alemanes habían matado a toda la población en 1941, y él apuñaló al segundo alemán, que se estremeció antes de morir. Esto dio origen a la historia de que yo había matado a un alemán en combate cuerpo a cuerpo. Lo cierto es que, como casi todos los prisioneros, los alemanes se quedaban como paralizados sin tratar de defenderse ni huir^[59].

La brutalidad que Djilas aprendió en las montañas de Yugoslavia la conocieron decenas de millones de personas dondequiera que hubo «guerra popular»; su coste en vidas es inimaginable. Decenas de millones murieron por su condición de participantes, y las más de las veces por ser testigos ocasionales, en China, Indochina y Argelia. A la larga marcha de Mao desde el sur hasta el norte de China en 1934-1935 solo sobrevivieron unas ocho mil personas, de las ochenta mil que la habían iniciado; las cuales se convertirían, al igual que Djilas, en patéticos dirigentes de una revolución social que medía su implantación por el número de «enemigos de clase» que ejecutaba^[60]. Durante el año que siguió al ascenso al poder de los comunistas en China en 1948, murieron aproximadamente un millón de «terratenientes», generalmente a manos de sus propios paisanos, y por instigación de los «cuadros» del partido, muchos de ellos supervivientes de la larga marcha. Un holocausto que estaba implícito desde el principio en la doctrina de la guerra popular.

Quizá la más trágica de todas las remilitarizaciones desde abajo fue la que se produjo entre 1954 y 1962 en Argelia, donde los excombatientes de la primera guerra de Indochina —oficiales franceses por un lado y antiguos soldados de los regimientos argelinos por otro— inculcaban la doctrina de guerra popular a los habitantes de las zonas que lograban mantener bajo control. El Frente de Liberación Nacional, en consciente imitación de Mao, siempre que podía involucraba deliberadamente a los pobladores de las aldeas en actos de rebelión; selectos oficiales franceses (muchos de los cuales habían sido obligados a estudiar textos de Marx en los campos de concentración vietnamitas) respondían entrenando a la población de «su» zona en tácticas contrainsurgentes y jurándoles por su vida que Francia jamás abandonaría a sus leales. Cuando llegó el momento de abandonarlos, por lo menos treinta mil leales —cifra que tal vez ascienda a ciento cincuenta mil— murieron a manos del FLN, que había perdido a ciento cuarenta y un mil hombres en combate, y durante los ocho años de guerra había matado a doce mil de sus miembros en purgas internas, a dieciséis mil musulmanes argelinos y probablemente a otros cincuenta mil catalogados como «desaparecidos». El propio gobierno argelino estima el coste de la guerra en un millón de vidas, de una población musulmana anterior al conflicto de nueve millones^[61].

Las generaciones guerreras a que dio lugar la remilitarización en Argelia, China, Vietnam y la antigua Yugoslavia se van haciendo mayores, y las revoluciones por las que ellos y millones de participantes contra su voluntad pagaron tan terrible precio en

sangre y angustia se han secado de raíz. Vietnam del Sur, el precio de la larga guerra de Ho Chi Minh, se ha negado a abandonar sus hábitos capitalistas; los canosos supervivientes de la larga marcha china han conservado la autoridad del partido gracias a tolerar libertades económicas totalmente opuestas a las tesis marxistas; en Argelia, las nuevas generaciones buscan solución a las dificultades económicas en el fundamentalismo islámico o emigrando a países más ricos del otro lado del Mediterráneo. Los pueblos de la Yugoslavia que Tito trató de unir haciéndolos mancharse las manos de sangre en una lucha común contra el eje ahora se las manchan luchando entre sí; un combate que a lo único que recuerda es al «desplazamiento territorial» que los antropólogos consideran el factor subyacente a casi todas las guerras «primitivas» de las sociedades tribales. En las fronteras de la disuelta Unión Soviética, en la que se inspiraron los revolucionarios contemporáneos, comienza a dibujarse un patrón parecido, a medida que las «minorías» recientemente independizadas aprovechan el haberse sacudido el yugo ruso para resucitar viejos odios tribales y volver a la guerra, a unas luchas a veces intestinas y ya no entre tribus, que a los observadores les parecen carentes de todo objetivo político.

Contemplando el final del siglo xx, en el que los estados ricos que efectuaron la militarización desde arriba han hecho de la paz su consigna, y los estados pobres que sufrieron la remilitarización desde abajo desdeñan o denigran ese don, ¿no reconoceremos por fin que la guerra ha perdido su utilidad y su profundo atractivo? La guerra en nuestra época no ha sido un simple medio de resolver las querellas entre estados, sino también el vehículo con el que los amargados, los desposeídos, los desamparados, las masas hambrientas ansiosas de libertad han expresado su rabia, su envidia y su deseo reprimido de violencia. Hay motivos para creer que al cabo de cinco mil años de guerras, los cambios culturales y materiales sirvan para inhibir la tendencia humana a empuñar las armas.

Los cambios materiales saltan a la vista. Paradigmática es la aparición de las armas termonucleares y de los sistemas de misiles intercontinentales teledirigidos. No obstante, desde el 9 de agosto de 1945, las armas nucleares no han matado a nadie. Los cincuenta millones de personas que han muerto en guerras desde esa fecha lo han hecho en su mayor parte por efecto de armas baratas de producción en serie y munición de pequeño calibre, que cuestan poco más que los transistores y las pilas secas que han inundado el mundo durante ese mismo periodo. Como las armas baratas han segado pocas vidas en el mundo desarrollado, salvo en localidades concretas en las que florece el tráfico de drogas y el terrorismo político, la población de los estados ricos ha tardado mucho en percatarse de la atrocidad y las secuelas que esta difusión ha acarreado; pero poco a poco va ganando terreno la constatación del horror.

Durante la guerra de Argelia, que terminó en 1962, los informativos de televisión eran muy escuetos; todo lo contrario que en la guerra de Vietnam, en la que el impacto causado por la televisión influyó profundamente en la repulsa de los varones

en edad militar y de sus familiares, más que provocar la repulsa a la guerra en sí. Por el contrario, el espectáculo televisivo de los hambrientos etíopes huyendo de soldados apenas mejor alimentados que ellos, las salvajadas de los jemereros rojos en Camboya, la matanza de soldados adolescentes iraníes en las marismas de Irak, la destrucción de la sociedad libanesa y una docena más de conflictos viles, crueles e inútiles, han obtenido muy distinto resultado, pues es difícil que en el mundo actual se forme un contingente de opinión razonada que afirme que la guerra es una actividad justificable. El entusiasmo occidental por la guerra del Golfo se desvaneció al cabo de pocos días, ante las pruebas visuales de la carnicería que había provocado. Russell Weigley ha señalado en un estudio reciente el inicio de lo que denomina «la indecisión crónica de la guerra», tomando como objeto de estudio el periodo que abarca desde principios del siglo XVII hasta los albores del XIX, cuando los estados tenían a su disposición instrumentos fiables de poder militar en condiciones de equilibrio técnico. Sostiene que la guerra aparecía no como una eficaz «continuación de la política por otros medios [...] sino como la quiebra de la política», y da a entender que la frustración engendrada por la imposibilidad de lograr un resultado decisivo condujo al «recurso calculado y espontáneo de mayores y más bajas crueldades» en los siglos sucesivos, «al saqueo de ciudades y el arrasamiento de campos buscando la venganza con la vana esperanza de que esas mayores crueldades quebrasen la moral del enemigo»^[62]. El hilo de esa argumentación y lo expuesto en este capítulo van en la misma dirección, y podrían resumirse como sigue.

En el siglo que se inicia con la revolución francesa la lógica militar y la ética cultural tomaron sendas divergentes y contradictorias. En un mundo sujeto al desarrollo industrial, las condiciones de aumento de riqueza y el ascenso de valores liberales animaban a pensar que el histórico esfuerzo laboral de la humanidad estaba a punto de declinar; pero el optimismo resultó insuficiente para modificar los medios por los que los estados dirimían sus querellas. Gran parte de la riqueza generada por la industrialización se destinaba a militarizar a la población a quien beneficiaba; de manera que, cuando en el siglo XX llegó la guerra, su «recalcitrante irresolución», como señala Weigley, volvió a reafirmarse con mucha mayor intensidad, y la reacción de los estados ricos fue embarcarse en una remilitarización desde arriba más intensa aún de sus respectivas poblaciones en un intento de salir del punto muerto. Conforme la ola de la guerra invadió los países pobres, la militarización se inició desde abajo, dado que los líderes de los movimientos comprometidos a lograr la liberación de los imperios occidentales y establecer el equivalente al bienestar económico europeo obligaban a los campesinos a convertirse en guerrilleros. Pero las dos tendencias estaban abocadas al fracaso. El pavoroso coste de la militarización masiva pagado por los estados industrializados en la Segunda Guerra Mundial desembocó en la creación de las armas nucleares pensadas para acabar con la guerra sin que interviniera la mano de obra en el campo de batalla, pero que una vez desplegadas amenazaban con acabar con todo. Y la militarización masiva del mundo pobre dio como resultado no

la liberación, sino la consolidación de regímenes opresores llegados al poder a costa de sufrimiento y muerte generalizados.

Y así se encuentra el mundo hoy en día. A pesar del desorden y la incertidumbre, es posible vislumbrar el esbozo de un mundo sin guerra. Nadie osaría decir que la guerra está pasada de moda. El resurgir nacionalista de los pueblos de los Balcanes y del Transcáucaso exsoviético, que han desembocado en una modalidad de guerra de la peor laya, lo desmienten. No obstante, estas guerras no son tan peligrosas como los conflictos de la misma índole de la época prenuclear, y no se da en ellas el peligro de que las apoyen países poderosos enfrentados, con el consiguiente riesgo de diseminación que supone; sino, por el contrario, un humanitario afán de intervenir en ellas en pro de la paz, aunque las perspectivas puedan parecer ilusorias. Los políticos de los Balcanes y el Transcáucaso son de origen antiguo y parecen tener por objetivo el «desplazamiento territorial» tan señalado por los antropólogos en sus estudios sobre la guerra «primitiva»; son conflictos que, por su naturaleza, impiden los esfuerzos de mediación desde fuera, por estar alimentados por pasiones y rencores que no se avienen a las medidas racionales de persuasión o control; y son apolíticos hasta un extremo muy poco vislumbrado por Clausewitz.

Sin embargo, que ese esfuerzo se materialice presagia un profundo cambio en la actitud social frente a la guerra. El esfuerzo por la paz está motivado, no por un cálculo de interés político, sino por el rechazo creado por el espectáculo de la guerra; es un impulso humanitario, y, aunque los humanitaristas son veteranos adversarios de la guerra, hasta ahora no había sido ese humanitarismo declarado uno de los principios de la política exterior de una gran potencia, como lo asumió recientemente Estados Unidos, ni había hallado un organismo supranacional idóneo que lo pusiera en práctica, como sucede actualmente con las Naciones Unidas; ni había encontrado apoyo tangible en un amplio abanico de estados desinteresados deseosos de mostrar su compromiso a dicho principio con el envío al lugar del conflicto de fuerzas mantenedoras de la paz y dispuestas a imponerla si es preciso. Parecería que el presidente Bush se habría aventurado en demasía al anunciar un nuevo orden, pero nadie puede negar que existen factores evidentes que apuntan a una decisión mundial para suprimir las crueldades que origina el caos. De persistir esta decisión, sería la más venturosa perspectiva del final del siglo xx.

El concepto de transformación cultural presenta peligros para los incautos. Las expectativas de que un cambio benigno —aumento del nivel de vida, alfabetización, medicina científica, extensión del bienestar social— vaya a mejorar la conducta del ser humano se han esfumado tantas veces que puede parecer poco realista esperar el nacimiento de una profunda actitud antibelicista en la humanidad. Sin embargo, se están produciendo profundos cambios culturales, perfectamente documentables. Como señala el especialista estadounidense en ciencias políticas John Mueller:

La institución del esclavismo pertenece a los albores de la humanidad, y a

muchos les parecía por entonces un hecho elemental de la existencia. Sin embargo, entre 1788 y 1888 esta institución quedó esencialmente abolida [...], desaparición que, hasta la fecha, parece definitiva. De igual modo las tradicionales instituciones de los sacrificios humanos, el infanticidio y el duelo han desaparecido o han sido prohibidas. Puede argüirse que la guerra, al menos la guerra en el mundo desarrollado, sigue la misma trayectoria^[63].

Hay que decir que Mueller rechaza el criterio de que el hombre esté biológicamente predispuesto a la violencia, uno de los conceptos más controvertidos en la ciencia del comportamiento y del que la mayoría de los historiadores militares se distancian prudentemente. Pero no es preciso adoptar el punto de vista contestatario para ser sensible a la evidencia de que la humanidad, siempre que tiene opción, se distancia de la institución de la guerra.

Yo soy sensible a esa evidencia y me parece que la guerra —después de toda una vida de estudiar el tema, tratar a militares, visitar escenarios de guerra y observar sus efectos— va dejando de parecerles a los seres humanos un medio deseable o productivo, y no digamos racional, de dirimir las diferencias. Y no es simple idealismo. La humanidad posee la capacidad, con el paso del tiempo, de sopesar los costes y los beneficios de las grandes empresas universales. Durante gran parte de la historia sobre la que disponemos de datos, se constata que la humanidad ha juzgado que los frutos de la guerra exceden a su coste, o eso parece desprenderse de presuntos balances. Pero ahora los cálculos arrojan resultados totalmente opuestos: el coste excede con creces a los beneficios. El enorme gasto inflacionista del armamentismo lastra el presupuesto hasta de los estados más ricos; mientras que a los estados pobres se les cierra el camino a la emancipación económica cuando tratan de hacerse fuertes militarmente. Pero los costes humanos de entrar en guerra son aún mayores. Los estados ricos tienen el acuerdo tácito de no hacérsela, y los estados pobres que entran en guerra con esos estados ricos son aplastados y humillados. Los estados pobres que luchan entre sí o se ven arrastrados a una guerra civil destruyen su propio bienestar y hasta las estructuras que les posibilitan recuperarse de la guerra. Realmente, la guerra se ha convertido en un azote, como lo fue la enfermedad a lo largo de la historia; y ese azote de la enfermedad ha sido, casi dentro de los tiempos que alcanza nuestra memoria, vencido fundamentalmente y, aunque es cierto que la enfermedad no tiene amigos y la guerra sí, actualmente esta requiere una amistad que solo se paga con moneda falsa. Hay que reconocer que una economía política mundial que no deja lugar a las exigencias bélicas es una nueva cultura de las relaciones humanas. Como la mayoría de las culturas que conocemos estaban imbuidas de espíritu bélico, esta transformación cultural requiere una ruptura sin precedentes con el pasado. No obstante, tampoco existen precedentes respecto al peligro que representa para la humanidad una posible guerra. Esta obra pretende exponer el itinerario de la cultura de la humanidad a través de su evidente pasado bélico y camino de su potencialmente

pacífico futuro.

PRIMER INTERLUDIO

LIMITACIONES DE LA GUERRA

Considerar un futuro en el que el recurso a la guerra se ajuste a limitaciones racionales no nos debe conducir a la falsa idea de que no ha habido limitaciones a la guerra en el pasado. Los sistemas políticos y morales más elevados trataron de imponer restricciones legales o morales sobre el recurso a la guerra y sus modalidades desde los primeros tiempos. Sin embargo, la limitación más importante de la guerra se ha dado siempre más allá de la voluntad o el poder humanos y pertenece al ámbito de lo que el estado mayor soviético solía denominar «factores operativos permanentes»; factores —como meteorología, el clima, las estaciones, el terreno, la vegetación— que siempre afectan, muchas veces entorpecen y otras impiden del todo hacer la guerra. Otros factores, vagamente catalogados como «contingentes» —entre los que se incluyen las dificultades de abastecimiento, aprovisionamiento, acuartelamiento y equipamiento—, han limitado severamente el objetivo, la intensidad y la duración de la guerra a lo largo de la historia. Con el aumento de la riqueza y el desarrollo de la tecnología, algunos de ellos se redujeron o pudieron superarse en gran parte —las raciones de campaña, por ejemplo, se conservan en nuestros días en buen estado por un plazo de tiempo indefinido—, pero no puede decirse que hayan quedado absolutamente solucionados. Cómo alimentar, guarecer y mover un ejército en el campo de batalla sigue siendo hoy el primer y sustancial problema que debe resolver cualquier comandante.

Quizá el de la guerra naval sea el ejemplo que mejor ilustra las consecuencias de esos factores «permanentes» y «contingentes» que limitan el propósito y la intensidad de las operaciones ofensivas y defensivas. En tierra, el hombre puede luchar a puñetazos, pero para hacer lo mismo en la superficie del agua necesita una plataforma flotante. Hemos de suponer —dado que por naturaleza se descomponen— que estas plataformas artificiales aparecieron relativamente tarde en la historia de la humanidad; la más antigua que se ha descubierto data apenas del año 6315 a. de C., y teniendo en cuenta el esfuerzo necesario, seguramente colectivo, para construir una simple balsa o canoa, cabe imaginar que las herramientas de hueso y piedra que dan prueba de las primitivas industrias humanas deben de preceder en un larguísimo periodo al arte de la construcción de barcos^[64].

Los barcos especiales, incluso los adecuados para guerrear, son de origen relativamente reciente; siempre han sido caros de construir y requieren tripulaciones especializadas. Por lo tanto, su construcción y su manejo exigen una notable disponibilidad de riqueza, probablemente los excedentes de las rentas de un

gobernante; y si la modalidad primitiva de guerra naval era la de finalidad pirata más que política, no hay que olvidar que también los piratas necesitaban capital para emprender el negocio. No sabemos si las primeras flotas se crearon con el fin de combatir la piratería —las ventajas obtenidas por la facultad de desplazar tropas o vituallas por los ríos a lo largo de las costas impulsaría quizá a los gobernantes a mantener barcos de guerra—, pero de lo que no cabe duda es de que son, por naturaleza, más costosas que los barcos aislados. Se mire como se mire, la guerra en el mar es, en principio, más costosa que la guerra en tierra.

La riqueza o la falta de ella no es el único factor que limita la capacidad de recurrir a la guerra por mar; existen también los imponderables de la meteorología y las carencias de la energía propulsora. El viento sopla cuando quiere, y en las primeras representaciones que existen de guerra naval —un combate entre guerreros del faraón Ramsés III y los pueblos del mar en el delta del Nilo en 1186 a. de C.— se muestra a los egipcios en un barco de vela^[65]. No obstante, los barcos de vela no serían plataformas idóneas para el combate antes de la invención del cañón, ya que la maniobra del velamen impedía el combate a las distancias cortas exigidas por las armas anteriores a la era de la pólvora. Mucho más maniobrables eran los barcos a remo para esos encuentros en los que la tripulación buscaba la confrontación cuerpo a cuerpo con espadas y lanzas. Los barcos a remo tenían además otras ventajas: dotándolos de espolón y remando a toda velocidad, podían hundir un barco enemigo embistiéndolo por el costado; cosa que no podía hacer un barco de vela aunque fuera lo suficientemente resistente para aguantar la colisión, pues los vientos ligeros no lo propulsaban con suficiente empuje, y los fuertes alteraban de tal modo la mar que ningún capitán consciente se habría arriesgado a perder el barco en el intento.

De todos modos, el barco a remo presentaba graves defectos como barco de guerra, y en aguas cerradas como las del Mediterráneo, dominadas a partir del segundo milenio a. de C., por una serie de estados ricos que podían costearse mano de obra, marcaría la pauta de la guerra naval hasta la aparición del cañón. Pero no podía navegar con mal tiempo, por lo que prácticamente era un arma de verano. Pero, lo que es peor, tampoco podía actuar lejos de un puerto de reabastecimiento más de unos cuantos días seguidos, ya que su casco —largo, estrecho y de poco calado—, que lo dotaba de rapidez en aguas tranquilas, lo privaba del espacio necesario para almacenar los víveres y el agua imprescindibles para que la numerosa tripulación mantuviera la velocidad de remo. Ciertamente más tarde lo utilizarían los vikingos para atacar en aguas oceánicas —una vez que dominaron la técnica constructiva de la quilla profunda y de la navegación de altura guiándose por las estrellas—, sembrando el pánico, la devastación y la muerte en costas y tierras ribereñas a cientos de kilómetros del puerto de origen. No obstante, los vikingos conocieron su esplendor en una época en que los estados eran débiles, sobre todo en el mar; y, en cualquier caso, dependían igualmente del viento para llevar sus naves a costas indefensas, ya que los remos solo los empleaban para maniobras auxiliares.

Por consiguiente, tal como ha demostrado John Guilmartin en su espléndido análisis de la guerra naval en el Mediterráneo, las flotas de galeras nunca fueron instrumentos estratégicos autónomos, sino prolongaciones, o más exactamente suplementos, de los ejércitos de tierra^[66]. Lo habitual era que un ala, constituida por una flota de galeras, se desplazara a lo largo de la costa, flanqueando a un ejército en lo que en sentido estricto cabe calificar de operaciones anfibia: la flota maniobraba de manera que aislara la base costera del enemigo para impedirle el apoyo de fuerzas navales, mientras el ejército avanzaba avituallado hasta posiciones desde las que reabastecía a los barcos. Esta simbiosis explica las grandes batallas del Mediterráneo, desde la de Salamina, en el 480 a. de C., hasta la de Lepanto, en 1571, en las que los combates se llevaron a cabo a vista desde tierra. ¿Por qué, sin embargo, una vez que los grandes barcos con artillería dominaron los mares —es decir, a partir del siglo XVI—, las principales batallas navales continuaron efectuándose a la vista de tierra o muy cerca de ella? Dos de las victorias de Nelson, uno de los más grandes almirantes, se obtuvieron contra flotas que estaban ancladas cerca de la costa: la del Nilo y la de Copenhague. Mientras que la tercera, Trafalgar, fue el resultado de un encuentro a veinticinco millas de la costa española. La tendencia de las flotas a combatir cerca de tierra no guarda ninguna relación con la resistencia, ya que el buque de guerra, a diferencia de la galera, llevaba suficientes víveres y agua para permanecer navegando muchos meses. Prueba de ello es que, ya en 1502, los buques portugueses que doblaron el cabo de Buena Esperanza combatieron y derrotaron a la escuadra de un gobernante local de la costa occidental de la India. En la década de 1650, Blake, almirante de Cromwell, hacía campaña en el Mediterráneo, donde en aquella época Inglaterra y Francia sostenían una contra otra intensas campañas en los mares de la India, a seis meses de navegación de sus respectivos puertos de origen. Pero, a pesar de lo alejado de sus bases, dichas escuadras seguían combatiendo en aguas costeras.

A ello concurren diversos motivos. Uno es que el combate naval no puede concluir con mal tiempo (una excepción fue el de la bahía de Quiberón, librado bajo una tempestad atlántica en 1759), y las aguas costeras suelen ser más tranquilas que las de altamar. Otro es que los propósitos por los que se libran las batallas navales —acceso a mares abiertos, protección de la navegación de cabotaje, defensa contra la invasión— se originan en las aguas costeras. Un tercero es que a las escuadras, al operar exclusivamente por comunicación visual, les resultaba extremadamente difícil encontrarse en altamar; incluso disponiendo de una cadena de fragatas, el eslabón visual entre las mismas era de casi veinte millas, y muchas escuadras perdían contacto fácilmente, como le sucedió a Nelson en el Nilo en 1798. Es significativo que, en dos raros encuentros en altamar —el segundo combate de Finisterre en 1747, librado a doscientas millas de Ouessant, y el glorioso del primero de junio de 1794, sostenidos ambos por las flotas inglesa y francesa—, el dispositivo francés se viera en los dos casos entorpecido por convoyes; en la segunda acción, por no menos de ciento treinta barcos, que cubrían tan vasta zona del mar que lo convertían en un

blanco para la persecución en mucha mayor medida que si la escolta de buques de guerra hubiese navegado en solitario.

Quizá se crea que, al sustituir el vapor a la navegación a vela, se aminorase el vínculo del buque de guerra con tierra, ya que un buque a vapor podía maniobrar para entablar combate aun con el mar en calma, a la par que era una plataforma estable para la artillería, incluso con velocidades de viento que obligaban a los buques de vela a tomar rizos y cerrar las portillas. No obstante, y paradójicamente, con el buque de vapor se estableció la dependencia logística a que había estado sujeta la galera, y se disminuyó el radio de acción operativo de las escuadras en comparación con el de los barcos de vela. El motivo fue que, hasta la relativamente tardía adopción del carburante, los buques de guerra quemaban enormes cantidades de carbón —el acorazado inglés *Dreadnought* en 1906 vació sus depósitos en cinco días de navegación a una velocidad de veinte nudos—, por lo que eran muy dependientes de las estaciones costeras de reposición de carbón^[67]. Una potencia naval como Inglaterra, que en la era de la navegación contaba con una red mundial de bases, podía mantener escuadras en todos los océanos por su capacidad de reponer carbón en centenares de puertos; a pesar de ello, eran escuadras de radio de acción local, no oceánico. Un estado sin una red semejante de bases era incapaz de proyectar ninguna clase de poder naval, o se veía obligado a depender de la buena voluntad de sus aliados. Cuando Rusia envió a Oriente su flota del Báltico en 1904-1905, en una época en que no eran buenas sus relaciones con Inglaterra, los buques navegaron gracias a que amontonaron en cubierta tal cantidad de carbón que, entre las escalas de los puertos coloniales franceses, no habrían podido utilizar la artillería.

Otra de las paradojas es que las escuadras dependientes del carbón, aunque capaces en teoría de librar una batalla oceánica (dos días de propulsión a vapor las situaba a quinientas millas de tierra), en la práctica seguían combatiendo cerca de la costa, debido a que, en parte, se veían afectadas por los mismos factores estratégicos; pero que, al igual que sus predecesoras de vela, siguieron siendo también virtualmente ciegas hasta la invención del radiotelégrafo. En efecto, la extensión real de su línea visual solo llegaría con el advenimiento del aeroplano equipado con radio y transportado en barco. Como consecuencia, todas las batallas marítimas de la Primera Guerra Mundial se libraron a menos de cien millas de la costa, y esta pauta se repitió en la Segunda, a pesar de que ya se habían inventado el radar, el portaaviones y el submarino patrullero de amplio radio de acción, y de que se había perfeccionado la técnica de reaprovisionamiento en altamar. El factor condicionante es la enorme dimensión de los océanos, ya que rara vez podían las escuadras salvar a ciegas tamañas distancias. Los aviones estadounidenses que hundieron a los portaaviones japoneses en Midway —uno de los auténticos encuentros en alta mar de la historia— fueron guiados hasta el lugar por atinada intuición; el *Bismarck*, finalmente hundido a mil millas de Brest en mayo de 1941, logró dar esquinazo dos veces a toda la flota inglesa, y las batallas en medio del Atlántico entre los buques de

escorta aliados y los submarinos alemanes se produjeron por tratarse de convoyes grandes y lentos que presentaban un blanco extraordinariamente visible. Dada la interferencia que causan en los sistemas de detección las tempestades oceánicas, como el enorme frente de borrasca que aprovecharon los japoneses para aproximarse a Pearl Harbor en diciembre de 1941, y a la por ahora inevitable dificultad para coordinar el equipo de tiro a larga distancia con el de corta distancia, los mares conservarán su secreto por mucho tiempo.

Resulta mucho más fácil compendiar con exactitud los hechos pasados. El setenta por ciento de la superficie del globo está cubierta de agua, casi toda de mar abierto, y la mayor parte de las grandes batallas navales se han librado en una escasa fracción de esa área. Si elaboramos la lista de las quince batallas decisivas de la historia, al modo de las *Quince batallas decisivas en la historia del mundo*, de Creasy, interpretando «decisivas» como «de importancia perdurable más que local», resultará más o menos la que sigue:

Salamina, 480 a. de C.: derrota de los persas en su intento de invadir Grecia.

Lepanto, 1571: contención del avance musulmán en el Mediterráneo occidental.

Armada Invencible, 1588: frustrada la ofensiva española contra la Inglaterra y la Holanda protestantes.

Bahía de Quiberón, 1759: triunfo anglosajón contra Francia para asegurarse el dominio en Norteamérica y la India.

Cabos de Virginia, 1781: garantía del triunfo de los independentistas estadounidenses.

Camperdown, 1791: fin de la competencia naval de los holandeses frente a los ingleses.

El Nilo, 1798: desbaratadas las ambiciones napoleónicas por dominar las dos orillas del Mediterráneo y reanudar la lucha en la India.

Copenhague, 1801: Inglaterra adquiere la hegemonía sobre el mar del Norte en Europa.

Trafalgar, 1805: destrucción del poder naval francés.

Navarino (Pilos), 1827: disolución del dominio otomano en Europa.

Tsushima, 1905: Japón pasa a ser la potencia dominante en el Pacífico norte en detrimento de China.

Jutlandia, 1916: fin de las ambiciones alemanas de operar con una escuadra oceánica.

Midway, 1942: Japón pierde el dominio del Pacífico occidental.

Batallas de convoyes de marzo de 1943: obligan a Alemania a retirar sus submarinos de la batalla del Atlántico.

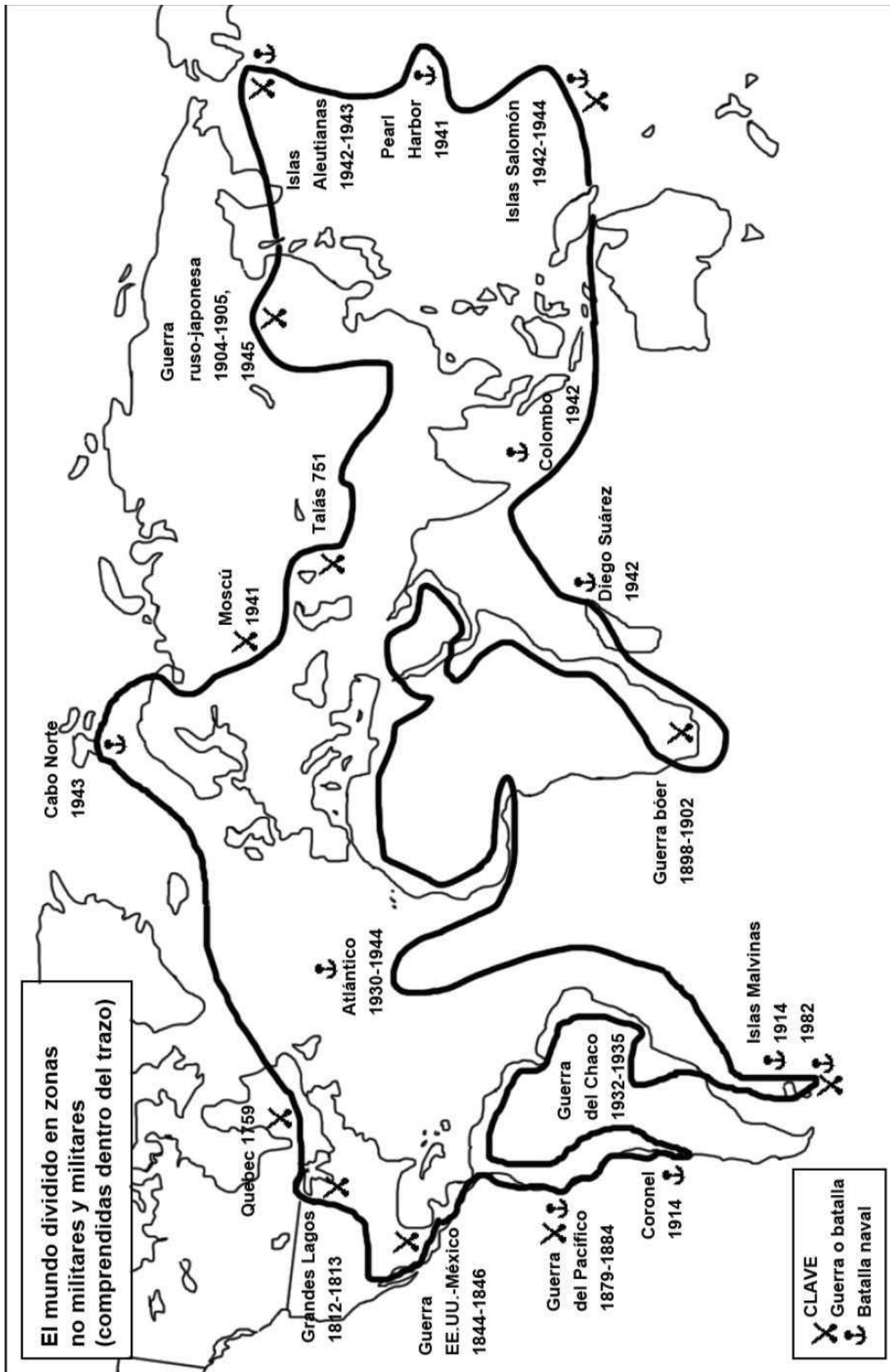
Golfo de Leyte, 1944: determina el incontestable poder de Estados Unidos sobre la marina imperial japonesa.

No son más que notas taquigráficas sobre la importancia de las batallas elegidas; pero lo notable de esta lista —aunque los especialistas no estén de acuerdo con ella— es lo cerca y lo frecuentemente que se agrupan las batallas en una misma zona geográfica. Camperdown, Copenhague y Jutlandia, por ejemplo, se libran a menos de trescientas millas una de otra; Salamina, Lepanto y Navarino, la primera y la última separadas por un periodo de dos mil trescientos años, tuvieron lugar cerca del Peloponeso, en puntos apenas distantes cien millas. Las batallas de la Armada Invencible, de la bahía de Quiberón y de Trafalgar se libraron a menos de cien millas de un punto a cinco grados longitud oeste, a entre cincuenta y treinta grados latitud norte, una parcela relativamente pequeña del globo y en gran parte ocupada por tierra. Los cabos de Virginia serían escenario de intensos combates navales después de 1781; igual que Tsushima lo había sido mucho antes de 1905, en particular durante la ofensiva mongola contra Japón en 1274-1281. Mientras que la costa en que se libró la batalla del Nilo había sido un imán de operaciones navales desde la época de los faraones. Por lo tanto, de las quince batallas «decisivas» citadas se desprende que solo dos, la de Midway y las de los convoyes de marzo, tuvieron lugar en aguas previamente vírgenes y lejos de tierra.

De igual manera, gran parte de la tierra del globo carece de historia militar. El desierto, la tundra, las selvas tropicales y las grandes cordilleras son inhóspitos para el soldado y para el viajero; las necesidades del primero son, incluso, cada vez más engorrosas. En los manuales militares figuran apartados sobre la guerra en el «desierto», la «jungla» o la «montaña»; pero lo cierto es que el intento de combatir en terreno sin agua o sin carreteras es imposible, y cuando en tal terreno se llega al combate suele tratarse de escaramuzas entre tropas especializadas muy equipadas. Los ejércitos de Rommel y Montgomery en la Segunda Guerra Mundial estaban agrupados en la costa norte de África; la conquista japonesa de las densas junglas de Malasia entre diciembre de 1941 y enero de 1942 se logró merced a las excelentes carreteras coloniales y por medio de «pinzas» anfibas sobre la costa; la conquista que hizo China de parte de la zona montañosa fronteriza con la India en 1962, en la que se produjeron operaciones a más de cinco mil metros de altitud, fue llevada a cabo por tropas aclimatadas durante un año en la altiplanicie del Tíbet, mientras que muchos de los combatientes hindúes, que acababan de llegar de la llanura, fueron incapaces de luchar a causa del mal de montaña.

En resumen, aproximadamente un setenta por ciento de los casi ciento cincuenta millones de kilómetros cuadrados de tierra firme es demasiado elevado, demasiado

frío o demasiado árido para llevar a cabo operaciones militares. Los polos norte y sur muestran con rigor lo que son esas condiciones. La inaccesibilidad del continente antártico y sus extremadas condiciones meteorológicas impidieron durante milenios la guerra en él, aunque varios estados hicieron reivindicaciones territoriales; además, se sabe que el casquete polar oculta valiosos yacimientos minerales. Desde la firma del tratado de la Antártida en 1959 se han suspendido todas las reivindicaciones y el continente ha sido totalmente desmilitarizado. El polo norte, por el contrario, no está desmilitarizado y, así, su casquete de hielo se ve surcado constantemente por submarinos de propulsión nuclear. Pero lo prolongado de la noche polar —tres meses en invierno—, lo crudo del invierno y la ausencia de recursos y minerales valiosos hacen muy improbable que llegue a declararse una guerra en él. Los incidentes militares más al norte del globo se han producido en tierra en regiones polares, y no pasaron de escaramuzas en 1940-1943 para apoderarse o defender estaciones meteorológicas instaladas por los aliados o los alemanes en la costa este de Groenlandia o en Spitsbergen, casi a ocho grados de latitud norte; ambos bandos tuvieron bajas, pero, por el rigor de los elementos, a veces se vieron obligados a ayudarse para sobrevivir^[68]. Aparte de estos casos, la actividad militar intensa se ha concentrado siempre en una fracción de ese espacio en la que las condiciones permiten el movimiento y mantenimiento de fuerzas armadas. Las batallas no solo tienden a repetirse en sitios cercanos —el «reñidero de Europa» al norte de Bélgica es uno de ellos; el «cuadrilátero» entre Mantua, Verona, Peschiera y Legnano en el norte de Italia es otro—, sino que muchas veces, incluso, se han librado en el mismo lugar durante un largo periodo de la historia.



El ejemplo más impresionante es el de Adrianópolis (actualmente Edirne) en la Turquía europea, donde se han librado quince batallas, la primera en el año 323 y la última en julio de 1913^[69] y ^[70].

Edirne no es ni ha sido nunca una gran ciudad, y su población nunca ha pasado de los cien mil habitantes; su curioso título de ciudad más codiciada del globo se lo ha conferido, no su riqueza ni su magnitud, sino su especial situación geográfica. Está situada en la confluencia de tres ríos cuyos valles encauzan los movimientos y el tránsito a través de las montañas de Macedonia hacia el oeste, de Bulgaria hacia el noroeste, y de la costa del mar Negro hacia el norte; y que, además, van a parar al mar a través de la única gran llanura en el extremo más al sur de Europa. Al otro lado de esa llanura se halla la gran ciudad de Constantinopla (Estambul), emplazamiento elegido por Constantino para su capital por ser el más idóneo del Bósforo, que separa Europa de Asia, como fortificación. Por consiguiente, Adrianópolis y Constantinopla son dos ciudades estratégicamente gemelas, que controlan los movimientos desde el mar Negro hasta el Mediterráneo y desde el sur de Europa hasta Asia Menor, y viceversa. Como Constantinopla impedía el ataque por mar, en particular desde la construcción de las murallas de Teodosio a principios del siglo v, todos los invasores del sur de Europa desde Asia Menor tenían necesariamente que concentrarse en la llanura situada en la retaguardia; los invasores que partían del norte del mar Negro se veían obligados a ceñirse a la costa occidental, a causa de la barrera de los Cárpatos por la parte de tierra, y, por consiguiente, también desembocaban en Adrianópolis. Los invasores de Europa, atraídos por el incentivo de Constantinopla, la ciudad más preciada de Occidente desde la caída de Roma y el saqueo por los cruzados en 1204, no tenían otra alternativa que cruzar esa misma llanura en la marcha de aproximación. En definitiva, Adrianópolis es la etapa final de lo que los geógrafos denominan una cabeza de puente de tierra desde la que se llega de Asia a Europa a través de dos grandes vías; su destino la condenaba a ser causa de enfrentamiento cada vez que se producía un notable tránsito de fuerza militar de este a oeste o viceversa, y no es de extrañar que la ciudad nunca llegase a crecer.

Hay pocos lugares que ejemplifiquen tan bien como Adrianópolis el efecto de factores permanentes o contingentes en el curso de la guerra; no obstante, puede observarse su influencia más atenuada a lo largo de la historia en la mayor parte de escenarios que han conocido gran actividad militar. Los grandes ríos, las cadenas montañosas, los bosques densos constituyen «fronteras naturales» con las que, a largo plazo, tienden a coincidir las fronteras políticas. Las brechas existentes en ellas son avenidas que atraen a los ejércitos en movimiento; pero una vez cruzadas esas brechas, rara vez pueden maniobrar las tropas con facilidad, aunque se encuentren obstáculos aparentes, pues a partir de ellas se extiende una orografía más sutil, apoyada por el clima y las estaciones y adaptada por los constructores de carreteras y puentes, si no por los ingenieros de fortificaciones. Así, la *Blitzkrieg* desencadenada por los alemanes contra Francia en 1940, en apariencia un paseo imparable a campo

abierto, una vez que los tanques de vanguardia hubieron roto la barrera del bosque de las Ardenas y salvado el río Mosa, resulta que siguió con bastante fidelidad el eje de la *route nationale* 43, que en gran parte de su recorrido se corresponde con la calzada romana trazada poco después de la conquista de la Galia por César en el siglo I a. de C.^[71] Ni los romanos ni los que prosiguieron su obra tuvieron empeño en habérselas con la geografía; por lo tanto, podemos pensar que los comandantes de las divisiones acorazadas alemanas, independientemente del ideal que se hubieran marcado en cuanto a seguir un determinado trayecto, de hecho seguían el dictado de factores geográficos tan antiguos como la remodelación de la superficie terrestre del norte de Francia a consecuencia de la regresión glaciaria de diez mil años antes.

Similar pauta debida a las leyes de la naturaleza se observa en el estudio de la campaña alemana en Rusia al año siguiente de la *Blitzkrieg* en Francia. La Rusia europea parece ofrecer al invasor, en particular al invasor mecanizado, plena libertad de movimiento. Entre sus fronteras de 1941 y las tres ciudades de Leningrado (San Petersburgo), Moscú y Kiev, distantes novecientos kilómetros, la altitud del terreno no excede nunca de los ciento setenta metros, y los ríos que surcan tan inmensa y casi deforestada llanura suelen seguir un recorrido paralelo al avance, en vez de cruzado. Nada sólido parece impedir la aparición del invasor. Y nada sólido hay que la impida. Pero en el centro surgen dos de los principales ríos rusos, el Dniéper y el Niemen, que desembocan en el mar Negro y en el Báltico, respectivamente. Sus cabeceras, con numerosos afluentes, se unen formando las marismas del Prípiat, un terreno pantanoso de más de cien mil kilómetros cuadrados y tan poco apto para las operaciones militares que su posición en el mapa recibía de los oficiales del estado mayor alemán el apelativo de «Agujero de la Wehrmacht» (*Wehrmachtloch*), y en toda la zona no había una sola unidad alemana importante; en consecuencia, se convirtió en la principal base de operaciones de los partisanos soviéticos contra la retaguardia de la Wehrmacht, y, por dudosa eficacia que tuvieran estas operaciones, fueron un constante quebradero de cabeza para el ejército alemán conforme su línea de frente fue avanzando hacia el este.

No obstante, el *Wehrmachtloch*, aunque característica permanente del escenario bélico en Rusia, ejerció una influencia secundaria en las operaciones del ejército alemán. Factor primordial y repetitivo fue la presencia del enfangamiento estacional, formado por el deshielo de primavera y las lluvias de otoño, a lo largo de todo el frente de batalla. La *raspútitsa*, como llaman los rusos a la inundación que se produce dos veces al año en la superficie de la estepa, obliga a suspender todo movimiento militar durante un mes en ambas ocasiones. Y como le señaló Gólikov, al mando soviético del frente de Vorónezh, a un subordinado que le preguntaba a propósito de las perspectivas para una contraofensiva que alcanzase la línea del Dniéper en marzo de 1943: «Hay entre trescientos veinte y trescientos setenta kilómetros hasta el Dniéper y faltan unos treinta o treinta y cinco días para la *raspútitsa* de primavera. Saque usted mismo sus conclusiones»^[72]. La conclusión inevitable era que la

aparición del deshielo habría obstaculizado el avance soviético, dejando la línea del Dniéper en poder de los alemanes; y en efecto así fue. Pero la *raspútitsa* actuó con mayor frecuencia en contra de los alemanes. En la primavera de 1941 fue prolongada, y de ese modo la invasión se retrasó durante unas semanas cruciales; y volvió a serlo en otoño, obligando a posponer el avance hacia Moscú. La llegada tardía aquel año de las heladas de invierno, que hacen de la superficie de la estepa una costra que aguanta el peso, dejó a los tanques de la Wehrmacht empantanados y demasiado lejos de Moscú, incapaces de asegurar la conquista de la capital con arreglo a lo previsto. El zar Nicolás I había dicho que enero y febrero eran «dos generales en quienes [Rusia] puede confiar»^[73]. Efectivamente, la *raspútitsa* de marzo y la de octubre fueron los mejores generales para Rusia en 1941, y puede que aquel año incluso la salvaran del desastre.

¿Cómo resumir lo expuesto hasta ahora? Lo que está claro es que la congruencia entre «operatividad permanente» y factores contingentes —clima, vegetación, topografía y alteraciones que el hombre ha realizado en el paisaje natural— obliga a efectuar una proyección de Mercator sobre el mapa mundial con una división radical entre zonas militares y no militares, estas últimas mucho mayores que las otras. La guerra organizada e intensiva se ha llevado a cabo durante largos periodos en una franja irregular pero constante de la superficie del planeta, y que se extiende entre los diez y los cincuenta y cinco grados de latitud en el hemisferio norte, abarcando desde el valle del Misisipi en Norteamérica hasta las Filipinas y sus confines en el Pacífico occidental, o a partir de noventa grados del meridiano de Greenwich hasta ciento treinta y cinco este. El atlas mundial del *Times* establece dieciséis categorías de vegetación, entre ellas la de bosques mixtos (antes de la deforestación con fines agrícolas), bosques de hoja ancha, sotobosque mediterráneo y bosque tropical seco^[74]. Si trazamos una línea que demarque esas zonas de vegetación en el hemisferio norte y las rutas marítimas y terrestres que las unen, vemos enseguida que casi todas las batallas de la historia han tenido lugar dentro del área que delimita la línea, y muy pocas fuera de ella. Si fechamos por meses los lugares de combate, obtenemos una concentración estacional que varía de un lugar a otro con ascensos y descensos de temperatura, lluvias y épocas de cosecha. A título ilustrativo, diremos que las tres primeras batallas de Adrianópolis se libraron en julio, agosto y julio respectivamente, y las tres últimas en agosto, marzo y julio. Marzo es una fecha muy temprana para campañas militares aun al sur de los Balcanes, época en que los ríos discurren crecidos por el deshielo; pero las otras fechas, inmediatamente después de la cosecha en el Mediterráneo, son las que cabía esperar.

¿Es cierto, pues, que la zona de guerra organizada coincide, dentro de las variables estacionales, con lo que los geógrafos denominan «las tierras de primera elección», aquellas que son más fáciles de deforestar y que mejor cosecha dan cuando se las cultiva? En definitiva, ¿no resulta —cartográficamente— la guerra una simple disputa entre agricultores? En el sentido en que la guerra sería requiere riqueza y la

agricultura intensiva es la actividad que siempre ha dado los mejores y más cuantiosos resultados al hombre, hasta época muy reciente, este planteamiento da que pensar. Por otra parte, mientras que los agricultores son implacables en sus disputas respecto a lindes y derechos de riego, y buenos combatientes cuando los llaman a las armas sus superiores, también son, a poco que se observe, implacables individualistas que a duras penas abandonan la servidumbre de sus animales y sus campos. Marx consideraba «irrecuperables» a los campesinos, con lo que quería decir que no veía perspectivas para su alistamiento en los ejércitos revolucionarios con los que esperaba derrocar el sistema capitalista^[75]; en tanto que Mao pensaba distinto. Victor Davis Hanson, en su impresionante y original ensayo sobre la guerra en la Grecia clásica, es convincente en cuanto a que fueron los pequeños terratenientes de las ciudades-estado griegas quienes inventaron el concepto de «batalla decisiva» tal como los occidentales la han practicado desde entonces. No obstante, Marx tenía razón; el campesino, en efecto, está arraigado a su tierra, a su aldea y a sus cuitas, y rehúye instintivamente las órdenes de marchar hacia un confín alejado de su «tierra de primera elección», en la zona de tierras ignotas sin labrar, por muy buenas razones que se le den.

Habría que decir que los labradores de la misma lengua y religión rara vez luchan entre sí a gran escala; por otra parte, los límites entre zonas roturadas y vírgenes, en las regiones templadas, están muchas veces marcados por larguísimos y costosos trabajos de fortificación: el muro de Antonino romano, cerca de la línea de las Tierras Altas de Escocia; los *limes* que deslindaban las tierras arables y el bosque en la Germania romana; el *fossatum Africae* que defendía el Magreb fértil de las incursiones saharianas; la frontera «siria» romana de fuertes y calzadas militares que separaban las tierras agrícolas del desierto a lo largo de las cabeceras del Jordán y del Tigris y el Éufrates; las líneas *cherta* rusas que discurren a lo largo de más de tres mil kilómetros desde el mar Caspio hasta la cordillera del Altái como defensa contra las incursiones desde la estepa; la frontera militar de los Habsburgo en Croacia para separar las llanuras del Sava y el Drava de la zona montañosa del sur dominada por los turcos; y, sobre todo, la Gran Muralla de China, construida para impedir el acceso de los nómadas de la estepa a las tierras de regadío del Yangtsé y el río Amarillo, a tan enorme escala y durante un periodo tan prolongado, que los arqueólogos no han logrado aún determinar todas sus complejidades^[76].

Estas fronteras fortificadas traslucen una tensión fundamental entre los poseedores de tierras de cultivo y los desposeídos habitantes de unas tierras demasiado finas, frías o secas para el mismo. Reconocer esa tensión no es caer en la falsa percepción de que el motivo subyacente a la guerra sea la mera expropiación; el hombre guerrero es un ser más complejo, y los labradores étnicamente iguales son proclives a luchar entre sí, a veces ferozmente. Los desposeídos de los vastos espacios de más allá de las zonas fértiles a veces luchan en apariencia por una sola idea. Los árabes seguidores de Mahoma, por ejemplo, expropiaban de buena gana,

pero era la necesidad de ampliar las fronteras de la Casa de la Sumisión, más que un objetivo material, lo que los impulsaba a realizar sus increíbles hazañas. El más grande conquistador de todos los tiempos, Alejandro de Macedonia, gobernaba ya sin dificultades en todas las ciudades de Grecia cuando decidió llegar a los confines del mundo, y parece que saqueó el imperio persa por el simple placer de hacerlo. Los mongoles, aún más ambiciosos que Alejandro en sus ataques a estados estables, no mostraron capacidad alguna para sacar partido de los frutos de sus victorias. Mientras que algunos de los descendientes de los generales de Alejandro, los diádocos, seguían en el poder en Bactria trescientos años después de su muerte, ninguno de los regímenes fundados por Gengis Kan o sus inmediatos sucesores perduró más de un siglo; y Tamerlán, un tártaro que reivindicaba ascendencia mongola —nada menos que de Gengis—, no parece que apreciara en absoluto las ricas tierras que dominó y de las que partió nada más dejar exhaustos los campos que había asolado.

Sin embargo, observar que los desposeídos hacen mal uso muchas veces de lo que expropian no invalida el planteamiento general de que la ola de la guerra tiende a propagarse en una sola dirección: de las tierras pobres a las ricas, y pocas veces en sentido inverso. Y no es solo porque las tierras pobres no valgan el esfuerzo de luchar por ellas, sino también porque la lucha en las tierras pobres es difícil y a veces imposible. Las gentes pobres de lo que William McNeill denomina «áreas con déficit alimentario» —desierto, estepa, bosque, montañas— llegan a luchar entre sí, y su acendrado valor bélico siempre ha sido apreciado y pagado por los ricos desde que existen testimonios de la guerra organizada. De ahí los nombres exóticos —húsares, ulanos, cazadores— que aún ostentan con orgullo algunos regimientos europeos, y, lo que es más, los complementos exóticos indumentarios de origen bárbaro —gorros de piel de oso, guerreras adornadas con ranas, faldas y delantales de piel de león— que siguen exhibiendo en los desfiles. No obstante, la guerra de los pobres era limitada en propósitos e intensidad, en razón a esa misma pobreza; solo cuando irrumpían en tierras ricas en las que podían acumular existencias de forraje cabía la posibilidad de una penetración más profunda y de una conquista final. Este es el origen de la riqueza y el tesón invertidos por los labradores en fortificar sus fronteras con vistas a rechazar a los depredadores antes de que causen daños irreparables.

Por consiguiente, puede verse que las causas subyacentes a la implicación de factores «permanentes» y «contingentes» en la guerra son muy complejas. El hombre guerrero no es un agente con voluntad desenfrenada, aunque en la guerra traspase los límites que la convención y la prudencia material suelen imponer a la conducta. La guerra siempre es limitada, no porque el hombre lo elija, sino porque así lo determina la naturaleza. El rey Lear, cuando despotrica contra sus enemigos, los amenaza con «hacer tales cosas —aún no sé cuáles— que causen espanto en la tierra». Sin embargo, como otros poderosos han podido comprobar en amargas circunstancias, tales horrores son difíciles de infligir: no hay riqueza, el tiempo empeora, sobreviene un cambio de estación, fallan los amigos y aliados, y la propia naturaleza humana se

rebela contra las dificultades que exige la lucha.

La mitad de la naturaleza humana —la femenina— se muestra en cualquier caso muy ambivalente con respecto a la guerra. Las mujeres son causa o pretexto de guerra —el rapto de esposas es uno de los motivos principales de conflicto entre las sociedades primitivas—, y llegan a ser extremosas instigadoras de violencia: lady Macbeth es un prototipo universal; también hay madres de guerreros con corazón de pedernal y parece que algunas prefieren el dolor por la muerte del retoño a la vergüenza de tener que sufrir el regreso al hogar de un cobarde^[77]. Además, las mujeres son mesiánicas dirigentes en las guerras y muestran, en esa interacción de la compleja química de lo femenino con las reacciones masculinas, un grado de lealtad y sacrificio respecto a sus seguidores masculinos del que un hombre a veces es incapaz^[78]. De todos modos, la guerra es una actividad humana de la que las mujeres, con muy notables excepciones, se han mantenido al margen siempre y por doquier. Las mujeres esperan que los hombres las protejan del peligro y les reprochan amargamente que no las defiendan. Las mujeres han seguido la llamada del tambor, curado a los heridos, cuidado de los campos y del rebaño cuando el hombre de la casa ha ido en pos del señor; incluso han cavado trincheras para que las defiendan los hombres y han trabajado en los talleres en que se hacían las armas. Pero las mujeres no luchan, rara vez se pegan entre ellas y jamás, en el sentido militar, luchan con los hombres. Si la guerra es algo tan antiguo como la humanidad, ahora hemos de abordar su más importante limitación: la de que es una actividad estrictamente masculina.

II PIEDRA

¿POR QUÉ COMBATEN LOS HOMBRES?

¿*P*or qué combaten los hombres? ¿Hacia el hombre la guerra en la Edad de Piedra o era pacífico el hombre primitivo? Los hombres —y también las mujeres— luchan ferozmente con tinta y papel a propósito de estas preguntas; y no precisamente los historiadores militares, que rara vez se implican en las fuentes de los acontecimientos que relatan, sino los estudiosos de las ciencias sociales y del comportamiento. Los primeros tal vez fueran mejores historiadores si se tomaran la molestia de reflexionar sobre qué es lo que hace que los hombres se maten entre sí. Los estudiosos de las ciencias sociales y del comportamiento no tienen más remedio que hacerlo, ya que el hombre y la sociedad son sus objetos de estudio. Aunque lo cierto es que la mayor parte de los seres humanos casi siempre cooperan por el bien común. Esta cooperatividad debe tomarse por norma, y el porqué requiere ciertas explicaciones; que por otra parte no necesitan ser muy profundas, ya que basta con observar para constatar que la cooperación juega a favor del interés común. Por consiguiente, si nadie se apartase del principio de cooperación, los estudiosos de las ciencias sociales y del comportamiento poco tendrían que hacer; se dedicarían a explicar lo predecible, tarea poco gratificante y apreciada. Es la imprevisibilidad del comportamiento humano, en el individuo y en el grupo, lo que les sirve de acicate para aportar explicaciones; y más aún la imprevisibilidad del comportamiento violento. El individuo violento es el principal peligro para la norma de la cooperación dentro del grupo, y el grupo violento la principal causa de enfrentamiento en la sociedad.

Hay distintos enfoques en los estudios sobre conducta individual y de grupo; aunque comparten un mismo terreno, al que termina retornando siempre el debate: ¿el hombre es violento por naturaleza, o su potencial para la violencia —este potencial no puede negarse, por el simple hecho de que el hombre es capaz de dar patadas y morder— se activa por efecto de factores materiales? Los que sostienen esto último, considerados —de manera imprecisa— «materialistas», están convencidos de que sus perspectivas echan por tierra la postura naturalista. Y los naturalistas coinciden en refutar a los materialistas, aunque están muy divididos entre sí. Hay una minoría de naturalistas que insiste en que el hombre es violento por naturaleza y, aunque muchos no aceptan la analogía, esgrimen el mismo argumento que los teólogos cristianos defensores del concepto doctrinal del pecado original y la caída. La mayoría rechaza tal caracterización y considera el comportamiento violento como una actividad

aberrante en individuos defectuosos o como una respuesta a determinados tipos de provocaciones o estímulos; de lo que se infiere que si pudieran descubrirse esos desencadenantes de la violencia, y paliarlos o erradicarlos, esta quedaría desterrada de las relaciones humanas. El debate entre ambas escuelas de naturalistas ha suscitado fuertes pasiones. En un congreso celebrado en la universidad de Sevilla en mayo de 1986, la mayoría de los asistentes emitieron un comunicado, basado en otro sobre racismo de las organizaciones educativas, científicas y culturales de la Unesco, que condenaba la creencia en términos absolutos de la naturaleza violenta del ser humano. El documento de Sevilla consta de cinco artículos, cada uno de los cuales comienza diciendo «es científicamente incorrecto», y los artículos constituyen un rechazo del concepto del hombre como ser violento por naturaleza, en los que se niega repetidamente que «hayamos heredado la tendencia a hacer la guerra de nuestros antepasados animales»; que «la guerra o cualquier otra conducta violenta estén genéticamente programadas en la naturaleza humana»; que «en el curso de la evolución humana se haya producido una selección del comportamiento agresivo más que de otros tipos de comportamiento»; que «los seres humanos tengan un cerebro violento»; y, finalmente, que «la guerra sea causada por “instinto” o por una sola motivación»^[79].

La declaración de Sevilla ha tenido una amplia acogida. La ha adoptado, por ejemplo, la AAA (Asociación Antropológica Americana). Pese a ello, de poco le sirve al lego que solo sabe que la guerra se remonta a épocas pretéritas y que los pueblos supervivientes de la Edad de Piedra, como los montañeses de Nueva Guinea, son guerreros por antonomasia; y que es consciente de que a él mismo lo animan impulsos violentos, pero carece de los conocimientos necesarios en genética o neurología para pronunciarse. Sin embargo, el debate entre los dos bandos naturalistas es importante, y fundamental; como lo es el que se da entre naturalistas y materialistas. En una época venturosa de la historia humana, una época de desarme efectivo y de adopción del humanitarismo como regla rectora en los asuntos internacionales, el lego espera de todo corazón, naturalmente, que los redactores del manifiesto de Sevilla tengan razón. Los éxitos de la humanidad en los dos últimos siglos en la mejora de las condiciones de vida fomentarían la confirmación de la explicación materialista sobre la violencia humana organizada, con la esperanza de que los constantes esfuerzos merced a los cuales se ha vencido a casi todas las enfermedades, carestías, ignorancia y trabajos penosos lleguen a eliminar también la guerra. Su historia a partir de la Edad de Piedra quedaría como un interés de anticuario sin mayor relevancia para la vida diaria que el del campo de estudio de la ciencia prenewtoniana. Si, por el contrario, los firmantes de la declaración de Sevilla estuviesen equivocados; si su condena de la explicación naturalista de la violencia humana resultase un simple deseo optimista, entonces la explicación materialista también sería errónea, y las expectativas a finales del siglo xx de que la guerra se acabe estarían totalmente fuera de lugar. Conviene saber lo que pesimistas y

optimistas de la escuela naturalista tienen que decir.

LA GUERRA Y LA NATURALEZA HUMANA

El estudio científico de la violencia y la naturaleza humanas se centra en lo que los científicos, quizá por prejuicio, denominan «la sede de la agresividad», en un área del cerebro llamada sistema límbico. Esta área, situada en el cerebro central, contiene tres clases de agrupaciones de células, denominadas hipotálamo, septum y amígdala. Cada una de estas agrupaciones, cuando se daña o recibe un estímulo eléctrico, provoca cambios en la conducta del sujeto. Por ejemplo, una lesión parcial del hipotálamo en ratas macho reduce su conducta agresiva y anula su capacidad sexual, mientras que la estimulación eléctrica aumenta su agresividad; pero «los animales estimulados solo atacan a los animales [menos] dominantes, lo que demuestra que el objeto de la agresión lo controla otra parte del cerebro»^[80]. El dato de «animales menos dominantes» tiene su importancia, ya que es una constatación muy antigua de que los animales gregarios se avienen a un orden jerárquico, denominado de picoteo o *pecking* entre las aves de corral, merced al cual se atribuye el rango de mayor a menor. La lesión de la amígdala en los monos hace que disminuya su miedo hacia «objetos nuevos o extraños» y, por consiguiente, su conducta agresiva, pero incrementa el miedo respecto a otros monos, con lo que el animal lesionado pierde el rango jerárquico en el grupo.

Los neurólogos concluyen cautamente que las reacciones de temor, aversión o peligro que se resuelven en agresión —y también en defensa— tienen origen en el sistema límbico. No obstante, también hacen hincapié en la compleja relación de dicho sistema con las partes «superiores» del cerebro, como son los lóbulos frontales, en que en primer lugar se elabora y procesa, de forma muy compleja, la información sensorial entrante. Los lóbulos frontales, según A. J. Herbert, parecen ser los responsables de la «regulación y el uso de la conducta agresiva», pues se sabe que la lesión en ellos causa en el hombre «incontrolables brotes de agresividad explosiva [...] no seguidos de remordimiento»^[81]. Hablando con crudeza, lo que han llegado a determinar los neurólogos es que la agresividad es una función del cerebro inferior, susceptible de control por el cerebro superior. Pero ¿cómo se comunican las distintas partes del cerebro? Mediante transmisores químicos y hormonas. Los científicos han descubierto que reduciendo una sustancia química llamada serotonina aumenta la agresividad, y sospechan que debe de existir un péptido que induce su flujo. Sin embargo, no se ha descubierto el péptido y son raras las variaciones en el nivel de serotonina. Por el contrario, las hormonas, que son las secreciones de las glándulas endocrinas, resultan fácilmente detectables, y una de ellas, la testosterona, producida por los testículos y muy relacionada con la conducta agresiva, varía mucho en concentración. Su administración a los seres humanos —hombres o mujeres—

aumenta la agresividad; por el contrario, la administración a ratas hembra que amamantan sus crías reduce su agresividad hacia los machos, mientras que su facultad de protección maternal se estimula con otra hormona totalmente distinta. En términos generales, altos niveles de testosterona en los machos fomentan la masculinidad, de la que la agresividad es una característica; aunque los niveles bajos no corresponden a una ausencia de coraje o combatividad. La prueba está, por ejemplo, en la fama de los guardias eunucos y en los éxitos del famoso general bizantino castrado Narsés. Finalmente, los científicos hacen hincapié en que los efectos hormonales tienden a ser moderados según el contexto; es decir, la intuición del peligro desencadena, tanto en el hombre como en los animales, la intervención de lo que puede denominarse instinto.

En resumen, la neurología no ha logrado aún esclarecer cómo se genera la agresividad o cómo se controla dentro del cerebro. Por el contrario, en genética se ha obtenido cierto éxito en demostrar el correlato entre circunstancias y «selección de la agresividad». Desde que Darwin propusiera por primera vez el concepto de selección natural en 1858, los especialistas de diversas disciplinas han tratado de confirmarlo sobre una base científica irrefutable. El trabajo original de Darwin se basaba estrictamente en la observación externa de las especies, lo cual lo indujo a sugerir que los individuos mejor adaptados a su entorno eran los que tenían mayores probabilidades de sobrevivir y madurar, y que los descendientes de estos supervivientes, al heredar sus características, sobrevivirían en mayor número que los hijos de aquellos menos adaptados, y que las características de los primeros acabarían por predominar en toda la especie. Lo revolucionario en la teoría era el argumento de que se trataba de un proceso mecánico. Darwin sostenía que los padres solo podían transmitir las características que poseían y no —como decía su contemporáneo Lamarck— las adquiridas, pero no podía explicar cómo cambiaban tales características para adaptarse mejor, según el proceso que se denomina «mutación». Efectivamente, aún no existe una explicación sobre cómo se produjo la mutación en los organismos primarios de los que desciende la tan variada miríada de especies.

No obstante, la mutación es un fenómeno observable, y la mutación en favor de la agresividad es una de sus manifestaciones, por lo que es un factor genético hereditario capaz de potenciar las posibilidades de supervivencia. Si la vida es una lucha, los que mejor resisten las circunstancias adversas tienen más probabilidades de vivir más y procrear mayor número de hijos resistentes. En un libro enormemente popular, *El gen egoísta*, Richard Dawkins atribuye este proceso no solo al efecto de la herencia genética, sino al mismo gen^[82]. Además, la experimentación genética demuestra que algunas especies de animales de laboratorio son mucho más agresivas que otras, y que esa agresividad se transmite a sus descendientes. Los genetistas han identificado también extrañas formas de constitución genética que se correlacionan con una agresividad exagerada; la más conocida es el patrón del cromosoma XYY en los varones: aproximadamente un varón de cada mil hereda dos cromosomas Y en

lugar del normal, y este grupo *XYX* arroja una cifra ligeramente desproporcionada de criminales violentos^[83].

Sin embargo, las pruebas recogidas a partir de las excepciones genéticas, aún más las de animales criados en laboratorio, no dan la respuesta a la cuestión de la predisposición a la violencia en los seres vivos en su entorno, el hombre incluido; la buena adaptación por medio de la mutación, cuando esta se produce, es una respuesta al entorno o a las circunstancias, y, aunque se pueden llevar a cabo mediante la nueva ciencia de la ingeniería genética «mutaciones puntuales» en el genoma hereditario y crear seres que carezcan de respuestas agresivas, su supervivencia estaría condicionada a la vida en un medio en el que estuvieran totalmente eliminadas las circunstancias de peligro, condición que en el mundo natural no se da ni puede ser creada. Aun admitiendo el caso de una especie humana carente de toda agresividad que evolucionara para vivir en un entorno de perfecto apoyo mutuo, esta se vería obligada a matar a los gérmenes u organismos inferiores causantes de enfermedades, a los insectos y animales pequeños en que son huéspedes, y a los animales grandes que compiten por alimentarse en la reserva vegetal. Cuesta entender cómo podrían llevar a cabo un sistema eficaz de control del entorno unos seres totalmente carentes de respuesta agresiva.

Lo que es evidente es que partidarios y adversarios de la tesis de que «el hombre es agresivo por naturaleza» elevan demasiado el tono en la disputa. Sus adversarios niegan algo de sentido común, pues la observación demuestra que los animales matan a los de otras especies y luchan entre sí, y que los machos de algunas especies combaten a muerte. Habría que negar toda relación genética entre el hombre y los animales —una postura que solo sostienen actualmente los ultracreacionistas— para descartar la posibilidad de que la agresión forme parte de la herencia genética del hombre. Pero los defensores de la tesis también van demasiado lejos, por distintas razones. Una de ellas es que tienden a trazar unos límites demasiado amplios a la agresividad. Así lo hace un importante grupo de taxonomistas, que diferencian sin excepción entre «agresión instrumental o específica», que se define por estar «motivada por obtener o conservar objetos concretos, posiciones o accesos a actividades deseables»; y «agresión hostil o burlona», que está «dirigida principalmente a molestar o herir a otro individuo»; e incluyen también la «agresión defensiva o reactiva» que está «provocada por acciones de otros»^[84]. Hay una distinción lógica, desde luego, entre agresión y autodefensa, que no queda invalidada aunque estos taxonomistas demuestren que las tres clases de conducta que agrupan tienen su origen en la misma zona cerebral.

Esta indiferencia sugiere igualmente que los partidarios de la tesis de que el hombre es agresivo por naturaleza conceden muy poca importancia al efecto moderador de las partes del cerebro ajenas al complejo límbico. Se ha observado que «todos los animales que muestran conducta agresiva poseen una serie de genes que modifican su nivel de expresión» —de modo que los impulsos agresivos se

desencadenan por el cálculo del peligro o por equiparar la amenaza a la posibilidad de escapar, según la conocida pauta conductista «lucha/huida»—, siendo la capacidad para modificar la expresión de agresividad particularmente notable en los seres humanos^[85]. Por lo tanto, parece que de momento los científicos apenas han logrado otra cosa que identificar y clasificar las emociones y las respuestas conocidas desde tiempo inmemorial. Ciertamente que ahora sabemos que el miedo y la ira tienen su sede neuronal en el cerebro inferior, que las dos áreas neurológicas se comunican mediante sustancias químicas y hormonales, y que ciertas herencias genéticas predisponen a mayor o menor respuesta violenta; pero lo que la ciencia no puede predecir es cuándo un individuo va a hacer gala de violencia. Y, finalmente, lo que la ciencia no explica es por qué se unen grupos de individuos para luchar entre sí. Para hallar algunas explicaciones de este fenómeno, en el que están las raíces de la guerra, hemos de remitirnos a la psicología, la etología y la antropología.

LA GUERRA Y LOS ANTROPÓLOGOS

El pionero en la postulación de una base psicológica en la teoría de la agresión fue Freud, que en un principio la consideró como frustración del impulso sexual del ego. Después de la Primera Guerra Mundial, en la que dos de sus hijos se distinguieron en el servicio aunque quedaron marcados por la tragedia, adoptó una visión más sombría^[86]. En su famosa correspondencia con Einstein, publicada bajo el título de *¿Por qué la guerra?*, afirma crudamente que «el hombre lleva en su interior un ansia de odio y destrucción», aduciendo que la única esperanza de contrarrestarla era desarrollar «un profundo temor a la forma que las guerras futuras puedan adoptar». Estas observaciones, recogidas por los freudianos como teoría de la «pulsión de muerte», concernían fundamentalmente al individuo. En *Tótem y tabú* (1913), Freud había propuesto la teoría de la agresión de grupo, que ejerció gran influencia en la antropología; sugería que la familia patriarcal era la unidad social primaria y que esta se había ramificado por las tensiones sexuales en su seno; atribuía al padre derechos sexuales exclusivos sobre las mujeres de la familia, lo que hacía que los hijos, desposeídos del derecho, lo mataran y se lo comieran, y, acosados por la culpabilidad, pusieran fuera de la ley o consideraran tabú la práctica del incesto e instituyeran la de la exogamia —el matrimonio fuera de la familia—, con toda su carga potencial de raptos de esposas, violación y la consiguiente enemistad interfamiliar e intertribal, de los cuales el estudio de las sociedades primitivas tantos ejemplos aporta.

Tótem y tabú era una obra imaginativa, y en época más reciente la nueva disciplina de la etología, en la que se combina la teoría psicológica con el estudio del comportamiento animal, ha propuesto explicaciones más rigurosas de la agresividad de grupo. La idea básica de «territorialidad» procede de los trabajos del premio Nobel Konrad Lorenz, quien arguyó, a partir de sus observaciones con animales salvajes y

en entornos controlados, que la agresividad era un «impulso» natural que extrae la energía del propio organismo y efectúa su «descarga» cuando la estimula un «detonante» adecuado. Sin embargo, dentro de esta perspectiva, la mayor parte de los animales de una misma especie posee la capacidad de paliar la descarga de esta agresividad en los de su misma especie, generalmente exhibiendo signos de sumisión o de huida; y afirmó que el hombre actuaba originariamente del mismo modo, pero al aprender a hacer armas de caza logró superpoblar su territorio. A partir de entonces, los individuos tuvieron que matar a sus congéneres para defender un territorio; y el empleo de armas, con el «distanciamiento» emocional entre asesino y víctima, fue atrofiando la respuesta de sumisión. A su juicio, ese fue el proceso por el que el hombre pasó de ser un cazador de otras especies por necesidad a hacerse un asesino de la suya propia^[87].

Robert Ardrey reelaboró la teoría de la territorialidad de Lorenz, indicando el modo en que la agresión individual se transformó en agresividad de grupo. Al ser más eficaz para la caza que el simple individuo, el grupo aprendió a cazar ayudándose mutuamente de territorios comunes del mismo modo en que se habían adaptado los animales cazadores, y así la caza cooperativa se convirtió en la base de la organización social y fue el acicate para luchar contra los intrusos^[88]. A partir de la tesis de la caza de Ardrey, Robin Fox y Lionel Tiger han llegado a proponer la explicación de por qué los varones asumen el liderato social: afirman que las partidas de cazadores habían de ser exclusivamente de varones, y no porque estos fuesen más fuertes, sino porque la presencia de mujeres habría supuesto una distracción biológica. Como los grupos de cazadores se verían obligados a aceptar la jefatura por razones de eficacia y fueron durante milenios los principales proveedores del sustento, a partir de entonces la jefatura agresiva del varón determinó la ética de todas las modalidades de organización social^[89].

Las teorías de Lorenz, Ardrey, Tiger y Fox, que se basan fundamentalmente en los trabajos de los especialistas en comportamiento humano y animal, no fueron bien acogidas por los profesionales de la disciplina más antigua de las ciencias sociales: la antropología. La antropología es una prolongación de la etnografía, el estudio de los pueblos «primitivos» supervivientes en su hábitat, a partir de la cual intenta aportar explicaciones sobre los orígenes y la naturaleza de las sociedades civilizadas. Los primeros etnógrafos, como Latifau y Demeunier, reconocieron en el siglo XVIII que la guerra era una característica intrínseca de las sociedades que estudiaban, y en sus trabajos sobre los indios americanos, por ejemplo, aportaron valiosísimas descripciones de la guerra «primitiva»^[90]. La etnografía descriptiva se convirtió en antropología, porque en el siglo XIX la primera se vio invadida por los partidarios y detractores de la teoría de Darwin, y así nació el gran debate «naturaleza y cultura» que continúa dividiendo a los especialistas de las ciencias sociales de la actualidad. A lo largo del debate naturaleza/cultura —abierto por el primo de Darwin, Francis Galton, en 1874— la guerra fue enseguida descartada como objeto de estudio; fue un

triumfo de la escuela partidaria de la cultura, que, decidida de una manera típica del siglo XIX a demostrar que las capacidades más altas del hombre predominan sobre su naturaleza más baja y que la razón lo impulsaría a promover organizaciones sociales cada vez más cooperativas, consiguió que la ciencia antropológica centrara sus investigaciones en el origen de las instituciones políticas. Afirmaban que este estaba en la familia, el clan y la tribu, más que en sus relaciones externas (una de las cuales era la guerra). Ciertos miembros de la escuela naturalista, conocidos después por la denominación de «darwinistas sociales» por su apego al concepto de lucha como medio de progreso, se mostraron disconformes, pero fueron marginados^[91], y la escuela partidaria de la cultura se las ingenió para llevar el debate hacia lo que ellos habían determinado como cuestión clave: el parentesco en la sociedad primitiva, a partir del cual pensaban que se podían demostrar las demás relaciones más complejas no consanguíneas.

El parentesco concernía a la relación entre padres e hijos y a las relaciones mutuas de los hijos con parientes más lejanos. La cuestión no era que esas relaciones precedieran a la formación del estado ni que familia y estado fuesen organizaciones distintas; el problema era demostrar cómo el estado se había desarrollado a partir de la familia, y si las relaciones familiares determinaban las que adoptaban los estados. La filosofía esencialmente liberal de la escuela de la cultura requería la prueba de que las relaciones dentro del estado pudieran establecerse por elección racional y ser fijadas mediante normas legales. Así, la antropología se vio presionada para aportar ejemplos de sociedades primitivas en las que las pautas de parentesco precedieran a las políticas en los estados liberales modernos. Se recopiló gran cantidad de pruebas flexibles, sobre todo del grupo de aquellas en las que mito y ritual se utilizan para reforzar los vínculos de parentesco y evitar el recurso a la violencia; y la escuela de la cultura las aprovechó al máximo. Así, a finales del siglo XIX, los antropólogos dedicaban gran parte de sus esfuerzos, no a debatir si el parentesco era el origen de las relaciones humanas, sino si las culturas creativas que adoptaban como modelo de organización humana se habían desarrollado espontánea y simultáneamente en diversos lugares o se habían difundido —«difusionismo» se llamó a esta teoría— a partir de un único centro.

La investigación sobre el origen fue esencialmente contraproducente, ya que hubo que admitir que ni las sociedades más primitivas aptas para el estudio existían ya en su forma original, pues todas habían evolucionado de algún modo o se habían alterado por su contacto con otras, por tenue que fuese. A principios del siglo XX, puso fin tajantemente a los extenuantes esfuerzos consagrados por los antropólogos a esta polémica en verdad estéril un alemán que emigró a Estados Unidos llamado Franz Boas, al negar taxativamente que la investigación sobre el origen fuese positiva, y al afirmar que, si los antropólogos ampliaban su investigación, descubrirían que las culturas se limitaban a perpetuarse. Como esa perpetuación no era racional, resultaba fútil ir de una cultura a otra buscando confirmación histórica a

un determinado modelo de pauta política; el hombre sería libre de elegir entre la amplia variedad de formas culturales y adoptar la que más le conviniese^[92].

Esta doctrina académica, conocida como determinismo cultural, cobró enseguida gran difusión merced a los trabajos de su ayudante Ruth Benedict, cuyo libro *Patrones en la cultura*, publicado en 1934, se convirtió en la obra de antropología más influyente de toda la literatura, propiciando incluso un interés generalizado a propósito de la universalidad de los mitos humanos expuestos por James Frazer en *La rama dorada* (once volúmenes, 1890-1915^[93]). Benedict proponía la existencia de dos formas culturales principales: la apolínea y la dionisiaca, la primera autoritaria y la segunda permisiva. Sin embargo, el concepto de la modalidad dionisiaca ya había suscitado notable atención como consecuencia del viaje efectuado por una joven discípula de Boas, Margaret Mead, a los mares del Sur en 1925. En su libro *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Mead expuso que había descubierto una sociedad que vivía al parecer en perfecta armonía y en la que los lazos de parentesco eran casi imperceptibles y la autoridad paterna quedaba diluida en los afectos de la familia ampliada, en la que los niños no competían por el privilegio y la violencia era prácticamente desconocida.

Para las feministas, los educadores progresistas y los relativistas morales, *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa* sigue siendo hoy día como el Evangelio, sean conscientes de ello o no. El determinismo cultural ejerció también profunda influencia en los antropólogos anglosajones coetáneos de Boas, pero por distinto motivo. Los ingleses, sobre todo, hegemónicos en etnografía por las oportunidades de trabajo de campo que ofrecía su inmenso imperio, aceptaron la importancia de la tendencia, pero se mostraron reticentes ante su imprecisión intelectual, desagradándoles más que nada la negativa por parte del determinismo cultural a admitir que la naturaleza humana y las necesidades materiales del hombre puedan ser tan importantes como la libertad o la decisión de elegir la cultura con que va a vivir. Y así, bajo la influencia de otro emigrado de lengua alemana, Bronislaw Malinowski, que había sido el primero en realizar trabajos de campo en los mares del Sur, diez años antes que Margaret Mead, ofrecieron una alternativa conocida como funcionalismo estructural^[94]. El torpe título reflejaba la fusión de dos filosofías: una primera evolucionista y darwiniana, que estipulaba que cualquier forma social era una *función* de su «adaptación» —término puramente darwinista— al entorno. Así, por citar un tosco ejemplo, los agricultores proseguían su modo de vida aparentemente irreflexivo por hallarse en áreas boscosas en las que la fertilidad del suelo era escasa pero la zona estaba poco habitada, y, por consiguiente, tenía sentido desbrozar un claro para cultivar ñame una o dos estaciones, criar cerdos e irse a otro sitio. La capacidad de tales sociedades para «adaptarse» al entorno la conforma su *estructura* social, que puede parecer simple a primera vista, pero que para el etnógrafo dispuesto a dedicar el tiempo suficiente a vivir entre ellos se revela como sorprendentemente elaborada.

Los funcionalistas estructurales llegaron a un análisis mucho más minucioso de la sociedad de lo que creían necesario los deterministas culturales; pero los materiales que recopilaron para demostrar cómo la estructura subyacía a la función resultaron pertenecer a las ya conocidas categorías del mito y el parentesco. Sobre la interrelación de una con otra entablarían una polémica cada vez más compleja y con jerga propia hasta después de la Segunda Guerra Mundial; debate que se recrudeció después de la guerra con la intervención del genial francés Claude Lévi-Strauss, quien consiguió que la estructura se mostrase mucho más importante que la función. Lévi-Strauss, partiendo del popular concepto freudiano de tabú, se dispuso a conferirle la base antropológica que el psicoanálisis había sido incapaz de aportar. Afirmó que en las sociedades primitivas había, efectivamente, un tabú, apoyado por el mito, contra el incesto; y que tales sociedades se adaptaban a él estableciendo mecanismos de intercambio entre familias, tribus, etcétera, en las que las mujeres eran el bien de más valor. Los sistemas de intercambio allanaban los rencores y resentimientos, y el intercambio de mujeres para evitar el incesto era el máximo paliativo^[95].

La antropología había llegado a una situación en la que las explicaciones a propósito de cómo las sociedades permanecían estables y autosuficientes predominaba sobre las otras perspectivas de aproximación. Los antropólogos sabían que los conflictos a causa de las mujeres eran el principal motivo de desavenencias entre los primitivos; pero, sin embargo, se negaban a aplicarse al estudio de la consecuencia, que era la guerra. Pura aberración. Lévi-Strauss iniciaba su obra después de la peor guerra de la historia, y muchos notables antropólogos, sobre todo el inglés Edward Evans-Pritchard, el más famoso de su generación, habían combatido en ella. El antropólogo inglés había estado incluso al mando en 1941 de una feroz banda tribal combatiendo a los italianos en Etiopía, y el horror de la terrible venganza que se tomaron contra los dominadores le causó un profundo pesar el resto de su vida^[96]. En cualquier caso, la naturaleza de las dos guerras mundiales, y en particular el ritual carácter morboso de la guerra de trincheras del primer conflicto, clamaba por una investigación antropológica. Clamor al que los antropólogos no supieron prestar oídos.

En parte, el motivo podría haber sido que el primer antropólogo en perder la paciencia por el rechazo general de sus colegas a reconocer la importancia de la guerra sí que lo había hecho en un libro expresamente pensado para levantar ampollas. *La guerra primitiva*, publicado en 1949, fue obra de Harry Turney-High, un antropólogo estadounidense que, como muchos de su generación, efectuó su trabajo de campo entre indígenas americanos, muchos de los cuales pertenecían a los pueblos más belicosos conocidos por los etnógrafos. Pero en 1942, Turney-High dejó la universidad para ingresar en el servicio militar, y tuvo la buena suerte de ser destinado a la caballería en un momento en que esta andaba a punto de desaparecer de una vez para siempre. La guerra a caballo y las armas de los guerreros a caballo

debieron de llamar la atención de aquel individuo cultivado y de documentada imaginación respecto a la relación del hombre con el animal desde los tiempos más remotos. «Hay que haber cabalgado con un escuadrón de caballería para entender la fascinación de los caballos *en masse*, pues el caballo es por instinto un animal de manada», escribió Alexander Stahlberg, contemporáneo de Turney-High en uno de los últimos regimientos alemanes de caballería^[97]. Los ejercicios de Turney-High con el sable le abrieron los ojos respecto a lo poco acertado que era casi todo lo que los antropólogos especializados habían escrito sobre la guerra primitiva.

La persistencia con que los estudiosos de las ciencias sociales han confundido la guerra con las herramientas de la misma [decía en el prólogo] no son menos sorprendentes que la incapacidad de sus escritos que revelan [...] una completa ignorancia de los más simples aspectos de la historia militar [...]. Difícil sería encontrar un suboficial del ejército profesional de una potencia de segundo orden tan equivocado como los analistas de la sociedad humana^[98].

Tenía razón Turney-High. Yo no me canso de recordar el gesto de disgusto que surgió en el rostro de un famoso conservador de una de las mejores colecciones de armas y armaduras del mundo cuando comenté, como quien no quiere la cosa, que un tipo común de resto que los cirujanos extraían de la carne de los heridos en la era de la pólvora eran trozos de hueso y dentadura de sus compañeros de formación en las filas. Él nunca se había detenido a pensar en el efecto de las armas de las que tanto sabía en los cuerpos de los soldados que las utilizaban. Y observaba Turney-High: «Esta actitud civil ha dado lugar a cientos de vitrinas de museos llenas de armas de todo el mundo, catalogadas y marcadas con un número de registro pero perfectamente incomprendidas»^[99]. Pero él estaba decidido a hacer que sus hermanos y hermanas antropólogos comprendiesen la faceta sombría y violenta de la vida de los pueblos que investigaban; el propósito de quebrar los huesos y perforar la carne de esas armas que portaban en las ceremonias, y las mortíferas consecuencias de la ruptura de los mecanismos de intercambio con los que se suponía mantenían en perpetuo equilibrio sus sistemas de parentesco.

Turney-High no negó que algunos pueblos primitivos vivieran en un estadio «preliminar»; estaba incluso dispuesto a admitir que algunos pueblos, si no se los molestaba, adoptaban felices la clase de vida pacífica y productiva que Margaret Mead decía haber hallado entre los indígenas de Samoa^[100]; pero insistió en que la guerra era una actividad universal cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, aun a pesar de las raras excepciones, y no tuvo reparo alguno en restregarles ese hecho por las narices a sus colegas antropólogos.

Los etnógrafos no han vacilado en descubrir, clasificar y relacionar todo tipo de

cultura, material y no material, lo mejor que podían, ni han dudado en hablar largo y tendido de la guerra, por ser uno de los complejos humanos no materiales más importantes. Pero han dejado de lado el meollo de la cuestión: «¿Cómo lucha este grupo?». Los investigadores de campo han sido meticulosos en su observación de la guinda y han pasado por alto el pastel^[101].

El antropólogo convertido en soldado de caballería cumplimentó en porciones a escala natural el registro de cómo luchaban los grupos. Saltando de un lado a otro, de Polinesia a la cuenca amazónica, de Zululandia a la Norteamérica de los indios de las llanuras, de la tundra subártica a las selvas de África occidental, Turney-High describió con extraordinario detalle las costumbres de tortura a cautivos, el canibalismo, el rito de cortar cabelleras, la caza de cabezas y la evisceración ritual por doquiera que los presencié. Analizó la naturaleza exacta del combate en docenas de sociedades distintas, explicando cómo los indígenas del archipiélago de las Nuevas Hébridas designan campeones para que efectúen duelos rituales ante los bandos en litigio; cómo los jefes del pueblo pápago norteamericano nombran a unos hombres para que sean «asesinos» y a otros para que protejan a estos en la lucha; cómo los assiniboine aceptan que sean jefes de la guerra los que han soñado con la victoria sobre un enemigo tradicional y los iroqueses mantienen una policía de combate para que en la guerra obligue a los gandules a cumplir con su deber... Y fue implacable al especificar el efecto exacto que ejercen sobre la carne la lanza, la flecha, el palo y la espada, sin miramientos para sus pusilánimes colegas al hacerles ver la función de una punta de pedernal, señalando que su descendiente directo era la bayoneta, un objeto armamentístico que ha acabado con más vidas que cualquier otro instrumento de la historia^[102].

Empero, el propósito de Turney-High era mucho más amplio que el de confrontar a los antropólogos con la evidencia de que el hombre primitivo tenía las manos manchadas de sangre. A partir de las pruebas presentadas, postuló un atroz punto crucial: la mayor parte de las sociedades que los etnógrafos elegían para su estudio vivían «por debajo del horizonte militar», y solo cuando el sol de su futuro se elevaba por encima de él accedían a la modernidad. Y de un plumazo hizo tambalearse toda la teorización del determinismo cultural, del funcionalismo estructural y de los discípulos de Lévi-Strauss (cuyo creativo *Las estructuras elementales del parentesco* apareció también en 1949). Lo que Turney-High afirmaba crudamente es que era inútil buscar los orígenes del estado liberal en ningún libre albedrío de los sistemas culturales existentes, en la adaptación estructural al hábitat o en el mítico control de los procedimientos de intercambio; insistía en que todas las sociedades inmersas en ese nivel estaban condenadas a seguir siendo primitivas hasta el día del Juicio. Solo cuando una sociedad pasaba de la práctica de la guerra primitiva a lo que él denominaba guerra real (en ocasiones la denomina guerra civilizada), podía surgir el estado; y, en consecuencia, solo cuando surgía el estado se podía elegir en cuanto a la

naturaleza que debía adoptar: teocrático, monárquico, aristocrático o democrático. Y concluía que la clave de esa transición del primitivismo a la modernidad era «el surgimiento de un ejército con oficiales»^[103].

Dado que Turney-High degradó desde el principio de su libro a la mayor parte de sus colegas antropólogos a un nivel intelectual equivalente al de sargento, no es de extrañar que la reacción de estos fuese ignorar su obra. David Rapaport, el especialista en ciencias políticas que escribió el prólogo de la segunda edición (1971), explicaba esta reacción calificándola de «incapacidad disciplinada» para reconocer un trabajo innovador^[104]. Pero cabía una explicación mucho más simple: se sabían agraviados y, como un solo hombre, todos dieron la espalda al ofensor. Habría sido una reacción lógica de haberse publicado el libro actualmente, pues Turney-High es un clausewitziano ortodoxo, cuyo concepto del nivel militar de una sociedad se basa en que practique una modalidad de guerra que conduzca a la victoria: conquista territorial y desarme del enemigo. Pero la victoria clausewitziana en la era nuclear (Turney-High escribió el libro antes de que la Unión Soviética hiciera explotar su primera bomba nuclear) se ha convertido, incluso para el analista estratégico menos sentimental, en un objetivo muy dudoso, y es altamente improbable que haya muchos dispuestos a aceptar el concepto de «guerra civilizada» en el sentido en que Turney-High lo empleaba hace cuarenta años. No obstante, en su época puso a la antropología en un aprieto, al exigirle que reflexionase sobre cómo la guerra transformaba a las sociedades sin estado, que él tanto amaba, en estados que pagaban los gastos de sus viajes científicos; y él mismo contestaba sin pelos en la lengua.

Con el tiempo se produjo una respuesta. La presión de los acontecimientos externos obligó a los antropólogos a considerar a estos pueblos primitivos bajo el prisma de guerreros y no de simples donantes de regalos y creadores de mitos. Y esa presión se hizo notar con mayor motivo en Estados Unidos, no solo porque fuese la primera potencia nuclear y el estado que fomentaba la guerra en Vietnam, sino porque a partir de 1945 se había convertido en la patria de la antropología. El trabajo de campo etnográfico, en su modalidad cada vez más científica, es costosísimo, y era a las pudientes universidades estadounidenses adonde los especialistas se veían obligados a recurrir para obtener fondos. Además, a estos especialistas, cuya misión era investigar los secretos más antiguos y arcanos de la conducta humana, los estudiantes de las universidades estadounidenses, entre los que con más fuerza se daba la oposición a la carrera armamentística nuclear y a la guerra de Vietnam, comenzaron a plantearles las eternas cuestiones: ¿Qué impulsa al hombre a combatir? ¿Es el hombre agresivo por naturaleza? ¿Han existido sociedades sin guerra? ¿Existe aún alguna? ¿Puede la sociedad actual aspirar a la paz perpetua? Y, si no, ¿por qué?

En la década de 1950, solo se publicaron cinco artículos sobre antropología en las revistas especializadas^[105]; pero, a partir de la de 1960, comenzaron a surgir en aluvión. En 1964, la veterana Margaret Mead publicó un manifiesto a favor del determinismo cultural, en un artículo titulado «La guerra, ¿solo un invento?»^[106]. La

nueva generación de antropólogos no pensaba que pudiese ser tan simple, pues nuevas teorías habían hecho mella en el tema. Una de ellas era la teoría de los juegos matemáticos, en virtud de la cual, asignando valores numéricos a todas las posibilidades en un determinado conflicto de intereses, se proponía que la «estrategia» que acumulase mayor valor sería la más exitosa. La teoría de los juegos operaba a nivel inconsciente, afirmaban sus teóricos, por lo que los seres humanos no necesitaban saber que estaban jugando a un juego para seguir haciéndolo; la supervivencia de los que hacían el mayor número de elecciones correctas era el «premio»^[107]. Se trataba de un mero intento de dotar a la selección natural darwiniana de una base cuantitativa; pero, por su ingeniosidad intelectual, se ganó muchos partidarios. Otros se implicaron en la naciente disciplina de la ecología, que estudia la relación entre una población y el hábitat que ocupa; y los jóvenes antropólogos no tardaron en advertir que ciertos conceptos ecológicos, tales como la capacidad poblacional, por lo que se entiende el máximo de población de una determinada región con arreglo a la disponibilidad de alimento, podían serles de gran utilidad. El consumo implica crecimiento de población, y el crecimiento de población da lugar a competencia, la competencia provoca conflicto, y así sucesivamente. ¿Era la competencia la causa de la guerra? ¿O era la guerra, mediante su «función» de reducir la población o desplazar a los vencidos de la zona de conflicto, causa y consecuencia?

Este devaneo con los manidos planteamientos sobre «orígenes» y «funciones» habría continuado mucho más si no llegan a intervenir dos factores que hicieron cambiar el paso y la dirección. En primer lugar, la AAA organizó en 1967 un congreso monográfico sobre la guerra, en el que se aceptaría, dieciocho años después de haber sido propuesta, la distinción de Turney-High entre guerra «primitiva» y guerra «civilizada», o «moderna», como acabaría denominándose^[108]. Además, a partir de la década de 1960, un grupo de antropólogos que tácitamente había aceptado la validez del análisis de Turney-High, dedicándose a estudiar a los guerreros primitivos según esa perspectiva, regresó de sus trabajos de campo y comenzó a redactar sus descubrimientos. Por supuesto, no consiguieron ponerse de acuerdo sobre la forma de describir lo que habían observado. No obstante, qué duda cabe de que habían estudiado a los guerreros que utilizaban armas primitivas, y era con armas primitivas —lanza, maza y arco— con lo que se hacía la guerra primitiva. Pero quedaba por determinar si aquellas armas habían sido instrumentos simples de madera o habían constado de un refuerzo de piedra o hueso, o si la lucha entre los seres humanos de un modo que pudiera considerarse propiamente guerra no se había producido hasta la Edad de Hierro. Ni los más acérrimos adversarios de que la tecnología condiciona la naturaleza de las formas sociales podían negar que la lanza, la porra, e incluso el arco y la flecha, limitan el daño que los seres humanos pueden hacerse unos a otros en combate, fundamentalmente al reducir la distancia a que ese daño es factible. Por consiguiente, la guerra de los pueblos contemporáneos que siguen usando lanza,

porras y arcos proporcionaba cuando menos cierta idea respecto a lo que era el combate primitivo. El combate es el núcleo de la guerra, el acto por el que se hiere o mata a una cantidad de personas, la actividad que distingue a la guerra de la simple hostilidad, el origen del interrogante moral crucial ¿es el hombre bueno o malo?, ¿elige él hacer la guerra o es la guerra lo que lo mueve? Los jóvenes antropólogos que se habían decidido a dar respuesta al primer interrogante de Turney-High, «¿cómo combate este grupo?», también habían aportado las primeras observaciones documentadas sobre la naturaleza del combate con armas primitivas y, al menos en ese aspecto, cierto análisis de cómo habría debido de iniciarse la guerra primitiva. Esto es lo más importante de sus estudios. Los diversos casos se han ordenado progresivamente, a partir de las formas más primitivas de guerra.

ALGUNOS PUEBLOS PRIMITIVOS Y SU FORMA DE GUERRA

Los yanomami

Los yanomami, un pueblo de unas diez mil almas, viven en una zona de densa selva tropical de unos cien mil kilómetros cuadrados en la cabecera del río Orinoco, a ambos lados de la frontera entre Brasil y Venezuela. Napoleón Chagnon, que vivió allí dieciséis meses en 1964, fue uno de los primeros forasteros que entró en contacto con ellos cuando aún no habían recibido casi ningún instrumento del mundo moderno. Los yanomami son agricultores de desbroce, roza y quema, que siembran huertos temporales en la selva, cultivan llantén y van abriendo nuevos claros cuando disminuye la fertilidad del suelo. Sus aldeas, en las que viven grupos de entre cuarenta a doscientas cincuenta personas estrechamente emparentadas, están situadas aproximadamente a un día de marcha unas de otras, pero a mucha más distancia cuando tienen vecinos enemigos, y las hostilidades, que son frecuentes, suelen provocar desplazamientos. Un desplazamiento característico es el de una aldea pequeña que se aleja de otra mayor y hostil y se aproxima a una aldea fuerte aliada.

Los yanomami reciben la denominación de «gente feroz», y su comportamiento es, en efecto, extremadamente fiero. Tienen un código de ferocidad (el *waiteri*), según el cual los varones demuestran su agresividad, al tiempo que aldeas enteras tratan de convencer a otras del riesgo que corren si las atacan. A los niños se les enseña a ser violentos desde muy pequeños, fomentando entre ellos juegos brutales, y los educan para que sean salvajes con las mujeres. Aunque las mujeres son el principal premio en los intercambios y luchas, los hombres que las poseen las tratan mal; les pegan, les producen quemaduras y hasta les disparan flechas cuando se encolerizan; una cólera que a veces se exhibe para demostrar el *waiteri*. Las esposas solo pueden esperar protección si tienen en la aldea hermanos cuya fama de feroces sea mayor que la de los agresores.

A pesar del *waiteri*, el acontecimiento anual más deseado por los yanomami es la fiesta intertribal. Durante la estación de las lluvias cuidan los huertos, y al llegar la estación seca se preparan para festejar a la aldea vecina o ser festejados. La manera de comerciar constituye la base de la confianza y del acuerdo que da origen a la fiesta. Aunque la cultura material de los yanomami es muy precaria —su artesanía consiste en poco más que hamacas, recipientes de barro, flechas y cestos—, no todas las aldeas hacen los mismos objetos, por lo que dependen de otros para obtenerlos. Una buena fiesta puede culminar con la forma de intercambio más importante: el de mujeres.

El intercambio de mujeres, pese a paliar la ferocidad que tanto cada individuo como sus respectivas aldeas muestran recíprocamente, no evita los brotes de violencia. Los hombres intentan constantemente seducir a las mujeres de los demás, lo cual provoca violencia dentro de la aldea, haciendo a veces que un grupo la abandone y se asiente en otro lugar, creando una nueva aldea hostil. Una aldea grande, en un intercambio de mujeres con otra más pequeña, puede exigir una proporción indebida; o una mujer determinada, que haya sido tratada demasiado brutalmente por el marido, puede ser reclamada por un pariente de la aldea de origen.

Es en esta clase de circunstancias cuando la «gente feroz» se vuelve violenta, y la violencia de los yanomami suele adoptar una forma estilizada. Suele aceptarse como criterio generalizado que el combate entre pueblos primitivos es fundamentalmente ritual; cosa que, aunque bastante cierta, hay que entender con enorme reserva. No obstante, la violencia entre los yanomami tiende a seguir una escala minuciosamente graduada, cuyas fases principales son el duelo a puñetazos en el pecho, el combate con palo, la lucha con lanza y la incursión en otra aldea.

Los duelos a puñetazos en el pecho, que suelen producirse en las fiestas entre aldeas «se dan siempre entre miembros de distintas aldeas y se originan por acusaciones de cobardía, o como reacción a demandas excesivas en el comercio con artículos, alimentos o mujeres»^[109]. El procedimiento es siempre el mismo: después de haber tomado los festejantes drogas alucinógenas para propiciar un ánimo combativo, uno de los hombres se adelanta y saca pecho; un miembro de la otra aldea acepta el desafío, se le acerca y le asesta un golpe fuerte en el pecho. El que recibe el golpe no suele responder, ya que quiere demostrar su resistencia, y puede llegar a recibir hasta cuatro puñetazos antes de ejercer su derecho a golpear. Continúa el intercambio golpe a golpe hasta que uno de ellos queda incapacitado o los dos están demasiado doloridos para proseguir; en tal caso continúan con un combate a bofetadas, que suele acabar rápidamente, al quedar uno de los dos sin resuello. A continuación, si era un duelo previsto, los adversarios efectúan una salmodia, abrazándose y jurándose amistad eterna.

Las luchas con palo, que suelen ser espontáneas, son peores, pero también están ritualizadas. «Suelen ser consecuencia de un adulterio, o de sospecha del mismo»^[110]. El demandante, con un palo de tres metros, llega al centro de la aldea —

que puede ser la suya propia— y le grita insultos al culpable. Si el reto es aceptado, clava el palo en el suelo, se apoya en él y aguarda a que le asesten un golpe en la cabeza; una vez recibido, le toca a él golpear. La primera sangre, que enseguida aparece, convierte el combate en lucha generalizada, en la que los hombres armados de palos toman partido por uno u otro. Y ahí radica el auténtico peligro de muertos y heridos, ya que el palo del desafiador tiene punta aguzada —signo de que va en serio— y alguno puede resultar atravesado. En esta fase le toca intervenir al jefe de la aldea con su arco, que amenaza con disparar una flecha al que no abandone la lucha. Pero a veces se producen heridas mortales, lo que significa que el grupo culpable debe huir de una aldea a otra, o, si el duelo era entre aldeas, los atacantes han de retirarse. Sin embargo, en uno u otro caso, la consecuencia es la guerra o la incursión.

Chagnon considera que la incursión constituye la «guerra» de los yanomami, pero describe una fase intermedia entre esta y el duelo a puñetazos en el pecho: la lucha con lanza, algo que solo se produjo una vez mientras él vivió en la aldea. Una pequeña aldea, derrotada en un combate con palo por la querrela acerca de una mujer —el jefe de la aldea, hermano suyo, la había rescatado de manos de su esposo, que la trataba muy mal—, se alió con otras y efectuó una incursión, logrando hacer salir a los de la aldea más grande bajo «una lluvia de lanzas» y persiguiéndolos luego. Pero los de la aldea grande se rehicieron, los atacantes pusieron pies en polvorosa y se produjo un combate con lanzas unos kilómetros más allá, hasta que ambos bandos se retiraron «después de casi perder la paciencia». Hubo varios heridos, uno de los cuales murió posteriormente.

Las dos aldeas realizaron ulteriormente sendas incursiones una en otra; y Chagnon considera estas incursiones, más que la lucha con lanza, como la actividad más propiamente guerrera, basándose en que los yanomami que efectúan una incursión lo hacen con intención de matar sin preocuparse de cómo ni, en algunas circunstancias, hasta de a quién matan. Lo característico es que permanezcan apostados en las afueras de la aldea enemiga hasta dar con una víctima indefensa —alguien que «esté bañándose, cogiendo agua para beber o haciendo sus necesidades»—, a la que matan para huir acto seguido. La huida está bien organizada mediante una serie de retaguardias, y con toda razón, ya que una incursión provoca la consiguiente respuesta. Esta pauta de ataque puede desembocar en lo que Chagnon considera el acto hostil definitivo: una fiesta trampa. Una aldea convence a una tercera para que invite a sus enemigos a una fiesta en la que los sorprenden y matan al mayor número posible, y luego reparten a las viudas entre los vencedores.

Chagnon interpreta el modo de combate yanomami como respuesta cultural a su entorno, y afirma que no está en absoluto encaminado a obtener territorio, dado que las aldeas jamás se apropian del terreno de los vencidos. Su propósito sería más bien poner de relieve lo que él denomina «soberanía», que tendría que ver con la capacidad de una aldea para impedir que otra le arrebatase las mujeres o imponga su derecho a adquirirlas en condiciones privilegiadas. Por eso exhiben la «ferocidad»

destinada a disuadir de entrada a los seductores, raptos de esposas e incursores.

Sin embargo, los yanomami se comportan de modo distinto con sus vecinos que no son yanomami, y en los últimos años se han expandido con éxito por nuevo territorio, exterminando casi a una tribu. Esta ferocidad genuina hacia los demás procede de la creencia de los yanomami de que «ellos fueron la primera, mejor y más refinada clase de hombres que habitó la tierra», y que las demás gentes son una degeneración de su estirpe^[111]. El «enemigo» lo constituyen en general todos los que no están relacionados por el matrimonio, pues los yanomami, aunque coleccionan esposas si son lo bastante «fieros», cumplen las reglas del parentesco previstas para evitar el incesto. No obstante, el parentesco no es una fuerza tan poderosa como para que impida la guerra entre grupos con vínculos sanguíneos, ya que estos suelen combatir con frecuencia. Chagnon sugiere que lo que los impulsa a hacerlo es la práctica del infanticidio femenino; algo común entre los primitivos, pero que los yanomami practican para potenciar al máximo el número de varones fieros en su interminable rondó del rapto de mujeres.

Desde sus primeros trabajos entre los yanomami, Chagnon ha modificado su visión respecto a la función de la guerra, y actualmente es partidario de considerarla desde una perspectiva neodarwiniana, en tanto que «opción por el éxito reproductivo»: cuanta más matanza, más mujeres adquieren y más descendientes tienen^[112]. Sin embargo, objetivamente, en su análisis parece haber algo común a todos los teóricos. Es innegable que la guerra equilibra la población del territorio disponible —las bajas ascendían al veinticuatro por ciento de todas las mujeres recientes de varones en los tres grupos emparentados que él estudió—, como esperarían los ecologistas. La relativa debilidad del sistema de parentesco sería irrelevante para los estructuralistas, quienes podrían argüir que la guerra es el resultado de un fallo recíproco. Los funcionalistas estructurales, por su parte, verían en la práctica de la guerra y en el recurso al mito el fundamento de la evidencia de que la cultura yanomami es una adaptación a su entorno. Los etólogos, por su parte, interpretarían la ferocidad como demostración de su tesis: que el hombre lleva en sí un impulso violento que necesita descargar.

A los historiadores militares les interesarían más los detalles externos del combate yanomami. Tomando como punto de partida el hecho observable de que la gente es miedosa y que el miedo aumenta con la potencialidad mortal de las armas, pondrían de relieve el carácter minuciosamente ritualizado del encuentro armado entre los yanomami; invirtiendo, quizá, el orden de Chagnon. Las «incursiones» y las «fiestas trampa» que él considera el no va más de la guerra, serían más bien el equivalente al homicidio tal como se considera en las sociedades que se rigen por un código de leyes civiles. Los duelos a puñetazos, los combates con palos y con lanza serían, por el contrario, reducidos a conflictos ritualizados; y estarían regulados a partir de la experiencia de lo peligroso que es, primero, exponer a heridas a hombres elegidos, y segundo, lo rápido que un enfrentamiento puede degenerar en violencia generalizada

si no existe una limitación de las armas que pueden elegirse —de ahí la prohibición de palos punzantes, salvo por parte del querellante— o si las armas mortíferas, como son las lanzas, se emplean cuerpo a cuerpo.

En resumen, los yanomami parecen haber llegado intuitivamente a la perspectiva de Clausewitz, superándola. Los grupos emparentados podrían haberse embarcado en una guerra de batallas decisivas destinadas a establecer una jerarquía de «soberanía» de una vez para siempre; pero, si lo hubieran hecho, se habrían enfrentado al riesgo de aniquilación una vez que sus batallas «reales», es decir, rituales, hubiesen degenerado en guerra «verdadera». Optando por la prudencia mutua, han establecido una rutina de combate endémico, gran parte del cual es de carácter simbólico y conlleva la muerte de algunos, pero que permite que la mayoría sigan vivos, aunque sea para luchar otro día.

Los maring

De todos los descubrimientos que han hecho los etnógrafos sobre sociedades primitivas, el de la batalla ritual es uno de los de mayor interés para los historiadores militares, aunque solo sea porque existen restos de ella en lo que conocemos por guerra «civilizada». Sin embargo, muchas veces se generaliza en exceso la imagen de la batalla ritual, implicando un predominio del rito que reduce el combate a un juego inocente. Damos la descripción de una guerra primitiva, escrita por un bibliógrafo con innumerable bibliografía en mente, pero basada fundamentalmente en la guerra de los pueblos montañoses de Nueva Guinea:

La batalla encarnizada [...] involucró a un número indeterminado de entre doscientos y dos mil guerreros, y tuvo lugar en una zona previamente decidida de una tierra de nadie en los límites de los grupos en liza. Ambos ejércitos estaban formados por guerreros, en general relacionados por parentesco de matrimonio, procedentes de varias aldeas aliadas. Aunque involucraba a gran número de guerreros, casi no había esfuerzo militar; en lugar de ello, se iniciaron docenas de duelos individuales y cada guerrero insultó a voces a su adversario, lanzando venablos o flechas de fuego. La agilidad para sortear las flechas era muy celebrada, y los guerreros jóvenes se vanagloriaban haciendo cabriolas. Las mujeres se acercaban a veces a ver la lucha, cantando y animando a sus hombres, y recogían del suelo las flechas para que los hombres volvieran a arrojarlas contra el adversario. Estas batallas encarnizadas de periodicidad frecuente solían producirse entre tribus avanzadas de población bastante densa. Esta clase de guerra no se daba, por ejemplo, en la Amazonia, pero era muy corriente en las montañas de Nueva Guinea, en las que la densidad de población es diez veces superior [...]. A pesar del número de guerreros que intervenían en aquellas

batallas encarnizadas, no morían muchos. Debido a la gran distancia entre los contendientes y la relativa ineficacia de las armas primitivas, unida a la agilidad de los jóvenes para esquivar las flechas, pocos tiros daban en el blanco. En los casos en que alguien resultaba malherido o muerto, la batalla solía interrumpirse por aquel día^[113].

Algunos elementos descriptivos del párrafo son irrefutables; por ejemplo, la afirmación de que la lucha, hasta la llegada de la táctica cuerpo a cuerpo con armas uniformes, era cuestión de duelos individuales. En efecto, es característica del combate ritualizado el que las bajas suelen ser escasas; y hasta la guerra «civilizada» procura ejemplos de detalles como el de la elección de común acuerdo de un campo de batalla, aunque solo sea por el hecho de que la geografía es avara en cuanto a lugares en los que pueda reunirse un ejército. No obstante, es una idealización, como revelan los elementos más siniestros de la guerra de los muy primitivos yanomami, y ofrece un excelente punto de partida para comparar las impresiones populares de la guerra ritual con su realidad, más compleja.

Los maring, entre los que Andrew Vayda trabajó en 1962-1963 y en 1966, alcanzaban por entonces una población de siete mil personas, que ocupaban un área de cuatrocientos noventa y dos kilómetros cuadrados en las crestas boscosas de la cordillera Bismarck de Nueva Guinea central. Vivían del cultivo de tubérculos en «huertos» del bosque, y se desplazaban periódicamente para dejarlos en barbecho, criando cerdos, cazando y recolectando un poco, pauta característica de los agricultores de roza. La densidad de población era bastante alta, por encima de cien habitantes por cada dos kilómetros cuadrados y medio (mucho más alta que la de los yanomami); y la unidad social era una agrupación de clanes, descendientes nominales de una misma estirpe, que tomaban esposas mediante la exogamia. El tamaño de la agrupación variaba entre doscientos cincuenta y ochocientos individuos, que ocupaban una determinada zona de cultivo a lo largo de algún arroyo de la cuenca. Las tierras limítrofes estaban poco habitadas, y algunas agrupaciones de clanes contaban en su territorio con bosques primarios que los proveían de una reserva para tierras de cultivo. Por debajo de la zona montañosa el terreno era insalubre, y la población —de grupos con lenguas muy distintas— solo volvía a ser densa en la zona costera. Hasta la década de 1940 no habían tenido acceso a los metales, y sus mejores herramientas y armas eran instrumentos de piedra^[114].

Pero en cuanto a cultura material, los maring eran superiores a los yanomami, como refleja el carácter de su guerra. Además de arcos simples de madera, flechas y lanzas, poseían hachas de piedra pulimentada y escudos de madera grandes, con los que realizaban combates que pasaban por fases que, según ellos mismos reconocían, estaban minuciosamente reguladas. La primera era la que ellos denominaban luchas «de nada»; la segunda, luchas «de verdad»; y la tercera y cuarta, a las que no se llegaba necesariamente en la lucha, «incursiones» y «derrotas desordenadas».

Las luchas «de nada», según las describió Vayda, se asemejaban enormemente a las batallas rituales incruentas que se supone caracterizan a la guerra primitiva.

En ellas, los guerreros salen de sus casas para reunirse en campos de batalla predeterminados, en las lindes de las tierras de los principales grupos beligerantes. Las fuerzas adversarias toman posiciones bastante próximas para hallarse al alcance de las flechas. Los gruesos escudos de madera, de la altura de un hombre y de setenta y cinco centímetros de ancho, los protegen del combate. A veces esos escudos llevan un apoyo por debajo y los guerreros se precipitan fuera de ellos para lanzar flechas, y vuelven a guarecerse. Algunos salen también al descubierto para desafiar al enemigo y mostrar su valentía atrayendo los lanzamientos del adversario. Al final de la jornada de lucha, los hombres regresan al hogar. Aunque estos modestos combates con arco y flechas a veces prosiguen durante días o semanas, son raras en ellos las muertes y las heridas graves^[115].

Las luchas «de verdad» se diferenciaban de las luchas «de nada» tanto en la táctica como en las armas utilizadas. Los hombres llegaban con hachas y venablos al campo de batalla, y se acortaba la distancia a la de cuerpo a cuerpo. Mientras los arqueros lanzaban desde retaguardia una lluvia de flechas, los luchadores de primera fila combatían con escudo, cambiando a veces de posición con los arqueros para descansar; de igual modo, los combatientes podían tomarse un respiro individualmente cuando se sentían exhaustos. Las flechas y venablos tumbaban a veces a alguno de primera línea; en tal caso, si el enemigo había previsto una carga rápida, lo remataban con hachas o con venablos; pero, aun así, las bajas eran poco frecuentes y las batallas duraban días.

En las mañanas en que había combate, los hombres lesionados [...] se reunían cerca de sus aldeas y acudían *en masse* al campo de batalla para entablar el combate del día, mientras que las mujeres permanecían en la aldea, atendiendo, como siempre, los cultivos y las tareas domésticas. Los mismos hombres no combatían a diario durante el periodo de guerra. Cuando llovía, los dos bandos permanecían en sus casas y, de mutuo acuerdo, a veces los combatientes se tomaban un día o dos de tregua para repintar los escudos, efectuar los rituales que exigían las bajas, o simplemente para descansar. Había en ocasiones intervalos que duraban tres semanas, durante las cuales se suspendían las actividades bélicas y los hombres se dedicaban a hacer nuevos cultivos^[116].

Estos rituales, casi incomprensibles para el hombre actual, por muchos ecos que en él susciten las luchas ante los muros de Troya, a veces concluían con el último intercambio de flechas; pero podían, no obstante, motivar una «derrota desordenada» más sanguinaria cuando partía un grupo de guerreros desde una región del clan para

sembrar la muerte y la destrucción en otra. La «incursión», método expedicionario criminal pero más limitado, parece haber sido una alternativa a la lucha «de verdad» en la progresión. Por otro lado, las derrotas desordenadas eran consecuencia de las luchas «de verdad» y provocaban muchas muertes, tanto de mujeres y niños como de varones, y una precipitada huida de los vencidos de su territorio.

La guerra de los maring requiere una amplia explicación, que Vayda trata de ofrecer diciendo que las luchas «de nada» se producían cuando los agravios acumulados durante un periodo de paz demandaban venganza finalmente; agravios que podían ser leves como un insulto o graves como un asesinato, y otros como violación, raptos o hechizos. El propósito de las luchas «de nada» era doble: comprobar la fuerza militar del bando contrario, y al mismo tiempo negociar. La mayor parte del griterío lo efectuaban los mediadores, apelando a la paz. Estos mediadores eran muchas veces aliados a quienes siempre recurrían los jefes de clan cuando se veía venir la guerra. Los mediadores aportaban una voz imparcial, pero también daban cuenta de la fuerza suplementaria con que contaba el bando ofendido si el otro persistía en ir a la lucha «de verdad».

La lucha «de verdad» podía dar resultado y concluir con la aceptación del empate, y la «incursión» podía desembocar en el mismo resultado; mientras que la «derrota desordenada» solía culminar con el desplazamiento de los vencidos en su territorio y la destrucción de sus casas y huertos. Por lo tanto, constituía la prueba final de quién era el bando más fuerte, que podía usurpar el territorio del vecino, un valor importante en una sociedad con escasez de terreno. En este sentido, la lucha de los maring era de motivación «ecológica», pues redistribuía la tierra de los débiles entre los fuertes. Pero Vayda señala también que hay características importantes de la lucha que contradicen esta afirmación. Una es que los maring vencedores rara vez ocupaban todo el territorio de los vencidos, y a veces ni siquiera una parte, por temor a que la magia negra remanente les fuese adversa; la otra, que el tiempo de hacer guerra coincidía siempre con la disposición de una agrupación de clanes a ofrecer las preceptivas ofrendas sacrificiales a sus antepasados para que los ayudasen en la lucha.

Estos sacrificios propiciatorios adoptaban el ritual de matar y comer cerdos maduros, a razón de uno por cada miembro de los clanes agrupados. Como se tarda unos diez años en criar y cebar esta cantidad de cerdos extra, las luchas solo se producían cada diez años más o menos; y, curiosamente, no era sino hacia el final de este periodo de diez años cuando las agrupaciones de clanes vecinos comenzaban a intercambiar los agravios e injurias que constituían el motivo de la guerra. Empezar la guerra sin disponer de medios para congraciarse a los espíritus de los antepasados se consideraba arriesgado a la derrota; por otro lado, no tenía sentido cebar cerdos en exceso sin un motivo para comerlos. Vayda observó que la densidad de la población maring había disminuido durante su último periodo prolongado de lucha, lo que ponía en cuestión su propia explicación de que la falta de tierra fuese la causa de lucha

entre los maring. Y puede pensarse, en efecto, que los maring lucharan más por costumbre, por divertirse incluso, que por alguna razón consignada en una teoría antropológica.

Desde luego, describir la guerra como diversión puede ser un ejercicio que desemboque fácilmente en la trivialización. No obstante, el elemento «lúdico» de la guerra ha sido tomado en serio por historiadores, por ejemplo, de la caballería medieval; mientras que si retrocedemos en el tiempo, cualquier investigación sobre los «orígenes» del combate nos conduce inevitablemente al hombre primitivo cazador. Las armas de caza por deporte y los juguetes y juegos tienen su origen en los instrumentos de la caza para la subsistencia. Pero una vez que se estableció la agricultura, esta, por rudimentaria que fuese, comenzó a desplazar la necesidad inexorable de perseguir y matar animales para la alimentación diaria; la caza deportiva, los deportes, los juegos, e incluso la guerra, actuaron como elementos psicológicos de coexistencia en las culturas primitivas; como sucede con los tres primeros, de hecho, en la nuestra. Según esta perspectiva, no es de extrañar que los maring creasen un sistema de guerra, con las armas de que disponían, en el que el juego o el elemento lúdico fuese tan preponderante. Los medios por los que los efectos de las lanzas de madera y las hachas de piedra, manejadas por hombres de grupos que se apoyaban, pasasen a ser, de elementos que solo herían, a auténticos instrumentos mortíferos derivaba no de lo mortífero que esas armas fueran en sí, sino de las intenciones de los combatientes. Lo que debe impresionarnos de la guerra de los maring no es su «primitividad», sino su refinamiento. En el ámbito individual debió de cumplir un importante papel, en una sociedad sin logros estéticos, para satisfacer la necesidad humana de autoexpresión, exhibición y competición; e incluso, respecto a la «descarga de la pulsión» de agresividad, si se acepta esta teoría. En el ámbito del grupo, procuraba el medio para impresionar al grupo adversario respecto al grado de gravedad con que se consideraba la transgresión de la buena vecindad y las desagradables consecuencias que se derivaban de no ser capaz de reconocer una fuerza superior, exhibida en principio mediante un estilo simbólico y con un ánimo que invita a la diplomacia en vez de a la escalada.

Los historiadores militares han de fijarse antes que nada en las características de las armas de los maring. Las hachas de piedra y las puntas de flecha de hueso «catalogadas [pero] no interpretadas», según la incisiva frase de Turney-High, implican un pasado humano sanguinario. A la vista de trozos de pedernal hábilmente trabajados en lascas, la mente del hombre actual salta de inmediato a la idea de cráneos rotos y columnas vertebrales quebradas. Puede ser que nuestros antepasados prehistóricos infligiesen esas heridas a sus enemigos, a la vez que corrían el riesgo de sufrirlas; pero lo que sabemos respecto a los maring sugiere, muy al contrario, que los pueblos con armas de la Edad de Piedra no sienten necesariamente despreocupación por la supervivencia. Las armas que resultan mortíferas solo cuerpo a cuerpo no por ello imponen a los que las usan la necesidad de que lo sean en efecto; precipitarse a

esta conclusión sería adoptar un «determinismo tecnológico» sobre el comportamiento humano que el carácter cauto, precavido e irresoluto de las tácticas de los maring desmiente. El que los maring se muestren reticentes respecto a la batalla decisiva pone de relieve que no consideran que el propósito del combate sea la victoria completa en el campo de batalla; luego es permisible suponer que otros pueblos con el mismo nivel de cultura material hacían lo mismo. Teniendo en cuenta esta idea vamos a continuar considerando cómo debieron de utilizarse en la prehistoria las armas de madera, piedra y hueso.

Los maoríes

Supone un gran salto pasar del estudio de la guerra entre pueblos de una organización social tan simple como la de los montañeses de Nueva Guinea a la que se da entre los clanes jerárquicos y teocráticos de Nueva Zelanda, centro del mayor asentamiento de la diáspora polinesia en el sur del Pacífico. Se trata no solo de un salto en el tiempo y entre culturas, sino también sobre un gran abismo de controversia antropológica acerca de las fases por las que lo primitivo se transforma en moderno.

El planteamiento antropológico clásico es el de que la sociedad prehistórica evolucionó desde las fases de grupo, tribu y clan hasta la de estado primigenio. Según esta tipología, el grupo se define como un conjunto reducido de personas cuyos integrantes saben, o al menos creen, que están relacionados por vínculos de sangre; es la formación característica de los retraídos y huidizos colectivos de cazadores y recolectores que viven bajo la autoridad paterna, como los bosquimanos sudafricanos. La tribu suele compartir la creencia en un origen común, pero su principal vínculo es la lengua y la cultura, y no necesariamente acepta la jefatura, aunque puede existir un reconocimiento de la autoridad, habitualmente reforzado por el mito, ya sea a través de la descendencia del padre (patrilineal) o de la madre (matrilineal); las tribus muestran tendencia al igualitarismo, según la teoría antropológica^[117]. Los clanes, por su parte, son jerárquicos y generalmente teocráticos, y sus integrantes se diferencian en rango según la distancia de su estirpe con respecto al patriarca fundador o al antepasado divino. El estado, estructura bajo la cual viven la mayoría de los actuales habitantes del planeta, se supone que se originó a partir del clan. Los antropólogos, siguiendo la célebre diferenciación de Max Weber, distinguen entre clanes y estados según basen su legitimidad, respectivamente, en códigos «tradicionales» (y en ocasiones «carismáticos») y «legales»^[118].

Por fortuna para el lego, los antropólogos vienen optando últimamente por un sistema de clasificación más sencillo, en el que se admiten solo sociedades «igualitarias» y «jerárquicas» en la fase anterior a la del estado^[119]. El motivo de este cambio de perspectiva —no aceptado por todos— es que muchas sociedades elementales descubiertas por los etnógrafos en las regiones más inaccesibles del

mundo —montañas, selvas y zonas áridas y desérticas— han sido identificadas como grupos fugitivos que huyeron de la opresión de vecinos más fuertes; sus estructuras sociales han quedado degradadas por huidas, dispersiones y dificultades económicas, y la devaluación de sus sistemas míticos y de autoridad se debe a la consecuencia misma del penoso proceso del desplazamiento. Esta interpretación repugna a quienes creen en sociedades sin estado formadas por elección cultural o por adaptación al entorno; aunque este tipo de orientación antropológica está en declive^[120]. Y sucede que a otros les repugna por la mayor importancia que esta nueva interpretación atribuye a la guerra, en particular cuando la motivación de la misma es crudamente definida como competencia por la escasez de recursos^[121].

Aunque la sociedad de los maring no es en absoluto estatal (algunos consideran la de los yanomami como la excepción con prístina aboriginalidad), la de los maoríes neozelandeses se aproximaría enormemente a una sociedad estatal; aunque solo sea por la evidencia de su capacidad para construir grandes obras públicas y llevar la guerra a gran escala a considerable distancia. Es indudable que a los maoríes no les faltaban alimentos, a pesar de que lograron en los primeros seiscientos u ochocientos años de su asentamiento en Nueva Zelanda exterminar a unas dieciocho especies de aves, incluido el moa gigante corredor^[122]. Por el contrario, la migración entre las islas tuvo su causa probable en el aumento progresivo de la densidad de población, que, cuando la intensificación de la producción, del infanticidio, de los «viajes» y de la guerra resultaron vanos para paliar la presión, condujo a la expulsión de grupos enteros. Los polinesios que llegaron a Nueva Zelanda, posiblemente en el año 800, tal vez fuesen «viajeros» al estilo vikingo, jóvenes aventureros y sin tierra como Leif Eriksson en busca de una Vinland al sur; o quizá fuesen náufragos con suerte^[123]. En cualquier caso, desembarcaron allí, llevando consigo los principales productos polinesios y sus instituciones, los clanes de descendencia divina mítica, el rango social y la especialización militar. Llevaron también los útiles de la vida en las islas; incluidas las armas de madera —la lanza y el palo—, a las que incrustaciones de concha, coral, hueso o piedra trabajados convertían en mortíferas. Y fue con estas armas con las que los maoríes, en los vastos espacios de las islas del norte y del sur, acabarían por llevar a cabo una modalidad de guerra de la que poco tendrían que aprender los gobernantes de los estados de la Edad de Hierro, e incluso de la era de la pólvora.

El poder de un jefe polinesio tenía doble origen: por un lado, procedía del *mana*, su deber sacerdotal de mediar entre el hombre y los dioses; y por otro, de un tabú que representaba su derecho a dedicar una parte de los frutos de la tierra y de las aguas dados por los dioses a fines religiosos. Estos podían ser las fiestas, los sacrificios o la construcción de templos; pero, en la práctica, acarreaban la fijación de impuestos, y muchas veces determinaban el trabajo. Por lo tanto, los jefes podían reclamar, y hasta imponer, una notable ampliación de sus poderes de mera jefatura que tenían en las sociedades más simples e igualitarias, cuyos miembros recurrían a ellos solo para la

mediación, el consejo y la orientación. La necesidad de intensificar la producción en las islas que experimentaban presión demográfica le daba al jefe polinesio potestad para exigir un esfuerzo comunitario en la agricultura, la pesca, la construcción y hasta en los trabajos de regadío; y si esta presión demográfica fomentaba la guerra, el jefe quedaba además facultado, y más si tenía fama de *toa* (guerrero), para obligar a los hombres a acatar sus órdenes militares^[124].

Se ha argumentado, con razón, que para los clanes maoríes de Nueva Zelanda resultaba más fácil paliar la presión demográfica haciendo la guerra con los vecinos poseedores de tierras productivas que roturar la selva virgen, que aún existía en abundancia cuando llegaron los colonos europeos en la década de 1840. Los jefes podían desencadenar esas guerras exigiendo la participación de sus partidarios; podían aportar provisiones para la campaña, organizar el transporte a largas distancias, por ejemplo, con flotas de canoas; y, si tenían habilidad política, contaban con la capacidad de aglutinar los agravios comunes contra un enemigo determinado.

La guerra de los maoríes respondía a una pauta conocida. El motivo de la guerra era siempre un deseo de venganza, que podía ser o no satisfecho por un grupo incursor, que acechaba y mataba a un miembro del clan enemigo. Y los grupos de combate maoríes llegaban a guerrear de un modo muy brutal. Tras una reunión pública en la que los «agravios se referían con vehemencia», se entonaban cantos de guerra, se exhibían las armas y se formaba el grupo de combatientes; si este se enfrentaba al enemigo en campo abierto y lograba romper sus filas, la derrota en desbandada que seguía tenía horripilantes consecuencias:

La principal tarea de aquellos guerreros que corrían [...] era perseguir sin descanso al enemigo, asestarle un único golpe a cada uno para inutilizarlo y que los que venían detrás se encargaran de rematarlo. No era infrecuente que un hombre fuerte y rápido, cuando el enemigo huía ya derrotado, ensartase con un venablo ligero a diez o doce adversarios, para que los que venían detrás terminaran su labor rematándolos^[125].

Con estos métodos, los maoríes habrían avanzado notablemente hacia el exterminio mutuo, de no haber sido porque se trataba de una guerra limitada, en dos sentidos. La primera limitación era material, y tenía que ver con el hecho de que el combate maorí había desembocado en el ataque y la defensa de fortificaciones. La fortaleza y el número de las fortificaciones maoríes —se han descubierto no menos de cuatro mil— reflejan el poder de sus jefes para organizar el trabajo comunitario entre una población de cuarenta tribus, que sumaban en total entre cien mil y trescientas mil personas, y muestra lo políticamente desarrollada que estaba su cultura. Desde un punto de vista militar, la construcción de fuertes les evitó a los maoríes lo peor del tipo de guerra que practicaban. Los fuertes, contruidos de un modo característico sobre montículos, contaban con grandes cámaras para

almacenamiento de víveres, que permitían sobrevivir a los defensores pese al asolamiento de sus campos; y además contaban con fuertes empalizadas, fosos profundos y grandes terraplenes. Como los maoríes no disponían, al parecer, de armas de asedio, una defensa ejercida con decisión podía mantener a raya a los atacantes hasta que se les acabaran los víveres para la campaña^[126].

La otra limitación era cultural, y se debía a lo simple del propósito de la guerra maorí. Los antropólogos se han contentado con aceptar que los maoríes hacían la guerra para que los más fuertes se repartiesen las tierras de los más débiles. Pero su plan de guerra era comerse al enemigo caído (salvo la cabeza, que conservaban como trofeo). Esta discrepancia entre lo que hacían los sujetos estudiados por los etnógrafos y las conclusiones de los antropólogos acerca de cuál era el verdadero propósito de sus acciones ha dado origen a un debate académico de lo más agrio. Para los historiadores militares, está claro que la cultura militar maorí se basaba en la venganza. A los niños se les enseñaba desde temprana edad que el insulto, y no digamos el robo y el asesinato, era imperdonable; y los maoríes eran implacables a la hora de conservar el recuerdo de las ofensas, a veces de generación en generación. Y la ofensa se satisfacía matando al enemigo, comiéndoselo y clavando la cabeza en la empalizada de la aldea fortificada, para ofenderlo así simbólicamente. Esta guerra de venganza no se libraba según una idea de reciprocidad; comerse simplemente al enemigo y llevarse la cabeza o las cabezas habría bastado para lavar un antiguo agravio sin necesidad de causar las numerosas muertes que se producían en la represalia^[127].

El siguiente ejemplo es el de cómo una ética cultural, aun siendo de las más salvajes, puede ejercer el paradójico efecto de limitar el daño mutuo entre guerreros. En el caso de los maoríes, mediante la protección con obstáculos materiales como son las fortificaciones, se garantizaba que la jefatura, sin ir más allá de la tecnología del palo y la lanza, no pudiese conquistar toda la isla. Con la llegada del mosquete, varios jefes maoríes evolucionaron hacia el estatismo con aterradora rapidez; pero esa es otra historia. Entretanto, en una sociedad de la América precolombina mucho más refinada que la maorí, una ética cultural limitaba, en un grado aún más importante, la mayor potencialidad que tenía de haber derivado hacia la batalla decisiva de Clausewitz.

Los aztecas

Hay en la guerra de algunos pueblos precolombinos de América central y del norte una crueldad sin parangón en el mundo. Turney-High considera a los melanesios del sur del Pacífico los primeros en cuanto a «simple crueldad» —no existe evidencia que lo confirme o lo desmienta—, y quizá a algunos pueblos sudamericanos como los peores caníbales (él fue uno de los primeros en defender la tesis de que el

canibalismo tenía por origen el déficit proteínico, visión que posteriormente ganó partidarios; aunque actualmente tienden a disminuir^[128]). Sin embargo, ninguno de estos grupos puso en práctica la tortura ritual de prisioneros, seguida o no de canibalismo, como la efectuaban, entre otros, algunos indios de las llanuras y los aztecas. He aquí el relato de Turney-High:

Los skidi pawnee se esforzaban por capturar una hermosa doncella en cada una de sus incursiones. Adoptaba entonces a la joven una familia pawnee honorable, en la cual, para su sorpresa, era tratada con mayor consideración que las hijas del hogar, convirtiéndose en la mimada. Pero después, una noche, la asían brutalmente, la despojaban de la ropa y le pintaban el cuerpo de arriba abajo con carbón. Esto simboliza la unión del día con la noche. A continuación la ataban a dos postes verticales [...]. Su padre adoptivo estaba obligado a atravesarle el corazón con una flecha al salir el lucero del alba. Poco después disparaban sus flechas los sacerdotes y el cuerpo quedaba horriblemente mutilado. Este rito propiciatorio al lucero del alba estaba considerado esencial para el bienestar pawnee, como buen augurio para todo, y en particular para la agricultura^[129].

Un misionero jesuita que estaba con los hurones describió un asesinato ritual más pavoroso aún, practicado en 1637 con un prisionero seneca. También este había sido adoptado por una familia principal, que lo rechazó por tener heridas. Lo condenaron a morir quemado, para lo cual lo llevaron a la casa del consejo, después de que sus apresadores dedicaran una noche interminable a una fiesta. El jefe hurón anunció cómo lo descuartizarían, entonando cantos guerreros, y luego el prisionero

comenzó a correr en círculo alrededor del fuego, mientras todos intentaban quemarlo [con teas] conforme pasaba; él gritaba como un alma en pena y toda la cabaña resonaba en chillidos y gritos. Algunos lo quemaban, otros lo agarraban de las manos y le golpeaban con huesos, otros le clavaban estacas en los oídos.

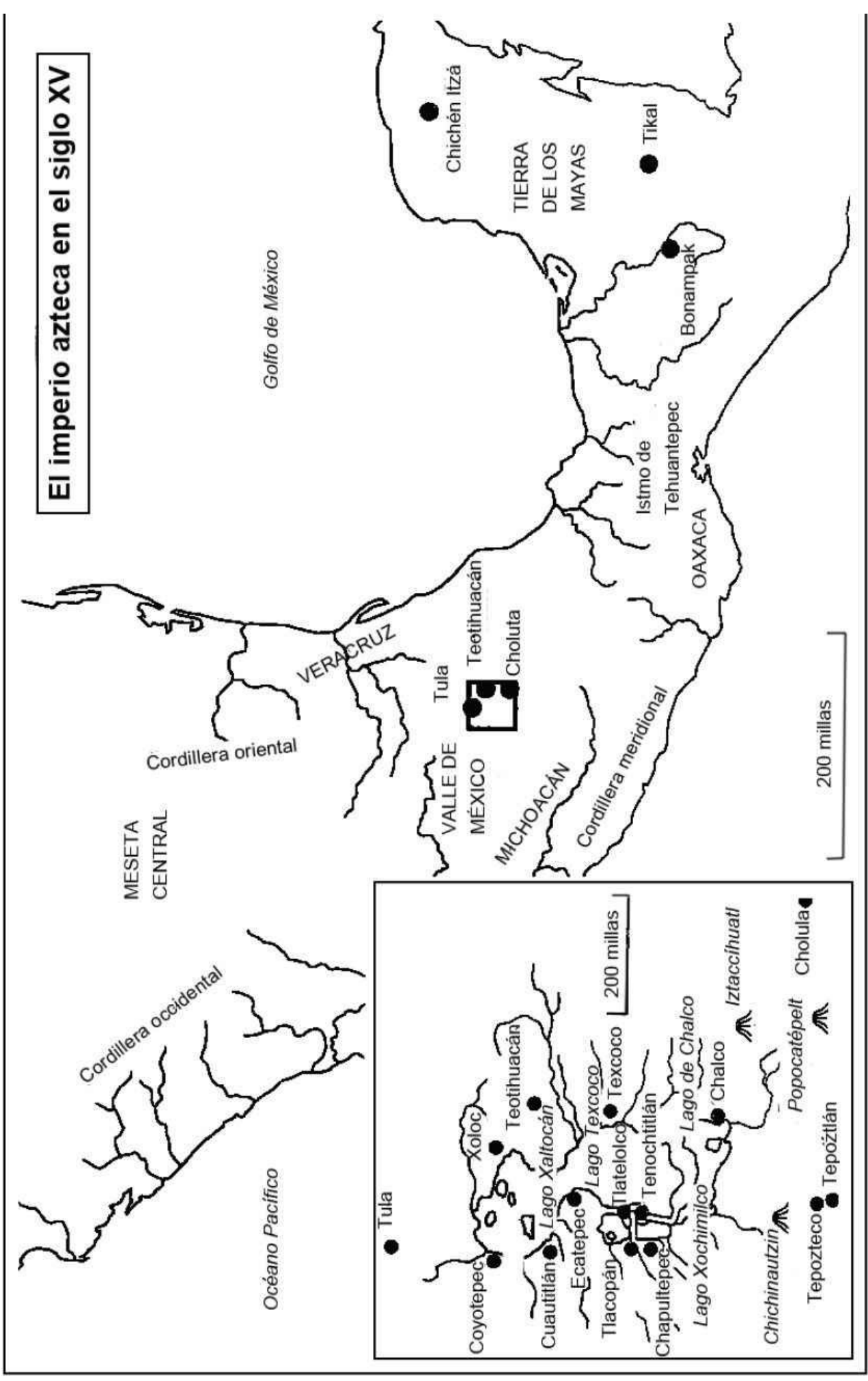
Pero cuando se desmayó, lo hicieron «volver en sí con dulzura», le dieron de comer y le hablaron como a un igual, respondiendo él del mismo modo a los que desgarraban su carne, mientras «cantaba sofocado lo mejor que podía sus cantos guerreros». Al amanecer, cuando aún estaba consciente, lo sacaron al exterior, lo ataron a un poste y lo quemaron aplicándole al cuerpo hachas al rojo vivo. A continuación lo descuartizaron y repartieron los trozos como había prometido el jefe^[130].

Existen descripciones acerca de unos jóvenes paracaidistas de la guerra de Argelia que consolaban a un joven prisionero musulmán al que habían torturado para obtener información; pero tal conducta no guarda relación con el ritual hurón. Los paracaidistas torturaban con propósitos prácticos, mientras que los hurones y su

víctima eran cómplices de un acto horripilante, incomprensible para quien no comparte su corpus mitológico. El horror de la noche de la muerte del indio seneca ha sido revivido por la historiadora cultural Inga Clendinnen en el prólogo de su excelente reconstrucción de la moral en la cultura de los aztecas de México central, para quienes los sacrificios humanos eran un imperativo religioso, la guerra el medio principal para hacerse con víctimas, y los prisioneros de guerra, igual que el heroico seneca, los devotos cómplices de aquel culto que exigía una prolongada agonía. Los aztecas eran unos temibles guerreros que, entre los siglos XIII y XVI, se hicieron dueños del valle de México central, y construyeron la civilización material más brillantes de todas las culturas no escritas y anteriores a la era de los metales; su esplendor, según las descripciones de los conquistadores, era mayor que el existente en España. Pero para los historiadores militares, la fascinación de la civilización azteca radica en las asombrosas limitaciones de su capacidad para hacer la guerra que ellos mismos se impusieron merced a sus creencias religiosas y las restricciones que esas creencias imponían a los guerreros que entraban en combate.

Los primeros aztecas penetraron en el valle central de México en busca de simple subsistencia, y como fieles soldados de una de las potencias principales del valle, los tepanec. Hallaron un lugar de asentamiento en una isla vacía del lago Texcoco, y lograron convertirse ellos mismos en una potencia. Los que aceptaron su primacía fueron incorporados a su imperio, y los que se opusieron se vieron forzados a combatir. Los ejércitos aztecas estaban muy bien organizados y aprovisionados, como era propio de una cultura altamente burocratizada; se dividían en cuerpos de ocho mil hombres, varios de los cuales podían marchar en rutas paralelas por la excelente red del imperio a una velocidad de diecinueve kilómetros al día, llevando víveres para campañas de ocho días^[131].

El imperio azteca en el siglo XV



Se puede hablar de «estrategia» azteca; Clausewitz habría entendido el sentido. R. Hassing describe cómo se iniciaron sus guerras:

Con lo que era esencialmente una demostración de valor militar, en la que un mismo número de guerreros por cada bando luchaban cuerpo a cuerpo mostrando su habilidad. Si no se lograba con ello intimidar a uno de los bandos para que se rindiera, las guerras experimentaban una escalada en ferocidad, en número de combatientes y en empleo de armas [...] como arcos y flechas [...]. E incluso, mientras tenían lugar, esas guerras mantenían ocupados a enemigos peligrosos, cuyas fuerzas quedaban diezmadas en un combate en el que la victoria favorecía a los aztecas, numéricamente superiores, permitiendo su expansión para proseguirlas en otro lugar [...]; los adversarios quedaron poco a poco rodeados y, cortados sus enlaces con el exterior, fueron derrotados^[132].

Clendinnen representa la guerra azteca bajo un prisma mucho más complejo. La sociedad azteca estaba firmemente «jerarquizada», como dicen los antropólogos, y no por la simple división de edad. El estadio más bajo era el de los esclavos, los infortunados que habían quedado en la base del sistema económico. Los seguían los plebeyos, los agricultores corrientes, los artesanos y los mercaderes rurales y urbanos. A continuación venían los nobles, los sacerdotes y, finalmente, el monarca. No obstante, todos los varones eran potenciales guerreros por nacimiento y contaban con la posibilidad de alcanzar una elevada condición como tales en las escuelas de entrenamiento de las diversas ciudades (*calpulli*), que eran un cruce de asociación, monasterio y gremio. Algunos novicios alcanzaban el sacerdocio, pero la mayoría volvía a la vida civil, con la obligación de servir como guerreros en caso necesario; y una minoría —perteneciente a las casas nobles fundadas a partir de hazañas militares— era destinada a continuar la tradición familiar. El monarca se elegía entre los que habían alcanzado el rango de comandante en la guerra.

No obstante, el monarca no era un simple soldado; ni era un sacerdote, aunque estuviera rodeado de sacerdotes que regulaban sus horripilantes costumbres cotidianas. Tampoco era un dios, aunque en cierto sentido se creía que encarnaba el poder divino. Al subir al trono se le reconocía con esta espeluznante fórmula: «Nuestro señor, nuestro verdugo, nuestro enemigo». Una formulación fidedigna del poder sobre sus súbditos, algunos de los cuales, comprados de niños o como esclavos, estaban destinados a ofrecerse en sacrificio en su presencia^[133]. Cabe más bien considerarle un ser terrenal poseído por los dioses, a quienes debía ofrecer sacrificios de sangre para que propiciasen con su benevolencia los ritmos —en particular la salida diaria del sol— mediante los cuales el pueblo azteca podía vivir. Pero la sociedad azteca no podía aportar por sí sola el número suficiente de víctimas que exigían los sacrificios, y había de obtenerlas en la guerra.

La batalla campal constituía el acto fundamental de la guerra azteca, y en ella se

combatía cuerpo a cuerpo. Pero era una modalidad de combate que a nosotros nos resulta extraña por su carácter altamente ritualizado y la aceptación mutua de sus códigos, tanto por parte de los aztecas como de sus enemigos. Los aztecas eran magníficos orfebres, pero no habían descubierto el hierro ni el bronce, y utilizaban el arco y la flecha, la lanza y el *átlatl*, un propulsor que aumentaba la distancia a que se arrojaba el venablo. Su arma preferida era la espada de madera, reforzada en el filo con astillas de obsidiana o escamas de pedernal, pensadas para que tan solo hirieran. Los guerreros portaban «armadura» de algodón, suficiente para parar las flechas — los españoles la adoptaron después en sus combates contra los aztecas, al ver que sus corazas de hierro daban excesivo calor y eran superfluas en la guerra en México— y un escudo redondo pequeño, y su cometido era llegar al cuerpo a cuerpo con el adversario y asestarle por debajo del escudo un golpe en las piernas que lo dejase inutilizado^[134].

Los ejércitos aztecas estaban jerarquizados igual que la sociedad; la mayoría de los guerreros que ansiaban entrar en combate eran novicios recién salidos de las escuelas de entrenamiento y se organizaban en grupo para aprender a capturar enemigos. Los superiores aseguraban sitio a los guerreros experimentados, con arreglo al número de prisioneros que hubiesen hecho en combates anteriores. Los más veteranos, los que ya hubieran apresado a siete cautivos, combatían en pareja y se distinguían por la más espectacular costumbre castrense: si uno moría y el otro se retiraba, lo mataban sus compañeros. A estos guerreros se les ha denominado las «furias» de la guerra azteca; eran los que daban ejemplo de valor en el campo de batalla, y se les permitía en la vida social azteca una rudeza de modales que no se consentía a nadie más.

Sin embargo, «los grandes guerreros eran cazadores solitarios» que «buscaban en medio de la polvareda y el fragor de la batalla un enemigo igual o, preferentemente, de mayor rango». (Los clasicistas y medievalistas reconocerán la misma ética en los anales de los combates homéricos y caballerescos).

El duelo entre iguales era la modalidad preferida [...]; lo que [los guerreros] se esforzaban por hacer era abatir al adversario, casi siempre mediante un golpe en las piernas —desjarretándole o inutilizándole la rodilla— para, una vez en el suelo, dominarlo. Es muy posible que apoderarse del penacho [...] acarrear la rendición, pero solía haber soldados con cuerdas que ataban a los prisioneros y los conducían a retaguardia.

Tan fundamental era en la guerra azteca la captura individual que si alguien cedía un prisionero a un compañero que no hubiese capturado ninguno, como favor para que ascendiese, ambos eran castigados con la muerte^[135].

La batalla se iniciaba con un intercambio de flechas, que añadía confusión a las condiciones en que tenían lugar los duelos individuales; y concluía con los

prisioneros llevados a la gran ciudad de Tenochtitlan. La vida de los vencedores proseguía así: los adalides descansaban hasta la siguiente batalla; los guerreros de rango medio regresaban, seguramente, a sus puestos burocráticos; y los que habían fracasado en capturar un enemigo en el segundo o tercer intento eran expulsados de la escuela castrense para asumir el humilde oficio de mozo de cuerda si alguien los alquilaba, el puesto más bajo en la sociedad azteca. Para los cautivos, las penalidades no habían hecho más que comenzar.

Las batallas aztecas solían procurar muchos millares de cautivos si la conquista sucedía a la victoria; tras el aplastamiento de una revuelta de los huastecos, un pueblo sojuzgado, fueron conducidos a la capital unos veinte mil prisioneros para ser sacrificados en la inauguración del nuevo templo piramidal, ritual en el que les arrancaban el corazón conforme llegaban al vértice. Algunos cautivos, junto con esclavos comprados o pagados en tributo, se conservaban para los sacrificios de las cuatro grandes fiestas del año. En la primera de ellas, la de *tlacaxipeualiztli* —fiesta del desuello de hombres—, se sacrificaba un grupo selecto de víctimas cuya modalidad de captura y ejecución ejemplificaba el modo y la filosofía de la guerra azteca. Era un singular trámite militar que se escenificaba hasta extremos inconcebibles: la batalla «flor» o «florida» sostenida entre los aztecas y sus vecinos, que compartían la lengua náhuatl, concretamente para hacer cautivos a guerreros del más alto rango dispuestos a sufrir la muerte sacrificial. Los combates estaban previstos y se sabía de antemano el destino de las víctimas^[136].

Uno de cada cuatrocientos prisioneros apresados por cada una de las escuelas castrenses podía ser seleccionado para el «despellejamiento». En los preparativos, lo conducían al lugar de la ejecución, lo trataban como a un huésped honorable, «constantemente visitándolo, adornándolo y admirándolo su aprehensor y el grupo local de sus jóvenes seguidores incondicionales»; aunque también «burlándose», al recordarle el terrible destino que lo aguardaba. Al llegar el día de la fiesta, lo conducían, rodeado por los sacerdotes, al ara del sacrificio, situada en una plataforma en la que todos pudieran verlo, atado con una cuerda^[137]; el ara de piedra le daba cierta ventaja sobre los cuatro guerreros que lo acometían desde abajo y, además, le entregaban cuatro palos arrojadizos que podía lanzarles. Pero su principal arma era una espada de guerrero, no con filo de pedernal sino de plumas.

La víctima, elevada por encima de sus adversarios, y libre de la inhibición de matarlos que había en el campo de batalla, podía girar con el grueso palo y golpear la cabeza de los atacantes con inaudita libertad. Los adalides [aztecas] tenían ante sí también un blanco tentador; podían lesionar a la víctima, derribándola con un buen golpe en la rodilla o el tobillo como en el campo de batalla. Pero un golpe así pondría fin al espectáculo, al tiempo que a su propia gloria, por lo que debían resistir la tentación. Su preocupación en tan imperiosas y públicas circunstancias era hacer gala de gran dominio en el manejo de las armas,

con una actuación exquisita y prolongada, infligiendo cortes delicados y suaves a la víctima con las estrechas hojas, lacerándole la piel [este proceso era el «despellejamiento»]. Finalmente, la víctima [...], extenuada por el esfuerzo y la hemorragia, se tambaleaba y caía.

Se la remataba abriéndole ritualmente el pecho y arrancándole el corazón que aún latía^[138].

El que lo había hecho prisionero no participaba en tan mortífera mutilación, pero asistía de espectador desde abajo de la plataforma. Sin embargo, una vez decapitado el cautivo, para que el cráneo pudiese ser expuesto en el templo, bebía sangre del muerto y se llevaba el cadáver a casa, donde lo desmembraba para distribuir los despojos con arreglo al sacrificio, despellejaba el tronco y contemplaba a su familia

efectuar una comida ritual de guiso de maíz en el que echaban un trozo de carne del guerrero muerto, mientras lloraban y lamentaban el probable destino del joven guerrero de la familia. Para esta «fiesta» triste, el que había capturado a la víctima revestía sus galas de guerrero, le pintaban el rostro con tiza, igual que la cabeza blanca del muerto, y se ponía las plumas de la víctima predestinada.

Más tarde, sin embargo, el captor —que se había dirigido a la víctima llamándole «hijo querido», y que le había asignado un «tío» para que lo asistiera durante el «despellejamiento»— volvía a cambiar de vestimenta; se ponía la piel del muerto y la prestaba «a los que demandaban el privilegio», hasta que piel y colgajos de carne se deshacían podridos. Era el último tributo a «nuestro Señor el Despellejado», quien, en los cuatro días anteriores a su muerte, había ensayado el ritual del ara sacrificial, dejándose arrancar simbólicamente el corazón cuatro veces, y, en su última noche, había velado con su «padre querido» hasta la hora de ser llevado al ara, antes de subir a la cual veía a los que lo precedían en la cola sacrificial entablar el inútil combate.

Lo que sostenía a la víctima durante su inconcebible martirio era, según sugiere Clendinnen, el convencimiento de que «si moría bien, su nombre sería recordado y cantarían alabanzas en las casas de los guerreros de su ciudad natal». El ritual nos trae ecos de la épica y las sagas europeas, y corrobora esa convicción a nivel psicológico, al menos en lo que respecta al comportamiento del guerrero. Recuerda el *plutôt crever* del coronel Bigeard cuando le ordenaron desfilar ante las cámaras vietnamitas el día de la rendición de Dien Bien Phu; o al excombatiente australiano, condecorado con la cruz Victoria en la Primera Guerra Mundial, sentado solo, durante la caída de Singapur, ante las líneas japonesas con unas granadas en las manos y musitando «yo no capitulo», del que nunca más se supo. Pero no basta para explicar lo que sentían los guerreros en su conjunto en el combate, y menos para el hombre actual, que espera que las guerras tengan un objetivo material y que la pérdida de vidas humanas esté en relación proporcional con el mismo. El caso es que

Inga Clendinnen sugiere que, en último extremo, no existía ningún estímulo material en la guerra azteca; los aztecas se creían descendientes de los legendarios fundadores de la civilización del valle central de México, los toltecas, y pensaban que su deber era restaurar el esplendor del imperio tolteca. Y lograron su propósito; pero, una vez logrado, solo podían mantenerlo por obra de sus dioses, que exigían sacrificios de todo tipo y valor, por trivial que fuese, pero por encima de todo de la propia vida humana. Así, mientras buscaban «obtener de las ciudades vecinas [...] el máximo tributo [como prueba] de condescendencia [...] en [su] reivindicación de la herencia tolteca», resultaba mucho más importante la demostración exteriorizada de una aceptación interior mediante la prueba de participación en los sanguinarios rituales que imponían sus dioses. Lo que los aztecas querían de sus vecinos era el reconocimiento de su propia «explicación de ellos y su destino»^[139].

Como ese destino —estar uncidos a la rueda de una eterna propiciación a una deidad hosca y sedienta de sangre— no coincide con ninguna cosmovisión del hombre moderno, ni guarda relación con ninguna clase de estrategia o táctica que pueda juzgarse racional, se cae en la tentación de tildar a la guerra azteca de aberración. Pero eso sucede porque nosotros hemos llegado a deslindar la necesidad de seguridad de la creencia en la intervención divina cotidiana en los asuntos terrenos; mientras que los aztecas veían las cosas desde una perspectiva totalmente opuesta: solo por satisfacción constante de las necesidades divinas podía apaciguarse la cólera de los dioses. Y, en consecuencia, su guerra estaba limitada por el convencimiento del fin que debía alcanzarse —hacer prisioneros, algunos de los cuales serían partícipes de sus matanzas rituales— y, como consecuencia secundaria aún más increíble, las armas aztecas de primera calidad estaban pensadas con arreglo a la limitación de que hiriesen pero no matasen.

Hay una precisión importante que hacer respecto a esta interpretación de la guerra azteca: que solo nos explica el fundamento de la misma en el momento de mayor esplendor de su cultura, pero no nos dice cómo guerreaban antes de alcanzar su apogeo. Lo más probable es que matasen a sus adversarios como siempre han hecho todos los vencedores. La «batalla florida» es una institución propia de una sociedad no solo muy refinada, sino también muy segura de sí misma, que podía permitirse ritualizar la guerra porque esta no constituía una amenaza para sus fronteras. Era, además, una sociedad inmensamente rica, que podía permitirse el derroche de sacrificar cautivos a millares en lugar de dedicarlos al trabajo productivo o a venderlos como esclavos. Los mayas de América Central, cuyos monumentos superan a los aztecas en grandiosidad y calidad, parece que hicieron lo contrario, sacrificando únicamente a los cautivos nobles y dedicando el resto al trabajo o a venderlos como esclavos. La costumbre maya está más en la línea de los pueblos belicosos para quienes la captura de esclavos era en general una recompensa importante de la guerra, y a veces su principal motivación^[140].

Los aztecas combatientes eran guerreros, no soldados; es decir, esperaban y se

esperaba de ellos que luchasen por el lugar que ocupaban en el orden social, no por obligación o paga; y además luchaban con armas de piedra. Esas dos condiciones definen aún más la clase de guerra que estamos analizando. La guerra azteca representa sin duda la modalidad anterior a la era de los metales en uno de los aspectos más refinados y excéntricos que cabe. Pero, en cualquier caso, se asemeja más a la de los maoríes, e incluso a la de los maring y los yanomami, que a la que se produjo con el descubrimiento de los metales y más tarde con el reclutamiento de ejércitos. Todas fueron guerras de choque, en las que se combatía cuerpo a cuerpo con armas de poco poder de penetración y, por consiguiente, sin gruesa protección corporal que impidiera heridas punzantes en cabeza y tronco. Atribuían una gran importancia ceremonial y ritual al combate, estimulados por unos fines que guardan escasa relación con las causas y consecuencias que un hombre moderno percibe en las guerras en que lucha. La venganza y la expiación de las ofensas solían ser ese estímulo; la satisfacción de la necesidad mítica o la exigencia divina contribuían en igual medida a tales fines. Son causas y consecuencias que solo pueden subsistir por debajo de lo que Turney-High denomina el «horizonte militar». Pero ¿cuándo, cómo y por qué —si osamos preguntárnoslo— se inició la guerra?

LOS INICIOS DE LA GUERRA

La historia «se fecha» a partir del momento en que el hombre comienza a escribir, o más exactamente, a partir del momento en que deja vestigios de lo que podemos reconocer como escritura. Estos vestigios, dejados por los sumerios, que vivían en el actual Irak, se han datado en el 3100 a. de C., aproximadamente; aunque los orígenes de los símbolos utilizados pueden ser cinco mil años más antiguos y haberse originado en torno al 8000 a. de C., cuando el hombre abandonó determinadas regiones en las que vivía de la caza y la recolección para asentarse y trabajar la tierra.

El hombre moderno, el *Homo sapiens sapiens*, es más antiguo que los sumerios, por supuesto, y sus antepasados homínidos —con los que está relacionado en tamaño, modo de trasladarse y capacidades— lo son mucho más, al extremo de que la distancia en el tiempo que los separa de nosotros carece de sentido. El historiador J. M. Roberts, que ha intentado esbozar un diagrama de la prehistoria —a un tiempo incalculable de la aparición de la escritura— lo ilustra señalando que pensemos en el nacimiento de Jesucristo como un acontecimiento acaecido hace veinte minutos, en la aparición de los sumerios como un suceso de hace cuarenta minutos, en el asentamiento en Europa occidental de «seres humanos clasificables como del tipo fisiológico moderno» como algo que ha sucedido cinco o seis horas antes, y en la aparición de «seres con características humanas» como un acontecimiento situado a dos o tres semanas del presente^[141].

La historia de la guerra se inicia con la escritura, pero no podemos echar en

olvido la prehistoria. Los prehistoriadores están tan radicalmente divididos como los antropólogos respecto a la cuestión de si el hombre —y el «prehombre»— era o no violento con su propia especie. Es arriesgado entrar en el debate, pero hay que exponer qué es lo que en él se trata de dirimir. Podemos decir que se origina con la diferenciación del rol social del varón y la hembra. El australopiteco, un antepasado del hombre del que se han hallado huellas de hace quizá cinco millones de años y que ha dejado rastros verificables de su existencia un millón y medio de años atrás, parece que llevaba el alimento del lugar en que lo encontraba al lugar en que lo consumía, por lo que construía tal vez un abrigo en ese lugar; y es evidente que elaboró y utilizó la primera herramienta, un fragmento de piedra desgajado por percusión y, por lo tanto, con borde cortante. En las excavaciones realizadas en la garganta de Olduvai, en Tanzania, han aparecido huesos de animales machacados para extraer la médula y el cerebro.

Se ha sugerido que el retoño del australopiteco perdió la capacidad de permanecer en brazos de la madre durante los largos periodos en que ella deambulaba con su pareja, como suelen hacer las crías de los primates, y que, por consiguiente, el lugar de la comida se convirtió en el hogar al que el macho llevaba los alimentos. En el *Homo erectus*, descendiente del australopiteco de hace unos cuatrocientos mil años, esta tendencia se acentuó. El tamaño del cerebro y, lógicamente, de la cabeza aumentó notablemente, sin que aumentase proporcionalmente el tamaño del cuerpo antes de nacer; pero el retoño del *Homo erectus* permanecía inmaduro mucho más tiempo que el del australopiteco, y con ello obligaba a la madre a permanecer mucho más atenta al lugar de la comida. Las modificaciones esqueléticas que la madre experimentó para adaptarse a esa cabeza mayor durante el embarazo le impidieron aún más trasladarse con los recolectores de alimentos, y se ha sugerido que fue en esta etapa de la evolución cuando la hembra experimentó la pérdida del estro —la fertilidad restringida a determinados periodos, como en el resto de los mamíferos—, haciéndose atractiva para el macho en todo momento, por lo que tenía más posibilidades de ser elegida por un compañero permanente, así como de elegirlo ella; de modo que se evitaban o prohibían las relaciones sexuales entre parientes cercanos por consanguinidad. Lo que es indudable es que la pérdida del estro, al liberar a la hembra del frenesí del celo, le permitió dedicarse a la maternidad atenta que requería su retoño más cerebrado y de maduración lenta.

En cualquier caso, resulta una explicación plausible de la génesis de la familia nuclear, de sus necesidades de abrigo y acarreo de alimento, y de su vínculo solidario. El *Homo erectus* ha dejado vestigios de su familia y tal vez de su vida social, según Roberts, en restos de «viviendas construidas (cobertizos a veces de dieciocho metros de largo, hechos con ramas, trozos de piedra y suelo de pieles), la primera madera trabajada, la primera lanza de madera y el primer recipiente, un cuenco de madera»^[142]. Todo ello, desde luego, en una época en que no solo recogía raíces y hojas comestibles, frutos y larvas, sino que, además, cazaba mamíferos grandes y

pequeños en un entorno con fluctuaciones climáticas que obligaban a los animales a recorrer territorios de vastas proporciones según la vegetación crecía o se marchitaba por efecto del avance o la retirada de los hielos.

Estas fluctuaciones tuvieron lugar en intervalos de tiempo —se han determinado cuatro interglaciaciones en una época que duró un millón de años y que concluyó hace tan solo unos diez mil—, y muchos grupos pequeños sucumbieron a estos cambios del hábitat, pero algunos se adaptaron, descubrieron el fuego y adquirieron las habilidades —probablemente comunitarias— de colocar trampas y matar mamíferos de gran tamaño que sirviesen de alimento a la comunidad. Se supone que las partidas de cazadores se unían para obligar a elefantes, rinocerontes y mamuts a despeñarse y empantanarse, lugares en los que morían por las heridas o rematados por las armas del hombre primitivo^[143].

Las primeras herramientas de piedra conocidas no pudieron usarse como armas para la caza, y menos aún, por lo tanto, para la guerra. El útil propio del australopiteco era una piedra toscamente desgajada por percusión de un núcleo mayor para obtener un borde cortante; un procedimiento con el que se obtienen lascas —sobre todo en el caso del pedernal, que el hombre primitivo descubrió enseguida que era el mejor material—, y, una vez que el australopiteco vio que núcleo y lascas tenían una utilidad, comenzó a fabricarlos deliberadamente. Conforme aumentaba su habilidad y supo utilizar una piedra a guisa de yunque y a continuación una punta de hueso como herramienta punzante, fue capaz de hacer instrumentos más grandes y hojas largas con ambos bordes afilados en caso necesario. Fue por este procedimiento como llegó a las armas para la caza, la punta de lanza arrojadiza y ensartante, y la hoja del hacha para descuartizar los cadáveres de sus presas. Se han hallado útiles como estos en excavaciones datadas del final del Paleolítico, de entre diez mil y quince mil años de antigüedad.

Eran tiempos violentos, como lo fueron los cientos de miles de años en los que el hombre tuvo que enfrentarse a animales de gran tamaño. En la localidad italiana de Arene Candide se descubrió el esqueleto de un hombre joven que murió a finales del Paleolítico, hace unos diez mil años; le falta parte de la mandíbula, de la clavícula y de la cabeza del fémur, arrancadas a dentelladas por un animal salvaje de gran tamaño, tal vez un oso acorralado en un foso o en una cueva excavada por los cazadores, o adaptada como trampa. Las heridas se le infligieron cuando estaba vivo, pues se halló el cadáver bien enterrado y con las partes dañadas recubiertas con una arcilla color ocre^[144]. Tal vez fuese la infeliz víctima de una caza de acoso al oso, ya que en Trieste se ha descubierto una punta de pedernal en el cráneo de un oso, datado en la última interglaciación de hace cien mil años, lo que indica que el hombre de Neandertal, antepasado del *Homo sapiens sapiens*, ya sabía fijar una hoja en sentido perpendicular a un mango y asestar a corta distancia un golpe que fracturaba el cráneo^[145]. Del mismo periodo data una lanza de tejo alojada entre las costillas de un elefante muerto en Schleswig-Holstein, e igualmente la pelvis de un esqueleto

neandertal hallado en Palestina presenta inequívocas huellas de penetración profunda de una punta de lanza.

Todo esto sugiere que el hombre cazador era valiente y hábil; los prehistoriadores Breuil y Lautier sugieren que no existía

una distancia abismal entre él y los animales. Aún no se habían roto los vínculos entre ambos, y el hombre se sentía todavía cerca de las bestias que lo rodeaban y a las que mataba para alimentarse [...]. De ellas conservaba aún todas las facultades que se embotarían luego por efecto de la civilización: rapidez de acción; gran desarrollo de los sentidos de la vista, el oído y el olfato; un conocimiento minucioso y preciso de las cualidades y hábitos de la caza; y gran destreza a la hora de utilizar con la mayor eficacia las rudimentarias armas de que disponía^[146].

Son, por supuesto, las cualidades del guerrero de todas las épocas, que las escuelas modernas de formación militar se esfuerzan por reimplantar en sus alumnos a base de tiempo y grandes gastos. Los soldados actuales aprenden a cazar para sobrevivir, pero ¿luchaban entre sí los cazadores prehistóricos? Las pruebas son escasas y contradictorias.

La pelvis neandertal con heridas de lanza no es ninguna prueba, pues podría tratarse de una herida accidental del miembro de una partida de cazadores en el fragor del acoso; todos los que manejan armas saben que las más peligrosas son las que esgrimen los compañeros más cercanos. ¿Ofrece el maravilloso arte parietal de las cavernas surgido durante la última glaciación, hace unos treinta y cinco mil años, prueba de que el hombre fuese inhumano con su propia especie durante aquella época de la cultura de la caza? Por entonces, todos los habitantes de la tierra eran *Homo sapiens sapiens*, un individuo surgido tan solo cinco mil años antes pero que había suplantado de un modo tan rápido al hombre de Neandertal que los prehistoriadores no han sido capaces de explicarlo, y se han descubierto miles de pinturas en cavernas por todo el mundo —obras que datan de una época en que la población del globo no superaba el millón—, y en ciento treinta de las más antiguas, que tal vez tengan treinta y cinco mil años, existen representaciones de hombres o signos antropomorfos. Hay quienes interpretan estas pinturas convencidos de que representan hombres muertos o agonizando; otros afirman que los animales representados con reverencia solo llevan inscritos símbolos de lanzas, flechas o dardos. Pero otros lo rechazan y afirman que la mayoría de las figuras humanas representadas forman parte de escenas pacíficas, y que las flechas simbólicas son «garabatos de significado sexual, o sin ningún significado»^[147].

El hombre del Paleolítico, en cualquier caso, aún no había inventado el arco^[148]. Pero a principios del Neolítico, hace unos diez mil años, se produjo «una revolución tecnológica armamentística [...]; cuatro asombrosas y poderosas armas hacen su

aparición [...]: el arco, la honda, el puñal [...] y la maza». Las tres últimas eran perfeccionamientos de armas ya existentes: la maza se derivaba de la porra, el puñal de la punta de lanza, y la honda de las bolas, un par de piedras recubiertas de cuero y unidas por una correa que se lanzaban para que se enredaran en las patas de los ciervos o bisontes acorralados en el lugar en que se los sacrificaba^[149]; el *átlatl*, el propulsor para lanzar venablos de los aztecas, era también un precursor indirecto de la honda, pues actuaba según el mismo principio. Pero el arco era una auténtica innovación y puede considerarse la primera máquina, dado que consta de partes móviles y convierte la energía muscular en energía mecánica. No sabemos cómo lo descubriría el hombre del Neolítico, pero una vez inventado se difundió rápidamente, y esta difusión está seguramente relacionada con el retroceso progresivo de los hielos. Al calentarse las zonas templadas, las pautas de traslado y migración de los animales de caza experimentaron un cambio radical, desapareciendo las grandes zonas pelágicas en las que se solía encontrar caza; y al tener que desplazarse los animales en mayores espacios para buscar pastos, el cazador y los grupos de cazadores no tuvieron más remedio que hallar la manera de abatir presas que cada vez se movían más y a mayor distancia.

El arco simple, como se denomina al arco primitivo, es una pieza de madera homogénea, cuya longitud característica es la de un arbolito, y carece de las propiedades contrapuestas de elasticidad y compresión que confirieron a los futuros arcos compuestos, hechos a la vez de madera elástica y de madera dura, su mayor alcance y fuerza de penetración. Sin embargo, aun en su forma más sencilla, el arco transformó la relación del hombre con el reino animal; con él, ya no tenía que aproximarse para rematar la presa en su última pugna cuerpo a cuerpo entre dos vidas palpitantes. A partir de entonces podía matar a distancia. En esa innovación, los etólogos como Lorenz y Ardrey ven el umbral de una nueva perspectiva moral en las relaciones del hombre con el resto de la creación; pero también con su propia especie. ¿Fue el arquero el primer hombre guerrero?

El arte cavernícola del Paleolítico superior muestra sin lugar a dudas escenas con arqueros aparentemente enfrentados en combate. Arthur Ferrill afirma que se detectan en las pinturas de las cuevas del levante español vestigios de tácticas bélicas, en las que los guerreros forman en columna detrás de un jefe, lanzan flechas en formación y hasta practican el movimiento de flanco en un encuentro de lo que él denomina el «ejército de cuatro» y el «ejército de tres». Debería estar claro, por lo que sabemos sobre los yanomami (que conocían el arco, aunque no tallaban la piedra) y los maring, que esas tres representaciones son explicables con arreglo a la exhibición formal de fuerza que se lleva a cabo en ellas. El jefe yanomami, por ejemplo, saca su arco y amenaza a los que combaten con palo cuando ve que la violencia toma mal cariz; los maring lanzan flechas desde atrás tanto en los combates «de nada» como en los «de verdad», pero a distancias en las que poco daño pueden causar. La aparente proximidad de los arqueros de esos «ejércitos» de «cuatro» y «tres» tiene menos que

ver con la realidad que con el tratamiento de la perspectiva del artista cavernícola.

Si hemos de pensar en los arqueros del Paleolítico superior como prototipo de los cazadores que sobreviven en nuestra época, no convendría atribuirles buenas cualidades guerreras, del mismo modo que sería arriesgado afirmar que eran gentes pacíficas. Los etnógrafos que se han dedicado al estudio de esos grupos supervivientes son quienes defienden la idea de que la caza y la recolección de frutos es compatible con un admirable código social ético, y que lo primero alienta lo segundo. Los san (bosquimanos) del desierto sudafricano del Kalahari suelen estar considerados como modelos de amabilidad pacífica, y lo mismo se ha afirmado de los semai que viven al abrigo de la jungla malaya^[150]. No obstante, el problema al tratar de argumentar retrospectivamente a partir de las características de los cazadores supervivientes respecto al comportamiento de nuestros antepasados, es que es muy poco probable que estos supervivientes sean hombres de la Edad de Piedra. Los semai, por ejemplo, complementan la caza con cultivos, un recurso de subsistencia desconocido en la época del arte de las cavernas; mientras que los bosquimanos están sin lugar a dudas «marginados», pues han sido relegados a las zonas áridas en que habitan actualmente por efecto del avance de los bantúes criadores de ganado, y puede que deban sus hábitos discretos y contenidos al propósito de pasar inadvertidos para sus agresivos vecinos.

La ética de las sociedades centradas en la estructura del grupo de caza puede, efectivamente, ser muy ambivalente y oscilar entre la solidaridad y la contienda. Frederick Selous (1851-1917), arquetipo del gran cazador blanco, comprobó que su partida de caza crecía asombrosamente cuando cazaba en la década de 1880 en lo que actualmente es Zimbabue, conforme los indígenas hambrientos se unían al séquito de un personaje que tenía fama de gran cazador. Por el contrario, los etnógrafos señalan que un cazador cuya suerte lo abandona puede perder rápidamente su autoridad en la partida de caza, e incluso convertirse en víctima de quienes han dependido de él para alimentarse. Del mismo modo, los vecinos aprenden a compartir la caza con arreglo a pautas migratorias o adaptándose a la alternancia de años buenos y malos; o pueden no hacerlo, y preferir conservar sus terrenos de caza como si fuesen propiedad privada, matando a los intrusos. Hugo Obermaier, uno de los primeros intérpretes del arte de las cavernas, estaba convencido de que una de esas escenas del arte parietal representaba a un hombre de la Edad de Piedra defendiendo su territorio^[151]. Los egiptólogos interpretan el conjunto del famoso yacimiento 117 de Jebel Sahaba en el alto Egipto del mismo modo: en las tumbas se han descubierto cincuenta y nueve esqueletos, muchos de los cuales, según señala F. Wendorf, muestran señales de heridas. Los esqueletos están

en relación directa [con] ciento diez artefactos, en casi todas las posiciones imaginables, lo que indica que han penetrado en el cuerpo como puntas o lengüetas de proyectiles o lanzas. No son ofrendas mortuorias. Muchos de esos

artefactos se encontraron a lo largo de la columna vertebral, mientras que otros se hallaban situados principalmente en cavidades como la torácica, la abdominal inferior o la craneal, y en los brazos. Varias piezas se hallaron dentro de los cráneos, y dos de ellas estaban aún incrustadas en el hueso esfenoideas [en la base del cráneo], en posiciones que daban a entender que habían penetrado por la mandíbula inferior^[152].

Como eran esqueletos de hombres y mujeres en igual número, y la ausencia de callosidad en las heridas óseas indicaba que estas habían sido mortales, se llegó a la conclusión de que los muertos habían sido víctimas de un combate de cazadores en disputa por territorio, quizá provocado por una súbita sequía que hizo que regresaran las condiciones áridas a la región de Nubia durante la época de inestabilidad climática del final de las glaciaciones.

Ferrill insiste: «Puede que este yacimiento represente la primera prueba esquelética cuantiosa de la guerra en tiempos prehistóricos»^[153]. Pero también puede que no. Los cadáveres habían permanecido enterrados un cierto tiempo, como sugiere otra interpretación, y también puede que pertenezcan a una cultura totalmente distinta de quienes los enterraron —ya que la cabecera del Nilo era un crisol cultural en el Paleolítico— y no guarden relación con la belicosidad de los cazadores de la Edad de Piedra. Otra posibilidad por demostrar sería la de que las tumbas revelasen efectivamente una lucha entre cazadores; pero se trataría de un enfrentamiento tipo «incursión» o «persecución» como la practicada por los yanomami o los maring. El hecho de que las víctimas sean de uno y otro sexo confirmaría esta interpretación, y es lo que explicaría el «ensañamiento» al que se refiere Ferrill, la provocación de múltiples heridas, como es el caso en el esqueleto de una joven en el que se hallaron veintiuna puntas de flecha o de lanza. Concretamente los maring emprenden una «persecución» decididos a matar todo lo que encuentren a su paso en la aldea objeto del ataque, sin distinción de edad ni sexo; y si las heridas sugieren una matanza, eso, desgraciadamente, es coherente con la conducta humana en muchos lugares, hace muchos siglos. Uno de los descubrimientos más atroces efectuado en la exhumación de una fosa común en Gotland, en la que había dos mil cadáveres de la batalla de Visby en 1361, fue que numerosos cuerpos habían sido notablemente mutilados —mediante repetidos cortes de espada en las espinillas—, y esos cortes solo pudieron hacérselos después de haber caído en combate. Pero es que, como he razonado anteriormente, ni la «incursión» ni la «persecución» son verdaderos actos de guerra; ambos se dan «por debajo del horizonte militar», y es más adecuado considerarlos asesinatos masivos que un episodio correspondiente a una campaña militar. Si los muertos del yacimiento 117 y los que los atacaron pertenecían a una cultura de cazadores, como suponen los excavadores, y si murieron todos al mismo tiempo, el atroz resultado del encuentro corrobora la tesis de que los cazadores del Paleolítico no eran más que guerreros primitivos, pertenecientes a grupos sin clase militar

diferenciada, e ignorantes del concepto «moderno» en la guerra. Por supuesto que luchaban, se tendían emboscadas, hacían incursiones y quizá a veces emprendían esas «persecuciones» de aniquilación; pero ciertamente no se organizaban para la conquista y la invasión.

No obstante, esas gentes de la Nubia prehistórica, habitantes de una región que, entonces como ahora, cubre una zona de tierras fértiles y áridas, puede ser la clave para entender cómo la guerra «primitiva» acababa por convertirse en «verdadera» o «civilizada». Pues otra interpretación del yacimiento 117 es que conmemore no una lucha entre pueblos cazadores por una querrela del territorio, sino un conflicto por una causa económica totalmente distinta. El valle del alto Nilo es una de las regiones en las que el cambio favorable del clima que siguió a la última glaciación facilitó al hombre de la Edad de Piedra la adopción de una vida nueva más sedentaria. Existen indicios, por los útiles de piedra hallados, de que sus habitantes habían comenzado a cosechar hierbas silvestres y a moler sus granos para alimentarse; existen también vestigios de que habían iniciado, si no la domesticación, sí el cuidado de los animales de los que su alimentación dependía^[154]. Estaban casi a punto de dedicarse al pastoreo y a la agricultura, dos actividades que transformaron la relación del hombre con su entorno. Los cazadores y los recolectores tendrían su «territorio»; los incipientes pastores, sus lugares de pasto y sus abrevaderos; y los agricultores tendrían tierras. Y una vez que el hombre cifra sus esperanzas en recoger en un lugar determinado los frutos estacionales de sus esfuerzos, rápidamente desarrolla el sentido del derecho de propiedad, y contra los que irrumpen en los lugares en los que ha invertido tiempo y trabajo, desarrolla con igual rapidez el sentimiento de hostilidad propio del usuario y ocupante frente al usurpador e intruso. Esas esperanzas alentadas provocan respuestas concretas; el pastoreo, y aún más la agricultura, propician la guerra. En cualquier caso, es una de las reflexiones que hay que plantearse a propósito de los hallazgos del yacimiento 117, donde se supone se produjo un cambio climático, característico del calentamiento de la tierra en aquella época, que impulsó a un grupo de cazadores o de recolectores a regresar hacia el Nilo, enfrentándolos con protopastores o labradores a causa de una porción de territorio. No podemos adivinar a cuál de los dos grupos pertenecen los cadáveres hallados en el enterramiento.

La habilidad en el manejo de armas sería atribuible a los cazadores. J. M. Roberts cree que «podemos especular que las raíces profundas del concepto de aristocracia se hallarían en los éxitos (que debían de ser cosa frecuente) de los cazadores-recolectores, representantes de un orden social más antiguo, en aprovecharse de la vulnerabilidad de los sedentarios, vinculados a sus zonas de cultivo»^[155]. Es cierto que es un fenómeno universal que los derechos de caza se los arrogan siempre quienes tienen autoridad sobre los que labran la tierra, que los aristócratas que monopolizan tales derechos instrumentan brutales castigos contra quienes los transgreden, y que la derogación de los derechos de caza de la aristocracia ha sido

frecuentemente una importante reivindicación revolucionaria. Pero los cazadores-recolectores tendrían por delante muchos siglos de decadencia antes de que sus espurios descendientes se convirtieran en señores despóticos —como maestros de cetrería o maestros del caballo— de los hortelanos y cosecheros del sistema feudal. Mientras, la marcha de los acontecimientos en las zonas habitables de la tierra ecológicamente favorecidas estaba en manos de quienes trabajaban para modificar su superficie y no en las de los que se contentaban con recoger lo que la naturaleza ofrecía. La agricultura era el futuro.

En los siete mil años que median entre la retirada de los hielos y la aparición de la escritura en el imperio caldeo, el hombre —aun trabajando con útiles de piedra—, con enormes esfuerzos, de un modo errático y a base de experimentar, aprendió las técnicas de desbrozar, labrar y cosechar en varias regiones que se convertirían en centros de grandes civilizaciones: en los valles del Tigris, del Éufrates, del Nilo, del Indo y del río Amarillo. Naturalmente que no efectuó un salto súbito de la vida que llevaba en la época de las glaciaciones al sistema de cosechas intensivas; los historiadores suelen coincidir en que comenzó controlando de alguna manera ciertos animales gregarios —hay pruebas de que se dedicaba al pastoreo en el norte de Irak ya en el año 9000 a. de C.—, y es evidente que se dio un progreso acumulativo a partir de la recolección sistemática de granos silvestres, a través del cultivo de los mismos y la selección de las especies más favorables. En lo que no están de acuerdo los historiadores es acerca de dónde y cómo estableció el hombre los primeros asentamientos agrícolas, cosa comprensible dada la dispersión de pruebas. En principio se consideró que había elegido las mesetas de los valles fluviales de Oriente Próximo, más salubres y secas que las tierras bajas, y en donde, con el desbroce y la quema, podía ir abriendo claros fértiles en la cubierta forestal^[156]; es una teoría confirmada por la evidencia de la aparición contemporánea de un nuevo tipo de útiles de piedra, hechos de basalto pesado o granito y desbastados por abrasión: las magníficas hachas y azadas «pulimentadas» del Neolítico. Algunos historiadores plantearon la tesis de una revolución neolítica, en la que las necesidades de la agricultura habrían exigido una nueva tecnología en la elaboración de útiles o, viceversa, que las nuevas herramientas habrían hecho posible ganar terreno a los bosques. Lo que es indudable es que los útiles de lasca de pedernal hacían poco daño a los árboles grandes, mientras que las hachas muy pulimentadas podían abatir árboles prácticamente de cualquier tamaño. Pero esta teoría de evidente determinismo tecnológico no se sostuvo mucho tiempo, pese a que sugería que en los tiempos de nuestros antepasados del Neolítico se había producido un patrón aún más claro de progreso agrícola que abarcaba desde las laderas montañosas del Creciente Fértil hasta las llanuras aluviales de los grandes ríos, y desde las zonas de agricultura de roza hasta los cultivos estacionales de las tierras bajas fertilizadas por la inundación.

Es indudable que este proceso tuvo lugar; pero desde una época muy anterior, quizá ya desde el siglo IX a. de C., el hombre no hizo más que repetir una misma pauta

de vida agrícola. En Jericó, a ciento ochenta metros por debajo del nivel del mar, en el árido valle del Jordán, los arqueólogos han hallado las ruinas de una ciudad de unas cuatro hectáreas del siglo VII a. de C., aproximadamente, que albergaba a una población de entre dos mil y tres mil habitantes, que vivían del cultivo de una zona fértil en las inmediaciones de un oasis; pero las clases de trigo y cebada eran de importación, al igual que la obsidiana de algunas de las herramientas. Poco después, en Çatalhöyük, en la actual Turquía, creció una ciudad mucho más grande que llegó a ocupar quince hectáreas y en la que vivían entre cinco mil y siete mil personas con recursos notablemente refinados; las excavaciones han puesto al descubierto una serie de artículos de importación, probablemente producto del comercio, y una gran variedad de objetos de artesanía local, lo que sugiere una división del trabajo, y, lo que es más asombroso, vestigios de un sistema de regadío, lo que da cuenta de que sus habitantes ya practicaban una modalidad de agricultura que anteriormente solo se consideraba característica de poblaciones mucho mayores y tardías en los valles de los grandes ríos.

La estructura de estas dos ciudades es de crucial importancia para los historiadores militares. Çatalhöyük está construida formando con los muros externos de las casas más periféricas un *continuum* totalmente carente de vanos, de tal manera que, si un intruso practicara un agujero en ellos o en el tejado, se «encontraría no dentro de la ciudad sino dentro de una vivienda»^[157]. Más impresionante aún es Jericó, rodeada por una muralla de algo más de tres metros en su base, más de cuatro metros de altura y unos setecientos metros de perímetro; al pie de ella hay un foso excavado en la roca de diez metros de anchura y tres de profundidad, y en un determinado punto de la muralla existe una torre cinco metros más alta a modo de vigía —si bien no sobresale de la muralla formando un contrafuerte—, última plataforma dominante de combate, como es propio de los bastiones de las fortalezas. Además, Jericó está construida de piedra y no con adobe como Çatalhöyük, lo que indica que se hizo con arreglo a un intenso y coordinado programa de trabajo que requeriría decenas de miles de horas; si la disposición de Çatalhöyük pudo haber sido adoptada para ahuyentar a un posible ladrón o incursor, la de Jericó es muy distinta: incorporando como hace dos elementos que caracterizarían la arquitectura militar hasta la aparición de la pólvora —la muralla continua con el torreón y el foso regular, más conservado—, constituye un reducto auténticamente fortificado capaz de resistir todo lo que no sea un asedio prolongado con máquinas de ataque^[158].

El descubrimiento de Jericó en 1952-1958 obligó a una reconsideración completa de las tesis académicas imperantes a propósito de los inicios de la agricultura intensiva, la vida urbana, el comercio a larga distancia, la sociedad jerárquica y la guerra. Hasta entonces se creía que ninguna de estas fases evolutivas se habían producido antes de la aparición de la agricultura de regadío en Mesopotamia, y se pensaba que esta se originó en Egipto y la India hacia el año 3000 a. de C.; pero, tras las excavaciones de Jericó, era evidente que la guerra al menos —puesto que ¿qué

podían significar murallas, torres y fosos, sino la existencia de un enemigo decidido, bien organizado y fuerte?— había comenzado a causar problemas a los seres humanos mucho antes de la formación del primer gran imperio^[159].

Y, sin embargo, entre Jericó y el imperio de los sumerios son escasísimos los vestigios sobre la marcha del progreso militar. Quizá sea porque, en un mundo aún bastante deshabitado, el *Homo sapiens* dedicaba sus energías a la colonización más que al conflicto. En Europa existían ya aldeas agrícolas en el año 8000 a. de C., y la agricultura se extendía hacia Occidente a un ritmo de kilómetro y medio al año en las zonas fértiles, alcanzando Inglaterra hacia el 4000 a. de C. Ya existían núcleos urbanos en Creta y la costa del mar Egeo en el 6000 a. de C.; y en Bulgaria una industria alfarera desarrollada hacia el 5500 a. de C. Mientras que hacia el 4500 a. de C., los agricultores de Inglaterra comenzaban a erigir los megalitos mortuorios que aún siguen rindiendo memoria a sus antepasados. Hacia la misma época, cinco de los seis grupos étnicos diferenciados que poblaban la India se asentaban de modo disperso por el subcontinente, continuando la cultura neolítica; una cultura neolítica pujante en las fértiles mesetas del norte y el noroeste de China, en el 4000 a. de C., que explotaba los terrenos de *loess* (polvo del desierto arrastrado por el viento) del río Amarillo. Solo África, Australia y las Américas estaban exclusivamente pobladas por cazadores-recolectores poco numerosos; aunque los amerindios que habían cruzado el estrecho de Bering desde Siberia hacia el 10 000 a. de C., llevando consigo avanzadas técnicas de caza del viejo continente, ya habían provocado en el Nuevo Mundo, aproximadamente mil años antes, la extinción de su asombrosa caza mayor, incluido el bisonte gigante y tres especies de mamuts.

Casi en todas estas zonas la densidad de población era muy baja, y aunque la población mundial aumentó de entre cinco y diez millones en el año 10 000 a. de C. a tal vez cien millones en el 3000 a. de C., no se hallaba prácticamente en ningún sitio densamente concentrada. Los cazadores-recolectores necesitaban un mínimo de tres a diez kilómetros cuadrados de territorio por individuo, mientras que los agricultores podían alimentarse con sus respectivas familias con un territorio mucho más restringido: se ha calculado que la ciudad egipcia de Amarna, fundada por el faraón Akenatón hacia el 1540 a. de C., tendría una densidad de población de doscientos habitantes por kilómetro cuadrado de tierra productiva^[160]. No obstante, en este caso se trata de los fértiles huertos del valle del Nilo y, de todas maneras, de una fecha ya más reciente. Entre el 6000 y el 3000 a. de C., los escasos y dispersos asentamientos agrícolas en Europa occidental no pasarían de cincuenta o sesenta familias en cada uno de ellos. En tierras del Rin, en el quinto milenio a. de C., los agricultores subsistían gracias al método de roza en los grandes bosques, abandonando y volviendo a ocupar unos asentamientos que nunca pasaban de una población de trescientas o cuatrocientas personas^[161].

En circunstancias tan restringidas, y paradójicamente amplias al mismo tiempo, la necesidad de luchar no debió de ser la predominante. Había tierra en abundancia para

quien quisiera desplazarse unos kilómetros y quemar un trozo de bosque, como seguían haciendo los campesinos pobres en Finlandia en el siglo XIX. No obstante, lo cosechado debía de ser bien poco, por lo que provocaría pequeños latrocinios, salvo inmediatamente después de la cosecha; y las dificultades para el transporte del botín —carencia de animales de carga, falta de carreteras, seguramente falta de envases— habrían hecho vano el hurto a gran escala^[162], ya que el robo, en particular el realizado con violencia, justifica los riesgos que implica solo si su producto se materializa en una forma concreta de valor intrínseco. Los barcos mercantes reúnen esos requisitos, pero en el cuarto milenio a. de C., no había barcos mercantes que piratear. También las reservas agrícolas constituyen un objetivo, sobre todo si están almacenadas en lugares de fácil acceso y huida, y más aún si están guardadas en forma transportable: balas, tinajas, sacos y cestos, o, en el caso del ganado, en forma de rebaño. Y en tales circunstancias, indudablemente, la tierra en que se encuentra semejante abundancia se convierte en objetivo, aunque los intrusos carezcan de la habilidad agrícola, como sucedería con frecuencia. Pero durante los milenios en los que el hombre estaba aprendiendo a trabajar y colonizar las tierras vacías de Oriente Próximo y Europa, solo había una zona que produjese grandes excedentes expuestos a la rapiña a través de las rutas de aproximación que favorecían un fácil desplazamiento. Esa zona era la llanura aluvial del Tigris y del Éufrates, que los antiguos denominaban Sumer. Y es de los sumerios de quienes procede la primera prueba sólida sobre el carácter de la guerra en los albores de la historia escrita en que comienzan a advertirse los indicios de la guerra «civilizada».

GUERRA Y CIVILIZACIÓN

Los sumerios, al igual que los aztecas, alcanzaron su civilización en el seno de las restricciones de la tecnología de la piedra. Sin embargo, no son sus útiles de trabajo —que, en cualquier caso, pronto se hicieron metalúrgicos—, sino su capacidad organizativa lo que les sirvió de base para hacer la guerra defensiva y ofensiva. Los historiadores consideran que los primeros pobladores comenzarían asentándose en la llanura aluvial de Irak una vez que se aventurasen a abandonar las regiones lluviosas del pie de las sierras cercanas —en lo que actualmente son Siria, Turquía e Irán—, y comenzarían a experimentar cultivando gramíneas y a pastorear en zonas no forestadas. Mesopotamia —la «tierra entre ríos»— presentaba características favorables para los colonos, dado que era una tierra fértil, cuya fertilidad se renovaba anualmente por el desbordamiento de los ríos crecidos por el deshielo en las montañas; era nivelada, su declive es de treinta y ocho metros sobre trescientos treinta y cinco kilómetros, y no requería deforestación por carecer de árboles. Durante la época de crecimiento de los cultivos no hiela, y aunque el sol sea demasiado fuerte en verano, hay agua en abundancia para el riego. No obstante, la

reserva ilimitada de agua fue lo que obligó a los primeros colonos a coordinar la manera de trabajar los cultivos según una pauta totalmente distinta de los agricultores autónomos de roza que ya habían comenzado a penetrar en el bosque europeo. Las inundaciones formaban pantanos en algunos lugares, pero en otros dejaban la tierra agrietada al secarse; para desaguar lo empantanado y regar lo seco necesitaban cavar zanjas, y no solo cavar, sino hacerlo con arreglo a un plan que, además, exigía constantes reparaciones, ya que el desbordamiento anual cegaba las acequias con lógamo. Así nació la primera «comunidad de regantes».

Los historiadores de la Antigüedad han construido una elaborada ciencia política de las sociedades de regadío (que algunos denominan «hidráulicas»), casi exclusivamente a partir de los descubrimientos arqueológicos. Los sumerios dejaron un valioso tesoro enterrado de moradas, templos y murallas —en este orden aproximadamente—, y de objetos manufacturados y de intercambio comercial, junto con muchos artefactos grabados e innumerables archivos de tablillas de barro inscritas, estas últimas relacionadas con el recibo, almacenamiento y despacho de productos, y todas halladas en el interior del recinto de los templos. A partir de estos hallazgos se ha considerado que la civilización sumeria se desarrolló según la génesis siguiente:

Los primeros pobladores formaron reducidas comunidades autosuficientes. Dada la tendencia de los ríos a desbordarse, los regantes se vieron obligados a colaborar entre sí, uniendo las diversas redes de acequias conforme las aguas inundaban el terreno, y de este modo fueron ampliando la extensión de los cultivos. La organización de los enlaces y la solución de querellas recayó en quienes ostentaban las funciones tradicionales del sacerdocio y, debido a la época y la cuantía de la inundación anual, esta se atribuía al favor o al castigo de los dioses (que seguramente serían dioses nuevos), y la mítica intercesión de los sacerdotes ante la divinidad fue progresivamente dotándolos de poder político. Estos sacerdotes-reyes aprovechaban, naturalmente, su poder para levantar templos, para que fueran su propia residencia y para que sirvieran de centros del culto del que eran representantes, y ese poder para dirigir la construcción de templos ulteriormente se transformaría en poder para decidir los sistemas de riego y otras obras públicas. Mientras tanto, los templos se convirtieron en centros de administración, ya que el gran número de campesinos que aportaba su trabajo a las obras públicas tenía que ser alimentado a partir de una instancia centralizada, y esa entidad que recogía los excedentes agrícolas para distribuirlos entre los trabajadores requería un registro metódico; había que anotar distintas clases de productos y en cantidades diversas con signos diferenciables, y en esas anotaciones en tablillas de barro tienen su origen los signos que constituyen la primera modalidad de escritura.

A partir de esto se plantea la tesis de que hacia el año 3000 a. de C., las comunidades sumerias de regantes habrían construido las primeras ciudades, a las que en rigor cabría considerar ciudades-estado, y que estas fuesen teocráticas. El

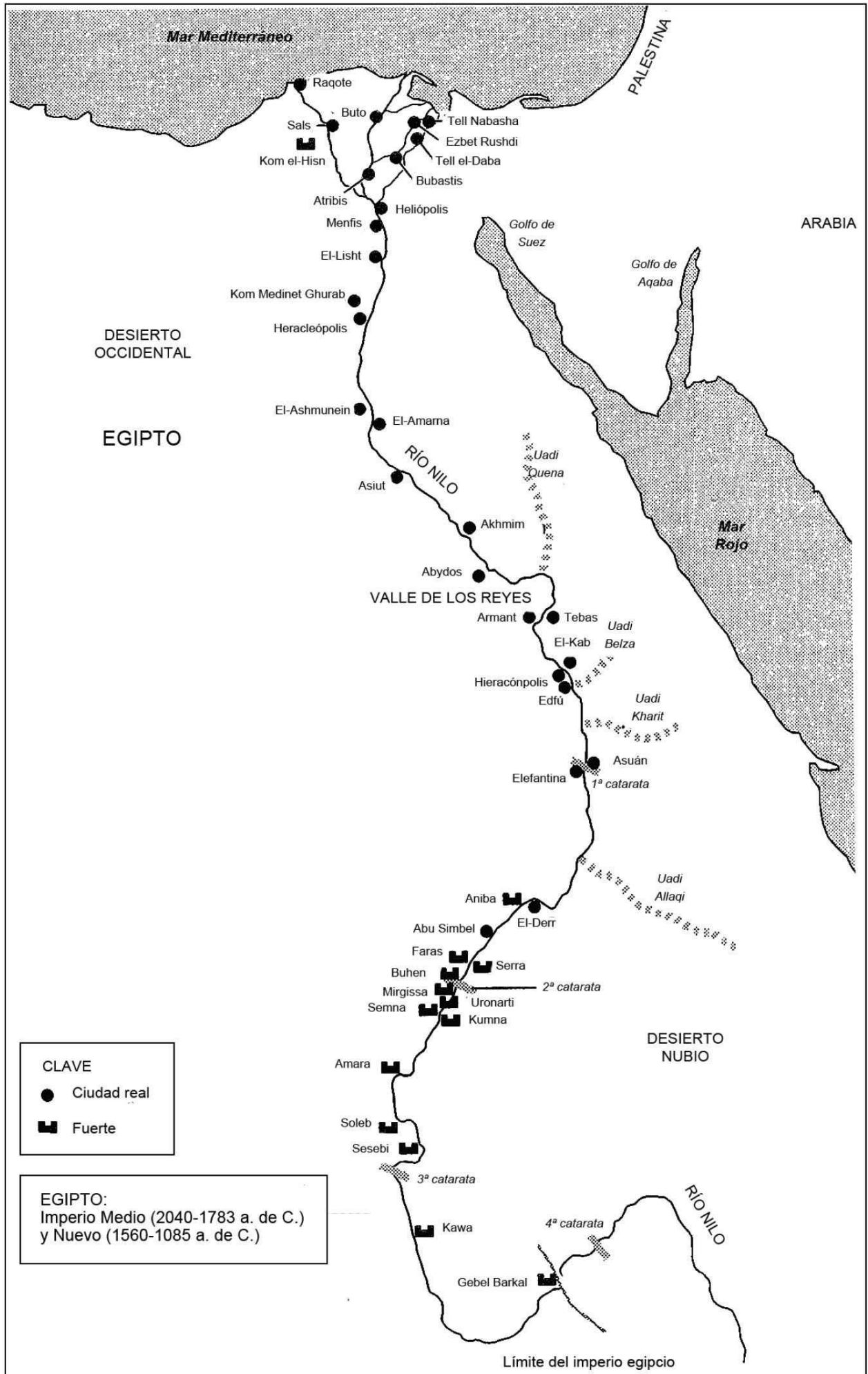
poder del sacerdote-rey procedía de que «poseía» la riqueza sin precedentes que procuraba el cultivo mediante riego —doscientos granos por espiga en cada siembra—, y luego del empleo que daban a su parte de los excedentes. Con ello pagaban los gastos del templo, los esclavos que indudablemente deberían traer y la creación del comercio, que estaría dominado por los templos. Como en la llanura mesopotámica había escasez de piedra, metal y madera de diversas clases, todos estos materiales tendrían que acarrearlos desde grandes distancias para satisfacer las necesidades esenciales de la población sumeria y el deseo de lujo de los que pronto se vieron libres del yugo del trabajo. Las excavaciones arqueológicas de Sumer procuran información sobre artículos de lujo traídos de muy lejos: oro del valle del Indo, lapislázuli de Afganistán, plata del sudeste de Turquía y cobre de las costas del mar de Arabia^[163]. Lo que no revelan, al menos respecto a la primera fase de transformación de las ciudades sumerias en estados, son vestigios relacionados con la guerra. Ninguna de las trece ciudades que se sabe existieron al principio del tercer milenio, incluidas Ur, Uruk y Kish, tenía murallas; parece que, en esa fase, Sumer era una civilización que no conocía la contienda local —impedida la guerra entre ciudades por la temida autoridad del sacerdote-rey, quizá por la inexistencia de conflicto de intereses—, ni tampoco la agresión externa, gracias a la áspera orografía que rodea al fértil valle y a la falta de medios de movilidad —aún no se habían domesticado el camello ni el caballo— por parte de los posibles intrusos del desierto occidental o la estepa oriental^[164].

En el mismo milenio en que Sumer alcanzaba la fase estatal, comenzaban a implantarse, o estaban a punto de hacerlo, comunidades de regantes del mismo tipo en los valles del Nilo y del Indo; las civilizaciones china e indochina, tan dependientes después de las técnicas de regadío, aún no habían alcanzado ese nivel económico. Se ha propuesto como tesis que la clave del ascenso de la teocracia en el valle del Indo radica en la invención local del ladrillo cerámico, que permitió la construcción de presas para regular las avenidas y el cultivo a gran escala de más de un millón de kilómetros cuadrados en torno a las desaparecidas ciudades de Harappa y Mohenjo-Daro a finales del tercer milenio^[165]. Pero apenas se han iniciado las excavaciones que puedan revelarnos los secretos del antiguo Indo. En Egipto, por el contrario, las sistemáticas excavaciones comenzadas hace un siglo nos han permitido reconstruir la estructura de una civilización con cierto rigor y a partir de épocas más antiguas.

El yacimiento 117 sirvió para ponernos sobre alerta respecto a violencia prehistórica en Egipto. No hay pruebas de si los egipcios llevaban o no una vida pacífica entre el 10 000 a. de C. y la unificación de los poblados del Nilo bajo un rey único en el 3200 a. de C. No obstante, los especialistas coinciden en que fue ese particular hábitat del valle fluvial, más que los acontecimientos políticos, lo que contribuyó a que Egipto alcanzase ese grado de civilización. El país vive gracias al limo que acarrea las avenidas procedentes del lago Tana en el altiplano etíope

inmediatamente después del monzón de primavera; el hecho de las fluctuaciones del volumen y las fechas en que se producen fue crucial en el culto de los egipcios a sus reyes y dioses. Hasta casi el cuarto milenio, el desierto que bordea el Nilo a lo largo de los nueve mil seiscientos kilómetros que separan el delta de la segunda catarata no había avanzado hasta el río tanto como hoy, y los habitantes del valle cultivaban mayor extensión tierra adentro, combinando agricultura y pastoreo. Luego, se produjo una sequía inexplicable que obligó a la población a regresar a la llanura que invaden las aguas, siendo a partir de entonces cuando comenzó a depender estrictamente de ella para su subsistencia. Los especialistas suponen que hubo un periodo de guerra entre los jefes de los centros de población del valle, en su intento por hacerse con el control de esos emigrantes de la franja del desierto, y que, hacia el 3100 a. de C., estos perdieron su hegemonía, viéndose obligados a someterse a una autoridad única, cuyo nombre convencional es Menes, que unió el bajo y el alto Egipto —el delta y el Nilo sur— y fundó el reino que perduraría casi tres mil años gobernado por los faraones^[166].

El Egipto militar poseía un carácter singular que perduró casi tanto como su civilización; era muy distinto al de Sumer o al de los regímenes que sucedieron a este imperio mesopotámico, y se caracterizaba por un atraso tecnológico y una indiferencia preconcebida a la amenaza externa. Ambos rasgos tienen su origen en la singular situación del país. Incluso en la actualidad, un invasor no puede penetrar en él si no es por estrechos corredores al norte y al sur; al este, las mesetas áridas que separan el valle del Nilo del mar Rojo forman una barrera natural de ciento sesenta kilómetros de ancho, mientras que al oeste, las arenas del Sahara constituyen un terreno vedado a cualquier ejército. Los primeros faraones comenzaron a enfrentarse a la amenaza que podía llegarles por el sur con una campaña de conquista de Nubia, y en la XII dinastía (1991-1785 a. de C.) tenían asegurada la frontera entre la primera y la segunda catarata con una extensa red de fuertes; y la amenaza por el norte no existía en principio, ya que la costa mediterránea estaba escasamente poblada y los pueblos que la habitaban carecían de medios de movilidad^[167]. Cuando esta amenaza se materializó durante el segundo milenio, los faraones supieron hacerle frente con éxito trasladando la capital de Menfis a Tebas, reclutando un gran ejército y aprovechando las dificultades del terreno del delta como barrera natural^[168].



Hasta el establecimiento de un ejército regular bajo el imperio nuevo (1540-1070 a. de C.), la guerra que hacían los egipcios se mantuvo extrañamente anticuada; todavía bajo el imperio medio, sus armas eran palos y lanzas con punta de pedernal. En aquel periodo (1991-1785 a. de C.) ya estaba muy generalizado en otros lugares el empleo de armas de bronce, y los propios egipcios hacía varios siglos que manufacturaban armas de cobre y de bronce^[169]. No es fácil entender por qué esa tendencia a mantener una tecnología atrasada; pero que indudablemente era así lo demuestran las numerosas inscripciones sobre la guerra que nos han llegado por su escultura y pintura mural. Los soldados no llevan coraza de ningún tipo, van al combate a pecho descubierto y descalzos, y solo portan escudos ligeros; solo mucho más tarde, bajo el imperio nuevo, aparece una representación en la que el propio faraón se reviste con una coraza^[170]. Bien, un simple hecho de la biología es que el ser humano desnudo se arredra ante un golpe asestado con un arma cortante (milenios más tarde, el extraordinario, y quizá único, logro de Shaka fue conseguir que los zulúes reaccionaran de manera distinta). Podemos, por lo tanto, suponer que el combate entre los egipcios, hasta la aparición de invasores de distinta cultura a finales del imperio medio, estaba estilizado y tal vez ritualizado. Por supuesto, la escasez de metales puede ser una explicación alternativa; pero es muy probable que sea secundaria a la consideración de por qué los guerreros de una civilización de gran refinamiento apenas se equipaban mejor que sus antepasados del Paleolítico inferior. Es muy probable que en una sociedad rígidamente estratificada, cuyos reyes habían pasado de la condición de sacerdotes a la de dioses y en la que casi todas las facetas de la vida pública y privada estaban reguladas mediante ceremonias, también el combate tuviera su ceremonial.

Es enormemente significativo, por ejemplo, que las representaciones de Narmer, uno de los primeros faraones, que datan aproximadamente del tercer milenio a. de C., y las de Ramsés II, faraón del imperio nuevo que reinó casi dos milenios después, los muestren a ambos esgrimiendo una maza, dispuestos a matar a un amedrentado cautivo; en ambas representaciones, la postura del prisionero es muy similar a la del faraón, idéntica^[171]. Aun concediendo un margen a las duraderas convenciones del arte egipcio, es difícil pasar por alto tales similitudes. Seguramente representan la ejecución real, y no simbólica, de un cautivo al final de una batalla. La práctica de sacrificios humanos desapareció muy pronto en la civilización egipcia, pero quizá perdurara en el campo de batalla, en el que los guerreros combatían sin protección porque raramente llegaban al cuerpo a cuerpo (característica, como hemos visto, de la guerra «primitiva»); pero el destino de los mutilados o de los capturados sería la ejecución ceremonial a manos de un gran guerrero —quizá el propio faraón— una vez alcanzada la victoria^[172]. Cabría ver en ello un paralelismo con la «batalla florida» azteca, y lo corrobora la persistencia egipcia en una panoplia de armas —maza, lanza corta, arco simple— que llegó a ser, al cabo de mil quinientos años de reinado faraónico ininterrumpido, una antigualla en desuso.

Desde luego que la batalla no era ceremonial cuando se combatía contra extranjeros; la momia de Sequenenre el Bravo, faraón que defendió su reino contra los invasores poco antes de la fundación del imperio nuevo en 1540 a. de C., revela terribles heridas en la cabeza, seguramente recibidas en una derrota^[173]. Pero los mil cuatrocientos años anteriores, un espacio de tiempo que al inglés contemporáneo lo remonta a una época en la que en las islas gobernaba Roma, y a los estadounidenses a unos tiempos en los que en el territorio de Estados Unidos no gobernaba nadie, los egipcios mantuvieron una vida estable y casi sin cambios, basada en las tres estaciones de inundaciones, cultivo y sequía, reguladas por el gobierno de reyes que ocupaban un lugar de honor entre los doscientos dioses, que se dedicaban pacientemente con la mano de obra disponible después de los trabajos agrícolas a alzar y adornar los palacios, y los templos y las tumbas, exigidos según sus creencias por el tránsito a la otra vida, y cuya monumentalidad nadie ha superado. En aquel mundo ordenado, de gran belleza artística a pesar de que los esfuerzos del acto creativo los asumiese la base del proceso artístico, los tallistas de piedra y los que arrastraban los bloques, la guerra debía de tener un papel despreciable y mínimo. Un analista sugiere que «en último término, la monarquía es consecuencia de la fuerza», pero debió de ser una modalidad de fuerza de naturaleza muy distinta a la clausewitziana, un choque armado estilizado provocado por la manifiesta incapacidad de un rey de llevar a cabo sus funciones, y, por lo tanto, un simple acontecimiento físico por el que la autoridad se transfería a otro más cualificado para ejercerla^[174]. Es muy posible que los egipcios, durante mil cuatrocientos años, catorce siglos que debieron de constituir la normalidad institucionalizada para los que vivieron y murieron en tal periodo, no conocieran la realidad de la guerra, tal como la conocieron otros pueblos^[175].

Los sumerios no fueron tan afortunados. La llanura entre el Tigris y el Éufrates, a diferencia de la del Nilo, no está protegida de invasiones por obstáculos geográficos —para empezar, los propios sumerios debían de ser emigrantes—, ni se presta a un control centralizado. En Egipto, el rey capaz de taponar el sur y el norte del valle reina en todo el río, mientras que en Mesopotamia, no solo los ríos cambian de curso según las estaciones, sino que el país está bordeado al este y al norte por mesetas que no actúan como barreras sino como plataformas para dominar a sus habitantes, quienes encuentran en los valles tributarios de los grandes ríos cómodas vías de acceso a la fértil llanura aluvial que tienen a sus pies. Los efectos políticos de semejante orografía son fáciles de ver: las ciudades sumerias comenzaron desde muy antiguo a disputarse las lindes de aguas y pastos, sujetas al capricho de sus ríos, y los reyes sumerios vieron pronto cuestionada su autoridad por la llegada de emigrantes de las montañas que crearon ciudades propias. Como consecuencia de ello, entre el 3000 y el 2300 a. de C., la guerra fue el elemento dominante en la vida sumeria, acabando por suplantarse a los sacerdotes-reyes por jefes guerreros, y la especialización bélica, el acelerado desarrollo de la metalurgia y las armas y, probablemente, la

intensificación del combate, llegaron hasta un extremo en el que podemos comenzar a hablar de «batalla».

Por supuesto que se trataba de suposiciones extraídas de fragmentos de evidencia, la presencia de murallas en ciudades, el descubrimiento de armas metálicas y cascos, la frecuencia de la inscripción «batalla» en las tablillas de barro, el registro de la venta de esclavos que tal vez fuesen cautivos, la progresiva sustitución del prefijo *en* [sacerdote] por el de *lugal* [gran hombre] en los títulos de los gobernantes, etcétera^[176]. De particular importancia es la evidencia sobre la infiltración por el norte de pueblos semitas, los acadios, primeros en fundar ciudades propias en la llanura; las cuales, finalmente, tras varios siglos de conflicto con las sumerias, dieron el primer emperador de la historia: Sargón de Acad.

Se ha sugerido que Sumer aporta también la primera prueba de haber llevado a cabo campañas a largas distancias, según la leyenda de Gilgamesh, rey de la ciudad de Uruk hacia el 2700 a. de C., quien, al parecer, emprendió una expedición militar para obtener madera de cedro de las montañas: «Cortaré el cedro. Haré que mi nombre sea eternamente recordado. Órdenes [...] daré a los armeros», y logró matar al rey del país en que crecían los cedros^[177]. Pero resulta difícil comprender cómo transportaría grandes cantidades de cedro desde tan lejos, por lo que el relato no es prueba definitiva de que en aquella época se hiciera la guerra o el comercio a larga distancia. No obstante, sí parece que las murallas de Uruk datan de la época de Gilgamesh, y son una construcción de perímetro superior a ocho kilómetros, lo que da testimonio de su poder para organizar la mano de obra; a la par que, ya en los doscientos años siguientes, sí que comienzan a acumularse pruebas de que hicieran la guerra^[178]. Existe la llamada estela de los buitres, en la que aparece Eannatum II, rey de Lagash, derrotando al pueblo de Elam, primeros pobladores de lo que sería el poderoso imperio persa; sus soldados llevaban cascos metálicos y avanzan en formación de seis en fondo^[179]. El estandarte de Ur, del mismo periodo, muestra soldados equipados militarmente —con capas y faldillas con orla que parecen reforzadas con piezas metálicas, y que algunos especialistas consideran prototipo de armaduras; aunque no resultarían muy eficaces—, y dirigidos por otros que conducen carros de cuatro ruedas tirados por cuatro caballos. Las excavaciones en los «pozos mortuorios» de Ur han puesto al descubierto restos de cascos metálicos que, al parecer, se llevaban sobre gorros de cuero^[180].

Los cascos eran de cobre, primer metal no precioso que aprendió a trabajar el hombre, dado que se encuentra en estado natural en menas grandes y de gran pureza; aunque no es de gran utilidad bélica, ya que las láminas de las armaduras se perforan fácilmente y, si con él se fabrican armas, su filo es poco duradero^[181]. Sin embargo, existe un cobre natural en una ganga mezclada con estaño; y el hombre descubrió, durante el cuarto milenio, que los metales podían fundirse, y aprendió la técnica de combinar el cobre con algo de estaño para producir bronce, práctica que ya estaba generalizada a finales del tercer milenio. En Mesopotamia fue donde los herreros

fueron desarrollando los métodos metalúrgicos aún en uso hoy día; entre ellos, la reducción de la mena, la fundición, la aleación y la soldadura^[182]. Uno de los primeros resultados de la aleación y la fundición fue la hoja de hacha con ojo, hecha de bronce y con un mango de madera perfectamente encajado, lo que procuraba un arma cortante duradera de gran poder de penetración manejada por un guerrero fuerte y decidido. El periodo Calcolítico, durante el que coexistieron el cobre (*kalkos* en griego) y la piedra (*lithos*), fue rápidamente reemplazado por la Edad de Bronce, pues el hombre asume la regla universal de que una tecnología superior desplaza a las demás en cuanto se dominan las necesarias técnicas y se dispone de los materiales. En este caso, uno de los materiales necesarios —el estaño— era escaso y se hallaba en determinados lugares; en Mesopotamia se da únicamente en una mena impura llamada casiterita, un mineral de aluvión; pero, al parecer, pronto llegó mena pura procedente de las riberas del mar Caspio, y quizá del centro de Europa. En la época en que Sargón de Acad (una ciudad así llamada por sus antepasados semitas, aún no descubierta por los arqueólogos) se había convertido en dueño de Mesopotamia, hacia el 2340 a. de C., el bronce era ya el arma de los conquistadores. Sargón era un hombre de bronce.

Por la lista de los reyes sumerios, la principal fuente para conocer su historia, se ha interpretado que reinó del 2340 al 2284 a. de C.; pero también se dice que reinó cincuenta y seis años. Lo que parece indudable es que sostuvo una serie de guerras contra las ciudades vecinas y contra pueblos vecinos —se menciona un total de treinta y cuatro guerras—, y que finalmente logró fijar las fronteras de su imperio aproximadamente sobre los confines del Irak actual. En el undécimo año de su reinado llevó a cabo una campaña militar hasta Siria, el Líbano y el sur de Turquía, en la que quizá alcanzase el Mediterráneo; una inscripción da a entender que disponía de un ejército de cinco mil cuatrocientos soldados, ejército que no estaría ocioso sofocando las revueltas entre los sumerios que no acataron el gobierno del intruso semita. Sargón se denominaba «El que viaja por las cuatro tierras», es decir, el universo. Desde luego, parece ser que vivió constantemente en un primer plano de protagonismo.

El nieto de Sargón, Naram-Sin (2260-2223 a. de C.), se autodenominaba «Rey de los cuatro cantones», título imperial donde los haya, y se sabe que efectuó una campaña en la cordillera del Zagros, las montañas que separan Mesopotamia del norte de Persia. Durante su reinado, y a pesar de la necesidad de defender las fronteras del imperio, este era ya una realidad. Una realidad preponderante en el desarrollo de la civilización de Oriente Medio, pues su riqueza constituía un imán para los depredadores que habitaban allende sus fronteras; entre los cuales, no obstante, arraigaron ciertos factores de la civilización mesopotámica, como consecuencia de la guerra y del comercio a partes iguales. El resultado fue que «hacia el 2000 a. de C., [...] Mesopotamia se hallaba circundada por una serie de civilizaciones satélites o pueblos en fase precivilizada», que, conforme adquirieron

los medios militares, fueron formando oleadas de invasores —gutis, hurritas y casitas—, que conquistaron parte de la gran llanura durante los mil años siguientes. Ya antes de descender del altiplano, estos pueblos se hallaban en plena fase de transición hacia una nueva vida económica, perfeccionando las técnicas de pastoreo y comenzando a comerciar con ganado —asnos, bueyes y caballos—, y adquiriendo con ello nobleza militar; y desarrollaban técnicas de agricultura en secano que les procuraban unos excedentes con que afianzar los rudimentos de la vida civilizada^[183].

Ciertos utensilios, atributos y técnicas militares eran patrimonio común de los que vivían en el imperio y en sus fronteras. Ya habían abandonado las armas de piedra por las de bronce, y comenzaban a adquirir armaduras metálicas, haciendo cada vez mayor uso del arco y, si no es errónea la interpretación de la estela de piedra de Naram-Sin, habían desarrollado el poderoso arco compuesto a mediados del segundo milenio a. de C. Asimismo, dominaban la arquitectura de fortificación y habían aprendido ciertos métodos de la guerra de asedio, como el de abrir brechas y el de escalar murallas. Y, al menos dentro de Mesopotamia, habían aceptado la regla de que el gobernante mantuviese a costa de sus ingresos a cuerpos de hombres armados dispuestos para la guerra; ingresos que también debieron de servir para la manufactura de armas corrientes. Dadas las distancias recorridas en las campañas, habrían aprendido una logística rudimentaria, al menos para proveer de alimentos a hombres y animales durante las jornadas de campaña en territorio enemigo. Y, sobre todo, habrían aprendido a mejorar la clase de los caballos domesticados —la doma se había iniciado en la estepa durante el cuarto milenio—, gracias al cuidado y la cría selectiva^[184]. Estos caballos, utilizados para tirar de un carro de guerra muy perfeccionado, dos de cuyas cuatro ruedas se habían eliminado, revolucionarían el arte de la guerra, primordialmente al poner en peligro a las ricas, sedentarias y estables civilizaciones del valle, frente a los depredadores que poblaban las tierras que criaban caballos allende sus fronteras. Al final del segundo milenio a. de C., estos aurigas incursos cambiarían el curso de la civilización en Mesopotamia, Egipto, el valle del Indo y doquiera que esta hubiese echado raíces.

SEGUNDO INTERLUDIO FORTIFICACIÓN

*L*os conductores de carros fueron los primeros agresores de la historia. La agresión, si no siempre provoca igual reacción, sí que estimula la defensa. Por ello, antes de analizar cómo los intrusos en carros de guerra y los pueblos nómadas ecuestres que los sucedieron alteraron un mundo en el que el arte civilizado de la paz había comenzado a florecer, hemos de ocuparnos de los medios con que los habitantes sedentarios de las tierras ricas trataron de preservar de la devastación todo lo que le habían ganado a la naturaleza.

Los restos de Jericó evidencian que los primeros agricultores supieron hallar los medios para proteger sus moradas contra los enemigos, aunque no sabemos con certeza quiénes eran esos enemigos. ¿Eran incursores que pretendían robar excedentes almacenados, tal vez de un modo periódico y parasitario, futuros agricultores que querían los campos y recursos hidráulicos de Jericó para ellos mismos, o simples vándalos que amenazaban con saquear y destruir? Lo primero es lo más verosímil; las gentes del desierto rara vez pretenden, y menos aún saben, convertirse en agricultores; y, aunque abunda en la historia el puro vandalismo, lo más habitual es que los incursores sean conscientes de que el parasitismo es mejor que la violación y el pillaje. Si ese fue el caso de Jericó, lo más indicado sería considerar sus murallas y su torre, no como un simple refugio —la primera de las tres formas que puede adoptar la fortificación—, sino como la segunda modalidad, la de fortaleza.

Una fortaleza es un lugar que, además de refugio frente a un ataque, sirve para defenderse de él, un centro en el que los defensores están a salvo de la sorpresa de un enemigo más numeroso y una base a partir de la cual pueden efectuar salidas para contener a los depredadores e imponer el control militar sobre el área en que se concentran sus intereses. Entre la fortaleza y sus aledaños existe una simbiosis, mientras que un refugio es un lugar seguro a corto plazo, eficaz solo frente a un enemigo que carece de los medios para permanecer en las inmediaciones o que aplica una burda estrategia de incursión contra objetivos vulnerables: las *villes perchées* medievales del sudeste francés, construidas en lo alto de precipicios en las laderas de los montes de Provenza, como refugio contra las incursiones de los árabes, son ejemplo de ello^[185]. Una fortaleza, por el contrario, debe disponer de un área productiva suficiente para mantener una guarnición en época normal, pero lo bastante espaciosa y segura como para albergar, abastecer y proteger a esa guarnición en caso de ataque. Por ello, los constructores de fortalezas siempre han debido atenerse al

justo término medio entre la falaz economía de levantar unas defensas poco costosas y la fantasía de hacerlas demasiado caras e imposibles de terminar o, en caso de terminarlas, de que resulten demasiado extensas para poder defenderlas con la tropa disponible. Los reinos cruzados, en particular en sus años de decadencia, se enfrentaron constantemente a la contradicción de fortificar desafortadamente las escasas guarniciones que podían emplazar.

Las fortalezas se distinguen también de los refugios por características intrínsecas. Basta con que un refugio sea lo bastante fuerte como para disuadir al atacante de que monte un asalto; los «guerreros primitivos», como los marings en sus aldeas con empalizada o los maoríes en sus *pa* en lo alto de una cima, estaban a salvo de «persecución» o «incursión», pues sus enemigos carecían de máquinas de asedio y no tenían medios para mantener mucho tiempo el sitio lejos de sus hogares^[186]. Mientras que las fortalezas, sobre todo las construcciones de las sociedades más avanzadas y, por consiguiente, más ricas, tienen que servir para resistir el asedio de enemigos que llegan provistos de víveres o disponen de una línea de comunicaciones por la que pueden aprovisionarse, y que además poseen máquinas. En el recinto de una fortaleza ha de haber un depósito de agua —y con mayor razón si debe servir de refugio al ganado—, así como almacenes y viviendas^[187]. Y, antes que nada, debe contar con medios para que la guarnición pueda llevar a cabo una defensa activa: plataformas desde las que sea posible cubrir un campo de tiro y resistentes puertas a través de las cuales puedan realizarse contraataques en momentos oportunos.

Hasta la llegada de la pólvora, los asaltos a fortalezas se efectuaban desde cerca. Es decir, literalmente, por la simple modalidad de la escalada, mediante la cual los asediadores intentaban salvar las murallas con escalas; pero también por medio de lo que los ingenieros de asedio denominaron más tarde «asedio deliberado»: minado de las murallas, baterías de arietes o de lanzaproyectiles, y contrafortificaciones con torres de asalto. Digamos de entrada que el lanzamiento de proyectiles rara vez merecía la pena, ya que un muro resistente amortigua fácilmente el impacto del proyectil que descarga sobre él la energía de máquinas que dependen de contrapesos o muelles de torsión. Además, por su naturaleza, este tipo de máquinas lanza el proyectil con un ángulo de impacto ineficaz; la superioridad del proyectil lanzado con pólvora respecto a todos sus predecesores radicaba precisamente en ello, pues le imprimía una trayectoria plana y permitía dirigirlo hacia el punto en el que existen posibilidades de derrumbe de la muralla: los cimientos.

Por lo tanto, los arquitectos de fortalezas procuraban siempre que los atacantes no pudieran tener acceso a los cimientos, dotando a los defensores de las mejores posiciones de disparo. Uno de los elementos más fascinantes de Jericó es que sus constructores, en el alba de la técnica de la fortificación, debieron de darse cuenta de los peligros que los acechaban y se dotaron de los medios para prevenirlos en todos los casos. Con el foso seco, privaban a los atacantes de un plano de acceso a los cimientos, a la par que constituían un buen campo de tiro (en un lugar con terreno

impermeable, menos evaporación y más agua, habría sido un foso lleno). Las murallas, tres veces más altas que un hombre, obligaban a cualquier enemigo a llevar escalas, un dispositivo muy inseguro desde el que lanzar un asalto, y es muy probable que estuviesen dotadas también de adarves; finalmente, la torre que las dominaba confería a los defensores una ventaja más por su mayor altura.

A estas tres características defensivas —murallas, foso y torre—, los ingenieros de fortificaciones añadirían poca cosa en los ocho mil años que median entre la construcción de Jericó y el uso de la pólvora. Estaban sentados los principios, y todas las mejoras posteriores no fueron más que perfeccionamientos del criterio de quienes construyeron Jericó. Se disponían murallas exteriores circundando las interiores; obstáculos en el borde del foso (como debieron de existir en Jericó, aunque las pruebas quizá han desaparecido), y se añadían fuertes reductos internos —blocaos o ciudadelas— en la cara interna de las murallas para el fuego de flanco, y defensas avanzadas en puntos cruciales —fortalezas en miniatura— erigidas como protección de las puertas o para privar al atacante de posiciones de ventaja. Sin embargo, en general, puede decirse que los sucesivos ingenieros de fortificaciones no hicieron grandes progresos respecto a los de Jericó, de igual modo que tampoco los harían los impresores posteriores a los de la Biblia de Gutenberg.

Las fortalezas son consecuencia de la soberanía modesta o escindida, y proliferan cuando no se ha consolidado una autoridad central, o esta se halla en fase de afianzamiento o se ha fraccionado. Así, las fortificaciones griegas de las costas de la Turquía actual y de Sicilia se construyeron para defender los pequeños asentamientos comerciales en los primeros años de colonización; la erección de castillos efectuada por los normandos en Inglaterra —entre 1066 y 1154 edificaron novecientos castillos de distinto tamaño, desde los que requerían unos miles de hombres por día de trabajo hasta aquellos en que se tuvieron que emplear veinticuatro mil por día para su construcción— se llevó a cabo expresamente para asegurar el dominio de estos sobre los anglosajones^[188]; los fuertes romanos de la «orilla sajona», como los de Reculver y Pevensey, se construyeron para impedir la entrada a los estuarios del sudeste de Inglaterra de los piratas teutones envalentonados por la decadencia del imperio romano en el siglo v^[189]. No obstante, hay que considerar con mayor rigor los fuertes de la orilla sajona, más que como fortalezas aisladas, como elementos de la tercera modalidad de las fortificaciones: las defensas estratégicas. Estas pueden ser continuas, como lo era el muro de Adriano cuando se mantenía reparado; o, lo que es más frecuente, estar conformadas por fortalezas aisladas dispuestas de manera que puedan prestarse ayuda y obstaculizar el ataque masivo del enemigo en un amplio frente; por su naturaleza, las defensas estratégicas son la modalidad más costosa de fortificación, por su construcción, mantenimiento y guarnición, y su existencia denota la riqueza y el desarrollo político de quienes las construyen.

Las ciudades fortificadas mesopotámicas, una vez que Sargón las sometió a control central, pueden considerarse una red estratégica, aunque esta condición la

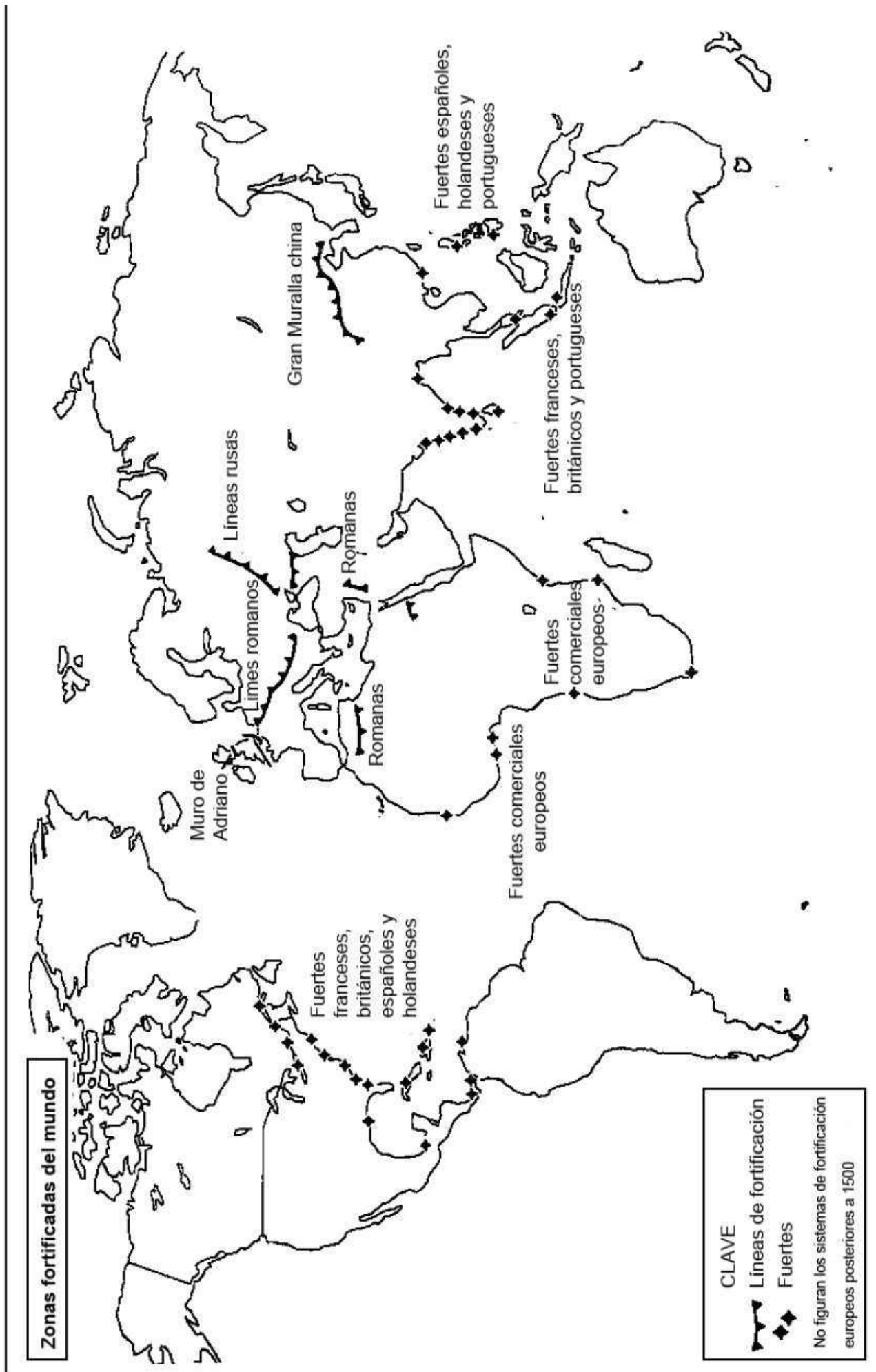
alcanzaron por ampliación y sin proyecto previo. El primer sistema estratégico concebido como tal sería el de los fuertes nubios construidos por los faraones de la XII dinastía a partir del 1991 a. de C., y que llegó a cubrir cuatrocientos kilómetros a lo largo del Nilo, entre la primera y la cuarta catarata; su propósito era dominar el río y el desierto sobre sus distancias que permitían la comunicación, tal vez mediante señales de humo. También en este caso, las excavaciones arqueológicas demuestran un concepto de fortificación al que los posteriores constructores de defensas estratégicas poco han añadido. Los primeros fuertes, situados en la región de la primera catarata donde el valle es de anchura suficiente para albergar una población agrícola, fueron pensados para defenderlo y dominar la corriente fluvial; mientras que los últimos fuertes, situados sobre la línea de avance egipcio en territorio bárbaro de Nubia, ya en el valle mucho más estrecho del alto Nilo, desempeñaban una función militar más estricta. Los restos documentales nos revelan que estos fueron construidos para marcar una frontera militar. Senusret III mandó erigir una estatua suya en la que figura esta inscripción: «He dispuesto mi frontera, después de viajar hasta el sur más que mis padres. He aumentado lo que me legaron. En cuanto a cualquier hijo mío que mantenga esta frontera [...] es hijo mío nacido de mi majestad [...] Pero quienquiera que la abandone y no luche por ella, no es hijo mío». Esta inscripción se descubrió en el fuerte de Semna y data del 1820 a. de C.; la estatua se ha perdido, pero en el mismo fuerte se ha hallado una estatua de culto a Senusret III que data de 1479-1426 a. de C., prueba de que su admonición a conservar lo que había conquistado se tomó en serio^[190].

La política respecto a la frontera egipcia en Nubia sirvió de modelo a posteriores imperialismos en todo el mundo. En Semna existen tres fuertes situados de tal manera que dominan el río en sus dos orillas, hay túneles excavados para poder extraer agua de él y una muralla de adobe que sirve de defensa durante varios kilómetros a la carretera que se interna tierra adentro en dirección sur. Todos los fuertes disponen de enormes silos, dos de ellos suficientes para abastecer anualmente a una tropa de varios centenares de hombres, y es muy posible que fuesen reaprovisionados desde la retaguardia a partir de Askut, una isla fortificada construida al parecer para servir de granero. Otra inscripción da cuenta de que los deberes de la guarnición eran «impedir el paso de los nubios [...] en dirección norte, a pie o en barco, así como de cualquier ganado nubio. Una excepción es un nubio que vaya a Iken a hacer trueque o uno con un mensaje oficial». En avanzadilla de los fuertes, los egipcios mantenían una patrulla reclutada entre habitantes nubios del desierto llamados medjai. (Entre los «Despachos de Semna», escritos en un papiro hallado en Tebas, figura un característico informe de la patrulla del desierto: «La patrulla que salió a vigilar la linde del desierto [...] ha regresado y me informó de lo siguiente: “Hemos seguido el rastro de treinta y dos hombres y dos asnos”»). Los oficiales ingleses que sirvieron en la frontera noroeste de la India comprenderían sin reserva esta costumbre egipcia, pues los ingleses mantenían también una zona de administración en la población, que

era protegida por grandes guarniciones; una zona avanzada, en la que solo existían fuertes militares; frente a una zona «tribal» en la que únicamente estaban defendidas las carreteras y la vigilancia del contorno estaba encomendada a la milicia tribal —fusileros de Jáiber, exploradores de Tochi—, reclutada entre los pueblos contra quienes, en principio, se había levantado tan compleja estructura defensiva. No es de extrañar que los objetivos de Jericó y de los fuertes de la segunda catarata se perpetuaran y repitieran en el tiempo y en el espacio, ni sorprende que estas defensas surgieran en época tan temprana. Dado que el hombre se las ingenia para integrar los pocos elementos arquitectónicos y urbanísticos en un sistema de protección, la consecuencia casi inevitable es que surjan construcciones como las de Jericó y Semna. Del mismo modo, aunque de orden psicológico más que material, la costumbre de integrar en la caza a los cazadores furtivos —medjai, fusileros de Jáiber— es una consecuencia casi inmediata de reconocer que el control básico de una frontera entre la civilización y la barbarie se ejerce mejor sobornando a los que viven al otro lado. Sin embargo, sería erróneo suponer que los principios que subyacen a las construcciones de Jericó o de Semna se difundieron rápida y ampliamente. Los habitantes de Jericó eran ricos en su época y los faraones de la XII dinastía aún más ricos, pero el resto de la humanidad siguió siendo pobre y viviendo dispersa hasta bien entrado el segundo milenio a. de C. Solo en el primer milenio comienzan a construirse asentamientos fortificados sobre vastas áreas. Los arqueólogos han constatado la aparición de asentamientos griegos fortificados en la antigua Esmirna, con una muralla defensiva provista de bastiones de piedra sillar, en el siglo IX a. de C., y poblados amurallados en lugares tan distantes como Zaragoza (España) y Biskupin (Polonia) en el siglo VI^[191]. Los enclaves en cimas —«fuertes de la Edad de Hierro»— tan comunes en Inglaterra, donde se han descubierto más de dos mil, aparecen ya en el sudeste europeo en el tercer milenio, pero solo se difundieron en el primero^[192]. Los historiadores siguen sin ponerse de acuerdo ni respecto a su función —¿eran ciudades rudimentarias o refugios?—, ni respecto a las condiciones políticas que impusieron su edificación. Lo más probable es que, igual que el *pa* maorí, fuese el resultado de una sociedad tribalizada en la que los grupos vecinos trataban de defender sus bienes muebles de la rapiña; pero no existe certeza. Lo único que se sabe es que las fortificaciones se extendieron desde el sudeste hacia el noroeste de Europa durante el primer milenio, secundadas por el establecimiento de puertos con defensas en las costas del Mediterráneo y el mar Negro, y que los griegos y los fenicios viajaban fuera de su país para establecer colonias comerciales; y es innegable que al comercio lo seguían las fortificaciones. Efectivamente, Stuart Piggott, el mayor especialista en prehistoria urbana, sugiere la existencia de una ruta comercial doble entre los puertos fortificados de la costa mediterránea y los fuertes en cerros de Francia y Alemania, por la que discurrían el vino, la seda, el marfil (y hasta monos y pavos reales; un mono de Berbería llegó a mano de un rey del Úlster en época prehistórica) hacia la parte norte; y el ámbar, las pieles, el cuero, la carne salada y los

esclavos hacia el sur^[193].

A finales del primer milenio, las fortificaciones cubrían la superficie de las tierras cálidas. En China, cuyas primeras ciudades carecían de murallas y se trata de un país en el que en sus llanuras de *loess* sin árboles escasean las materias primas, aparecen ciudades con murallas de tierra apisonada (*pisé*) durante la dinastía Chang (c. 1500-1000 a. C.), que fue la primera en ejercer una autoridad centralizada; resulta curioso que el ideograma Chang que representa una ciudad, *yi*, incluya los trazos simbólicos de un cerco y un hombre arrodillado en señal de sumisión, lo que sugeriría que, como solía suceder en otras partes, el fuerte en China era una institución a la vez de control social y de defensa^[194]. En la Grecia histórica, tras la época oscura provocada por el colapso de la civilización minoica, las nuevas ciudades-estado se dotaron de murallas; al igual que las italianas de la misma época, Roma incluida. Cuando Alejandro Magno inició su marcha en el siglo IV a. de C., conquistando Persia y llegando a la India, los estrategas esperaban encontrar el camino de sus campañas bloqueado por fortalezas.



Pero el principio general venía a postular que una diversidad de fortalezas era signo de debilidad o de ausencia de una autoridad central. Alejandro llevó a cabo no menos de veinte asedios entre el 335 y el 325, pero ninguno de ellos en tierras del imperio persa, que, como correspondía a un gran estado, tenía el interior defendido por la periferia. Las batallas de Alejandro contra el ejército persa —Gránico, Issos y Gaugamela— las libró en campo abierto; y solo después de someter Persia e internarse en las levantiscas tierras que había entre este país y la India tendría que recurrir al arte del asedio que había practicado al irrumpir en el imperio en 334-332. Los romanos fueron de asedio en asedio para construir su imperio, desde Agrigento —uno de los primeros puertos fortificados de Sicilia— durante la primera guerra púnica, en el 262 a. de C.; hasta Alesia, el gigantesco fuerte celta en un cerro, en el que César derrotó a Vercingetórix, en el 52 a. de C. Y ellos mismos, en su avance desde los Alpes hasta Escocia y el Rin, sembraron el terreno de fuertes legionarios rectangulares, en cuyo levantamiento entrenaban a los soldados al final de la marcha diaria en territorio hostil. Este prototipo de defensa —con sus cuatro puertas y una plaza central para ceremonias que se parecía curiosamente a la clásica ciudad china— sirvió de modelo para las principales ciudades levantadas en los países conquistados. Londres, Colonia y Viena asientan su centro actual sobre los restos del castro legionario cuadrado.

Sin embargo, dentro del imperio romano pacificado, los conquistadores no fortificaban: «la mayoría de las ciudades de la Galia se desarrollaron como poblaciones abiertas y sin defensas»^[195]. Ese era el significado de la *pax romana*: ciudades abiertas, carreteras seguras y ausencia de fronteras internas en la gran extensión de Europa occidental; paz que, por supuesto, en el resto se aseguraba con fortificaciones, aunque esto siga siendo en sus detalles un contencioso de la historia escrita. La evidencia material de fortificaciones en las fronteras nadie puede negarla; es particularmente visible en los tramos centrales del muro de Adriano, y existen restos del muro de Antonino, con el que los romanos marcaron un avance aún más profundo hacia el norte de Inglaterra; igual que hay ruinas de tramos del *limes* a lo largo del Rin y del Danubio, del *fossatum Africae* en los límites del desierto en Marruecos, Argelia, Túnez y Libia; y del *limes Syriae* que iba desde el golfo de Áqaba y el norte del mar Rojo hasta la cabecera del Éufrates y el Tigris. ¿Eran «fronteras científicas», como piensan algunos historiadores modernos, o simples mojones del dominio real de Roma erigidos por sus ejércitos para hacer valer sus derechos frente a las fuerzas del desorden, ya fuesen locales u otras que pudieran representar peligro estratégico, con que se tropezaban en los confines económicos reales del mundo mediterráneo? Edward Luttwak, en su obra *The Grand Strategy of the Roman Empire*, ha logrado difundir la idea de que los romanos, igual que los ingleses en la India, concibieron un claro esquema de lo que podía y no podía defenderse; aunque variarían en la práctica el método de defensa —primero un fuerte ejército centralizado, luego una fuerte defensa local, y finalmente una mezcla

mediocre de ambas cosas—, a tenor de los acontecimientos^[196]. Sus críticos dudan de que sea una tesis sostenible, en particular en lo que respecta a las fronteras orientales. Benjamin Isaac opina que Roma sostuvo una política agresiva contra Persia y los partos durante mucho tiempo, y que las fortificaciones orientales deben considerarse líneas de comunicación defendidas para ejércitos expedicionarios; C. R. Whittaker sostiene que existían disturbios locales en muchas fronteras, y que el principal propósito de las defensas romanas, igual que las de los egipcios en Nubia o las de los franceses en Argelia durante la guerra de 1954-1962 (línea Morice), era mantener a los malhechores a distancia de los pacíficos colonos^[197].

De lo que no cabe duda es de que el desarrollo de la autoridad central estuvo marcado en casi todas las épocas y lugares por la construcción de defensas estratégicas, desde las más simples como la muralla de Offa entre la Inglaterra anglosajona y el Gales celta —aunque en su época debió de ser empresa digna de respeto, que consumió decenas de miles de jornadas de hombres cavando—, hasta la Gran Muralla china, con detalles aún por desentrañar. Cuesta más definir la función exacta de esas defensas, dado que su gran diversidad se resiste a la generalización. Por ejemplo, qué duda cabe de que la frontera militar de los Habsburgo en tierras otomanas —la *krajina*— tenía por objeto mantener a raya a los turcos; pero su construcción fue más un tributo al poderío turco que al austriaco, aunque los Habsburgo fuesen la dinastía más antigua. Por el contrario, la cadena de fortalezas levantadas a costa de grandes gastos para proteger los puertos ingleses de las costas sur y este en la década de 1860 (en 1867 se habían construido o estaban a punto de concluirse setenta y seis) fue la reacción a una ficticia amenaza francesa, evidencia quizá de una desconfianza neurótica ante los barcos con coraza de hierro, para garantizar la defensa que los ingleses siempre habían esperado que se realizara con cascos de madera^[198]. La cadena de fortalezas que levantó Luis XIV en la frontera oriental fue un dispositivo de agresión pensado para ampliar paso a paso el poder francés en tierras de los Habsburgo; mucho más lo era la *cherta*, una línea de improvisadas fortificaciones dirigida por los zares hacia el este, a partir del siglo XVI, en las tierras salvajes de la estepa para empujar a los nómadas al sur de los Urales y abrir una vía de penetración para colonos en Siberia; pero la *cherta* únicamente podía extenderse con la reticente ayuda de los cosacos, y una de sus funciones, que ellos tardaron en ver, fue el controlar su propio asentamiento impulsado por Moscú^[199].

Esa función —medio defensiva, medio opresiva— explica, según Owen Lattimore, quien con Frederick Jackson Turner fue el mejor historiador especializado en fronteras, el papel de la Gran Muralla china. Turner, en un famoso trabajo de 1893 presentado ante la American Historical Association, sostenía que la idea de frontera móvil, ofreciendo tierras a quienes se aventuraran hacia el oeste, había sido decisiva en la génesis del carácter nacional estadounidense —eufórico, enérgico e inquisitivo—, garantizando la consolidación de Estados Unidos como una democracia. Lattimore, por el contrario, considera que la Gran Muralla es un tipo distinto de

frontera en todos los aspectos. Sí, era móvil y comenzaba en la interconexión de diversas murallas locales levantadas por gobernantes regionales para proteger sus estados embrionarios, fijando finalmente su perímetro a lo largo de la linde entre campos de regadío y tierras de pastoreo —valle fluvial y estepa, en términos generales— en tiempos de la dinastía Tsin en el siglo III a. de C., pero, según afirma Lattimore, ni esta ni ninguna otra dinastía posterior supo mantener el correcto trazado. A veces discurría hacia el norte para encerrar la gran meseta que forma la curva del río Amarillo; y en ocasiones se abandonaba, mientras se efectuaban numerosas y vastas correcciones del extremo occidental en las proximidades de la meseta del Tíbet; finalmente, sus brazos y ramales totalizaron una longitud de unos seis mil cuatrocientos kilómetros^[200]. Lattimore afirma que todos esos giros y quiebros son prueba de un objetivo quimérico más que de decadencia y debilitamiento del poder dinástico; los sucesivos emperadores buscaban evidentemente una frontera «científica» sobre la línea de demarcación de las tierras idóneas para la agricultura y las que había que dejar a los pastores nómadas; pero esa línea era de estabilidad imposible, ya que no solo ambas zonas estaban separadas por un sistema ecológico mixto, sino que la misma zona intermedia cambiaba con arreglo al clima, desecándose y humidificándose, dentro de la enorme masa geográfica de Eurasia. Los intentos de imponer una ecología, colonizando la linde con campesinos chinos, produjeron una *Schlimmbesserung*, un empeoramiento por mejora, pues los colonos, sobre todo los asentados en la gran curva del río Amarillo, tendían a hacerse nómadas cuando se producía la desecación, y así aumentaba el número de pueblos nómadas ecuestres que atacaban constantemente la Gran Muralla; ofensivas que anulaban los esfuerzos realizados por los comandantes de la frontera por sinizar a los seminómadas que habitaban la zona intermedia^[201].

No es sorprendente que, en tales circunstancias, los chinos prescindiesen de las murallas de las ciudades en torno a las cuales habían crecido originariamente los asentamientos de agricultura por regadío; en épocas de afianzamiento dinástico servían de centro a la administración imperial y durante las épocas de disturbios, causados por los ataques nómadas, seguían siendo refugios de la tradición imperial que siempre lograba rehacerse y sinizar a los invasores. Las murallas urbanas eran consideradas, con razón, símbolo de la civilización —bajo la dinastía Ming (1368-1644) fueron completamente reconstruidas—, como lo fuera la Gran Muralla^[202]. No obstante, ambas eran puntales del sistema imperial, cuyo poder residía, en definitiva, en el criterio filosófico chino de cómo debía estar ordenada la sociedad. La implantación de esta creencia perduraba no tanto porque se transmitiese socialmente de arriba abajo —con tendencia a ser propiedad cultural de la clase terrateniente y funcional—, sino porque el número de intrusos que accedieron al poder era relativamente reducido y procedía de comunidades esteparias que, hasta cierto punto sin que estas se dieran cuenta, habían sido sutilmente sinizadas merced al constante contacto en la frontera fortificada con la civilización agredida. En ese sentido, la Gran

Muralla fue un instrumento civilizador, un diafragma a través del cual fluían poderosas ideas hacia afuera para moderar la barbarie de los que no cesaban de llamar a sus puertas.

La civilización clásica de Occidente no tuvo tanta suerte. A diferencia de los chinos, los romanos sufrieron el asalto de una constante y numerosa oleada de bárbaros, muy pocos de los cuales habían sido romanizados merced a un contacto continuo y mediador con la civilización que fuese garantía de la conservación de esta. A partir de mediados del siglo III, en que los incursores bárbaros atacan con mayor frecuencia y profundidad en la Galia, los representantes provinciales del imperio comenzaron a amurallar las ciudades del interior. Sin embargo, aún en el siglo V, solo se habían fortificado cuarenta y ocho ciudades, la mayoría de ellas fronterizas o costeras; en España solo se habían amurallado doce; y en Italia, al sur del valle del Po, únicamente Roma conservaba sus defensas^[203]. Las orillas del mar del Norte, del canal de la Mancha y del Atlántico se vieron sembradas de fuertes, y los *limes* a lo largo del Rin y del Danubio fueron reforzados. Pero una vez rebasadas esas defensas fronterizas, el imperio occidental estaba maduro para la conquista. Los reinados bárbaros que sucedieron al imperio romano no habrían necesitado al principio fortificar, aunque hubieran sabido hacerlo; pero las sucesivas irrupciones de intrusos sin romanizar —piratas escandinavos, árabes, pueblos de las estepas de Asia central— no encontraron defensas que les impidieran el paso, y muy pocas fortificaciones interiores. No es de extrañar que los ingentes esfuerzos de Carlomagno por refundar un estado paneuropeo fuesen fracasando sucesivamente a tenor de las oleadas de invasores.

Finalmente, Europa occidental volvió a estar fortificada, aunque siguiendo una pauta que, con razón, habría causado alarma en una dinastía china. El misterioso resurgir del comercio entre 1100 y 1300, debido quizá a un no menos curioso aumento de la población europea de unos cuarenta a sesenta millones, hizo revivir a su vez a las ciudades, las cuales, gracias al crecimiento de una economía monetaria, adquirieron fondos para protegerse de los peligros detrás de las murallas. Pisa, por ejemplo, se rodeó en 1155 de un foso excavado en dos meses, y al año siguiente concluyó una muralla continua con torres. Sin embargo, estas nuevas ciudades amuralladas aprovechaban su inmunidad no para afirmar la autoridad real, sino para exigir derechos y libertades; Pisa se amuralló como reacción defensiva contra el emperador Barbarroja^[204]. Mientras tanto, se iba produciendo un proceso que a los emperadores chinos les habría parecido aún más alarmante: los señores feudales cubrían la superficie de Europa de castillos, que al principio eran simples atrincheramientos pero que, a partir del siglo X, se convierten en montículos dominantes y, finalmente, en fortalezas. Algunos de ellos eran de un rey o de vasallos fieles, pero progresivamente la mayoría pertenecerían a la categoría de obras ilegales («adulterinas») de un rebelde o un advenedizo. La justificación era siempre que el peligro de los paganos —vikings, ávaros o magiares— los obligaba a disponer de

una plaza para las cuadras y albergar a sus hombres armados; pero la realidad era que, en una Europa carente de defensas estratégicas y de autoridad central, se aprovechaban de las circunstancias para erigirse en señores feudales.

Un encastillamiento de tal envergadura —la región francesa de Poitou, en la que había tres castillos antes de que se iniciaran las incursiones normandas, contaba en el siglo XI con treinta y nueve; en Maine no existía ninguno antes del siglo X y en 1100 había ya sesenta y dos, y esta pauta se repite por doquier— acabó por anular la ventaja que confería a los señores de hacerse con el poder^[205], pues como todos ellos mantenían sus huestes, la consecuencia no fue una jefatura suprema, y menos aún una ayuda a la autoridad central frente a los intrusos, sino la guerra local endémica. Los reyes concedían permiso para levantar castillos y, por mano de sus grandes vasallos, derrocaban a los «adulterinos» siempre que podían. No obstante, la construcción de un castillo era rápida —cien hombres podían levantar un fortín en diez días—, y, una vez construido, era mucho más difícil de reducir si el castellano se hacía fuerte^[206]. La resistencia de los castillos excedía con mucho a la capacidad de asedio, un factor inalterable hasta la aparición de la pólvora que era ley desde la época de Jericó.

Los historiadores de la Antigüedad sucumben a la fascinación de las representaciones de asedios y máquinas de sitio descubiertas en excavaciones de Mesopotamia y en Egipto: arietes, escalas, torres móviles, perforadores de cimientos. Los documentos sobre las guerras de asedio griegas hablan de la aparición de la catapulta, primera lanzadera de proyectiles, en el 398-397 a. de C.;^[207] la primera representación de un ariete —no muy fuerte, aunque al parecer protegido por un tejadillo— procede de Egipto y data de 1900 a. de C.; y la escala para murallas aparece representada unos quinientos años antes. Un ariete mucho más imponente, montado en un caparazón con ruedas, figura en el relieve de un palacio mesopotámico hacia 883-859 a. de C., junto con la escena de unos ingenieros minando una muralla; otro relieve mesopotámico muestra una torre móvil de 745-727 a. de C., época en la cual ya se recurría a la construcción de rampas para salvar los fosos y alcanzar lo alto de las murallas; por esa época además parece que se empleaban grandes escudos de asedio para proteger a los arqueros que disparaban contra los defensores de un parapeto. Existen también alusiones al empleo de fuego para atacar las puertas y, posiblemente, el interior de las fortificaciones, a la par que se cortaba el abastecimiento de agua; y, naturalmente, la rendición por hambre se había convertido en el recurso de asedio por antonomasia^[208].

Por consiguiente, todas las estrategias de asedio a disposición del mando antes de inventarse la pólvora existían ya entre 2400 y 397 a. de C., y apenas ninguna, salvo la rendición por hambre, resultaba eficaz para reducir una plaza fortificada. Lo mejor y más rápido que podía esperar el sitiador, en opinión del famoso estratega Polibio, era aprovechar el descuido de los defensores o rendirlos por sorpresa. La traición era otro recurso; en 1098, por ejemplo, se valieron de ella los cruzados para rendir Antioquía y otras muchas fortalezas^[209]. Pero con excepción de estos dos métodos, los atacantes

podían pasarse meses al pie de las murallas si no encontraban un punto débil o no sabían crearlo. Château-Gaillard fue tomado en 1204 a través del túnel no vigilado de una letrina; Rochester, asediado por el rey Juan en 1215, perdió la esquina sur de la fortificación por efecto del minado y la quema del maderamen de la entibación de los túneles —que requirió el consumo del tocino de cuarenta días—, y finalmente cayó porque la guarnición había agotado los víveres tras cincuenta días de duro asedio. En aquella época, y durante mucho tiempo, fue el mayor asedio llevado a cabo en Inglaterra^[210].

La toma de Jerusalén por los cruzados en 1099 con una torre de asedio fue un acontecimiento excepcional, imputable en parte a la debilidad de la guarnición y en parte a la inspiración religiosa de los atacantes. En términos generales, la ventaja en la guerra de asedio antes de la pólvora estaba de parte del asediado, a condición de que adoptase la precaución de almacenar víveres, y en tal cantidad que en el Occidente medieval era una convención bélica que los contendientes establecieran un límite, al expirar el cual, si el asedio no había sido levantado por una tropa de ayuda, los asediados tenían derecho a abandonar la plaza sin represalias^[211]. Como los atacantes también llegaban a agotar sus víveres o, lo que era más probable, a sucumbir a epidemias en sus insalubres campamentos, tal acuerdo era una opción razonable.

Por consiguiente, hay que tratar con extrema reserva todas esas representaciones de la guerra de asedio con máquinas, aunque sean testimonio de su importancia en el «arte de la guerra» antes del advenimiento de la pólvora. La guerra en el arte induce siempre al artista a representar lo potente y lo espectacular más que las realidades concretas. Según esta perspectiva, las pinturas y relieves egipcios y asirios de triunfos de sus reyes a los pies de murallas de ciudades no son muy fiables como testimonio auténtico de los episodios vividos; del mismo modo que los heroicos retratos de Napoleón de David y Gros no pueden considerarse documentos sobre su actitud en el campo de batalla: una estrecha franja separa al arte de temática bélica de lo grotesco, y probablemente esto ha sido así desde que el primer pintor cortesano recibió el encargo de retratar al primer rey conquistador. Las fortificaciones, y todos los métodos para derribarlas, constituyen un atractivo tema para los artistas bélicos, cuya falsa interpretación de lo que realmente sucedió entre atacantes y defensores ha contribuido sin duda a distorsionar nuestro conocimiento del arte de la guerra antes de la era de la pólvora.

Podemos dejar el tema de las fortificaciones con estas ideas en mente: las fortalezas bien defendidas y aprovisionadas fueron difíciles de tomar en todo el periodo histórico anterior a la aparición de la pólvora; estas fortalezas eran muchas veces elementos de desafío a la autoridad central —o, tema digno de estudio, un medio para amedrentar eficazmente a ciudadanos libres o agricultores—, a la par que elementos estratégicos de defensa; unas defensas estratégicas difíciles siempre de adaptar a las fronteras naturales y siempre costosas de construir, mantener,

aprovisionar y guarnecer, que en último extremo dependían, como factor de resistencia, de la voluntad y capacidad del poder para cuya defensa estaban concebidas. «Trabajan en vano quienes construyen» defensas que se espera resistan por sí solas.

III CARNE

*P*ocas fortificaciones resistieron el envite de los guerreros en carro que irrumpieron derrocando tronos y fundando dinastías propias. Hacia el 1700 a. de C., un pueblo semita, conocido como los hicsos, comenzó a infiltrarse en Egipto por el delta del Nilo, y no tardó en establecer su capital en Menfis. Poco después, Mesopotamia, unida ya bajo la dinastía amorrea fundada por Hammurabi hacia el 1700 a. de C., fue invadida por pueblos del norte procedentes de las montañas situadas entre Irán e Irak, quienes, al parecer, hacia el 1525 se habían ya adueñado del antiguo reino. Poco después, los arios de la estepa al este de Irán, montados en carros y hablando un idioma indoeuropeo, penetraron en el valle del Indo y destruyeron completamente aquella civilización. Finalmente, hacia el 1400 a. de C., los fundadores de la dinastía Chang, quizá originarios también de la estepa iraní, llegaban con sus carros al norte de China y establecían el primer estado centralista basado en su superior tecnología militar y en la institución del campamento amurallado.

La adopción del carro de guerra y la imposición del poder de esa clase militar en los centros de la civilización euroasiática en el curso de unos trescientos años es uno de los acontecimientos más extraordinarios de la historia mundial. ¿Cómo se produjo? Fue consecuencia de diversos progresos en la metalurgia, la ebanistería, el curtido y la guarnicionería, así como del empleo de colas, huesos y tendones; pero, sobre todo, de la doma y mejora física del caballo salvaje. Incluso en nuestra época actual, en que la humanidad viaja por doquier mediante el motor de combustión interna, el caballo suscita pasiones y moviliza dinero a gran escala; los hombres más ricos del mundo compiten por exhibir su riqueza haciéndose propietarios de caballos purasangre, las carreras de caballos constituyen el «deporte de los reyes», en el que los millonarios republicanos se complacen en gastar fortunas, y, aun así, pocos reyes o millonarios arriesgan cuanto tienen como hace el común de los mortales que cree saber qué caballo va a ser ganador. En el mundo de las carreras, el más pobre se siente potencialmente igual al más rico, pues, según el dicho popular, «los animales nos vuelven tontos». El caballo, por cuidadísimo que esté o muy purasangre que sea, puede responder a las expectativas de su dueño con hipocondría o resabios, mientras que un caballo anodino puede ganar la carrera contra toda previsión y hacer que jinete, entrenador y criador se aúpen a la fama de la noche a la mañana, alegrando la vida a millares de humildes apostantes y haciendo que los corredores de apuestas regresen a casa con los bolsillos vacíos. El purasangre moderno es una fuerza que hay que tener en cuenta, y el mejor de ellos puede acabar siendo más famoso que los más

sobresalientes estadistas de su tiempo. Los buenos purasangre adquieren condición real y la gente realiza peregrinaciones solo por verlos correr, y sus descendientes genéticos se registran durante generaciones con todo detalle como si se tratara de resguardar la legitimidad de un Borbón o de un Habsburgo. En cierto sentido, un gran caballo se transforma en rey. No es de extrañar que los reyes fuesen consecuencia de los primeros grandes caballos.

LOS GUERREROS EN CARRO

El primer caballo que el *Homo sapiens* conoció no era gran cosa; de hecho, era tan despreciable que el hombre lo cazaba para comérselo. *Equus*, el antepasado del *Equus caballus* o caballo actual, fue exterminado en América por los amerindios que llegaron al Nuevo Mundo a finales de la última glaciación, mientras que en el Viejo Mundo el regreso de los bosques al final de esa misma glaciación impulsó al *Equus caballus* europeo hacia la estepa sin árboles, donde fue primero cazado y luego domesticado para obtener carne. En los asentamientos de la llamada cultura de Sredny Stog del río Dniéper, por encima del mar Negro, los huesos de caballos al parecer domesticados constituyen la mayoría de los osarios descubiertos en excavaciones en localidades que datan del cuarto milenio a. de C.^[212] El hombre de la Edad de Piedra prefería comerse los caballos a montarlos, porque casi con toda seguridad el animal de aquella época no tenía un lomo lo bastante resistente para aguantar a un ser humano, y los hombres aún no habían inventado un vehículo al que uncir un animal de tiro. En cualquier caso, la relación entre el hombre y las especies equinas es extremadamente compleja, pues, a diferencia del perro, que aunque es un animal de tiro parece asociado fácilmente como tal con la especie humana, y es muy posible que esa relación se remonte a hace unos doce mil años, el caballo requiere que se le separe de la manada y se le dome si se desea que surja una relación «mutua» entre él y su amo.

Además, en la Edad de Piedra no había razones para que el hombre se diera cuenta de que el caballo era potencialmente más útil para él que sus primos equinos —el extendido burro o asno, el hemión de Mongolia y el Turquestán, el kiang de la llanura del Tíbet, el jur de la India occidental o el onagro de Mesopotamia y Turquía—, que, como sabemos, carecen por motivos genéticos de la capacidad para producir, mediante la crianza selectiva, variedades mayores, más fuertes y más rápidas. El primer *Equus caballus* se parecía externamente al *Equus przewalskii* aún existente y al *Equus gmelini*, el tarpán que sobrevivió en la estepa hasta el siglo pasado. Todos ellos, a su vez, se parecían al asno, al hemión y al onagro en pelaje, tamaño y forma. Ahora sabemos por el análisis genético que el *Equus caballus*, con sesenta y cuatro cromosomas, es distinto del *prezewalskii*, que tiene sesenta y seis; del asno, que tiene sesenta y dos; y del hemión, que posee cincuenta y seis; pero para el hombre de la

Edad de Piedra poca diferencia habría entre ellos^[213]. El *caballus* en concreto, con sus patas cortas, su cuello grueso, su prominente panza, su cabeza convexa y sus crines erizadas, poco se diferenciaría del tarpán, que al parecer resistió antes de extinguirse a todo esfuerzo por mejorar su aspecto y cualidades.

No parece que el hombre intentase guiar o montar a caballo ni a los équidos afines sin probar antes con la vaca y quizá con el reno. Los agricultores del cuarto milenio a. de C., descubrieron que castrando al toro domesticado se obtenía el buey, que era un animal sumiso que se dejaba uncir a un arado como los que el propio hombre arrastraba. El unir estos animales de tiro a un trineo, en terrenos desprovistos de árboles como la estepa y las llanuras aluviales, fue un progreso lógico. A ello siguió montar los patines sobre rodillos fijos, y a partir del rodillo debió de surgir fácilmente la rueda que giraba sobre un eje fijo, como ya conocían los alfareros^[214]. Una serie de pictogramas de la ciudad sumeria de Uruk, que datan del cuarto milenio a. de C., muestran la génesis del trineo al patín sobre ruedas en línea muy directa. Una representación famosa del tercer milenio, conocida como el estandarte de Ur, muestra un carro de cuatro ruedas tirado por cuatro onagros, utilizado como vehículo real, con una plataforma para las armas —hacha, espada y lanza— en el campo de batalla. El carro, con sus ruedas de madera de dos piezas, deriva del prototipo de rueda de una pieza y cabe suponer que los sumerios habían comprobado que los onagros eran mejores animales de tiro que los bueyes, por lo rápidos y dinámicos.

No obstante, como sabe quien haya tenido de niño un burrito —y el onagro no es más que un burro algo mayor y de patas más largas—, este encantador animal tiene graves inconvenientes; su tozudez llega a ser más inflexible que la del amo, tiene un umbral de resistencia al dolor muy alto y aguanta los fustazos, la espuela y el bocado de las riendas, puede llevar peso sobre los cuartos traseros y no se le puede montar en la posición delantera de «control», solo anda a dos velocidades —al paso y al trote—, y si la primera es aún más lenta que la marcha humana, la segunda es a matacaballo. Estas características, imposibles de mejorar por cría selectiva, relegan al asno y a los hemiones a trabajos domésticos restringidos y, como bestias de carga, tanto su radio de acción como su potencia son limitados, por lo que como montura son el último recurso.

Por consiguiente, no es de extrañar que a principios del segundo milenio a. de C., el caballo domesticado comenzase a cambiar su papel de animal comestible por el de animal de carga. Incluso los caballos pequeños salvajes varían de tamaño, pues, aunque las yeguas blancas de la Edad de Piedra no alzaban ciento veinte centímetros del suelo en la cruz, los grandes sementales alcanzaban ciento cincuenta^[215]. Los pastores ya habían aprendido los rudimentos del cruce por su experiencia con ovejas, cabras y vacas, y aplicarlos al caballo fue un paso natural. Aunque no hay que pensar que se hubiesen obtenido de inmediato los efectos esperados; los primeros linajes de animales criados por selección tienden a ser de menor tamaño, lo que en el caso del caballo reduciría la posibilidad de montarlo y aún más su potencial atractivo^[216], a lo

que se sumaba por otro lado la desventaja para usarlo como animal de tiro. Al asno, por poco atractivo que sea, se le controla fácilmente con una brida unida a un roncal, y se limita a tirar del arnés mientras lo encuentre cómodo; el manso buey no requiere más que un fustazo para ponerse en marcha y tira fácilmente del carro uncido a él por un yugo bien adaptado. Pero al caballo, más nervioso, solo se le domina poniéndole un bocado de hierro, cuya forma sigue siendo tema de controversia entre los jinetes actuales; sus hombros estrechos aguantan mal un yugo, y un collar le oprime la tráquea. El hombre tardaría en descubrir que el arreo más idóneo para el caballo de tiro es una collera —atribuida a los chinos—, o una collera con horcate. Hasta entonces, sus métodos para dominar con arreos al caballo fueron contradictorios: constriñendo su boca para guiarle también variaba su paso; tirando de la collera y entorpeciéndole la respiración, le hacía aminorar la marcha.

Por consiguiente, el caballo con arreos era un animal inadecuado para el tiro, tanto de los carros pesados como de los arados que se hundían profundamente en la tierra y que comenzaban a aparecer en Europa en el segundo milenio a. de C.; lo que lógicamente significaba que el vehículo al que se le uncía había de ser lo más ligero posible. El resultado fue el carro de guerra. El historiador Stuart Piggott, en una magnífica y convincente referencia a lo que parece ser un elemento psicológico eterno y universal del transporte —que el vehículo rápido y elegante confiera a su dueño prestigio social y sin duda alguna atractivo sexual, además de ventajas materiales y emociones—, ha sugerido que el carro ligero con dos ruedas de radios apareció de pronto casi simultáneamente merced a una «koiné tecnológica» en todas las civilizaciones, desde Egipto a Mesopotamia.

El nuevo factor en consideración era la velocidad procurada por una nueva fuerza motriz, que en el caso de los pequeños caballos de la Antigüedad solo podía aprovecharse mediante una innovadora combinación de ligereza y resistencia. La adopción de un concepto de la mecánica estructural, el carro de ruedas de disco tirado por bueyes, puede considerarse una estructura sólida hecha de troncos; mientras que el carro de guerra es una estructura de madera, ligera, rápida, fundamentalmente en tensión con su armazón y llantas de madera curvada^[217].

Como señala Piggott, la aparición de semejante vehículo debió de ser algo revolucionario, aunque solo fuese psicológicamente: «La velocidad del transporte humano en tierra se multiplicó de pronto por un factor en torno a diez: de los poco más de tres kilómetros por hora que invertía un buey a los más de treinta que alcanza fácilmente una reconstrucción moderna del carro egipcio antiguo tirado por dos pequeños caballos, cuyo peso neto sin arreos es solo de treinta y cuatro kilos». (Conviene recordar en este contexto que hace apenas dos siglos el doctor Johnson, que opinaba que pasear en coche con una mujer bonita era el placer supremo, consideraba que el organismo humano no aguantaría una velocidad de más de

cuarenta kilómetros por hora).

Pero el efecto del carro de guerra no fue estrictamente psicológico; fue causa del surgimiento de la comunidad de guerreros en carro, hábiles combatientes que monopolizaron el uso de sus vehículos especializados y enormemente costosos, junto con armas complementarias como era el arco compuesto, y ejercieron su dominio sobre un cuerpo de apoyo de especialistas secundarios —mozos de cuadra, talabarteros, carreteros, ensambladores, flecheros— esenciales para mantener los carros de guerra y los caballos.

¿De dónde procedían estos guerreros? Es evidente que no llegaban de las tierras boscosas de Europa occidental, pese a que en ellas pudiera haber algunas manadas de caballos salvajes supervivientes; los bosques constituían un obstáculo que retrasó la llegada de la aristocracia al carro de guerra por lo menos quinientos años; tampoco de las llanuras aluviales de los grandes ríos, pues allí no había caballos. No cabe duda de que la estepa —árida, sin árboles y de horizontes infinitos— era el hábitat del caballo salvaje; pero, aunque adecuada para la circulación de vehículos de ruedas, menos durante la *raspútitsa* de primavera y otoño, es una región tan escasa en los metales y maderas necesarios para la construcción de aquellos carros que hay que descartarla como lugar de origen. Por consiguiente, según un proceso de eliminación, la conclusión de que los carros de guerra y el nuevo tipo de guerrero surgieron en las zonas limítrofes de la estepa y las tierras civilizadas junto a los ríos parece convincente.

El historiador William McNeill, siguiendo la tesis casi generalizada de que los belicosos pueblos del «hacha de combate» y lengua indoeuropea migraron desde la estepa occidental y dominaron a los «pacíficos constructores de megalitos de la costa atlántica» en el segundo milenio a. de C., afirma que los metalúrgicos que les vendieron aquellas preciadas y míticas artes, dotándolos de la hegemonía sobre los pueblos europeos de la Edad de Piedra, fueron también pueblos que migraron, pero en dirección opuesta: de Mesopotamia al borde de la estepa en el norte de Irán.

A partir del cuarto milenio a. de C., las comunidades agrícolas se agruparon en las zonas mejor regadas de esa meseta; y la agricultura creció probablemente en importancia durante el segundo milenio. En las tierras de pastos en torno a aquellos asentamientos agrícolas y en las situadas entre ellos vivían pueblos bárbaros dedicados al pastoreo, lingüísticamente afines a los guerreros de la estepa occidental. Por medio de las comunidades agrícolas de su entorno, esos pueblos pastores fueron experimentando cada vez más las influencias que irradiaban del alejado centro cultural de Mesopotamia. Y es en este contexto, poco antes del 1700 a. de C., cuando debió de producirse una crítica e importante fusión entre la técnica civilizada y la destreza bárbara^[218].

Esa fusión fue la invención o perfeccionamiento del carro de guerra.

¿Por qué los guerreros de carros, o los pastores de los que directa o indirectamente descienden, serían más guerreros que sus antepasados cazadores o sus vecinos agricultores? La respuesta nos obliga a considerar una serie de factores, que repugnarían al remilgado, todos ellos relacionados con el hecho de cómo el hombre mataba —o no mataba— a sus congéneres mamíferos. Puede darse por sentado que la adopción de la agricultura redujo la proporción de carne en la dieta humana; no solo sabemos que el paso a la producción de cereales siempre reduce la ingesta de proteínas, pues el agricultor dedica la tierra más a cultivos que a pastos, sino que es un hecho verificable al alcance de cualquiera que los agricultores intentan prolongar la vida de los animales domésticos —para aprovechar al máximo que les den leche, adquieran mayor peso o les presten energía muscular—, más que destinarlos a recurso alimentario en cuanto están crecidos. Como consecuencia, el agricultor carece de las habilidades propias del carnicero o del matarife de animales jóvenes prestos a eludir sus mortíferas intenciones; mientras que los primitivos cazadores, a pesar de ser excelentes carniceros, probablemente no eran tampoco muy diestros en la técnica de matar, pues sus preocupaciones se centrarían más en seguir y acorralar a la presa que en el método preciso para asestarle el golpe fatal.

Los pastores, por el contrario, aprendieron, como cosa natural, a matar y seleccionar las víctimas; y debían de mostrarse muy poco sentimentales respecto a ovejas y cabras, que para ellos no son más que alimento con pezuñas, leche y sus derivados —mantequilla, cuajada, suero, yogur, bebidas fermentadas y queso—, pero sobre todo carne y quizá sangre. No está claro si los nómadas esteparios de la Antigüedad extraían sangre de su ganado como hacen los de África occidental, pero es muy posible; lo que sí es evidente es que mataban anualmente un número de animales jóvenes de crianza además de los más viejos del rebaño, junto con los heridos, deformes o lisiados, siguiendo un sistema rotatorio. Este programa de matanza requería habilidad para abatir a un ser vivo con el mínimo de daño para la masa de carne y sus valiosos contenidos, y con el menor trastorno posible para el resto del rebaño. La principal habilidad de los pastores era administrar un solo golpe mortal preciso y rápido, habilidad aún más perfeccionada por los conocimientos anatómicos adquiridos con la experiencia; por el imperativo de castrar a la mayoría de los machos del rebaño, aprenderían a cortar mejor la carne, y también por el hecho de asistir al parto de las ovejas y aplicar los rudimentarios conocimientos de cirugía veterinaria.

Fue el pastoreo, tanto como la matanza y la carnicería, lo que hizo de los pueblos pastores gente tan de sangre fría en los combates de los enfrentamientos con los agricultores de las tierras civilizadas. Así, la lucha entre ambos debió de ser muy distinta de los encuentros ambiguos y dilatorios de los yanomami y los maring, tal vez formalizados con elementos ceremoniales. Que existiese una clase guerrera especializada no invalida la suposición; la falta de coraza y de armas realmente mortíferas corrobora la pervivencia también de hábitos «primitivos» de combate en el

reino del Nilo, y los pertrechos de los sumerios no eran mucho más avanzados. En tales condiciones tecnológicas, las formaciones de combate debían de ser muy indeterminadas; la disciplina floja y el comportamiento en el campo de combate, muy parecido al de una muchedumbre o una manada. Precisamente, conducir una manada era la función de los pastores; sabían cómo dividirla en grupos manejables, cómo cortar una línea de retirada desbordándola por el flanco, cómo reunir las bestias dispersas en un grupo compacto, cómo aislar a los guías del rebaño, cómo dominar a un gran número de reses mediante la amenaza y cómo matar a unas cuantas dejando el resto inerte y controlado.

Todos los métodos bélicos de los pastores, según aparecen más tarde en la historia, siguen esa misma pauta, aunque hay que señalar que hunos, turcos y mongoles de que hablan los escritores chinos habían progresado del carro de guerra al caballo, lo que hacía aún más eficaces sus tácticas. No obstante, los fundamentos seguían siendo los mismos. Aquellos pueblos, según dicen los historiadores, no formaban líneas de combate ni se lanzaban sin más al ataque, sino que se aproximaban al enemigo en formación de luna creciente no muy uniforme, lo que servía de amenaza a los elementos menos móviles del adversario que quedaban rodeados por los flancos; si ofrecían fuerte resistencia en algún punto, los atacantes se retiraban para inducir al enemigo a efectuar una persecución mal calculada que le hiciese romper filas, y solo entraban en combate cuerpo a cuerpo cuando la batalla les era claramente favorable. Cuando lo hacían, infligían al enemigo heridas con armas afiladísimas que muchas veces decapitaban o cortaban miembros, y además, desdeñaban de tal modo las armas del enemigo que no se protegían más que con exiguas corazas. Para que la batalla se inclinara a su favor, hostilizaban e intimidaban al enemigo con voleas de flechas disparadas desde lejos con su terrible y superior arma preferida: el arco compuesto. Amiano Marcelino dejó escrito sobre los hunos del siglo IV: «En combate arremeten contra el enemigo profiriendo gritos espeluznantes, y cuando se les hace frente se dispersan, para volver luego a la misma velocidad, avasallando y aplastándolo todo a su paso [...]; nada iguala a la habilidad con la cual —desde prodigiosa distancia— descargan sus flechas con puntas aguzadas de hueso tan duro y mortífero como el hierro»^[219].

Los especialistas no se ponen de acuerdo respecto a la aparición del arco compuesto; quizá se usase desde el tercer milenio a. de C., si no es errónea la interpretación de una estela sumeria, pero, sin lugar a dudas, estaba ya en uso en el segundo, dada su distintiva forma ojival o «recurvada» —tan conocida por el arco de Cupido, cuyas flechas atravesaban a los suspirantes cortesanos de Watteau y Boucher — claramente visible en un cuenco de oro del 1400 a. de C., que se conserva en el Louvre^[220]. No puede haber surgido de la noche a la mañana, dada su complejidad estructural, que, a semejanza de la del carro de guerra, lleva implícitos diversos prototipos y décadas, si no siglos, de experimentación; en su modalidad definitiva, que no varió en perfeccionamiento desde el segundo milenio a. de C., a su caducidad

como arma de guerra en el siglo XIX (los manchúes fueron los últimos en usarlo), consiste en una estrecha tira de madera —o de varias maderas laminadas—, a la que se pegan en la parte externa («espalda») tiras de nervios de animales, y en el lado interno («vientre») tiras de cuerno animal comprimible, generalmente el del bisonte; las colas se hacen mezclando tendones y piel de animal en una cocción con una menor cantidad de espinas y piel de pescados, y pueden tardar «más de un año en secar, y hay que aplicarlas en condiciones muy precisas de temperatura y humedad [...]». Su preparación y aplicación era un arte especial, profundamente imbuido de un enfoque místico y religioso»^[221].

El primer arco compuesto constaba de cinco piezas de madera plana o laminada: un agarre central, dos brazos y dos extremos. Una vez pegado, a este «esqueleto» se le confería por vaporización forma de curva opuesta a la que adopta al tensarse, y se le adherían al «vientre» trozos de cuerno vaporizado; luego se forzaba repetidas veces para que adoptase la forma de círculo, pegándole tendones a la «espalda», y a continuación se dejaba «curar»; y solo cuando todos sus elementos estaban íntimamente unidos se desataba y tensaba por primera vez. Tensar un arco compuesto, forzando su forma natural relajada, requería gran fuerza y destreza; su «peso», medido convencionalmente en libras, llegaba a ser de ciento cincuenta, en comparación con las pocas que pesaba un arco simple hecho con una vara elástica.

Ese peso es característico de los arcos largos de finales de la Edad Media, que aprendieron a hacer los arqueros europeos mediante una tira de madera elástica y seca, y que funcionaban según el mismo principio de las fuerzas opuestas de elasticidad y tensión que ejerce el que dispara la flecha. Sin embargo, el inconveniente del arco largo era precisamente su longitud, pues solo podía utilizarlo un hombre a pie. El arco compuesto era más corto, cubriendo en tensión desde la cabeza del arquero hasta la cintura, por lo que se prestaba perfectamente a utilizarlo desde un carro o a caballo; lanzaba una flecha más ligera —el peso ideal eran unos veintiocho gramos, la onza— que la del arco largo; pero incluso así daba en el blanco a trescientos metros con gran precisión (su alcance máximo era mucho mayor), y atravesaba una coraza a cien metros. La ligereza de la flecha era realmente una ventaja, pues le permitía al guerrero pastor llevar un mayor número de proyectiles en el carcaj —hasta cincuenta— para el combate que se proponía ganar, sometiendo al adversario a una lluvia de proyectiles que le causaban bajas.

Los avíos básicos de un arquero montado en carro o a caballo no experimentaron variación durante tres mil años. Estos eran el propio arco, las flechas y un dedil para el pulgar para que no se le desollase al disparar la flecha; importantes accesorios eran el carcaj y el estuche del arco para la protección de las armas de los cambios de temperatura y humedad (pues ambas reducen su alcance y precisión). Este equipo está documentado en algunas de las primeras representaciones de los guerreros con arco compuesto, y los mismos objetos aparecen como elementos principales en los emblemas reales de los sultanes otomanos del siglo XVIII en el palacio Topkapi de

Estambul^[222]. Hay innumerables instrumentos que no experimentaron cambios en el mundo de los pueblos ecuestres, como son tiendas, alfombras, utensilios de cocina, ropa y los sencillos muebles de los nómadas; los pueblos pastores guardaban sus pertenencias en arcas que podían cargarse por pares sobre una acémila, y utilizaban cazuelas y ollas de base redonda fáciles de recoger en mallas; el tambor de olla que los turcos redoblaban antes de la batalla era un simple caldero de campamento nómada con una piel tensa en su parte superior.

A lo idóneo de su equipo y su experiencia con los animales, los guerreros de carros unían su habilidad y rapidez de movimientos, factores esenciales para la guerra de agresión. Todas las guerras requieren movimientos, pero para los pueblos sedentarios hasta los movimientos limitados presentan dificultad; su impedimenta es engorrosa y pesada y carecen de medios de transporte fácilmente movilizables, pero sobre todo de animales de tiro —imprescindibles en los campos—, y los víveres para hombres y animales revisten una forma extraña y voluminosa. Los pueblos sedentarios esperan dormir bajo techado y no disponen de tiendas de campaña, se guarecen cuando el tiempo se vuelve inclemente, carecen de ropas impermeables y gustan de comida regular guisada. El labrador es más duro que el artesano —los griegos pensaban que el *ponos* o trabajo agrícola era lo único que cualificaba al labrador para convertirse en guerrero—, pero, aun así, un labrador es blando comparado con el nómada^[223]. Los nómadas están constantemente en movimiento, comen y beben cuando pueden, desafían a los elementos y agradecen cuanto les depara la suerte; pueden empaquetar cuanto poseen en caso de apuro, llevan consigo víveres y cambian de campamento con arreglo al agua y los pastos para el ganado. Incluso los nómadas en condiciones más favorables, aquellos que disponen de pastos fijos de invierno y verano para el pastoreo trashumante, son mucho más duros que el agricultor sedentario. Los antiguos nómadas de la estepa árida, donde las tribus tenían que competir entre sí por los escasos pastos que hubiera, debieron de ser los seres más duros de la creación.

El sinólogo estadounidense Owen Lattimore recorrió dos mil setecientos kilómetros de zona árida entre la India y China en 1926-1927, siguiendo en parte la ruta que debieron de hacer los que llevaron el carro de guerra a China en el segundo milenio a. de C., de un oasis a otro, generación tras generación; y dice, recordando a los hombres que componían su caravana:

Se hicieron nómadas. Muchos de sus ritos propiciatorios y tabúes protectores proceden no solo de los mongoles, sino que están enraizados en los más primitivos instintos de los pueblos nómadas. Se desviven por propiciar a los poderes y espíritus que les van a la zaga, y merodean constantemente en torno a las tiendas de esos pueblos salvajes nómadas, que luchan a brazo partido día y noche contra los graves peligros y los exiguos recursos de un terreno inhóspito y deshabitado. Desde el momento en que plantan la tienda en el primer

campamento [...] fuego y agua cobran muy otra importancia. Cada vez que se alza la tienda en un nuevo lugar, arrojan al exterior un poco de la primera agua hervida y del primer alimento cocinado.

Y lo hacían siempre, aunque el alimento y el agua de que dispusiera la caravana fuesen casi repugnantes.

Comenzábamos el día al amanecer haciendo un té [...] de miserables ramitas, hojas y restos de otros [...]. En aquel té solíamos mezclar harina de avena tostada o mijo tostado —que realmente parecía, y era, alimento de canarios—, meneándolo todo en un aguachirle que nos bebíamos. Hacia el mediodía preparábamos la verdadera comida de la jornada, consistente en pasta medio cruda. Llevábamos harina y hacíamos la misma clase de pasta a diario; mojábamos la harina, la amasábamos y la dividíamos en minúsculas pellas o la cortábamos en forma de rudimentarios espaguetis [...]. El motivo por el que bebíamos tanto té era la mala calidad del agua. Nunca se bebía el agua sola sin hervir [...]. La cogíamos a diario de pozos, todos ellos más o menos contaminados con sal, sosa y diversas sales minerales, supongo. A veces era demasiado salina para beberla y otras veces, muy amarga. La peor agua [...] era gruesa, casi pegajosa e increíblemente amarga y repugnante^[224].

Los nómadas que describe Lattimore diferían probablemente en sus hábitos de los del segundo milenio a. de C., porque utilizaban té y harina; pero en otros aspectos poco se diferenciaría su vida, caracterizada en ambos casos por depender de las fuerzas naturales, de lo imprevisible, así como por su extrema dureza, por lo que había que agradecer cualquier cosa que paliase esta última. Es según esta perspectiva como hemos de considerar el porqué, más quizá que el cómo, de que esos dos extraordinarios artefactos —el carro ligero y el arco compuesto— se originaran al parecer en las fronteras de la civilización con el mundo nómada.

Los elementos del carro —ruedas, armazón, lanza y accesorios metálicos— eran de origen «civilizado», pues derivaban de prototipos menos eficientes inventados para trabajos agrícolas y de construcción. Los arqueólogos siguen discrepando en cuanto a quiénes perfeccionaron esos elementos haciéndolos ligeros como lo son en el carro de guerra, pero no se plantean la pregunta de para qué servía el carro en sí^[225]. Podemos esclarecerlo definiendo el uso del carro ligero: la guerra, desde luego, pero también la caza, pues con él podía recorrerse terreno áspero y se podía emplear como plataforma de tiro para cazar con el arco compuesto, como atestiguan numerosos ejemplos pictóricos de origen mesopotámico y egipcio. También la poesía china de la dinastía Chou da cuenta de que el carro era un vehículo de caza^[226].

Siendo así, no estaría de más sugerir que carro ligero y arco compuesto surgieron simultáneamente, ya que respondían a una necesidad crucial de los pastores nómadas:

contar con un medio para llevar los rebaños a una velocidad mayor de la que era posible a pie, y al mismo tiempo situarlos en parecidas, si no iguales, condiciones de movilidad respecto a depredadores, lobos y quizá osos, y grandes félidos, que acosaban a la manada por los flancos. Qué duda cabe de que constituiría una magnífica plataforma para un arquero que persiguiera a un lobo, dotándolo de la misma capacidad para hacer blanco sobre una presa móvil, si no más, que la que más tarde adquiriría el jinete desde su silla de montar. Los pueblos sedentarios se maravillarían de la habilidad de los jinetes al soltar las riendas y disparar una flecha contra una presa a la carrera. John Guilmartin lo atribuye a «[la enormidad] de tiempo que el nómada de la estepa [...] pasaba pastoreando y guardando el ganado, que lo obligaban a estar en la silla sin otra cosa que hacer [...] que no fuese practicar continuamente con el arco [...] En vista de la cantidad de blancos —humanos o animales, comestibles o no— que presentaba la estepa, la constante práctica se transformó en sentido económico»^[227]. Si sustituimos en el párrafo «silla» por «carro», no pierde su sentido y el razonamiento es muy convincente.

Hacia mediados del segundo milenio a. de C., los pueblos que habían aprendido a hacer y usar carros ligeros y arcos compuestos descubrieron —aunque no se pueda conjeturar por qué medios— que los defensores de las tierras de asentamiento no eran capaces de resistir los métodos agresivos que ellos habían desarrollado en origen para rechazar a los depredadores que atacaban sus ganados. Los guerreros en carro que bajaron de la meseta a las llanuras abiertas infligieron impunemente graves bajas a caldeos y egipcios. Corriendo en círculo a una distancia de cien o doscientos metros de las «manadas» de soldados de infantería sin coraza, la tripulación de un carro ligero —un hombre para conducirlo y otro para lanzar flechas— podía herir a seis hombres por minuto; diez minutos de acción de diez carros causaban quinientas bajas o más, algo parecido a la batalla del Somme para los pequeños ejércitos de la época. Ante semejante ataque de un enemigo contra el que no se podía maniobrar impunemente, al agredido no le quedaba otro remedio que salir corriendo o rendirse. En cualquiera de los dos casos, el resultado para los montados en carros sería un buen número de prisioneros, probablemente destinados a convertirse sin dilación en bienes muebles en su condición de esclavos.

Está bastante generalizada la idea de que esa primera interpenetración de pueblos esteparios y sociedades civilizadas fue producida por los mercaderes a largas distancias que llevaban ropas, baratijas y objetos de metal para intercambiarlos por artículos de valiosa artesanía producidos por el mundo bárbaro, como pieles y estaño, y esclavos. No se sabe cómo empezó el comercio de esclavos, pero se les ocurriría de forma natural a los pueblos pastores, acostumbrados a conducir manadas de cuadrúpedos, en particular si los extranjeros adoptaron la costumbre de llevar sus mercancías a lugares en los que los ganaderos se reunían para celebrar fiestas anuales, que, como señala Lattimore, «fueron convirtiéndose en escenario de ferias», y tales ferias serían los primeros mercados de esclavos^[228]. Si los pastores

aprendieron a reunir y conducir esclavos para venderlos en la estepa, podemos suponer que, cuando finalmente descendieron de la estepa en sus campañas de conquista, estaban ya habituados a hacer cautivos, vendiéndolos como esclavos, y a imponer su autoridad a los pueblos que conquistaban a través de un estrato intermedio de esclavos dependientes de ellos.

Eso explicaría que grupos bastante reducidos de intrusos agresivos no solo derrocaran a pueblos más numerosos que ellos, sino que durante un tiempo conservaran el poder. Parece indiscutible que los conductores de carros ligeros eran además esclavistas. Claro que la esclavitud se conocía antes de la era del carro en Mesopotamia y Egipto, pero su práctica, especialmente el tráfico, debió de intensificarse con la llegada de los conquistadores en carro, mientras que su transmisión a Europa tal vez se deriva de la migración de los micénicos desde Asia Menor, los cuales no trajeron el carro aunque lo adoptaron hacia la mitad del segundo milenio a. de C., en el momento en que súbitamente se impuso como elemento predominante en el arte de la guerra en Oriente Próximo^[229]. El esclavismo en China data del ascenso de la dinastía Chang, mientras que, según el *Rig Veda*, los conquistadores en carro del valle del Indo sentaron con el esclavismo la base de lo que más tarde serían las castas.

La rápida expansión del carro ligero no debe sorprendernos, pues debieron de existir una industria y un mercado parecidos a la industria y mercado armamentísticos actuales de alta tecnología como la que ha equipado a los países del tercer mundo con lo que se denomina «estado de la técnica». Una vez perfeccionada, la tecnología del carro sería fácil de copiar y más fácil de trasladar y vender; un bajorrelieve egipcio del 1170 a. de C., muestra a un hombre transportando un carro a cuestas —nada sorprendente si pesaba, como se comprobó al reconstruirlo, menos de cincuenta kilos— y un producto tan comercial habría estimulado la producción allí donde hubiese artesanos con los conocimientos necesarios. La limitación del exceso de producción de un artículo muy preciado y vendible habría sido no la falta de artesanos o de materia prima, sino la escasez de caballos adecuados. La primera escuela hípica conocida, al parecer para la doma corriente, si podemos tomar como fuente fiable el elaborado léxico ecuestre de la época, dataría, según esos textos mesopotámicos, de los siglos XIII y XII a. de C., y entonces como ahora, los caballos jóvenes eran tercios sin importar en qué lengua se les hablara^[230].

La lengua nos da una clave a propósito de quiénes pudieron ser los primeros conquistadores con carros de guerra. Los hicsos invasores de Egipto procedían de la franja semifértil del norte del desierto de Arabia y hablaban una lengua semítica^[231]. Hurritas y casitas que dividieron y derrocaron el imperio mesopotámico de Hammurabi procedían de la cabecera montañosa del Tigris y el Éufrates, que sigue siendo étnicamente una de las regiones más complejas del mundo. Los casitas hablaban una lengua que no se ha identificado, clasificada como «asiana»; mientras que los hurritas —igual que los hititas que establecieron su imperio en la actual

Turquía— hablaban lenguas indoeuropeas. Lo mismo hacían los arios invasores de la India, y es posible que los conductores de carros que fundaron la dinastía Chang en China llegaran también a ella desde el norte de Irán, aunque puede también que lo hicieran desde alguna región preiraniana del Altái^[232].

La oscura identidad de estos guerreros nos señala su principal característica: eran destructores más que creadores y, cuando se civilizaban, lo hacían adoptando las maneras, instituciones y cultos de sus súbditos en vez de desarrollar una cultura propia. Dentro de Mesopotamia, el imperio de Hammurabi, que se había originado en una época de disturbios provocados por los pueblos fronterizos denominados gutis y elamitas, logró implantar la autoridad otrora ejercida por Sargón, restableciendo una burocracia y un ejército profesional, con un esquema similar al de Babilonia. Pero el ejército de este imperio amorreo no era más que una fuerza de infantería que no podía igualarse a los casitas y hurritas conductores de carros ligeros cuando irrumpieron a través de las fronteras en el siglo VII a. de C., Los hicsos, invasores de Egipto, aunque se hicieron con el poder en el norte del país, lo lograron merced a egipcianizarse adoptando una deidad egipcia como religión estatal y asumiendo el sistema administrativo faraónico. También los Chang parece ser que adoptaron una cultura preexistente en el norte de China en vez de imponer la suya. Las inscripciones revelan que eran cazadores en carro, que cazaban con el arco compuesto grandes presas, como el tigre y el toro, y que practicaban sacrificios humanos, probablemente de esclavos, aunque quizá también de prisioneros de guerra. Los objetos de enterramientos descubiertos en las excavaciones indican que monopolizaban el uso del bronce, mientras que los agricultores súbditos suyos seguían utilizando herramientas de piedra. Finalmente, los Chang fueron derrocados en 1050-1025 a. de C., por una dinastía indígena del sur, la Chou, que había aprendido el empleo del caballo y el carro de otra fuente.

La tiranía de los conductores de carros duró poco en todas partes. Los arios, dominadores de la civilización del Indo, parecen haber sido los únicos invasores del carro que no fueron derrocados por fuerzas internas; aunque hay especialistas que consideran la aparición del budismo y el jainismo como una reacción indígena contra la tiranía de casta impuesta por los arios. Los hicsos fueron expulsados de Egipto al restablecerse el poder faraónico bajo Amosis, fundador del imperio nuevo hacia el 1567 a. de C. Otros pueblos del carro ligero, los hititas de Anatolia —la Turquía actual— y los micénicos de Grecia, que posiblemente fuesen quienes destruyeron la civilización minoica de Creta y quizá inspirasen la gesta homérica de Troya, fueron derrocados por pueblos del norte de Grecia, los frigios y los dorios, aproximadamente el 1200 a. de C. De todos modos, el hecho más importante fue el triunfo de los indígenas de Mesopotamia, quienes, bajo el reinado de Asurubalit, concluyeron en 1365 a. de C., una prolongada campaña contra los señores hurritas y recuperaron el antiguo reino que conocemos con el nombre de Asiria por su capital Assur.

Nuestra imagen de los asirios, derivada de su magnífico arte real descubierto en

las excavaciones de Nínive y Nimrod, es la de una raza de guerreros en carros. Eso es lo que fueron efectivamente sus reyes y nobles, y en lo mismo se convirtieron los faraones del imperio nuevo. Pero sus antepasados no lo eran, y es esta transformación del papel de los reyes en el mundo civilizado lo que ha de considerarse más significativo como fenómeno perdurable y funesto del dominio guerrero sobre los antiguos estados teocráticos. Los egipcios del imperio antiguo y del medio apenas habían sido guerreros; incluso el reputado ejército de Sargón era una organización torpe e ineficaz en comparación con la de su sucesor asirio. Los pueblos del carro ligero enseñaron a asirios y egipcios la técnica y el concepto de la guerra imperialista, y ambos dentro de su órbita de influencia se convirtieron en potencias imperiales. El impulso que indujo a los faraones del imperio nuevo a expulsar a los hicsos llevó en años sucesivos a sus ejércitos a situar sus fronteras lejos del Nilo en la meseta norte de Siria. Tras la expulsión de los hurritas, los asirios resolvieron el problema dominante de la civilización mesopotámica —el acoso de intrusos a sus ricas tierras sin defensas naturales—, pasando a la ofensiva y ampliando poco a poco los límites de lo que sería el primer imperio étnicamente ecléctico, que comprendía parte de los actuales Arabia Saudí, Irán y Turquía, junto con toda Siria e Israel. Por consiguiente, el legado del carro ligero fue el estado guerrero, en el que el carro sería el elemento básico de los ejércitos en campaña.

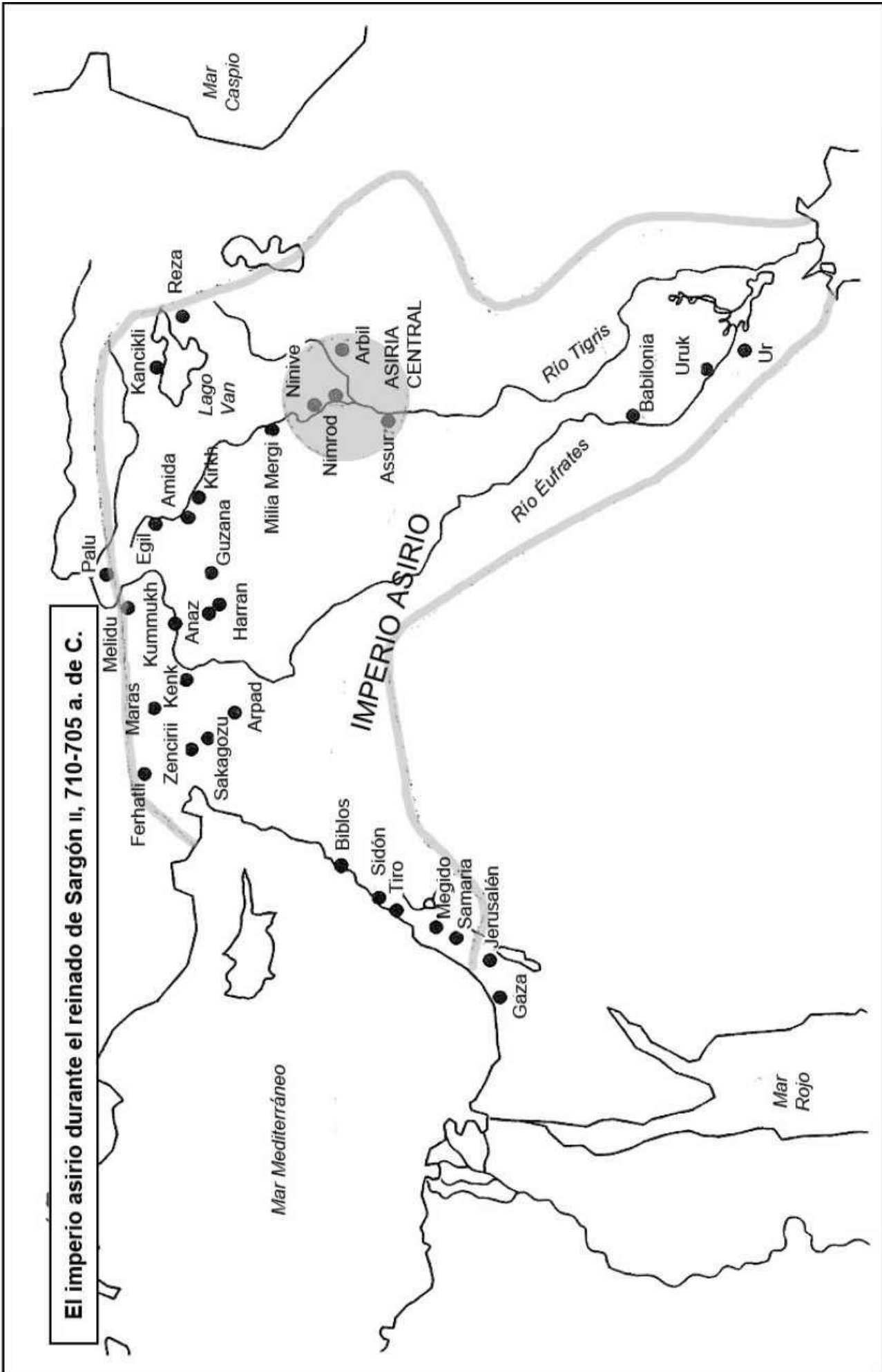
EL CARRO Y ASIRIA

En su momento de máximo poder, el siglo VIII a. de C., el ejército asirio presentaba características a partir de las cuales se modelarían muchos de los ejércitos de otros imperios que iban a sucederlo, y algunas de las cuales han pervivido hasta nuestros días. La más destacada era su preparación logística: aprovisionamiento, columnas de transporte y brigadas de pontoneros. El ejército asirio fue la primera fuerza de largo alcance, capaz de realizar campañas a casi quinientos kilómetros de su base, moviéndose a una velocidad que no se superaría hasta el advenimiento del motor de combustión interna.

Los recursos asirios no incluían las rutas pavimentadas —de poca utilidad, en cualquier caso, en un clima de extrema sequedad en el que, cuando llueve, el agua arrastra la grava no asfaltada—, pero contaban con una extensa red de caminos reales, mencionados muchas veces como linde de los campos en los numerosos documentos de registro redactados en cuneiforme por los escribas sobre las tablillas de barro cocido que han estudiado los arqueólogos^[233]. A lo largo de esa red, los elementos montados de un ejército podían desplazarse a una velocidad de cuarenta y ocho kilómetros diarios, buen ritmo incluso para un ejército moderno. Por supuesto que las rutas se deterioraban más allá de la llanura central y en el interior de territorio enemigo, y allí los ingenieros militares tenían que mejorar el avance ascendiendo

montañas y abriendo pasos en cordilleras. El ejército disponía igualmente de transporte acuático en caso necesario, pese a que el Tigris y el Éufrates son de difícil navegación por los bancos de arena y las avenidas periódicas. A principios del siglo VII, Senaquerib llevó a Nínive a armadores sirios, a que hicieran barcos para una campaña contra los elamitas, en lo que actualmente es el sur de Irán. Debía de aspirar a dotarse de la tecnología naviera, habitual en el Mediterráneo y no dominada por los constructores de barcos fluviales de Mesopotamia. Los navíos, una vez botados, fueron tripulados por marineros fenicios por el tramo navegable del Tigris, transportados por tierra a un canal que conducía al Éufrates, y desde este zarparon hasta el golfo Pérsico, donde cargaron tropas y caballos para desembarcar en territorio elamita^[234].

El ejército mantenía material bélico de todo tipo, carros y caballos, centralizado en almacenes llamados *ekal masharti*, «palacio del lugar de ordenación de fuerzas»; lo que en la Nínive del siglo VII a. de C., Asaradón describió como una construcción hecha por «los reyes que me precedieron [...] para tener dispuestos los campamentos, cuidar los corceles, las mulas, los carros, el equipo de combate y guardar el botín», y que se había quedado «demasiado pequeño para ejercicios ecuestres y de carros». No sabemos qué cantidad de víveres acarrea el ejército en sus campañas, pero parece ser que los asirios contaban con tener que vivaquear largos periodos en territorio enemigo^[235]. Sargón II, en su campaña contra el poderoso estado norteño de Urartu en el 714 a. de C., dejó registrado el envío a una fortaleza capturada de «maíz, aceite y vino», mientras que su hijo Senaquerib, en la campaña contra los caldeos en el sur de Mesopotamia en el 703 a. de C., «dejó que [las] tropas comieran el grano y los dátiles de las palmeras de los campos y las cosechas de la llanura». Asolar las tierras enemigas después de que el ejército se hubiese alimentado a placer, llevándose cuanto podía, era una costumbre ya entonces. En su campaña final contra Urartu, Sargón destruyó la red de riegos, saqueó los graneros y taló los árboles frutales.



La ira de Sargón debió de suscitarla la dificultad de la campaña, pues sus tropas «habían cruzado y vuelto a cruzar innumerables montañas» y se habían «vuelto levantiscas. No podía darles agua para apagar su sed». La campaña se desarrollaba al norte de los montes Zagros, en el áspero terreno entre los lagos Van y Urmia, una región que incluso hoy día se considera impenetrable para unidades en formación, y era un terreno tan duro que los ingenieros del ejército se emplearon a fondo. En las crónicas de Sargón se señala que durante la campaña de Urartu «equipé a mis zapadores con picos fuertes de cobre [probablemente bronce] y ellos deshicieron los peñascos de altas montañas cual si fueran piedra caliza y abrieron buenos pasos». El ejército se abría mejor paso por las aguas: Aurnasirpal señala, en el combate de siglos antes contra el siempre molesto poder de Babilonia en el sur, «crucé el Éufrates en la ciudad de Haridi [...] mediante barcas que yo había hecho; barcas de pellejo que llevaba conmigo por los caminos». Esos botes, utilizados hasta la época moderna en Irak, debieron de ser de pellejos de cordero inflados para sostener a un hombre o balsas que flotaban sobre varios pellejos; el ejército se servía también de botes de junco, que aún utilizan los árabes que viven en las marismas de la confluencia del Tigris y el Éufrates. Las representaciones de los bajorrelieves asirios muestran carros desmontados cargados en ellos sobre corrientes de agua.

La organización militar asiria prefigura también la de ulteriores ejércitos imperiales. En primer lugar, el estado asirio parece haber sido la primera potencia que efectuó leva de tropas sin discriminaciones étnicas. Si en su política interna era implacable —desterraba a los disidentes para asegurar el orden interno, como harían después los otomanos y Stalin—, al mismo tiempo estaba predispuesto a integrar en el ejército tanto a súbditos como a prisioneros, cuando estaba seguro de que podía contar con su lealtad. La lengua y la religión común fueron el aglutinante, pues Asiria propagó un monoteísmo primitivo mediante el culto a Assur, y abrió su lenguaje oficial a palabras prestadas de otros pueblos, lo que permitía su empleo en tándem para mejor intercomprensión. Además, permitía a los pueblos sometidos ingresar en el ejército, como haría después Roma, con su armamento distintivo —hondas o arcos—, y formaba con ellos cuerpos auxiliares de su fuerza central; y es muy posible que lo mismo se hiciera con los ingenieros de asedios, que en el arte asirio aparecen atacando los cimientos de murallas, excavando túneles, construyendo rampas de asalto o manejando diversas máquinas. Los asirios descollaban en el arte del asedio, y Senaquerib describió el sitio de Jerusalén bajo el reinado de Ezequías —que también figura en el Antiguo Testamento, en 2 Reyes 18— como sigue: «[Él no] se sometió a mi yugo. Sitié y capturé cuarenta y seis de sus ciudades fuertemente amuralladas, consolidando rampas para batir las puertas con arietes, ataques de infantería, minas, brechas e ingenios de asedio [...]. Él mismo se encerró en Jerusalén, su ciudad real, como en una jaula». Pero Ezequías, en lugar de empeñarse, capituló y pagó tributo^[236].

En todas sus conquistas imperiales, el ejército asirio siguió siendo básicamente

una fuerza de carros ligeros. Senaquerib, combatiendo a los elamitas en el 691 a. de C., hizo que el cronista de la corte explicara cómo «ensartó a las tropas del enemigo con jabalinas y flechas»:

El comandante jefe del rey de Elam, junto con sus nobles [...]. Corté sus gargantas como si fuesen corderos [...]. Mis corceles, que hacían cabriolas y estaban habituados al arnés, se abalanzaron sobre la sangre a borbotones como si fuera un río; las ruedas de mis carros de combate estaban salpicadas de sangre y suciedad. Llené la llanura con los cadáveres de sus guerreros como si fuese hierba [...]. [Había] carros con sus caballos, cuyos conductores habían muerto al entrar en el fiero combate, que andaban sueltos; y esos caballos iban de un lado a otro por [el campo de batalla] [...]. En cuanto a los jeques de los caldeos [aliados de los elamitas], el pánico de mi matanza los sobrecogió como un demonio. Abandonaron sus tiendas y huyeron para salvar la vida, aplastando los cadáveres de sus tropas en su camino [...]. [Por su terror] largaron orina caliente y vaciaron sus excrementos en los carros^[237].

Fue una batalla a muerte, como puede apreciarse por los detalles tan realistas de la crónica, provocada tal vez porque los elamitas se habían apostado de manera que impedían a Senaquerib acceso al Tigris, y con ello, como señala su escriba, también al agua potable —caso que sería tan frecuente en el futuro—, y en tales circunstancias el combate era inevitable. Sin embargo, en la batalla final de Sargón contra Urartu se ha observado un rasgo caballeresco: el rey Rusa había enviado a los asirios un mensaje desafiándolos a enfrentarse con él.

Así, los grandes de los carros, como posteriormente los caballeros, habrían ya comenzado a darse cuenta de que era mejor dirimir sus diferencias mediante un encuentro caballeresco, dejando que la infantería y otros partidarios formasen detrás una burda línea de combate, recogieran el botín si se producía la victoria o sufrieran las consecuencias en caso de derrota. Los guerreros chinos en carro del periodo Chou estaban muy influidos por el código caballeresco, actitud que está también documentada en el siguiente periodo de Primavera y Otoño. En una batalla entre los estados rivales Chou y Song en el 683 a. de C., el duque del ministro de la Guerra Song pidió dos veces permiso para atacar al enemigo antes de que adoptara la formación de combate, alegando muy razonablemente «ellos son muchos y nosotros pocos»; pero se le negó. Una vez derrotado Song y herido el duque, se justificó de este modo: «El caballero no inflige una segunda herida ni toma prisioneros canosos [...]. Aunque soy el indigno vestigio de una dinastía derrocada, no redoblaré mis tambores para atacar a un enemigo que no haya adoptado la formación de combate». Otras prácticas consideradas poco caballerescas entre los aristócratas chinos del carro eran aprovecharse de un enemigo en fuga que tuviera una avería en el carro (incluso se le ayudaba), herir a un gobernante, o atacar a un estado enemigo cuando estaba de

luto por la muerte de un gobernante o lo dividían disturbios internos^[238].

La conducta modélica entre guerreros en carro está ejemplificada en un incidente de una guerra posterior de Song, cuando el hijo del duque se encontró frente a un guerrero que ya tenía la flecha dispuesta en el arco y le disparó; el tiro erró el blanco y el arquero aprestó otra flecha antes de que él tuviese tiempo de disparar, por lo que el hijo del duque gritó: «Si no me das una oportunidad, eres un individuo bajo» (literalmente: «no eres un caballero»); el adversario le dio esa oportunidad y resultó muerto del flechazo^[239].

Son los modales propios del duelo o de los encuentros ceremoniales entre adalides, una clase de encuentros que exigen convención; y parece que en los combates entre guerreros en carro se aceptaba este requisito. Que Urartu desafiara a Asiria a combatir no es un caso aislado; los chinos del periodo de Primavera y Otoño despreciaban a quienes lanzaban ataques por sorpresa, cuando ellos solían enviar mensajeros para acordar el lugar y la hora del combate; y pedían también que se segar los campos para que los carros tuvieran libertad de maniobra, pues existe documentación en la que se señala la necesidad de rellenar pozos y hoyos antes de la batalla para que pudieran evolucionar los carros. Incluso en la guerra moderna el campo de batalla requiere preparación si va a producirse un enfrentamiento y existen prohibiciones reglamentadas contra, por ejemplo, el emplazamiento de campos minados sin señalizar. En el mundo antiguo, en el que las dificultades logísticas —el esfuerzo de aproximar los ejércitos, la casi imposibilidad de alimentarlos *in situ* más de un día o dos— eran primordiales, era lógico eliminar los obstáculos para que los jefes guerreros pudiesen maniobrar sus armas más importantes. En la batalla de Gaugamela, cerca del Tigris, en la que Alejandro Magno venció a los persas en el 331 a. de C., su adversario Darío no solo niveló toda la zona antes del encuentro, sino que hizo construir tres «pistas» para sus carros. Hay que señalar que Alejandro había previamente descartado las propuestas de sus generales para atacar de noche, aduciendo que, si perecía, sería indigno, y si vencía, el triunfo quedaría mancillado.

La lucha de carros era una actividad con mil quinientos años de antigüedad cuando Alejandro, en su legendario caballo *Bucéfalo*, derrotó a Darío; ya por entonces estaba quedando desfasada, y solo los pueblos limítrofes con el mundo civilizado —como los bretones que resistían la invasión romana— seguían creyendo que era un arma eficaz para la guerra. Pero, a pesar del dilatado periodo histórico en el que se empleó, no conocemos con certeza sus características; los especialistas en historia de la Antigüedad difieren notablemente en cuanto al modo en que se utilizaba el carro. El profesor Creel, por ejemplo, afirma que procuraba un «punto móvil ventajoso» en la guerra china, y cita a los profesores Oppenheim, Wilson y Gertrude Smith para señalar que en Egipto se utilizaba como puesto de mando, y en Mesopotamia y Grecia como transporte en el combate. El profesor M. I. Finley, por su parte, piensa que las descripciones homéricas del carro como «taxi» para acudir a la batalla no señalan más que la utilización que se le daba en tiempos de Homero, y

que los héroes de la *Ilíada* luchaban de otra manera^[240].

Me sorprendería que Finley no estuviera en lo cierto. El arte cortesano puede ser triunfalista, puede también perpetuar como simbólico lo que en rigor es antiguo; pero lo que nunca hace es ridiculizar. Así, fue posible, en una época como la victoriana en la que los códigos caballerescos habían vuelto a ponerse de moda, pintar al príncipe consorte con coraza sin que la gente se riera; mientras que la representación de Hitler montado y con armadura sí era absurda^[241]. Es evidente que los faraones, los reyes asirios y los emperadores persas no consideraban absurdo que se los representase disparando el arco compuesto desde un carro de combate. Puede que los artistas de la corte exageraran el puesto destacado de su señor en el combate; pero si era como arqueros en carro como esos monarcas querían verse representados, hay que concluir que el tiro con arco desde carro fue durante un largo periodo uno de los principales medios para ganar batallas, desde la aparición del carro en el 1700 a. de C., aproximadamente hasta su desplazamiento por la caballería unos mil años después.

En principio se había teorizado sobre si la ventaja inicial del guerrero en carro había que atribuirla al repentino y enorme aumento de su velocidad de movimientos en el campo de batalla, a la mortífera precisión del alcance del arco compuesto y a su disposición para matar de origen cultural. Pero todas estas ventajas se irían erosionando con el tiempo. La maestría con un nuevo método armamentístico no suscitaría desdén, pero estimularía la adopción de medidas para oponerse a él; los que se veían atacados por guerreros en carro adquirirían carros, y los que no iban montados en carro aprendieron a derribar a los caballos de los carros enemigos, a establecer formaciones anticarros, a llevar escudos a prueba de flechas y a librar combate en terreno accidentado en el que los carros no pudieran maniobrar. No obstante, mientras los generales de los grandes ejércitos siguieron fieles a la idea de que lo más eminente era el combate de carros, debió de existir un acuerdo tácito entre los propios adversarios para que las batallas siguieran librándose con ellos. Como hemos visto, ritual y ceremonial están profundamente enraizados en el criterio humano de cómo debe desarrollarse un combate, y solo desaparecen ante el imperativo de la batalla a muerte, algo que no siempre se plantea en las guerras.

La primera batalla de carros de que tenemos noticia, la de Megido, al norte de Palestina, librada en el 1469 a. de C., entre el faraón Tutmosis III y una alianza de adversarios de los egipcios encabezada por los hicsos, concluyó casi sin derramamiento de sangre por ambos lados. También suele considerarse esta batalla como la primera de la historia, al haberse podido datar, situar en el terreno, conocer los contendientes y saber su desarrollo. Tutmosis, que acababa de acceder al trono, aplicaba una nueva estrategia de enérgica ofensiva contra los intrusos que atacaban su imperio fluvial. Tras organizar su ejército, se puso en marcha a una velocidad de dieciséis a veinticuatro kilómetros al día —impresionante velocidad de avance—, siguiendo la costa mediterránea, cruzando Gaza y las montañas de la frontera siria. El enemigo debió de contar con las dificultades del terreno como obstáculo al avance,

pues había tres rutas a través de las montañas de Megido y el faraón optó por la más difícil a pesar de los consejos, alegando que así podrían sorprender al enemigo. La marcha de aproximación duró tres días, y el último hubieron de salvar un paso por el que no cabían más que dos carros en fondo. Aquella noche acampó en la llanura frente a Megido, y por la mañana desplegó el ejército en formación de combate. El enemigo salió a su encuentro, pero al ver la extensión del frente egipcio, con un flanco a cada lado del valle y el faraón en su carro al mando del cuerpo central, su moral se hundió y huyó presa del pánico a refugiarse en retaguardia, dentro de las murallas de Megido. Tutmosis dio orden de perseguirlo, pero las tropas se detuvieron a saquear el campamento que habían abandonado los fugitivos, y dos de los principales cuerpos de ejército del adversario lograron refugiarse en la ciudad. Como esta contaba con grandes depósitos de agua dentro de sus imponentes murallas, pudo resistir siete meses a los egipcios, que construyeron un muro de circunvalación para impedir todo intento de refuerzo. Solo murieron ochenta y tres enemigos en combate y se hicieron trescientos cuarenta prisioneros; pero los fugitivos no se reagruparon y los reyes asediados tuvieron que rendirse, enviando al exterior de la ciudad a sus hijos como rehenes y suplicando al faraón que «el soplo de la vida sea insuflado en sus narices»^[242].

El mejor botín de la victoria fueron los 2041 caballos que capturaron los egipcios, ya que seguramente aún seguían importando caballos de raza, y aquel contingente sería un importante refuerzo para su ejército de carros. No sabemos cuántos carros intervendrían en Megido por ambos bandos; pero cuando doscientos años después, en el 1294 a. de C., Ramsés II derrotó al ejército hitita en Qadesh junto al río Orontes al sur de Siria —prosiguiendo la política del imperio nuevo de guerra agresiva en los confines estratégicos del delta del Nilo—, parece que su ejército lo formaban cincuenta carros y cinco mil hombres. Afirma la crónica que el ejército hitita, superior al suyo, disponía de dos mil quinientos carros —lo que debe de ser una exageración—, y su frente de ataque habría tenido una amplitud de ocho mil metros; pero un bajorrelieve egipcio de la batalla en el que aparecen cincuenta y dos carros da a entender que el número de estos debió de ser muy considerable^[243].

Existen dudas sobre si los hititas empleaban arcos compuestos. Sus carros suelen estar representados con un lancero montado, lo que explicaría que los egipcios pudieran librarse en Qadesh de una posible derrota. En cualquier caso, tanto en Megido como en Qadesh, el combate de carros aún no había alcanzado el desarrollo que lograría tener en el apogeo del imperio asirio en el siglo VIII a. de C. Los sistemas armamentísticos tardan un tiempo en asimilarse, y más cuanto más complejos son; y el sistema del carro, que incluía además el arco compuesto, el caballo y los arreos — todos ellos ajenos a las tierras en las que reinaban los reyes con ejércitos de carros— era un sistema complejo. No es de extrañar que egipcios e hititas fuesen aún torpes estrategas con carros y que la nueva arma tardase en desarrollarse y en alcanzar su pleno potencial en el ejército asirio. En el apogeo del imperio ya debía de haberse

convertido, como dejaron documentado los escribas de Sargón y Senaquerib, en un arma que causaba sorpresa y pánico, con sus caballos guiados, perfectamente entrenados por su auriga, en una carga a toda velocidad, y que era utilizada por el arquero como plataforma para lanzar desde ella una lluvia de flechas. Escuadrones de carros, con conductores entrenados para apoyarse mutuamente, debieron de librar encuentros muy similares a los de los vehículos blindados de nuestra época, siendo vencedor el bando capaz de neutralizar el mayor número posible, mientras los infantes desafortunados o audaces que se interpusieran a su paso quedarían hechos picadillo.

EL CABALLO DE GUERRA

Cuando el carro de guerra estaba en el apogeo de su eficacia, fue suplantado por uno de los elementos de su conjunto: el caballo. Se ha sugerido que fueron los propios asirios los autores de esta revolución que, paradójicamente, causaría la caída de su imperio.

El caballo ya se montaba en el mundo civilizado desde el segundo milenio, y el arte ecuestre lo dominaban ya los egipcios en el 1530 a. de C., relieves del siglo XII muestran soldados a caballo, uno de los cuales participa en la batalla de Qadesh^[244]. Pero no se trata de jinetes, pues todos montan a pelo, sin estribos, y van sentados sobre los cuartos traseros en vez de en el centro del animal; lo que sin duda indica que los caballos no eran aún lo bastante fuertes para ser montados al estilo ecuestre moderno. Sin embargo, hacia el siglo VIII. a. de C., se había obtenido, gracias a la crianza selectiva, un caballo que los asirios montaban con la silla adelantada, cargando el peso en los hombros del animal, y ya se había establecido una cierta compenetración entre montura y jinete, de tal modo que este era capaz de disparar con arco cabalgando. De todos modos, esa compenetración (o quizá el arte de equitación) no había avanzado aún lo suficiente como para que el jinete pudiese soltar las riendas: en un bajorrelieve asirio se ve a soldados de caballería por parejas, en las que uno dispara el arco compuesto mientras su compañero sujeta las riendas de los dos caballos; lo que, según observa William McNeill, vendría a ser como montar en carro pero sin carro^[245].

No obstante, es muy probable que el hombre montase a caballo en la estepa antes que en las tierras civilizadas; y es posible que el empleo del arco a caballo procediese de los asirios de la frontera de la estepa y fuese adoptado por pueblos más avanzados en el arte de la equitación. Sabemos que aún en la época del reinado de Sargón II el aprovisionamiento de caballos seguía realizándose en la estepa, donde se capturaban potros salvajes todos los años para domarlos y venderlos a Asiria, por lo que no es raro que el arte de disparar el arco a caballo viajase en dirección opuesta^[246].

En cualquier caso, la caída del imperio asirio fue debida a la irrupción a finales del siglo VII a. de C., de un pueblo ecuestre llamado los escitas, una raza de Irán cuyo lugar de origen podría ser tan lejano como los montes de Altái en el este de Asia central; parece ser que llegaron pisándole los talones a otro pueblo ecuestre iraní, los cimerios, que invadieron Asia Menor hacia el 690 a. de C., trastocándolo todo. Los propios asirios, a la llegada de los escitas, sufrían fuertes presiones en las fronteras de su imperio: al norte, en Palestina; al sur, por el supuesto estado vasallo de Babilonia; y al este, por los medos de Irán. Todas estas presiones habrían podido resistirlas, pues Asiria se había recuperado de sus antiguos desórdenes; pero en el 612 a. de C., los escitas se aliaron a los medos y a los babilonios y pusieron sitio a la gran ciudad de Nínive, consiguiendo tomarla. Dos años más tarde, a pesar de la ayuda egipcia, el último rey asirio volvió a ser vencido por una alianza de escitas y babilonios en Harrán, y en el 605 el poder asirio pasó a Babilonia.

Y el poder de Babilonia no tardó en pasar a manos de Persia, el último de los grandes imperios que se instauró en la cuna de la civilización. Pero el poder persa no estaba muy enraizado en una técnica militar avanzada, pues, en definitiva, se basaba en el carro y, a pesar del reclutamiento de infantería mercenaria y el entrenamiento de los nobles para combatir en formación de caballería, eran los guerreros en carro los predilectos de los emperadores. Así, cuando Darío se enfrentó a un adversario con mejores medios bélicos, fue derrotado. Su imperio se dividió entre los sucesores de Alejandro, y una frágil modalidad del sistema militar alejandrino le sirvió de defensa durante más de un siglo. Pero, a lo largo de los dos mil cuatrocientos kilómetros de frontera que separan la estepa de las tierras habitadas entre el Himalaya y el Cáucaso, ni la táctica con carros, ni las occidentales de Alejandro, eran ya apropiadas, una vez que los pueblos nómadas ecuestres hubieron aprendido que la civilización era vulnerable. De manera que los primeros escitas que invadieron Mesopotamia al final del siglo VII a. de C., fueron los precursores de un ciclo ininterrumpido de incursiones, expolios, captura de esclavos, matanzas y, en ocasiones, conquistas que afligirían al flanco externo de la civilización durante dos mil años en Oriente Próximo, India, China y Europa. Estos ataques constantes en los límites de la civilización ejercieron profundas transformaciones en su naturaleza interna; al extremo de que podemos considerar a los nómadas de la estepa como una de las fuerzas más importantes —y funestas— de la historia. El instrumento inocente del mal que harían fue el descendiente de aquel pequeño caballo de áspero pelaje que el hombre criaba y comía en el Volga tan solo doce generaciones antes de que los escitas hicieran su temible aparición.

LOS PUEBLOS ECUESTRES DE LA ESTEPA

¿Qué es la estepa? Para los habitantes sedentarios de las tierras cálidas, la estepa es el

vasto espacio deshabitado que en el mapa ocupa el área que hay entre el Ártico y el Himalaya, y entre los valles fértiles de China y la barrera de las marismas del Prípiat y los Cárpatos. Pero en el mapa mental del hombre civilizado esa inmensidad, más que una zona sin características relevantes y climáticamente indiferenciada, es una región de vegetación escasa y uniforme, sin montañas, ríos, lagos ni bosques, una especie de océano sin agua y sin navegantes.

La impresión no se ajusta a la realidad. Ya en época moderna, su extremo occidental estaba habitado por millones de colonos rusos y ucranianos, y antes de que comenzasen a poblar las orillas de los grandes ríos de la estepa —Volga, Don, Donets, Dniéper—, los viajeros que se aventuraron en ella comprobaron que el clima y la topografía configuraban diversas regiones. Los geógrafos suelen señalar tres: la taiga o foresta subártica que va desde el Pacífico norte hasta el cabo Norte del Atlántico; una amplia franja de desierto que llega hasta la Gran Muralla por el este y hasta Irán por el oeste; y, entre ambas, la verdadera estepa.

La taiga es un terreno terrible de climatología extrema —cerca de Yakutsk se ha comprobado que la tierra permanece constantemente helada a ciento treinta metros de profundidad— y los pescadores y cazadores que sobreviven en la orilla de los ríos que desaguan en el Ártico —Obi, Yeniséi, Lena y Amur— son modestos habitantes de los bosques; y entre ellos solo los tunguses, habitantes de Siberia oriental y de la cuenca del Amur, son históricamente conocidos, principalmente los manchúes, que se apoderaron del trono de China en el siglo VII.

En la franja desértica:

Ninguno de los ríos llega al mar, pues se pierden antes en la arena o desaguan en marismas saladas. El desierto de Gobi es una tétrica soledad de arena, piedras y grava que se extiende mil novecientos kilómetros, habitado únicamente, según la superstición popular, por demonios, cuyos horribles lamentos es más plausible atribuir al ruido de las dunas móviles que forman y deshacen los fuertes vientos. Su única vegetación es de maleza y pequeños juncos; el clima resulta extremado, y tanto en primavera como en invierno lo azotan tempestades de arena helada; las lluvias son escasas, aunque tras un breve chaparrón el desierto se cubre de pronto de pequeñas plantas verdes. El Taklamakán es un Gobi en miniatura, tan azotado en verano por tempestades de polvo asfixiante que solo se permite viajar por él en invierno. El desierto de Kavir persa, de mil trescientos kilómetros de ancho, está formado más por marismas saladas que por arena; pero tiene oasis.

Estos oasis fueron la clave, según la teoría de William McNeill, de la llegada a China de los pueblos indoeuropeos conductores de carros.

La verdadera estepa es un cinturón de tierra herbácea de cuatro mil ochocientos kilómetros de largo y un promedio de ochocientos kilómetros de ancho, que linda al norte con la región subártica y al sur con el desierto y las montañas, y tiene en su

extremo oriental los valles fértiles de China y en el occidental las rutas de aproximación a las tierras fértiles de Oriente Medio y Europa, y que forma

pastos sin árboles en una llanura herbácea entre montañas, no apta para la agricultura si no es al precio de costosos riegos, pero admirablemente apta para el ganado vacuno, ovino y caprino, ya que tiene en los valles subalpinos del Altái excepcionales pastos. La vegetación es en su mayor parte hierba de excelente calidad, y la superficie del terreno consta de grava, sal y margas; el clima, aunque severo, y en la alta estepa espantosamente frío en invierno [bajo cero en el Altái doscientos días al año], es seco y soportable, y los pastores de la región suelen ser muy longevos^[247].

Los geógrafos diferencian la estepa alta y baja, respectivamente al este y al oeste del Pamir, y que aflora en el Himalaya. Por lo tanto, se extiende en «declive» en sentido oeste, dirección en la que mejoran los pastos y que, en consecuencia, fomenta la migración hacia Europa y Oriente Medio. Sin embargo, históricamente ha habido mucho movimiento en dirección contraria; el paso de Zungaria, al sur del Altái, crisol de la estepa, procura una salida natural hacia las llanuras chinas y constituye un paso más fácil que los que existen hacia Occidente —en los extremos del Cáucaso, entre el Caspio y el mar de Aral, y por el extremo norte del mar Negro hacia el corredor de Adrianópolis—, que son más estrechos y de defensa más fácil.

Los escitas, primer pueblo de la estepa conocido, procederían probablemente del Altái, y siguieron la pendiente de la estepa en dirección oeste, atacando Siria. Entre los que los siguieron, los turcos procedían con toda certeza del Altái, y su lengua (parecida a la de los kazajos, uzbekos y kirguises, entre otros) era y sigue siendo el principal idioma de Asia central; los hunos que se presentaron a las puertas de Roma en el siglo v hablaban una lengua perteneciente al grupo turco. El mongol, por el contrario, hablado por pocos pueblos de la estepa, debió de originarse en las zonas boscosas del norte del lago Baikal y al este del Altái; el manchú, también turanio, procede del este de Siberia. Sin embargo, algunos de los primeros pueblos nómadas ecuestres eran indoeuropeos, igual que los primeros guerreros conductores de carros, y hablaban lo que después se convirtió en persa; lenguas del mismo grupo, ahora muertas pero habladas por los guerreros de la época eran el sogdiano y el tocario, y otra era la del pueblo que los romanos llamaban sármata^[248].

¿Qué indujo a los nómadas ecuestres a abandonar la estepa? Es difícil encajar su conducta guerrera en ninguna de las pautas que los antropólogos sociales han analizado en otras sociedades. Desde luego, no eran guerreros «primitivos», ya que desde un principio combatían para vencer. Por lo tanto, las explicaciones fundamentadas en posibles querellas de parentesco o ceremoniales no encajan bien; la territorialidad tampoco parece un criterio adecuado: a pesar de que las tribus nómadas tenían, sin duda, apego a los pastos y reconocían las reclamaciones ajenas, era

también característica sobresaliente del nomadismo la fluidez de su composición tribal, pues la jefatura era precaria y los sucesores reñían o se coaligaban inopinadamente. Quizá la tesis más fecunda sea la de cariz ecológico, la relativa a la «capacidad de subsistencia». William McNeill ha argumentado convincentemente que la vida en la estepa estaba sujeta a un súbito y demoledor cambio climático; las estaciones cálidas y húmedas, que procuraban buenos pastos y una elevada tasa de supervivencia de crías animales —y humanas— solían ir seguidas de épocas muy severas en las que numerosos rebaños y familias quedaban sin subsistencia. La migración dentro de la estepa de nada servía, ya que los vecinos se hallaban en igual situación y ofrecían resistencia a las incursiones; la única alternativa era continuar hacia climas más amables, en los que el cultivo de la tierra procurase el apremiante alimento^[249]. El fallo perceptible de esta explicación —que el propio McNeill percibe y admite— es que los nómadas habrían aprendido con el tiempo a prever la alternancia entre épocas malas y buenas, con posibilidades de construir sus casas fuera de la estepa y, en consecuencia, tras la adquisición del arte ecuestre, esta habría quedado deshabitada. En cierto sentido así fue, pues los agresores que se aventuraron más lejos de la estepa —mongoles y turcos— fundaron imperios que cobraban tributo a pueblos sedentarios, con lo que se libraron del ciclo de hambruna en el mar de hierba. No obstante, los nómadas tenían una debilidad: les gustaba la vida nómada y despreciaban al fatigado agricultor, apegado al surco, al buey y al arado. Lo que los nómadas querían era lo mejor de ambos mundos: la comodidad y el lujo que procuraba la vida sedentaria y la libertad del jinete en campo abierto, la caza y el cambio de lugar al ritmo de las estaciones.

Donde mejor se aprecia la persistencia del carácter nómada es en el Topkapi de Estambul, palacio de los sultanes turcos otomanos en el que, hasta principios del siglo XIX, los gobernantes de un imperio que abarcaba desde el Danubio hasta el océano Índico pasaban sus días como habrían podido hacerlo en la estepa, sentados en almohadones o en suelos alfombrados de una especie de tiendas plantadas en los jardines de palacio, vestidos con el caftán y los pantalones holgados de jinete, y adoptando como principales insignias reales el carcaj y las flechas del guerrero a caballo. A pesar de estar situado en la capital del imperio romano de Oriente, el palacio de Topkapi continuaba siendo un campamento nómada en el que los estandartes bélicos de colas de caballo eran adorno protocolario ante los visitantes ilustres, y los establos estaban a mano.

Se ha propuesto otra tesis a propósito de la modalidad de guerra nómada: que era el medio de forzar a comerciar a los habitantes de tierras civilizadas. Y es cierto que los pueblos de la estepa aprendieron muy pronto a comerciar con caballos, y probablemente con esclavos, y tenían artículos de consumo que los mercaderes estaban dispuestos a comprar o intercambiar por productos manufacturados. Una de las condiciones que los hunos impusieron a los romanos para establecer la paz a mediados del siglo V fue que volviera a abrir un mercado en el Danubio «como en

tiempos anteriores»^[250]. El éxito de los intereses comerciales en ambos extremos de la ruta de la seda que unía a China con Oriente Medio, abierta en el siglo II a. de C., y el logro de mantener el tráfico a lo largo de ella durante más de mil años, invita a pensar que los nómadas solían ser conscientes de las ventajas de fomentar el comercio y de no saquear aquel flujo de mercancías que discurría por sus tierras. No obstante, se interrumpía con frecuencia cuando la codicia se imponía sobre el sentido comercial y, además, el comercio forzado no funciona cuando existe un desequilibrio entre lo que se demanda y lo que se ofrece. Sencillamente, la estepa no producía suficientes cosas que deseara la civilización para que unas transacciones iniciadas por medios militares se mantuviesen como incentivo comercial normal. Como comprobarían los ingleses cuando intentaron colocarle a China un excedente de opio en el siglo XIX, la demanda de compra impuesta por las armas hace inevitablemente que el vendedor imponga su voluntad política al reacio comprador, convirtiéndose así en un imperialista de hecho. En cualquier caso, tan rebuscada maniobra no pudo ocurrírseles a los primitivos pueblos ecuestres.

LOS HUNOS

El primer pueblo de la estepa del que se conocen datos en abundancia son los hunos, invasores del imperio romano en el siglo V. De poder identificarlos con los hiong-nu, habrían desestabilizado gravemente la China unificada de la dinastía Han en el siglo II a. de C. Los hunos, que probablemente hablaban una lengua turca, eran ágrafos. Su religión consistía en un «simple culto a la naturaleza»; se cree que utilizaban chamanes o invocadores de espíritus, que hacían de mediadores entre Dios y el hombre, igual que sabemos de los pueblos de los bosques del norte que emigraron a América; y se sabe con certeza que practicaban la escapulimancia, o agüero mediante el hueso escapular de los corderos. Para los hunos era importante la adivinación del futuro; parece ser que fueron los hunos mercenarios que llevaba Litorio entre sus tropas quienes le hicieron el vaticinio antes de la batalla de Tolosa en el año 439, siendo este el último general romano, que se sepa, que recurrió a los antiguos ritos paganos^[251]. El sistema social de los hunos eran sencillo: reconocían el principio aristocrático —Atila se vanagloriaba de ser de buena cuna— y tenían cierto número de esclavos, pero no existía ninguna otra división social.

Vendían esclavos, por supuesto, y en gran cantidad después de hacer una conquista, y los escritores cristianos del siglo V se muestran horripilados por lo inhumanos que eran al separar a los miembros de una familia para la venta en el mercado^[252]. Qué duda cabe de que el comercio de esclavos era mucho más productivo que la venta de caballos y pieles, y los hunos no tardaron en establecerse en las provincias periféricas del imperio romano. Pero también recaudaban buenos

ingresos en oro por el rescate de prisioneros militares y civiles, así como sumas directas de los últimos emperadores romanos: entre los años 440 y 450, las provincias orientales les abonaron trece mil libras de oro —unas seis toneladas— a cambio de la paz^[253]. Son esta clase de transacciones las que arrojan dudas en cuanto a la interpretación de las incursiones de los pueblos de la estepa como «huida de cambio climático» o «para forzar el comercio». La verdad resulta mucho más simple: los nómadas —físicamente curtidos, logísticamente móviles, culturalmente acostumbrados a derramar sangre, éticamente inmunes a las prohibiciones religiosas de arrebatar la vida o limitar la libertad de los ajenos a la tribu— vieron que la guerra merecía la pena.

Otra cuestión es que las conquistas obtenidas por medio de la guerra pudieran conservarse. La naturaleza parece imponer límites a la profundidad de penetración que los nómadas son capaces de llevar a cabo en las tierras sedentarias. La exigencia nómada de tierras de riego para obtener pastos rápidamente trastoca el sistema y lo hace regresar a un estadio en el que la tierra ya no cubre las necesidades ni de bestias ni de hombres; si esta se ha ganado al bosque, pronto vuelve a reforestarse, al quedar dispersa la población agrícola. (Esta dinámica fue desastrosa en Mesopotamia tras la llegada de los turcos en el siglo XIII^[254]). Por lo tanto, la extensión nómada solo puede consolidarse en las tierras limítrofes entre la estepa y las zonas de cultivo; pero estas tierras no admiten más que una población limitada. En Asia, en donde los nómadas ya estaban medio integrados en la civilización china, su asimilación fue fácil, aunque fuese bajo la forma de clase dirigente; pero en Occidente, donde la religión y la costumbre civilizada imponían una distinción más drástica entre ellos y los agricultores, las zonas limítrofes fueron un campo de batalla permanente en el que el cultivo de la tierra había de defenderse por la fuerza de las armas.

Para los hunos de Atila, los campos arados de la Galia y las huertas de la llanura del Po debieron de ser un paisaje incomprensible, pues tendrían comida en abundancia, pero no de la clase a la que ellos estaban acostumbrados y no de las variedades que después de forrajear se reponen; la hierba no se regenera en una sola estación como el trigo o las alubias. Se dice que Atila llegó con su pueblo en carros, pero no pudo traer sus ovejas ni un gran número de caballos; necesariamente debió de dejar atrás su base económica tradicional, quizá en una zona tan alejada como el valle del Danubio. Puede que fuese la añoranza de sus rebaños y manadas lo que explica su misteriosa partida de Italia en el 452, cuando tenía la península indefensa en sus manos. Su regreso a las tierras herbosas en tales circunstancias tendría lógica; pero no fue su retirada lo que sorprendió al imperio romano, sino su invasión, y antes de ella el empuje de los hunos en Europa oriental, lo que provocó un ataque masivo de tribus germánicas en la frontera del Danubio. La secuencia de la ofensiva hunica desde la estepa nos da un claro ejemplo de lo demoledora que puede ser una campaña de los pueblos nómadas ecuestres cuando optan por la alternativa de la guerra.

Si los hunos eran los hiong-nu, que amenazaron a China en el siglo II a. de C., (su

identificación solamente la avala la evidencia de una única pieza escita), nada se supo de ellos entre el siglo I a. de C., y el año 371, en que derrotaron a los alanos, un pueblo iranio, en la batalla del río Tanais, entre el Volga y el Don; muchos de estos alanos se unieron a los hunos, y otros alcanzaron las fronteras romanas y se hicieron mercenarios de caballería^[255]. En el 376 los hunos avanzaron desde el Volga e invadieron las tierras godas entre el Dniéper y la frontera romana del Danubio. Los godos eran la tribu germánica más belicosa que llevaba presionando durante casi un siglo en la frontera del imperio romano; su rama occidental (los visigodos) estaba asentada en un territorio que había sido romano entre el 106 y el 275 —la provincia de Dacia (actual Hungría)— y, en aquel momento de dificultades para el imperio, sus caudillos trataban de igual a igual con los emperadores. El avance de los hunos, empujando en vanguardia a los godos del este (ostrogodos), hizo que de la noche a la mañana los visigodos se tornaran mendicantes, y los romanos les permitieron con reticencia —ya había demasiados bárbaros dentro del imperio— cruzar el Danubio. Y sus primos hermanos les siguieron los pasos. Pero los funcionarios locales los trataron mal y, aunque habían entregado las armas para que los dejaran entrar, se agenciaron otras y presentaron batalla junto al delta del Danubio. Los romanos habrían podido vencerlos fácilmente, pero, presa del pánico por el rumor, no se sabe si cierto o falso, de que se habían aliado con los hunos, que estaban acampados al otro lado del Danubio, se retiraron a los Balcanes.

Comenzaron a estallar disturbios, tal vez fomentados por los godos, en toda la frontera de Roma con Germania, y mientras el joven emperador Graciano trataba de contener a los alemanni en el Rin, en el este el emperador Valente congregó el mayor ejército que pudo y avanzó para cortar el paso a los godos que saqueaban el este de Grecia. El 9 de agosto del año 378 apareció ante su campo fortificado en las afueras de Adrianópolis, resultó herido en una caótica batalla y pereció en la matanza que siguió. La muerte en combate del emperador, cuando hacía poco se había producido la de Juliano en la guerra contra Persia (363), fue un grave golpe para Roma. No obstante, la consecuencia inevitable de Adrianópolis no fue el daño moral o material, sino la barbarización del ejército de Teodosio, nuevo emperador oriental, que impusieron los visigodos como condición para integrarse; a cambio de autorizarlos a asentarse, con sus armas, dentro del imperio al sur del Danubio (382), los visigodos se comprometieron, además de sellar la paz, a luchar por el emperador en condición de aliados «federados».

«El asentamiento supuso [...] una grave brecha sin precedentes»^[256]. Los romanos, igual que antes habían hecho los asirios, ya habían integrado contingentes bárbaros en su ejército, pero en número limitado y como especialistas; al aumentar la presión sobre el imperio, la cifra fue incrementándose —en Adrianópolis tal vez hubiera veinte mil godos «romanos», y en la caballería existían unidades mercenarias de hunos con participación de otros pueblos nómadas—; pero, hasta entonces, el imperio había mantenido siempre el control del mando, ya fuese designando

generales de Roma, ya ascendiendo a los bárbaros a la codiciada —y bien pagada— cadena de mando del ejército. El acuerdo de Teodosio puso fin a esta situación, y a partir de entonces las fuerzas bárbaras tuvieron autonomía dentro del imperio; y cuando la presión constante de contingentes bárbaros de allende las fronteras fue provocando sucesivas crisis de mando en el interior, los jefes bárbaros se mostraron partidarios de uno u otro candidato al trono imperial, con catastróficas consecuencias económicas y militares.

Así, aunque Teodosio logró reunificar el imperio bajo un solo trono, permitió que entraran en él más godos durante sus campañas de pacificación, y aquel contingente visigodo al mando de Alarico, tras la muerte de Teodosio en el año 395, causó un daño irreparable a los restos de la estructura del imperio en Occidente. En el 401, desde su base en Grecia, Alarico invadió Italia cruzando los Alpes, desatando una campaña de saqueos que Estilicón, el último general romano, tardó tres años en contener. Al final, el ejército de Estilicón estaba tan mermado que carecía de potencia para hacer frente al peligro que se avecinaba: en el 405, la mayor horda de bárbaros jamás vista, una coalición de pueblos germánicos formada por vándalos, burgundios, suevos y godos al mando de Radagaiso, cruzó el Danubio, los Alpes y se internó en el valle del Po. Parece ser que se vieron desplazados del norte de Alemania por los hunos que presionaban hacia el norte a partir de sus tierras de asentamiento en Dacia, que constituye la última zona herbosa esteparia en los límites del bosque europeo. Estilicón pudo por último confinar a las hordas de Radagaiso en una zona próxima a Florencia, rendirlas por hambre y obligar a los supervivientes a volver a cruzar los Alpes hacia el sur de Alemania. A partir de entonces, esas tribus cruzaron por separado el Rin e iniciaron la barbarización de la Galia.

La pérdida del control por parte de los romanos de las provincias occidentales fue rápida, y en ella Alarico desempeñó un papel crucial. En el 410 tomaba y saqueaba Roma, tras lo cual emprendió la marcha hacia el sur decidido a conquistar el África romana; pero murió antes de lograr hacerse con una flota. Mientras tanto, el imperio oriental se enfrentaba también al peligro de los hunos que habían invadido brevemente Grecia en el 409; afortunadamente, algunos hunos se mostraron dispuestos a cambiar de bando gracias a los incentivos, y estos mercenarios procuraron a Aecio, «el último romano», la fuerza con que mantuvo la autoridad imperial en el segundo cuarto del siglo v^[257]; a partir del 424, dirigiendo campañas, principalmente en la Galia, logró contener a los invasores teutónicos, mientras Hispania y el África romana se venían abajo invadidas por los vándalos. Entre los años 433 y 450, Aecio estuvo casi constantemente guerreando en la Galia.

En el 450 se enfrentó a un nuevo peligro. Los hunos de Hungría llevaban actuando veinte años como potencia independiente en el flanco del imperio oriental, cobrando tributo al emperador y al mismo tiempo saqueando su territorio en alianza con los caudillos teutones, en beneficio mutuo. En el año 441 volvían a saquear Grecia al mando de Atila, sobrino de su rey, quien en el 447 se presentaba ante los

muros de Constantinopla, en el 450 llevaba sus hordas a la Galia y en el 451 ponía sitio a Orleáns. No era el asedio un arte que los hunos dominasen, ni lo haría ningún otro pueblo ecuestre antes de los mongoles, y, mientras Atila se hallaba ocupado ante las murallas de Orleáns, Aecio, improvisando gestiones diplomáticas, lograba reunir un ejército de francos, visigodos, burgundios y alanos y lo obligaba a presentar batalla en las llanuras de la Champagne, entre Troyes y Châlons.

La batalla de Châlons, librada en junio de 451, ha sido calificada como una de «las batallas decisivas de la historia». En ambos bandos intervinieron pueblos ecuestres teutónicos, y fueron los alanos de Aecio quienes soportaron el peso de la encarnizada embestida con los hunos de Atila; cuando este se percató de que Aecio había aprovechado ese primer choque para efectuar una maniobra envolvente hacia su retaguardia, se refugió en su campamento de carros y, cubierto por los arqueros hunos, pudo emprender la retirada hacia el Rin. Desde allí, al año siguiente se dirigía a Italia, y su aparición en la llanura del Po hizo que sus habitantes se refugiaran en las islas que más tarde constituirían Venecia, y también, según una leyenda popular, que el papa León I se llegase a su campamento y lo convenciese de que no atacase Roma. Lo cierto es que Atila no continuó su avance hacia el sur y, tras avenirse a cobrar rescate por sus cautivos más importantes, dio media vuelta y se retiró. Al cabo de dos años «el azote de Dios» había muerto y el imperio huno se había desmoronado.

Existían razones circunstanciales para que el ejército de Atila abandonase Italia, pues había sufrido una hambruna, se había declarado en él una epidemia de peste y un ejército del imperio de Oriente había cruzado el Danubio para emprender una campaña en Hungría. Sin embargo, estas circunstancias no explican por qué el imperio huno no perduró hasta la muerte de Atila, ni por qué, al morir sus hijos, los hunos desaparecieron de la historia. Una posibilidad es que, durante su asentamiento en las fronteras del imperio romano, hubiesen abandonado sus hábitos esteparios, adoptando métodos teutónicos de lucha y, en consecuencia, resultaran absorbidos^[258]; tesis que refuta el más meticuloso albacea de datos sobre los hunos, Maenchen-Helfen: «Los guerreros a caballo de Atila seguían siendo los arqueros ecuestres que en la década del 380 habían invadido el valle del Vardar en Grecia». Otra explicación es que la llanura húngara no es lo bastante amplia para sustentar a manadas tan numerosas como las requeridas por los hunos para mantener su caballería, pues es cierto que los pueblos ecuestres necesitan reatas muy extensas; Marco Polo, que cruzó Asia central en el siglo XIII, señaló que un solo jinete cuenta con no menos de dieciocho monturas, y, además, se ha calculado que en la llanura húngara no pueden pastar más de ciento cincuenta mil caballos: demasiado pocos, aun sobre la base de diez caballos por jinete, para dar montura a las hordas de Atila. No obstante, en este cálculo no entra en consideración el clima mucho más templado prevaleciente en esa región en comparación con el de la estepa, lo que procura un pasto más rico y duradero. En 1914, Hungría disponía de una caballería de veintinueve mil jinetes, con un caballo por jinete; pero a pesar de que estos animales

serían más grandes que los de Atila y parcialmente forrajeados con grano, las diferencias no bastan para explicar que las necesidades se redujeran a la décima parte^[259]. Los caballos de los hunos debieron de aumentar en los setenta años que permanecieron allí, y es muy poco probable que tuvieran escasez de ellos cuando se pusieron en marcha hacia Occidente en el 450.

Por otro lado, es muy probable que una gran cantidad de los caballos que traía fuesen montados hasta el agotamiento y que no pudiera sustituirlos a través de su línea de comunicaciones. En las campañas de caballería muere un elevado número de caballos si no se los puede dejar pastar y descansar; en la guerra de los bóers de 1899 a 1902, por ejemplo, el ejército inglés perdió 347 000 de los 518 000 que empleó, a pesar de que en el país existían abundantes pastos y su clima es benigno; pues de ellos, solo una fracción mínima, que no alcanza al dos por ciento, pereció en combate. El resto murió por agotamiento, enfermedad o mala alimentación, a una media de trescientos treinta y seis diarios durante la campaña^[260]. Aparte de eso, Atila no tenía medios para trasladar sus caballos en barco o ferrocarril, como hicieron los ingleses desde Inglaterra a Sudáfrica y viceversa. Por consiguiente, lo más verosímil es que los repuestos que pudiera recibir por tierra desde Hungría no estuvieran ostensiblemente en mejores condiciones que los que cabalgaban sus hombres, y la retirada a las zonas de pasto acabaría con muchos de los que le quedaban. «El azote de Dios» habría sido peor enemigo para su propio ejército. Parece que dejó a sus hijos unas fuerzas de poca monta, y la muerte de estos en combate, uno frente a los godos y el otro frente a un general del imperio romano de Oriente en el 469, son las últimas noticias históricas que tenemos de los hunos^[261].

EL HORIZONTE DE LOS PUEBLOS ECUESTRES, 453-1258

Con todo, a pesar de la brusca desaparición de los hunos de la historia, son ellos quienes representan la llegada de los pueblos nómadas ecuestres, y esos pueblos continuarían siendo amenaza constante para las civilizaciones de Europa, Oriente Medio y Asia durante el siguiente milenio; habían experimentado un extraordinario ascenso de poder en poco menos de mil quinientos años y eran, además, unos pueblos nuevos desconocidos para el resto de la civilización. La fuerza militar era, desde luego, un principio ya establecido antes de que apareciesen; pero solo como recurso de los gobiernos y las poblaciones sedentarias que ellos dominaban, y estrictamente limitado por el alcance de la economía por la que se regían.

Los ejércitos avituallados a partir de excedentes agrícolas, y con radio de acción limitado por la velocidad y la resistencia de la marcha a pie, no podían emprender campañas de conquista sin freno; cosa que tampoco necesitaban, puesto que ante enemigos con idénticas limitaciones a lo único a lo que se arriesgaban era a ser vencidos en combate, pero nunca en una guerra relámpago.

Pero los pueblos nómadas ecuestres eran distintos. Atila había demostrado su habilidad para desplazar el centro estratégico de esfuerzo —*Schwerpunkt*, como lo denominaría posteriormente el manual del estado mayor prusiano— desde el este de Francia hasta el norte de Italia en sucesivas campañas: ochocientos kilómetros a vuelo de pájaro, y considerablemente más en la práctica, porque operaba sobre líneas exteriores de variación. Nunca se había llevado a cabo, ni había sido posible aplicar tal estrategia. La libertad de maniobra a tal escala era el meollo de la «revolución de la caballería».

Los pueblos ecuestres combatían también sin limitaciones en otro aspecto. No buscaban, como los godos, apoderarse o adaptar las civilizaciones medio incomprensibles para ellos en las que irrumpían; ni tampoco buscaban —pese a los indicios existentes de que Atila consideró el casamiento con la hija de un emperador del imperio de Bizancio— suplantarse la autoridad política existente por la suya: querían sin más el botín de guerra; hacían la guerra por el solo objetivo de tomar despojos, correr riesgos, experimentar emociones; por la mera satisfacción animal del triunfo. Ochocientos años después de la muerte de Atila, Gengis Kan, al preguntar a sus compañeros de armas mongoles cuál era el más dulce placer de la vida, cuando le respondieron que la cetrería, les replicó: «Estáis equivocados. La mejor fortuna del hombre es cazar y vencer a sus enemigos, apoderarse de sus bienes, dejar a sus esposas llorando y gimiendo, montar su caballo castrado [y] servirse del cuerpo de sus esposas como camión y respaldo»^[262]. Así habría hablado Atila, desde luego, pues fue conforme a ese espíritu como actuó.

El caballo, en conjunción con la crueldad humana, transformó la guerra, haciéndola por primera vez «un fin en sí». Es a partir de aquí cuando podemos hablar de «militarismo», un aspecto de las sociedades en las que la mera habilidad para hacer la guerra, rápidamente y con buenos resultados, se convierte en un fin en sí mismo. Sin embargo, militarismo es un concepto que no puede aplicarse a ninguno de los pueblos nómadas ecuestres, porque implica la existencia de un ejército como institución dominante, aunque al margen de otras instituciones sociales. No existía tal división entre los hunos de Atila ni existió entre ningún otro pueblo ecuestre hasta que los turcos se convirtieron al islamismo. En los pueblos nómadas ecuestres, los varones adultos útiles constituían de hecho el ejército, pero no la clase de ejército con que Turney-High medía la posición de una sociedad por encima o por debajo del «horizonte militar». Todos los pueblos ecuestres que emprendieron la conquista desde la estepa hacia las tierras civilizadas hacían la «guerra verdadera», en sentido lato: ninguna restricción en el uso de la fuerza, un solo propósito y la decisión única de obtener la victoria; pero su guerra no tenía un fin político en el sentido clausewitziano, ni ejercía un efecto cultural transformador, ni era un medio de progreso material o social, sino todo lo contrario: era el instrumento por el que conseguían riquezas para mantener un mismo estilo de vida y permanecer exactamente tal como habían sido desde que sus antepasados tensaron por primera

vez un arco montados a caballo.

Ninguno de los pueblos nómadas procedentes de la estepa alteró por propia voluntad sus hábitos. A lo sumo, sus caudillos más relevantes fueron absorbidos como clase dirigente por las sociedades sedentarias que conquistaron; aunque sin abandonar su espíritu nómada, como ocurrió con los turcos islamizados, a pesar del grado en que mantuvieron las formas bizantinas de gobierno dentro de su imperio tras la toma de Constantinopla en 1453. El sistema mameluco, pese al grado de autonomía de que gozaban sus miembros, era, como hemos visto, un simple medio para perpetuar el modo de vida del nómada a caballo con toda la riqueza y los honores que aportaba el poder militar. Además, casi ninguno de los pueblos ecuestres, durante la mayor parte del tiempo que las fronteras de China, Oriente Medio y Europa estuvieron expuestas a su ataque, logró integrarse ni imponerse como conquistador en esas sociedades más avanzadas. La vida esteparia seguía enraizada en la guerra, pero era una alternativa dura, bloqueada en casi todas direcciones por las defensas de estados que luchaban aún con más empeño por mantener a esos pueblos nómadas confinados dentro de la estepa, tras haber aprendido las atroces consecuencias de bajar la guardia.

Tras la desaparición de los hunos no quedó ningún pueblo nómada importante en contacto con la civilización de Europa ni de Oriente Medio. El más importante lo constituyeron los heftalitas, llamados hunos blancos, que al parecer fueron desplazados a la frontera norte de Persia por los hiong-nu cuando ambos pueblos vivían juntos en tierras limítrofes chinas^[263]. Los heftalitas tuvieron al menos un éxito espectacular, debido en parte a que Persia centraba sus energías en su guerra endémica contra Bizancio; pero en el año 567 lograron por fin derrotarlos y hacerlos huir hacia el este. Parece que llegaron hasta la India hinduista, donde sentaron las raíces del futuro poder de la casta *rajput*.

Mientras tanto, Bizancio mantenía a raya a varios pueblos nómadas impulsados hacia Occidente por las perpetuas discordias tribales de la estepa. Entre ellos estaban los búlgaros y los ávaros, los primeros empujados por los segundos, que a su vez fueron desplazados por el poder creciente de los turcos. Los búlgaros acabaron por asentarse en los Balcanes, donde serían causa de disturbios hasta ser sometidos por los otomanos. Los ávaros migraron a Hungría, causaron graves trastornos y, aunque a veces se aliaron con Bizancio, pusieron sitio a Constantinopla en el 626, y con ayuda de Persia estuvieron a punto de tomarla. Fueron rechazados, pero conservaron su potencial nocivo hasta que Carlomagno los venció finalmente en el siglo VIII, momento en que su hábitat fue ocupado por los magiares, el último de los pueblos nómadas ecuestres que migró de la estepa a Europa central.

No obstante, los ávaros, hasta ser obligados a migrar hacia el oeste, debieron de acostumbrarse a guerrear contra el poder imperial, si realmente pudiese identificárselos con los Yuan-Yuan que a principios del siglo V entraron en conflicto con la dinastía Wei del norte de China. Los Wei del norte eran una etnia de pueblos

de la estepa sinizados que, al caer el imperio Han unificado en el siglo III, gobernó al norte del Yangtsé. Son tan complicadas las circunstancias de su ascenso al poder que este periodo se conoce con el nombre de los «Dieciséis reinos de los cinco bárbaros» (301-439). Pero en el 386 los Wei del norte se habían hecho hegemónicos y comenzaron a reunificar el norte de China; y en el proceso entraron en conflicto con los Yuan-Yuan que entonces vivían en el desierto del Gobi y los expulsaron de su territorio. Los ayudaron a ello una clase sometida de los Yuan-Yuan, que trabajaban para estos como herreros: los turcos. Los turcos les guardaban rencor porque después de haber ayudado a sus amos a aplastar la sublevación de otra tribu sometida, su caudillo esperaba como recompensa la mano de la hija del caudillo Yuan-Yuan, lo que le fue negado. Los Wei del norte le ofrecieron una doncella noble de su etnia, y unos aliados de ellos cayeron sobre los Yuan-Yuan, que fueron aplastados. Los turcos se hicieron con su territorio y su jefe adoptó el título de *kagan* o *kan*, que después sería el de los jefes de la estepa.

El kan turco y sus sucesores formaron un gran imperio; fueron «los primeros bárbaros que crearon un reino tan vasto que lindaba en diferentes puntos con las cuatro grandes sociedades civilizadas de la época: China, India, Persia y Bizancio»^[264]. En el año 563, se habían extendido hasta el río Oxus, en la frontera este de Persia; y con los persas hicieron causa común contra los heftalitas. En el 567, el kan turco Istemi se había hecho con parte de las tierras heftalitas como botín de guerra; y al año siguiente era una figura con la suficiente importancia como para que Justino II, del imperio bizantino, recibiera una embajada suya y le enviase él otra, que hizo el larguísimo viaje hasta el centro de la estepa. Pero por entonces los turcos iniciaron un conflicto interno de autoridad en su imperio, defecto recurrente entre los pueblos ecuestres y principal causa de disolución de su desestructurada forma de gobierno. Durante este periodo de divisiones intestinas, perdieron gran parte de sus territorios del este frente al poder en ascenso de la dinastía Tang china, que en el 659 amplió su dominio hasta el río Oxus. Con todo, los turcos habían encontrado para entonces otro enemigo al oeste, que también estaba internándose en la estepa, realizando grandes conquistas y pugnando con los chinos por el control de Asia central. Un siglo después de este enfrentamiento por el poder en el corazón de la estepa, que culminaría en el 751 con la batalla del río Talas en el actual Kirguistán, el imperio turco llegaba a su fin^[265]. El nuevo enemigo eran los árabes.

Árabes y mamelucos

Los árabes no eran un pueblo nómada montado, aunque serían los más importantes guerreros a caballo del mundo civilizado. Solo por eso ya serían merecedores de la atención de los historiadores militares; pero la merecen por otras muchas cosas. En primer lugar, cuando los turcos chocaron con ellos estaban a punto de concluir una de

las mayores campañas de conquista de la historia: una campaña que había transformado a una etnia tribal casi desconocida del desierto de Arabia en dominadora de gran parte de Oriente Medio, todo el norte de África y España. Habían puesto en peligro el imperio bizantino, destruido el persa y fundado el suyo propio. Solo Alejandro Magno —que fue quien más lejos llevó sus conquistas en la historia— se había apoderado de una extensión de territorio similar y con la misma rapidez. Además, su pauta de conquista era creativa y unificadora. Aunque posteriormente tendrían conflictos internos, el primitivo imperio árabe era un todo que rápidamente se entregó a las artes de la paz. Los gobernantes árabes serían grandes arquitectos, amantes de la belleza y patrocinadores de la literatura y la ciencia, y a diferencia de los pueblos ecuestres, a quienes más tarde reclutarían para su ejército, mostraron una gran capacidad para emanciparse del estilo de vida de campaña y abrazar la civilización, cultivando formas refinadas de pensamiento y conducta.

Pero, lo que es más importante, destacaron entre los pueblos militares porque demostraron capacidad no solo para adaptarse ellos mismos, sino para transformar la guerra en sí. Se habían producido ya revoluciones militares, en particular las desencadenadas por el carro y la caballería. Los asirios habían establecido los principios de la burocracia militar, recogidos por los romanos y los griegos, como veremos más adelante; habían desarrollado la técnica de la batalla campal librada a pie. Pero los árabes le infundieron a la guerra una fuerza nueva, la fuerza de una idea. Ciertamente la ideología había desempeñado siempre un papel en la guerra: el ateniense Isócrates había propugnado una «cruzada» contra Persia en el siglo IV a. de C., en la que estaba implícita la idea de la libertad^[266]; durante la lucha del emperador Teodosio con los godos en el 383, el romano de origen griego Temistio argumentó que la fuerza de Roma residía «no en corazas y escudos, no en sus innumerables huestes, sino en la razón»^[267]; los reyes de Judea condujeron su lucha guiados por su Dios único; y Constantino, en la batalla del puente Milvio, invocó el símbolo de la cruz para obtener la victoria frente al pretendiente al trono. Todos estos casos representan, sin embargo, una ideología implícita o limitada. Aunque los griegos se enorgullecían de su libertad y despreciaban a los súbditos de Jerjes y Darío, que no podían gozar de ella, su odio hacia Persia era en el fondo un nacionalismo. Y el llamamiento a la razón carecía de consistencia en una época en la que los ejércitos de Roma estaban ya profundamente barbarizados y sus filas integradas por soldados salvajes que nunca habían oído hablar de la razón. Y Constantino aún no era cristiano cuando apeló al signo de la cruz para vencer. Y aunque los reyes guerreros de Israel extrajeran fuerza de la antigua alianza para sus modestas guerras locales, los cristianos de la nueva alianza se verían durante siglos ante el dilema de si hacer la guerra era moralmente permisible. En efecto, los cristianos no habían logrado la unanimidad respecto a la idea de que el guerrero fuese también creyente; el ideal del martirio siempre había sido tan fuerte como el de la lucha justificada, y lo sigue siendo todavía. Pero los árabes, en sus años de conquista,

jamás se vieron afectados por tal dilema. Su nueva religión, el islam, era una fe agresiva, que propugnaba la necesidad de someterse a las enseñanzas reveladas y concedía a sus creyentes el derecho a tomar las armas contra los adversarios. El islam fue precisamente el espíritu de las conquistas árabes; los conceptos islámicos los que convirtieron a los árabes en un pueblo militar; y el ejemplo del fundador de su religión, Mahoma, lo que los hizo convertirse en guerreros.

Mahoma, además de ser un guerrero que había resultado herido en la batalla de Medina contra los opositores de La Meca en el 625, era también un predicador; y en su última visita a La Meca, en el 632, estipuló que, aunque los musulmanes eran hermanos y no debían combatir entre ellos, sí que debían luchar contra los demás hasta que estos admitieran que «no hay más dios que Dios»^[268]. Este precepto está ampliamente elaborado en el Corán, que según los musulmanes fue escrito por los discípulos de Mahoma a partir de las prédicas del profeta. Mahoma, de manera aún más explícita que Cristo, insiste en que quienes aceptan la palabra de Dios forman una comunidad (*umma*), cuyos miembros comparten mutuamente responsabilidades; y, por lo tanto, no bastaba con evitar el fratricidio, sino que tenían la obligación de hacer el bien a los musulmanes menos afortunados destinándoles caritativamente parte de sus ingresos, aparte de la obligación de cuidar mutuamente de sus conciencias. Por el contrario, esta obligación era totalmente distinta respecto a quienes estaban fuera de la *umma*: «¡Oh, los que creéis, combatid a los infieles que os rodean!»^[269]. No era precisamente un llamamiento a la conversión forzosa: los no creyentes dispuestos a vivir bajo la autoridad coránica tenían derecho a protección y, en sentido teórico estricto, los ajenos a la *umma* que aceptaban la paz no debían ser atacados; pero, en la práctica, los vínculos de la *umma* coincidían con los de la Casa de la Sumisión (Dar al-Islam), y fuera de ella, inevitablemente, estaba la Casa de la Guerra (Dar al-Harb). Y con esta Casa de la Guerra entró en conflicto el islam a partir de la muerte de Mahoma en el 632.

El conflicto con Dar al-Harb se convirtió enseguida en yihad o «guerra santa». No era simplemente el precepto del profeta lo que valió para que los musulmanes la emprendieran con tal éxito, pese a que fuesen muy buenos guerreros. Hay por lo menos otras dos razones que explican la facilidad de sus primeras victorias. Primero, el hecho de que en el islamismo no existe contradicción entre devoción y bienestar material. Cristo, para inquietud moral de sus seguidores, propugnó la pobreza como santo ideal; mientras que Mahoma había sido mercader, entendía muy bien la utilidad de la riqueza bien empleada, y cifraba sus esperanzas en que la *umma* hiciese acúmulo de ella, por considerarlo un medio de hacer el bien tanto colectivo como individual. Él mismo atacaba las caravanas de los ricos mercaderes no creyentes que iban a La Meca, y utilizaba el botín para promocionar su causa. Y fue un ejemplo que siguieron los guerreros de su religión, asaltando los ricos reinos de Bizancio y Persia.

En segundo lugar, el islam disolvió los dos principios por los que con anterioridad se había hecho la guerra: territorio y parentesco. En el islam no podía haber

territorialidad, porque su destino era someter todo el mundo a la voluntad de Alá. «Islam» significa sumisión; y «musulmán», formado a partir del mismo vocablo, el que está bajo ella. Solo cuando toda la Casa de la Guerra hubiese sido integrada en la Casa de la Sumisión se habría cumplido el destino del islam; entonces todos los hombres serían musulmanes y, por consiguiente, hermanos. En la práctica, los primeros musulmanes árabes, aun ligados por fuertes vínculos de parentesco a los clanes del desierto, oponían resistencia al principio de hermanamiento, y por ello los conversos ajenos a sus tribus tenían que aceptar la condición de clientes (*mawali*) durante un tiempo^[270]; aunque, finalmente, sería una de las glorias del islam la disolución de barreras de raza y lengua hasta un extremo que ninguna religión ni imperio —y el islam era ambas cosas— había logrado hasta entonces.

Otro factor que ayudó enormemente a los árabes que en los últimos años de Mahoma emprendieron la expansión territorial fue la decadencia de los reinos contra los que combatieron. Bizancio había consumido casi todas sus energías luchando contra los ávaros en la frontera norte, y se había desgastado aún más al haber emprendido desde principios del siglo VII la última de sus guerras contra Persia (603-628), conflicto que agotó las fuerzas de ambos imperios. En cuanto a Persia, una gran potencia a lo largo de la historia, desde siempre había padecido la debilidad de su posición geográfica, entre la estepa y las fértiles tierras de Mesopotamia. Antes de la aparición de los pueblos nómadas, había logrado aprovecharse de la decadencia o la disgregación de los reinos vecinos en sus fronteras occidentales para expansionarse; pero, un milenio atrás, se había enfrentado a un adversario tan poderoso, hábil y decidido como Alejandro Magno, de modo que su dinastía había sido suplantada y sus posesiones imperiales quedaron repartidas entre los generales del macedonio. Seleuco, el general de Alejandro que se apoderó del corazón de Persia, pudo mantener el poder helenístico pero no logró helenizar a la sociedad persa, y su imperio acabó en manos de los partos, otro pueblo iranio originario de Asia central que, a pesar de ser un pueblo ecuestre —fue la fiereza de su caballería lo que fulminó a la infantería seléucida—, asimiló enseguida la civilización, fundó un gran imperio y, entre el siglo I a. de C., y principios del III de nuestra era, constituyó el principal enemigo de Roma en Oriente Medio. Las guerras entre Persia y Roma estuvieron jalonadas de triunfos persas: la campaña del año 363, en la que el emperador Juliano el Apóstata pereció en Mesopotamia, fue para Roma un desastre casi tan importante como el triunfo de los godos en Adrianópolis quince años después. Pero la constante tensión bélica arruinó a Persia, erosionando sus recursos humanos y su tesón; y el imperio se vio a partir de ese momento cada vez más hostigado por los nómadas que entraban por su frontera con la estepa.

Así, cuando en el 633 un ejército árabe invadió el norte de Mesopotamia, las fuerzas persas no eran ni sombra de lo que habían sido. Y lo mismo sucedía con las bizantinas. Con gran audacia, los árabes optaron por atacarlas simultáneamente, a pesar de tener que trasladar tropas de un frente a otro, y lograron imponerse. En el

637, en al-Qadisiyya, cerca de la moderna Bagdad, lograron el triunfo para el islam en Persia. La importancia de ese triunfo conserva tal resonancia en el mundo árabe que en la década de 1980 era constantemente evocado por Sadam Huséin en la guerra de desgaste contra Irán. Mientras tanto, otros ejércitos árabes conquistaban Siria (636), Egipto (642) y presionaban hacia Occidente a lo largo de la costa mediterránea en las provincias bizantinas del norte de África. En 647 Muawiya, el quinto califa «sucesor» de Mahoma, decidió poner sitio a Constantinopla y, aunque los árabes cesaron en el empeño en 677, volvieron en 717; para aquel año, ya se habían apoderado del norte de África (705) y habían entrado en España (711), llegando hasta los Pirineos, que poco después cruzaron para invadir Francia. En Oriente conquistaron Afganistán, efectuaron incursiones en el noroeste de la India, se anexionaron parte de Anatolia (actual Turquía), ampliaron su frontera norte hasta el Cáucaso y cruzaron el Oxus hasta la Transoxiana, en donde en el río Talas, en el 751, se enfrentaron en una batalla decisiva a los chinos por el dominio de las grandes ciudades de Bujará y Samarcanda, en la ruta de la seda que conducía a la Gran Muralla.

Lo que hace aún más sorprendentes las victorias árabes es la mala calidad relativa de sus ejércitos. Los árabes, a pesar de llevar siglos guerreando en el desierto, no tenían experiencia de lo que es la guerra intensiva; eran «guerreros primitivos» cuya modalidad preferida de acción era la incursión (*ghazwa*)^[271]. Tampoco sus dotes de mando parece que fueran particularmente magistrales, y, desde luego, no contaban con la ventaja de una mejor técnica armamentística ni militar. El caballo árabe era ya un animal veloz, brioso y elegante, mimado y hasta alimentado a mano; un ejemplar de aspecto casi distinto al del pequeño caballo peludo de la estepa, pero su número era escaso. El camello, domesticado durante el primer milenio, tanto en su versión de dromedario de una giba (de origen árabe), como de dos gibas (bactriano), era una especie más abundante, pero, aunque su resistencia era considerable, resultaba relativamente lento y de engorroso manejo^[272]. Estratégicamente, el camello permitió a los ejércitos árabes cruzar terrenos que los ejércitos civilizados creían intransitables, para presentarse por sorpresa en el campo de batalla; pero tácticamente era de uso limitado en el combate cuerpo a cuerpo. Por lo tanto, la táctica árabe consistía en efectuar la marcha de aproximación a camello y cambiar esa montura por los caballos —en al-Qadisiyya intervendrían unos seiscientos— en el último momento^[273]. Fue el método con el que Jalid, uno de los principales generales de la época de conquista, llevó su ejército hasta Mesopotamia para asestar, junto con su compañero de armas Amr, un golpe mortal al ejército de Bizancio en la importante derrota de Ajnadain en Palestina en julio de 634, donde los árabes eligieron en el campo de batalla posiciones protegidas por obstáculos naturales desde las cuales su infantería, armada con arcos compuestos, pudo combatir a cubierto. También solían optar por un terreno que tuviera fácil escapatoria hacia el desierto^[274].

Esas dos características del modo de hacer la guerra —servirse de obstáculos y

facilidad de huida— son típicamente «primitivas», como ya hemos visto, y fueron las que enfurecían a los filohelenos cuando combatían junto a los griegos durante la guerra de la independencia contra Turquía. Pero hay un problema. Si los árabes eran «guerreros primitivos», ¿por qué salían victoriosos en los combates contra los ejércitos disciplinados y organizados de Bizancio y Persia, ejércitos «regulares», como habría que denominarlos dentro de un sistema de clasificación militar? Sabemos que Persia y Bizancio habían quedado agotados durante una prolongada guerra. No obstante, es regla general que a la larga los regulares venzan a los primitivos. El hostigamiento es un método eficaz en la guerra defensiva; pero las guerras acaban ganándose merced a ofensivas, y no cabe duda de que los árabes hacían la guerra ofensiva en la época de sus conquistas. Hay que concluir que era la fuerza aglutinante del islam, con su gran énfasis en combatir por la fe, lo que los hacía tan invencibles en la batalla. Las tácticas «primitivas» son eficaces si al combatiente le mueve la fe en una victoria segura y está siempre dispuesto a volver a la lucha, por mucho que tenga que renunciar con frecuencia a ella porque la suerte le sea adversa. Dar tiempo al tiempo era también el criterio de Mao, cuyas tácticas eran de por sí «primitivas», sin que considerase deshonroso efectuar una retirada mientras sus tropas mantuvieran la fe en la victoria final; otro pilar de su estrategia era ganarse el apoyo de la población del terreno en que operaba. Los ejércitos árabes se beneficiaban enormemente de la presencia en las tierras que invadían de la población sedentaria constituida por los *musta'riba*, árabes que habían renunciado a la vida del desierto, que sentían fuertes lazos culturales con ellos y que estaban bien predispuestos a ponerse de su parte en cuanto escuchaban la doctrina de fraternidad predicada en nombre de Alá^[275].

Pero, como hemos visto en la génesis del ascenso de los mamelucos, el propio islam sería el elemento disgregador del poder de los árabes, pues la prohibición de combatir entre musulmanes fue muy pronto transgredida, y esta ruptura acarrearía a la postre, quizá de forma inevitable, la pérdida de la autoridad militar de los últimos califas, delegada en soldados súbditos que gobernaron en su lugar. La gran mayoría de este elemento militar se reclutaba entre los pueblos nómadas de la estepa. Ya hemos dicho que califa quiere decir «sucesor» del profeta Mahoma, y el título confería autoridad suprema, tanto terrenal como religiosa. Los primeros califas no vieron contradicción entre ambas funciones, ya que no la había doctrinalmente. Esto era debido a que los primeros musulmanes se establecieron por tribus en las nuevas ciudades «campamento» —una de ellas se convertiría en El Cairo—, en las que la vida religiosa se organizaba conforme a lo que estipulaba el califa. Las necesidades materiales se cubrían con el botín de las conquistas o el impuesto sobre los no creyentes.

Pero la vida tribal de campamento no podía perpetuarse una vez que los triunfos del islam hicieron crecer el número de musulmanes. Mahoma no había dejado hijos, lo que fue una evidente causa de disputas por la sucesión entre las tribus. Esta disputa

por la sucesión provocó durante el cuarto califato una profunda y agria escisión en la comunidad musulmana, que se dividió entre una mayoría sunita y una minoría chiita. A esto siguieron nuevas divisiones causadas por el resentimiento de los recién convertidos, dado que las familias tribales originarias seguían viviendo a costa de pagos, según un registro militar (*diwan*) que se había creado como instrumento para el reparto del botín de la conquista y para proseguir la guerra santa^[276]. La disputa por la sucesión fue paliada mediante la autorización de los califas omeyas de Damasco para continuar la conquista en España y Asia central; pero las tensiones no desaparecieron y la estabilidad solo pudo restablecerse bajo los califas abasidas, que trasladaron la capital a Bagdad después de su victoria en la guerra civil en el 749. Los abasidas triunfaron debido en parte a que habían prometido derogar la distinción entre musulmanes originarios y conversos, distinción que daba pie al privilegio de pertenecer al registro militar. Pero, una vez abolido este, el servicio militar en nombre de los descendientes de Mahoma procuró pocos beneficios materiales, al tiempo que suscitó un profundo escrúpulo religioso. Por doquier, los califas eran impugnados por súbditos musulmanes disidentes, cosa que sucedió con frecuencia durante los siglos VIII y IX, cuando España y Marruecos se independizaron y establecieron califatos rivales, alegando una descendencia más directa de Mahoma. Privados del apoyo tribal tradicional e incapaces de formar ejércitos con los musulmanes conversos, que se tomaban en serio la prohibición de luchar contra sus hermanos de religión, los abasidas se vieron obligados a reclutar soldados en otra parte, y la solución fue hacer una virtud de la medida de armar esclavos para la guerra y utilizar los recursos del estado para reclutar ejércitos de esclavos.

Se considera al califa al-Mutasim (833-842) el fundador del sistema militar musulmán de soldados esclavos. Estos ya habían luchado al lado de los musulmanes en la época del Profeta; pero procedían de diversos lugares, y algunos habían sido ayudantes privados de sus amos^[277]. Los abasidas vieron que no podían seguir conservando el poder con un método de reclutamiento tan aleatorio, y al-Mutasim recurrió a un mercado de mayor escala, comprando lo mejor que había, que era la mano de obra turca de las zonas limítrofes de la estepa: se dice que llegó a tener setenta mil soldados turcos esclavos a su mando^[278]. La implantación de un ejército esclavo de tal envergadura resolvió provisionalmente el acuciante dilema del islam, que consistía en cómo ejercer el *haram*, o autoridad ilimitada, sin enfrentar a los hermanos musulmanes; pero no solventó el problema de que el califa fuese obedecido por los musulmanes que habían establecido califatos independientes en los confines del imperio, en Asia central y en el norte de África. Para cubrir la necesidad de jefes eficaces y dinámicos para el nuevo ejército esclavo se recurrió primero a la familia Buyid, incondicional defensora de la frontera con Asia central, que impuso un califa de su elección en Bagdad en el 945. Pero se obtendrían jefes más eficaces de una tribu de una etnia turca, luchando contra la cual habían alcanzado su fama los buyidas: los selyúcidas. En 1055, los selyúcidas, en nombre de la ortodoxia sunita,

entraron en Bagdad, derrocaron al chiita Buyid y se proclamaron nuevos protectores del califa. No tardarían en ser denominados sultanes, «detentadores del poder».

La conversión de los selyúcidas a la ortodoxia sunita del islam ha sido calificada de «cambio tan repentino como la conversión de los francos al cristianismo bajo el reinado de Clodoveo cinco siglos atrás»^[279]. Sus consecuencias serían la destrucción de la mayor parte de los restos del imperio bizantino en Asia; cuya consiguiente crisis en la cristiandad daría origen a las cruzadas. Los selyúcidas se habían convertido en masa, ya en el año 960, gracias a los esfuerzos de los misioneros islámicos que actuaban en la frontera de la estepa, en la cual aquellos eran solo uno más de los distintos pueblos turcos, como los karluks, los kipchaks y los kirguises, que luchaban por la hegemonía en Asia central. Los karluks tendrían fortuna y se convertirían en los gaznavíes, gobernantes de Afganistán y más tarde fundadores del reino esclavo de Delhi, uno de los estados mamelucos más importantes^[280]. Pero, a pesar de sus hazañas, no se les puede comparar con los selyúcidas, quienes con Togril Beg, Malik Shah y Alp Arslan dieron jefes militares de feroz eficacia. Malik Shah, con su famoso visir Nizam al-Mulk, llevó a cabo la mayor expansión abasida en Asia central, entre 1080 y 1090. Alp Arslan, en una campaña en dirección opuesta, cayó sobre el Cáucaso, y en 1064 se apoderó de la capital de la Armenia cristiana, cruzó la imponente cordillera y consolidó posiciones desde las que amenazaba la frontera este de Bizancio. En agosto de 1071, en Manzikert, se enfrentó al ejército bizantino y ganó una batalla de innegable importancia para la geopolítica futura de Oriente Medio y de Europa; una batalla que haría de los territorios bizantinos en Asia «una tierra de lengua turca y religión islámica: Turquía»^[281].

Por lo tanto, el experimento abasida de depender de un ejército esclavo tuvo consecuencias paradójicas. Al poner los pueblos ecuestres turcos al servicio del califato, logró restablecer el poder; pero al elegir a guerreros nómadas como contingente principal, cedía imprudentemente la eficacia, y hasta la autoridad nominal, y separaba de manera definitiva el gobierno del islam de sus orígenes árabes. Los abasidas continuaron gobernando nominalmente, y hasta tuvieron en al-Nasir (1180-1225) a un califa cuya energía pareció prometer una resurrección de los primeros años de la dinastía; pero ya se había cometido el error de reclutar como soldados esclavos a una etnia de guerreros orgullosos, fuertes, muy inteligentes, pero extranjeros, quienes finalmente no vieron por qué habían de continuar como servidores del califato y, en consecuencia, aprovecharon los medios de que disponían para hacerse dueños del imperio. Y, además, fueron capaces de aplicar una fórmula que no vulneraba la dignidad del califato, pero ponía en sus manos la razón de ser.

Otros extranjeros no musulmanes seguirían por el camino de los selyúcidas al desvanecerse el poder de estos, como sucedería a finales del siglo XII. Al este, las tierras de los selyúcidas habían caído en manos de los gaznavíes y de unos nuevos intrusos turcos de la estepa llamados turcomanos; en el oeste, el califato hallaría un sobresaliente protector militar en la persona de Salah al-Din (Saladino), un kurdo de

las montañas de Irán que alcanzó relevancia en el conflicto de las cruzadas. Como hemos visto, Manzikert había expulsado a los ejércitos bizantinos de Asia y amedrentaba al emperador Miguel VII, quien, pese a los siglos de disputas y desconfianzas entre la Iglesia ortodoxa y la romana de la cristiandad, había dirigido súplicas de ayuda al papa. El llamamiento tardó en cristalizar, pero al final dio sus frutos; y en 1099, un ejército de caballeros cristianos franceses, alemanes, italianos y de otras muchas naciones de Occidente llegaba ante los muros de Jerusalén, tomaba la ciudad y establecía una cabeza de puente en Tierra Santa, a partir de la cual los cruzados intentarían lanzar una campaña para la reconquista del Oriente cristiano de manos del islam. En las guerras que siguieron entre los reinos de los cruzados y sus enemigos musulmanes, el signo de la suerte cambió de un bando a otro durante casi un siglo. Bajo el mando de Saladino, nombrado por el sultán de Egipto en 1171, la ventaja pareció inclinarse definitivamente en favor de los musulmanes; y durante ocho años, los cruzados combatieron constantemente a la defensiva, a pesar de los continuos refuerzos, y su resistencia estuvo a punto de flaquear. La contraofensiva lanzada por Saladino casi culminó con la victoria definitiva. No obstante, el islam había centrado erróneamente sus esfuerzos; pues, por querer resolver un problema en el oeste, los califas descuidaron la seguridad en el este. Y allí, no perceptible al principio, comenzó a gestarse un nuevo peligro en la estepa a principios del siglo XIII. De 1220 a 1221, gran parte de Asia central y de Persia fue cayendo en manos de un pueblo nómada ecuestre desconocido, y en 1243 cayó también lo que es actualmente Turquía. Aquellos conquistadores no eran musulmanes, y combatían con una extrema crueldad contra sus adversarios. En 1258 entraban en Bagdad y ejecutaban a al-Mutasim, último de los califas abasidas. Estos conquistadores eran los mongoles.

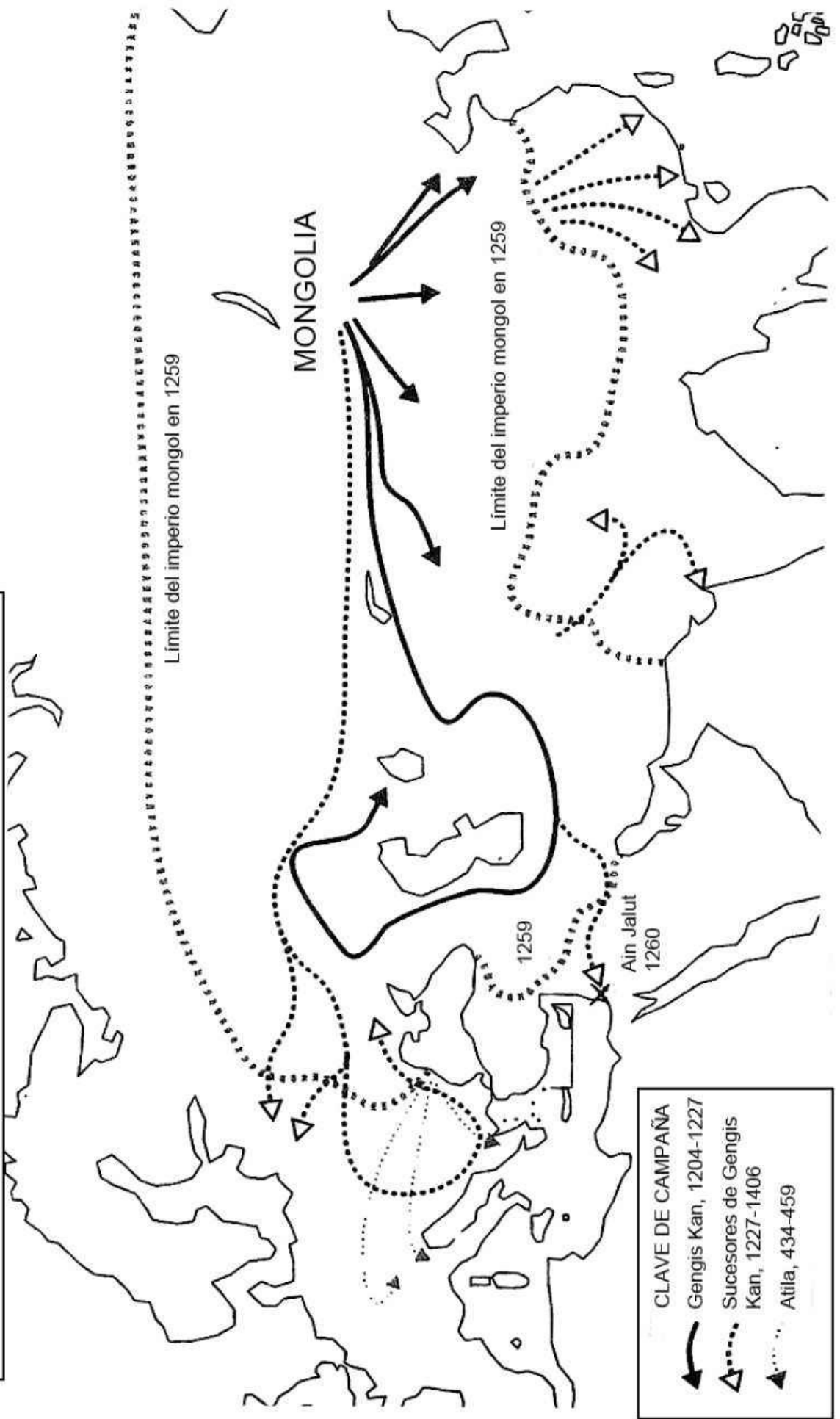
Los mongoles

¿Por qué los mongoles superaron en extensión y en rapidez de conquista a los otros pueblos semejantes que los precedieron en la invasión del mundo civilizado? Es difícil explicarlo. Y de que les superaron no cabe duda, porque no existe una serie de expediciones efectuadas por un solo pueblo, ni antes ni después, que haya sometido un área tan vasta por dominación militar. Entre 1190, cuando Temuyín, que más tarde se llamaría Gengis Kan, inició la unificación de las tribus de Mongolia, y 1258, en que su nieto asaltó Bagdad, los mongoles se apoderaron del norte de China, Corea, Asia central, el Jurasán pérsico, el Cáucaso, la Anatolia turca y los principados rusos, efectuando, además, incursiones en el norte de la India. Entre 1237 y 1241 realizaron importantes expediciones a Polonia, Hungría, Prusia oriental y Bohemia, y enviaron avanzadillas hasta Viena y Venecia. Y solo se retiraron de Europa cuando a los ejércitos que allí tenían les llegó la noticia de la muerte del hijo y sucesor de Gengis Kan. Al mando del heredero de este, los mongoles extendieron aún más sus

dominios, conquistando toda China, en donde Kublai Kan, nieto de Gengis, fundó la dinastía Yuan que reinó hasta finales del siglo XIV; ejercieron también su dominio en parte de Birmania y Vietnam, intentaron en vano invadir Japón y Java, y siguieron interviniendo en la India, donde Babur, descendiente de Gengis Kan, fundó en 1526 el imperio mogol (mongol). El título de emperatriz de la India asumido por la reina Victoria en 1876 procedía directamente de esta conquista mogol de trescientos cincuenta años antes; y, en su origen, de la ambición de Gengis Kan, quien en 1211, antes de abandonar la estepa para su primera campaña, salió de su tienda, en la que había tenido una revelación divina, para decirle a su pueblo: «El Cielo me ha prometido la victoria»^[282].

Sin embargo, no fue hacia la India hacia donde primero se encaminaron los mongoles, sino hacia China, puesto que su hábitat limitaba con este imperio. Desde la época de la primera unificación bajo la dinastía Tsin en el primer milenio a. de C., las sucesivas dinastías siempre se habían visto amenazadas y, con frecuencia, derrocadas por pueblos nómadas del norte del río Amarillo. Con el tiempo, las dinastías establecieron un doble sistema para hacer frente a estas irrupciones. En primer lugar, con la Gran Muralla, que consolidó primero la dinastía Tsin, y que fue muchas veces reconstruida, modificada y ampliada, a modo de primera línea de demarcación entre la civilización y los pueblos nómadas, y mediante la cual los gobernantes chinos estimulaban a los pueblos fronterizos —inevitablemente sinizados, en parte por el contacto con mercaderes, funcionarios y soldados chinos, y directamente recompensados por sus servicios con acuerdos protectores, subsidios y territorio (a veces dentro de la Gran Muralla)—, para que fuesen los primeros defensores de las tierras de población sedentaria. Y en segundo lugar, si esa primera línea era rebasada, confiando en el mayor atractivo de la vida civilizada, para integrar a la postre a los invasores. Esta política se basaba en «una serie de presunciones que corroboraban la idea de la superioridad de las instituciones chinas y de su cultura, y en su capacidad para asimilar a los bárbaros; sin que se considerase jamás la posibilidad de que estos pudieran no tener necesidad de la cultura china»^[283].

El imperio mongol de Gengis Kan y sus sucesores, 1204-1405



CLAVE DE CAMPAÑA

- Gengis Kan, 1204-1227
- △ Sucesores de Gengis Kan, 1227-1406
- △ Atila, 434-459

Esta política dio buen resultado durante más de mil años y, aunque muchas veces se vio invadida, en ocasiones dividida y en ciertos periodos gravemente desorganizada, China nunca estuvo del todo sometida al dominio de un pueblo extranjero; y así, los extranjeros que lograron ganar cierta autoridad, fueron absorbidos por la civilización, por efecto de la aculturación y su matrimonio con indígenas. Los periodos de gran desorganización solían concluir con una reacción positiva y fructífera al restablecerse el poder central. Por ejemplo, la dinastía Suei (581-617), así como la Tang que la sucedió (618-907), aunque dominadas por aristócratas y originadas en las invasiones bárbaras y principalmente turanias que causaron trastornos entre los siglos III y V, no solo ampliaron y reforzaron la Gran Muralla, sino que realizaron importantes obras públicas, como el gran canal que unía el río Amarillo y el Yangtsé por encima de sus tramos navegables. Todo ello se llevó a cabo, además, sin recurrir a la militarización del estado, lo que supone un notable contraste en comparación con los romanos, quienes en primer lugar sufrieron la barbarización del ejército y luego la suplantación del estado por parte de reinos belicosos que se imponían por la fuerza de las armas.

Aunque las dinastías y la aristocracia que gobernaron China apreciaban las artes marciales y la equitación, nunca cayeron en ambigüedad alguna en cuanto a qué era mando militar y qué competencia administrativa. Fue bajo las dinastías Suei y Tang cuando se afianzó la estrategia militar gradual, teorizada por primera vez por Sun Tzu. Este se inspiró en un corpus anterior de conceptos y experiencias para establecer su teoría, ya que, de otro modo, no habría arraigado en la mentalidad china. Su insistencia en eludir la batalla si no existía garantía de triunfo, evitar riesgos, tratar de amedrentar al enemigo con medios psicológicos y recurrir al tiempo más que a la potencia para desgastar al invasor (todos ellos considerados criterios profundamente anticlausewitzianos por los estrategas del siglo XX, cuando fijaron su atención en Sun Tzu debido a las campañas de Mao y Ho Chi Minh), expuestos en su obra *El arte de la guerra*, contribuyeron a que China integrase la teoría política con la militar en un todo intelectual^[284]. En cualquier caso, el gradualismo era lo más adecuado para los ejércitos de la dinastía Suei y del primer periodo de la Tang, con estructura de milicia y reforzados en las fronteras con contingentes de auxiliares nómadas asimilados.

La dinastía Tang, en el apogeo de su poder a principios del siglo VIII, alcanzó mayor éxito que ninguna otra. Merced a sus antecedentes materiales e intelectuales—sobre todo como consecuencia de los esfuerzos proselitistas de los filósofos chinos budistas, que habían reemplazado a los indios y ceilandeses como misioneros de esa religión en el oriente y el sur de Asia—, el imperio Tang amplió sus fronteras, incluyendo vastas áreas allende la Gran Muralla, partes de Indochina y las tierras limítrofes del Tíbet, polémico vecino en aquella época. Pero los innegables éxitos de la dinastía Tang tendrían su contrapartida, pues los logros bélicos, quizá de forma inevitable, propiciaron el ascenso a primer plano de jefes militares, muchas veces no chinos; lo que tuvo como resultado una pugna entre el mandarinato y el generalato,

que desembocó en 755-763 en una rebelión militar tan grave que el emperador tuvo que huir de la capital, y su sucesor solo consiguió restablecer la autoridad alistando tropas tibetanas y nómadas. Estos acontecimientos se produjeron inmediatamente después de la derrota causada por los árabes al ejército Tang en Talas en el 751, momento decisivo en el enfrentamiento entre el Oriente próximo y el lejano por el control de Asia central. El mando del ejército chino en Talas lo ostentaba un coreano, y el cabecilla de la rebelión del año 755 era un manchú de Lüshun de origen mixto, sogdiano y turanio: desde una perspectiva exclusivamente china, ambos eran bárbaros.

Esta reaparición de personajes no chinos en la esfera de los asuntos imperiales no presagiaba nada bueno. Aunque a partir del siglo VIII se produjo una enorme expansión del cultivo del arroz gracias a los riegos intensivos, merced a lo cual la población china se duplicó, tales progresos quedaron en su mayor parte limitados al valle del Yangtsé y al sur del país. En el norte, la rebelión militar causó hambruna, la disgregación del poder imperial entre los gobernadores de las regiones militares y el reclutamiento de tropas mercenarias formadas por «los desarraigados, aquellos vagos y convictos a quienes se había amnistiado»^[285]. De esta época datan la repulsa y desprecio chinos por el oficio de soldado, sentimientos que perduraron hasta el triunfo del ejército de liberación popular en 1949. A principios del siglo X la autoridad imperial era inexistente, y aunque los Song restablecieron la unidad, la dinastía (instituida en el 960) no logró recuperar los territorios del noroeste y del norte arrebatados por los kitanes mongoles y los jurchidas siberianos (estos últimos conquistarían China en el siglo VII con el nombre de manchúes). Mientras tanto, las provincias occidentales de esta dinastía caían en manos de los Hsia occidentales o tunguses, un pueblo mixto de origen turanio, tibetano y siberiano.

Por lo tanto, la China «Han», así llamada a partir de la dinastía que había poblado a la fuerza gran parte de su imperio con colonos de etnia china, se hallaba en situación inestable cuando a Gengis Kan el Cielo le prometió en 1211 la victoria. La Gran Muralla estaba en manos de un pueblo que no era Han; el flanco occidental lo ocupaba otro grupo bárbaro; y el ejército de Song tenía «exceso de mandos y era ineficaz, a pesar de que los gastos militares absorbían la mayor parte del presupuesto» para pago de soldadas, contaba con pocos caballos y carecía del apoyo de contingentes bárbaros auxiliares, pues la dinastía ya no ejercía influencia en la frontera con la estepa^[286]. Estas circunstancias, en cualquier caso, no explican del todo la rápida conquista mongol de gran parte de China, y menos sus arrolladoras victorias en Occidente.

Gran parte de ellas hay que atribuir las al carácter del propio Gengis Kan y al tesón con que potenció las costumbres y prejuicios tribales de los mongoles contra los extranjeros. La moral sexual mongol era estricta: el adulterio se castigaba con la muerte del hombre y de la mujer, y no se fomentaba el hacer cautivas. Con este código se evitaban las querellas por rapto de mujeres, tan características y

disgregadoras de las sociedades primitivas^[287]. Pese a ello, los mongoles, y Gengis Kan en particular, se ofendían con facilidad, y se vengaban brutalmente de los ajenos a la tribu; la propia vida de Gengis Kan está plagada de venganzas, y podemos considerar el modo mongol de hacer la guerra como una prolongación a gran escala del primitivo impulso de venganza. No obstante, eran un pueblo predispuesto a aceptar la ayuda especializada de extranjeros y a incorporar a su ejército contingentes no mongoles. Y con razón, pues se ha calculado que su principal núcleo de tropas con el que iniciaron la segunda fase de la conquista del norte de China en 1216 no superaban los veintitrés mil hombres^[288]; el contingente principal de los ejércitos «mongoles» que aterrorizaron a Occidente eran turcos, mientras que los tártaros (con los que con suma frecuencia se confunde a los mongoles, confusión que les resulta difícil de desentrañar a los etnolingüistas) eran un pueblo vecino sometido por Gengis Kan^[289].

Los especialistas que han estudiado a Gengis Kan dan gran relevancia a la perfección de su organización militar, por ofrecer a sus seguidores una «carrera según méritos» y por su división racional del ejército en decenas, centenas y miles —llegó a contar con noventa y cinco «miles»—, prefigurando el sistema moderno occidental de subordinar las secciones al escuadrón y los escuadrones al regimiento^[290]. No cabe duda de que todo esto tuvo su importancia, pues al desvincular el cargo del mando del criterio hereditario —salvo en lo referente a su familia— y hacerlo depender de la capacidad, rompía con el tribalismo; pero estas innovaciones son aplicables a un pueblo reducido y carente de la masa de población necesaria para vencer a comunidades cien veces más numerosas. Ninguno de los pueblos esteparios del nomadismo montado pasó jamás de unos miles de integrantes, y la amplitud de sus conquistas no tiene punto de comparación con las de los mongoles; y no parece probable que, ni aunque se hubiesen organizado mejor, hubieran estado a su altura como guerreros. Hay que tener en cuenta otros factores.

Sus hazañas no implicaban una tecnología superior. Los mongoles —igual que los hunos, los turcos y las aristocracias chinas que conservaron el amor por el caballo heredado de sus antepasados de la estepa— no conocían otra modalidad de combate que la debida al arco compuesto y una reata de caballos. Se ha avanzado la hipótesis de que en su ejército hubiera contingentes de caballería con coraza, pero es poco verosímil. Por supuesto que los mongoles contaban con extranjeros que dominaban la técnica de la guerra de asedio; pero, a pesar de ello, la ingeniería del asedio en la época anterior a la pólvora era un método laborioso y lento para reducir fortalezas con defensores decididos a resistir. Y como, a pesar de las especulaciones en sentido contrario, es casi seguro que los mongoles aún no empleaban la pólvora —si es que alguien lo hacía en esa época—, pese a lo cual tomaron una serie de plazas fortificadas en Oriente y Occidente —Utrar en la Transoxiana (1220), Balj, Merv, Herat y Nishapur en Persia (1221), y Ning-hsia, capital de Hsia occidental (1226)—, hay que deducir que las guarniciones se rendirían sin combate^[291]. Es significativo

que en una de las plazas en que los mongoles encontraron resuelta resistencia, la ciudad persa de Gurganj, el asedio duró de octubre de 1220 a abril de 1221, precisamente el tiempo que habrían previsto en aquella época los guerreros de Occidente en una acción similar.

Lo que parece verosímil en tales circunstancias es que se difundiera el rumor de que los mongoles eran invencibles. Sabemos que Bujará y Samarcanda capitularon nada más verlos aparecer; en Bujará, Gengis Kan, quizá evocando el espíritu de Atila, pronunció un sermón en la mezquita autocalificándose de «azote de Dios». ¿Qué explica esta fama de invencibles? Los mongoles conocían el estribo, desconocido para los hunos de Atila; pero el estribo se empleaba desde hacía quinientos años. Seguramente, mediante procesos de crianza, el caballo mongol era mejor que el de los hunos, y, al dominar la ganadería, dispondrían posiblemente de mayor cantidad; pero también los turcos habrían tenido acceso a estas ventajas. Gengis Kan y sus hijos impusieron una feroz disciplina a las tribus, la *yasa*, o ley según la cual el botín era propiedad colectiva, así como el castigo con la pena capital al abandono de un compañero de armas en combate. Por esta prohibición del enriquecimiento personal y de la costumbre de huir ante el peligro, tan características de la guerra «primitiva», podemos considerar la horda a caballo de los mongoles como un ejército que actuaba por encima del «horizonte militar», y no como una simple turba belicosa^[292]. No obstante, los motivos por los que se hicieron de temer tan rápidamente no acaban de estar claros.

Es mejor enfocar la cuestión evitando la idea de que las invasiones mongolas fueron una especie de pandemia militar que se produjo casi simultáneamente en toda la zona a la que afectó, y profundizar en el hecho de que se desarrollaron de forma secuencial a partir de pequeños brotes y fueron conducidas implacablemente. Se ha propuesto la tesis de la venganza como motivación para los mongoles, y no cabe duda de que su primera campaña con éxito fue contra los Tsin, que ofensivamente habían exigido a Gengis Kan que les rindiera vasallaje como si fueran chinos; la segunda la llevaron a cabo contra el Jurasán, que había matado a traición a los enviados para solicitar comerciar allí. Pero Gengis Kan no atacó sin cálculo. Como Alejandro Magno, devoraba informes de inteligencia sobre sus víctimas futuras y mantenía una red de espías. Al igual que Alejandro, era también un estratega lógico. En el ataque contra los Tsin descartó la marcha de aproximación a través del desierto de Gobi, la ruta directa pero más difícil, y optó por un rodeo por el corredor de Gansu, más allá de la ruta de la seda, al este del paso de la Zungaria, que desemboca al final de la Gran Muralla. Es evidente que había comprendido la necesidad de dirigir una campaña victoriosa contra la Hsia occidental como primer paso.

Aparte de que también parecería la opción más conveniente. Se ha sugerido que la Hsia occidental, o los tunguses, no era más que una de las etnias nómadas de la estepa que estaban entregadas a una lucha no declarada, e indetectable a ojos de un observador ajeno, por reconstruir el imperio de la estepa que los turanios habían

unificado en el siglo VI. «El cuándo y el cómo comenzaron tales intentos por reconstruir un imperio unificado en la estepa son detalles que quedan ocultos bajo la leyenda y el mito, y también bajo los ulteriores añadidos de los propios mongoles acerca del ascenso [de Gengis Kan]»^[293]. Según esta interpretación, los mongoles se habrían visto inmersos en esta lucha y acabarían siendo los líderes hegemónicos de aquel grupo lingüístico; y habría sido a partir de aquí cuando se escribe su historia. Si aceptamos esta versión, y es tentador hacerlo, despejamos la última y más importante dificultad para entender cómo los mongoles llegaron a dominar el mundo, pues no aparecen ya como un pueblo «muy lejano de los centros de la vida civilizada [y] apenas influido religiosa o culturalmente por la vida urbana del este y el sur de Asia», sino que, por el contrario, destacan como elementos de un conflicto que afectaba a todo el ámbito de la estepa. El conflicto por medio del cual, por indirectamente que fuese, adquirieron los criterios de disciplina y organización militar que transformaron sus maneras de hacer la guerra^[294].

Y muchos de ellos habrían sido de origen turco, de regreso tras haberse transformado en el Oriente Próximo islámico y en China. En el transcurso de los siglos, los turcos (del tronco altaico) sinizados o islamizados regresarían a la estepa como excombatientes victoriosos que vuelven a casa, como fracasados o excluidos, como fugitivos que escapan al castigo, como escoltas de mercaderes o incluso como emisarios oficiales. Los veteranos siempre encuentran quienes escuchen sus historias, y el conocimiento de una técnica militar extranjera es algo universalmente apreciado. La tesis de que los mongoles no sabían nada de la potencia de sus enemigos antes de iniciar sus expediciones, o de que no aprendieron nada de ellos, resulta insostenible.

El punto fuerte más importante que aprenderían fue un concepto abstracto: la idea fuerza que el islam le insuflaba al concepto de la guerra. Es significativo que los turcos (del tronco altaico), de quienes con mayor probabilidad debieron los mongoles aprender y escuchar cosas, fuesen guerreros de las fronteras del islam, los *ghazi* que propagaban el Corán con la espada. Del propio Gengis Kan se decía que, una vez convencido de que su misión era de inspiración divina, así se lo participó a sus seguidores, exigiendo a los chamanes que apoyasen su postura, e incluso que predicasen una especie de nacionalismo rudimentario que divulgara que los mongoles eran una raza elegida^[295]. Pero más importante aún fue que no asumiera ninguno de los aspectos morales tolerantes del islam. Disponía de unos medios formidables para hacer la guerra: la movilidad de los guerreros a caballo, el alcance mortífero del arco compuesto, el lema de matar o morir de los *ghazi* y el acicate social del tribalismo excluyente; a todo lo cual hay que unir un paganismo cruel, sin los paliativos morales de ninguno de los monoteísmos ni del budismo, compasivos con el extranjero o proclives a la perfección individual. No resulta extraño que, en consecuencia, los mongoles ganasen fama de invencibles. Su mentalidad y sus armas eran instrumentos de terror y el terror que difundieron pervive como un recuerdo.

LA DECADENCIA DE LOS PUEBLOS NÓMADAS ECUESTRES

A pesar de todo, la relevante incapacidad de los pueblos nómadas ecuestres para convertir sus conquistas en poder sólido acabó con los mongoles, igual que había acabado con los hunos y los turcos bumínidas. Se atribuye a Gengis Kan una gran capacidad administrativa, pero esta era expoliadora y no estabilizadora; pensada para aprovisionar el estilo de vida nómada, no para cambiarlo. Su régimen no incluía ninguna previsión para legitimar el poder de un solo sucesor, ni en relación con los propios mongoles ni, menos aún, a ojos de sus súbditos. La costumbre nómada estipulaba que las posesiones del jefe —tierras, seguidores, rebaños— se repartieran por igual entre su hijos; y así se hizo al morir Gengis Kan en 1227. El más joven recibió, según la tradición, las tierras ancestrales; y los demás se repartieron los territorios conquistados. En sucesivas generaciones, los mongoles de Rusia se afianzaron, mientras que los de Asia central y China se vieron envueltos en disputas sucesorias que provocaron la guerra civil entre los nietos de Gengis Kan. Esta se resolvió cuando Hulagu, que gobernaba Asia central, apoyó las reivindicaciones de su hermano Kublai Kan al título que había ostentado Gengis. Pero esto no bastó para restablecer la unidad en la patria de los mongoles, y Kublai Kan iniciaría la guerra al término de la cual su linaje fundaría la dinastía Yuan en China; pero fue una lucha que acabó por agotar sus energías y apartar de la vida esteparia a los mongoles que lo siguieron. Mientras tanto, Hulagu, persistiendo en obtener la hegemonía en Asia central, fue implicándose cada vez más en la guerra endémica en la frontera este de los territorios islámicos y emprendió personalmente una campaña contra el califato.

Aunque retrospectivamente puede considerarse que el inicio de la desintegración del imperio mongol fue el momento en que Kublai Kan puso los ojos en China, esto no se percibió por aquel entonces ni en el islam ni en Occidente, por lo que ambos continuaron considerando a los mongoles, contra toda lógica, como una potencia de gran peso; aunque cada uno desde una perspectiva opuesta. Los musulmanes y los cristianos llevaban empeñados un siglo y medio en su propia lucha por la posesión de Tierra Santa, y la noticia de la llegada de las hordas del mongol Hulagu desde Asia central fue atemorizante para los primeros y esperanzadora para los segundos.

Esperanza fue, en efecto, lo que sintieron los cruzados de los reinos latinos del este. Se ha dicho que los cruzados no constituían más que un «problema fronterizo» para el islam, uno entre otros; y es cierto que no habían podido ampliar la cabeza de puente que habían establecido en Jerusalén en 1099. Jerusalén les fue arrebatada por Saladino en el siglo XII, y se aferraban con uñas y dientes a unos cuantos enclaves de la costa siria tras aquella contraofensiva. En Occidente, sin embargo, no había decaído el espíritu de la cruzada, que se renovaba constantemente; hasta el siglo XIII se habían predicado cinco cruzadas «oficiales», aunque muchas otras habían

fracasado o habían sido dirigidas contra enemigos de la Iglesia en distintos países. Todo ello dio por resultado la creación de las poderosas órdenes militares de caballeros con votos religiosos, la construcción de una red de fortalezas con guarnición en las fronteras de los reinos cruzados, y la difusión y perfeccionamiento de un código de «caballería» entre la clase ecuestre de toda la Europa cristiana. Entre los siglos XI y XIII la caballería se había convertido indiscutiblemente en la principal característica de la cultura militar de Occidente, en una época en que las energías de la aristocracia occidental estaban fundamentalmente centradas en hacer la guerra. Valía la pena la predicación periódica de una cruzada a la que respondían tanto los reyes como los caballeros sin tierras deseosos de ganar fama y riqueza en Oriente. A mediados del siglo XIII, cuando los mongoles de Hulagu se disponían a emprender la marcha desde Asia central, Jerusalén estaba reconquistada y se había restablecido la integridad de los reinos latinos; la suerte les sonreía, lo que estaba reviviendo la visión original de las cruzadas. Pero las esperanzas de los cruzados se habían desvanecido tantas veces que ninguno de ellos caía en el error de confundir un paliativo transitorio con un cambio definitivo de la situación en su favor. El islam seguía siendo poderoso y parecía contar con una capacidad de movilización inagotable, extrayendo de sus fuentes espirituales y humanas nuevos recursos ofensivos; en una guerra con frente único, las ventajas estaban de su parte. Por ello, los rumores de la llegada de la horda de mongoles desde Asia central suscitaron la esperanza de apertura de un segundo frente contra los enemigos musulmanes que repercutiera favorablemente en un cambio de circunstancias. A tal extremo que los cruzados, llevados por su confusión respecto al nombre de los misteriosos pueblos nómadas, inventaron el de un rey cristiano, el preste Juan, que llegaba a caballo para salvarlos desde el corazón de la estepa^[296]. Pero Hulagu no era el preste Juan. Comoquiera que fuere, en lo que no se equivocaban los cruzados es en considerarlo un peligro para sus enemigos. Y el islam, que tembló atemorizado ante esa llegada, también interpretó con toda razón como un peligro el avance mongol. Lo que no se sabía era hasta qué punto era temible.

Los triunfos de Saladino frente a los cruzados en el siglo XII habían hecho que el centro específico de la vida islámica se trasladase a Egipto y Siria, donde sus descendientes reinaban con el nombre de dinastía de los ayubíes. Pero el califato legítimo abasida seguía teniendo su sede en Bagdad y esta ciudad se encontraba en la ruta inmediata de los mongoles. En principio, la aproximación de Hulagu en 1256 no suscitó alarma, ya que parecía dirigirse al encuentro de la secta de los asesinos. Y de la destrucción de las fortalezas de estos fanáticos se congratularon todos; hasta los cristianos armenios se apresuraron a enviar un contingente de tropas que se uniera a la horda. Pero en 1257 Hulagu penetró en Persia, conquistándola rápidamente, y a finales de año estaba listo para entrar en Mesopotamia. El califa abasida al-Mutasim se estremeció ante su llegada, pero no acabó de aceptar la inflexible demanda de los mongoles que exigía o la rendición sin condiciones, o la aniquilación. En enero de

1258 Hulagu cruzó el Tigris desde Persia, rechazó al ejército del califa y tomó Bagdad; el califa sufrió la pena capital de estrangulamiento, costumbre estepeña que los turcos otomanos adoptarían como protocolo sucesorio en la corte de Estambul^[297]. Hulagu ordenó matar a muchos ciudadanos de Bagdad, a pesar de haberles garantizado la vida; quizá fuese una ruptura con la costumbre mongola para hacer que lo precediera una oleada de terror. La población de la ciudad siria de Alepo, hacia donde se dirigió a continuación, también fue pasada por las armas, pero tras defenderse. Las de Damasco y otras muchas ciudades musulmanas fueron más prudentes y salvaron la vida. El espectáculo del hundimiento por doquier del poder islámico animó a los cruzados a seguir creyendo que los mongoles ayudaban a su causa; y esta idea llegó a hacer que Bohemundo VI, el más poderoso de los cruzados, se uniera algún tiempo a ellos. Pero cuando comenzaron a presionar hacia Tierra Santa se lo pensaron mejor y se atrincheraron en las fortalezas costeras. Al ausentarse Hulagu, que había regresado a la estepa para participar en la elección del gran kan, los cruzados llegaron a un rápido acuerdo con los angustiados ayubíes de Egipto, y, a pesar del amargo recuerdo de su derrota a manos de Saladino, estos permitieron que un ejército egipcio entrase en su territorio, acampara cerca de San Juan de Acre y se dispusiera a enfrentarse al ejército mongol, circunstancialmente al mando de Kitbuga, lugarteniente de Hulagu. Mientras aguardaban combate, fue recibido en la corte de los cruzados el general egipcio Baibars.

Baibars era mameluco y un personaje de ambición voraz, que ya había implantado el poder de la institución mameluca en Egipto asesinando a un sultán para sustituirlo por otro, y puede que hubiese participado en la decisión de asesinar a los enviados mongoles de Kitbuga que exigían la habitual sumisión. Sabedor de que para los mongoles la venganza era un *casus belli*, con este desafío tan provocativo lo que hacía era asegurar la batalla. Los mongoles avanzaron desde sus campamentos en Siria hacia el norte de Palestina, y el 3 de septiembre de 1260 chocaban en Ain Jalut («la fuente de Goliat»), al norte de Jerusalén, con las fuerzas egipcias al mando del sultán Qutuz y de Baibars, y en una sola mañana de combate los mongoles fueron vencidos y Kitbuga capturado y muerto. Los supervivientes se dispersaron para no volver jamás.

Ain Jalut, la primera batalla campal que perdían los mongoles, causó sensación en la época en el mundo cristiano, musulmán y mongol, y en la actualidad sigue siendo objeto de estudio por parte de los historiadores, pues existen controversias respecto a sus consecuencias: ¿salvó a Oriente Próximo del dominio mongol, o la horda mongola estaba ya al límite de su avance estratégico y logístico? También hay polémica entre los historiadores en cuanto a la táctica de la batalla: ¿fue un brillante hecho de armas de Baibars, o era el ejército egipcio muy superior en número? Qué duda cabe de que abona esta tesis el hecho de que los caballos mongoles habían acabado con los pastos de Siria, como solían hacer en las tierras de cultivo los ejércitos de caballería nómadas procedentes de la estepa, y parecer ser que Hulagu se

llevó consigo gran parte de las tropas al regresar a Asia central^[298]. Por otra parte, cálculos recientes dan una cifra de entre diez mil y veinte mil mongoles bajo las órdenes de Kitbuga; pero, al mismo tiempo, se piensa ahora que el número de combatientes del ejército egipcio podría haberse exagerado, y que la cifra de su fuerza principal de mamelucos no era superior a diez mil de un total de veinte mil^[299]. En resumen, la batalla de Ain Jalut debió de librarse en igualdad de condiciones, y por ello habría sido un encuentro muy importante: si no por sus inmediatas consecuencias estratégicas, sí porque marcó el límite del poder de los pueblos nómadas organizados como fuerza militar sustentada mediante los recursos de un estado sedentario, pero incapaz de superar su condición de horda que vive del pillaje, animada por los criterios primitivos del tribalismo y la venganza.

Ya hemos señalado el juicio de Abu Shama al afirmar que «fue un hecho notable que [los mongoles] fuesen derrotados y destruidos por hombres de los suyos», en alusión a la presencia de numerosos turcos en ambos bandos. Desde luego, parece ser que la batalla se libró a la manera tradicional de la estepa, avanzando los egipcios al encuentro de los mongoles, fingiendo retirarse en el momento del choque y haciendo que sus perseguidores los siguieran hasta un lugar en que el terreno favorecía un contraataque. No obstante, el momento decisivo parece que se dio cuando el sultán Qutuz entró en la lid al grito de «Oh, islam», lo que nos recuerda que los mamelucos eran servidores militares de una religión belicosa, mientras que sus adversarios no compartían credo alguno^[300]. También fue de importancia capital que las tropas de Baibars contasen con gran experiencia militar, adquirida en la lucha con los temidos cruzados, y reforzada por los inagotables entrenamientos y la disciplina de la escuela militar mameluca. Aunque no se pueda calificar de moderno al ejército de Baibars en el sentido actual del término, su táctica no estaba aún tan fosilizada, ni resultaría tan anacrónica, como se comprobaría más tarde al enfrentarse a las armas de fuego otomanas, y su eficacia era suficiente para responder al desafío mongol y demostrar en retrospectiva el efecto de «valor añadido» que confiere el entrenamiento a una tropa que se enfrenta a otra equivalente cuyas únicas bazas son su entusiasmo y su fama.

Después de Ain Jalut, los mongoles no volvieron a sorprender al mundo civilizado ni hubo ninguna amenaza más de nómadas a caballo. Es una afirmación que no parece hacer mucha justicia a Tamerlán, quien en su época (1381-1405) sembró más terror aún que Gengis Kan y sobre un territorio casi tan extenso; pero Tamerlán carecía de la capacidad administrativa de aquel, y con su práctica del terror por el terror destruyó los cimientos de toda construcción que hubiera podido lograr^[301].

Tamerlán tenía espíritu guerrero; se llamaba Timur y se le conoció como Timur-lang, o Timur el Cojo, debido a una herida que lo dejó lisiado. Siempre fomentó un sentimiento de cruel atrocidad entre sus tropas, y es de sus campañas más que de las de Gengis Kan de donde procede el recuerdo de las pirámides de cráneos^[302]. Sin

embargo, parece que no lo animaba otra cosa que el deseo de hacer la guerra, de modo que negaba a sus seguidores cualquier ocasión de disfrutar de las mieles de la victoria y perseguía sin cesar nuevas conquistas. Fue un gran alivio para las civilizaciones limítrofes de la estepa que muriese en el momento en que se disponía a disputar a la dinastía Ming restablecida en China las conquistas de Kublai Kan. A finales del siglo XIV el poder mongol se había extinguido en todos los territorios allende la estepa, y solo en la India, y bajo una forma tan islamizada en la que no se reconocerían los orígenes de los gengiskánidas ni de los timúridas, tendría futuro.

¿Cuál fue, pues, el legado mongol? Un historiador opina que el resultado principal fue la dispersión por todo el mundo —China, India y Oriente Próximo— de los pueblos turcomanos, con consecuencias para la historia militar de esas tres regiones. Es indudable que el desplazamiento que Gengis Kan impulsó hacia Occidente de la entonces insignificante tribu de los otomanos dio origen a una serie de acontecimientos que acabarían con el orden establecido en Oriente Próximo, sustituyéndolo por otro que iba a perdurar hasta el siglo actual. Y expuso al mismo tiempo a Europa al peligro de una ofensiva islámica que duró desde la caída de Constantinopla, en 1453, hasta el final del asedio a Viena, doscientos treinta años más tarde.

Sin embargo, durante su estrecha vinculación con el mundo occidental, los otomanos se vieron obligados a adoptar militarmente un término medio entre la guerra relámpago de la estepa y la guerra sedentaria de las fortificaciones, con una potente infantería cuya contradicción intrínseca no podrían resolver. Lograron crear una infantería regular propia y disciplinada, pero únicamente basada en la esclavitud (los jenízaros), lo cual acabaría por fosilizarla del mismo modo que fosilizó a los mamelucos; a la vez, se empeñaban en encumbrarse en sus territorios asiáticos mediante una aristocracia ecuestre incapaz de renunciar a su desordenado estilo de vida nómada. Los gobernantes anatolios se independizarían verdaderamente del sultán turco en el siglo XVIII^[303].

No obstante, es en el intento otomano de hallar un término medio entre el legado de la estepa y el reto de su confrontación con el Occidente urbano y agrícola donde se advierte la verdadera importancia de lo que los pueblos del nomadismo montado aportaron a la guerra. No cabe duda de lo acertado de la tesis ecologista de su ineptitud para ampliar sus conquistas más allá de las tierras de pastos; o, si la ampliaban, la del ulterior abandono de la cultura esteparia. Los pastos intensivos solo son posibles mediante un gran esfuerzo en regadíos, o si se dispone de tierras forestadas. Pero ese esfuerzo requiere una población sedentaria, con cultivos agrícolas para su alimentación. La agricultura y el pastoreo son incompatibles y, por ello, el sistema de los invasores de disponer de grandes manadas de caballos que necesitan pastar los obligaba a retroceder a su propio hábitat o a cambiar de vida. Ya hemos visto que estos pueblos nómadas optaron por una cosa u otra; pero, independientemente de los resultados, los hábitos militares del mundo en el que

acababan de irrumpir se modificaron para siempre por efecto de sus invasiones.

Los pueblos del nomadismo montado, igual que antes los de los carros, aportaron al arte de la guerra el concepto electrizante de realizar campañas a muy larga distancia y, cuando estas campañas imponían combate, de maniobrar en el campo de batalla con una velocidad al menos cinco veces superior a la del soldado a pie. Además, por su condición de protectores de sus rebaños y manadas, preservaron ese espíritu de cazador ya inexistente entre los habitantes de las tierras agrícolas, con excepción de la clase señorial. Por su habituación al trato con los animales, estaban dotados de una naturalidad magistral para reunir, conducir y seleccionar reses, y matarlas para su alimentación, lo que enseña a enfrentarse a masas de infantería y hasta de caballería de inferior calidad y ser capaz de acosarlas, rodearlas, arrinconarlas y por último matarlas sin grandes riesgos. Eran prácticas que habrían resultado intrínsecamente extrañas a los cazadores primitivos que mantenían una relación de empatía con la presa y sentían un respeto místico por el animal abatido. Pero para los pueblos nómadas a caballo, provistos como arma principal del arco compuesto, hecho a su vez con tejidos de los animales con que se alimentaban, matar a distancia —tanto emocional como físicamente— era una segunda naturaleza.

Fue ese distanciamiento emocional del guerrero a caballo, manifiesto en último extremo en su afición deliberada a la atrocidad, lo que aterrorizó a las poblaciones sedentarias. Fue un recuerdo que jamás se borraría. Dos de las características de la guerra «primitiva» que perduraron hasta bien avanzada la civilización —conatos de enfrentamiento, asociados a la ceremonia y al combate ritual con sus consecuencias— eran totalmente desconocidas para los pueblos nómadas. Sí que tenían costumbre de emprender la huida ante el enemigo, pero era una maniobra fingida para atraer al adversario hacia un lugar previsto, desordenar sus filas y dejarlo expuesto a un contraataque fatal; algo en modo alguno equiparable a la poca disposición a llegar al cuerpo a cuerpo de los guerreros primitivos. Cuando una horda montada cerraba filas para matar, lo hacía sin compasión. Además, en sus acciones no existía el menor indicio de ceremonia ni ritual. Los pueblos nómadas a caballo luchaban para vencer de prisa, del todo y sin grandes heroicidades. Era, en efecto, casi una regla del nomadismo prescindir de exhibiciones de heroicidad. El propio Gengis Kan, que recibió un flechazo al principio de su ascenso al poder, no era demasiado bravucón, y después de aquello no se expondría personalmente en las batallas en que ostentó el mando^[304]. Para los guerreros de Occidente, la táctica nómada de que no se supiera la posición del general dentro de la formación clásica en media luna resultaba incomprensible; el que dirigía la batalla solía situarse lejos del centro, allí donde un Alejandro Magno o un Ricardo Corazón de León se habrían situado a la vista de todos.

La costumbre de exhibir heroicidad se mantuvo mucho tiempo entre los requisitos del mando militar en Occidente^[305]. Aunque los pueblos nómadas a caballo no lograron inculcar entre los aspirantes a héroes de sus enemigos esa actitud de no

exponerse, sí lograron imbuirles el afán por vencer con poca ceremonia. Europa occidental, como ha señalado el historiador militar Christopher Duffy, fue la parte del continente donde la guerra asumió primero el carácter racial y totalitario que lo iría impregnando todo; y lo atribuye a la influencia mongola en «el carácter ruso y sus instituciones, [que llevan] a cometer brutalidades con el campesinado, a no respetar la dignidad humana, y a un sentido distorsionado de valores en el que se admira especialmente la ferocidad, los modos despóticos y la astucia»^[306]. La ferocidad esteparia se abrió paso también en Europa por la ruta sur, primero mediante el avance selyúcida en Anatolia y luego por la conquista otomana de los Balcanes. La guerra en la frontera otomana fue durante siglos la más cruel de Europa; y tal vez se filtrase también a través de los encuentros de los cruzados con el islam.

Si consideramos las cruzadas como la contrapartida occidental de la yihad, no sería hasta el ataque de Saladino a los reinos cristianos cuando estos realmente se vieron obligados a combatir en serio; pero Saladino era consecuencia de la enérgica respuesta del islam al desafío de la estepa, y el núcleo de su ejército de soldados turcos esclavos era experto en las feroces tácticas de los arqueros a caballo. Las cruzadas en Oriente trajeron a Europa hábitos allí aprendidos que se trasladarían en dirección norte a las cruzadas contra los eslavos paganos, quienes, a su vez, se vieron atacados desde la dirección opuesta por pueblos nómadas. Finalmente llegarían a España, donde los reyes de la Reconquista lucharon contra el islam con una crueldad que el propio Gengis Kan habría aplaudido. La guerra *à outrance* arraigó realmente en España, y no es una fantasía apuntar que el atroz destino de incas y aztecas —estos últimos inmersos aún en el entrañable pero inapropiado ceremonial de las batallas floridas— a manos de los conquistadores españoles debe retrospectivamente su origen al propio Gengis Kan.

En China, el imperio con el que más íntimamente relacionados estuvieron los pueblos nómadas de la estepa, fue donde las costumbres bélicas de los mongoles tuvieron mayor arraigo. «El modo chino de hacer la guerra», como nos ha recordado John King Fairbank, conservó las costumbres primitivas de ceremonia y ritual —incluida la adivinación y la exhibición de proezas antes del combate por parte de los adalides—, y persistieron en ella mucho más que en ninguna otra civilización^[307]; pero también incluían un elemento ético único, consecuencia del código confuciano primordial en la sociedad china, expresado en la máxima de que «el hombre superior debe ser capaz de conseguir sus fines sin violencia»^[308]. Los turcomanos invasores a quienes los chinos absorbieron durante el primer milenio a. de C., acabaron por aceptar esa ética, a pesar de conservar su orgullo por las virtudes del guerrero estepario en el manejo del caballo y el arco. Pero por la violencia de la reacción necesaria para derrocar a los mongoles después de la conquista de Kublai Kan, los emperadores de la dinastía Ming se vieron obligados a imponer a sus compatriotas el régimen más absolutista de la historia de China. Los Ming, efectivamente, militarizaron el país y crearon una clase militar hereditaria; y fue bajo la dinastía

Ming cuando China se embarcó en su único esfuerzo sostenido por llevar a cabo una invasión en ultramar y cuando efectuó su mayor esfuerzo por controlar la estepa mediante una ofensiva directa. La dinastía organizó cinco grandes expediciones al norte de la Gran Muralla, que, además, fue reconstruida tal y como la conocemos hoy. El esfuerzo militar por restaurar la China tradicional tuvo un resultado inesperado y en gran parte adverso: «El régimen Ming, que expulsó a la dinastía Yuan de los mongoles, se hizo formalmente más despótico, imitando ciertas características del sistema militarista Yuan, y cayó en un absoluto inmovilismo ante el peligro de una resurrección del poder militar mongol»^[309].

Tenían razón los Ming en temer a los bárbaros de la estepa; pero cuando en el siglo XVII surgió una amenaza que estuvo a punto de acabar con ellos, esta no les llegó, irónicamente, de los mongoles, sino de uno de sus pueblos enemigos tradicionales: los manchúes.

Los manchúes no eran en rigor un pueblo nómada montado, puesto que en su mayor parte habían asimilado la vida sedentaria, la cultura china y los hábitos mercantiles antes de salir de Manchuria; pero el núcleo principal de su ejército era la caballería, y utilizaron a la perfección la técnica mongola de servirse del poder militar para someter para sus propósitos al sistema administrativo chino.

Fue un logro no solo a nivel militar sino más aún, en cuanto a la organización política. A su vez, el secreto de ello fue la capacidad de los nómadas para trabajar con los chinos en la región fronteriza y, mediante esta colaboración, combinar en un solo régimen las ventajas de la guerra violenta dirigida por elementos no chinos y la administración confiada a subordinados chinos fieles [...]: cómo tomar el poder y cómo conservarlo y utilizarlo^[310].

Desgraciadamente, el poder de la dinastía Ming arrebatado por los manchúes era una versión profundamente mongolizada del ideal chino de gobierno, y ellos lo conservaron y utilizaron según el principio de no alterarlo en nada. Los mejores emperadores Tsin se convirtieron en el siglo XVIII en déspotas paternalistas patrocinadores de la intelectualidad, de las artes, del fomento del comercio y la banca e instauradores del régimen fiscal para el campesinado menos severo de la historia de China. Pero el precio de esta benevolencia fue la «hipertrofia del centralismo burocrático». Nada podía decidirse si no pasaba por Pekín, y los funcionarios del entramado del régimen eran producto de un sistema de oposiciones y formación con «estrictas inhibiciones»^[311]. La hipertrofia inhibió la capacidad china para la adaptación, y China, que había sido una civilización con inquietud intelectual y con progreso técnico, abortó bajo los manchúes todo intento de cambio material e intelectual. En Japón, en la misma época, los cambios tecnológicos estaban proscritos con el fin de preservar un determinado orden social y la hegemonía de la clase

indígena dirigente; en China, con el fin de preservar a una clase dirigente extranjera, los cambios tecnológicos, si no proscritos, sí que fueron ahogados. Pero si en Japón los samuráis se percataron finalmente de que su futuro dependía de acoger la ciencia y la industria occidentales, los manchúes y sus mandarines fueron incapaces de dar el salto a la modernidad. Se pueden aducir pruebas de diversa índole para demostrar el porqué; aunque, en último extremo, la culpa fue de la condición de extranjeros de los manchúes, su herencia de conquistadores de la estepa y la osificación de un sistema militar, base de su poder, que no supieron poner al día. No hay episodio más lamentable en la historia militar que el de aquellos guerreros manchúes del siglo XIX disparando sus arcos compuestos contra los rifles y cañones de los invasores europeos.

Un retroceso histórico nos permite ver que el poder bélico de los europeos que desencadenaron la guerra del opio contra China en el siglo XIX venía gestándose mucho tiempo atrás, y en escenarios bien lejanos, desde el enfrentamiento de los antepasados de Occidente con los pueblos nómadas ecuestres, los antepasados del pueblo manchú. Pilar fundamental de la eficacia de los ejércitos europeos de la época imperialista fue un principio establecido fuera de la estepa: el de la organización burocrática fundada en Sumer y Asiria; principio recibido a través de Persia, Macedonia, Roma y Bizancio; y recuperado artificialmente por el Renacimiento en las fuentes clásicas. El otro pilar fundamental, el de la batalla campal, es de origen griego. Los demás elementos —campanas de largo alcance, maniobra de gran rapidez en el campo de batalla, eficaz tecnología de proyectiles, aplicación de la rueda al ámbito bélico y, sobre todo, la identificación entre jinete y caballo— tienen su origen en la estepa y sus regiones limítrofes. Incluso podemos atribuir a los últimos turcomanos y mongoles el mérito de haber adoptado del islam la contribución de la fe a la guerra como un revolucionario factor —dado su distanciamiento de razones familiares, raciales, territoriales o de formas políticas específicas—, dotándola de la fuerza de una idea: que la guerra podía ser una actividad independiente, y la vida del guerrero una cultura en sí misma. Y fue esta cultura, en forma difusa pero aún reconocible, la que Clausewitz encontró entre los cosacos, cuyas actitudes «nada militares» tanto le chocaron en la campaña de Moscú de 1812. No serían militares, pero habían centrado la atención del mundo mucho más tiempo de lo que lo haría la estrategia clausewitziana; y el propio Clausewitz, al contagiarse de la crueldad, la ferocidad y la obsesión por la victoria incondicional en el modo de hacer la guerra de los pueblos sedentarios, le debía mucho más de lo que su ordenada mentalidad habría sido capaz de reconocer.

TERCER INTERLUDIO

EJÉRCITOS

Clausewitz fue incapaz de reconocer una clase distinta de tradición militar en el modo cosaco de hacer la guerra porque él solo consideraba racional y positiva una modalidad de organización militar concreta: la de las fuerzas pagadas y disciplinadas del estado burocrático. No podía entender que hubiera otras maneras que también pudieran servir a la sociedad, defenderla o, si esa era su ética, extender su poder. Los ejércitos dotados de armas de fuego que él conoció eran, claro está, irresistibles para tropas no entrenadas, e incluso para versiones similares pero más débiles. No podía prever la situación de tablas en que iban a incurrir todos conforme fueran multiplicando su potencia de fuego durante el siglo siguiente, al perseguir esas víctimas en el campo de batalla que él estipulaba como fin primordial. Ni tampoco podría haber previsto, por ejemplo, que, en el siglo xx, «la modalidad china de hacer la guerra» infligiría a los ejércitos occidentales y a sus oficiales instruidos en estas enseñanzas clausewitzianas una humillación dolorosa y duradera.

Sin embargo, Clausewitz tenía a la vista ejemplos de organizaciones militares, todas ellas racionales a su modo, que diferían notablemente del orden regimental en que él se había educado y del que formaba parte. La de los cosacos era una; otra era la *opolchenie*, o milicia de siervos reclutada por los terratenientes rusos para hostigar al ejército napoleónico en su retirada. Clausewitz admite, sin percatarse de ello, el papel que desempeñó la *opolchenie* en el destino aciago de la Grande Armée, cuando señala que «la rodeaban gentes armadas»^[312], y él mismo fue ferviente partidario del principio organizativo de la milicia cuando se trataba de liberar a Prusia. Su obra *Puntos esenciales en la formación de una fuerza defensiva* (enero de 1813) sirvió de base para el reclutamiento del *Landwehr* nacional, un ejército de conscriptos. De similar importancia eran las unidades *Jäger* y *Freischützen*, formadas por jóvenes patriotas románticos deseosos de llevar a cabo una guerra irregular contra los franceses. Aparte de esto, en la gran movilización generalizada que provocaron las guerras napoleónicas, Clausewitz habría debido advertir la gran variedad de aliados y auxiliares, alistados directamente como emigrados, que se habrían incorporado por motivos de patriotismo, pero sobre todo porque se hallaban desarraigados y hambrientos, o habían sido prestados al emperador, por su voluntad o por la fuerza, en unidades de sus naciones de origen^[313]. Los mejores eran los regimientos suizos, transferidos durante los acuerdos de capitulación mediante los cuales los suizos se ganaban la vida como mercenarios en muchos ejércitos del *ancien régime*. Excelentes eran también los lanceros polacos, cuyo origen era la caballería feudal del antiguo

reino. Y muchos buenos regimientos fueron juguete en manos de guardias de Corps de príncipes alemanes a quienes Napoleón había despojado de su poder. (Un oficial de uno de ellos, el capitán Franz Roeder, de la guardia del gran duque de Hesse, nos ha dejado —en sus juguetes con Ossian y Goethe y en sus fantasías helenófilas, bastantes características del prototipo de oficial alemán joven de la época, que consideraba el servicio militar como una profesión para caballeros— uno de los mejores libros de memorias sobre la retirada de Moscú^[314]). La guarnición francesa de Prusia contaba también con regimientos de colonos militares croatas, procedentes de la frontera bélica que los Habsburgo mantenían frente a los turcos; quienes, en realidad, eran serbios refugiados huidos de tierras otomanas. Y la guardia imperial disponía de un escuadrón de tártaros lituanos reclutados entre los restos turcomanos de la llamada «horda dorada». Pero la unidad más ilustrativa de las transformaciones que podía experimentar cualquier organización militar en el curso de su existencia fue el *bataillon de Neufchâtel*, reclutado en el cantón suizo de ese nombre, al jefe de cuyo estado mayor, mariscal Berthier, Napoleón había nombrado príncipe y duque soberano. La unidad sobrevivió a la caída del emperador y fue incorporada al servicio de Prusia, para acabar siendo *Gardeschützenbataillon* de la guardia imperial del káiser; y en 1919 algunos de sus elementos estaban integrados en los *Freikorps*, formados por excombatientes, con los que los generales de derechas y los políticos socialdemócratas aplastarían la «revolución roja» de Berlín. Y, como fue con excombatientes de estos *Freikorps* como Hitler formó el núcleo de los cuerpos paramilitares del partido nazi, no sería descabellado atribuir el origen de los pretorianos de las divisiones pánzer de la Waffen-SS al pequeño ejército reclutado en el idílico principado de Berthier^[315].

Guardias de Corps, regulares, vasallos, mercenarios, colonos militares, concriptos, milicias de la gleba, remanentes de tribus guerreras de la estepa; por no hablar de los franceses de la Grande Armée, algunos de los cuales habían ingresado en filas como ciudadanos-soldado de la revolución, y en cuyo irresistible empuje estuvo el origen de la idea de Clausewitz de la guerra como «continuación de la política». ¿Qué orden establecer en esta mezcla? Un instructor los habría considerado simples soldados; algunos de ellos idóneos para las tareas más duras, otros útiles para los servicios especiales de incursión y reconocimiento, pocos de ellos merecedores de paga, unos cuantos peligrosos para sus compañeros y una amenaza para los pacíficos ciudadanos. Es una diversidad que ofrece un buen material para ilustrar la relación entre lo militar y las formas sociales. ¿Qué teorías pueden explicar tal diversidad?

Los sociólogos militares parten de la premisa de que toda organización militar expresa el orden social en que se origina; lo cual es cierto aun cuando la mayor parte de la población esté sometida a esclavitud por un poder militar extranjero, como el que dominó la Inglaterra normanda o el manchú en China, por ejemplo. La más elaborada de estas teorías es la del sociólogo anglopolaco Stanislaw Andreski —

resulta significativo que sea hijo de emigrantes—, famoso por haber expuesto la tesis sobre la existencia universal de un coeficiente de participación militar (CPM), mediante el cual, teniendo en cuenta otros factores, puede calcularse el grado de militarización de una sociedad^[316]. Lamentablemente, el trabajo del profesor Andreski no es «accesible» —calificativo no muy feliz, propio del mundo académico, en el que accesibilidad se confunde con superficialidad— para el público en general, ya que utiliza un léxico inventado, con neologismos, para exponer sus ideas. Por el contrario, la redacción de sus otros textos es clara y elegante, y no adopta en ellos una posición moral a propósito de sus descubrimientos. Aunque es evidente que preferiría vivir en una sociedad con bajo coeficiente de militarización, en la que las fuerzas armadas estuvieran bajo el imperio de la ley, no cae en la falacia de pensar que las dictaduras militares puedan erradicarse con artículos en revistas de ciencias políticas. Efectivamente, lo menos que puede decirse de él es que adopta una visión pesimista, hobbesiana, a propósito de la naturaleza humana, al sostener que la lucha es una condición natural de la existencia; y afirma, como el doctor Johnson, que «no hay dos personas que puedan estar media hora juntas sin que una de ellas adquiriera una evidente superioridad con respecto a la otra».

Andreski comienza hablando de Malthus, el padre de la teoría de la población, que argumentaba que, como la población aumenta en progresión geométrica, a diferencia de los alimentos y el espacio vital, la vida solo es tolerable si se limitan los alimentos, o si las muertes se aceleran por efecto de las enfermedades o de la violencia. Afirma Andreski que este es el origen de la guerra (si no lo hubiese escrito después de la aparición de *Plagas y pueblos*, de McNeill, quien sostiene que la diseminación de enfermedades es más letal que la guerra, no lo habría afirmado con tanta seguridad^[317]). En su opinión, en las sociedades primitivas los hombres más fuertes reducen la tasa de natalidad al apropiarse de las mujeres de los débiles; pero como la tasa del estrato superior aumenta, es necesario hacer repercutir este excedente en el estrato inferior, o llevar la violencia a territorio enemigo. En el primer caso, se crea una clase militar dominante dentro de la propia sociedad; en el segundo, se conquista a otra; y su tamaño relativo (CPM) queda determinado por el éxito a la hora de contentar a los estratos más bajos, después de haber satisfecho sus propias necesidades —desorbitantes en potencias— de consumo y propiedad^[318]. En las tribus victoriosas que someten a sus vecinos, todos los varones aptos se convierten en guerreros. En condiciones económicas favorables, en las que la clase dirigente puede alimentar a una población en expansión mediante el comercio, la industria o la agricultura intensiva, las fuerzas armadas se reducirán al número estrictamente necesario para la defensa del bienestar del pueblo; e incluso algo parecido a la democracia podría emerger para enmascarar la realidad del poder. Afirma, sin embargo, que es entre esos dos extremos del CPM donde se sitúa la mayoría de sistemas sociales; y su exacta naturaleza dependerá de otros dos factores: el grado en que los dirigentes crean necesario (o sean capaces de) ampliar el dominio sobre los

dirigidos —lo que Andreski llama *subordinación*—; y el grado en que estén unidos quienes posean la capacidad militar y el armamento: la *cohesión*^[319].

Citemos algunos de los ejemplos que da. Los bóers de Trek, que abandonaron la región de Sudáfrica gobernada por los ingleses a principios del siglo XIX para buscar tierras y defenderlas de los ataques indígenas, formaban una sociedad con un característico CPM alto, ya que todos los varones eran buenos tiradores montados; tenían poca subordinación, ya que las repúblicas que fundaron carecían casi de gobierno; y poca cohesión, puesto que la unidad en que se centraba la lealtad era la familia patriarcal. Los cosacos, por su parte, tenían también un CPM alto y una baja subordinación, ya que sus gobernantes disponían de pocos medios para imponerles su voluntad; pero una gran cohesión, porque los peligros de la vida en la estepa mantenían unidos a los grupos. Lo más común han sido las sociedades con bajo CPM, baja cohesión y baja subordinación, como las sociedades caballerescas de la Europa medieval durante largos periodos de debilidad monárquica; o con alto CPM, alta subordinación y alta cohesión, aplicable a las sociedades industriales militarizadas entre las dos guerras mundiales.

El librito de Andreski deja pasmado por su crudeza y alcance. En una serie de intrincados pasos no carentes de lógica, lleva al lector a aceptar la tesis de que solo puede haber seis tipos de organización militar y, a continuación, en un recorrido vertiginoso por la historia universal, va situando todas las sociedades conocidas, desde las tribus más primitivas hasta las democracias más opulentas, en uno u otro tipo. Solo cuando el lector se toma un respiro le asalta la duda, pues, en términos generales, el criterio de Andreski resulta demasiado mecanicista: aunque despectivo con Marx —«es indudable que los factores puramente económicos causan fluctuaciones en la estratificación jerárquica; pero, a largo plazo, las tendencias las determinan los cambios de lugar del poder militar»—, su análisis resulta brutalmente dialéctico^[320]. Y más aún, si el lector tiene un conocimiento preciso de las sociedades que el autor clasifica tan perentoriamente, no parece tan exacta la ubicación que él les asigna en su organigrama. Por ejemplo, puede parecer que los bóers carecían de cohesión, pues eran y siguen siendo una gente estirada y pendenciera; pero nadie que haya combatido contra ellos puede dudar de que lo que falta en sus leyes lo compensa el poder de la Iglesia reformada holandesa, que les confiere una cohesión bíblica, ya que no política. De igual modo, la insubordinación de los cosacos tiene sus límites, ya que el culpable puede ser expulsado del grupo a instancias de los ancianos o los compañeros y verse expuesto a la sanción de un aislamiento peligroso^[321]. Además, Andreski atribuye poca importancia a lo que sus colegas sociólogos denominan «sistema de valores»; y, aunque admite que «las creencias mágicoreligiosas [proporcionaron] los primeros cimientos de las desigualdades sociales», no trata el tema a fondo^[322]. Ni tampoco tiene en cuenta el repudio de la violencia que hemos observado en algunas tribus primitivas —que tratan de controlarla mediante combates

rituales—; ni en las religiones monoteístas, que, como en el caso del islam, se vieron en la obligación de crear un orden social de esclavos para compatibilizar las exigencias del poder con las religiosas; ni el de la civilización china, que heroicamente se ciñó a la creencia, aunque muchas veces se apartara de ella, de que «el hombre superior debe ser capaz de conseguir sus fines sin violencia», caracterizando así al gobernante ideal.

Parece más conveniente proceder con arreglo a un método distinto: aceptar que existe un número limitado de formas adoptado por la organización militar, y que, efectivamente, hay una íntima relación entre una forma en concreto y el orden político en el que se integra; pero el factor determinante de la relación puede ser de enorme complejidad. La tradición, por ejemplo, desempeña un papel preponderante. Andreski admite que «una sociedad igualitaria en la que todos vayan armados se resiste a la introducción de métodos más eficaces que hagan inútil el servicio militar obligatorio»^[323]. Pero es más habitual, y nos limitaremos a citar como ejemplos el de los samuráis y el de los mamelucos, que minorías exclusivamente militares se aferren a un sistema anticuado de arte marcial y lo mantengan irracionalmente durante siglos; por el contrario, estas minorías —a las que los sociólogos llaman «élites»; aunque incorrectamente, ya que se eligen ellas mismas— pueden seguir una política implacable y absurda de innovación. Así, los oficiales de la marina real victoriana, una vez que aceptaron el acorazado de vapor, declararon anticuados los nuevos modelos cada vez más rápidamente, al extremo de que los astilleros militares llegaron a ser uno de los temas más polémicos de la política presupuestaria inglesa^[324].

Este «navalismo» era reflejo de las circunstancias geopolíticas de Gran Bretaña: como una isla rica, necesitaba defenderse de una posible invasión; y como centro de un imperio marítimo, le era preciso proteger su comercio en las colonias de ultramar. Pero la geografía ejerce influencia en todas las modalidades militares, cosa que Andreski solo reconoce esporádicamente y de pasada; así, por ejemplo, señala que era el peculiar aislamiento de Egipto lo que retrasó su transición de la Edad de Piedra a la tecnología armamentística de la era de los metales, lo que le ahorró la carga de mantener un ejército en pie de guerra hasta una época tardía de su civilización. Pero pasa por alto que, en Europa, fue la amenaza de invasión desde la estepa —o, más tarde, las incursiones vikingas— lo que confirió a la clase caballeresca gran parte de su poder; que el hábitat inalterable de la estepa hizo de los nómadas lo que eran, una vez que obtuvieron por crianza un caballo apto para montar; que la hambruna obligó a los escandinavos a abandonar sus limitados campos costeros para dedicarse al *aviking*, o que fue la ausencia de otro puerto natural seguro en el Adriático lo que permitió que Venecia —una potencia militar por la que él muestra interés— dominase el mar y extendiera sus tentáculos comerciales hasta Creta y Crimea^[325].

Pero, por encima de todo ello, Andreski descarta el encanto que la vida guerrera ejerce sobre la imaginación del varón; un fallo corriente entre los estudiosos que se interesan por los asuntos militares sin haber salido del ámbito de la universidad. Pero

los que tratan con militares, en su calidad de miembros de una sociedad, saben que esta sociedad posee una cultura propia análoga, aunque distinta, a la cultura más amplia en la que se inserta, y que funciona a base de un sistema diferente de premios y castigos —castigos más severos, recompensas menos crematísticas y muchas veces, de hecho, puramente simbólicas y emocionales—, pero profundamente satisfactorio para sus miembros. Después de haber estado en contacto toda mi vida con el ejército británico, me atrevo a afirmar que hay hombres que no saben ser otra cosa que soldados. El paralelo femenino se da en el teatro: hay mujeres que solo se realizan siendo actrices —sea como *prima donna* o como modelo de fotógrafos o de moda— y, sin embargo, esta realización implica un ideal universal de la feminidad que recibe igual beneplácito de hombres que de mujeres; beneplácito que no obtienen los actores, por muy admirados y elogiados que sean. Un héroe teatral o cinematográfico se limita a simular que corre riesgos, mientras que el héroe guerrero es admirado por los dos sexos y corre riesgos reales. Pero el hombre de temperamento militar —qué poco toman en consideración los sociólogos el temperamento— corre riesgos sea o no admirado por personas ajenas a su mundo, pues, si llega a alcanzarla, es la admiración de otros militares lo que lo satisface. La mayoría de los militares se muestran satisfechos con la simple compañía de sus colegas, por compartir con ellos el desdén hacia una vida más fácil, por desligarse del materialismo estrecho gracias a la vida de campamento y a la marcha, por las rudas comodidades de campaña, por la emulación y la resistencia, o por la perspectiva de *le répos du guerrier* cuando regresen con sus mujeres.

La embriaguez de la vida guerrera nos ayuda a entender la ética de algunos guerreros primitivos. El éxito en la guerra explica igualmente por qué ciertas tribus primitivas se hicieron guerreras; los premios del éxito —si no ya de la conquista con la apropiación de territorio, el sometimiento de los vencidos, el botín o al menos el derecho a comerciar según las condiciones impuestas— bastan por sí mismos para validar el rechazo a la vida sedentaria. Pero conviene no exagerar las motivaciones de la vida guerrera, pues, como hemos visto, muchos pueblos primitivos se esfuerzan por contener el impulso a la violencia, y hasta los pueblos más feroces ascendieron por la montaña de calaveras siguiendo los balbucientes pasos de quienes los precedieron. Tamerlán no habría podido ser lo que fue si antes los nómadas a caballo no hubiesen puesto a prueba los límites de resistencia de la sociedad civilizada. Además, los pueblos guerreros siempre han sido una minoría entre otros pueblos, por mucho que atraiga tener un nombre que inspire respeto; algo poco apreciado por los belicosos anglosajones, que prefirieron considerarse donantes de las instituciones parlamentarias a otros. Los guerreros constituyen siempre una minoría dentro de los pueblos que han superado la fase de primitivismo; existe lo que los sociólogos llaman una tendencia compensatoria en la naturaleza humana, que se opone al recurso a la violencia. Aldous Huxley afirmó que un intelectual es una persona que ha descubierto algo más interesante que el sexo; de igual modo, podría decirse que un hombre

civilizado es alguien que ha descubierto algo más satisfactorio que el combate. Una vez que el hombre superó la etapa del primitivismo, la proporción de quienes preferían algo que no fuera la lucha —arar la tierra, hacer o vender cosas, edificar, enseñar, pensar o comunicarse con otros— aumentó tan rápido como lo permitieron los recursos económicos. Pero no hay que idealizar; los menos afortunados se ven abocados al servicio o a la servidumbre, mientras que los privilegiados, como bien señala Andreski, basan siempre su posición en el poder de las armas, portadas por ellos mismos o por subordinados. Sin embargo, el hombre posprimitivo atribuyó un valor especial a la vida no violenta, ejemplificada en los artistas, los intelectuales y, sobre todo, en los santos y las santas. Fue por ello por lo que las atrocidades, en particular las de los vikingos que asaltaban monasterios y conventos, suscitaron tanta repulsa en el mundo cristiano, pues ni el mismo Tamerlán, que recibió con respeto al gran intelectual árabe Ibn Jaldún, llevó a niveles tan sanguinarios^[326].

Por lo tanto, para equilibrar el análisis de Andreski, admitamos la prevalencia de la guerra en el mundo primitivo —sin descartar la existencia de pueblos que apenas conocían la guerra; y teniendo en cuenta las tentativas de moderarla mediante rituales y ceremonias por parte de los que la conocían— y continuemos con el mundo posprimitivo. Hasta ahora, el estudio que hemos expuesto de la historia militar revela seis formas principales posibles de organización militar: guerrero, mercenario, esclavo, regular, conscripto y miliciano. Es simple coincidencia que Andreski crea en la existencia de seis modalidades que él denomina homoica, masaica, mortásica, neférica, ritteria y telénica (todos neologismos); ya que pocas de estas categorías coinciden. La categoría de guerrero se explica por sí misma, pero yo la utilizo incluyendo en ella grupos como el de los samuráis y el de la clase caballeresca occidental, cuyos núcleos casi siempre se identifican como el remanente de la tribu guerrera indígena o extranjera; cultos guerreros, como los primitivos musulmanes y los sijs; y gobiernos que se han convertido en guerreros, como los zulúes o los ashanti, se incluyen por sí mismos. Mercenarios son los que prestan servicio militar por dinero, aunque también por incentivos como la cesión de tierras, la obtención de la ciudadanía (ofrecida por Roma y por la legión extranjera francesa), o trato preferente. Los regulares son mercenarios que ya gozan de la ciudadanía o su equivalente, pero optan por el servicio militar como medio de subsistencia; en los estados ricos, el servicio regular implica ciertos atributos profesionales. Del sistema esclavista ya hemos hablado. La milicia se basa en el deber para todos los varones aptos de prestar servicio militar; el no hacerlo o negarse a ello acarrea generalmente la privación de la nacionalidad. La conscripción es un impuesto que se aplica a la población masculina durante un tiempo determinado y a una edad concreta, aunque los ciudadanos suelen considerar el pago de ese impuesto como un deber cívico; la conscripción selectiva, sobre todo si es por largos periodos de servicio a un gobierno absolutista —en Rusia era de veinte años antes de la emancipación de los siervos— apenas se diferencia del sistema esclavista.

No hace falta elucubrar sobre cómo se originaron las sociedades guerreras, y ahora tampoco necesitamos examinar cómo los grupos guerreros adquirieron y perpetuaron su poder sobre los no guerreros. El factor característico es el monopolio de un sistema armamentístico caro —como en el caso de los conquistadores en carro—, o el perfeccionamiento de un arte marcial difícil, que fue la razón del prolongado reino de terror de los pueblos del nomadismo montado. Son las transiciones a las formas alternativas las que tienen mayor complejidad explicativa. Es evidente que dichas transiciones son inevitables para la evolución de la sociedad, ya que los gobiernos militares tienden a ser profundamente conservadores. Y, como sucedió con los samuráis, los manchúes y los mamelucos, temen que el cambio vulnere su sistema de dominio, y en último extremo lo eche abajo. Como hemos visto, los sistemas militares obsoletos no pueden resistirse indefinidamente al cambio; pero cuando este cambio se produce, los nuevos gobernantes —que pueden ser supervivientes ilustrados del antiguo orden militarista— se enfrentan a dos problemas cruciales. Uno, cómo pagar el nuevo sistema militar; y otro, cómo asegurarse la lealtad de los que lo constituyen. Ambos están estrechamente relacionados. El militarismo se nutre por exacción directa, sobre el resto de la sociedad o sobre extranjeros; de ahí la obsesión de los pueblos ecuestres por hacerse con un botín, un tributo o exigir el derecho a comerciar en las condiciones que imponían. Una vez que la especialización militar queda desplazada del centro del poder —lo que constituye el inicio de la disolución del militarismo— hay que hallar un método intermedio para recompensar a los militares. Gengis Kan era muy escrupuloso en cuanto a la centralización del botín y su distribución equitativa^[327]; pero antes de morir, conforme el imperio se expansionaba, se vio obligado a otorgar poder local a subordinados de confianza; y poco después de su muerte estos adquirieron el derecho a cobrar tributos y a gobernar. Los recaudadores de impuestos de Gengis Kan entregaban las sumas al tesoro central, y era una importante razón de que el ejército mongol conservara tal potencia mientras él vivió; en tanto que en la época de sus nietos había comenzado a surgir una especie de feudalismo, y con él la decadencia del poder mongol.

El feudalismo es una fase común en la transición de las sociedades guerreras hacia otras formas, y surgió en dos modalidades principales. Una de ellas, que caracteriza su aparición en Occidente, fue la cesión de tierras a subordinados militares a condición de que sostuvieran en ellas la fuerza militar que habría que poner a disposición del soberano cuando fuese necesario; lo cual implicaba el derecho a legar la propiedad de la tierra, en las mismas condiciones, a los descendientes del señor feudal. La otra, mucho más corriente fuera de Europa, era el feudo no hereditario, que el soberano podía recuperar si quería; esta modalidad fue la predominante en el mundo islámico dentro del sistema *iqta*, y la utilizaron mucho los selyúcidas, los ayúbidas y los otomanos. Ambas presentaban inconvenientes. La *iqta* porque no era hereditaria y fomentaba el deseo del señor feudal de enriquecerse mientras podía, cargando de tributos a sus siervos y escatimando el compromiso

militar^[328]. Los vasallos feudales de Occidente, por el contrario, consideraban que convenía gobernar bien sus feudos, porque lo heredaban los hijos, y al mismo tiempo se interesaban mucho en mejorar el valor militar de los mismos. De este modo, un vasallo reforzaba su posición ante el soberano en cualquier querrela sobre derechos o deberes; adquiriendo vasallos propios y construyendo castillos, podía aspirar a que su casa alcanzase la condición de soberana, si no legalmente, al menos de hecho. Ese fue el proceso de gran parte de Europa occidental entre la división del imperio carolingio en el siglo IX y la aparición de los reyes con armamento de fuego en el XVI.

Por lo tanto, el feudalismo en cualquiera de sus formas era un callejón sin salida en la transición del militarismo. Un sistema mucho más eficaz fue el del ejército regular, que sorprendentemente aparece en Sumer y al que los asirios aplicaron escasas reformas. Como hemos visto, el ejército asirio incluía contingentes de todas las clases de soldados de la época, contando, aparte de la infantería, con conductores de carros, arqueros montados, ingenieros y carreteros. Sin embargo, su núcleo principal era la guardia real, de la que tal vez derive el servicio regular. El ejército de Sumer fue probablemente en origen una guardia de Corps del soberano, en torno a la cual se formaron otras unidades con arreglo a las necesidades, y estos «guardias cercanos» perdurarían después en todos los estados en que el poder estaba personalizado, aunque tuviesen un gobierno simbólico o representativo, hasta la época actual.

Pero estas guardias de Corps seguirían una línea de desarrollo distinta a la de las fuerzas regulares, y a veces divergente. Los gobernantes que tenían un lugar fijo de residencia tendieron a hacerse sedentarios, muchas veces relajaban sus funciones guerreras y a veces eran quienes decidían quién debía ser rey. En consecuencia, solían reclutar la guardia en el extranjero entre pueblos guerreros que no conocían la lengua del país y no podían conspirar con la oposición interior. Un ejemplo bien ilustrativo es el de la guardia de varegos de los emperadores bizantinos, formada en origen por suecos y noruegos que seguían las rutas de comercio de las Rus a lo largo de los grandes ríos rusos hasta Constantinopla, constituida a partir de 1066 por emigrados anglosajones. Estos crearon un dialecto propio y han dejado un memorial famoso en las runas grabadas en el león de San Marcos, tomado como botín en el Pireo después de ser arrebatado a los turcos por Francesco Morosini en 1668 y actualmente situado en el arsenal de Venecia^[329]. Otras guardias extranjeras famosas fueron la de los arqueros escoceses de los reyes franceses, la guardia árabe de Federico II de Hohenstaufen (el general Franco tuvo una guardia mora creada con regulares marroquíes, que tanto contribuyeron a su triunfo en la guerra civil de 1936-1939), y la guardia suiza de varios soberanos europeos, incluidos los papas. Actualmente, es una función abiertamente explícita del regimiento del Servicio Aéreo Especial (SAS, según las siglas inglesas) proveer de guardia de Corps a los políticos extranjeros que el gobierno británico tiene interés en mantener en el poder^[330].

Esta clase de cuerpos de guardia, así como los formados por súbditos del

gobernante, que en la capital se hacen sedentarios, tienden a fosilizarse, y a veces de un modo grotesco: la guardia real de los *beefeaters*, o *yeomen*, y la guardia papal suiza seguían armadas en el siglo XIX con alabardas. Algunos monarcas reclutaban unidades de guardia arcaicas para exagerar la antigüedad de su linaje, como hicieron los Hohenzollern con la *Schlossgardekompagnie*, que servía al último káiser con atuendo de la corte de Federico el Grande; no es de extrañar que los jóvenes aristócratas la mirasen con sorna, pues preferían mostrar su lealtad a un soberano con una guardia de Corps capaz de enfrentarse cuerpo a cuerpo con el enemigo. Algunas de estas unidades sobrevivieron como formaciones de combate y muchas otras siguieron el mismo modelo, como es el caso de los regimientos de infantería prusianos y rusos Preobrazhenski y Semenovski, así como los ingleses actuales.

La lealtad de estas unidades rara vez era puesta en duda; el caso de los *gardes françaises* en 1789, debido a su decadencia por su prolongada residencia en París, fue una excepción. Pero la dificultad estribaba en cómo pagar a tales fuerzas; dificultad que se acentuaba aún más en el caso de los regulares del ejército. Cláusulas fundamentales en el contrato entre el soberano y los regulares son la alimentación, el alojamiento y la paga tanto en la guerra como en la paz, y los estados ricos con un sistema eficaz de impuestos pueden cumplirlas sin problema. Pero si muestran una ambición militar desmedida, entonces abusan del sistema impositivo sobre la población; y también es frecuente que, cuando al final de una larga guerra se intenta reducir una fuerza regular sobredimensionada, esta se amotine, como sucedió con el estado libre irlandés fundado en 1923. Por ello, es una tentación, sobre todo para los estados ricos de población reducida, eludir la carga de mantener un ejército regular y comprar los servicios militares según las necesidades. Es la base del sistema mercenario; y no solo la base, pues históricamente muchos estados han complementado sus fuerzas alquilando mercenarios, muchas veces a largo plazo, con resultados totalmente satisfactorios para ambas partes, como sucedió entre franceses y suizos, y de modo más constante entre los ingleses y los gurkas de Nepal. También se puede recurrir a un mercado mercenario al que el contratado vuelve cuando expira el plazo de servicio; este mercado existía en el cabo Ténaro del Peloponeso durante el siglo IV a. de C., y lo formaban soldados sin tierras que quedaron desocupados al final de las guerras del siglo anterior entre las ciudades-estado, y funcionó perfectamente mientras existió la demanda de militares profesionales en Persia y el oriente helenístico^[331]. Alejandro Magno empleó en el 329 a unos cincuenta mil mercenarios griegos, muchos de ellos reclutados a través del mercado.

El peligro implícito en el método de recurrir a mercenarios es que los fondos necesarios para pagarlos pueden agotarse antes de que finalice el contrato, o que la guerra se prolongue más de lo previsto. El resultado es el mismo: si el estado no tenía otro remedio o ha sido negligente en depender exclusivamente de mercenarios, estos acaban por comprender que son el auténtico poder. Así sucedió en varias ciudades-estado italianas del siglo XV, en las que los ciudadanos se habían vuelto demasiado

mercantiles para realizar el servicio militar y no tenían capacidad de mantener una fuerza permanente; en tales circunstancias, los mercenarios son más peligrosos para el que los contrata que para el enemigo: toman partido en las querellas internas, chantajea para cobrar más, e incluso llegan a pasarse al enemigo. Y en el peor de los casos, se hacen con el poder, como sucedió con los *condottieri* Pandolfo Malatesta, Ottobuono Terzo y Gabrino Fondulo en Brescia, Cremona y Parma, respectivamente^[332].

Ciertas ciudades-estado más antiguas, cual si hubiesen previsto el peligro de confiar en mercenarios, aunque no fuese ese el motivo, optaron por otro sistema de defensa y pusieron como condición para obtener la ciudadanía que todos los hombres libres con propiedades adquiriesen armas y pertrechos para la guerra y sirviesen en caso de peligro. Es el sistema de milicia, que puede adoptar otras modalidades. El término se aplica ambiguamente a las levadas de campesinos realizadas por estados sedentarios de diverso cariz a lo largo de la historia, incluidos los imperios chino y ruso; en ellas se incluyen los *fyrd* de la Inglaterra anglosajona, y su equivalente en Europa, basado en el principio, conocido más tarde como el *jus sequellae*, o *Heerfolge*, según el cual los hombres libres deben ir armados. Lo trajeron de Germania los invasores bárbaros, lo mantuvieron los reyes que sucedieron al imperio romano y siguió en vigor hasta que, en las crisis militares de los siglos IX y X, perdió importancia por el llamamiento (*ban*) a los vasallos con caballería. En regiones apartadas como Suiza y el Tirol, perduró más tiempo; de hecho, en Suiza sigue perdurando.

Sin embargo, no es con el mundo bárbaro, sino con el clásico, con el que relacionamos la milicia: con las falanges de los campesinos-ciudadanos griegos que luchaban unos contra otros en las guerras entre pequeños estados, pero que se unían frente a un peligro común como el que supuso el imperio persa en los siglos VI y V a. de C., Es tentador pensar que germanos y griegos heredaran de una misma fuente la idea del servicio militar de los hombres libres, y más tentador teorizar que la principal contribución de los griegos a la guerra —la batalla campal efectuada a pie en un sitio concreto hasta que uno de los bandos se declaraba vencido— les llegó a los germanos a través de Roma en tiempos bárbaros. Pero las pruebas no corroboran la hipótesis. Lo que sí parece cierto es que Roma, en la época prerrepública, adoptó las tácticas griegas, y que el ejército romano de la constitución serviana, del que descendían los césares, tuvo su origen en la guerra de falanges^[333]. Posteriormente, Grecia y Roma discreparían política y culturalmente, pues el campesino-soldado romano sería reemplazado poco a poco, en el proceso hacia el imperio, por el militar profesional; mientras que el «espíritu griego de discordia» haría que se conservase la milicia ciudadana, propiciando así que una potencia superior, la de los macedonios semibárbaros, acabara dominándolos. No obstante, como todo lo griego, la idea de la milicia perduró y, al surgir en Europa en el Renacimiento el gusto por el estudio de la Antigüedad, la milicia alcanzó tanta consideración como el imperio de la ley o el

honor civil, conceptos a los que, por supuesto, estaba íntimamente ligada. Maquiavelo, cuyo pensamiento político está enraizado en la idea de que la soberanía emana de las armas, no se limitó a escribir libros sobre el tema, sino que llegó a redactar la ley de la milicia florentina (la *Ordinanza* de 1505), con la que pretendía liberar a su ciudad de la plaga de los mercenarios^[334].

Pero el sistema de la milicia encerraba un defecto: al basarse exclusivamente en el principio de la propiedad, limitaba el número de soldados que el estado podía poner en pie de guerra respecto a la cifra total de varones aptos para el servicio. Los griegos aceptaban esta limitación por dos razones: la primera, porque resolvía el acuciante problema de la subvención de fondos para el ejército, ya que eran los soldados quienes los aportaban; y la segunda, porque garantizaba la lealtad de ese ejército, ya que el principio de ser propietarios unía a sus miembros al margen de las diferencias políticas; al contrario de lo que sucedía con los desposeídos de tierras y los esclavos, que, al no ser ciudadanos, no tenían derecho a llevar armas. Pero cuando se producía una situación de peligro, este elitismo resultaba un grave inconveniente, como comprobarían los espartanos —tajantes en el cumplimiento del principio de exclusividad— en la guerra contra Tebas en el siglo IV a. de C.

La conscripción, por definición, no es un sistema excluyente, ya que acepta a todos los aptos para caminar y combatir, independientemente de su riqueza o derechos políticos; por eso nunca ha gozado de las simpatías de regímenes temerosos de que los ciudadanos armados pudieran hacerse con el poder ni de aquellos con dificultades para allegar fondos. La conscripción es para los estados que dan derechos —o apariencia de derechos al menos— a todos los ciudadanos. El primer estado que cumplió plenamente estos requisitos fue la primera república francesa; otros —la Prusia de Federico el Grande, por ejemplo— ya habían impuesto antes algo parecido a la conscripción, pero solo había funcionado merced a la utilización de parte del ejército regular para el reclutamiento. En agosto de 1793 la República francesa declaró que hasta el momento «en que los enemigos hayan sido expulsados del territorio de la República, todos los franceses quedan sujetos permanentemente al servicio de las armas», tras la previa derogación de un requisito de propiedad que limitaba el servicio a los «ciudadanos activos»^[335]. A raíz de él, todos los franceses eran soldados; y en septiembre de 1794, la República contaba con 1 169 000 hombres, un ejército de una potencia hasta entonces desconocida en Europa.

Los vertiginosos éxitos de los ejércitos de la revolución sirvieron de pauta para que la conscripción se convirtiese en el sistema militar del futuro; y fueron, en definitiva, los que indujeron a Clausewitz a razonar que «la guerra es la continuación de la política», sin que percibiera los graves inconvenientes de un sistema que militarizaba a la sociedad y entrañaba enormes costes. Los ejércitos de la revolución se pagaron a sí mismos con el botín obtenido durante un largo periodo (el ejército de Bonaparte en Italia, en la época en que el papel moneda de la República había acabado con el metal en curso, fue el principal suministrador de monedas); y los otros

países europeos que adoptaron la conscripción desde mediados del siglo XIX enmascararon la carga financiera pagando una miseria a los conscriptos.

En este sentido podemos considerar la conscripción como una especie de impuesto. Sin embargo, como todos los impuestos, debía repercutir finalmente en beneficio de los contribuyentes. En Francia, el beneficio era la ciudadanía. Pero los regímenes monárquicos que habían adoptado el sistema durante el siglo XIX no podían consentir que se debilitara su poder, y en los estados alemanes, por ejemplo, ofrecieron, con muy buenos resultados, un sustituto: la exaltación del nacionalismo. No obstante, la idea francesa de que solo los hombres armados gozaran de plena ciudadanía, había arraigado, y enseguida se transformó en la creencia de que las libertades cívicas eran el derecho y el distintivo de los que portaban armas. Y así, en algunos estados en los que ya existían derechos civiles pero no estaba establecida la conscripción, como sucedía en Gran Bretaña y Estados Unidos, surgió a mediados de siglo el extraño fenómeno de que los gobiernos maniobrasen para que los ciudadanos prestaran servicio voluntario; y el de que en los estados que se resistían a aceptar la implantación de instituciones democráticas, pero imponían la conscripción, como en particular Prusia, las milicias surgidas de la clase media como consecuencia de las guerras napoleónicas trataran de mantenerse como avanzadilla de las libertades frente al poder monárquico y el ejército regular.

A la postre, la implantación de la conscripción universal en los estados progresistas europeos quedó equiparada al derecho al voto, aunque en parlamentos generalmente menos responsables que los de los países anglosajones, y merced a procesos sin visible relación directa. Sin embargo, el resultado fue que, al estallar la Primera Guerra Mundial, Europa estaba formada por estados en los que existía alguna forma de institución representativa, y todos ellos mantenían grandes ejércitos producto de la conscripción. La lealtad de estos ejércitos, fuertemente reforzada por el sentimiento nacionalista, se mantendría durante los tres primeros años de la atroz guerra; pero en 1917 el coste psicológico, y material, de hacer un soldado de cada ciudadano comenzó a dejar sentir sus inevitables consecuencias; en el ejército francés se produjo un motín generalizado en primavera, y en otoño el ejército ruso se hundía. Al año siguiente era el alemán el que sucumbía, y, tras la firma del armisticio de noviembre, al regresar a casa las fuerzas armadas se desmovilizaban y la revolución sacudía al imperio alemán. Era casi el resultado cíclico de un proceso iniciado ciento veinticinco años antes, cuando los franceses salvaron una revolución apelando a todos los ciudadanos para que la apoyaran con las armas. La política se había convertido en la continuación de la guerra, y el viejo dilema de los estados —de cómo mantener ejércitos factibles económicamente, además de leales— parecía tan lejos de solución como cuando Sumer recurrió por primera vez a sus ingresos para pagar a los soldados.

IV HIERRO

*L*a piedra, el bronce y el caballo —los principales medios con los que se hacía la guerra en la época en que comenzaban a surgir los estados y experimentaban el acoso de pueblos guerreros que vivían allende las tierras cultivadas— eran por su naturaleza recursos limitados, aunque cada uno con sus características particulares. La piedra es un material difícil de trabajar; el bronce es un producto extraído de metales escasos; y el caballo solo puede mantenerse, en número suficiente para servir de montura a un ejército, en tierras de pastos que solo existen en áreas restringidas del planeta. Si la piedra, el bronce y el caballo hubieran seguido siendo los medios para hacer la guerra, sus fines e intensidad jamás habrían rebasado los niveles que alcanzó en el primer milenio a. de C., y la humanidad, salvo en las zonas confinadas y favorables de los grandes valles fluviales, jamás habría evolucionado más allá del pastoreo y la agricultura primitiva. El hombre necesitaba otro recurso con el que atacar en las zonas templadas y arbóreas, pero también para oponerse a la posesión de las tierras habitadas por las minorías fuertes y ricas que habían monopolizado la costosa tecnología de la guerra en la Edad de Bronce.

Ese material fue el hierro. Actualmente es moda entre los estudiosos cuestionar el inicio de la «revolución de la Edad de Hierro», en parte por haberlo teorizado los intelectuales marxistas debido a su visión determinista y mecanicista de la historia. Pero no hay que ser determinista para percibir que un aumento repentino y generalizado del abastecimiento de un material al que se le podía dar filo y la forma que se quisiera, cuando anteriormente había sido monopolio de unos pocos por su coste y escasez, cambiaría las relaciones sociales. El hombre, que anteriormente había trabajado con piedra y madera para abrir claros en los bosques y hacer surcos en la superficie de la tierra, disponía ahora de armas y herramientas. Y esas herramientas, además de permitirle emprender la labranza de suelos que antes se le resistían, lo animaron a colonizar regiones alejadas de las zonas de asentamiento existentes, a explotar con mayor intensidad las que ya cultivaba, o simplemente a hacerse sedentario en territorios previamente conquistados por los pueblos de los carros.

El hierro es un material que requiere pocas explicaciones. El bronce es una aleación del abundante cobre y del escaso estaño; la escasez de este último y sus minas de localización específica lo convirtieron en una sustancia susceptible de alcanzar fácilmente altos precios en el mercado y producir fuertes tasas de peaje e impuestos en el punto de entrega. En consecuencia, los guerreros monopolizaron

enseguida el material, y con ello alcanzaron casi siempre la condición de gobernantes. El hierro, por el contrario, abunda, ya que su mena constituye aproximadamente un 4,2 por ciento de la masa de la tierra, y su distribución está muy generalizada^[336]. Pero en su forma pura, aquella que el hombre primitivo pudiera reconocer y utilizar, es aún más escaso que el estaño, y solo se da en forma meteórica, o en los denominados depósitos telúricos que se hallan muy esparcidos. No obstante, el hombre primero conoció y trabajó el hierro meteórico, y cuando descubrió —no sabemos a través de qué procesos experimentales— cómo extraerlo mediante calor de su ganga terrosa, el ser civilizado supo qué hacer con ello. Se ha formulado la hipótesis de que fueron los herreros caldeos los primeros en fundir hierro, hacia el 2300 a. de C., en su intento de extraer pigmentos, como el ocre, de menas en íntima relación con el metal^[337]. El oficio de herrero era bastante hermético; estaba consagrado a un arte secreto bajo la protección de los guerreros a quienes abastecían con sus valiosos productos. El primer hierro fundido debió de constituir un monopolio casi con certeza, y su empleo no se generalizó hasta el 1400 a. de C., aproximadamente. Parece que por aquella época la producción se centraba en Anatolia, zona abundante en ricas menas a cielo abierto, y fue gracias a que dispusieron de hierro por lo que los hititas pudieron lanzar sus campañas agresivas contra los reinos de los valles.

Se cree que hacia el 1200 a. de C., los hititas habían dejado de ser los únicos poseedores de la incipiente industria del hierro, época en la que su imperio fue destruido. Los herreros de Anatolia, dispersos como consecuencia de ello, llevaron sus artes a otros lugares en busca de nuevos clientes y protectores. Puede que también por entonces la metalurgia del hierro alcanzase un apogeo tecnológico; pero debió de ser merced a una serie de etapas. La primera de ellas consistiría en perfeccionar un horno en el que fundir la ganga para obtener lingotes; y del tamaño adecuado para que economizara combustible (el combustible principal fue el carbón hasta la época moderna, en que los chinos y luego los europeos descubrieron cómo transformar el carbón en coque). La ganga de hierro funde a una temperatura mucho más alta que el cobre o el estaño, y requiere ventilación; los primeros hornos se situaron en montículos en los que daba el viento, hasta que se utilizó el fuelle. Estos hornos producían un ocho por ciento aproximadamente de hierro con arreglo a un determinado peso de ganga, en forma de materia esponjosa denominada arrabio, susceptible de ser transformada en lingotes para útiles o armas, mediante un calentamiento y un martilleo constantes; pero aun así, a menos que la mena tuviese un notable contenido de níquel, el producto logrado era blando, y el filo de poca duración. El martilleo en frío para restablecer el filo, técnica de los artesanos del bronce, no daba resultado en el caso del hierro. Solo cuando, hacia el 1200 a. de C., se descubrió que martilleándolo al rojo y templándolo con agua se obtenía un filo duradero, el hierro pudo competir con el bronce y obtener categoría de metal netamente superior. En esa fase debía de hallarse la industria cuando los herreros

anatolios se dispersaron por Oriente Medio.

El surgimiento de estas artesanías de fundición y herrería tuvo diversos efectos militares; los pueblos guerreros mejoraron su armamento para atacar a los estados ricos y sedentarios, y, por consiguiente, el hierro contribuyó al desorden reinante en Oriente Medio y Próximo a principios del primer milenio a. de C., Pero también les serviría finalmente a esos imperios para contraatacar; ya que los estados que se lo podían pagar, cuanto más hierro tenían a su disposición, más hombres podían mantener armados. El ejército asirio era una fuerza de hierro, y hasta el Egipto tecnológicamente atrasado adoptó el hierro durante el reinado de los últimos faraones.

El arma más impresionante descubierta en las estaciones de excavación de la Edad de Hierro no procede de Oriente, sino de Europa: las espadas de la cultura Hallstatt, que datan del año 950 a. de C.^[338] Fabricadas en principio con arreglo a un modelo de bronce, estas espadas adquirieron rápidamente una longitud exagerada, prueba de la manera mucho más absurda en que podía utilizarse el nuevo material en comparación con el antiguo bronce. Aunque se han hallado puntas de lanza también de hierro en tumbas de esta cultura, así como restos de escudos forrados y claveteados con hierro, son las espadas el arma predominante. Debieron de pertenecer a un pueblo de agresivos espadachines que confiaban en un filo cortante y una espada larga para vencer al adversario.

La cultura de Hallstatt —así denominada por la primera localidad en que se realizaron excavaciones en Checoslovaquia— era una cultura celta, ese misterioso pueblo que en el primer milenio a. de C., ocupaba la mayor parte de Europa occidental, y que en el siglo III a. de C., migró hacia Oriente, a Anatolia. En el apogeo de su cultura, los celtas fueron conquistadores o colonos al menos, y sus armas de hierro las adoptaron de forma generalizada sus vecinos allende las montañas de la gran llanura europea, en particular los griegos.

LOS GRIEGOS Y EL HIERRO

Los griegos, igual que los celtas, son de origen desconocido, aunque probablemente llegaron de las riberas sur de Asia Menor o de Chipre, Creta y las islas del Egeo hacia el final del cuarto milenio a. de C., Casi por la misma época, la Grecia continental comenzaba a ser colonizada por otro pueblo de la Edad de Piedra procedente de las mismas regiones. Luego, a mediados del tercer milenio, llegó a Macedonia un pueblo nórdico, quizá de las orillas del Danubio, cuya cultura continuaba siendo neolítica cuando los primeros pobladores de la Hélade ya habían entrado en la Edad de Bronce; pero fueron ellos quienes trajeron la lengua que acabaron hablando todos los griegos.

Los llegados del norte y los procedentes de Asia Menor tardaron en unificarse.

Hasta finales del segundo milenio a. de C., los habitantes de las islas no fueron simplemente un pueblo aparte, sino que, en el caso de Creta, sus habitantes habían alcanzado un nivel cultural inaccesible para los griegos de la península. En Cnosos, ciudad cretense a resguardo de las invasiones de los pueblos del mar que, sin embargo, mantenían un floreciente comercio con la isla, creció una esplendorosa civilización. Luego, hacia el 1400 a. de C., este mundo minoico fue víctima de una catástrofe que los arqueólogos, pese a la polémica, han sido incapaces de desentrañar; aunque el reciente descubrimiento de fortificaciones en las costas de la isla da a entender que no era tan inmune a los ataques como se creía, y puede que ya los hubiese padecido antes. O quizá fuese víctima de una gran ofensiva por parte de «pueblos del mar» piratas de Asia Menor; o de los griegos continentales, celosos del dominio del comercio mediterráneo que ostentaba Creta. Lo cierto es que los grandes palacios, almacenes y talleres fueron destruidos^[339].

Mientras tanto, una avanzada cultura de la Edad de Bronce se había asentado en la península, diversos reinos modestos habían florecido en su orilla oriental, particularmente en el Peloponeso. Uno de los más importantes, Micenas, da nombre a esta civilización. A finales del primer milenio se establecieron también ciudades micénicas en la costa de Asia Menor, e incluso en lugares tan distantes como Troya, en los estrechos que dan paso al mar Negro. Eran ciudades lo bastante ricas como para mantener ejércitos bien armados y con carros, si nos atenemos como pruebas a las tablillas de la escritura lineal B, en que figuran los primeros indicios de escritura griega. Las halladas en el palacio de Pilos registran la presencia de doscientos pares de ruedas de carro en el arsenal real^[340]. No se sabe de dónde procedían esos carros, pero puede que los trajeran los pueblos conductores de carros que se adueñaron de los reinos costeros. La riqueza fruto del floreciente comercio de estos reinos les permitía adquirirlos en el mercado de la tecnología militar avanzada. En cualquier caso, durante el siglo XIII a. de C., los carros eran un elemento de suficiente importancia en Grecia como para desempeñar un destacado papel en la prolongada guerra entre la península y Troya. Al menos así lo describe Homero en *La Ilíada*, cuando sus héroes entran en combate.

No obstante, ahora es lugar común entre los historiadores de la Antigüedad que Homero malinterpretó el papel que desempeñó el carro en la edad heroica, por haber compuesto su gran poema épico en el siglo VIII a. de C., sobre acontecimientos que habían tenido lugar quinientos años antes. Dice un estudioso moderno:

La verdadera ventaja del carro de guerra eran los ataques masivos a toda velocidad. Así lo empleaban los micénicos y los reinos de Oriente Medio y Próximo que mantenían grandes fuerzas de carros en la Edad de Bronce, y después de la decadencia micénica. El escenario homérico no debió de ser muy distinto. Pero en él los guerreros utilizan el carro como vehículo de transporte del que desmontan para combatir a pie, armados con el arco o la lanza, las dos armas

que hicieron del carro tan temible elemento tras la invención de un modelo ligero y rápido con ruedas de radios en la primera mitad del segundo milenio^[341].

La falsa interpretación de Homero es explicable por la distancia histórica a que se hallaba de la guerra de Troya, que según la opinión generalizada actualmente sí que tuvo lugar y no es ningún relato mítico. Seguramente sería consecuencia de rivalidades por los derechos de comercio en el Egeo y las aguas colindantes. Pero quizá no sea la distancia en el tiempo la única explicación de la dificultad que se le presentaba a Homero al recrear el pasado heroico. Lo separaban de él también una época de trastornos en la vida de Grecia, una edad oscura en la que faltan las conexiones entre los siglos XIII y VIII, incluso de un modo más absoluto que en el oscurantismo carolingio de la Edad Media respecto a Roma, pues parece que en la península griega desapareció la escritura durante trescientos años, después del 1150 a. de C.^[342] La causa de este cataclismo fue una oleada de nuevos invasores del norte que los griegos posteriores denominaron dorios, que hablaban griego pero que en los demás aspectos eran bárbaros. La primera oleada debió de llegar por mar; y los invasores posteriores debieron de traer el caballo y las armas de hierro, y es muy probable que llegasen por tierra, quizá en vanguardia de otros pueblos ecuestres procedentes de la frontera de la estepa.

Algunos griegos micénicos, en particular los que habitaban el Ática en torno a Atenas, fueron capaces de resistir en sus plazas fortificadas a estos invasores, y la recolonización que llevaron a cabo en las islas (migraciones jónicas) posibilitó más tarde la recuperación de la cultura griega desde el Egeo hasta las costas de Asia Menor, donde, durante el siglo X a. de C., construyeron doce ciudades bien fortificadas que consideraban a Atenas su patria, comunicándose con ella y entre sí por mar. En la península, ninguno de los reinos micénicos conservó su independencia. Los invasores dorios se apoderaron de las tierras mejores, esclavizaron a sus habitantes y los obligaron a trabajar como siervos; pero no debieron de mantenerse muy unidos. «Los pueblos combatían entre sí y los hombres iban armados»^[343].

Esta pauta característica de conquista guerrera y asentamiento sirvió de base a la implantación de la institución griega más distintiva e influyente: la ciudad-estado. Sus orígenes se remontan al asentamiento dorio en Creta, donde, entre los años 850 y 750 a. de C., se implantaron constituciones que otorgaban derechos a los que llevaban armas, descendientes de los conquistadores, y se los negaban al resto de la población; «la característica notable de estas constituciones cretenses era la orientación de los ciudadanos no hacia su familia, sino únicamente hacia el estado»^[344]. A la edad de siete años, se militarizaba a los hijos de las familias nobles, entrenándolos en atletismo, caza y guerra ficticia. Los desafortunados que no cumplían los requisitos eran excluidos y gozaban de menos derechos ante la ley. A los diecinueve años, los que habían pasado la prueba ingresaban en un cuartel, y a partir de entonces comían y

emprendían campañas juntos. El erario público se encargaba de esas compañías castrenses, auténtico hogar de sus miembros, a los cuales se les permitía casarse, pero sin que las esposas vivieran con ellos, por lo que la vida familiar se reducía al mínimo.

Los excluidos de la clase guerrera estaban sometidos a diversos grados de sujeción. Los descendientes de la población primitiva conquistada eran siervos dependientes de las fincas de sus amos o de los terrenos públicos. Además, los terratenientes poseían esclavos personales, que adquirían en el mercado. Los que habían sido conquistados después de la primera invasión tenían derecho a la propiedad, pero pagaban tributo y no eran hombres libres. Así dice una canción cretense del siglo IX: «Mi riqueza es la espada, y la lanza y el robusto escudo que protege mi carne; con ella labro, con ella siego, con ella piso el dulce vino de la uva; con ella soy dueño de mis siervos»^[345].

El origen de la polis, o ciudad-estado, la dotó de relevantes características. Heredó un fuerte sentimiento de afinidad con sus elementos constituyentes, los *komai*, o aldeas, de modo que la ciudadanía solía definirse por descendencia hereditaria bilateral. Perpetuaba la diferenciación entre amo y siervo, y mantenía el privilegio de la clase ciudadana dentro de la comunidad. Favorecía la economía agrícola, fuente de la autonomía, y aseguraba a la clase con derecho de ciudadanía un margen suficiente de ocio para dedicarse al arte de la paz y de la guerra^[346].

En la forma próxima a sus orígenes cretenses, esta polis se trasladaría a la península, y allí arraigaría por antonomasia en Esparta, el estado guerrero más famoso de Grecia. En Esparta, la división entre los guerreros libres y los siervos desarmados, y en su mayoría carentes de derechos, alcanzó la cota máxima, del mismo modo que la desproporción entre ambos grupos. El entrenamiento militar de los niños comenzaba a los siete años; y también las niñas hacían vida aparte y seguían un entrenamiento de gimnasia, danza y música. Pero estas vivían en casa hasta que se casaban; mientras que los niños vivían separados, al mando de jefes jóvenes bajo la supervisión de un delegado del estado. Su vida estaba destinada a habituar el cuerpo a las privaciones, y a competir con otros grupos de su misma edad en deportes y pruebas de resistencia. A los dieciocho años iniciaban el entrenamiento formal para la guerra, y durante un tiempo se los dedicaba a servicios secretos contra los siervos. A partir de los veinte vivían en cuarteles —pues, aunque podían casarse, no se les permitía vivir con sus esposas—; y cuando alcanzaban los treinta, se procedía a elegir a los merecedores de la ciudadanía. Solo los elegidos por unanimidad se convertían en ciudadanos de pleno derecho, para dedicarse a las tareas de un espartano «igual»: reprimir a la clase servil (la de los ilotas) y estar preparados para la guerra. Los «iguales» llevaban a cabo anualmente una guerra interna contra los ilotas, eliminando a aquellos a los que los del servicio secreto habían identificado como poco dignos de

confianza.

No es de extrañar que Esparta llegara a dominar a sus menos belicosos vecinos. Quizá no exista otra sociedad conocida por los historiadores que haya perfeccionado a tal extremo el militarismo. Durante el siglo VIII a. de C., los espartanos se hicieron dueños de las cien aldeas que rodeaban a las cinco suyas, y se lanzaron a la conquista de la vecina región de Mesenia, en una guerra que duró veinte años (940-920 a. de C.). A partir de entonces, su hegemonía en el Peloponeso fue menos rápida, pues se toparon con el reto del vecino estado de Argos, y sufrieron una derrota en Hisias, en el 669 a. de C., tras un periodo en el que las ciudades sometidas se habían sublevado. Esparta luchó durante diecinueve años por sobrevivir; pero en el siglo VI, tras una batalla contra Argos que derivó en un combate entre trescientos adalides de cada bando, superó la dura prueba para convertirse en el mayor poder militar del Peloponeso.

Entretanto, el resto de las principales ciudades griegas se desarrollaban de un modo distinto y en direcciones muy diversas, con lo que sus esferas de influencia se alejaban de la península para extenderlas a las islas y a las costas de Asia Menor. Finalmente, esas vías marítimas griegas se ampliarían, y fundarían colonias en Sicilia, la costa sur de Francia, el mar Negro y Libia. Mientras Esparta perfeccionaba armas, tácticas y organización militar para dominar bélicamente Grecia, otros estados, sobre todo Atenas, se convertían en potencias navales y construían barcos con los que competirían por el dominio del Egeo y del Mediterráneo oriental con los persas y sus pueblos vasallos del mar.

Las guerras médicas (499-448 a. de C.), contra los persas, tardaron aún en producirse hasta la consolidación de la unidad persa en tiempos de Ciro el Grande. Durante el siglo VI a. de C., la guerra la hicieron los griegos fundamentalmente entre sí, dado que las ciudades-estado proseguían sus litigios por tierras, poder y control de comercio. Y en este proceso surgió una nueva clase de guerra, en la que se combatía con armas de hierro, de las que disponían muchos más hombres de los que habían formado el ejército en la civilización micénica, que esgrimían modestos campesinos que eran ciudadanos «iguales», y que eran empleados en batallas de una intensidad y ferocidad quizá nunca vistas. Los combates entre los griegos anteriores y otros pueblos —incluso los sostenidos por los asirios, aunque carezcamos de detalles concretos sobre su actuación en el campo de batalla— habían seguido conservando elementos que caracterizaban a la guerra desde sus inicios primitivos: conatos de ataque, preferencia por el combate a distancia, armas arrojadas y restricción de la lucha cuerpo a cuerpo hasta que la victoria pareciese segura. Los griegos prescindieron de todas estas vacilaciones y crearon un nuevo estilo de guerra que convirtió la función del combate en un acto decisivo, en el que se luchaba dentro de las tres unidades del drama —acción, lugar y tiempo—, con el fin de obtener la victoria aun a riesgo de sufrir una sangrienta derrota, en una única prueba de habilidad y valor. Tan revolucionarias fueron las consecuencias de este nuevo espíritu

de hacer la guerra que el más destacado historiador sobre tácticas de las ciudades-estado griegas ha propuesto la impresionante aunque muy controvertida tesis de que los griegos fueron los inventores «del modo occidental de hacer la guerra», que los europeos acabarían por imponer en todos los rincones del mundo a los que llegaron con sus armas^[347].

LA GUERRA DE FALANGES

Grecia es un país montañoso que se presta a la agricultura únicamente en los valles y en las pocas llanuras existentes al norte del Peloponeso, en Tesalia y a lo largo de la costa occidental. En las laderas se cultivan olivos y vid, y se puede sembrar también en terrazas. El trigo, el otro elemento básico de la vida griega, además del aceite y el vino, solo se cultiva bien en los amplios espacios de valles y llanuras. Es comprensible, pues, la estrecha vinculación del ciudadano-soldado griego con su trozo de tierra, generalmente siete hectáreas o menos; de él obtenía lo necesario para vivir y el excedente que le permitía armarse con coraza y lanza, y pertenecer a la clase de quienes elegían mediante el voto a los magistrados y legisladores. Cualquier amenaza de invasión de sus tierras, de destrucción de vides o árboles frutales, o de que les hollaran o quemaran las cosechas, constituía un peligro no solo para su supervivencia durante un invierno duro, sino para su condición de hombres libres. La devastación era una característica corriente en la guerra entre ciudades-estado griegas, y hace tiempo que se considera que la provocación que representa explica la ferocidad inédita de las batallas que se libraban. En fecha más reciente, Victor Hanson, historiador estadounidense especializado en la época clásica, ha propuesto otra explicación. Criado en el seno de una familia californiana de vinicultores, Hanson duda que la devastación tuviera unos efectos económicos tan calamitosos como se pensaba, pues, según su experiencia, por mucho que se maltrate a las vides, estas tienen una capacidad de regeneración casi milagrosa; aunque se las corte de raíz, a la primavera siguiente vuelven a brotar, y en verano ya tienen sarmientos. Arrancar las vides, única manera de destrozarlas, requiere tiempo, y él calcula que para destruir la producción de una viña de aproximadamente media hectárea, que comprendería unas dos mil cepas, se necesitan treinta y tres hombres por hora de trabajo^[348].

El olivo es aún más resistente, y ya crecido es un árbol duro y nudoso que no arde con solo prenderle fuego en la base, y el tronco, que puede tener hasta seis metros de diámetro, resiste bien el hacha; se recupera favorablemente de la poda, igual que la vid, y solo muere si se lo arranca de raíz; pero desarraigar un olivar es aún más arduo que arrancar una viña^[349]. Por consiguiente, para que un invasor destruyera el ciclo agrícola de una serie de granjas griegas habría de asestar el golpe sobre una fuente de producción más vulnerable, y esta serían los campos de mies, pues la pérdida de la

cosecha anual acarrea carestía; y la de dos cosechas consecutivas, después de agotar las reservas de trigo, significa morir de hambre^[350]. Pero también es difícil asolar los campos de gramíneas. El maíz está demasiado verde en primavera para que arda, y pisotearlo, acción intentada a veces por invasores a caballo, sería laborioso e ineficaz; y después de la cosecha ya estaría todo recogido en graneros seguros, listo para la trilla. Por lo tanto, solo queda un breve intervalo durante el cual las mieses están secas sin segar y son muy inflamables: unas semanas de mayo.

Sin embargo, la disposición de los campos griegos no se prestaba a una incursión rápida de intrusos dispuestos a destruirlos, pues los campesinos solían vallar o cercar sus tierras, y muchas veces también las parcelas que las componían, y lo hacían aunque no estuvieran cerca de las de otro vecino; en consecuencia, «los destructores no podían galopar por las buenas por la campiña griega, quemándolo y asolándolo todo a voluntad [...]. Cercos, montículos, pequeños huertos y viñas obstaculizaban el avance»^[351]. En resumen: el territorio de las ciudades-estado griegas era defendible; y tanto que hacía del esfuerzo común de la defensa el objetivo militar más racional. Si al enemigo, que, dadas las circunstancias, procedía de cerca y, por consiguiente, no podía mantener en secreto los preparativos de guerra, se le lograba contener en la frontera durante el breve espacio de tiempo en que podía hacer más daño, los campos de los terratenientes cuyos productos cubrían las necesidades de los ciudadanos, guerreros y cabezas de familia podían defenderse colectivamente.

Este análisis gozó de aceptación general antes de que Hanson iniciara sus estudios, aunque no con el detalle aportado por él. Pero él añadió una idea innovadora: dada la extrema brevedad del periodo en que podía ser eficaz un ataque a los campos griegos —y, como él señala, al menos el ochenta por ciento eran propiedad de los denominados «ciudadanos» de las ciudades-estado, que agrupaban a campesinos y habitantes de la ciudad—, y dado que los atacantes dejaban sus propios campos desguarnecidos al emprender la expedición, lo idóneo era hacer esa incursión lo más rápida y decisivamente posible^[352]. Así, la «idea» de decisión militar se inscribe en la mentalidad griega junto a los otros conceptos de decisión —por mayoría en política; de desenlace por inevitabilidad en el drama; de conclusión por lógica en el ámbito intelectual— que nosotros consideramos haber heredado de ellos. Conviene no adelantar el efecto a la causa. Las glorias intelectuales de Grecia son posteriores en al menos dos siglos a la época en que los griegos comenzaron a adoptar el sistema de combate en filas cerradas de la falange, en un campo reducido, escudo contra escudo, lanza contra lanza. Además, civilizados como eran, permanecían bastante en contacto con su pasado como para conservar la pasión primitiva de la venganza, una reacción ante la ofensa que los grandes dioses de su Olimpo practicaban sin remordimiento alguno, según expresan los mitos que ellos se sabían de memoria. En consecuencia, Hanson teoriza:

El modo de combatir griego [puede] ser explicado como una idea evolucionada,

una percepción en la mentalidad del modesto campesino de que su tierra ancestral debía mantenerse a toda costa inviolable (*aporthetos*), y que solo ellos podían hollarla; una tierra por cuya integridad estaban dispuestos a luchar todos los ciudadanos a la menor alarma [...]. La mayoría de los griegos sentían que la venganza en la antigua modalidad de batalla campal era la manera más honorable y eficaz de responder a la ofensa a su soberanía. Su tradición, su deber y su deseo era la colisión ritualizada, lanzándose de cabeza contra las lanzas del enemigo, para resolver el litigio rápidamente y con eficacia^[353].

Puede que también otra modalidad de competición, que se origina en los griegos y trasciende al mundo moderno, contribuyese a la idea de combatir en el campo de batalla para alcanzar un resultado inequívoco: la de las competiciones atléticas, con torneos de carros, carreras de caballos, boxeo y lucha asociados a ellos, que en el 776 a. de C., comenzaron a celebrarse entre los estados griegos, cada cuatro años, en Olimpia, ciudad del Peloponeso occidental, y en terrenos de la ciudad de Elis; estuvieron en vigor de forma ininterrumpida durante más de mil años, hasta el 261. La competición en deportes y juegos tenía una larga historia en Grecia, y Homero pinta a los héroes de la guerra de Troya compitiendo en carreras de carros, boxeo, lucha, lanzamiento de peso y carreras pedestres en las ceremonias celebradas por Aquiles «para acompañar los ritos mortuorios de su compañero Patroclo, muerto por Héctor en singular combate ante las murallas de Troya»^[354].

Muchos otros pueblos tenían o desarrollarían costumbres similares: los hopi de Arizona celebraban carreras en las que los corredores simbolizaban nubes y lluvia, para propiciar unas y otras durante la época en que crecen las plantas. Muchos pueblos cazadores, como los hurones y los cheroquis de Norteamérica, realizaban juegos y pruebas de habilidad mediante las cuales los participantes se entrenaban para la caza con actos rituales o prácticos; y hasta los nómadas individualistas de la estepa competían entre sí arrastrando a caballo un determinado peso hasta una meta establecida^[355]. En cambio, para los pueblos nómadas ecuestres el deporte competitivo era algo en general desconocido; sobre todo si implicaba contacto físico rudo, lo que, según los griegos, para aquellos significaba una ofensa personal. Así lo dice un presunto diálogo entre Solón y un visitante escita a los juegos olímpicos. Los bajorrelieves de tumbas del imperio nuevo egipcio muestran soldados pugnando en lucha libre, pero se trata de una competición entre sirios o númeridas, a quienes se representa rindiéndose, y no de una competición entre iguales, que era lo que constituía precisamente el interés de los juegos olímpicos griegos^[356]. Cuando Herodoto visitó Egipto en el siglo V a. de C., «se asombró de que no existiesen juegos organizados; [pero] la libre competición en juegos es incompatible con sociedades de estratificación tan rígida como las del antiguo Oriente Medio, con sus faraones y otros monarcas absolutos en el vértice de la jerarquía, sancionados por la divinidad y a veces dioses ellos mismos»^[357].

Los juegos, en particular los violentos del boxeo y la lucha libre, tuvieron sus críticos en el mundo griego, con objeciones iguales a las que se escuchan en la actualidad: que los buenos atletas estaban excesivamente premiados, que sentaba ejemplo de individualismo asocial y que causaban lesiones con las que quedaban lisiados de por vida los participantes. Platón afirmaba sin ambages que las tácticas de los boxeadores o de los luchadores «son inútiles en la guerra y no merece la pena hablar de ellas». Era un criterio excesivamente idealista, ya que los deportes rudos, realizados con el fin de obtener un resultado inequívoco, reforzaron el código de valores militar griego, y, en cualquier caso, la guerra que hacían los griegos era en sí tan brutal que no existía simulación alguna, por ruda que fuese, que pudiese disuadir a nadie del horror que representaba^[358].

Los guerreros griegos formaban en el campo de batalla hombro con hombro en masas compactas, generalmente de ocho filas en fondo. A partir del siglo VIII iban equipados con pertrechos uniformes, aunque con coraza y armas pagadas por cada uno; el coste del equipo, en particular del casco de bronce, del peto o de las canilleras, suponía un buen gravamen para sus rentas, y solo podían pagárselo quienes tenían propiedades^[359]. (La supervivencia de la coraza de bronce en la Edad de Hierro se explica por la incapacidad de los herreros de la época para producir metal lo bastante maleable en láminas de equivalente dureza; aunque ya se empleaba el hierro por doquier para proteger a los soldados con escamas o argollas fijadas a la túnica de cuero, y parece que el casco de hierro era de uso generalizado en Oriente Próximo; ninguno de los dos protegía tanto como el bronce). Esta protección era crucial para los que formaban en la falange —el vocablo (literalmente, «rodillo») se refiere también a los segmentos del dedo, quizá porque los dedos se proyectan a modo de lanzas de la mano—, ya que el choque que tenía que aguantar no era el de una espada o una punta de flecha, susceptible de ser desviada por una superficie convexa, sino el de una aguda punta de hierro montada en el extremo de un mango de fresno macizo, que, cuando percutía con toda la fuerza muscular del adversario, lo atravesaba todo menos el metal de mejor calidad.

El soldado de la falange se protegía también con un escudo redondo convexo, el *hoplon*, del que deriva la palabra *hoplita*, aplicada a los componentes de la falange. Estaba hecho de madera reforzada con hierro, medía noventa centímetros de diámetro, se colgaba del hombro mediante una correa de cuero, y se manejaba con el brazo izquierdo; así el derecho quedaba libre para sujetar la lanza entre el codo y las costillas y ensartar al adversario de las filas enemigas. Constituye una célebre observación, que debemos a Tucídides, que la falange en movimiento tendía a desplazarse hacia la derecha, y que todos sus componentes se arrimaban a la protección que representaba el escudo del compañero más inmediato; en contacto cerrado, dos falanges enfrentadas parecían girar gradualmente sobre un eje invisible, impulsadas por la fuerza colectiva de ese instinto individual de autoprotección.

Las falanges no entraban en combate sin los prolegómenos imperativos para

cualquier griego. Uno de ellos eran los sacrificios. «Para los griegos no había ninguna acometida sin su correspondiente ritual que les diera garantía de aprobación o, al menos, de no hostilidad por parte de los poderes sobrenaturales [...]. Todas las fases del proceso que conducían al choque de las falanges hoplitas en el campo de batalla se caracterizaban por la sumisión a los dioses». Todo ejército que marchaba a la guerra llevaba carneros para sacrificar en los vados de los ríos o el cruce de fronteras, en los lugares en que acampaban y en el mismo campo de batalla. Esta *sphagia*, o «sacrificio de sangre», debía efectuarse «con la esperanza de obtener mediante signos la garantía de un resultado favorable; debió de ser una ceremonia propiciatoria, pero puede haber sido algo más atroz, una evocación de la sangría de la batalla [que] marcaba su inicio ritual, ofrecida con ánimo de atraerse a los dioses: «Matamos. Que podamos matar»^[360]. No obstante, cuando llegaba el momento de efectuar la *sphagia*, los hoplitas ya habían reforzado su coraje, generalmente, con algo más que un ritual, pues era costumbre que ambos bandos celebraran un almuerzo ceremonial antes de enfrentarse con las armas, y esta última comida ceremonial incluía una ración de vino, tal vez algo más abundante que la de un día normal. Beber alcohol antes del combate es una costumbre casi universal, si se dispone de vino o licores. Además, los hoplitas habrían ya escuchado las arengas de los comandantes. Y luego, inmediatamente después del ritual de la *sphagia*, comenzaban a avanzar, profiriendo el peán, el grito o alarido de guerra que Aristófanes transcribe como «eleleu».

Existe controversia sobre si el comandante se situaba en la primera fila. En la falange espartana parece que sí, tal como Homero describe a sus héroes de *La Ilíada*, en lo que actualmente se considera «prototalange». Tucídides, excombatiente e historiador, viene a confirmarlo cuando dice que las subdivisiones tácticas de las formaciones espartanas podían identificarse por la vestimenta distintiva de los comandantes situados en la primera fila. Que eligieran el puesto de mayor riesgo refleja sin paliativos lo arraigado de la ética guerrera en su sociedad. En todos los demás lugares, particularmente en Atenas, las costumbres eran distintas. «En las ciudades de la Grecia clásica no existía una clase de oficiales» —los cargos militares eran electivos, como los civiles—, y no había ninguna razón táctica para situar a los comandantes en primera línea. La guerra de falanges no se ganaba infundiendo ánimo con el ejemplo, sino merced al valor colectivo de individuos iguales en un breve y terrible choque de cuerpos y armas^[361].

Hanson ha reconstruido con elegancia e imaginación este estilo atroz y revolucionario de hacer la guerra, obviando la importancia de las escaramuzas preliminares de la infantería con armas formada por hombres sin propiedades, que no podían pagarse una coraza, y la de los enfrentamientos de los privilegiados guerreros a caballo que acompañarían a los ejércitos. La campaña griega, inadecuada para mantener una población ecuestre, no se presta a maniobras de caballería; una vez que las falanges llegaban a un llano del que se convenía que reunía las condiciones para la prueba de fuerza —«cuando los griegos van a la guerra eligen el lugar mejor y más

llano para realizar en él la batalla», escribió Herodoto—, no paraban en mientes^[362].

Tras cruzar una tierra de nadie quizá de ciento cincuenta metros en un conato de carrera, bajo un peso de armas y coraza de más de treinta y dos kilos, los contendientes se embestían. Cada individuo habría elegido un blanco para el momento del choque, con la intención de introducir la punta de la lanza en el resquicio existente entre un escudo y otro, y tratando de acertar en una porción de carne no protegida por la coraza: garganta, axila o ingle. La oportunidad era efímera. Conforme la segunda y sucesivas filas se apiñaban por efecto del encontronazo, la falange, al unísono, echaba el peso de siete hombres sobre la espalda de los de la primera fila en colisión con el enemigo, y bajo ese impacto algunos hombres caían inevitablemente muertos, heridos o aplastados por los de atrás. Esto podía crear una brecha en el muro de escudos, y los de las filas segunda y tercera se esforzaban por ampliarla con las lanzas, ensartando y pinchando desde su posición relativamente protegida. Si la brecha se ensanchaba, se producía el *othismos*, o «empujón con el escudo», para abrirla aún más y crear más espacio para poder desenvainar la espada, segunda arma del hoplita, y propinar tajos en las piernas del adversario; y era el *othismos* el método más eficaz, pues podía producir la *pararrexix*, o «rotura», cuando aquellos más fuertemente apurados por la presión del enemigo cedían al impulso de huir y deshacían las filas de atrás o, lo que era más humillante, trataban de retroceder desde la mortífera brecha, contagiando el pánico a los compañeros.

Una vez rota la falange, la derrota era inevitable. Los hoplitas enemigos, al encontrar espacio por el que penetrar, procuraban lancear y asestar tajos a los que habían vuelto la espalda; «había aún mayor peligro si penetraban a la vez caballería y escaramuzadores con armas ligeras [...]; ahora por primera vez desde la escaramuza menor previa a la batalla, podían entrar en combate y demostrar que, después de todo, eran combatientes eficaces persiguiendo a caballo o a pie a laspreciadas y desamparadas tropas del enemigo»^[363]. Escapar del adversario dotado de armas ligeras era difícil. El hoplita podía optar por deshacerse de escudo y lanza mientras corría, pero difícilmente lograba quitarse la armadura; aunque había quien lo lograba: Tucídides señala que, después de la derrota de Atenas en la expedición a Sicilia en el 413 a. de C., «quedaron atrás más armas que cadáveres». Llegado el momento de elegir entre la vida y la muerte, el ciudadano-soldado prescindiría con toda seguridad hasta de la costosa armadura que lo distinguía entre los demás en su lugar de origen como de condición superior si ello le suponía la supervivencia^[364]; pero, aun haciéndolo, no podría correr mucho más aprisa, pues tras la media hora o la hora que hubiese durado la refriega estaría físicamente agotado, tal vez tanto por el agobiante terror como por el esfuerzo muscular, y difícilmente podría sacar ventaja a los perseguidores menos cansados y con armas ligeras que fueran pisándole los talones. Los valientes y bien disciplinados emprenderían la huida en grupos, como hizo el filósofo Sócrates tras la derrota ateniense en Delion en el 424 a. de C., a la cabeza de unos cuantos y «haciendo evidente incluso a distancia que cualquiera que atacase a

uno como él, encontraría notable resistencia»^[365]. Pero la mayoría de los que abandonaban las filas rotas se limitaban a correr para salvar sus vidas, y muchos eran abatidos en la huida.

Se ha calculado que una falange llegaba a perder el quince por ciento de su potencia al ser derrotada, ya fuera como consecuencia de la embestida, por muerte o herida mortal —generalmente de peritonitis, por efecto de perforación intestinal—, o en la matanza que se producía durante la huida. No obstante, las bajas habrían sido más numerosas si los vencedores hubiesen llevado el triunfo hasta las últimas consecuencias. Pero no era así; generalmente «la persecución de los hoplitas en fuga no [se consideraba] crucial: la mayoría de los ejércitos victoriosos griegos no veían por qué no podían repetir la simple fórmula de combate y obtener una nueva victoria si el enemigo se reagrupaba al cabo de unos días y volvía a tentar suerte». Como consecuencia, «ambos bandos solían contentarse con intercambiar los muertos durante una tregua» —todos los griegos consideraban deber sagrado que los caídos en combate recibiesen honorable sepultura—; y luego, «los vencedores, tras erigir un trofeo o un sencillo monumento en el campo de batalla, regresaban triunfalmente, anhelantes por recibir el aprecio de sus familias y amigos»^[366]. ¿Por qué, entonces, si en los combates que libraban exhibían una ferocidad sin precedente, su guerra carecía de lo que en la época moderna se consideraría como lógica culminación de la destrucción del ejército enemigo? Es una cuestión respecto a la cual Hanson se muestra inflexible: «La victoria final en el sentido moderno y la esclavitud del vencido era una posibilidad no contemplada por ninguno de los dos bandos. Las batallas entre hoplitas griegos eran luchas entre modestos terratenientes que por acuerdo mutuo trataban de limitar la guerra [y por tanto las muertes] a un solo enfrentamiento atroz y breve»^[367].

Se podrían aducir dos razones para explicar esta extraña carencia de la guerra griega en la época clásica; una de ellas muy enraizada, y la otra con origen en el carácter nuevo de la polis griega. A pesar de su cariz mortífero, tan ajeno a los pueblos primitivos, cuyas tácticas evasivas o indirectas ya hemos examinado, persistían, no obstante, rasgos de primitivismo en la guerra griega, y uno era el instinto de venganza: los griegos no habrían hecho la guerra por el rapto de esposas —aunque hasta los especialistas modernos admiten que esa circunstancia habría sido *casus belli*, aunque no la causa fundamental, de la guerra de Troya en la edad heroica —; pero sí que habrían considerado la invasión de los campos de una ciudad-estado una afrenta tan horrenda como la violación de un tabú, aunque en distinto sentido. Si eso era lo fundamental de la provocación, se explicaría en parte lo imperativo de la respuesta hoplita. Así, el lograr satisfacción, también una emoción muy primitiva, explicaría por qué la reacción no llegaba tan lejos como el criterio clausewitziano. Suponía ya un notable salto hacia el futuro el que los griegos superasen el natural temor humano de arriesgarse personalmente hasta el límite posible, y es así como cabe interpretar que adoptasen la táctica hoplita: luchar cara a cara con armas

mortíferas es un desafío a la naturaleza que afrontaban porque todos compartían el riesgo por igual, infundiéndose mutuamente valor y apoyándose unos a otros en la formación de combate hombro con hombro; no es de extrañar que, una vez afrontado ese riesgo, los supervivientes pensaran que ya habían hecho bastante. Proseguir el combate, acorralar al adversario, si es que los exhaustos hoplitas hubieran podido realizar ese esfuerzo extra, habría añadido una nueva dimensión a la guerra, para la que ni la abierta mentalidad griega estaba preparada.

Además, no existe ninguna certeza de que la idea de conquista en el sentido moderno fuese algo aceptable para los griegos, al menos entre compatriotas. Los conflictos entre las ciudades-estado —Argos, Corinto, Tebas, y especialmente entre Atenas y Esparta— fueron muy agudos en la llamada «época de los tiranos», en los siglos VII y VI a. de C.; pero, a pesar de ello, el propósito de la guerra solía ser ampliar una liga de alianzas más que someter al adversario principal. Desde tiempos inmemoriales «los griegos siempre fueron conscientes de ser distintos a los otros pueblos [...]. Los prisioneros de guerra griegos, por ejemplo, en teoría no tenían que ser esclavizados, a diferencia de los “bárbaros” [...]. Las grandes fiestas religiosas del año heleno, en las que se juntaban gentes de muchas ciudades, eran acontecimientos a los que solo tenían acceso los que hablaban griego». Para los griegos, sobre todo para los atenienses y sus primos jonios de Asia Menor, que se inspiraban en la metrópolis, la conquista era algo que se imponía a pueblos de ultramar. Hicieron muchas conquistas, al menos las necesarias para implantar colonias en costas extranjeras; pero en su país, aunque combatían con frecuencia, y sanguinariamente, no llevaban a cabo conquistas —con la excepción quizá de Esparta— destinadas a privar a otros de sus derechos reconocidos. En el siglo VI las ciudades-estado emprendieron la orientación del gobierno colectivo, y las «oligarquías, los gobiernos constitucionales y las democracias se extendieron por doquier»^[368]. Y aunque todos los estados conservaron la institución de la esclavitud, las investigaciones recientes dan a entender que la proporción entre esclavos y hombres libres de la polis se había exagerado. En el siglo V, por ejemplo, los ciudadanos-agricultores superaban con mucho a los esclavos; lo que echa por tierra la suposición de que los hoplitas griegos —con excepción de los espartanos— tuvieran plena libertad para hacer la guerra, al ser los esclavos los que realizaban el trabajo en sus modestas propiedades^[369].

Durante el siglo VII Esparta se había convertido en la potencia hegemónica del sur de la península, gracias a su severo sistema militar, y solo mediante un frente de alianzas pudieron sus principales rivales —Argos, Atenas, Corinto y Tebas— mantenerla a raya. Pero en el 510 a. de C., el conflicto se agudizó, cuando Esparta intervino directamente para acabar con la decisiva implantación del sistema democrático en Atenas; y con ello se desencadenó un enfrentamiento entre principios, el de su militarismo elitista y el de la institución representativa ejemplificada en su rival más importante. Un enfrentamiento que se prolongó más de cien años. No

obstante, durante gran parte de este periodo, Esparta y Atenas se vieron obligadas a establecer alianzas por patriotismo, pues el poder ascendente de los persas, quienes en el 511 a. de C., habían consolidado un imperio que comprendía toda Mesopotamia y Egipto, así como las tierras que se extendían hasta los ríos Oxus y Jaxartes, los animó a atacar a los asentamientos jónicos de Asia Menor. Estas ciudades habían estado anteriormente sometidas a Cresos, rey de Lidia, y después pasaron al dominio de Persia; pero en el 499 a. de C., con apoyo ateniense, se rebelaron declarándose independientes; el emperador persa Darío aplastó la rebelión en el 494 a. de C., pero decidió acabar de raíz con el problema, que juzgó era la propia Grecia, y en el 490 a. de C., se puso al mando de un ejército bien armado de cincuenta mil hombres, al que transportó en su magnífica flota, y desembarcó en la llanura de Maratón, a cuarenta y dos kilómetros de Atenas. Los atenienses emprendieron de inmediato la marcha para hacer frente al avance por tierra, y a ellos se unieron sus aliados de Platea, mientras se enviaba urgente llamamiento a Esparta. Pero los espartanos contestaron que acudirían en cuanto concluyese una importante ceremonia religiosa, y cuando sus tropas llegaron al lugar del enfrentamiento la batalla de Maratón había terminado. Los atenienses habían destruido la séptima parte del ejército persa con pérdidas mínimas, y el enemigo se retiró a sus naves.

Aquel fue el primer enfrentamiento entre las falanges griegas y las filas menos firmes de un ejército monárquico de Oriente Próximo, formado por soldados súbditos de muy diversa valía. Hanson ha apuntado lo acobardado que se sentiría el enemigo ante el avance de los griegos, y señala que Herodoto cita que Mardonio, sobrino de Darío y almirante de la flota, comentó la antinatural sed de sangre de los atenienses y sus aliados:

Los diversos contingentes del gran ejército persa, con su temible aspecto y amenazador estruendo, tuvieron una actuación muy distinta y previsible en la batalla [...]. Pero los persas fueron víctimas de la tesitura más temible de la guerra: el deseo de matar, pero sin morir matando [...]. En Maratón pensaron que una «locura destructiva» había contagiado a las filas de los atenienses cuando los vieron avanzar a la carrera con sus pesadas armaduras. No cabe duda de que cuando los menos numerosos hoplitas chocaron contra sus líneas, los persas debieron de comprender por fin que aquellos hombres no solo adoraban a Apolo, sino igualmente al agreste e irracional Dionisos^[370].

Los espartanos se reprocharon amargamente no haber participado en Maratón, tanto más cuanto que la gloria del triunfo fue para Atenas. No obstante, comprendieron que la agresión persa, por el peligro que representaba para los derechos griegos, los obligaba a prestar ayuda, y organizaron con los atenienses los planes de defensa en caso de que regresara el enemigo, propósito que este mantenía. Entre los años 484 y 481 a. de C., Jerjes, que sucedió en el trono a Darío a la muerte

de este, se alió con Cartago para asegurarse de que las colonias griegas de Sicilia no pudiesen acudir en ayuda de la península; al tiempo que ultimaba minuciosos planes logísticos, incluida la construcción de un puente de barcas sobre el estrecho entre Asia y Europa para asegurar las comunicaciones y el avance de las tropas. Al conocer la noticia, muchos estados griegos pequeños trataron de hacer la paz con Jerjes, y solo Atenas y los del Peloponeso hicieron frente al desafío. Esparta trató de convencer a Atenas para que enviase sus tropas al sur del fácilmente defendible istmo de Corinto, en el Peloponeso, para unir las a las de otras ciudades de la liga de aquella región; pero los atenienses, al mando de Temístocles, se negaron, porque ello habría supuesto abandonar su ciudad. Y explicaron que, en vez de hacer eso, su potente flota protegería el flanco marítimo de la fuerza expedicionaria de la liga, que haría frente al avance persa más al norte.

Con reticencias, pues pocos aliados estaban dispuestos a sacar sus tropas del Peloponeso, Esparta aceptó la estrategia ateniense y se avino a mantener un frente en el punto en que la ruta costera de la llanura de Tesalia discurre por el desfiladero de las Termópilas. En el mar, la flota, que en sus dos tercios era ateniense e iba al mando de Temístocles, infligió una derrota a la persa (agosto del 480 a. de C.), que había sufrido graves pérdidas en una tempestad; mientras, en el paso de las Termópilas, Leónidas, rey de Esparta, contuvo el avance persa hasta que se vio atacado a traición por la espalda, y en un acto legendario de sacrificio junto a su guardia personal —«los trescientos del paso»— resistió hasta la muerte, mientras la flota, ya librado el combate, evacuaba a la población de Atenas a la isla de Salamina en espera de acontecimientos. El resto de las fuerzas aliadas se habían retirado ya al sur del istmo de Corinto, dejando que Temístocles demostrase que se podía derrotar a los persas por mar. Este, tergiversando con astucia la información, hizo que Jerjes creyera que los atenienses se pasarían a su bando si la escuadra persa entraba en acción, y así logró atraerla a aguas cerradas, en donde la superioridad numérica persa —unos setecientos navíos contra quinientos— no le confería ventaja; y en una sola jornada de lucha (probablemente el 23 de septiembre del 480 a. de C.), los atenienses destruyeron la mitad de las naves persas, perdiendo ellos solo cuarenta, y obligaron al resto a huir hacia el norte.

LOS GRIEGOS Y LA ESTRATEGIA ANFIBIA

La invasión de Jerjes no había sido totalmente rechazada; esto no se logró hasta el año siguiente: en la batalla terrestre de Platea en julio y en la batalla naval de Mícala en agosto, cuando Atenas y Esparta acabaron con la fuerza expedicionaria persa apoyadas por sus aliados (sobre todo los tebanos), y no solo la expulsaron de la península, sino que lograron recuperar y conservar los estrechos del mar Negro.

La campaña de 480-479 a. de C., reforzó lo que ya habían demostrado a los

invasores en Maratón diez años antes: que para derrotar a una falange griega había que tener el mismo valor que los griegos, formarla con griegos o disponer de una táctica nueva más compleja. La valentía griega no era exportable, pero los mercenarios griegos encontraron un mercado con mayor oferta que el que ellos mismos habían creado —los persas habían alistado a griegos en la conquista de Egipto en el 550 a. de C.—, y a partir de entonces los experimentos tácticos, sobre todo en caballería armada, se sucedieron con rapidez. Sin embargo, la principal lección de la campaña de 480-479 a. de C., no fue militar sino naval, pues hizo ascender la potencia de las flotas a un nivel equiparable al de los ejércitos de tierra en los estados ribereños, sentando la pauta de un nuevo estilo de guerra, profundamente estratégica, que predominaría en la lucha de intereses del Mediterráneo oriental durante el resto del siglo. Y sus principios acabarían por sentar tradición entre los pueblos marítimos.

El elemento de la estrategia naval griega, fundamentalmente ateniense, era el barco de guerra con remos, seguramente desarrollado por los fenicios de la costa siria a partir de modelos anteriores locales, o incluso chipriotas, de principios del primer milenio a. de C., Los fenicios eran súbditos persas en tiempos de Jerjes, pero su tecnología ya había migrado a Grecia, y en Atenas se empleaba el trirreme, un navío pesado, de proa con espolón, de cuarenta metros de eslora y cinco de manga, propulsado por remeros situados en bancos superpuestos y capaz de avanzar a velocidad suficiente para hundir a un navío enemigo embistiéndolo de proa^[371]. Atenas reclutaba marineros del censo de una clase inferior a la de los hoplitas, que eran los combatientes navales; en combates de abordaje, los remeros se unían a la refriega, que adquiriría carácter de cuerpo a cuerpo más que de embestidas contra el casco para situarse ventajosamente^[372].

La potencia de la marina ateniense y la importancia militar que la ciudad llegó a atribuirle eran consecuencia de la dirección en que se habían desarrollado su economía y sus relaciones con el extranjero en los dos siglos precedentes. Mientras que Esparta había aprovechado al máximo las ventajas militares dimanantes a su estructura social para hacerse hegemónica en el Peloponeso, Atenas, movida en parte por la dificultad de alimentar a la población con sus campos de escasa fertilidad, se había dedicado a crear un imperio comercial, y progresivamente político, con ciudades aliadas o dependientes en regiones tan alejadas como Asia Menor. Y fue mediante este sistema de alianzas como adquirió la hegemonía en la guerra permanente contra Persia que siguió a las batallas de Salamina y Platea, y que en 450-464 a. de C., implicó a sus fuerzas navales y expedicionarias en la lucha por el control de Egipto. Esparta, segura y autosuficiente, se desentendió de la guerra; mientras que Atenas, cabeza de la liga délica, la continuó con energía, fundamentalmente exigiendo cada vez mayores contribuciones a sus aliados; llegaría a haber ciento cincuenta ciudades pagando tributo.

En el 448 a. de C., Atenas había hecho desistir a Persia de proseguir la guerra y se

firmó la paz. Pero la paz externa no trajo la paz interna; pues, con sus exacciones, Atenas se había ganado la desafección general de las clases contribuyentes de la liga délica. Si la intervención ateniense provocaba a veces conmociones revolucionarias, al intentar establecer el sistema democrático, los efectos combinados de sus exigencias económicas, de sus principios de subversión política, y de su estrategia cada vez más amplia de hegemonía comercial, fueron a la postre haciendo que una ciudad tras otra, siguiendo el ejemplo de Corinto, se volvieran contra ella y estallaran las hostilidades, en las que Esparta se alineó con Corinto y Tebas. Esta primera guerra del Peloponeso concluyó en el 445 a. de C., sin grandes pérdidas para ambas partes; pero Atenas había entrado en una dinámica que hacía inevitable la reanudación de las hostilidades. Atrincherándose con fortificaciones —los «muros largos» que cercaban el puerto del Pireo y la ciudad— se convirtió en inexpugnable por tierra; y centrando, animada por su activo dirigente Pericles, sus financieros y militares en una expansión por ultramar, se convertiría en una ciudad singular, que imponía implacablemente su dominio sobre los antiguos aliados de la liga délica y amenazaba los intereses de otras ciudades comerciales importantes, así como la condición misma de Esparta como primera potencia militar de la península. En el 433 a. de C., estalló la guerra entre Atenas y Corinto, y en el 432 a. de C., Esparta se unió a ella, arrastrando a las ciudades de la liga beocia y del Peloponeso^[373].

Este conflicto, la guerra del Peloponeso, duró hasta el 404 a. de C., año en que culminó con la derrota de Atenas y la victoria de Esparta. Pero arruinó para siempre el sistema griego de ciudades-estado, y las hostilidades residuales que siguieron dejaron Grecia madura para la conquista y la unificación forzosa a mano de los macedonios, hermanos de los griegos aunque semibárbaros para ellos. Tras ello, el esplendor de la independencia griega, como civilización de pueblos libres en la frontera de un imperio asiático expansionista, y las glorias intelectuales y artísticas que había inspirado, quedaron apagados para siempre. La guerra en sí fue un conflicto entre dos contrarios, representados por el poder terrestre y el poder marítimo, en el que la suerte no favoreció a ninguno de los dos. En su primera fase, Esparta intentó rendir a Atenas por hambre, invadiendo su territorio casi todos los años; y esta pudo soportar el bloqueo abandonando a la población rural y alimentándose mediante importaciones por mar, sobre todo las recibidas de los centros cerealísticos del mar Negro. Cuando Esparta, en el 424 a. de C., envió un ejército para apoderarse de los puertos tracios que constituían la ruta de abastecimiento, Atenas se vio obligada a pedir una tregua. Pero Esparta no supo asegurar diplomáticamente los requisitos de una paz duradera. Algunos de sus aliados la abandonaron, lo que hizo renacer las esperanzas de victoria de Atenas. Esto la indujo a reanudar la guerra en el 415, con objeto de provocar una crisis definitiva, y así lanzó una expedición contra la ciudad siciliana de Siracusa, con el propósito de apoderarse de toda la isla y asegurarse un centro de aprovisionamiento que reforzase eficazmente su posición económica.

La expedición a Sicilia provocó una crisis mucho mayor de lo que Atenas había previsto. Viendo que la tesitura era qué ciudad obtendría la hegemonía del mundo griego, Esparta abandonó la postura patriótica que había mantenido desde las Termópilas y pidió ayuda a Persia. Entre los años 412 y 404 a. de C., en una serie de campañas terrestres y marítimas que se extendieron hasta la entrada del mar Negro, el ejército espartano y la flota persa infligieron una serie de derrotas a los atenienses, que finalmente tuvieron que replegarse dentro de los muros largos. La flota persa, tras destruir a la ateniense en la batalla de Egospótamos en el 405, apareció en el Pireo, y en abril del 404, bloqueada por tierra y mar, Atenas se vio obligada a rendirse.

MACEDONIA Y LA CULMINACIÓN DE LA GUERRA DE FALANGES

El final de la guerra del Peloponeso no significó el final de la guerra entre los griegos. El siglo IV sería una época aciaga tanto en la península como en las colonias, y los protagonistas continuaron la lucha para ganar posiciones, cambiando de alianzas de un modo cada vez más arbitrario y recurriendo a la ayuda persa con un espíritu egoísta totalmente contrario al impulso patriótico que había unido a todos los griegos ante Darío y Jerjes. Entre 395 y 387 Atenas y los confederados de la liga ática se unieron a Persia contra Esparta, que había abrazado la causa de las ciudades jónicas de Asia Menor, y una flota conjunta destruyó a la espartana en la batalla de Cnido en el 394. El consiguiente resurgir del poder ateniense alarmó a los persas, que enviaron secretamente ayuda a Esparta y, tras el equilibrio del conflicto, los griegos se vieron realmente obligados a reconocer la soberanía persa en la península y allende el Egeo. No obstante, Esparta persistió en sus intentos de proseguir la guerra del Peloponeso; en particular esforzándose por someter a Tebas, que por entonces era su principal rival. Pero Tebas consiguió dos notables victorias en Leuctra (371) y Mantinea (362), donde su excelente general Epaminondas demostró que el sistema de falanges podía adaptarse para obtener una maniobra táctica decisiva en combate. En Leuctra, sus fuerzas eran de seis mil contra once mil; pero cuadruplicó la potencia del ala izquierda y, disimulando la debilidad de la derecha, efectuó con aquella una carga; los espartanos, esperando que la batalla se desarrollase conforme al esquema normal del choque de falanges, no reforzaron a tiempo la sección más amenazada y se desbandaron, con grandes bajas para ellos y muy pocas para los tebanos. A pesar de esta advertencia, volvieron a ser sorprendidos de igual modo en Mantinea nueve años más tarde, para ser derrotados de nuevo; aunque Epaminondas cayó poco antes de finalizar la batalla, fundamentalmente por ser un general que se arriesgaba en primera fila para experimentar una nueva táctica de combate. Con su muerte quedaba Tebas sin una jefatura con que capear la crisis.

El poder en Grecia comenzaba a pasar de las ciudades sedentarias del sur a las del centro y del norte, donde Macedonia, al mando de un nuevo rey muy activo, Filipo,

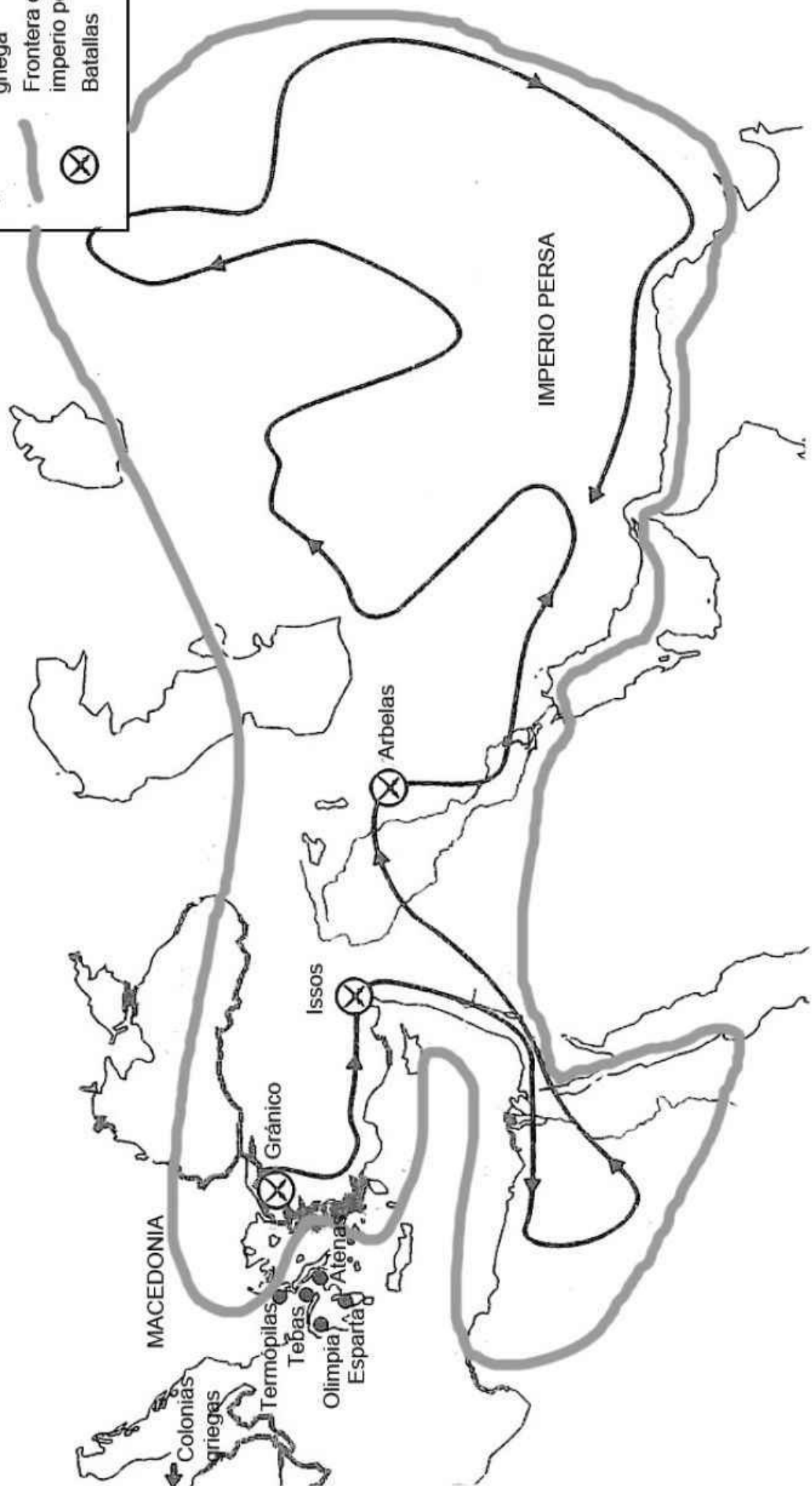
comenzaba a adquirir la hegemonía. Filippo, que había conocido y admirado a Epaminondas, reorganizó el ejército macedonio según las directrices de reforzar su potencia en la maniobra táctica; sometió a los enemigos de las fronteras occidental y norte; y a continuación intervino en los asuntos griegos. En la tercera guerra sagrada (355-346) logró la hegemonía en la anficiónía nororiental, tras derrotar a Atenas y apoderarse de muchas ciudades aliadas; y una vez consolidada su posición y extendidas sus conquistas fuera de Grecia, se dispuso a afianzar aún más su autoridad. Demóstenes había advertido a sus compatriotas atenienses y al resto de los griegos que el peligro macedonio los obligaba a unirse, como habían hecho contra Persia, pero nadie le prestó oídos. En el 339, Atenas y Tebas declararon la guerra a la liga anfictiónica y se enfrentaron a Filippo en Queronea, para sufrir una derrota aplastante. Al año siguiente Filippo convocó un concilio de todos los estados griegos, y estos, con excepción de Esparta, lo aceptaron como soberano y se avinieron a unirse a Macedonia en una campaña para expulsar a los persas de Grecia, dirigiendo una expedición a Asia Menor.

El hijo de Filippo, Alejandro, que entonces contaba dieciocho años y que había participado en la batalla de Queronea dirigiendo la caballería del ala izquierda en el ataque decisivo, era proclamado rey dos años después, sin que haya podido demostrarse si participó en la conspiración por la que Filippo encontró la muerte. Pero el cambio sucesorio no supuso para la política macedonia un cambio de orientación. Alejandro asumió el reto de la «cruzada» contra los persas con mayor energía que su padre, y una vez sometidos los tradicionales enemigos de Macedonia en la frontera norte y aplastado un conato de resurgimiento del poder tebano, se puso al frente del ejército macedonio, muy reforzado por contingentes mercenarios reclutados entre el excedente de excombatientes de las guerras del Peloponeso, y llegó a Persia en la primavera del 334 decidido a derrocar al emperador Darío III. Fue una empresa de asombrosa audacia, pues Persia se había adueñado de las tierras de los anteriores imperios de Oriente Medio, y contenía dentro de sus fronteras a Mesopotamia, Egipto, Siria y Asia Menor con las colonias griegas. El ejército persa, aunque centrado en el núcleo tecnológico del carro de guerra, contaba con gruesas fuerzas de caballería y grandes contingentes de una infantería formada por mercenarios griegos.

La Grecia clásica y las campañas de Alejandro

CLAVE

- Campañas de Alejandro (línea con flecha)
- Áreas de colonización griega (línea ondulada)
- Frontera del imperio persa (línea gruesa)
- Batallas (círculo con X)



El ejército del propio Alejandro era como una réplica organizativa del persa, si bien no contaba con carros, por haber caído ya en desuso en Grecia. Pero incluía fuertes regimientos de caballería con animales criados en las praderas allende las montañas macedonias. La fuerza de choque de esta, los Compañeros, era de jinetes (todavía sin estribos y con sillas de montar rudimentarias) con coraza, lanza y espada. El núcleo principal lo componían unas falanges de soldados con la tradicional armadura griega, pero provistos de una lanza más larga, la *sarissa*, lo que permitía una formación cuyo fondo era el doble de la anterior. Las unidades estaban formadas a partir de una estructura tribal, pero, lo que es más importante, al contingente macedonio lo animaba un profundo espíritu nacional, pues Alejandro había logrado inculcar entre los griegos un sentimiento patriótico común. Llevó consigo cincuenta mil hombres —una cifra enorme comparada con la de las tropas que se habían enfrentado mutuamente en los conflictos del Peloponeso, en los que Esparta nunca logró reunir más de diez mil—, la mayor parte de los cuales constituían la infantería^[374].

Alejandro realizó campañas en Persia durante doce años, y su espíritu inquieto lo llevaría hasta las llanuras del norte de la India en busca de nuevas conquistas. No obstante, desde un principio asestó golpes decisivos a los persas en tres batallas, las del río Gránico (334), Issos (333) y Gaugamela (331), con lo que fue destruyendo la capacidad de resistencia del ejército imperial persa, hasta acabar finalmente con él. La batalla del Gránico fue un encuentro preliminar, muy digno de mención por el dinámico mando ostentado por Alejandro a la cabeza de la caballería. Dice su biógrafo Arriano: «Fue un combate de caballería efectuado como si se tratase de líneas de infantería; los caballos presionaban unos contra otros [...] intentando romper la primera línea persa y obligarlos a ir hacia terreno llano, y los persas tratando de cerrarles el paso y rechazarlos hacia el río»^[375]. Alejandro eligió el punto de ataque al ver cómo los persas buscaban protección detrás de la orilla del río, clara evidencia de su amedrentamiento y, a la vez, curiosa reminiscencia de las «primitivas» tácticas elusivas de supervivencia; las cuales, como sabemos, continuaron grabadas en el inconsciente de los ejércitos de Oriente Medio durante un milenio más. La impaciencia de los griegos de Alejandro por la lucha cuerpo a cuerpo lo obligó a cargar sobre el punto en el que las fuerzas persas parecían más fuertes, un riesgo que resultó plenamente justificado cuando abrió brecha en él. La falange de griegos mercenarios de segunda línea, «inmovilizada de pánico ante la inesperada catástrofe», fue rodeada y destrozada^[376]. Alejandro resultó herido, pero era algo sin importancia, dada su aplastante victoria. Acababa de demostrar que la falange griega, combinada con caballería acorazada, podía llevar la guerra al territorio persa y ganarla. En Issos, al año siguiente, reforzó la misma estrategia. Con una inferioridad numérica de tres a uno (suponiendo que sea correcto el cálculo de que Darío, que ostentó personalmente el mando, tuviese ciento sesenta mil hombres), Alejandro volvió a atacar contra el sector más fuerte, eligiéndolo porque «en algunas partes [los

persas] habían construido empalizadas [por lo que] el estado mayor de Alejandro intuyó que Darío no era un hombre animoso»^[377]. Cruzando a toda velocidad la zona que cubrían los proyectiles del enemigo, sin dejarse intimidar por la sin duda terrible barrera de flechas lanzadas por los arcos compuestos de los persas, dirigió directamente la caballería sobre el flanco en que se hallaba Darío, mientras en el centro su falange chocó y fue detenida por su equivalente de mercenarios. Pero, tras obligar a Darío a emprender la huida, volvió la caballería contra el flanco de la infantería enemiga, para destrozarlo y erigirse con la victoria.

El tercer enfrentamiento se retrasó mientras Alejandro invadía y ocupaba las regiones del imperio persa —Siria, Egipto y el norte de Mesopotamia— abandonadas por Darío; y no se produciría hasta veintitrés meses más tarde, cuando el macedonio volvió a derrotar al ejército persa el 1 de octubre del 331 a. de C., en Gaugamela. Los macedonios se hallaban en aquel momento en lo que se suponía era el límite de su radio de acción logístico, tras alejarse considerablemente de la flota que los apoyaba al cruzar el Éufrates para internarse en Mesopotamia; y Darío calculó que, si podía contener a Alejandro desde una posición de fuerza, sería posible vencerlo o desintegrar su ejército, obligándolo a retirarse. Se apostó muy bien en Gaugamela, limpiando una zona próxima a un afluente del Tigris, en un área de unos veinte kilómetros cuadrados, para que sus carros —seguramente con ruedas provistas de cuchillas— tuvieran sitio para maniobrar; y trazando en ella tres avenidas para la carga (ya hemos visto que los chinos también preparaban así el campo de batalla). Su ejército contaba no solo con carros (él mismo montaba uno, siguiendo la tradición imperial de Oriente Medio), sino con contingentes de veinticuatro nacionalidades distintas de súbditos o de mercenarios, entre los que se encontraban algunos griegos, jinetes escitas de la estepa, soldados de caballería india y hasta un grupo de elefantes. Igual que en el Gránico y en Issos, los persas superaban en número al ejército macedonio —había por lo menos cuarenta mil soldados de caballería—, y presentaban batalla en un campo de su elección bien protegido^[378]. La victoria parecía asegurada, y habría sido suya si Alejandro no hubiese burlado el juego expectante de Darío, para efectuar seguidamente un golpe táctico innovador. Retrasó cuatro días la entrada en combate, dejando a los persas inmovilizados en sus posiciones; y cuando por fin lanzó el ataque, desplegó sus tropas igual que Darío: la caballería en los flancos y la infantería en el centro; pero, con una imaginativa adaptación de la táctica de Epaminondas en Leuctra, la dirigió ante la atónita primera línea de los persas contra su flanco izquierdo. Esto los sorprendió, y su contraataque se retrasó cuando los macedonios ya habían entrado en contacto; cuando los persas se decidieron a cargar, Alejandro ya estaba encima con su caballería de los Compañeros, y se abalanzó sobre la brecha abierta, causando pavor en las tropas de Darío, que inmediatamente emprendió una larga huida con el macedonio a la zaga.

No daría alcance Alejandro al emperador hasta diez meses tarde; hallándolo entonces muerto por las heridas que le habían causado sus cobardes cortesanos.

Alejandro, que ya se había proclamado emperador de Egipto y rey de Babilonia, asumiendo también el título de emperador de los persas, comenzó a hacerse llamar rey de Asia. En Grecia, donde acababa de aplastarse la sublevación de los empecinados disidentes espartanos y atenienses, la liga confirmaba su nombramiento como soberano único a título vitalicio. Y el macedonio se dispuso a cumplir su destino, después de analizar las posibilidades:

Retirarse a la línea del Éufrates, dejando desintegrado el poder militar y económico de Persia; detenerse, como haría más tarde Trajano, contentándose con la posesión de las ricas llanuras de Mesopotamia; o marchar a la conquista del resto del imperio persa. Alejandro optó por lo tercero. Pues el imperio persa se parecía a Macedonia en que sus ricas llanuras quedaban expuestas a los ataques de los belicosos pueblos montañoses del norte, y sus provincias limítrofes constituían una barrera frente a los agresivos pueblos nómadas.

En resumen: Alejandro había heredado inconscientemente los inconvenientes estratégicos de los anteriores emperadores del valle a quienes sucedía; problemas que siguieron el mismo paralelismo en las relaciones de China con los pueblos que vivían al norte de la gran curva del río Amarillo, en las guerras de Roma y Bizancio en las fronteras asiáticas, y, finalmente, en la pugna de la Europa cristiana por marcar y mantener una frontera oriental con la estepa. Alejandro pareció resolver estas dificultades heredadas con una excelente política positiva de extender al máximo su línea de control hacia Oriente, para impedir así el paso de posibles invasores hacia el corazón de Persia y contar con posiciones desde las que lanzar ataques. Lo cierto, sin embargo, es que su prolongado deambular bélico por Asia central y el norte de la India fue la persecución de una quimera. Y tras cada nueva victoria surgía otro enemigo, hasta que su ejército, cansado del exilio, lo obligó a regresar a la patria. Tras él dejó una serie de estados satélites, superficialmente helenizados, que sus generales gobernaron a partir de su muerte en Babilonia el 323 a. de C.; pero eran establecimientos inseguros, y sus gobernantes se enzarzaron en mutuas disputas, y durante el siglo siguiente la mayoría de ellos relajaron su helenismo y retornaron al espíritu indígena.

Alejandro había gozado del momento propicio. Su principal objetivo, la Persia aqueménida, había extendido excesivamente su poder y era vulnerable a un ataque en la periferia; y más cuando, para enfrentarse a los feroces combatientes de la falange y de la caballería acorazada de Alejandro —que, como había señalado acertadamente Arriano, luchaban como hoplitas montados—, tenía que depender en términos generales de tropas que pertenecían culturalmente a la tradición de Oriente Medio de eludir el combate cuerpo a cuerpo, luchando tras una cortina de proyectiles y confiando en los obstáculos para impedir el avance del enemigo. También tuvo suerte el macedonio en que, al irrumpir en Asia central tras la conquista del corazón del

imperio persa, libró sus campañas entre pueblos que aún no habían adquirido la fuerza que durante el milenio siguiente recibirían del islam y de sus crecientes experiencias en la guerra a caballo. Qué duda cabe de que la vida de Alejandro fue épica, y si sus sucesores bizantinos no supieron emularlo en la lucha por conservar las fronteras de su imperio en el Cáucaso y el Nilo, no fue porque careciesen de voluntad, capacidad y recursos, sino porque se enfrentaban a un problema militar mucho más grave.

ROMA: MADRE DE LOS EJÉRCITOS MODERNOS

El colapso del helenismo alejandrino en Oriente tuvo su equivalencia en Grecia, aunque no por disputas entre sus sucesores. El poder de la casa de Macedonia en el país de origen y en la propia Grecia fue derrocado por un pueblo insignificante en la época de Alejandro: los romanos. Grecia era en gran parte acreedora del ascenso de Roma, que en el siglo VI a. de C., era apenas una aldea a orillas de un río, en la que tres tribus con nombres etruscos, prueba del dominio de Etruria al norte de la península, vivían bajo el mando de un rey. Durante el reinado de Servio Tulio (580-530 a. de C.), se supone que la población estaba dividida en cinco clases militares, según sus propiedades; y de entonces data la fundación de una milicia que indudablemente combatía según la táctica hoplita^[379]. Los romanos afirmarían posteriormente que sus tácticas eran de origen etrusco, pero parece más probable que fuesen un préstamo griego, recibido seguramente a través de los importantes núcleos de población del sur de la península. Aproximadamente por la misma época, una forma republicana de gobierno sustituyó a la monarquía. Y fue en la época republicana cuando Roma comenzó a extender su área de dominio; primero combatiendo a los etruscos, que se hallaban bajo presión de los galos del norte de Italia; luego, directamente a los galos; y finalmente, en guerra contra los samnitas del sur. Cuando esta expansión hacia el sur la puso en contacto con las colonias griegas de Calabria y Apulia en el siglo III a. de C., estas pidieron auxilio a Pirro, uno de los sucesores de los reinos alejandrinos, quien, aunque vencedor, quedó tan impresionado por la dificultad de derrotar a un ejército romano, en particular en las batallas de Ásculo (299) y Benevento (295), que abandonó la campaña.

Por entonces, el ejército romano había avanzado en organización, y bien atrás quedaba aquella estructura del modelo hoplita. Durante las guerras con los galos, que combatían en un orden abierto muy móvil, los generales romanos comprobaron que la formación de la falange era desventajosa, y ya habían creado un sistema que permitía la maniobra en el campo de batalla a secciones más reducidas, los *manípulos*; y también habían prescindido de los venablos arrojados, sustituyéndolos por un tipo de jabalina, el *pilum*, al que, tras arrojarlo, seguía el soldado espada en mano. Aparte de esto, se fue abandonando el pesado equipo del hoplita, paralelamente a la

formación durante el siglo IV de las legiones, unidades equivalentes a una división por la agrupación de manípulos, que adoptaron un escudo alargado ligero, que acabó siendo igual para toda la tropa, y una coraza más liviana a base de argollas de hierro que no habría resistido los lanzazos del choque de las falanges, pero que servía para desviar los golpes de espada y la punta de los proyectiles. Tan importante como la eficacia a largo plazo del ejército romano con este cambio de equipo y tácticas fue la introducción de un nuevo sistema de servicio militar. Aunque con el frecuente recurso a tropas mercenarias las ciudades-estado griegas transgredieron en último extremo el principio de que cada ciudadano se pagase la campaña; y, aunque algunas se vieron incluso obligadas a pagar a la tropa del erario público —en el 440, Atenas pagaba las tripulaciones de los trirremes y las tropas de allende el Egeo—, el servicio del hoplita en la guerra a expensas propias seguía siendo el ideal^[380]. Pero Roma lo había abandonado ya en el siglo IV, y pagaba a sus legionarios un estipendio diario. Esta innovación marcó la divergencia más importante entre los sistemas militares griego y romano. Los pequeños propietarios romanos, obligados por una clase política cada vez más hegemónica, dejaron de estar vinculados a su tierra y de alimentarse con sus recursos, para convertirse en un estrato social del que se reclutaba el ejército profesional en cada campaña —año tras año, y cada vez más lejos de Italia—, a medida que la república romana extendía su imperio^[381].

No se ha resuelto la controversia entre los estudiosos a propósito de las motivaciones imperialistas de Roma. La tesis tradicional, confirmada ciertamente por las propias fuentes romanas, era que no existían razones económicas; pues, efectivamente, Roma no necesitaba encontrar alimentos para una población en crecimiento, como fue el caso de Atenas, por haber sido capaz de anexionarse tierras fértiles en campañas a corta distancia de la ciudad. Por otra parte, Roma aumentaba su riqueza con las conquistas, y su expansión imperial se alimentaba por sí sola. Ciertamente, al inicio del periodo de expansión, surgió gran entusiasmo por la adquisición de tierras en Italia, para procurar lujos a la clase política y campos para los agricultores; y al estado no le faltaban compradores ni arrendadores de lo que adquiriría por conquista: las colonias agrícolas que fundaba se poblaban enseguida y solían prosperar. Sin embargo, las tesis de que Roma emprendía guerras deliberadamente para hacerse con poblaciones esclavas para mano de obra en las propiedades cada vez más extensas de la clase política parecen algo cogidas por los pelos; igual que las que atribuyen al gobierno romano una mentalidad primitiva con miras exclusivas en el botín. La Italia que sucumbió a la conquista romana era fundamentalmente una región sin dinero que poco tenía que ofrecer en metales preciosos o minerales, ni en artículos suntuosos. No obstante, «apenas era posible que un romano disociase las expectativas de ganancia de las expectativas de guerra favorable y conquista». Para un romano, ambas cosas eran inseparables, tal como lo ha expresado el historiador de la Antigüedad clásica William Harris: «La ganancia económica era para los romanos [...] parte integral de la guerra victoriosa y de la

expansión del poder»^[382].

Lo que más diferenciaba a la guerra de los romanos de la que hacían sus contemporáneos y vecinos no era la motivación —a este respecto, eran los tozudos e individualistas griegos los que constituían la excepción—, sino la ferocidad^[383]. Tan feroces eran los romanos del último milenio antes de Cristo que, en una amplia panorámica histórica, su conducta es comparable a la de los mongoles y los tártaros mil quinientos años más tarde; al igual que los mongoles, consideraban la resistencia, sobre todo en las ciudades sitiadas, un pretexto para llevar a cabo una matanza entre los vencidos. Polibio, el historiador más famoso de las campañas más antiguas de Roma, describe cómo Escipión el Africano, tras tomar por asalto Cartago Nova (la actual Cartagena) en el 209, durante la segunda guerra púnica:

Dirigió [a sus soldados], según la costumbre romana, contra la población de la ciudad, diciéndoles que matasen sin excepción a toda persona que encontrasen, y que no comenzasen el saqueo hasta recibir la orden. Esta costumbre tenía por finalidad sembrar el terror. Y así, se podía ver en las ciudades tomadas por los romanos, no solo seres humanos asesinados, sino hasta perros partidos por la mitad y miembros cortados de otros animales. En esta ocasión, el rigor de la matanza fue enorme^[384].

La experiencia de Cartago Nova se repetiría por doquier, a veces en ciudades que habían capitulado con la esperanza de evitar una carnicería, e incluso en el campo de batalla. De los macedonios que habían sucumbido en la campaña del 199 a. de C., sus compañeros hallaron posteriormente los cadáveres desmembrados; un sacrilegio para los griegos, que consideraban un deber enterrar a los caídos en la batalla, fuesen amigos o enemigos. Esta costumbre perduró hasta el siglo I de nuestra era, si las pruebas arqueológicas de la matanza del castillo de Maiden en Dorset, durante la segunda invasión romana de Inglaterra, merecen la interpretación que suele dárseles.

Harris concluye:

En muchos aspectos, el comportamiento [de los romanos] se parece al de muchos otros pueblos antiguos no primitivos, aunque hay pocos que hayan mostrado un grado de crueldad tan extremo en la guerra, al mismo tiempo que alcanzaban un alto nivel de cultura política. El imperialismo romano fue, en gran parte, consecuencia de una conducta bastante racional por parte de los romanos; pero tenía también un origen siniestro e irracional. Una de las características más chocantes de la guerra romana es su regularidad —casi todos los años los romanos emprendían una campaña de violencia masiva contra algún pueblo—, y esta regularidad le otorga al fenómeno un carácter patológico^[385].

Cosa que no debe sorprendemos en el contexto de la historia comparada militar: ya hemos visto que el impulso a la violencia adopta múltiples formas, y aunque muchas personas lo reprimen cuando implica daño para el propio cuerpo, hay una minoría que no. La guerra de falanges, a pesar de que limitaba los efectos por su carácter esencialmente ponderado, exigía en el momento del choque una violencia atroz, y caer en ella implicaba transgredir tanto el instinto de supervivencia como la inhibición cultural generalizada de matar directamente. Lo que los griegos aprendieron a superar de una manera los romanos aprendieron a hacerlo de otra. A pesar del perfeccionismo de su sistema social y político, parece que conservaron de algún ámbito de su pasado primitivo lo suficiente de la psicología del cazador como para atacar a seres humanos como si fuesen presas animales, y causarles la muerte sin el menor miramiento por la vida, al contrario de como hacen a veces entre sí los animales salvajes.

Sin embargo, la guerra de los romanos, a pesar de su extremismo, nunca alcanzó el grado inhumano y destructor que más tarde mostrarían mongoles y tártaros. Roma se anexionaba poco a poco territorio y lo consolidaba —la conquista de la Galia por César es una excepción—; y, después de las guerras púnicas, no asoló, destruyó ni sembró el terror como haría Tamerlán. Los romanos no hacían pirámides de cráneos, y si creaban colonias militares en las fronteras de sus posesiones, como en Liguria en el siglo III a. de C., los ciudadanos ocupaban la tierra voluntariamente; y no eran súbditos desplazados desde su lugar de origen en castigo por falta de lealtad, una práctica instituida por los asirios y continuada por los mongoles, los turcos y finalmente los rusos.

La restricción relativa de su método imperialista se explica por diversos motivos. El primero, que el ejército romano carecía de la movilidad característica de los pueblos del nomadismo montado. Una legión romana del siglo IV a. de C., contaba con un importante contingente de caballería, pero después se reduciría a una porción auxiliar por razones sociales y materiales, pues Italia, igual que Grecia, no podía disponer de numeroso ganado caballar, y la clase ecuestre originaria fue abandonando progresivamente su participación en las campañas militares para dedicarse a la política en la urbe^[386]. Desde un principio, las legiones mostraron una gran capacidad de marcha, cubriendo mucha distancia a paso regular, día tras día, y el estado contribuía a su mantenimiento con paga y material. Pero hay que decir que, por su naturaleza, un ejército de infantería opera deliberadamente y no por oleadas como los nómadas conquistadores, y la expansión romana fue de carácter acumulativo más que arrollador.

Además, la pauta acumulativa de expansión estaba determinada por la naturaleza del propio ejército romano, que se hizo «regular» y burocrático ya en sus inicios, y en tiempos de las guerras púnicas contra Cartago había alcanzado ya una estructura que no abandonaría hasta que surgieron problemas con los bárbaros teutones en el siglo III de nuestra era. Los historiadores atribuyen a Siria la implantación del sistema de

ejército regular, y, desde luego, parece probable que las medidas que instituyó, incluidas las de pago regular a los militares de empleo fijo, creación de arsenales y depósitos, construcción de cuarteles y manufactura centralizada de armamento, sentaron la pauta que seguían su imperio y otros venideros. Fue un sistema que se difundió desde el Oriente Medio a otras zonas de intensa actividad militar, muy al oeste durante los siglos VI y V a. de C., debido en parte al contacto de los persas con los griegos, así como al incremento del mercado de mercenarios que se pagaban del erario público. Sin embargo, ningún ejército anterior al romano de la época republicana alcanzó tal nivel de legalidad y burocracia en el reclutamiento, organización, mando y abastecimiento. A partir de las guerras púnicas, era un organismo aparte de las demás instituciones del mundo civilizado —quizá su equivalente, aunque inapreciable, fuese el mandarinato chino—, en su calidad de fenómeno de autosuficiencia segura de sí misma.

Su capacidad para perpetuarse durante guerras inexorables, ya se viera Roma obligada a hacerlas o las iniciase deliberadamente, derivaba en gran medida de la solución estatal que todos los gobiernos centralistas dan al acuciante problema militar: la de asegurar una fuerza estable a base de levadas fiables y eficaces. En la época de las guerras púnicas, aunque seguía teóricamente vigente la milicia obligatoria, el procedimiento había perdido fuerza y las legiones se nutrían de tropa mediante un proceso selectivo: el *dilectus*, por el que los mejores ciudadanos, de los que se presentaban voluntariamente, quedaban alistados seis años (servicio que podía prolongarse hasta los dieciocho). La adopción del *dilectus* refleja un empeoramiento de la situación de los pequeños propietarios agrícolas, pues, efectivamente, las fincas en expansión de los ricos estaban eliminando la pequeña propiedad. No obstante, el servicio voluntario remunerado parece haber representado una alternativa bastante generalizada al trabajo agrícola, ya que no hubo necesidad de legislar reduciendo el tiempo de servicio militar hasta finales del siglo II a. de C.,^[387] ni hubo necesidad de aplicar el *dilectus* a los altos mandos de las legiones, pues el sistema político romano, al menos hasta entonces, imponía como condición al candidato a los cargos políticos que jalonaban la carrera hacia el consulado que los jóvenes de buena cuna hubiesen completado un determinado periodo como tribunos, cargo del que había seis representantes en cada legión; parece que esta cualificación requería diez años de servicio o diez de campañas. En la época imperial, y en particular durante la crisis militar del siglo III de nuestra era, se relajaría la normativa; pero ni la república ni el imperio llegaron a descartar la idea de que la mejor legitimación para los cargos públicos era haber desempeñado bien el mando en campaña^[388].

Sin embargo, la auténtica fortaleza del ejército romano y la característica que, un milenio más tarde, hace de él un modelo para quienes se forman en los estados monárquicos de Europa —tras el renacer de los estudios clásicos durante el Renacimiento—, y de la que derivan todos los grandes ejércitos europeos, no residía en el sistema de reclutamiento ni en el mando, sino en la oficialidad estructural de las

legiones, constituida por los centuriones; los centuriones romanos, oficiales de las unidades con larga hoja de servicios procedentes de las filas del ejército, integraron el primer cuerpo de oficiales profesionales en campaña de la historia, y fueron ellos quienes transmitieron de generación en generación el código de la disciplina militar y acumularon la experiencia especializada de las tácticas que las fuerzas romanas aplicaron con éxito contra un sinnúmero de enemigos durante más de cinco siglos de guerras constantes.

El historiador romano Tito Livio nos ha legado la hoja de servicios de un centurión, que deja traslucir fielmente el código ético de aquel notable cuerpo de profesionales y pone de relieve lo innovadora que era la institución del centurionazgo en un mundo en el que, hasta entonces, el servicio militar había solido ser o algo intermitente, para casos de emergencia, o una condición mercenaria. Este cuerpo, en la práctica, y salvando las inevitables distancias, equivale al de la suboficialidad de cualquier gran ejército moderno. Espurio Ligustino comunicó al consulado del 171 a. de C.:

Me hice soldado en el consulado [del 200 a. de C.]. En el ejército que fue conducido a Macedonia, serví dos años en filas contra el rey Filipo. El tercer año por mi valentía [me concedieron] un puesto de centurión en el décimo manípulo de los *hastati* [término que, como *triarii* o *principes*, perduraba desde la graduación original de los manípulos con arreglo a la cuantía de propiedades del candidato]. Tras la derrota de Filipo, en que nos hicieron regresar a Italia y nos licenciaron, fui inmediatamente a Hispania como voluntario con el cónsul M. Porcio [195 a. de C.]. Este general me consideró digno de ser nombrado centurión en la primera centuria de los *hastati*. Me alisté voluntario por tercera vez en el ejército que se organizó contra los etolios y el rey Antíoco [191 a. de C.]. Fui nombrado centurión de la primera centuria de *principes* por Mánico Acilio. Cuando Antíoco fue expulsado y los etolios sometidos, nos trajeron a Italia. Y después serví dos veces en campañas en las que las legiones prestaron servicio un año. Luego realicé dos campañas en Hispania [181 y 180. a. de C.]. Me trajo a Italia Flaco con los otros que llevó consigo de la provincia para tomar parte en el triunfo por su valentía. Cuatro veces en unos años obtuve el grado de *primipilo* [centurión de la primera centuria de los *triarii*]. Treinta y cuatro veces fui recompensado por valentía por mis comandantes. Me han concedido seis coronas cívicas. He servido veintidós años en el ejército y tengo más de cincuenta años^[389].

Ligustino, que tenía seis hijos y dos hijas casadas, solicitaba un ascenso y, a la vista de su hoja de servicios, fue nombrado *primipilo*, o centurión mayor, de la primera legión.

Con un cuerpo de oficiales de esta calidad, formado por hombres que se habían

pasado la vida en filas, que no tenían ambiciones de medrar en la clase política, y cuya máxima aspiración era tener éxito en un ámbito concreto, surge por primera vez en la historia una profesión apreciada y autónoma. Y no es de extrañar que Roma extendiese sus fronteras desde el Atlántico hasta el Cáucaso, pues consiguió, con los medios que fuese, transformar la ética del guerrero de una ciudad-estado pequeña en una auténtica cultura militar; una *Weltanschauung* totalmente nueva, común a las clases más altas y más bajas de la sociedad romana, arraigada, y expresada a través de los valores de una entidad de especialistas subordinados pero independientes. No gozaban de una vida de privilegios de índole material. Por la eficacia mecánica de la legión en combate, la guerra de los romanos continuó siendo un asunto sangriento e intensamente peligroso. El centurión, en un sentido muy parecido al del legionario, combatía en primera línea contra el enemigo, a veces cuerpo a cuerpo, y aceptaba el riesgo de que lo hirieran como un gaje de la vida que había elegido. Julio César, por ejemplo, hablando de la batalla contra los nervios del río Sambre, en la actual Bélgica, en el 57 a. de C., describe el momento crítico:

[César vio que] por estar apiñados los estandartes, los soldados de la duodécima legión se hallaban tan juntos que se estorbaban ellos mismos en la lucha; que, muertos todos los centuriones y el abanderado de la cuarta cohorte, perdido el estandarte, heridos o muertos casi todos los centuriones de las demás cohortes, entre ellos el primipilo P. Sextio Báculo, hombre valerosísimo, traspasado de muchas y graves heridas, hasta el punto de que ya no podía tenerse en pie^[390].

Esta vívida descripción de la realidad de la guerra de las legiones, con su invariable y diario reglamento de la vida de campamento, con guardias, servicios y las comodidades del rancho y los baños —no muy distinto del reglamento por el que se regían las guarniciones europeas de hace cien años—, se podía ver de pronto interrumpida por el enfrentamiento con una horda vociferante de extranjeros melenudos e hirsutos, quizá con las caras pintadas, esgrimiendo armas mortíferas, malolientes y sudorosos por el ejercicio muscular que impone la guerra, y nos hace ver sin necesidad de más demostraciones que el soldado profesional romano no servía por la remuneración que le procuraba el hecho de alistarse^[391]. Su ética era la misma por la que sus colegas de la era moderna siguen rigiéndose: el orgullo de llevar una vida distinta (y genuinamente masculina), el deseo de gozar de la buena opinión de los compañeros, la satisfacción por las señas fundamentalmente simbólicas del éxito profesional, la esperanza de ascenso y la expectativa de un retiro adecuado y honorable.

Conforme el imperio fue ampliándose y el ejército alteró los requisitos de alistamiento, admitiendo reclutas que no eran de origen italiano, ya fuese como legionarios o como auxiliares de caballería o de infantería ligera, la profesión militar adquirió carácter multinacional, y la cohesión de sus miembros fue

fundamentalmente el servicio que debían a Roma. En un notable estudio sobre la vida de diez soldados romanos que murieron en acto de servicio al imperio en los dos primeros siglos a. de C., tal como figura en la lápida de sus tumbas, se incluye a un soldado de caballería de Mauritania (el Marruecos actual) que murió ante el muro de Adriano; al abanderado de la II Legio Augusta, nacido en Lyon, que murió en Gales; a un centurión de la X Legio Gemina, natural de Bolonia, que murió en Germania en el desastre del bosque de Teutoburgo; a un veterano de la misma legión, nacido cerca de la cabecera del Rin, que murió en el Danubio a la altura de la actual Budapest; y a un legionario de la II Legio Adiutrix, nacido en lo que hoy es Austria, que murió en Alejandría^[392]. Pero tal vez el recuerdo funerario más conmovedor, que demuestra lo amplio que era el reclutamiento de los miembros de las legiones, sean las lápidas de una mujer y su esposo soldado, halladas en los extremos opuestos del muro de Adriano: ella una muchacha de la región y él nacido en la Siria romana. De todos modos, era un ejército regular, creado para la construcción, regular y no arrolladora, de un imperio. El proceso mediante el cual las legiones iban a servir a tal distancia del lugar de origen del ejército, que era Roma, y el modo de asimilar tan amplia diversidad de reclutas —muchos de lugares que se hallaban en la «barbarie» en los comienzos del imperio—, se inició de hecho ya en tiempos de las guerras púnicas contra Cartago, colonia de los fenicios que entró en conflicto con los romanos una vez que estos lograron someter a sus vecinos itálicos y llegaron a Sicilia, lo que los cartagineses consideraron una intromisión en su esfera de influencia. El enfrentamiento de Roma con Pirro, enemigo también de Cartago, debilitó su posición en la isla, y en el 265 a. de C., las dos potencias se hacían la guerra en la isla; guerra que se extendió rápidamente por tierra y mar hasta que los cartagineses se vieron obligados a aceptar la derrota y el dominio de Roma en la parte occidental de la isla. Mientras Roma se anexionaba Córcega y Cerdeña en los albores de su imperio marítimo y efectuaba sus primeras incursiones en tierras galas, Cartago respondió con una campaña a lo largo de las costas mediterráneas españolas contra las ciudades aliadas de los romanos. El sitio de Sagunto en el 219 a. de C., recrudeció la guerra, que duró siete años y concluyó con la derrota de Cartago; no sin que Roma hubiese estado al borde de la catástrofe antes de afirmar su hegemonía en el Mediterráneo.

Cartago, dueña de una gran flota, contaba fundamentalmente con un ejército de mercenarios reclutados en la costa norteafricana y pagados con las rentas de su imperio comercial, cuyos tentáculos se extendían hasta las regiones productoras de estaño de Britania. La potencia africana daría a la historia, durante la segunda guerra púnica, dos generales célebres: los hermanos Aníbal y Asdrúbal, cuyas capacidades de mando e innovadoras tácticas trascendieron las limitaciones que la naturaleza mercenaria de sus tropas imponía a unas operaciones militares efectuadas tan lejos de su base. Aníbal las inició con lo que sería una de las campañas más famosas de la historia, el fulgurante avance desde Hispania, cruzando la Galia, los Alpes y penetrando en Italia central, con un cuerpo de elefantes. Derrotó a un ejército romano

en el 217 a. de C., en el lago Trasimeno, rebasó Roma, hizo aliados en el sur de la península, escapó al largo y lento acoso de Fabio Máximo y se acantonó en una posición en la que esperaba lograr apoyo de Filipo V, descendiente de Alejandro. Pero los romanos ya habían perdido la paciencia con las tácticas dilatorias de Fabio Máximo, y el 216 a. de C., su ejército avanzó para establecer contacto con el cartaginés cerca de la ciudad apulia de Cannas. Allí, el 2 de agosto, dieciséis legiones formadas por unos setenta y cinco mil soldados lanzaron el ataque. Varrón, el general que mandaba las fuerzas romanas, había situado la masa de infantería en el centro y la caballería en ambos flancos, según el despliegue clásico; pero Aníbal invirtió los términos, dejando el centro débil y situando la masa de su mejor infantería en los flancos. Los romanos se vieron envueltos nada más iniciar el avance, y su línea de retirada quedó cortada por una carga de caballería cartaginesa sobre la retaguardia, y los fugitivos, en número de cincuenta mil, sucumbieron a la matanza en su desordenada fuga. A partir del ejemplo de Cannas el analista táctico francés del siglo XIX Ardant du Picq teorizó por primera vez que es en la retirada en donde cualquier ejército corre el mayor riesgo de bajas.

Pero los romanos supieron conjurar el desastre de Cannas con una estrategia de diversión. Formaron nuevas legiones con reclutas no propietarios, con exentos de servicio, e incluso con esclavos, y con tales fuerzas lograron confinar a Aníbal en el sur de la península, que era donde los cartagineses contaban con aliados. En Hispania, donde el cónsul Cornelio Escipión había estacionado previsoramente dos legiones para impedir que el cartaginés obtuviera refuerzos, los romanos pasaron a la ofensiva, y en el 209 a. de C., el hijo de Escipión, que más tarde sería el célebre Escipión el Africano, lanzó un ataque sorpresa contra Cartago Nova, donde las atrocidades cometidas por sus tropas surtieron el efecto de ganarse a la población neutral. Y cuando Asdrúbal se batió en retirada hacia el Adriático, siguiendo la misma ruta de su hermano Aníbal once años antes, fue obligado a presentar batalla, para ser derrotado en el río Metauro. Su sucesor en Hispania, otro Asdrúbal, sufrió la humillación de ser vencido en una batalla en la que Escipión aplicó la misma táctica de los cartagineses en Cannas. Este revés, que Escipión aprovechó para cruzar a África, obligó a Cartago a pedir a Aníbal que regresase; y en Zama, la actual Tunicia, chocaron los dos ejércitos en el 202 a. de C., Una carga cartaginesa con elefantes no surtió efecto, gracias a que Escipión había dispuesto las tropas en forma de tablero de ajedrez; cuando estas pasaron al contraataque, el ejército cartaginés no resistió y Aníbal huyó.

La destrucción definitiva de Cartago aún tardaría cincuenta años, durante los cuales Roma consumió sus energías bélicas interviniendo en Grecia y el resto del mundo helenístico. En el 196 a. de C., las ciudades griegas aceptaron el protectorado de Roma, y cuando el reino helenístico de Siria intervino para detener los acontecimientos, Roma trasladó primero allí sus legiones y posteriormente a Asia Menor, gran parte de la cual no tardó en caer en sus manos. El Egipto de los

Ptolomeos, el más importante de los reinos otrora gobernados por los generales de Alejandro, caería el 30 a. de C.

Por entonces, el romano más famoso, Julio César, había añadido la Galia al imperio, merced a una serie de campañas entre los años 58 y 51 a. de C. Tras la primera expulsión de las tribus galas del norte de Italia en el 121 a. de C., Roma había establecido bastiones en la Galia y extendido esta provincia hasta Hispania; en el 58, para impedir la primera migración histórica a gran escala con que se enfrentaba Roma —la de los helvecios, de la actual Suiza—, César creó posiciones de bloqueo en el valle del Ródano y aceptó ayuda de los galos para contener la invasión. Tras la derrota de los helvecios, la zona de control se vio amenazada por otra invasión, a la sazón la de una tribu teutónica al mando de Ariovisto, por lo que César decidió efectuar un avance envolvente por el norte del Rin. Su éxito, bien acogido por los galos del sur, alarmó a los del norte, cuya coalición tribal se extendía hasta Germania en la otra orilla del Rin. César luchó contra este belicoso pueblo durante cuatro años, interrumpidos por expediciones contra los vénetos de Bretaña y sus hermanos celtas de Inglaterra (56-54 a. de C.), pero finalmente logró imponer una paz nominal en la Galia. Luego, el 53 a. de C., los galos pacificados se sublevaron *en masse*, en un intento desesperado por impedir su inclusión en el imperio, y, al mando de Vercingetórix, obligaron a César a reanudar la guerra. La fase final de la guerra de las Galias, llevada a cabo contra un enemigo que había aprendido mucho de los propios romanos, duraría un año, cuando Vercingetórix se acantonó en un inmenso campo fortificado en Alesia, junto al nacimiento del Sena; una decisión equivocada, pues los romanos tenían buen caudal de experiencias en la guerra de asedio —es posible que ciertas técnicas las debieran a sus antiguos inventores, los asirios, y les llegaran a través del mercado internacional del arte militar que impregnó durante siglos Asia Menor—, y no tardaron en dejar Alesia aislada de cualquier posibilidad de refuerzo, al rodearla de un círculo de fortificaciones (con líneas de «circunvalación» y «contravallado»), cada una de ellas de unos veinte kilómetros de circunferencia. Los legionarios eran maestros manejando la pala, pues cuando efectuaban marchas en territorio enemigo, la legión montaba rutinariamente por las noches un campo fortificado con arreglo a un modelo reglamentario. Al hacer su aparición, un ejército celta de socorro, cuyo contingente, según cálculos, habría sido de un cuarto de millón, César armó a sus cincuenta y cinco mil hombres, rechazó el ataque y continuó el asedio de la posición de Vercingetórix, quien, tras tres intentos de romper el cerco, aceptó la rendición. Fue llevado a Roma para ser exhibido en el triunfo del romano y a continuación ejecutado. Con esta muerte cesó toda resistencia en la Galia, y la provincia entera quedó incorporada al imperio romano.

Un imperio que ya casi alcanzaba en Occidente su extensión máxima, lo mismo que en África y Oriente Próximo; solo en las fronteras de Oriente Medio, donde los imperios de partos y persas seguían teniendo fuerza suficiente para oponérsele, debería Roma llevar a cabo nuevas conquistas. Pero el propio éxito expansionista del

imperio había provocado en Italia una crisis social y política. Los incesantes reclutamientos, sobre todo entre los itálicos cuya incorporación al imperio no les había valido el derecho a la ciudadanía, así como el creciente poder de los cónsules que regresaban victoriosos de las campañas anuales y se enfrentaban a los magistrados de Roma con sus exigencias de dinero y autoridad, hacían cada vez más obsoleto el viejo sistema de alistamiento de las legiones y de gobierno democrático. Ya había habido un amago de disturbios a finales del siglo II a. de C., cuando los hermanos Graco intentaron reducir la carga de las levadas militares y la independencia de la autoridad militar; disturbios que cobraron gravedad en el 90 a. de C., cuando los itálicos sin derecho a la ciudadanía se rebelaron contra los reclutamientos obligatorios y solo fue posible restablecer la paz concediéndoles dicha ciudadanía. Pero no por ello se ponía fin a los problemas derivados de dotar de tropas a las legiones, a pesar de que se estableciera a finales del siglo I la dispensa real de los antiguos requisitos de propiedad, cuando el cónsul Mario abrió la posibilidad de la incorporación a filas de voluntarios del estrato social más bajo del censo. Esta medida, paradójicamente, añadió leña al fuego del conflicto entre los cónsules que dirigían las campañas militares y la clase política urbana, por el hecho de que los legionarios sin tierras se sentían más vinculados a su general y se identificaban mejor con sus intereses (y más si, como hizo Mario, se les prometían tierras en recompensa por su servicio en filas), con lo que se reforzaba la posición de los generales frente a senadores y magistrados^[393].

La crisis se agudizaría al concluir César la conquista de la Galia, cuando intentó prolongar su mandato y el senado se lo negó. César abandonó la provincia, habiendo ya caducado sus poderes de mando, al frente de la XIII legión, para dirigirse a Roma, propiciando con su desafío la guerra civil. Esta duró siete años (50-44 a. de C.) y tuvo por escenarios España, Egipto y África, a medida que el senado fue poniendo en pie legiones y recurriendo a generales —a Pompeyo en particular— para reprimir la rebelión de César, que culminó con la victoria de este y, finalmente, con su asesinato a manos de sus principales adversarios y enemigos. En la lucha por el poder que siguió, el sobrino de César, Octavio, venció a todos sus adversarios en una nueva guerra civil, y en el 27 a. de C., después de que el sumiso senado le otorgase el título de emperador (que literalmente era el de *princeps*, o primer ciudadano), él le añadió el de *augusto*. La forma republicana, aunque preservada nominalmente, quedaba abolida a partir de aquel momento, y Roma era ya un imperio, en esencia y en extensión.

El sistema imperial resolvió las anomalías intrínsecas a la estructura de gobernar un estado militar mediante la política competitiva de una clase electoral excluyente que ya no era representativa. Los primeros efectos se hicieron sentir en el propio ejército. Augusto lo encontró enormemente hinchado a causa de las guerras civiles, con un total de medio millón de hombres, la mayoría de ellos simples mercenarios seguidores de generales rivales; y lo redujo drásticamente, estabilizando su fuerza en

veintiocho legiones. Para garantizar la seguridad del gobierno central, y que no se repitiese el cesarismo, formó la guardia pretoriana, una nueva fuerza con guarnición en Roma, y el ejército en pie de guerra quedó repartido fundamentalmente en las fronteras, con máxima concentración en el bajo Rin, frente a Germania, la presión de cuya población ya comenzaba a sentirse; en el alto Danubio, otra región en la que se hacían sentir los disturbios bárbaros; y en Siria. Al mismo tiempo, se mantenían pequeñas guarniciones en Hispania, África y Egipto. De igual importancia fueron las modificaciones que efectuó en las condiciones para el servicio. La ficción de la milicia obligatoria fue abolida, y el alistamiento en las legiones se hizo sobre una base profesional, en la que los ciudadanos tenían preferencia, pero por la que se otorgaba la ciudadanía a los candidatos adecuados. El periodo de servicio en filas era de quince años (veinte muchas veces, en la práctica), y durante el mismo a los legionarios les estaba prohibido casarse (de todos modos las familias, aunque ilegales, se vinculaban a los campamentos). La paga era fija y regular, y al licenciarse el excombatiente recibía un retiro suficiente para vivir. Esto se logró con nuevos impuestos, calculados estadísticamente, para allegar las grandes sumas necesarias para el bienestar de los licenciados y procurarles a los alistados un incentivo, a fin de que fueran leales y disciplinados.

El ejército de Augusto se estabilizó en torno a los ciento veinticinco mil hombres. Una cifra equiparable servía en las unidades auxiliares de caballería e infantería ligera de las legiones; unas unidades que Roma había empleado desde el inicio de sus conquistas en Italia, época en la que los auxiliares no disfrutaban de la ciudadanía y el plazo de servicio era irregular. A partir de este momento, o con certeza desde la época de Claudio, estas tropas recibían una paga adecuada. Pero el mejor incentivo era que al final de los veinticinco años de servicio, el licenciado recibía el derecho a la ciudadanía, derecho extensible —ya que para entonces podía casarse— a los hijos que pudiera tener su esposa. Estas condiciones sirvieron para mejorar notablemente la calidad de las tropas auxiliares, algunas de las cuales realizarían tan buenos servicios que la ciudadanía les fue otorgada a todos sus miembros en bloque. Además, con el tiempo, las alas de caballería y las cohortes de infantería dejaron de reclutarse en el momento de entrar en servicio (una tendencia que equiparaba enormemente su calidad a la de las propias legiones); su mando pasó de jefes locales a oficiales imperiales, y fueron distribuidas por todo el imperio listas para entrar en combate^[394].

Augusto hizo cuanto pudo por asegurar la futura lealtad del ejército con las disposiciones relativas al mando. Bajo la república, el procónsul de una provincia mandaba las legiones que hubiese en ella; pero Augusto se nombró procónsul de casi todas las provincias, y así mandaba directamente en todas las guarniciones de legionarios, mientras que para el resto, en las que el senado seguía nombrando a los gobernadores, las legiones quedaron al mando de legados representantes del emperador. Para administrar y financiar un sistema tan complejo y centralizado,

Augusto creó un servicio civil imperial, formado y dirigido por hombres de la clase política, a quienes confió responsabilidades nuevas, a cambio de un salario estatal. Estos funcionarios imperiales tenían encomendado recaudar impuestos para financiar las necesidades de la administración de las provincias y las guarniciones, transfiriendo las sumas al tesoro imperial; y en Egipto y África, comprar y recoger el trigo de reparto gratuito a la población, y del que la metrópoli importaba cuatrocientas mil toneladas al año.

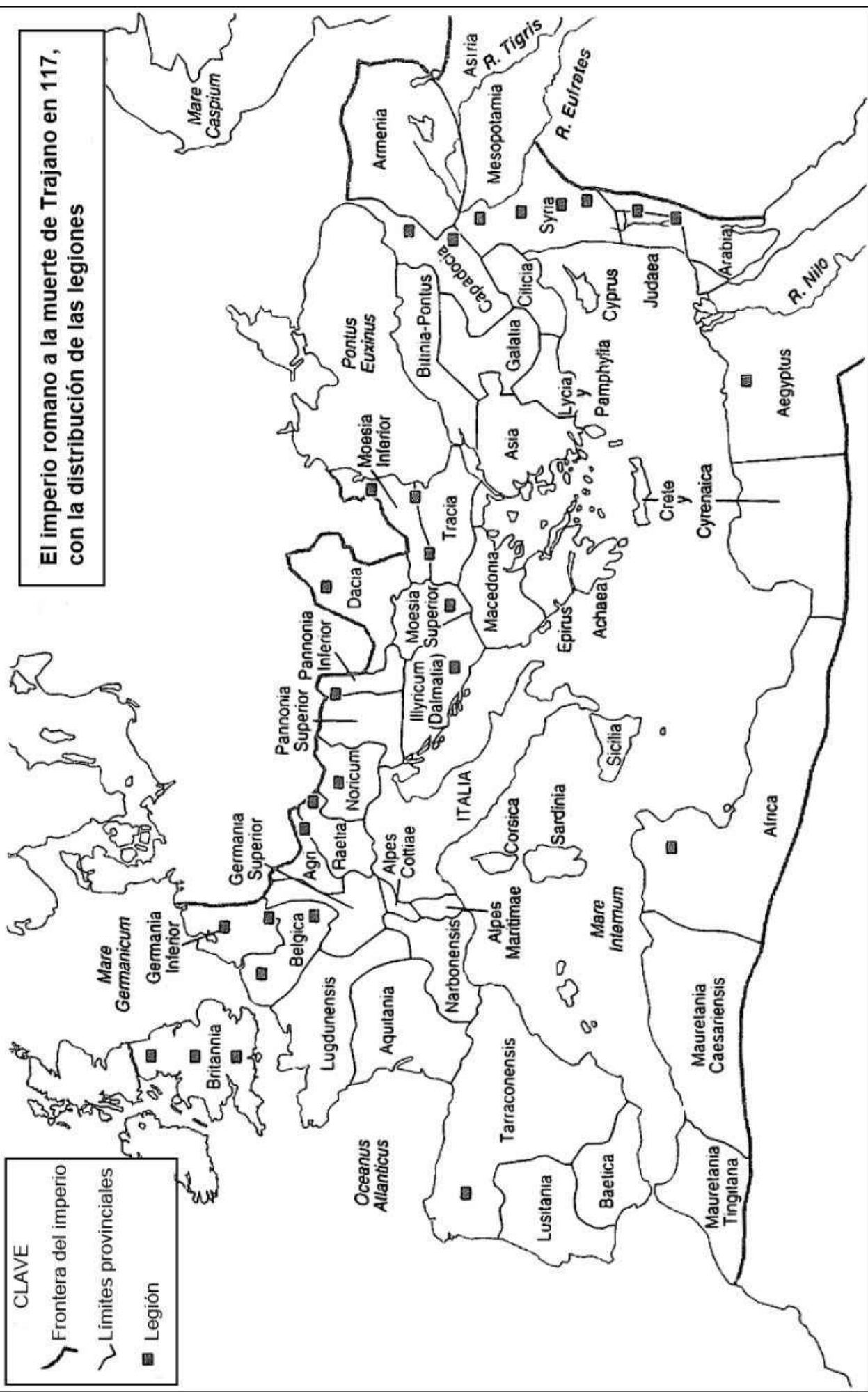
Este sistema julio-claudiano, como lo denominan los historiadores, dio buenos resultados durante el reinado de sus inmediatos sucesores; pero tenía sus peligros. Si se producía una disputa por la sucesión imperial o Roma perdía una guerra, la autoridad tendía a recaer en manos del ejército, sobre el que descansaba toda la estructura del imperio; y los logros de este lo impulsaban inevitablemente a hacer la guerra, porque no podía tolerar desórdenes en sus fronteras. Pero, al mismo tiempo, la creciente prosperidad que fomentaba animaba a los extranjeros a tratar de penetrar en él por la fuerza. Su principal problema eran los desórdenes en Oriente, donde los antiguos reinos y la supervivencia de los imperios rivales de Partia y Persia veían con rencor los esfuerzos de Roma por crear una línea estable de control; las intrusiones constituían el problema en Occidente a lo largo de la línea del Rin y del Danubio, donde los vastos movimientos poblacionales, activados por la presión desde la estepa, comenzaban ya a notarse en el primer siglo de nuestra era.

En el 69 d. de C. se produjo la previsible crisis. Bajo el gobierno de los julio-claudianos, había habido éxitos militares. Inglaterra (invadida en el 43) estaba anexionada al imperio, y Armenia había reconocido en el 63 la soberanía de Roma; también se habían producido sublevaciones, sobre todo en Germania, donde Arminio aniquiló un ejército en el bosque de Teutoburgo (9 d. de C.); y en Judea, que se levantó contra los romanos en el 66. En el 68 d. de C., el excéntrico y quizá loco emperador Nerón perdió la confianza del ejército y fue destronado por una insurrección militar que desembocó en una guerra civil, en la que varios candidatos se enfrentaron por la sucesión; conflicto que concluyó con la designación de Vespasiano, un militar-emperador que no era del linaje de los julio-claudianos. Vespasiano, hábil y cauto, restableció la estabilidad imperial, pero, por su condición de usurpador, carecía de legitimidad. Esta la encarnó su sucesor Nerva, quien estableció el principio de nombrar gobernantes fuertes mediante el proceso de la adopción formal de un heredero; y así reinaron cuatro sucesores por adopción: Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio, buenos administradores y generales. Durante el reinado de estos emperadores antoninos (98-180), los ejércitos romanos obtuvieron una serie de victorias y el imperio se anexionó Mesopotamia, Asiria y la provincia transdanubiana de Dacia (la actual Hungría).

El éxito de los antoninos se debe a la adopción de una política de estabilización militar donde fuera preciso, es decir, en todo el perímetro del imperio, salvo en la frontera abierta con Partia y Persia; política que ha sido calificada de «estrategia

magistral basada en una seguridad excluyente, con el establecimiento de una barrera lineal sobre un perímetro defensivo en el imperio»^[395]. Los historiadores difieren enormemente respecto a las complejidades de dicha estrategia. Los hay que niegan que fuese algo fundamentado conscientemente en los romanos, y que el aparente impulso a alcanzar y mantener fronteras «científicas» en el Rin, el Danubio, el norte de Inglaterra y el extremo del Sahara —algo demostrado por la construcción de fortificaciones cuyas enormes ruinas marcan aún ese perímetro—, es un mero exponente del deseo de los mandos militares locales o de los emperadores visitantes por establecer puestos de policía y de aduanas en el límite de la zona de administración^[396]. No hay que desdeñar a los que sostienen esta tesis, pues conocen muy bien y con detalle la política militar romana; y esta interpretación la corroboran las características con que definen el formalismo militar romano, al que siempre informa un «deseo de gloria» más que una teoría estratégica. La percepción es justa. Clausewitz y los ideólogos de su época quizá se inspirasen en la práctica romana; pero el concepto de que la guerra romana, más que la de Alejandro, era de naturaleza clausewitziana no es muy riguroso. Por lógico que sea el análisis de determinadas situaciones militares, Alejandro fue llevado hacia Oriente por un impulso de vanagloria; mientras que no cabe duda de que Roma, aunque quizá tampoco exenta de arrogancia, no concebía la guerra como «continuación de la política», pues no concedía a ninguno de sus enemigos, ni siquiera a partos y persas, la dignidad de una condición cívica. Para los romanos, igual que para los chinos, el mundo se dividía en la parte civilizada y en las tierras allende sus fronteras; y, aunque a veces recurrían por imperativo circunstancial a la diplomacia (en sus relaciones con los armenios y otros reinos antiguos, por ejemplo), lo hacían por motivos de conveniencia y no en el sentido de relaciones de igual a igual entre estados. Claro que no tenían necesidad de hacerlo, pues no solo en organización militar y burocrática superaban a todos los pueblos de los que sus fronteras los separaban, sino que el «concepto» Roma, que en el 212 d. de C. concedió la ciudadanía a todos los hombres libres dentro de sus fronteras imperiales, no tenía equivalente, como tampoco lo tenía la extraordinaria infraestructura de vías, puentes, acueductos, embalses, arsenales, cuarteles y edificios públicos en que se sustentaban el poder militar, la administración civil y la vida económica.

El imperio romano a la muerte de Trajano en 117, con la distribución de las legiones



CLAVE

- Frontera del imperio
- Límites provinciales
- Legión

En cualquier caso, es un hecho la existencia de las fronteras fortificadas de Roma; al igual que buena parte de la Gran Muralla china. Los chinos comprobaron que la construcción de una línea fija de defensa no garantiza de por sí la seguridad; esta solo puede mantenerse si se aplica a la vez una política «avanzada», como hicieron la dinastía Tang en Zungaria y la manchú en la estepa. La incapacidad de las dinastías de origen no estepario para proseguir o llevar a buen término tal política no invalidaba de entrada la construcción de esa muralla, pues marcaba el perímetro de la zona cultural que todos los gobiernos chinos trataban de conservar. De igual modo, la impugnación por parte de algunos estudiosos contemporáneos de que las obras de fortificación romanas fuesen una característica secundaria de los propósitos estratégicos reales del imperio se derrumba como las piedras de esas fortificaciones. Puede que durante los dos siglos posteriores al reinado de Augusto el imperio dependiese de la potencia de las legiones, desplegadas por doquier para mantener la seguridad de un modo indirecto. Es la opinión de Edward Luttwak, quien señala que la política de los julio-claudianos, que aún sostenían guerras expansionistas, era utilizar las legiones como último instrumento de garantía de la defensa organizada en un primer frente de clientes recién sometidos, como los del norte de Grecia, Asia Menor y África; mientras que bajo los antoninos las legiones se distribuían por todas las fronteras para guarnecer las barreras que entonces constituían el primer obstáculo a los peligros externos. Y argumenta que se hacía para afrontar crisis concretas, concentrando en el sector amenazado legiones que eran trasladadas desde las fronteras en las que prevalecía la paz. Pero esta tesis la impugnan otros que sostienen que los romanos continuaron siendo expansionistas en las fronteras en que sus enemigos desafiaban su poder —en particular en las de Partia y Persia—, o que la principal preocupación del ejército eran los disturbios locales que tenían su origen en hábitos de bandidaje endémico, en la piratería o en las indisciplinadas tribus dedicadas a la trashumancia.

No obstante, no puede negarse que, a partir del siglo III, al intensificarse la presión poblacional en Occidente, y las tensiones bélicas con Persia en Oriente, la asociación de las legiones con las fronteras fortificadas fue absoluta. Se produjo una racionalización fronteriza: sobre todo en el Danubio, donde se abandonó la provincia de Dacia en el 270; en el Rin; en el bajo Nilo, donde los romanos hallaron a los nómadas tan irreductibles como lo habían sido en tiempos de los faraones; y en África, donde en el 298 se evacuaron zonas de Mauritania. En cambio, en las divisorias más cortas las legiones seguirían luchando un siglo más, y la estrategia de Roma se centraría en la protección de los territorios centrales cuya integridad definían las fronteras fortificadas. Por todo ello, no es descabellado sostener que —aunque su poder fuese relativo— el perímetro fronterizo —que varió poco desde el reinado de Augusto en el siglo I a. de C., y el abandono de Inglaterra ya en el siglo V de nuestra era— ejerció una influencia determinante en la imagen del militarismo romano. Los historiadores especializados en un determinado periodo o provincia del

imperio, e incluso en el imperio romano en su conjunto, pueden detectar claras inconsistencias en la tesis, quizá legada por Gibbon, de que Roma se veía a sí misma como el centro equilibrado de un mundo en el que reinaba el desorden bárbaro. Esta interpretación equivale a pasar por alto la influencia que la psicología de un ejército profesional ejercía en la política imperial del gobierno al que servía. Una vez que las fronteras quedan definidas por fortificaciones que se convierten en lugares de guarnición permanente de unidades regulares con denominación propia, o al menos en lugares fijos de rotación de dichas unidades, estas cobran una importancia simbólica para las tropas que las defienden. El surgimiento de este simbolismo se detecta sin dificultad en la historia del ejército romano, cuando, por ejemplo, comprobamos que la VI Legio Victrix, que llegó a Inglaterra hacia el año 122 procedente del Rin, continuaba en el mismo lugar sesenta años más tarde; que la III Legio Cyrenaica, reclutada por Julio César en el Nilo, seguía acantonada en Egipto en el siglo III; y que dos regimientos de caballería —el Ala Augusta Gallorum Petriana y el Ala I Pannoniorum Sabiniana, formados en la Galia y la Panonia (la moderna Hungría), respectivamente— sirvieron desde el siglo II al III en el muro de Adriano, el último de ellos en la localidad que actualmente es Stanwix^[397]. Los ejemplos son elocuentes: entre el año 69 y el 215, la III Legio Gallica estuvo estacionada en Siria; del 85 al 215, la II Legio Adiutrix permaneció en Hungría; y del 71 al 215, la VII Legio Gemina tuvo destino en el Rin^[398].

Es imposible que la conciencia de la tropa no quedase circunscrita en definitiva por la geografía de las fronteras, en el seno de un ejército cuya columna vertebral la constituían militares profesionales por boca de los cuales circularía de generación en generación la retahíla de los acantonamientos legionarios y las tradiciones de la vida local. Y no faltaron cosas que distrajesen su atención de la defensa del imperio, en particular las frecuentes disputas sucesorias que durante el siglo III hicieron que las legiones entrasen en conflicto unas con otras al servicio de los usurpadores y de los aspirantes locales. En virtud de la reorganización de las guarniciones bajo Constantino (312-337), que logró el título por su victoria en una de aquellas guerras civiles, estas se retiraron a diversas reservas centrales, fueron reducidas de tamaño, y el ejército se amplió con cuantiosas formaciones de caballería^[399]. Estos cambios alteraron drásticamente la composición del ejército, debilitando de golpe la fortaleza de la institución de la infantería, en la que se había fundamentado desde la época republicana. En cualquier caso, subsistía un ejército imperial, financiado con los impuestos imperiales, por difícil que fuesen de recaudar, y dedicado a la defensa de las fronteras por muy alejadas que estuvieran de sus bases. La calidad de las fuerzas auxiliares, que por la reforma de Constantino quedaron relegadas a un incómodo aislamiento en las cada vez más contestadas fronteras, fue decayendo como consecuencia de su falta de contacto con las legiones. Estas unidades de *limitanei* fueron formándose cada vez más con milicias de campesinos locales, que eran

agricultores antes que soldados. No obstante, la potencia militar de las unidades regulares continuó siendo temible.

Después de Diocleciano (284-305), el imperio quedó dividido por razones administrativas en dos mitades —la de Oriente y la de Occidente—, con el consiguiente efecto separatista progresivo en las fuerzas militares. Pero la siguiente, y definitiva, crisis del ejército imperial no llegaría hasta el siglo v. A pesar de la desastrosa campaña contra los persas en el 363, en la que murió el emperador Juliano el Apóstata, y la catástrofe de Adrianópolis (396), donde Valente pereció a manos de los godos, el orden interno y la defensa de las fronteras se restableció merced a los titánicos esfuerzos de Teodosio, que logró unir la mitad oriental con la occidental y organizó una serie de campañas para expulsar a los intrusos allende las fronteras. No obstante, como hemos visto, fue Teodosio quien dio el paso fatal de comprometer la condición romana del ejército poniendo bajo su mando grandes contingentes de bárbaros «federados», que sirvieron en filas, no en unidades formadas y mandadas por oficiales del imperio, como habían hecho los antiguos auxiliares, sino como aliados con jefes propios. Era un paso que no podía desandarse, y durante la primera mitad del siglo v no cesaron de integrarse tropas teutónicas en el imperio de Occidente. Y, aunque las estructuras imperiales permanecieron incólumes; y aunque los generales locales, como Constancio o Aecio, conservaron suficientes fuerzas a su mando para contener a algunas tribus en zonas limitadas de conquista, logrando a veces enfrentar entre sí a los bárbaros, el control de las fronteras hubo de abandonarse, y, a la par, el control interno se hizo débil e inestable. Los ejércitos «romanos» de Constancio y Aecio eran de composición teutónica, estaban dotados de armas teutónicas, carecían de parecido con la disciplina legionaria, e incluso adoptaron el grito de guerra germánico, el *baritus*^[400].

Al llegar Atila y los hunos, algunos de estos invasores bárbaros, que habían sufrido el dominio de los hunos fuera del imperio, acudieron en auxilio de Aecio y formaron en Châlons en el 451 un importante contingente de su ejército, y, aunque aquella victoria seguramente evitó la devastación de la Galia, y tal vez de Roma, el peligro para Italia y su capital procedía ya de otro lugar. Genserico, jefe de la tribu de los vándalos, que había cruzado la Galia e Hispania para fundar un reino en el norte de África, se embarcó con sus tropas, tomó Córcega y Cerdeña, y, desde esa base, se apoderó de Roma, saqueándola, en el 455. La contraofensiva organizada por León, emperador de Bizancio, se saldó con un fracaso. Los vándalos establecieron un régimen pirata que dominaba el Mediterráneo desde sus bases en Sicilia y África, que continuaron sus sucesores sarracenos y berberiscos durante mil años. En la Galia e Italia, el poder pasó a tres jefes germánicos, Ricimero, Orestes y Odoacro, que entronizaron a una serie de emperadores comparsas. Uno de ellos, Mayoriano (457-461), logró restablecer brevemente la autoridad imperial en el sur de la Galia; pero fue destronado. En el 476, Odoacro, que disponía de la mayor fuerza en Italia, en teoría un ejército romano obediente al emperador comparsa Rómulo, venció a

Ricimero en la disputa por el poder, desposeyó a Rómulo y se proclamó rey en vez de emperador. El senado, que perduraba como sombra de lo que había sido, devolvió los símbolos imperiales al emperador de Constantinopla: el ejército romano de Occidente había dejado de existir^[401].

EUROPA DESPUÉS DE ROMA: UN CONTINENTE SIN EJÉRCITOS

En Oriente, el ejército romano no dejó de existir, y siguió defendiendo Bizancio a distintas distancias de Constantinopla —unas veces en lugares tan remotos como el Cáucaso o el Nilo; otras, al pie mismo de sus ciclópeas murallas—, hasta que sus restos fueron barridos en el gran asedio de Constantinopla por Mohamed II el Conquistador en 1453. Pero desde el principio de la autonomía del imperio de Oriente, fue ya un ejército distinto al de las legiones. Al mando de Belisario y Narsés, los generales con los que el gran emperador Justiniano (527-565) recuperó el control de Italia y del norte de África (aplastando a los vándalos), era muy parecido al de Aecio y Majoriano. En Tricamerón (453), donde Belisario venció al vándalo Gelimero, y en Tagina (455), donde Narsés logró con su victoria que el poder imperial recuperase Rávena y Roma, los ejércitos de estos dos generales estaban constituidos por tropas no romanas, entre las que había hunos, en el de África, y un cuerpo de arqueros persas, en el de Italia^[402]. Pero una vez delimitadas las fronteras de Bizancio, aproximadamente sobre la línea que forman el Danubio y el Cáucaso, con una frontera marítima configurada por Chipre, Creta y la punta de Italia (Egipto, Siria y el norte de África habían caído en poder de los árabes entre los años 641 y 685), la organización militar del imperio se estableció sobre una base distinta. Era de estructura parecida al de Augusto, pues su territorio se dividió en provincias, llamadas *themas*, al mando de generales que respondían directamente a la llamada del emperador con sus tropas. Estas estaban organizadas en unidades derivadas de las creadas por la reforma de Constantino del siglo IV, más que de las tradicionales legiones de infantería, y eran pequeños regimientos independientes de caballería e infantería que podían combinarse, según los requerimientos, para reforzar la milicia de las fronteras. En el siglo II existían trece *themas*: siete en Asia Menor, tres en los Balcanes y tres en el Mediterráneo y el Egeo. En el siglo X habían aumentado hasta treinta, pero el tamaño del ejército se mantenía constante, en torno a unos ciento cincuenta mil hombres, mitad y mitad de infantería y caballería, y casi tan importante como el de estructura legionaria de tiempos de Augusto. Sostenido por una eficiente burocracia y un buen sistema de impuestos, y alimentado y atendido por un campesinado rico, el ejército bizantino fue capaz de defender un imperio romano muy cambiado y, naturalmente, cristianizado hasta el inicio de los ataques turcos en 1071^[403].

En Occidente no se supo restaurar un ejército similar para conservar los restos de la civilización romana por la que sus destructores tanta admiración profesaban; pero es que era imposible restaurarlo, por haberse destruido las bases en las que se había sustentado: unos impuestos regulares y equitativos, por mucho que se hubieran desnaturalizado en el bajo imperio. Los reyes bárbaros recaudaban impuestos lo mejor que podían, pero los ingresos eran insuficientes para atender a una soldadesca indisciplinada; en cualquier caso, los conquistadores rechazaban profundamente la disciplina, y conservaban un apego teutónico muy arraigado a la libertad del guerrero portador de armas y a la igualdad entre compañeros. Godos, lombardos y burgundios habían sido campesinos antes de que la presión de la estepa los empujara a cruzar el Rin, y sus esperanzas se cifraban en vivir de la tierra al heredarla. En Italia se les asignó un tercio de los territorios ocupados para que se asentasen, una adaptación distorsionada del método imperial de reservar un tercio de la vivienda para el alojamiento de los soldados; en Burgundia y el sur de Francia la asignación era de dos tercios. De esta manera, los soldados se dedicaron a la labranza en granjas dispersas, relajando las virtudes militares que tan temibles los habían hecho en su asalto al imperio, sin que entregaran al gobierno el excedente habitual con el que se habría podido reconstruir un ejército civilizado que hubiese mantenido la paz. «Los reinos bárbaros combinaban los vicios propios del imperio romano y los de la barbarie». Principalmente, la expropiación corrupta a los pequeños terratenientes para incrementar los latifundios de los ricos. «A los viejos abusos se añadían ahora la violencia sin ley de los jefes de las tribus bárbaras y de [los supervivientes] romanos que imitaban sus modales»^[404].

En retrospectiva, es fácil ver que la principal contribución de Roma a que el ser humano comprendiese cómo se lleva una vida civilizada fue su institución de un ejército disciplinado y profesional. Ese, por supuesto, no era su propósito al lanzarse a campañas de expansión en Italia y emprender después guerras contra Cartago. El ejército pasó de ser una milicia de ciudadanos, a ser una fuerza expedicionaria de largo alcance con arreglo a las necesidades bélicas; pero no por decisión consciente. La adopción de un sistema de reclutamiento regular, que ofrecía «una carrera según méritos» en todo el imperio a ciudadanos y no ciudadanos, tiene su origen en esas necesidades; las reformas de Augusto simplemente racionalizaron una situación ya existente. Pero, como por efecto de una mano invisible, la evolución del ejército romano se ajustó exactamente al modo romano de civilización. Roma, a diferencia de la Grecia clásica, era una civilización de logros legales y físicos, no de especulación filosófica ni creatividad artística. La imposición de sus leyes y la incesante expansión de su extraordinaria infraestructura material exigían, más que esfuerzo intelectual, tesón sin límites y disciplina moral. Y de estas cualidades el ejército sería en último término el origen, y muchas veces, sobre todo en las obras públicas, el instrumento directo. Por lo tanto, era inevitable que la decadencia del poder del ejército —aunque la causasen tanto los defectos internos económicos y administrativos como la crisis

militar en las fronteras— acarrease la del imperio, y que el hundimiento del ejército hiciera caer el imperio de Occidente.

Los reinos que lo sucedieron en Occidente no supieron ver lo inapreciable que era la institución que destruían y lo difícil que resultaba su sustitución. No obstante, la autoridad moral en la Europa posromana no desapareció, sino que se trasladó a las instituciones de la Iglesia cristiana, firmemente establecida en su forma romana más que en la nestoriana gracias a la conversión de los francos en el 496. Así, en la Iglesia hallaría el imperio una continuación, si no en la sustancia, sí en la forma. Pero, sin espadas, los obispos cristianos no podían dar fuerza a la cristiandad; y aunque sus reyes tuvieran espada, la utilizaban para hacerse la guerra unos a otros en lugar de establecer y mantener una paz cristiana. La historia de Europa occidental a finales del siglo VI y durante el VII es una triste crónica de constantes rencillas entre las casas reales de los diversos reinos, tan solo moderadas cuando, a principios del siglo VIII, el primer carolingio sentó su hegemonía en las tierras de los francos a uno y otro lado del Rin. El surgimiento de los carolingios fue el resultado de una lucha interna, pero puede considerarse igualmente una reacción ante nuevos peligros; en particular la irrupción de los musulmanes de España en el sur de Francia, y los ataques de los paganos frisios, sajones y bávaros en las fronteras orientales. La victoria de Carlos Martel sobre los musulmanes en Poitiers en el 732 los hizo retroceder para siempre hasta detrás de los Pirineos, y las campañas de su nieto Carlomagno consolidaron la frontera hasta el Elba y el alto Danubio en Alemania, y situaron el reino de los lombardos, que incluía la ciudad de Roma, dentro del nuevo imperio fundado a raíz de su coronación por el papa León III el día de Navidad del año 800.

Carlomagno obtuvo su legitimidad al ser reconocido por el papa como sucesor del emperador romano, en virtud de una descendencia ficticia, y su poder dependía de unas fuerzas armadas que en nada se parecían a las del ejército romano, ni aun en su fase de decadencia. Los primeros reyes francos, igual que otros jefes bárbaros, habían mantenido como núcleo militar de sus séquitos a grupos de guerreros escogidos, en quienes podían confiar para combatir valientemente cuando se lo requerían; el equivalente de los Compañeros de Alejandro. En la era de las conquistas, no se suscitó el problema de cómo debían ser mantenidos, y en tiempos de desórdenes vivían gracias a medios improvisados. Pero una vez que un reino adoptaba fronteras, por poco definidas que fuesen, y se trataba de mantener la estabilidad dentro de ellas, los guerreros del gobernante requerían unos recursos fijos distintos a los del pillaje o la expropiación transitoria. La solución fue acomodar a miembros de la banda guerrera germánica (denominada, en el latín que usaban los nuevos reinos para su léxico legal, los *comitatus*), con arreglo a la costumbre romana del *precarium*, que era el contrato por el que los agricultores labraban tierras de la finca de un propietario. En la época de prosperidad del imperio romano, el *precarium* se concedía por una renta en dinero, pero cuando, por los desórdenes de los siglos V y VI, el dinero desapareció de la circulación, el pago de esta renta se sustituyó por servicios de varias

clases. Aunque en la práctica se instauró de forma gradual, no era un proceso complejo que los seguidores de un jefe, que ya le debían obligación personal y que a cambio gozaban de su patrocinio (*patrocinium*), transformasen la relación en otra por la que se cumplía servicio militar a cambio del favor patronal; pero el *patrocinium* se expresaba por la concesión de un *precarium*. Esta relación convenía a las dos partes: el vasallo (del término celta que significa «dependiente») recibía los recursos para vivir, y «el señor se aseguraba sus servicios militares; y el vínculo entre ambos se sellaba con un acto de homenaje que, al ser cristianizado por la intervención de la Iglesia, recibió el nombre de juramento de fidelidad o “lealtad”»^[405].

Este sistema que denominamos feudalismo (por el beneficiario del *feudum*, o feudo, al que el patrón otorgaba el título de vasallo) se estableció como la estructura básica sobre la que los reyes levantaban ejércitos y la clase militar poseía tierras en la Europa carolingia desde mediados del siglo IX; también se adoptó por entonces la costumbre de que los feudos fuesen hereditarios siempre que se continuase prestando el servicio. La formalización de estos elementos se data convencionalmente en el año 877, cuando Carlos el Calvo, rey de los francos occidentales y nieto de Carlomagno, decretó en el edicto de Kiersy que los feudos pasaran de padres a hijos, habiendo ya decretado que todo hombre libre, que de hecho significaba todos los que tenían tierras o portaban armas, debía tener un patrón o señor, y que todos los que poseían un caballo o fuesen a tenerlo, debían acudir montados a la reunión anual en que se pasaba revista al ejército. «Cuando todo hombre hubo de tener un señor, cuando todo el que recibía un beneficio hubo de prestar servicio a caballo, y cuando los cargos, beneficios y obligaciones militares se hicieron hereditarios, se completó el feudalismo»^[406].

El feudalismo carolingio, a pesar del hincapié que hacía en la posesión de un caballo, no puede equipararse al sistema militar de los nómadas. Las tierras cultivadas de Europa occidental podían albergar un ganado caballar no muy grande, y los ejércitos feudales que respondían a la llamada a las armas en nada se parecían a una horda del nomadismo montado. La diferencia se debía en gran medida a la distinta cultura militar de las tribus teutónicas, que propugnaban el combate cuerpo a cuerpo con armas afiladas, una tradición reforzada por sus encuentros con los ejércitos romanos antes de que estos hubiesen relajado el entrenamiento legionario. Esta cultura no se había perdido cuando los guerreros occidentales comenzaron a hacerse jinetes, y fue reforzada por la capacidad del equipo y las armas que usaban a caballo; la propia silla se había transformado en un asiento firme, en parte porque a partir del siglo VIII se convirtió en elemento de sostén del estribo recién surgido.

El origen del estribo podría ser indio, pero en el siglo V lo adoptaron los chinos y después los pueblos de la estepa, de donde rápidamente pasó a Europa. Su importancia es objeto de una encarnizada controversia entre los que afirman que, al dotar al jinete de un asiento firme, lo transformó en un lancero montado; y los escépticos que refutan que el jinete nómada sin estribos se identificase peor con el

caballo. Como las pruebas de que disponemos actualmente no confirman ninguna de las dos tesis, no es una discusión en la que debamos entrar^[407]. Pero sí se sabe que, a partir del siglo VIII, en Occidente el guerrero a caballo dirigía la montura con una silla alta, sujetaba los pies en estribos y, por consiguiente, podía manejar armas y contar con un equipo que hasta entonces estaba restringido al soldado de infantería. Cierto que los persas, y después los bizantinos, habían puesto en orden de combate escuadrones de caballería acorazada, y hasta caballos con armadura, mucho antes; pero no sabemos cómo iban equipados ni cómo combatían, y es un tanto arriesgado atribuirles el origen de la guerra a caballo^[408]. Por el contrario, no cabe duda de que hacia el siglo IX el jinete feudal en Europa occidental llevaba cota de malla, un escudo (las manos tenían bastante libertad como para poder usarlo en movimiento), y una lanza o una espada.

Estas innovaciones fueron oportunas, pues en el siglo IX se inicia en Occidente una nueva oleada de ataques que no habrían podido contenerse con una huestes con torpeza de movimiento, y en gran parte carentes de caballería, de los reinos posteriores al imperio romano. Estos ataques se originaron en tres puntos: los territorios del islam, la estepa y las costas aún paganas y bárbaras de Escandinavia. A partir de los territorios del islam, surgió un régimen de piratería y expolio en el Mediterráneo que recordaba al de los vándalos del siglo VI y tenía sus bases en los mismos puertos del norte de África; los sarracenos y los incursores del islam entraron en contacto con Occidente y actuaban con total impunidad, porque, desde la disolución de la flota romana en el siglo V, no existía una marina estatal en el Mediterráneo occidental que protegiese las costas y garantizase la navegación. En el 827, Sicilia, tantas veces en el pasado cabeza de puente de las potencias en litigio — Atenas, Cartago, los vándalos—, fue ocupada, y poco después los piratas establecieron bases en el extremo de la península italiana y en el sur de Francia; y en el siglo X atacaban Córcega, Cerdeña y hasta la misma Roma. Finalmente, los sarracenos fueron expulsados del sur de Italia por los esfuerzos de Bizancio, única potencia que aún conservaba una flota de galeras; pero para entonces ya habían saqueado y destruido a placer, muchas veces en el interior, desde las costas del Ródano hasta el Adriático. El peligro de la estepa lo desencadenaron los magiares, que, al desplazarse hacia Occidente a causa del ascendente poder turco, aparecieron en el 862 en la llanura del Danubio, en las praderas que había utilizado antaño Atila para sus caballos, y lanzaron desde ellas una serie de incursiones característicamente nómadas, pero de extraordinario alcance, que en el 898 los llevaron hasta Italia, donde derrotaron al rey Berengario con su ejército de quince mil caballeros armados en el río Brenta, en el 899. En el 910 se enfrentaron, cerca de Augsburgo, a una leva general de los francos orientales decretada por el último emperador carolingio Luis el Niño, y obtuvieron una gran victoria que les permitió vagar a su voluntad por Germania durante diez años. Enrique el Pajarero, rey de Alemania (919-936), logró ir

reduciendo progresivamente sus incursiones mediante la construcción de numerosas fortalezas en la frontera oriental, pero aun así lograron penetrar hasta Francia y Borgoña en el 924 y en el 926; y, a pesar de la derrota que sufrieron frente a él en el 933, también entraron en Italia en el 954. Al año siguiente, Otón I, emperador del sacro imperio romano, pudo por fin reunir tropas suficientes en el momento oportuno para obligarlos a librar combate frente a un obstáculo, uno de los medios por los cuales la caballería pesada podía aplastar en combate a la más móvil caballería ligera; con un ejército de ocho mil hombres, cuantioso para la época, bávaros y suabos en su mayoría, el emperador efectuó un rodeo en torno a su campamento de Augsburgo, que tenía asediado, cruzó el río Lech para cortarles la línea de retirada y aguardó el ataque. Los magiares, que, igual que los hunos, seguían utilizando como principal arma el arco compuesto y como principal formación táctica la de muchedumbre dispersa, a pesar de estar bien al corriente del modo occidental de combate, hicieron lo que él esperaba y cruzaron el Lech para buscar una ruta de escape, lo que los obligó a librar una confusa batalla de espaldas al río, y fueron aplastados por la caballería pesada. Los supervivientes dispersos fueron expulsados por los campesinos armados, y nunca más volvieron a lanzar una incursión masiva en las tierras agrícolas de Occidente a partir de la llanura húngara^[409].

El asunto de los escandinavos merece mayor detenimiento, pues sus ataques los efectuaron con unos medios contra los que los reinos de Europa occidental no disponían de antídoto: la guerra naval. Los pueblos de las costas norte de Europa eran arriesgados navegantes desde hacía siglos; los romanos habían mantenido una flota en la «costa sajona» de Inglaterra y la Galia para contener la piratería, y fue el colapso de esa flota en el siglo v lo que permitió a los anglos, los sajones y los jutos colonizar Inglaterra desde Dinamarca y el norte de Alemania^[410]. Al vaciarse las tierras del otro lado del Rin con las migraciones bárbaras, se produjo una calma en la migración marítima; pero a finales del siglo VIII, la hambruna en Noruega y Suecia hizo que los paganos del norte recrudesciesen sus intentos de buscar tierras de asentamiento para saquearlas e imponer condiciones de comercio. Y fue precisamente entonces cuando habían perfeccionado un modelo de barco capaz de transportar guerreros a mucha distancia, aun en mares tempestuosos. La clave de la superioridad de aquel barco largo respecto al navío costero de la época era su forma estrecha y su quilla profunda, que le permitía navegar contra el viento; y su ancha sección en el centro, que le facultaba para impulsarlo a remo cuando no soplaban el viento, y desembarcar en costas alejadas de puertos fortificados^[411].

En definitiva, era el barco ideal para incursiones marítimas, a condición de que los tripulantes supiesen resistir las vicisitudes de las largas singladuras en un casco sin cubierta y sobrevivir con comida fría entre una escala y otra. Los vikingos —así llamados por el vocablo nórdico *viking*, que significa «piratería»— eran uno de los pueblos más duros y belicosos de los que atacaron al mundo civilizado, y su aterradora facilidad para entablar combate cuerpo a cuerpo alcanzó apogeo durante el

siglo de combates terrestres que precedió a su epopeya de viajes marítimos^[412]. Además, aproximadamente a partir del 840, comenzaron a embarcar caballos en sus naves, lo cual les permitía organizar incursiones tierra adentro en direcciones imprevistas, desconcertando a los defensores. Su primera irrupción fue en el monasterio de Lindisfarne, en el norte de Inglaterra, en el 793; y en el continente fueron aventurándose cada vez más lejos, atacando Sevilla en el 844, en la España musulmana; y en el 859 se adentraron en el Mediterráneo. En el año 834 devastaban el próspero mercado de Dorstadt, en la desembocadura del Rin; y hacia el 877 iniciaban la invasión de la Inglaterra anglosajona, que finalmente concluiría con el establecimiento en todo el centro y el norte, a mediados del siglo x, de un reino danés de ultramar. Posteriores viajes, con increíbles escalas semejantes en su audacia a las de los navegantes polinesios, que los llevaron hasta Islandia en el 870 y Groenlandia al siglo siguiente, redujeron un tanto sus persistentes ataques en Europa. Pero no limitaron sus incursiones en las tierras sin gobierno del centro y oriente del continente. Los vikingos, conocidos en esas regiones por los «rus», adoptaron una vida de mercaderes armados desde Suecia hasta el Báltico, y a lo largo de los grandes ríos rusos, entrando en contacto con el islam y Bizancio. En el oeste, los escandinavos, a la vez que conquistaban el centro de Inglaterra, se apoderaron de una parte del norte de Francia, que en el 911 el rey se vio obligado a cederles como feudo. A partir de esta adquisición de Normandía, en el siglo xi los normandos conquistaron Inglaterra en 1066, y a partir de 1027 establecieron cerca de Nápoles las avanzadillas de su futuro reino en Italia y Sicilia.

Los medios militares por sí solos no habrían bastado para detener la devastación producida por las distintas incursiones de los siglos ix y x. Europa occidental necesitaba, igual que China frente a los nómadas de la estepa, una fuerza cultural con que neutralizar el nihilismo nórdico e integrarlo en el mundo civilizado. Los sarracenos no eran asimilables, pues saqueaban y se entregaban al pillaje con la entereza moral de los *ghazi*, o guerreros fronterizos del islam; pero los paganos vikingos y magiares continuaban viviendo en un mundo primitivo de venganza y de dioses sordos, del que formaban parte los teutones y los pueblos de la estepa, antes de haber oído el nombre de Cristo o de Mahoma. La Iglesia cristiana ya había realizado una extraordinaria obra de pacificación en Europa occidental, empezando por la conversión de todo el pueblo franco en el 496; y progresivamente fue atrayendo a todos los invasores de los territorios romanos bajo un solo credo, inculcándoles al mismo tiempo el respeto a las instituciones cristianas —papado, episcopado, órdenes monásticas— que perduraban desde tiempos de Roma; y, merced a su heroica misión, tanto religiosa como civilizadora, llegó el cristianismo al norte y al este, a los remotos germanos y eslavos. Ciertamente que la conversión había sido impuesta a veces a punta de espada, pero los hombres y mujeres cristianos, como el inglés san Bonifacio, apóstol de los germanos, también habían sufrido martirio en sus intentos de predicación entre pueblos salvajes. Así fueron convertidos los magiares a finales del siglo ix, tras lo

cual Hungría se transformaría en un bastión de la resistencia a la invasión de la estepa; los escandinavos se harían cristianos en los siglos XI y XII.

Una Europa posromana sin la Iglesia de Cristo habría sido un mundo bárbaro. Los restos de las instituciones civiles romanas eran demasiado débiles para constituir un marco reconstructor del orden; y, al faltar un ejército disciplinado, todo el continente habría vuelto a caer por debajo del «horizonte militar», en conflictos endémicos territoriales y de derechos tribales. Pero había límites que la Iglesia no podía traspasar en su obra de pacificación, y estos derivaban casi en igual medida de sus aspiraciones al poder puro y simple, y de sus restricciones doctrinales respecto a cómo ejercer ese poder en la tierra. En Oriente, los obispos cristianos conservaron la costumbre impuesta por Constantino de depender del emperador de Bizancio; también en las antiguas tierras cristianas caídas en manos del islam, la autoridad religiosa y secular se fundía en la persona del califa. Pero en Occidente, el papado no aceptaba este principio; sucesor de Roma y con sede en Roma, el papado trató de establecer, desde la caída del imperio romano, la distinción entre autoridad civil y religiosa, y justificar la subordinación a esta de la primera. Carlomagno restableció nominalmente el imperio romano por la espada, pero su título de emperador estaba legitimado ante el papado merced a su coronación en la sede de San Pedro por León III.

Mientras los emperadores fueron fuertes y los papas débiles, al menos en sentido material, no se produjo conflicto alguno entre el poder de aquellos y las reclamaciones de autoridad de estos. Pero en el siglo XI la Iglesia se había enriquecido por doquier y había cobrado mayor confianza; sus tierras, muchas veces adquiridas por legado de sus fieles, aportaban a los gobernantes gran parte de sus feudos para la guerra; y sus instituciones monásticas, también adquiridas por legado, se convirtieron en centros de una pujante teología que aportaba argumentos para apoyar las reclamaciones papales de autoridad; argumentos que impugnaban la implantación de la costumbre por la que el emperador y los reyes, que nombraban o «invertían» a obispos y abades, empleasen en el gobierno a seglares influenciados y, sobre todo, la leva y mantenimiento de fuerzas militares. Los teólogos admitían a regañadientes la moralidad del combate cuando se efectuaba para imponer o restablecer los derechos legales del soberano; la admonición de Cristo «dad al César lo que es del César» les procuraba, desarrollándola, la base para tal justificación. No obstante, la Iglesia seguía afirmando que matar y herir eran pecados por los que había que cumplir penitencia —después de Hastings, en 1066, los obispos normandos impusieron de penitencia a sus caballeros un año de oración y ayuno por matar a un hombre y cuarenta días por herirlo—; a pesar de que Guillermo el Conquistador había luchado contra Harold y los anglosajones con la aprobación otorgada por el papa a su pretensión de que luchaba por recuperar sus derechos soberanos^[413]. En el gran «conflicto de las investiduras» del siglo XI entre el papa Gregorio VII y el emperador del sacro imperio romano Enrique IV, que concluyó con la hegemonía de derecho del papado sobre el imperio, el pontífice no tuvo inconveniente alguno en aliarse con los

normandos y los germanos para combatir al emperador. Con todo, en el trasfondo siempre perduró la duda de cómo podía reconciliarse el deseo de paz cristiano con el impulso del jinete, aunque cabalgase bajo los auspicios del estandarte papal, a derramar sangre cuando se enfrentaba a un semejante espada en mano.

Era una cuestión de conciencia ineludible en Europa, donde la mitad de la alta sociedad que no trabajaba vestía hábitos religiosos y la otra mitad llevaba armadura y guerreaba a caballo. La clase caballeresca del siglo XI era aún bien ruda, y sus modales auténticamente caballerescos estaban por venir^[414]. Hacía solo doscientos años que el decreto carolingio de que «todo hombre que posea un caballo acudirá montado a su señor» había «atraído dentro de las huestes de la nobleza terrateniente a una horda de aventureros arribistas, cuyo principal título de nobleza [...] era que montaban un noble bruto». Europa seguía siendo una sociedad guerrera en el fondo de su corazón, y la ley de Dios caía en oídos sordos cuando se llegaba al derramamiento de sangre, y la ley civil recaía exclusivamente en la jurisdicción del poder de un señor para imponer los derechos que le otorgaba su título.

Por consiguiente, fue un alivio para la Iglesia y los reyes el que a finales del siglo XI el conflicto de las investiduras quedara en sordina por un nuevo llamamiento a las armas contra un enemigo común pagano. El nuevo papa Urbano II, monje de Cluny, uno de los monasterios en que tenía su sede la teología que propugnaba el poder papal, fue elegido en 1088, y de inmediato buscó restablecer, por medios diplomáticos, las buenas relaciones con el emperador del sacro imperio romano, al tiempo que comenzaba a predicar que era pecado que un cristiano luchase contra otro. En el concilio de Clermont de 1095, hizo alusión al concepto de la tregua de Dios, el armisticio de Cuaresma, e instó a los cristianos a «dejar de matarse entre sí y combatir en una guerra justa», recordando a quienes lo escuchaban que, como consecuencia del desastre de Manzikert veinticuatro años antes, Bizancio había apelado a Occidente para defender la cristiandad en Oriente, que los turcos musulmanes proseguían su avance por tierras cristianas, y que la ciudad santa de Jerusalén continuaba en poder del islam. Y pidió que se iniciase una campaña sin demora para recuperar Tierra Santa^[415].

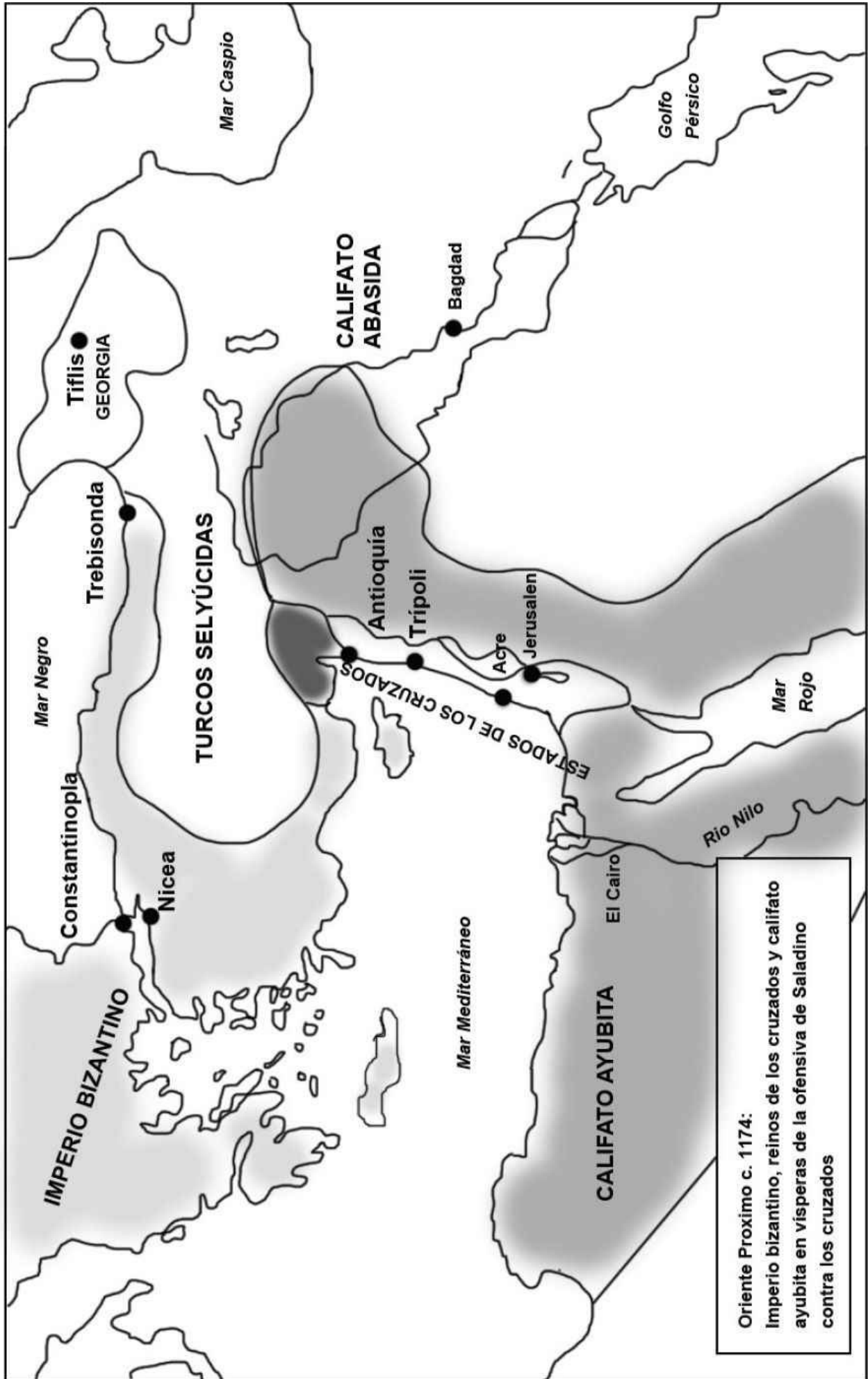
La idea de «cruzada», que fue lo que propuso Urbano II, se dejaba sentir en el ambiente. Durante el siglo X, los musulmanes de España, al mando del enérgico Almanzor, habían arrebatado territorios a los reinos cristianos que pervivían en el norte de la península ibérica, y devotos caballeros de otros reinos de Europa, entre ellos normandos, italianos y franceses, habían acudido a la lid, animados por los abades de Cluny, que mostraban particular interés por la seguridad de los peregrinos que acudían al amenazado sepulcro del apóstol Santiago en Compostela. El organizador de la expedición de 1073 había sido Gregorio VII, protagonista del conflicto de las investiduras, quien, al tiempo que recordaba al mundo que «el reino de España pertenecía al solio de San Pedro», declaraba que «los caballeros cristianos deben disfrutar de las tierras que se arrebatan al infiel». Por ello:

A finales del siglo XI la idea de guerra santa era llevada a la práctica. Las autoridades de la Iglesia animaban a los caballeros y soldados cristianos a abandonar sus rencillas y dirigirse a las fronteras de la cristiandad para luchar contra el infiel. En recompensa a sus servicios podían quedarse con las tierras que reconquistasen y se les otorgaban indulgencias [...]. [Además] el papado se hacía cargo de la dirección de las guerras santas. Era él quien muchas veces las iniciaba y nombraba a quien ostentaba el mando. La tierra reconquistada era en última instancia de soberanía papal. Aunque los grandes príncipes se mantuvieron al margen, los caballeros de Occidente respondieron animosos al llamamiento a la guerra santa. Sus motivos eran en parte auténticamente religiosos. Les avergonzaba seguir combatiendo entre sí, y deseaban luchar por la cruz. Pero había también un ansia de tierras como incentivo, en particular en el norte de Francia, donde comenzaba a establecerse la costumbre de la primogenitura. Conforme los señores optaron por no repartir sus propiedades ni sus cargos, que ya comenzaban a concentrarse en torno a un castillo de piedra, los hijos más jóvenes tenían que buscarse fortuna en otra parte. Existía un deseo constante y generalizado por la aventura en la clase caballeresca francesa, más marcado entre los normandos, a quienes apenas unas generaciones separaban de la vida de pillaje nómada. La oportunidad de aunar un deber cristiano con la adquisición de tierras en un clima templado resultaba muy atractiva^[416].

La primera cruzada, dirigida por príncipes de la Sicilia normanda, de Normandía y de Borgoña, partió de Europa por mar y tierra en 1096; los grupos expedicionarios por tierra cruzaron los Balcanes con autorización del emperador de Bizancio y se abrieron paso a través de las tierras de los turcos selyúcidas de Asia Menor para llegar a Siria en 1098, donde se les unieron los contingentes llegados por mar de Inglaterra, Italia y Flandes. Se detuvieron para poner cerco a Antioquía, plaza clave en la ruta costera de Siria. Pero en 1099 llegaban a Tierra Santa, y el 15 de julio, tras un fulgurante asalto a las murallas, tomaban Jerusalén, que se convirtió en la capital de un reino cristiano gobernado por un duque borgoñón, que asumió el título de rey de Jerusalén. Otros adalides cruzados fundaron estados a lo largo de las costas sirias y en Asia Menor; reinos cruzados que resistieron con diversa suerte hasta 1291, en que el último de ellos quedó incorporado al islam en la ofensiva final de los mamelucos. La cristiandad de Occidente restauró periódicamente esos reinos, organizando nuevas cruzadas por las que, en Francia y en el sacro imperio romano, pervivió un notable entusiasmo; pero su éxito consistió en reducir la embestida de las fuerzas conjuntas musulmanas por recuperar lo que para ellas eran también santos lugares y expulsar a los invasores del vital puente de tierras que comunicaba Egipto con Bagdad.

La contraofensiva islámica debió de ser fundamentalmente una reacción a un «problema fronterizo» semejante al que preocupaba a los musulmanes en los territorios limítrofes con la estepa; pero las guerras contra los cristianos alcanzaron una intensidad como no conoció el islam en ninguna de sus fronteras. Aparte de que

una consecuencia lamentable de la IV cruzada (1198-1204) fue que causó un daño irreparable a Bizancio, pues su desafortunada intervención en aquel conflicto sin fin debilitó la capacidad del imperio oriental para contener el avance de los turcos por el sur de Europa; la caída de Constantinopla doscientos cincuenta años después fue la consecuencia diferida de las depredaciones de la IV cruzada.



Militarmente, las cruzadas nos presentan el cuadro más fidedigno de la cultura y el carácter de la guerra europea en el largo interregno que hay entre la desaparición de los disciplinados ejércitos de Roma y la reaparición de las fuerzas del estado en el siglo XVI. La guerra de las cruzadas fue un extraño pugilato en el que se enfrentaron cara a cara los guerreros de la tradición norteeuropea con las tácticas de acoso y evasivas de los jinetes de la estepa; pero no empezó realmente de ese modo. El califato de Egipto, antes de que lo usurparan los mamelucos, dependía en gran medida de la caballería ligera árabe y bereber, que combatía con la lanza y la espada más que con el arco compuesto, y que, por lo tanto, competía en desventaja con los cruzados con armadura. En Ascalón, en 1099, por ejemplo, Godofredo, el futuro rey de Jerusalén, hizo añicos un ejército de esta naturaleza; pero al alcanzar Saladino el califato de Bagdad en 1174, y en particular con el establecimiento del poder mameluco en Egipto en 1260, fue la horda de la estepa contra la que los cristianos tuvieron que lanzar una carga en la que se lo jugaban todo y de la que dependía su capacidad para ganar batallas, ya que siempre combatían en inferioridad numérica y esto repercutía progresivamente en desventaja suya.

No obstante, hicieron indecibles esfuerzos por potenciar su eficacia frente a métodos bélicos que les eran ajenos, sobre todo incorporando a sus fuerzas de caballería importantes contingentes de infantería que, con armas de filo, arcos y finalmente ballestas, constituían un temible frente para la caballería ligera, siempre que esta aparecía de súbito para dividir y atacar por separado a un grupo de caballeros. Los soldados de infantería habían contado poco en las guerras contra los magiares y los vikingos, y menos en los conflictos por derechos que eran la obsesión de la Europa feudal. En Europa, los hombres con caballo disuadían eficazmente de portar armas a los que no lo tenían, ya que al hacerlo —sobre todo si habitaban en la ciudad— habrían reivindicado un derecho que los guerreros no estaban dispuestos a concederles. Sin embargo, en Tierra Santa, los soldados de infantería hacían un buen servicio, sobre todo protegiendo la impedimenta —sin la cual los cruzados no habrían podido efectuar sus expediciones—, así como los flancos vulnerables de los cuerpos de caballería cuando entraban en orden de combate.

Los historiadores han terciado en una larga polémica sobre si los adversarios musulmanes de los cruzados se centraron en la estratagema de dividir jinetes e infantería como principio de su táctica, y aunque actualmente parece controvertible, muchas veces tal escisión no provocó la derrota de los cruzados^[417]. Esta separación se produjo en Ramla, en 1102; en Marj Ayyun (o el vado de Jacob), en 1179; en Cresson en 1187; y en el desastre de Hattin ese mismo año, una victoria de Saladino con la que recuperó gran parte del territorio del reino de Jerusalén. La razón del fracaso de los cruzados en esta y en otras no fue un elemento táctico, sino un defecto estructural de su sistema bélico: la dependencia de una carga de caballería pesada como factor de victoria frente a un enemigo cuya intención no era hacerle frente y contenerla. Los cruzados creían que el éxito estribaba en elegir «el momento en que

lanzar la carga con la certeza de embestir el cuerpo principal del enemigo^[418]». En Europa estaba convirtiéndose en cuestión de honor para el guerrero el no flaquear en el momento en que se producía ese choque; lo que constituía una continuidad, aunque elaborada, del código ético del guerrero de las falanges. Pero en las cruzadas, el guerrero occidental se enfrentaba a un adversario con una tradición totalmente opuesta, y al que no le parecía deshonroso luchar a distancia y maniobrar para evitar el golpe crítico. Con el tiempo, los cruzados se adaptaron a esa táctica tan extraña, y alistaron cada vez mayores contingentes de infantería local, optando por combatir cuando era posible en lugares en que sus flancos se hallasen protegidos por obstáculos naturales; mientras que los musulmanes también se fueron adaptando a la costumbre occidental, pues existen pruebas de que en el siglo XIII comenzaron a adoptar la costumbre del torneo.

Pero la principal reacción de los cruzados a las desventajas bélicas en Tierra Santa fue cultural, y cada vez asimilaban más el código guerrero que los motivaba al llamamiento de servicio a la cristiandad que en un primer momento los había impulsado a cruzar el Mediterráneo. Ya durante el siglo XI se discernía en Europa el perfil de esa línea caballerescas; ya no bastaba simplemente, para que un hombre fuese guerrero, que dispusiera de un caballo, una cota de malla y un señor a quien servir; el fundamento de la lealtad iba transitando del goce puramente material de una tierra otorgada, con la que financiar la capacidad militar que el señor esperaba de él, hacia el surgimiento de un ceremonial y una relación religiosa entre ambos. El antiguo juramento de lealtad, por el que la Iglesia había otorgado solemnidad a la humilde aceptación por parte del vasallo del beneficio que le concedía un hombre de alcurnia, se transformaba en otro por el que un caballero se vinculaba mediante el servicio personal a su señor y juraba no obedecerle simplemente, sino actuar de modo caballeresco, lo que significaba llevar una vida honorable e incluso virtuosa.

No había que dar un paso muy largo para pasar, en ese ámbito del ideal caballeresco del mundo de las cruzadas, de la persona del señor a la entidad de la Iglesia. A finales del siglo XII se fundaron una serie de órdenes monásticas que, aunque en principio dedicadas a obras tradicionalmente tan pías como el cuidado de hospitales para los peregrinos a Tierra Santa y su bienestar durante el viaje, muy pronto asumirían otra función: la de luchar por defender esos santos lugares. Estas órdenes caballerescas, las de los hospitalarios y los templarios, constituirían enseguida el pilar principal del esfuerzo cruzado, convirtiéndose en poderes por sí mismas, en grandes constructoras de castillos en Palestina y Siria, y reclutadoras y recaudadoras en Europa para la empresa de las cruzadas^[419]. Su influencia fue infeciosa, porque:

Su modo de vida los convirtió en guerreros ejemplares. Eran obedientes y mostraban disciplina en combate, con evidente frugalidad y ascetismo en la vida comunitaria, de la que estaban excluidas mujeres y niños. Vivían todos bajo un

mismo techo, sus jefes les daban ropa y alimento, y no tenían propiedades personales. Nunca estaban inactivos. Cuando no combatían, efectuaban tareas manuales [...]. Su jerarquía se basaba no en la nobleza, sino en los méritos. Habían renunciado a los placeres y al prestigio propios de la caballería secular — amor por las armas, exagerado cuidado del cuerpo y el peinado, pasión por los juegos y la caza— [a cambio de] un nuevo orden basado en la pobreza, la vida en común y la devoción a Cristo^[420].

En la fundación de las órdenes militares puede percibirse el origen de los ejércitos regimentados que surgieron en Europa en el siglo XVI; y qué duda cabe de que puede argumentarse que la disolución de las órdenes monásticas en los países protestantes durante la Reforma trasladó al ejército —a través de los monjes-guerreros que se secularizaron para hacerse soldados— el sistema de jerarquía de los comandantes y sus unidades subordinadas, que había hecho de las órdenes los primeros cuerpos de combate autónomos y disciplinados. Pero esta sería una influencia por venir; la inmediata de los hospitalarios y los templarios en el campo de batalla sería motivar a guerreros cristianos de otros países a fundar también órdenes; en particular los que luchaban contra los musulmanes en España, pero también los alemanes enfrentados a los paganos prusianos y lituanos. La más importante de estas órdenes fue la de los caballeros teutones, quienes fundaron un régimen militar en Prusia, en cuyos estados secularizados Federico el Grande reclutaría, quinientos años más tarde, el núcleo de sus cuerpos de oficiales.

La decadencia y desaparición final de los reinos cruzados a finales del siglo XIII fue demasiado gradual como para que signifique un punto de inflexión en el modo occidental de hacer la guerra. Habían sido expedidas muchas cruzadas como para que los triunfos de los musulmanes provocasen una represalia espectacular, y además los reyes europeos se hallaban muy ocupados con sus propias guerras intestinas. No obstante, las cruzadas provocaron en el mundo militar europeo cambios indelebles. Sirvieron para restablecer la presencia de estados latinos (católico-romanos) en el Mediterráneo oriental, y no solo en Palestina y Siria, sino de modo más duradero en Grecia, Creta, Chipre y el Egeo, y a través de estas cabezas de puente las ciudades del norte de Italia, sobre todo Venecia (en las que nunca llegó a decaer la vida urbana y el comercio), pudieron reabrir un próspero comercio con Oriente Medio, y finalmente con el Lejano Oriente, reactivando el transporte seguro de mercancías con una red portuaria por todo el Mediterráneo. Los ingresos de este comercio fueron el combustible de casi todas las guerras que libraron entre ellos en el siglo XV, y más tarde de las libradas por Francia contra los Habsburgo del sacro imperio romano por el dominio al sur de los Alpes. Además, supuso un fuerte impulso para liberar a España del islam durante la Reconquista, así como a las regiones del este de la frontera cristiana con Rusia y la estepa. Pero después de haber minado la potencia de Bizancio, no hicieron nada por contener el avance de los turcos otomanos en los

Balcanes, y estos, a principios del siglo xv, habían llegado al Danubio, poniendo en peligro la constitución del reino cristiano de Serbia y amenazando al de Hungría. Aunque, a guisa de compensación, las cruzadas confrontaron a los belicosos reyes europeos y a sus turbulentos vasallos con la idea de una guerra de propósitos más elevados que el de sus interminables querellas legalistas, y sirvieron para reforzar la autoridad de la Iglesia en sus esfuerzos por refrenar el impulso guerrero dentro de un marco ético y legal; y, por paradójico que parezca, acostumbraron a la clase caballeresca europea a las disciplinas de la guerra finalista que sentaron las bases de unos reinos permanentes. Con el afianzamiento del poder central dentro de sus fronteras, estos reinos dieron por fin nacimiento a una Europa en la que los conflictos dejaron de ser la situación endémica de la vida cotidiana para convertirse en una empresa esporádica y externa.

El desarrollo de este patrón habría sido de difícil percepción para quienes vivieron en los turbulentos siglos xiv y xv. En el gran conflicto de derechos que desencadenaron la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra (1337-1457); las guerras entre los Habsburgo, los Wittelsbach y el ducado de Luxemburgo por la corona del sacro imperio romano; y las de los emperadores por someter a sus súbditos rebeldes en Bohemia y Suiza; así como las de las ciudades italianas, cualquier idea de que la hegemonía social y política, y no digamos militar, del hombre a caballo estuviese llegando a un final ineluctable habría parecido pura fantasía. Y, sin embargo, era así. La guerra a caballo entre caballeros con armadura, hecha según el concepto de que flaquear ante la carga sobre la primera línea era transgredir, no solo un deber legal, sino el propio honor, demostraba a fin de cuentas ser tan contraproducente como el código de la guerra de falanges en la Grecia clásica. Efectivamente, existen numerosas pruebas de que, incluso en la época de apogeo en el siglo xv, la guerra caballeresca no era lo que nosotros creemos ni lo que sus devotos partidarios creían que debería ser. Las armaduras cada vez más pesadas e impenetrables que revestían los guerreros a caballo (planchas en vez de mallas desde mediados del siglo xiv) era más adecuada para el torneo que para las exigencias del campo de batalla; a pesar de la presencia cada vez mayor en aquel siglo de soldados de infantería armados con ballesta, la mortalidad bélica no aumentó gran cosa^[421]. Igual que la guerra moderna de golpes relámpago con carros acorazados y bombardeos selectivos solo alcanza su perfección en las maniobras, así también la reluciente armadura del guerrero del siglo xv lograba su teórico propósito de protección más contra la lanza del adversario en torneo que frente a una flecha o una espada en el campo de batalla. El sentido común, virtud que permitió a Victor Hanson desentrañar el misterio de la guerra de falanges, debe guiarnos para discernir la verdad.

Las batallas medievales, como ha señalado R. C. Smail, maestro en historiografía sobre las cruzadas, no pueden reconstruirse a partir de pruebas^[422]; pero en las tres

batallas de la guerra de los Cien Años cuyos detalles conocemos, Crécy (1346), Poitiers (1356) y Agincourt (1415), los caballeros ingleses combatieron en los tres casos a pie y apoyados por arqueros, mientras que la mayor parte de los franceses desmontaron en la segunda y la tercera. La idea de que los caballeros con armadura, cabalgando unos junto a otros, enarbolando lanzas en densas oleadas de prietas filas, habrían sido capaces de cargar en choque frontal sin que se produjera una catástrofe para ambos bandos, no tiene sentido.

La guerra de hierro de la Edad Media, igual que la de los griegos, era un asunto espantoso y sanguinario, y lo que la hacía peor era su constante regularidad y el valor sediento de sangre de los que se dedicaban a ella. A pesar de las motivaciones más elevadas que subyacían —independencia cívica entre los griegos, lealtad y sentido del honor entre los caballeros— existía en ella un «primitivismo irreductible». Los griegos luchaban entre sí hasta el agotamiento lógico de sus propios métodos; y el ocaso del modo caballeresco de hacer la guerra se produjo por una causa externa: la aparición de la pólvora. Pero en ambos casos, la potencia del hierro, ese lamentable metal abundante y barato, había agotado su época.

CUARTO INTERLUDIO

LOGÍSTICA Y ABASTECIMIENTO

*L*a piedra, el bronce y el hierro proveyeron de instrumentos al combate, que es el acto primordial de la guerra, hasta que su naturaleza se vio transformada por el advenimiento de la pólvora hace tan solo unas veinte generaciones. Sin embargo, no se entra en combate si los adversarios no hallan los medios para enfrentarse en un campo de batalla; y aportar los medios para llegar a tal encuentro siempre ha presentado unas dificultades solo superadas por las que representa vencer en ese mismo combate. Solo los pueblos del nomadismo montado se vieron libres de tales dificultades, pero, históricamente, no constituyen más que una minoría entre los guerreros, pues la mayoría dependía de la energía de brazos y piernas para trasladarse con su impedimenta hasta el escenario de la campaña; restricción que imponía graves limitaciones al alcance de esta y a la resistencia de las fuerzas en liza, ya actuaran a la ofensiva o a la defensiva. Efectivamente, la mayor parte de la guerra por tierra, hasta la época más reciente, era una actividad breve y realizada a corta distancia.

La explicación es de apabullante simplicidad. Cuando un colectivo se junta para realizar una tarea cotidiana, necesita comer al menos una vez entre la salida y la puesta del sol. Si esta tarea se prolonga más de una jornada, y el grupo se desplaza del lugar en el que está la comida, tiene que llevarla consigo. Como todas las operaciones bélicas, con excepción de las más primitivas, requieren continuidad y desplazamiento, los guerreros no tienen más remedio que acarrear consigo la comida y las armas. Pero la experiencia, obtenida mediante modernos experimentos de campo, demuestra que la carga media que puede transportar un soldado no debe exceder los treinta y cinco kilos, y de estos la ropa, el equipo, las armas y lo imprescindible representan como mínimo la mitad. Como la ración de ingesta diaria de alimento sólido de un hombre que realiza un trabajo intenso pesa como mínimo alrededor de un kilo trescientos gramos aproximadamente, un soldado en marcha, por lógica, no puede transportar víveres más que para diez u once días; y por supuesto, esta carga solo merece la pena si el alimento no es perecedero. Estas cifras no han variado con el tiempo: Vegetio, el teórico militar romano del siglo IV a. de C., recomendaba que «se entrene con frecuencia a los soldados jóvenes a llevar cargas de veintisiete kilos y a marchar a paso militar, para las duras campañas en las que tengan que transportar su alimento y sus armas»^[423]. Los soldados ingleses que lanzaron el ataque en el frente del Somme el 1 de julio de 1916, cargados con las raciones para varios días en caso de aislamiento de la línea de abastecimiento, transportaban una media de treinta kilos^[424]; y, aunque los paracaidistas e infantes de marina que

asaltaron las Malvinas en 1982 transportaron solo brevemente, por falta de helicópteros para aprovisionarlos, cargas iguales a su peso corporal, quedaron exhaustos por el esfuerzo, y eso que eran soldados selectos de excepcionales condiciones físicas^[425].

Los soldados pueden «vivir del campo», naturalmente; lo que implica apoderarse de los alimentos de la población civil y llevar a cabo una depredación entre las familias, lo cual explica por qué, hasta época bien reciente, la llegada de un ejército, por disciplinado que fuese, solía tener como consecuencia que la población escondiese todo tipo de vituallas. En ocasiones, si un ejército organizaba un mercado, como hizo Wellington en España, los resultados eran totalmente opuestos, pues los campesinos se aprestaban a acudir a vender sus productos; pero Wellington contaba con la inmejorable situación de disponer de fondos^[426]. Históricamente, la mayoría de los ejércitos carecen de dinero, tratan de afrontar los gastos con pagarés, o, si operan en territorio enemigo, se apoderan sencillamente de lo que necesitan. Pero se trata de una política que no funciona a largo plazo; pues, aunque se logre descubrir el escondrijo de los víveres, para ello el ejército ha de desplegarse, mermando así su potencia de combate; y, en cualquier caso, pronto agota los alimentos en el área de operaciones. Los ejércitos de caballería, salvo en zonas de grandes praderas (donde se añade la dificultad de la inexistencia de alimento para la tropa), asolarán aún más deprisa la zona que ocupen.

Los ejércitos de caballería, debido a la potencia derivada de la rapidez con que actuaban y se retiraban, y a causa también de la tradicional frugalidad de los jinetes nómadas que casi siempre los formaban, solían verse exentos de la restricción de no agotar los pastos siempre que se mantuvieran en terrenos de praderas o próximos a ellos. Pero los ejércitos de infantería no gozaban de esa libertad de acción, pues, avanzando a una velocidad diaria de treinta y dos kilómetros, la máxima velocidad de marcha regular de la infantería —era la rapidez de marcha de las legiones romanas dentro de las líneas de comunicación, y la del ejército de Von Kluck en el avance de Mons hacia el Marne en la campaña contra Francia en 1914—, cubrían terreno demasiado despacio para encontrar reservas indemnes en la línea de avance que suplieran sus necesidades diarias^[427]. Por lo tanto, o se detenían a intervalos para ganar tiempo y aprovisionarse a distancia, o transportaban consigo los víveres.

El transporte de víveres requiere acceso a una vía fluvial o marítima próxima a la línea de avance, o el empleo de ruedas; las acémilas, aunque muy utilizadas en la Antigüedad, y en terreno difícil en tiempos modernos (los rusos, en 1874, en la conquista de Jiva en Asia central, utilizaron ocho mil ochocientos camellos para avituallar a cinco mil quinientos hombres), son un deficiente sustituto^[428]. El transporte fluvial ha sido la clave de muchas campañas —el avance de Marlborough en Baviera en 1704, con la línea de abastecimiento a lo largo del Rin, es un ejemplo famoso—; pero en ese caso el eje de aprovisionamiento determina la dirección de la campaña. Puede suceder que el río discurra en dirección opuesta y no se pueda

desarrollar la batalla decisiva. Los caminos para el transporte rodado, siempre que la red sea de cierta densidad, procuran mayor flexibilidad logística; pero hasta la construcción a gran escala de carreteras en Europa a partir del siglo XVIII, primero en Francia y después en Inglaterra y Prusia, pocas regiones contaban con una red idónea (la longitud por cada mil habitantes en 1860 era: de 8 kilómetros en Inglaterra; de 4,8 en Francia; de 3,7 en Prusia; y de 1,2 en España), y hasta el advenimiento del pavimentado con piedra machacada apisonada a principios del siglo XIX, las carreteras carecían en general de una superficie resistente a la intemperie^[429].

La excepción a este estado de cosas se dio únicamente dentro del imperio romano, y parcialmente también en China (aunque las vías fluviales chinas, en particular el gran canal, iniciado en el año 608, facilitaron notablemente el transporte interno); y fueron las vías romanas las que propiciaron que las legiones que las construían fuesen elemento primordial del poder imperial. Solo en la provincia romana de África, que se extendía desde el actual Marruecos hasta la cuenca del Nilo, los arqueólogos han descubierto más de dieciséis mil kilómetros de vías de mayor o menor amplitud; y la Galia, Inglaterra y España estaban igualmente vializadas, lo que permitía a los generales romanos calcular con gran exactitud los tiempos de marcha entre los acuartelamientos militares y los almacenes en que se avituallaban: de Colonia a Roma, sesenta y siete días; de Roma a Bríndisi, quince días; de Roma a Antioquía (con dos jornadas por mar) ciento veinticuatro^[430]. Mientras que en los imperios vecinos no existía nada parecido a las calzadas romanas, ni siquiera en las llanuras de Persia y Mesopotamia, relativamente fáciles para esas obras de ingeniería (la «carretera real» utilizada por Alejandro no era comparable a una vía romana); pero al hundirse la administración romana en el siglo V, estas magníficas carreteras sufrieron también su decadencia, y esa incuria puso fin por doquier a la marcha estratégica durante mil años. En Inglaterra, la «vía dura», por ejemplo, por la cual Alfredo el Grande, a mediados del siglo IX, llevó penosamente su ejército de Somerset para combatir a los daneses, era un camino fangoso que no iba en paralelo con ninguna vía romana, pese a que cuatrocientos años antes varias excelentes discurrían junto a él.

Sin carreteras, los ejércitos no pueden aprovisionarse con transporte rodado adecuado y tienen que depender de barcos o de bueyes, estos últimos las bestias de tiro y carga más comunes desde el quinto milenio a. de C., (como lo atestiguan los hallazgos arqueológicos en la actual Polonia) hasta principios del siglo XIX en la India y España^[431]. En sus campañas en estos dos países, Wellington, por ejemplo, no hacía más que buscar «buenos bueyes». En 1804 escribía: «No pueden hacerse movimientos rápidos sin buen ganado, bien conducido y bien cuidado». Y anteriormente, en la India, había afirmado lo mismo: «El éxito de las operaciones militares depende del abastecimiento; no es difícil el combate ni hallar el medio de derrotar al enemigo, con o sin pérdidas; pero para lograr los fines hay que

alimentar»^[432]. Para un general como Wellington, que disponía de fondos para adquirirlos, los bueyes tenían la ventaja de que podían servir de alimento y a la vez de medio de transporte. Muy pocos generales se han visto tan bien provistos; las reatas de estos animales, en general, eran demasiado valiosas para sacrificarlas como alimento para la tropa, circunstancia que automáticamente reducía la marcha y el recorrido del ejército.

Alejandro Magno, por ejemplo, tuvo la misma dependencia que Wellington de cabestros y bueyes para su movilidad estratégica, pero sabía que su alcance táctico no excedía una marcha de más de ocho días desde el punto de reposición de las acémilas, habitualmente un almacén costero, ya que un buey consumía su propia carga de alimento durante ese tiempo. En consecuencia, solo podía emprender campañas largas si se mantenía cerca de la flota de abastecimiento, o si enviaba en vanguardia a sus hombres para que comprasen forraje y vituallas a cambio de dinero o de la promesa de pagarlo tras la victoria; una transacción a la que cada vez se mostraban más dispuestos los traicioneros funcionarios persas, a medida que cobraba éxito la ofensiva del macedonio contra Darío. En su primera marcha más alejada de la base, la del 326 a. de C., en que alcanzó Beluchistán entre el río Indo y el Makrán, una distancia de 483 kilómetros, reunió cincuenta y dos mil seiscientos toneladas de provisiones, suficientes para abastecer durante cuatro meses a un ejército de ochenta y siete mil soldados de infantería, dieciocho mil de caballería y cincuenta y dos mil auxiliares. Como una reata de acémilas habría consumido la carga, y los hombres se habrían comido los catorce kilos de provisiones antes de concluir la marcha, dispuso una flota de acompañamiento que lo reaprovisionase a lo largo de las costas del océano Índico, y contó con los monzones estacionales para la reposición hídrica de los ríos, en cuyos estuarios había previsto la aguada. Sus cálculos logísticos eran exactos, y las provisiones, regularmente desembarcadas y distribuidas, habrían bastado de sobra para alimentar al ejército; pero aquel año, el monzón sopló de tal manera que su flota se vio obligada a quedarse confinada en la desembocadura del Indo y, así, perdió tres cuartas partes de su ejército en la marcha a través del desierto de Beluchistán^[433].

Este desastre es el ejemplo por antonomasia de hasta qué extremo la logística afecta a la guerra, aun en el caso del general más inteligente y cuidadoso; y confirma siniestramente la máxima de Wellington de que «para lograr los fines hay que alimentar». Muy pocos generales de los tiempos actuales, o de la Antigüedad, salvo los de los ejércitos romanos que operaban en el extremo de la red de vías imperiales o los que se mantenían próximos al abastecimiento por mar, pueden llevar a cabo campañas lejos de su territorio con entera libertad, sin tener en cuenta los factores logísticos. Hasta los romanos tropezaron con dificultades cuando dejaban atrás la red viaria, y los grandes ejércitos se arriesgaban a morir de hambre en territorios bajo su control, como comprobaron los mariscales de Napoleón en España en 1809-1813. Gran parte del problema del aprovisionamiento era consecuencia de la naturaleza

perecedera de los alimentos en todas las épocas y lugares antes de que en el siglo XIX se lograra enlatarlos y crear raciones artificiales. El grano seco o molido ha sido el alimento básico de la tropa a lo largo de la historia, manteniéndola lista para el combate si se complementaba con aceite, tocino, queso, extractos de pescado (elemento esencial en la dieta del legionario romano), vino, vinagre o cerveza; y puede que algo de carne curada, salada, seca o de reses sacrificadas en el lugar de consumo^[434]. Pero incluso la mejor dieta carecía de los alimentos frescos fundamentales, por lo que en épocas de penuria, o en los largos viajes marítimos, los soldados solían sucumbir por enfermedades de malnutrición. Y la debilidad resultante fomentaba las epidemias que periódicamente diezaban a los ejércitos congregados para el ataque o sometidos a prolongadas operaciones de asedio.

La dieta militar experimentó una revolución a mediados del siglo XIX con la aparición de la carne enlatada (ya se conocía en 1846, aunque se manufacturaba según un método que podía producir envenenamiento por plomo a los que la comían en exceso, y fue causa de muchas muertes en la expedición polar de Franklin), la leche evaporada (1860), la leche en polvo (1855) y la margarina, inventada de acuerdo con las condiciones de un concurso decretado por Napoleón III para contar con un sucedáneo de la mantequilla para sus tropas, en la década de 1860^[435]. Las tropas del Norte durante la guerra de Secesión estadounidense se alimentaron en campaña fundamentalmente con productos de los mataderos de Chicago, pero sobre todo salazones más que alimentos enlatados; mientras que sus enemigos confederados tuvieron que arreglárselas con alimentos básicos tan tradicionales como desagradables, como son las gachas de maíz y los cacahuets secos, y morían de hambre por tener impedido el acceso a la ganadería de Texas a causa del control que ejercía la Unión sobre el río Misisipi. En 1862 escribía un confederado a su esposa: «Hemos vivido unos días a base de manzanas crudas y asadas, a veces con maíz verde y a veces con nada»^[436]. Los soldados norteños probaron también las patatas fritas y las verduras procesadas industrialmente, y una mezcla enlatada de extracto de café con leche y azúcar, todos ellos alimentos poco aceptados, pero que constituían un lujo para los hambrientos rebeldes que lograban hacerse con algún botín.

Pero, desde luego, en último extremo, las tropas del Norte estaban mejor alimentadas que las del Sur porque su intendencia controlaba los cuarenta y ocho mil kilómetros de líneas férreas tendidas en 1860 (que superaban en extensión a todas las mundiales juntas), en una proporción de 2,4:1, y siguieron tendiendo más durante todos los meses de una guerra en la que el objetivo primordial de los soldados de la Unión era arrancar en todos los territorios que cruzaban los tramos de vía de la Confederación, irremplazables por las estrecheces económicas del Sur. El ferrocarril revolucionó la guerra por tierra, y la guerra civil estadounidense fue su primera demostración. De hecho, actualmente se la suele representar como una guerra estrictamente ferroviaria, en la que el éxito del Norte en cortar los enlaces ferroviarios entre el poblado sudeste y el productivo sudoeste sobre el eje del

Misisipi, y a continuación dividir la red interna del sudeste para apoderarse del enlace Chattanooga-Atlanta en 1864, fragmentó el territorio en zonas que carecían de autonomía económica y aseguró el hundimiento definitivo de los secesionistas sureños por su incapacidad para abastecer a sus tropas, a pesar de que, harapientos y hambrientos como estaban, pudieron desafiar a la Unión en el campo de batalla hasta el final^[437].

No obstante, esta visión distorsiona la relativa contribución que el combate y la logística aportan a la victoria. La supremacía logística por sí sola rara vez sirve para ganar una campaña contra un enemigo concreto, como pudo comprobar McClellan en 1862 en la campaña de la Unión; o como se comprueba en naciones al borde del colapso, como Alemania y Japón en 1944-1945, que siguen asestando al adversario golpes desmoralizadores^[438]. Sin embargo, la cruda máxima de Napoleón encierra una gran verdad: la victoria es, en definitiva, obra de los grandes batallones, y la llegada del ferrocarril aseguró, cuando menos a los estados capaces de reclutar grandes batallones, la capacidad de transportarlos con rapidez en cualquier época al lugar de despliegue previsto. Esas naciones, exceptuando Estados Unidos, se situaban en las zonas industriales de Europa occidental y central, en las que existían grandes redes ferroviarias tendidas en origen para conectar las fábricas con los puertos de Gran Bretaña y Bélgica, prolongadas de inmediato a Francia y Prusia, y posteriormente, más despacio, hacia el este, para incorporar el sistema a las zonas agrícolas del imperio austrohúngaro y Rusia. Entre 1825 y 1900, la longitud de la red ferroviaria en Europa llegó a alcanzar los doscientos ochenta mil kilómetros, se trazó con túneles y puentes y cruzó todos los obstáculos naturales del continente, incluidos el Rin, los Alpes y los Pirineos. El viaje entre Roma y Colonia, que duraba sesenta y siete días a la velocidad de marcha de la legión, se efectuaba en 1900 en menos de veinticuatro horas.

No obstante, fue el eje este-oeste del sistema ferroviario, y no el nortesur, el que le confirió importancia militar, pues fue en las fronteras entre Francia y Alemania, Alemania y Austria, y Alemania y Rusia donde se encontró el conflicto. Tan importantes para la defensa nacional consideraba Prusia sus ferrocarriles prusianos — propiedad después de la Alemania imperial— que en 1860 el gobierno había adscrito la titularidad de la mitad de ellos al estado, y veinte años después estaban nacionalizados todos. En 1866, el cuerpo de guardia prusiano pudo ser trasladado al frente en el plazo de una semana en doce trenes diarios entre Berlín y la frontera austriaca, aplastante evidencia de la superioridad del ferrocarril respecto a la movilidad por carretera en las operaciones militares y fehaciente aviso de que un estado que no integrase sus políticas de transporte y movilización se arriesgaba a ser derrotado por otro que sí lo hubiera hecho. Prusia derrotó a Austria en 1866 fundamentalmente por su superioridad en ambos aspectos, que le permitieron tomar la iniciativa; y la derrota de Francia en Alsacia-Lorena en 1870 se produjo principalmente por el desbarajuste francés, que disponía de una red ferroviaria

inferior para refuerzos y reaprovisionamiento^[439].

Las lecciones de las guerras de 1866 y 1870 fueron tomadas muy en serio por los estados mayores europeos, y más por los propios alemanes, que en 1876 ya habían implantado un ministerio de Ferrocarriles con autoridad para aprobar el tendido de nuevas líneas en el Reich y asegurar las necesidades militares en tiempo de guerra. Las modestas estaciones rurales en las fronteras con Francia y Bélgica fueron dotadas de andenes de kilómetro y medio, de modo que varios trenes militares pudiesen hacer desembarcar de golpe divisiones enteras de hombres y caballos. Así, en agosto de 1914 se llevaban a la práctica tales hazañas de despliegue: entre el 1 y el 17 de agosto, Alemania, cuyo ejército en tiempos de paz contaba con ochocientos mil hombres, no solo lo multiplicó por seis movilizándolo a los reservistas, sino que, en ese mismo plazo, transportó a 1 485 000 hombres hasta el frente de Bélgica y Francia, listos y equipados para el combate nada más bajar del tren. Pero sus enemigos estuvieron a la altura de las circunstancias; los ferrocarriles franceses de 1914 eran tan buenos como mediocres lo habían sido en 1870, y los servicios de transporte mostraron mayor flexibilidad de maniobra que los alemanes en trasladar las tropas necesarias a los sectores más amenazados durante la batalla del Marne en septiembre. La movilización austriaca fue tan eficiente como la alemana; y hasta los rusos, en cuya incapacidad de organización había confiado el estado mayor alemán para llevar la iniciativa en las seis primeras semanas en el frente oriental mientras ultimaban la victoria en el occidental, se sorprendieron a sí mismos, a los propios aliados y, con mayor motivo, a los alemanes, por la rapidez con que concentraron su primer y segundo ejércitos en Polonia.

La movilización de 1914 justificó los esfuerzos empleados por los estados mayores europeos en el perfeccionamiento de la organización ferroviaria pensada para la guerra durante los cuarenta años precedentes. Enormes ejércitos —sesenta y dos divisiones francesas de infantería (de quince mil hombres); ochenta y siete alemanas; cuarenta y nueve austriacas; y ciento catorce rusas— fueron recogidos en sus acantonamientos de tiempos de paz y situados en el campo de batalla, junto con varios millones de caballos, durante el primer mes de hostilidades^[440]. Pero, una vez llegados a los frentes, vieron que aquella movilidad por ferrocarril casi milagrosa se desvanecía. Situados cara a cara, ninguno de ellos podía mover o transportar sus aprovisionamientos mejor de lo que habían sido capaces las legiones romanas. Después del terminal ferroviario, los soldados tenían que marchar, y el único medio de abastecimiento era a base de vehículos tirados por caballos. Su suerte era, de hecho, peor que la de los bien organizados ejércitos de épocas anteriores, ya que la artillería moderna batía una zona de fuego de varios kilómetros de profundidad, que era imposible reaprovisionar con vehículos de tracción animal; y para reabastecer y remunerar a la infantería era necesario cargárselo todo a la espalda.

Aunque, desde luego, la falta de movilidad era más acuciante en el aspecto táctico que en el logístico: en el centro de la zona batida por la artillería, la infantería apenas

podía moverse, y cuando lo hacía era con costes humanos catastróficos; hasta la aparición de los tanques en 1916 no pudieron maniobrar de nuevo las unidades, aunque estuvieran en contacto directo con el enemigo. Las dimensiones logísticas fueron la preocupación de los ejércitos a lo largo de la Primera Guerra Mundial, y no en menor motivo por el hecho de que lograr la superioridad en primera línea aumentando la capacidad de fuego exigía una mayor distribución de munición entre las terminales ferroviarias y las baterías, cosa que solo podía hacerse a lomos de mula o de caballo. Como consecuencia de ello, el forraje fue la categoría de carga marítima de mayor tonelaje recibida, por ejemplo, en los puertos franceses, para el ejército británico del frente oeste entre 1914 y 1918.

El problema se repetiría en la Segunda Guerra Mundial, cuando el ejército alemán, deficiente en transporte motorizado, debido a que la industria alemana se había dedicado a la fabricación de tanques, aviones y submarinos, y, en cualquier caso, por su carencia crónica de combustible, puso en servicio más caballos de los que había desplegado entre 1914 y 1918: 2 750 000 frente a 1 400 000, en su mayoría muertos en servicio, igual que los tres millones y medio de caballos movilizados por el ejército rojo entre 1941 y 1945^[441]. Solo los ejércitos estadounidense y británico eran capaces de reabastecer tácticamente a sus tropas en primera línea exclusivamente con transporte motorizado, y gracias a la excepcional producción de la industria automovilística estadounidense. En efecto, los recursos estadounidenses eran tales que no solo abastecían a su ejército y su marina con todos los camiones y combustible que necesitaran, sino que equiparon al ejército rojo con 395 883 camiones y 2 700 000 toneladas de gasolina, dotándolos de los medios necesarios, como más tarde confesarían los propios soviéticos, para el avance de Stalingrado a Berlín^[442].

El esfuerzo exigido al transporte por tren, a caballo y a motor durante las grandes guerras de la era industrial fue infinitamente mayor que el soportado por los convoyes de aprovisionamiento de las anteriores, aun las de la era de la pólvora. Alimentos, forraje e impedimenta —tiendas, herramientas, equipo para tendido de puentes— era todo cuanto se transportaba en las guerras de la época de las armas blancas, y las necesidades de munición de las de la era de la pólvora eran modestas; pero la industria de la era de la producción en serie, en que se laminaba el hierro y se fundían los bloques de los motores con que se revolucionó el transporte, vomitaba igualmente los proyectiles y balas que los ejércitos devoraban en mayor cantidad incluso. Las tasas de consumo crecieron en proporción geométrica. La artillería de Napoleón en Waterloo, por ejemplo constaba de doscientos cuarenta y seis cañones, que dispararon unas cien veces cada uno durante la batalla; en 1870, en Sedán, una de las batallas más famosas del siglo XIX, el ejército prusiano disparó 33 134 proyectiles; la semana anterior al inicio de la batalla del Somme, el 1 de julio de 1916, la artillería inglesa disparó un millón de proyectiles, con un peso de unas veinte mil toneladas de metal y explosivos^[443]. La demanda de semejantes cantidades causó una «crisis de

proyectiles» en 1915; pero se solventó esta escasez con un programa de industrialización urgente de Gran Bretaña y de grandes contratos con las fábricas que en otros sitios trabajaban por debajo de su capacidad. A partir de entonces, las industrias inglesa y francesa no tuvieron respiro. Los franceses, que habían calculado antes de la guerra un consumo de diez mil proyectiles diarios, de 75 mm, aumentaron la producción en 1915 a doscientos mil diarios; y en 1917-1918 abastecieron a la fuerza expedicionaria estadounidense recién llegada con diez millones de proyectiles para su artillería de fabricación francesa, así como con 4791 de los 6287 aviones que utilizaron en combate sus fuerzas aéreas. Alemania, aunque forzada a encontrar un sucedáneo de los nitratos a los que no tenía acceso por el bloqueo, aumentó la producción de explosivos de mil toneladas al mes en 1914 a seis mil en 1915; incluso el muy desdeñado sistema industrial ruso incrementó la producción de proyectiles: de 450 000 al mes en 1915, a 4 500 000 en 1916, diez veces más^[444].

La capacidad y complejidad de las industrias armamentísticas europea y estadounidense surgidas en el siglo XIX no tiene parangón. El hombre de la Edad de Piedra había extraído y elaborado el pedernal con intención comercial, pero la fabricación de armas y armaduras de bronce no pasó de ser un trabajo artesano; la llegada del hierro produjo una expansión de la producción, e incluso una estandarización: el ejército romano mantenía una cadena de factorías de armamento para la producción de las cotas de argollas, cascos, espadas y lanzas de los legionarios, y la habilidad de los artesanos que las manufacturaban era considerada por el estado de tal importancia que en el 398 se promulgó un decreto obligando a que se los marcara a fuego para impedir deserciones^[445]. Sin embargo, las invasiones bárbaras hicieron que la industria armamentística volviera a manos privadas; aunque el arte de la fabricación de mallas se consideraba tan excepcional como para merecer reglamentación estatal, y Carlomagno ordenó en el 779 que a todo mercader que exportase cotas de malla se le embargasen las propiedades; decreto que volvió a publicarse en el año 805. Se ha calculado que el peso de la malla que revestía a sus caballeros en tiempo de guerra equivalía a unas ciento ochenta toneladas: la producción de varios años de trabajo de los armeros del imperio.

La fabricación de armaduras, un complejísimo proceso metalúrgico, hizo que la manufactura de armas se concentrara aún más. Las mejores se producían en los talleres reales, siendo el principal en Inglaterra el de Greenwich. Sin embargo, el apogeo de la industria de las armaduras coincidió con la aparición de la pólvora, lo que las hizo obsoletas, a la par que provocaba un aumento de la demanda de pólvora, balas, cañones y armas de fuego individuales. Las balas metálicas de cañón eran al principio tan costosas que los canteros se aprestaron a sustituirlas por proyectiles de piedra; la producción de pólvora estaba limitada por la escasez intrínseca del salitre o el nitrato de potasio, que —hasta que se inventó el proceso industrial para producirlo en el siglo XIX— solo se recogía en lugares en los que la acción bacteriana de la orina y las heces lo acumulaban por deposición en la tierra, generalmente en las cuevas y

establos en que se guardaba el ganado; su recogida y uso estaban regulados igualmente por el estado^[446]. Las armas de fuego, aunque de producción cada vez más sujeta al monopolio del estado (como, por ejemplo, en Inglaterra en la Torre de Londres), las fabricaban también en cantidad los armeros particulares, establecidos en su mayor parte en los pequeños estados alemanes. No obstante, la fundición de cañones fue desde un principio considerada privilegio real, y es con la llegada de la revolución artillera a finales del siglo xv cuando realmente se inicia la historia de los arsenales.

La fundición de cañones fue un arte desarrollado en principio por los fundidores de campanas, los únicos artesanos que sabían moldear el metal en formas grandes (una técnica del siglo viii) y que trabajaban el único material que en principio se creyó adecuado para resistir el impacto de la pólvora: el bronce. Pero durante el siglo xvi se comenzó a experimentar con el hierro fundido; al principio, aquellos cañones solo eran utilizables en los barcos, pues había que hacerlos más gruesos y pesados que sus equivalentes en bronce para absorber la energía de una determinada cantidad de pólvora; pero, finalmente, casi todos los cañones de asedio, así como los navales, se fabricaron con hierro fundido. Entretanto, con los experimentos en la fundición se obtuvieron notables progresos en la artillería de campaña de bronce. Jean Maritz, un suizo que entró al servicio del estado francés en 1734, comprendió que se podía obtener un ánima de mayor calidad fundiendo un cilindro de una sola pieza maciza y no hueco, que era la técnica en la fundición de campanas, para taladrarlo a continuación; el taladro permitía un mejor ajuste entre la bala y el ánima, reducía la carga de pólvora necesaria para alcanzar un determinado tiro y, en último extremo, se obtenía un arma más ligera y más móvil. En aquella época no existía una máquina de taladrar —de energía hidráulica— con la potencia necesaria, pero su hijo inventó una, y por ello fue nombrado maestro del arsenal real de Ruelle y de otras fundiciones de cañones francesas^[447].

La máquina francesa fue copiada e introducida en Inglaterra en 1774, pero la producción francesa de artillería, centralizada en los arsenales del estado, continuó siendo superior a la del resto de países europeos; fundamentalmente gracias al programa de fabricación estandarizada y de racionalización llevado a cabo por el gran artillero Jean Gribeauval entre 1763 y 1767; sus cañones seguían en servicio en el ejército francés en 1829^[448]. Sin embargo, ya por entonces el sistema de arsenales del estado se veía amenazado por las fuerzas comerciales desatadas por la revolución industrial, ante las que sucumbirían finalmente, y quizá inevitablemente. La producción a gran escala del hierro calentado al rojo para conferirle maleabilidad en hornos alimentados por enormes cantidades del carbón que comenzaba a extraerse de las minas gracias al vapor era una inversión tan interesante para el capital que los metalúrgicos, a mediados del siglo xix, podían disponer de los fondos que quisieran para cualquier empresa cuya rentabilidad convenciese a la banca. Vías, locomotoras,

cascos de barcos y maquinaria industrial eran los productos de mayor demanda; y conforme fueron aumentando en tamaño ejércitos y marinas, las armas largas y cortas para los soldados, y los cañones para barcos y parques de artillería, constituyeron productos de muy goloso beneficio. William Armstrong, un fabricante inglés de equipo hidráulico, al leer lo eficaz que había sido la artillería en la guerra de Crimea, decidió que había llegado «la hora de que la ingeniería militar se pusiese al mismo nivel que la ingeniería civil», y al punto comenzó a fabricar grandes cañones con estriado helicoidal para el ejército, y aún mayores para la armada; entre 1857 y 1861 fabricó nada menos que mil seiscientos cañones con recámara en sus talleres de Elswick. Pero enseguida le surgió competidor en el mercado, Whitworth —quien también recibió subvención estatal para hacer experimentos—; y ambos serían a su vez copiados en ultramar^[449].

Alfred Krupp, un metalúrgico de Essen, comenzó a investigar el empleo del acero para fabricar cañones ya antes de 1850, y en la exposición universal de 1851 presentó artillería con recámara. El acero era por entonces un material difícil, cuyo proceso químico no se dominaba, y muchos de los prototipos de Krupp resultaron quebradizos, por lo que se rompían en las pruebas; pero finalmente se perfeccionó la tecnología, y en 1863 su negocio artillero produjo buenos beneficios, al conseguir grandes pedidos de los rusos. A finales de siglo, los cañones de acero de Krupp, en calibres de 77 y 155 mm (el de 420 mm no lo fabricó hasta 1914), constituían la dotación de numerosos ejércitos, aunque no del británico, el francés, el ruso ni el austriaco; estos dos últimos tenían fabricación de cañones propia. Los cañones navales de Krupp con calibre de 11 pulgadas eran superiores a sus equivalentes británicos de 13,5.

Simultáneamente, también la industria de las armas cortas había experimentado una revolución a manos de la industria privada, centrada fundamentalmente en Estados Unidos. Los inventores y fabricantes estadounidenses se concentraban sobre todo en el valle del Connecticut y fueron los primeros en asumir el concepto de «repuestos intercambiables», que, producidos por fresadoras automáticas y semiautomáticas —de energía hidráulica y luego de vapor—, se fabricaban con gran precisión y enorme rapidez, con arreglo a la forma especificada. Los rifles fabricados según este proceso —el rifle suplantó rápidamente en la década de 1850 al mosquete— los montaban obreros semiespecializados, a partir de cajas de piezas con garantía de calidad para proveedores y clientes; el proceso se aplicó enseguida a la fabricación de cartuchos metálicos para los nuevos rifles, y en la fábrica inglesa de Woolwich, instalada en la década de 1850, se alcanzó pronto una cifra de producción de doscientos cincuenta mil diarios.

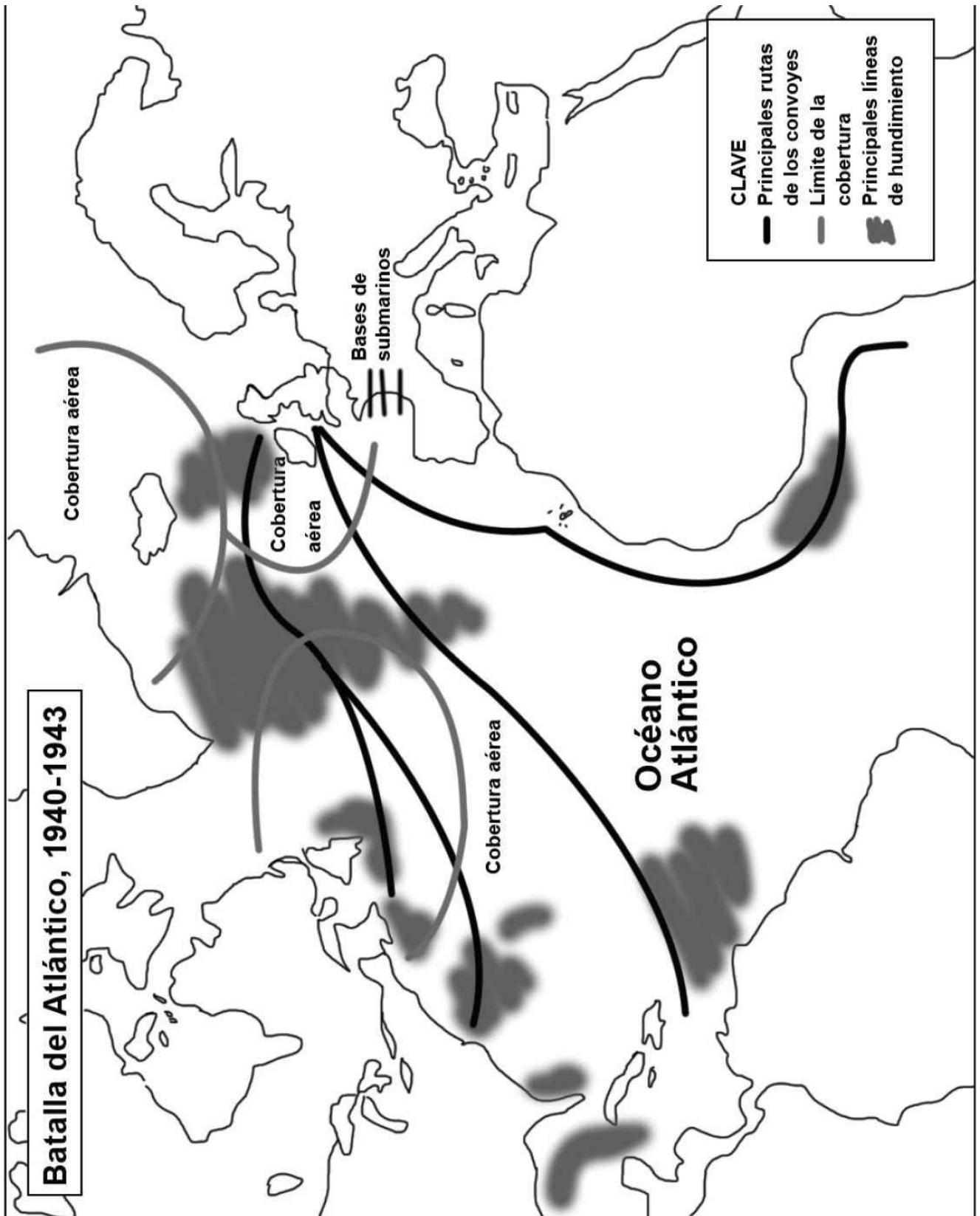
Fue sin duda el peligro del exceso de producción, y la consiguiente inundación del mercado nacional, lo que indujo a los fabricantes de armas a buscar nuevos modelos que dejaran anticuadas las existencias y encontrar nuevos mercados exteriores. Los franceses habían exhibido en 1870 un buen modelo del arma que todo

armero aspiraba a perfeccionar hacía tiempo: la ametralladora. El prototipo de la *mitrailleuse* era un arma rudimentaria y solo semiautomática; pero varios inventores —el sueco Nordenfeldt, el estadounidense Gardner— se apresurarían a producir un modelo mejor y comercial. Ganó la carrera el estadounidense Hiram Maxim, quien en 1884 montó una empresa para fabricar un modelo que era una auténtica máquina que ya disparaba seiscientas balas por minuto mediante un mecanismo accionado por la energía recuperada en cada detonación sucesiva; al tirador de la Maxim puede considerársele un trabajador industrial con uniforme, ya que su única función era apretar la palanca de arranque de la máquina —el gatillo— y moverla mediante una serie de arcos controlados^[450].

La ametralladora automática y su igualmente mortífero equivalente, el rifle automático con recámara, equipaban a los ejércitos de todas las fuerzas en conflicto en la guerra de 1914; con un alcance de unos ochocientos metros y un blanco eficaz a unos cuatrocientos, rápidamente cobraron hegemonía en el campo de batalla, haciendo que los ataques de infantería resultasen abundantes en bajas, y en ocasiones directamente suicidas. Desde el primer momento, en que se excavaron líneas de trincheras en las que la infantería podía guarecerse de aquella lluvia de plomo, los generales buscaron un medio para contrarrestar su efecto. La multiplicación de las piezas de artillería fue la primera solución que se aplicó; pero el único resultado fue la guerra artillera de agotamiento, la devastación del campo de batalla y la congestión de las fábricas de municiones y de los servicios de abastecimientos anexos al frente. La invención del tanque fue la segunda solución; pero la producción era escasa, y la máquina resultaba demasiado lenta y torpe para imponer un cambio decisivo en las situaciones tácticas. Hacia el final de la guerra, los dos bandos cifraban sus esperanzas en el nuevo instrumento de la potencia aérea para quebrar la moral de la población civil y la capacidad productiva del adversario; pero ni el pesado aeroplano ni el dirigible habían alcanzado todavía una capacidad ofensiva decisiva para alterar el equilibrio. La Primera Guerra Mundial vio su fin no por un nuevo invento ni por aplicación de una nueva técnica militar por parte del estado mayor, sino por el inevitable agotamiento de fuerzas humanas y de la producción industrial. El hecho de que fuese Alemania quien perdiese aquella *Materialschlacht*, o batalla de materiales, fue casi fortuito; podría haberla perdido cualquiera de sus enemigos y, sin duda, uno de ellos pagó el precio en 1917. Los medios con que los estados mayores habían convencido a los gobiernos de que se lograría la victoria y la paz si estallaba la guerra —aumento progresivo del reclutamiento de tropas y mayores gastos en armas— acabaron por anularse mutuamente. Los abastecimientos y la logística habían dañado a todos los contendientes casi por igual.

Sin embargo, el abastecimiento y la logística procurarían una clara victoria en la Segunda Guerra Mundial, y casi con costes marginales, salvo en sufrimiento humano, para el principal vencedor. Estados Unidos, combatiente de última hora en la Primera Guerra Mundial, y en aquel entonces casi sin industria militar, dado que la

acumulación de su riqueza se había producido por efecto de la industrialización de un país que no había participado en guerras desde 1865, entró pronto (en 1941) en la Segunda Guerra Mundial, y ello tras dos años de rearme emprendido para dotar a Gran Bretaña y luego a Rusia de los medios con que hacer frente a la Alemania nazi. El rearme sirvió para resucitar la industria estadounidense, muy afectada por la gran depresión, pero aún con gran capacidad para producir excedentes. Entre 1941 y 1945, su economía experimentó la expansión más amplia, rápida y sostenida de su historia; el producto nacional bruto aumentó un cincuenta por ciento, mientras que la producción de guerra, que pasó del dos al cuarenta por ciento entre 1939 y 1943, fue prácticamente financiada con los beneficios, sin necesidad de empréstitos; la productividad aumentó un veinticinco por ciento y la utilización de las fábricas pasó de cuarenta a noventa horas semanales. Como consecuencia de ello, la construcción de barcos aumentó diez veces, la producción de caucho se duplicó, la del acero fue también casi el doble y la producción de aviones aumentó once veces; de modo que de los setecientos cincuenta mil aparatos que fabricaron los principales contendientes durante la guerra, trescientos mil procedían de Estados Unidos, y de ellos solo en 1944 salieron noventa mil de sus fábricas^[451].



Fue la industria estadounidense la que acabó con Alemania y Japón, aunque únicamente por el hecho de que los astilleros estadounidenses producían también el transporte para los productos. Más de cincuenta y un millones de toneladas de barcos mercantes salieron de los astilleros estadounidenses entre 1941 y 1945, lo que representa unos diez mil cargueros tipo *Liberty* y *Victory*, y buques cisterna T-2, producidos mediante un revolucionario proceso de prefabricación según el cual, a título de demostración, se podía botar un navío cada cuatro días y quince horas. Como media, durante el programa *Liberty*, de los astilleros estadounidenses salían tres barcos al día^[452]. Los submarinos alemanes tipo U, incluso antes de ser derrotados en la batalla del Atlántico por la introducción de los bombarderos de largo alcance y de los portaaviones escolta, ambos de construcción estadounidense, no podían hundir más tonelaje del repuesto por semejante ritmo de producción.

Así pues, fue el abastecimiento y la logística el factor determinante de la victoria en la guerra más amplia y terrible de la humanidad. De este modo, quedaba patente que en cualquier futuro conflicto entre fuerzas convencionales llevadas a la lucha por la supervivencia, sería la capacidad industrial el factor decisivo. Que no haya estallado dicho conflicto a partir de 1945 es la consecuencia de un esfuerzo paralelo ejercido por Estados Unidos durante los años de su auge industrial por crear una alternativa a la guerra en frentes de batalla: la bomba atómica. Esta arma fue la culminación de un proceso de desarrollo tecnológico iniciado quinientos años atrás, por el que se buscaba trasladar la energía necesaria para fines militares obtenida de los músculos del hombre y la bestia a un artefacto. El proceso se había iniciado con el descubrimiento de la pólvora.

V FUEGO

*E*l fuego es un arma muy antigua. En su modalidad de «fuego griego» lo usaron por primera vez los bizantinos en el siglo VII, y conservaron tan celosamente el secreto de la fórmula que los especialistas actuales aún sostienen polémicas a propósito de los ingredientes exactos. Lo que se sabe con certeza es que se lanzaba en forma líquida mediante una especie de jeringa, y constituía fundamentalmente un agente incendiario usado contra las estructuras de madera de los artefactos de asedio y contra los barcos en la guerra naval. No era «fuego» en el sentido moderno de propulsor o explosivo, ni era, pese al terror que infundía y el misterio que lo rodeaba, una innovación demasiado trascendental, pues no revolucionó la guerra como lo haría la pólvora.

Aunque la pólvora tiene relación con él, pues actualmente se cree que la base del fuego griego era lo que los babilonios llamaban *nafta*, o «cosa que se inflama», un filtrado de los depósitos superficiales del petróleo^[453]. Pero ellos no le encontraron uso práctico, mientras que en China, en el siglo VII, descubrieron que mezclando con salitre las sustancias de filtrados superficiales que contenían nafta, se obtenía un producto con propiedades explosivas e incendiarias. Ya habían comprobado antes los chinos que los fuegos esporádicos, principalmente de carbón vegetal, en suelos con alta concentración de azufre, tenían efectos explosivos. Combinando el azufre purificado con carbón vegetal en polvo y salitre cristalino —esto tal vez se hiciera con fines semimágicos en los templos taoístas en el siglo X— se obtenía lo que nosotros llamamos pólvora^[454]. Existe una encarnizada controversia sobre si los chinos la utilizaron en la guerra; pero no existen pruebas de que dispusieran de cañones (aunque sí hacían fuegos artificiales) antes de finales del siglo XIII^[455]. Y poco después de esa fecha la pólvora ya se conocía en Europa, donde puede que el secreto lo descubriese algún alquimista durante sus incesantes y vanos experimentos por hallar la piedra filosofal, y en donde su utilidad militar se hizo evidente en cuanto se comprobaron sus propiedades explosivas. No se puede saber con certeza de cuándo data el descubrimiento de que, al introducir pólvora y un proyectil en un tubo, la fuerza liberada por la detonación de la primera le impelía al segundo una trayectoria hasta una distancia determinada; pero puede situarse con cierta exactitud a principios del siglo XIV, ya que existe un grabado de 1326 en el que está representado un recipiente con forma de florero —tal vez obra de algún fundidor de campanas, que solían trabajar ese tipo de formas— con una larga flecha que sobresale por la boca, y se ve a un artillero aplicando una bujía al orificio servidor de la recámara, y el

artefacto está dirigido hacia un castillo.

En el siglo xv la tecnología artillera estaba ya bastante avanzada. Las balas de cañón habían sustituido a las flechas, y el cañón había adoptado una forma tubular, que solía obtenerse juntando cilindros de hierro forjado sujetos con duelas a la manera de los barriles. Si bien parece que se utilizaron cañones en la batalla de Agincourt (1415), poco aportarían al combate, ruido y humo aparte, y solo algún desafortunado caballero o arquero se hallaría al azar en la trayectoria de algún disparo. Pero ya cuarenta años más tarde, cuando los franceses lograron expulsar a los ingleses de Normandía y Aquitania en la campaña de 1450-1453, las murallas de las fortalezas inglesas fueron derribadas a cañonazos. Exactamente en las mismas fechas, derribaban los turcos las murallas de la Constantinopla de Teodosio con monstruosas bombardas (los turcos optaban por unos cañones tan enormes que a veces tenían que ser fundidos *in situ* antes del inicio del asedio). En 1471, el rey francés Luis XI (1461-1483) amplió los dominios de sus territorios ancestrales empleando cañones contra los castillos de los duques de Borgoña; consecuencia directa de ello fue que la casa real francesa ejercía por primera vez en 1478 desde la época carolingia seis siglos atrás, un control completo sobre su territorio, viéndose en condiciones de establecer un gobierno central —apoyado por un sistema fiscal en el que los cañones eran el último recurso recaudatorio ante los vasallos refractarios— que no tardaría en ser el más poderoso de Europa^[456].

LA PÓLVORA Y LAS FORTIFICACIONES

Pero los cañones con los que los reyes franceses y los turcos otomanos derribaban las murallas defensivas de sus enemigos adolecían de defectos que limitaban gravemente su utilidad militar: eran de grandes dimensiones, sumamente pesados, e iban montados en plataformas fijas. En consecuencia, solo podían entrar en acción en un territorio previamente controlado por las fuerzas que los desplegaron, como era el caso de los franceses en Normandía, y de los otomanos que dominaban los mares y las vías de aproximación por tierra a Constantinopla. Para convertirse en un elemento eficaz de campaña, el cañón requería ser lo bastante ligero para posibilitar el transporte sobre ruedas y a la misma velocidad que el ejército que lo acompañaba; de manera que pies, caballos y artillería se desplazasen como una unidad integral en territorio enemigo, evitando el riesgo de captura de las piezas mientras los artilleros pugnaban por mantenerse a la zaga de la fuerza expedicionaria, o que hubiera que abandonarlas en caso de retirada.

En 1494 los franceses dieron con el invento adecuado:

Los artesanos y fundidores de campanas franceses [...] a [principios de] la década de 1490 [...] habían inventado un cañón que sería decisivo en las batallas y

asedios durante casi cuatrocientos años. La bombardera de «construcción» pesada, que disparaba una bola de piedra desde una plataforma de madera que había que montar penosamente en un carro cada vez que cambiaba de emplazamiento, había sido sustituida por un tubo delgado y uniforme de bronce fundido, de no más de ocho pies de largo, con proporciones minuciosamente calculadas para absorber el choque en progresiva disminución desde la recámara hasta la boca. Lanzaba bolas de hierro forjado más pesadas que sus equivalentes de piedra, y por ello de efecto tres veces más destructivo para una determinada ánima^[457].

Pero lo más importante era la movilidad del cañón, y, como los tubos estaban fundidos en una sola pieza, se les podía incorporar «muñones», que eran unos apoyos cilíndricos en un punto de equilibrio y mediante los cuales podían montarse sobre cureñas con ruedas. De este modo, el cañón se convertía en un carrito maniobrable, más manejable todavía si la «cola» del carro iba acoplada a otro «armón» con dos ruedas, formando una unidad articulada a la que se podían enganchar fácilmente dos caballos. La cureña se construía, además, de modo que la boca del tubo pudiera bajarse o alzarse mediante unas cuñas bajo la recámara; para mover el cañón de derecha a izquierda o viceversa, la cola del armón, que descansaba en el suelo para darle estabilidad, se desplazaba en la dirección correspondiente.

En la primavera de 1494, cuarenta de estos nuevos cañones de Carlos VIII fueron enviados por mar desde Francia al puerto de La Spezia, en el norte de Italia, y desde allí, tras cruzar con su ejército los Alpes por el monte Ginebra, el monarca francés descendió por la península italiana reivindicando sus derechos al reino de Nápoles. Las ciudades-estado y las tierras papales por las que pasaba cesaron en su resistencia tan pronto como supieron la rapidez con que sus cañones habían derruido los muros del castillo de Firizzano. En noviembre hacía su entrada triunfal en Florencia, y al año siguiente, en febrero, tras tomar en ocho horas la fortaleza napolitana de San Giovanni, que anteriormente había resistido un asedio tradicional de siete años, prosiguió su camino hacia Nápoles. Toda Italia tembló a su paso. Sus cañones eran una revolución en el arte de hacer la guerra, y los antiguos castillos de altos muros contra los que muchas veces nada habían podido las máquinas de asedio ni las escalas, resultaban desesperadamente vulnerables al nuevo instrumento. Guicciardini, un erudito de la época, escribió que los cañones «se colocaban en posición contra las murallas con tal rapidez, el intervalo entre los disparos era tan breve, y las balas volaban con tal velocidad y eran impulsadas con tal fuerza que en unas pocas horas se lograban los mismos resultados que antaño en Italia en igual número de días»^[458].

Los triunfos napolitanos de Carlos VIII no fueron duraderos. Sus métodos arrolladores sembraron el pánico en Italia; el emperador del sacro imperio romano, el papa y España formaron una coalición, y, aunque la artillería le valió al francés el triunfo en Fornovo, batalla principal de la guerra que desencadenó la Santa Alianza, decidió abandonar Italia y regresar a Francia, donde moriría en 1498. No obstante, su

revolución artillera sí que fue duradera, y los nuevos cañones lograron lo que los ingenieros de asedio habían perseguido en vano durante milenios. Hasta entonces, la fuerza de un castillo estribaba principalmente en la altura de sus murallas, aunque no era el factor exclusivo, pues los fosos de agua también potenciaban notablemente la defensa, como pudo comprobar Alejandro Magno durante el asedio de la fortaleza costera de Tiro (332 a. de C.), que duró siete meses. Sin embargo, en general, cuanto más altas eran las murallas, más difícil resultaba para los asaltantes alcanzar las almenas, y el grosor combinado con la altura disminuía la eficacia del ataque con artefactos de asedio: las catapultas lanzaban proyectiles que percutían oblicuamente en aquellos gruesos muros, y las lanzaderas por torsión, aun actuando sobre una trayectoria plana, carecían de la adecuada potencia. El único medio seguro para derribar una muralla era minarla en su base, una laboriosa tarea que dificultaban los fosos secos y con agua, y que además entrañaba el riesgo del contraminado.

El nuevo cañón, debido a que podía transportarse rápidamente hasta las proximidades de la muralla, y dispararse previendo exactamente el arco de impacto, trasladó a la artillería la potencialidad de las minas; las balas de hierro dirigidas a la base de la muralla en trayectoria horizontal sin variar la altura abrían brecha en la sillería, y por efecto acumulativo el principio físico de la muralla se volvía contra ella: cuanto más alta era, más rápido se desmoronaba y mayor brecha dejaba al derrumbarse; y como con la caída llenaba automáticamente el foso de piedras y escombros, proporcionando una vía de acceso a los asaltantes y arrastrando a veces una torre (ese habría sido el propósito de los artilleros para privar a los defensores de una posición dominante desde la que atacar a los asaltantes con proyectiles), la apertura de una brecha significaba la caída de la fortaleza. Era una convención en la guerra de asedio que la negativa a rendirse después de haber abierto brecha eximía a los atacantes de dar cuartel o abstenerse del pillaje. En la época de la artillería esa convención se hizo proverbial.

Los desastres de Nápoles causaron la correspondiente reacción. Los castillos de la época constituían la primera línea de defensa de muchos estados de la Europa renacentista, sobre todo de los pequeños, y su construcción y mantenimiento consumían una gran parte de los ingresos estatales; por ello, los ingenieros de fortificaciones se sintieron molestos por la facilidad con que los cañones de Carlos VIII habían abatido unas murallas que habían resistido el paso de los siglos. En las guerras entre Francia, España, el sacro imperio romano y las cambiantes alianzas de las ciudades-estado que trastornaron Italia en la primera mitad del siglo XVI, se improvisaron excelentes obras para reforzar las antiguas fortificaciones. En Pisa, por ejemplo, en 1500, los ingenieros de la ciudad crearon un talud y un foso en el perímetro interno de las murallas de piedra, que quedó intacto después de que los franceses y sus aliados florentinos abrieran brecha. Esta «doble rampa pisana» fue imitada por doquier, al tiempo que se realizaban ingentes obras de líneas externas con taludes, empalizadas y torres, contra las que las balas de cañón causaban pocos

destrozos, al menos en las primeras fases del asedio^[459]. Las ciudades y los comandantes de fortalezas se percataron de que, cuando se abría brecha, esta podía defenderse bien con infantería equipada con armas de fuego, de las cuales comenzaban ya a utilizarse modelos eficaces, como se demostró crudamente en el asedio de Cremona en 1523, y en el de Marsella en 1524.

Pero no había manera de hacer adaptaciones improvisadas en las viejas murallas para que resistiesen perennemente al cañón, y fue necesario otro sistema de fortificación. Lo que maravilla es que se inventara tan pronto, tanto más cuanto que la época de la artillería de demolición tocaba a su fin tras poco más de medio siglo. Comparados con el ritmo de otras innovaciones militares —por ejemplo, la de la guerra relámpago acorazada al principio de la Segunda Guerra Mundial, que los adversarios de Hitler contuvieron mediante una reorganización radical de sus ejércitos y la fabricación masiva de armas antitanque hacia 1943—, cincuenta años parecen mucho tiempo; pero no hay que pasar por alto las dificultades intelectuales y el coste que supone. En primer lugar, tenía que nacer el concepto antiartillero, y luego había que allegar fondos para traducir el concepto a su forma arquitectónica; una enorme empresa financiera, ya que lo que estaba en juego era nada menos que la sustitución de un sistema de fortificación general en todo un continente, y construido a lo largo de muchos siglos (había ciudades amuralladas que, aunque reconstruidas y restauradas en la Edad Media, databan de la época romana), y cuyo coste ya hacía mucho tiempo que estaba amortizado.

Hubo mentes privilegiadas que acariciaron el concepto casi desde el primer momento de la invención de la artillería móvil: como los cañones causaban los peores destrozos en las murallas altas, las murallas capaces de resistirlos debían ser bajas. Pero una fortaleza con murallas bajas era fácil de escalar; en un simple ataque masivo por sorpresa con escalas, los asaltantes alcanzarían las almenas y penetrarían en ella. El nuevo sistema de fortificación requería unas características que lo hicieran resistente al bombardeo y al mismo tiempo capaz de mantener a distancia a la infantería enemiga. La solución al problema de sacrificar la altura y obtener grosor fue el bastión en ángulo que sobresalía de las murallas, dominaba el foso, con agua o sin ella, servía de plataforma para cañones y armas de fuego y era lo bastante resistente para que no lo deshiciese la concentración del fuego enemigo. El diseño más adecuado constaba de cuatro caras: dos que formaban una cuña apuntando hacia la campiña, en las que se podía montar artillería de ataque, y que presentaban una superficie de incidencia oblicua a los cañonazos; y dos que se unían perpendicularmente a la cuña, y desde las cuales los defensores podían utilizar cañones y armas de fuego para barrer el foso y los tramos de muralla entre los bastiones. Era necesario construir de piedra los bastiones, aunque el ladrillo era un sustituto aceptable mezclado y reforzado con tierra apisonada, formando el conjunto una estructura de enorme solidez, que permitía disponer de una firme plataforma para la artillería y de una cara externa en la que los impactos causarían el menor daño

posible^[460].

Los ingenieros de fortalezas habían hecho pruebas con bastiones para dotar a los muros de mayor grosor y más inclinación ya antes de la expedición de Carlos VIII a Italia en 1494, a sabiendas de que el castillo tenía sus días contados. Fueron experimentos dispersos y ocasionales, pero los que los habían llevado a cabo actuaron muy en concierto con la demanda de innovación, y respondieron con rapidez y energía. Giuliano da Sangallo, quien con su hermano Antonio fundó el primer y más importante grupo de «familias» italianas de fortificadores, había diseñado en 1487 un bastión de defensa para la ciudad de Poggio Imperiale, y en 1494 el propio Antonio iniciaba para el papa Alejandro VI la reconstrucción del fuerte de Civita Castellana, a base de un sistema de bastiones^[461]. Convencidos de que la innovadora construcción era la respuesta al ataque con tren de artillería, de inmediato fueron realizando nuevas obras por doquier para los gobiernos de ciudades italianas que contaran con recursos. Nettuno se dotó de bastiones entre 1501 y 1503; y en 1515 Antonio recibió el encargo de construir una fortaleza modelo en Caprarola para el cardenal Alejandro Farnesio. El éxito comercial de los Sangallo hizo surgir competidores; primero la familia San Micheli, y posteriormente los Savorgnano, los Peruzzi, los Genga y los Antonelli.

Las ganancias que obtenían suscitaron envidia, y los más diversos personajes comenzaron a dedicarse al arte de la fortificación, incluidos Leonardo da Vinci, que fue inspector de fortalezas de César Borgia^[462]; y Miguel Ángel, que en una discusión con Antonio de Sangallo en 1545 llegó a decir: «No sé mucho de pintura y escultura, pero tengo gran experiencia en fortificaciones, y ya he demostrado que sé más de eso que toda la tribu de los Sangallo»^[463]. Miguel Ángel dotó a su Florencia natal de defensas entre 1527 y 1529, pero afortunadamente para el arte, a partir de entonces no obtuvo muchos encargos en ese menester.

A los Sangallo y otras familias de fortificadores no les faltaba trabajo, y no solo en Italia, sino que, conforme se extendía su fama y las potencias adquirían mayor número de cañones móviles, fueron realizando obras en Francia, España, Portugal, el Egeo, Malta (isla en la que se había establecido la orden de los hospitalarios tras su expulsión de Tierra Santa), e incluso en Rusia, África occidental y el Caribe. Fueron los Sangallo, y los artilleros que probaban sus armas contra ese tipo de construcción, los primeros técnicos internacionales mercenarios desde los tiempos en que los constructores de carros habían vendido sus habilidades a las distintas aristocracias de Oriente Medio en el primer milenio a. de C.,. Un historiador italiano ha dejado testimonio de la vida que llevaban:

Hay que ponerse en la situación de esos hombres. Tenían poco dinero y, sin embargo, eran conscientes de su talento y se consideraban seres superiores que andaban entre gentes menos civilizadas que los italianos. Les molestaban los casos de los pocos de entre ellos que alcanzaban puestos de máxima categoría, y estaban dispuestos a ir a servir en un país remoto a un príncipe que les hiciera

buenas promesas. Y a pesar de ello, no mejoraba su situación, pues tenían muchos acreedores; sus bolsas eran magras y los gastos de los largos viajes les impedían regresar a sus países. Y tenían que aguantar el desdén con que los soldados trataban a los que de entre ellos pretendían aunar la teoría bélica con la de las armas de la guerra^[464].

Si los soldados, muchos de ellos igualmente mercenarios, despreciaban a los ingenieros, era por motivos de orgullo militar, no porque las nuevas fortificaciones no sirvieran al propósito de su laboriosa y costosa construcción. Todo lo contrario: la fortaleza con bastiones restableció la ventaja de la guerra defensiva respecto a la ofensiva tan rápidamente como el cañón había invertido esta relación a finales del siglo xv. A finales del xvi, las fronteras de todos los estados que aspirasen a conservar su soberanía se hallaban protegidas con defensas modernas en sus puntos más vulnerables: pasos de montaña, puentes y estuarios navegables. Se modificó también la pauta interna de fortificación, y en el interior se construyeron menos «fuertes estrella», dado que los reyes utilizaban el monopolio sobre la costosa artillería para atacar las fortalezas de los últimos señores disidentes e impedir que reconstruyesen castillos con bastiones; mientras que en las fronteras las fortificaciones se hacían más frecuentes que nunca, y mucho más eficaces como obstáculo militar y como marca delimitadora de la jurisdicción del gobierno. Las fronteras modernas de Europa son, en definitiva, en su mayoría, consecuencia de esa tendencia fortificadora por efecto de la cual las fronteras lingüísticas previas, y posteriormente las establecidas por la Reforma religiosa, quedaron trazadas con esmero.

En ningún lugar se evidenció mejor que en los Países Bajos, donde «por encima de los ríos» —el Rin, el Mosela y el Escalda— que desembocan en el mar del Norte, los holandeses protestantes súbditos de los reyes católicos de España (los Habsburgo a partir de 1519, quienes unieron además las tierras imperiales de Austria, Alemania e Italia) se levantaron en armas en 1566. La guerra, que duró ochenta años, se mezclaría con la guerra de los Treinta Años de Alemania (1618-1648) y engendró conflictos secundarios como la expedición de la Armada Invencible contra Inglaterra en 1588. La tenaz resistencia holandesa se explica por dos motivos: gracias al acceso al mar y el dominio de las rutas fluviales en Europa central, Holanda estaba convirtiéndose ya en un país eminentemente comerciante que pronto igualaría a Venecia en riqueza, y esa misma riqueza le permitió construir las fortalezas que garantizaban su independencia. Requesens, secretario del virrey español, comunicaba en 1573 que «la cantidad de ciudades y distritos rebeldes es tal que abarcan casi toda Holanda y Zelanda, que son islas que solo pueden ser reducidas con fuerzas navales con gran dificultad. En efecto, si varias ciudades deciden resistir, nunca podremos tomarlas»^[465]. Y es lo que decidieron esas ciudades: la población levantó bastiones de tierra sin piedra ni ladrillo, pero aun esas escasas fortificaciones bastaron para

mantener a raya a los españoles; y las ciudades de Alkmaar y Haarlem estaban tan bien defendidas que ellas solas absorbieron el esfuerzo de toda la contraofensiva española de 1573.

La guerra de sitio era larga y laboriosa, dado que los medios para reunir suficiente fuego de artillería contra una fortaleza con bastiones requerían un gran esfuerzo excavatorio. La fortaleza de bastiones era una construcción «científica», lo que significa que respondía a un diseño basado en cálculos matemáticos para minimizar lo más posible el área de superficie que recibía el impacto y obtener la máxima área de campo abierto fuera de ella para cubrirla con fuego defensivo. Por consiguiente, el ataque tenía que ser «científico», y los ingenieros de sitio no tardaron en dar con los principios pertinentes: era necesario excavar una trinchera paralela a la dirección de un lado del bastión, en la que poder resguardar los cañones al iniciar el bombardeo, para, a cubierto de ese fuego, ir haciendo trincheras de «aproximación», hasta poder excavar otra paralela más próxima, a la que se trasladaba el tren de artillería para continuar el bombardeo a más corta distancia. Finalmente, se descubriría —y el maestro ingeniero de sitio de Luis XIV, Vauban, perfeccionaría la técnica en el siglo XVIII— que había que excavar tres trincheras paralelas; en la última, se podía disponer la potencia de fuego suficiente para demoler un bastión, llenar el foso con los cascotes y dar a la infantería apiñada en la última paralela la oportunidad de atacar la brecha al asalto.

Pero el asalto a una fortaleza con bastiones, por muy derruidos que hubiesen quedado, siempre era una acción desesperada; pues era práctica universal tener a mano materiales —cestas con tierra, vigas, hierros y empalizadas— con los que improvisar una defensa tras la brecha mientras los mosqueteros y artilleros de un bastión próximo dirigían una lluvia de fuego sobre los asaltantes que cruzaran el foso o alcanzasen la rampa del glacis. Sin embargo, la atrocidad del asalto no constituía la principal objeción del soldado de infantería del siglo XVI a la guerra de sitio; lo que cuestionaba eran los trabajos de excavación, sobre todo en Holanda, donde el nivel del subsuelo acuífero se encuentra a sesenta centímetros. El duque de Parma, uno de los principales generales españoles, recurrió a pagar un suplemento a los excavadores —lo que se convertiría en práctica universal durante los siglos siguientes—, pero incluso así tuvo que «batallar con el pundonor de los castellanos, que consideraban más honorable pedir limosna que trabajar cobrando»^[466].

A pesar de todo, los españoles hicieron progresos en los primeros veinte años de la sublevación de los Países Bajos, y tomaron las ciudades rebeldes situadas entre el Escalda y el Mosela, región que posteriormente sería la Bélgica norte y católica; pero en terrenos aún más anegados al norte del Rin y al oeste de Ijssel, en los que se asentaban las grandes ciudades de Róterdam, Ámsterdam y Utrecht, España no pudo hacer nada. En 1590, el comandante jefe de los ejércitos holandeses, el conde Mauricio de Nassau, quien, con sus primos Guillermo Luis y Juan restablecería, a partir de los ejemplos de la literatura clásica, la disciplina y entrenamiento de las

legiones romanas, había reunido suficientes tropas para pasar a la ofensiva, y entre 1590 y 1601 amplió la frontera holandesa hasta el sur del Rin, asegurándose a perpetuidad para Holanda plazas como Breda, y consciente de que Eindhoven caería al final; mientras, reducía a las guarniciones españolas del norte de los Países Bajos y abría el camino para que el futuro reino de Holanda tuviese una frontera directa con los países de habla alemana. En 1601, los españoles capturaron al conde de Nassau, cuando se aventuró más allá de la fortaleza Holanda en dirección a Ostende, un fuerte de avanzadilla holandés, que finalmente sucumbiría tras un asedio de tres años; pero estaban tan exhaustos, no ya militar, sino económicamente, que en la siguiente campaña de 1608 aceptaron una tregua. Pero esta no duró los doce años estipulados: en 1618 estallaba una guerra peor en el norte de Europa, la de los Treinta Años; y en ella la pólvora sería para los contendientes una prueba mucho más atroz que la de la guerra estática de asedio a fortalezas entre holandeses y españoles.

BATALLAS CON PÓLVORA EN LA ÉPOCA EXPERIMENTAL

Los soldados del siglo XIV encontraban demasiado volátil el misterioso poder liberado por la pólvora, y reaccionaban a él con un simple respeto cauteloso. Su manejo, incluso en los primitivos cañones que se disparaban aplicándoles una bujía en el orificio de cierre, debió de requerir notable valor en los artilleros, y más si tenemos en cuenta que los primeros cañones solían estallar. Utilizar pólvora como fuerza propulsora de un proyectil lanzado con un arma que se sujetaba con las manos requería ya haber traspasado un umbral de desconfianza, angustia y miedo. Pero a mediados del siglo XV, algunas tropas europeas comenzaban a emplear experimentalmente armas de fuego, y hacia 1550 estas eran de uso bastante generalizado.

El intermediario en ese proceso psicológico para que la actitud del soldado evolucionase desde la desconfianza hasta una relación más íntima con las armas de fuego fue la ballesta, un instrumento mecánico que, mediante un dispositivo a modo de muelle de relojería, acumulaba suficiente energía para disparar un pesado dardo con gran precisión y a larga distancia con solo apretar el gatillo. La ballesta, descubierta en tumbas chinas del siglo IV a. de C., no aparece en Europa hasta finales del siglo XIII de nuestra era, y se utilizó de forma generalizada en el campo de batalla como potente arma de guerra; fundamentalmente, porque el dardo era capaz de atravesar la armadura a media y larga distancia.

El mecanismo y la forma de la ballesta se prestaban ostensiblemente a una modificación en la que pudiese utilizarse la pólvora. En la ballesta, la caja, que se sujetaba contra el hombro y debía ser lo bastante resistente para aguantar la descarga del resorte, prefiguraba una forma parecida de madera en la que pudiera alojarse un tubo ligero similar al de un cañón; el balletero debió de acostumbrarse, por el

retroceso de la ballesta, a sentir en el hombro el golpe que acompaña a la detonación al disparar un arma de fuego. Es muy posible que los futuros usuarios de armas de fuego fuesen los ballesteros.

No obstante, los mandos nunca habían llegado a aprender la mejor manera de utilizar a los ballesteros en el campo de batalla, a diferencia de en las guerras de asedio; y con las armas de fuego encontraron igual dificultad. Durante los siglos XIV y XV, los ingleses emplearon arqueros con gran eficacia, pero el arco era un arma que requería una habilidad no asequible a cualquiera, y quienes lo manejaban bien solían ser indígenas de zonas rústicas y remotas; y sucedía lo mismo que con el arco compuesto, que los mejores arqueros eran gentes que disponían de mucho tiempo. La pica, o lanza arrojadiza, era el arma más simple, y en manos de campesinos fuertes y levantiscos de las regiones en que el poder feudal no era dominante, como sucedía en Suiza, se podía aprovechar para oponer una densa barrera a una carga de caballería, con tal de que los piqueros se mantuvieran firmes. Los suizos adquirieron buena fama de valientes con la pica, y gracias a ello lograron durante el siglo XV un buen grado de autonomía frente a los Habsburgo; así como fama de tenaces, lo que les valió ser los mercenarios más solicitados de Europa durante trescientos años. En la «loca batalla» de St. Jakob an der Birs (1444), por ejemplo, una fuerza de mil quinientos suizos se abrió paso en medio de un ejército francés de treinta mil hombres, luchando hasta ser aniquilada; en los combates sostenidos contra los borgoñones en igualdad de condiciones —Grandson y Morat (1476), Nancy (1477)— emplearon la misma táctica de ataque en formación de falange, y obtuvieron una serie de victorias que pusieron fin al poder borgoñón de una vez para siempre.

Por lo tanto, a principios del siglo XVI era evidente que desplegar una combinación de piqueros y armas que lanzasen proyectiles —ballestas, arcos, armas de fuego— constituía un medio poderoso para luchar contra la caballería en campo abierto. Mejor combinación aún era caballería con arqueros o tiradores más infantería, y fue con una fuerza así con la que Carlos el Temerario, duque de Borgoña, se enfrentó a los suizos en combate entre 1474 y 1477; y sufrió derrotas no porque sus fuerzas careciesen de los elementos necesarios, sino porque le faltaron fondos para pagar un ejército numéricamente igual al de los suizos^[467]. No obstante, la proporción entre los distintos contingentes —en 1471 contaba con mil doscientos cincuenta jinetes con armadura, otros tantos piqueros, otros tantos tiradores y cinco mil arqueros— no pasó de ser experimental. Quizá no fuese la adecuada, pero nadie ha podido saber cuál era la idónea. Maquiavelo opinaba que un ejército debe contar con veintidós infantes por cada soldado de caballería, pero no especificó cómo debe ir armada la infantería; durante el siglo XVI no cesarían los esfuerzos por determinar la combinación ideal.

Resulta evidente que los tiradores eran esenciales. Venecia, que debía su existencia al comercio y a la fuerza militar necesaria para protegerlo, decidió en 1490 sustituir todas las ballestas por armas de pólvora, y dotar de armas de fuego en 1508 a

la nueva milicia estatal^[468]. Sin embargo, hasta 1550, en que se introdujo el prototipo del mosquete capaz de perforar la armadura, las armas de fuego resultaban bastante ineficaces. Se disparaban aplicando un fósforo al orificio de la cazoleta, algo que podía fallar si llovía, aparte de que el proyectil era una bala relativamente pequeña y que alcanzaba poca distancia. Aun así, asustaban mucho, y a veces servían para herir a la infantería y a la caballería a corta distancia, motivo por el cual los comandantes del Renacimiento buscaron un antídoto para el campo de batalla. El cañón parecía lo más adecuado. No puede haber otra explicación a los extraños encuentros sin precedente, y que rara vez se repetirían, de Rávena (1512) y Marignano (1515), en los que ejércitos franceses y españoles libraron batalla campal sin restricción en ambos bandos, y en los que el terreno de maniobra lo formaba un improvisado atrincheramiento de taludes para emplazar la artillería.

En Rávena, fueron los franceses, cuyo ejército lo formaba un nutrido contingente de mercenarios alemanes aventureros, que desempeñaron en las guerras de Italia el mismo papel que habían desempeñado los excombatientes griegos de las guerras del Peloponeso en las del mundo helenístico, los que avanzaron al encuentro de los españoles. Los franceses disponían de unos cincuenta y cuatro cañones móviles, y los españoles contaban con unos treinta y cuatro emplazados en el atrincheramiento; tras un incesante cañoneo, los franceses provocaron una carga de la caballería española que rompió sus filas, pero cuando los mercenarios alemanes avanzaron se vieron detenidos en el talud y se inició un desesperado cuerpo a cuerpo. Finalmente, dos cañones franceses fueron trasladados tras la posición enemiga y su fuego obligó a retirarse aterrados a los españoles.

Tres años después se invertían los papeles, y en Marignano fueron los franceses quienes se atrincheraron mientras el enemigo, una fuerza suiza aliada de los españoles, avanzaba a su encuentro; y lo hizo tan rápidamente —característica de su tenaz estilo de presentar batalla— que llegaron al obstáculo antes de que la artillería francesa hiciera sentir su efecto; los suizos fueron rechazados por un contraataque, pero se reorganizaron y volvieron a atacar al día siguiente. (Marignano es un ejemplo famoso de batalla que dura más de un día). Entonces sí que estaba preparada la artillería francesa y la batalla de atrincheramiento se convirtió en un sangriento empate, que solo concluyó por la llegada de un refuerzo de tropas venecianas aliadas de los franceses, que amenazaron a los suizos por retaguardia, de forma que estos se retiraron con la misma rapidez con que habían atacado, y abandonaron el campo de batalla; pero sus pérdidas eran tan cuantiosas que poco después aceptaron la paz negociada que los franceses les ofrecían, establecida a partir de unas condiciones por las cuales Suiza se convertiría en la principal fuente de mercenarios para los ejércitos franceses durante los doscientos cincuenta años siguientes^[469].

Lo extraordinario de Rávena y Marignano es que los contendientes optasen por combatir a campo abierto como si se tratase de asedios improvisados, de lo que se deduciría que los mandos de la época no concebían mejor manera de utilizar la

artillería que protegiéndola con precarias obras de ingeniería de sitio. Habían comprobado el poder de la artillería para quebrar el propósito tradicional de la ofensiva de caballería o de infantería en formación de falange, que era la formación en que combatían los suizos; pero aún no habían progresado en la táctica de sus propios fines ofensivos.

Pero existía un método alternativo. En Ceriñola (1503), los franceses fueron rechazados de una posición atrincherada de las tropas españolas merced a la potencia de fuego de los tiradores hispanos; y en Bicoca (1522) se repitió el resultado: tres mil quinientos soldados suizos de infantería, que combatían bajo el mando francés, murieron en media hora de vanos asaltos contra una posición española muy bien defendida con armas de fuego. Esta experiencia disuadió a los suizos, a pesar de su fama de desdeñar el peligro en combate, de volver a atacar a tiradores situados tras un obstáculo.

Sin embargo, era evidente que el combate no podía proseguir indefinidamente si uno de los bandos se atrincheraba y aguardaba el ataque; pues, al hacerlo, el ejército atrincherado se condenaba a quedar inmovilizado en un sitio, mientras que el enemigo podía optar por rebasarle para despojarlo de terreno o atacar fortalezas aisladas. La invitación a una batalla campal en forma tan extrema solo provocaba el encuentro si el adversario aceptaba el reto; pero si optaba por una acción móvil, el que se hallaba en situación defensiva tenía que hacer lo mismo. Por consiguiente, la continuidad de operaciones móviles con artillería y armas de fuego exigía un cambio en la actitud cultural de los ejércitos del Renacimiento, que, aunque habían admitido la tecnología de la pólvora en sus tácticas tradicionales, no se habían adaptado a su lógica. Igual que los mamelucos que atacaban sable en mano a los esclavos negros tiradores del sultán de Egipto, los soldados del Renacimiento continuaban presa de un código bélico que atribuía condición de guerrero solo a los caballeros y a la infantería dispuesta a resistir y pelear con armas blancas. Combatir a distancia con proyectiles era algo bajo para los descendientes de los guerreros con armadura que habían dominado el escenario bélico europeo desde la época de Carlomagno. Ellos querían luchar a caballo como habían hecho sus abuelos, y aprobaban una infantería con similar espíritu que los acompañase a hacer frente al varonil riesgo de recibir a la caballería pica en ristre. Si las armas de fuego habían de sustituirla en el campo de batalla, que fuese tras una barricada, que era donde siempre se habían colocado las armas que lanzaban proyectiles. Lo que le repugnaba al soldado a caballo era ver al tenaz soldado de infantería reducido a un ventajista mercenario con ballesta; y menos dispuesto aún estaba a desmontar y aprender el arte de magia negra de la pólvora.

Las raíces culturales de la resistencia de los aristócratas montados a la revolución de la pólvora se hunden en el pasado histórico. Como hemos visto, los griegos de la época de las falanges fueron los primeros guerreros de quienes sabemos con detalle que descartaron la táctica elusiva de la guerra primitiva, enfrentándose cara a cara y de cerca con enemigos de igual mentalidad. Ellos no optaron por los prolegómenos

del «conflicto de adalides», que en diversas formas se observa en la guerra entre pueblos tribales, y que constituyen los hechos más relevantes del relato de Homero sobre la guerra de Troya. No, los griegos de la época clásica buscaban una solución del modo más rápido y directo posible. Los romanos de la primera época republicana aceptaron también la lógica del método griego, y es muy probable que lo aprendieran de las colonias griegas del sur de Italia. Cabe suponer que fue el encuentro romano, primero con los galos y luego con los pueblos teutones del otro lado del Rin, lo que hizo que poco a poco se les contagiara el hábito de luchar frente a frente. Los romanos dejaron testimonio de que los pueblos del norte luchaban de este modo, pues, aunque desdeñaban sus burdas e individualistas tácticas, siempre reconocieron su valor y su disposición a luchar a brazo partido. Comenta César, refiriéndose a un episodio en el que sus legionarios habían acribillado a lanzadas los escudos del enemigo: «Muchos de ellos [los helvecios], después de inútiles esfuerzos por desenredarse, optaron por deshacerse del escudo y luchar sin protección en el cuerpo», y solo cuando «las heridas y el esfuerzo del combate [fueron] demasiado para ellos, comenzaron a retirarse»^[470]. No obstante, es evidente que los galos luchaban cuerpo a cuerpo antes de conocer a los romanos, a juzgar por las espadas grandes de la cultura Hallstatt, y parece ser que los germanos, cuya valentía y carácter belicoso impresionaron a Tácito, también lo hacían desde antes de entrar en contacto con los romanos en el Rin en el primer siglo de nuestra era. Si recordamos que fue solo después de la llegada de los dorios a Grecia cuando se desarrolló la guerra de falanges, y aceptamos que estos probablemente llegaron al Egeo procedentes del Danubio, sería posible localizar un punto de común origen de esta «forma occidental de guerra», como la denomina Victor Hanson, y una línea divisoria entre esa tradición de combate y la modalidad indirecta, elusiva y fría característica de la estepa y de Oriente Próximo y Lejano: al este de la estepa y al sudeste del mar Negro, los guerreros continuaban guardando la distancia con sus enemigos; al oeste de la estepa y al sudoeste del mar Negro, los guerreros aprendieron a abandonar la cautela y a acercarse al cuerpo a cuerpo.

Es inexplicable la razón de este abandono definitivo de la psicología y del convencionalismo del primitivismo bélico en Occidente y de su pervivencia en otros lugares; la línea de demarcación coincide aproximadamente con la que delimita zonas de clima, vegetación y topografía, lo que no es tan exacto para la división lingüística: griegos, romanos, teutones y celtas hablaban lenguas indoeuropeas; mientras que los iránicos, que también eran indoeuropeos, no optaron como ellos por preferir la lanza o la espada al arco, y siguieron confiando en armas lanzadoras de proyectiles y en las tácticas de ataque rápido y retirada veloz. Es peligroso atribuir al fenómeno un motivo racial. Durante el siglo XIX, zulúes y japoneses habían aprendido el estilo de combate occidental a partir de principios básicos, e indudablemente por su propio esfuerzo. Lo único que puede decirse es que, si existe lo que se denomina el «horizonte militar», existe también una frontera del combate cuerpo a cuerpo, y los

occidentales pertenecen por tradición a un campo y los demás pueblos al otro.

La fuerza de esta tradición cuerpo a cuerpo provocó las diversas crisis en la clase guerrera en el siglo XVI. La actitud de Bayard —*chevalier sans peur et sans reproche*— hacia los ballesteros es bien conocida: los hacía ejecutar en el campo de batalla cuando caían prisioneros, alegando que utilizaban un arma de cobardes y eran unos traicioneros. Armado con una ballesta, un hombre puede, sin necesidad de seguir el aprendizaje de las armas necesario para el caballero, y sin el esfuerzo moral requerido por el soldado de infantería que esgrime una pica, matar a distancia sin ponerse en peligro. Lo que era cierto del balletero lo era aún más del tirador. Y la manera en que combatían parecía tan cobarde como ruidosa y sucia, aparte de que no exigía esfuerzo muscular alguno. Así reflexionaba el guerrero y biógrafo del siglo XVI: «¿De qué sirve ya la habilidad de los caballeros con las armas, su fuerza, su arrojo, su disciplina y su anhelo de honor cuando se usan en la guerra tales armas [de pólvora]?»^[471].

Pero a pesar del repudio de la clase guerrera tradicional, a mediados del siglo XVI se evidenciaba que las armas de fuego y los cañones eran algo definitivo. El arcabuz y el mosquete pesado, disparados mediante un mecanismo en el que se aplicaba una mecha retardada a un cebo al apretar el gatillo, eran armas eficientes, la última capaz de atravesar armaduras a una distancia entre doscientos y doscientos cuarenta pasos. El coselete del soldado de infantería servía cada vez menos como medio de protección, y lo mismo le sucedía a la armadura completa del caballero. A finales del siglo ya no se usaba, y la propia caballería estaba perdiendo su papel decisivo en la batalla; un papel que siempre había sido indeterminado, pues una carga de caballería dependía más de la flaqueza moral de quien la soportaba que del poder objetivo del caballo y el jinete; y cuando el caballero se encontró frente a un adversario capaz de oponerle resistencia, como habían hecho los piqueros suizos, o de un arma capaz de desmontar con eficacia al jinete, como lo era el mosquete, el derecho de la clase caballeresca para determinar quién debía mandar los ejércitos y conservar la preeminencia social se vio cuestionado. En Francia y Alemania la aristocracia resistió a la presión «a desmontar para fortalecer la infantería»; pero la realidad no estaba de su parte, ni tampoco los pagadores del estado, que cada vez eran más exigentes con el valor del dinero^[472]. En Inglaterra, Italia y España, la clase militar tradicional estaba más dispuesta a barruntar el cambio de dirección del viento y adscribirse a la nueva tecnología de la pólvora, convenciéndose de que luchar a pie podía ser, al fin y al cabo, un servicio honorable.

En España, los hidalgos, o hijosdalgo, aceptaron con sumo entusiasmo la lógica de la tradición de la pólvora, quizá porque fueron los españoles los que, en la época experimental, se vieron mezclados en las peores guerras; en las de la primera mitad del siglo en Italia, actuaron en escenarios en los que el cañón era hegemónico sin paliativos. La multiplicidad de las plazas ingeniosamente fortificadas que los ingenieros de asedio italianos habían construido para resistir los ataques artilleros significaba que los militares que no fuesen hábiles en el bajo arte de las armas de

fuego no podían resistir, y en el empantanado terreno de las guerras de Flandes, la caballería cedió automáticamente el primer puesto a la infantería, que era la única con libertad para maniobrar en los estrechos espacios entre canales, estuarios y ciudades amuralladas. Los jóvenes de la nobleza española aceptaron sin ambages puestos de oficiales en la infantería en las guerras de Flandes, combatiendo al lado de regulares alistados en España y con grandes contingentes de mercenarios enrolados en Italia, Borgoña, Alemania y las islas británicas. Sentaban con ello un precedente que en el siglo XVIII crearía unas vacantes en los regimientos de infantería de Inglaterra, Francia, Rusia y Prusia, que serían las más apreciadas por los jóvenes de buena cuna con ambiciones militares^[473].

LA PÓLVORA EN EL MAR

Mientras los ejércitos de tierra se adaptaban con dudas y reticencias al advenimiento de la pólvora, los marinos europeos asumían sus implicaciones con un espíritu mucho más positivo. El transporte del cañón por tierra debió de confrontar a los estados mayores —atados de pies y manos desde siempre cuando se trataba de transportar cargas pesadas por terrenos con malas o nulas carreteras— con un nuevo e insoluble problema; un problema que no presentaba dificultades para los guerreros del mar. Al contrario: barco y cañón estaban hechos el uno para el otro, ya que el peso del cañón se acomodaba fácilmente en lo que por naturaleza era un vehículo carguero; y los complementos de la artillería, balas y pólvora, podían alojarse fácilmente en los espacios de carga. La única complicación por la que el cañón afectaba al naviero era la de la amortiguación del disparo dentro del espacio limitado de un navío. En tierra, el retroceso de la pieza se disipa con la simple reculada sobre sus dos ruedas en el momento de la descarga; pero en el mar no se disponía de ese espacio, y si la pieza se montaba suelta, el retroceso dañaba el maderamen del barco y hasta podía abrir un agujero en el casco o derribar el mástil. Había que sujetarlo a la obra muerta y desacelerar el retroceso mediante un mecanismo de freno, o trasladarlo a la línea de menor resistencia del propio barco.

Esta última fue la solución adoptada por los capitanes de las primeras galeras que montaron cañones en el Mediterráneo. La galera mediterránea era de una antigua estirpe que se remontaba cuando menos hasta los barcos de remos de los egipcios y de los «pueblos del mar» que combatían ya en el agua en el segundo milenio a. de C., Como la mayor parte de su largo y estrecho casco iba ocupado por remeros, los cañones había que montarlos a popa o a proa; y, como los navieros sabían muy bien desde la época de las guerras persas cómo reforzar la proa para embestir a los barcos enemigos, fue allí donde se emplazó el cañón; cuando se disparaba, el retroceso quedaba parcialmente amortiguado por la masa del barco, que, si avanzaba en el momento de disparar, aminoraba imperceptiblemente la marcha en el momento de la

descarga, y si estaba detenido, retrocedía levemente. Posteriormente, para amortiguar el retroceso primario, se descubrió la conveniencia de montar el principal cañón de la línea central sobre una plataforma que se deslizaba hacia atrás^[474].

Fue con galeras armadas de esta guisa como se libraron las batallas por el dominio del Mediterráneo oriental entre turcos otomanos y cristianos durante la primera mitad del siglo XVI. Después de la toma de Constantinopla por los turcos (1453), ciudad que por entonces era cuanto quedaba del imperio de Bizancio en sus otrora inmensas posesiones, la cristiandad concentró todos sus esfuerzos en consolidar lo que había sido el imperio romano. Serbia cayó bajo dominio musulmán en 1439, Albania en 1486 y el Peloponeso en 1499; después, trastornos intestinos detuvieron el avance otomano, pero la ascensión al trono del sultán Selim I en 1512 tuvo por efecto el aplastamiento de la Persia safávida en 1514, y la conquista de Egipto por los mamelucos al año siguiente. Así, en 1515, las fronteras otomanas iban desde el Danubio al bajo Nilo, y desde la cabecera del Tigris y el Éufrates hasta las costas del Adriático, abarcando un área casi tan grande como la que Bizancio había dominado en vísperas de la gran ofensiva árabe en el siglo VII. Solimán el Magnífico, hijo de Selim, a quien sucedió en 1520, se dispuso a extender el área de control musulmán y capturó Rodas, entonces en poder de la orden de los caballeros hospitalarios (1522); y en una amplia ofensiva en los Balcanes, se apoderó de Belgrado (1521), aplastó el poder armado del reino de Hungría en la batalla de Mohács (1526), y en 1529 llegó ante las murallas de Viena, desafiando al imperio de los Habsburgo con el primer gran asedio otomano a la ciudad.

Mientras tanto, los turcos irrumpían también por mar, iniciando su primera fase de avance contra la cristiandad. Ya habían realizado fuertes incursiones en el Adriático para desbordar a los Habsburgo por el este y para amenazar a Venecia, que mantenía sus posesiones en el Egeo con gran apuro. La cristiandad respondió, y en 1532 Andrea Doria, almirante de la gran ciudad comercial de Génova, efectuó una incursión en el Peloponeso; y al formarse en 1538 una segunda Santa Alianza de España, Venecia y los estados pontificios para contener el peligro otomano en el Mediterráneo, y el de Francia (que en 1536 se apresuró a firmar una alianza con los turcos) en Italia, tomó el mando de la flota aliada. La guerra en el Mediterráneo fue un asolador vaivén entre los bandos. En 1535 el gran almirante turco Jeireddín Barbarroja tomó Túnez y, aunque expulsado por Andrea Doria, le derrotó a continuación en la batalla de Préveza, frente a las costas occidentales de Grecia (1538). Esta victoria permitió que la flota turca realizara incursiones en el Mediterráneo occidental al año siguiente, llegando hasta Niza, que entonces no era francesa (1543), y a la isla de Menorca (1558). A pesar de algún contraataque cristiano contra los puertos musulmanes piratas de la costa norteafricana —sobre todo Yerba en 1560—, la ventaja seguía de parte de los turcos, que en Grecia y Albania habían encontrado grandes contingentes de remeros de galeras cristianas dispuestos a servir por una paga. Venecia y España, que dependían más de esclavos y criminales,

se veían en apuros para igualarlos numéricamente. Lo único que se interponía entre los otomanos y el libre uso del Mediterráneo para una ofensiva era la isla de Malta. Esta dominaba los estrechos que dividen el Mediterráneo este y oeste en el punto de confluencia de Sicilia y el norte de África, y los caballeros hospitalarios la habían convertido en una poderosa fortaleza, aunque sin que su guarnición estuviera a la altura. Asediada en mayo de 1565, Malta resistió un ataque combinado por mar y tierra hasta septiembre, y solo se vio ayudada por la intervención de una escuadra española. Se había impedido esporádicamente el control absoluto del Mediterráneo por parte de los otomanos, pero el peligro solo quedaría despejado en Lepanto, donde la flota de la Santa Alianza derrotó a la otomana en las costas del Peloponeso en 1571, aunque más gracias a la enorme proporción de bajas turcas en su cuerpo de tiradores con arco compuesto entrenados que a la pérdida de barcos.

La guerra con galeras mediterráneas, como ha dejado expuesto tan brillantemente el historiador John Guilmartin, seguía siendo esencialmente lo que fuera durante dos milenios: una empresa anfibia en la que las batallas navales no solo eran una mera variante de las batallas en tierra, sino que, además, las campañas solían ser una prolongación de las operaciones terrestres. Ejércitos y flotas se apoyaban en movimientos a lo largo de la costa, lo más lejos posible, tratando de enfrentarse al enemigo únicamente cuando el flanco terrestre se coordinaba con el de la flota, o viceversa, y preferiblemente en puntos en que una plaza fortificada pudiera apoyarlos con artillería. Lepanto fue una excepción. En tanto que una batalla librada en aguas cerradas pueda denominarse batalla naval, Lepanto lo fue. Pero, en cualquier caso, la victoria no fue consecuencia de las maniobras con remo, ni del peso de la artillería, sino el resultado del enfrentamiento a corta distancia entre las tripulaciones de ambos bandos. Los cristianos habían embarcado arcabuceros y mosqueteros, y los otomanos se enfrentaron a ellos con hombres dotados del arma tradicional turca: el arco compuesto; y fueron sus bajas —los turcos perdieron treinta mil de los sesenta mil hombres que participaron en el combate— lo que hizo de esta batalla el punto de inflexión en el conflicto mediterráneo. La falta de arqueros navales expertos, irremplazables en una generación, ya que era tarea de toda una vida su aprendizaje, «significó el fin de la edad de oro del poderío otomano [...]. Lepanto supuso la muerte de una tradición abocada a desaparecer»^[475].

Fuera del Mediterráneo, la pugna naval entre barcos dotados de artillería adoptaba una forma distinta; una modalidad en la que los resultados los decidirían, no el cañón montado en proa, ni las armas de la tripulación de combate, sino grandes baterías de artillería que ocupaban todo el navío. Hasta entonces, los barcos mercantes no se consideraban adecuados para las operaciones navales, ya que su carencia de remos, su lenta velocidad a vela y su engorroso tamaño impedían combinarlos en combate con las galeras. En aguas cerradas eran fácil presa de navíos a remo, o de un bombardeo artillero en lugares en que no soplara el viento. Pero en mar abierto se cambiaban las tornas, pues las galeras no solo resultaban inadecuadas por su gran

longitud y su poca quilla para el oleaje oceánico, sino que además, por el imperativo de avituallar a la numerosa tripulación a intervalos cortos, su regreso a puerto significaba que no podían navegar más que unos cuantos días, incluso con buen tiempo. El barco mercante de vela de los mares del norte, construido para aguantar aquellos mares más bravíos, estaba exento de tal desventaja, pues su profundo casco podía albergar víveres y barriles de agua para mantener a una numerosa tripulación durante meses. Empero, tenía un defecto: como los cañones montados a proa solo se podían accionar cuando el viento soplabla de popa, y no había garantía de que el enemigo apareciese en la dirección del viento, toda la artillería embarcada debía ser disparada a través de portillas abiertas en los costados del buque; una disposición que requería tecnología auxiliar propia, con un mecanismo de freno que amortiguase el retroceso, así como un nuevo modo de maniobra de los barcos en combate.

Con esa adaptación similar a la de las fortalezas terrestres, los navieros resolvieron el problema casi en el momento en que surgió. El pequeño cañón del siglo xv iba alojado en «castillos» a popa y proa, y al desarrollarse grandes cañones a principios del siglo xvi se los situó bajo cubierta, sujetos con cordaje para impedir que se deslizaran incontroladamente al disparar, disponiéndolos para hacer fuego «de flanco». Suele admitirse que el primer buque así construido fue el *Mary Rose*, en 1513; en 1545, un buque inglés como el *Great Harry* montaba artillería pesada en dos cubiertas; y en 1588, grandes flotas de buques similares libraron mediante maniobras un combate en el canal de la Mancha que duró siete días^[476].

Pero la derrota de la Armada Invencible, decisiva como fue para inclinar la balanza a favor de los países protestantes en las guerras de religión del siglo xvi, es menos representativa en cuanto a la importancia de los buques de vela armados que los viajes oceánicos de portugueses, españoles, ingleses y holandeses a las Américas, África, las Indias y el Pacífico a partir de finales del siglo xv. Buques de vela del tipo de los existentes en el norte de Europa, libres de la dependencia de la propulsión a remo y navegando estrictamente a vela, llevaron a Colón a América en 1492, y posteriormente a los conquistadores que destruyeron las civilizaciones azteca y maya en México, y la inca en Perú. Más que los cañones, los caballos fueron el cargamento importante de los conquistadores en sus expediciones de conquista —Cortés desembarcó diecisiete en México en 1517, Montejo cincuenta en Yucatán en 1527, y Pizarro veintisiete en Perú en 1531—, pues el animal, extinguido en el hemisferio oeste por los cazadores de las migraciones primitivas doce mil años antes, resultó terrorífico para los indígenas. Además, su estilo ritualizado de combate no era adecuado para enfrentarse a los europeos, que combatían para vencer y no para hacer cautivos sacrificiales; pero en un enfrentamiento de cientos contra miles, fueron los caballos los que dieron la ventaja decisiva a los conquistadores.

En los demás lugares, los cañones eran el arma clave de los aventureros marinos europeos. En 1517, los portugueses comprobaron en Jeddah, en el mar Rojo, adonde habían llegado dando la vuelta al cabo de Buena Esperanza, lo peligroso que era

entablar combate cerrado con una flota (en este caso mameluca) apoyada por artillería terrestre; y, así, fracasó su intento de bloquear la ruta marítima de las especias en tierras islámicas occidentales. En cualquier caso, ya habían establecido su supremacía naval en el océano Índico con las victorias de Ormuz (1507), el estrecho por el que actualmente pasan los petroleros; y de Diu (1511), en la costa occidental de la India^[477]. No tardarían en establecer bases en las Antillas (1511) y en China (1557), y más tarde en competir con España por la posesión de Filipinas. A finales del siglo, los fuertes armados con cañones que las dos naciones marineras de la península ibérica habían establecido en las costas de todos los océanos eran mojones de unos imperios que no cesarían de crecer durante tres siglos.

Los pueblos que encontraron los primeros navegantes europeos contaban con pocos medios para oponerse a sus demandas: primero, de derechos de comercio; después, de tierras para instalar puestos comerciales; y finalmente, de derechos exclusivos de comercio reforzados mediante control militar. Los reinos costeros africanos, protegidos por una barrera de enfermedades, permanecieron intactos hasta el siglo XIX; aunque solo a costa de su complicidad en el atroz y siempre creciente comercio de esclavos del interior. Los japoneses conservaron su sociedad tradicional cerrando sus fronteras marítimas y desafiando a los europeos a poner a prueba su bravura en combate contra los samuráis. China estaba protegida por su enorme extensión y cohesión administrativa, pero casi todo el resto del mundo era presa fácil. En las Américas, que desde un principio intentaron colonizar españoles y portugueses, las sociedades indígenas no contaban con medios eficaces de resistencia, y no hablemos ya de un estado mental con el que oponerse a su poder militar. Los pequeños sultanatos de las Indias orientales fueron fácilmente sometidos, y la mayoría de los filipinos que España encontró en las islas eran simples agricultores tribales. Solo en la India existía un sistema estatal organizado a suficiente nivel como para impedir la intrusión europea; pero ni siquiera los mogoles, dado que eran conquistadores recientes que no controlaban del todo la periferia, fueron capaces de expulsarlos; aparte de que ningún emperador mogol fue capaz de organizar una flota dotada de artillería como la europea para mantener la seguridad de las costas.

Pero que los navegantes encontraran poca resistencia más allá de las fronteras marítimas de las tierras otomanas no quiere decir que no hallaran oposición en sus viajes. Al contrario, las riquezas eran tales que enseguida se vieron inmersos en conflictos unos con otros, en mares lejanos y en las aguas continentales en que se originaban las expediciones hacia aquellos países de oro y especias. Los holandeses fueron los primeros en llegar a la costa de Coromandel, al este de la India, en 1601, alcanzada por los ingleses ocho años después; ambos no tardarían en enfrentarse en el Índico a los portugueses —los holandeses los combatieron también en Brasil en 1624-1629—, y después se enfrentarían unos contra otros en el canal de la Mancha y en el mar del Norte en tres grandes guerras navales, de 1652 a 1674. Las dos naciones entraron igualmente en conflicto con los españoles por los derechos de comercio en el

Caribe, que, después de la introducción del azúcar de las Canarias y de los esclavos de África para su cultivo, daría origen a la zona colonial más rica del mundo. Posteriormente, entrarían en guerra con los franceses, quienes, habiendo iniciado tarde la carrera de los viajes oceánicos, establecerían factorías en la India y África occidental, así como un imperio embrionario en Norteamérica a mediados del siglo XVII.

Las guerras de la pólvora en el mar, realizadas con fuego de flanco en barcos que en 1650 montaban cincuenta cañones, pusieron de relieve el poder de la artillería de un modo más espectacular aún que la guerra de fortalezas en tierra. El mejor ingeniero de asedio podía tardar semanas en reducir una buena ciudadela; mientras que, en la batalla de los Tres Días en el sur de Inglaterra (1653), los holandeses perdieron veinte barcos de guerra (de setenta y cinco) y tuvieron tres mil bajas, resultado bastante elocuente de lo encarnizado que se había vuelto el combate naval, y preludio de lo que estaba por venir. A finales del siglo XVIII los grandes navíos de vela montaban cien cañones, y las bajas españolas en una sola jornada en la batalla de Trafalgar (1805) fueron superiores a siete mil. La cultura guerrera de piqueros y caballeros se había trasladado al mar, donde los marinos artilleros se enfrentaban en combates a quemarropa con la misma resolución del hoplita de las falanges.

EL EQUILIBRIO DE LA PÓLVORA

Las exigencias que la guerra naval con artillería imponía al valor y la habilidad de los marinos europeos apenas variaría entre la aparición del «gran navío» de principios del siglo XVI y el eclipse de su descendiente directo fácilmente reconocible, el navío de línea, al ser sustituido por el acorazado de vapor a mediados del siglo XIX. Sin embargo, en tierra, las posibilidades de desarrollo de las armas de pólvora no cesarían de trastornar a los ejércitos durante los siglos XVI y XVII. La movilidad y potencia de fuego de la artillería siguió en aumento hasta el extremo de que las piezas más ligeras pudieron desplegarse con efectividad en el campo de batalla a finales del siglo XVII^[478]. Aproximadamente por entonces la potencia de fuego y la facilidad de manejo del mosquete habían mejorado y permitían efectuar descargas sucesivas, pues el nuevo mecanismo de pedernal no era tan vulnerable a la humedad como la mecha retardada. Sin embargo, persistía la dificultad de alcanzar la proporción idónea entre «tiros» y picas en la infantería, y entre infantería y caballería.

Esta última, ante el reto de los disparos, trató de perpetuar su papel en combate adoptando un estilo de equitación aún más elaborado —parecido en su complejidad a la *furusiyya* de los mamelucos—, el cual, merced a ejercicios de vueltas y caracoleos, se suponía facilitaba el manejo de las armas de fuego a caballo (estos ejercicios perviven en la actual escuela de equitación española de Viena). El experimento no

tuvo éxito. Las armas de fuego no se acoplan al caballo, y, en cualquier caso, la infantería reaccionó elaborando tácticas propias de gran eficacia de disparo con mosquete ante las que el jinete no tenía ventaja alguna. Y esa fue en parte la razón por la que los ejércitos conservaron piqueros, en una proporción de uno o dos por mosquetero, hasta bien entrado el siglo; pues los piqueros podían entorpecer las maniobras de caballería con que se intentase romper la línea de batalla con armas de fuego o espada, al tiempo que protegían a los mosqueteros que disparaban para aguantar una carga.

No obstante, piqueros y mosqueteros no podían ocupar el mismo espacio a la vez, y, aunque sus armas se complementaban, su finalidad no era la misma. Las batallas de la guerra de los Treinta Años (1618-1648) en Alemania, en las que intervinieron ejércitos franceses, suecos y de los Habsburgo, fueron por ello confusas y atroces. Gustavo Adolfo de Suecia, el rey-soldado, murió en Lützen (1632) precisamente por haber penetrado con su caballo en una refriega estática entre mosqueteros y caballería. Pero la solución a este desequilibrio era fácil, y a finales del siglo XVII todos los ejércitos europeos adoptaron casi al unísono un nuevo complemento del mosquete, la bayoneta, que permitía utilizarlo a la vez como pica y como arma de fuego^[479].

Pero no fue la combinación mosquete-bayoneta lo que conferiría su carácter a las batallas del siglo XVIII. Más importante que esto fue la generalización del entrenamiento de la infantería. Se remontaba a épocas bien antiguas, y se cree que los macedonios ya hacían instrucción con las falanges, aunque por la simplicidad de la táctica de esta unidad es difícil de creer. Lo que sí es cierto es que los romanos hacían pasar a los legionarios por una escuela de armas, donde se les enseñaba a arrojar la lanza sobre una diana y a esgrimir el escudo y la espada de una manera uniforme. No obstante, es muy poco probable que las evoluciones de la legión romana en formación, fuese o no en contacto con el enemigo, se pareciesen en algo a las de una tropa con mosquete-bayoneta. Los romanos no marcaban el paso —un estilo de marcha que los soldados no pudieron aprender hasta que en el siglo XVIII los gobiernos crearon amplias explanadas niveladas para desfile—, y los ejercicios del combate por energía muscular no se pueden reglamentar con exactitud; por lo visto, al legionario se le animaba a hacer blanco vivo con la lanza arrojadiza^[480].

La instrucción con armas de fuego tenía un fin totalmente distinto, y es indudable que su origen se hallaría en la natural preocupación por parte de los mosqueteros —cuyo equivalente se daría también entre los arqueros (un tema digno de estudio)— de no herirse mutuamente al emplear el arma. Pero, mientras que el peligro del arquero era ensartar a un compañero, los mosqueteros, que iban en formación cerrada, sobre todo en los primeros tiempos en que se esparcía pólvora junto a mechas retardadas, se arriesgaban a desencadenar una serie de descargas accidentales al apuntar y disparar al unísono. Los reglamentos de uso del mosquete —equivalentes, a su modo, a los manuales de seguridad de épocas posteriores—, que se publicaron de forma

generalizada a partir del siglo xvii, dividen la secuencia de su empleo en numerosas posiciones exactas —cuarenta y siete en el libro de entrenamiento de Mauricio de Orange—, desde el momento en que el mosquetero toma el arma hasta que aprieta el gatillo.

A pesar de ello, el mosquetero del siglo xvii era individualista; quizá no supiera el momento en que iba a disparar, pero probablemente sí que habría elegido el blanco en las filas enemigas. En el siglo xviii esa libertad comenzaba a desaparecer. Los mosqueteros de los regimientos reales que se habían formado tras la guerra de los Treinta Años —los más veteranos de los ejércitos de Austria, Prusia e Inglaterra, por ejemplo, se constituyeron en 1696, 1656 y 1662, respectivamente— se entrenaban, no para hacer blanco en un solo hombre, sino en la masa enemiga; los sargentos instructores, con una pica ya anticuada, solían golpear el cañón de la primera fila de mosqueteros para nivelarlos, de modo que al dar la orden de fuego las balas salieran disparadas, al menos en teoría, a igual altura sobre el terreno, para asestar una descarga simultánea en la primera fila del adversario^[481].

La pérdida del individualismo del soldado era manifiesta en otros muchos aspectos. Desde finales del siglo xvii este llevaba uniforme igual que los sirvientes, pues, de hecho, el concepto del uniforme era igual que el de la librea; y marcaba al que lo llevaba igual que al criado de un señor, convirtiéndolo, por consiguiente, en una persona con derechos y libertades restringidos. El soldado del siglo xvi se vanagloriaba de la diversidad de su hábito, muchas veces producto del pillaje; efectivamente, la moda renacentista de acuchillar la prenda externa para mostrar la seda y el terciopelo de debajo tenía precisamente su origen en el deseo de demostrar que un soldado podía vestir a voluntad prendas lujosas y lucirlas con impunidad. Los jefes se lo consentían: «Se argüía que los soldados debían ser libres para vestir como quisieran [...]; se pensaba que así combatirían con más valor y ánimo»^[482]. De los soldados del siglo xviii se esperaba que combatiesen no con alegría sino obedientemente y conforme se les ordenara, y para implantar la disciplina, los oficiales trataban con una rudeza a las tropas que ni los piqueros ni los mercenarios de los siglos xvi y xvii habrían tolerado; habrían aceptado la horca o la mutilación como castigo por amotinamiento o asesinato, pero jamás habrían soportado el régimen disciplinario de flagelación o golpes mediante el cual se reprimía a los sirvientes militares con librea de los gobiernos monárquicos.

Efectivamente, solo un individuo totalmente distinto a los anárquicos aventureros de las guerras de Italia y de los Treinta Años habría aceptado el nuevo régimen. Una alta proporción de los soldados de las guerras civiles del siglo xvii en Francia estaba constituida por «proscritos, vagabundos, asesinos, ateos, gentes con deudas», que se alistaban en el servicio militar al haber vuelto la espalda a la vida civil y verse rechazados por esta^[483]. Claro que no todos pertenecían a estas deleznable categorías. Los españoles, y en particular los suecos (estos, mediante el sistema

militar de pequeños propietarios llamado *Indelingsverket*), lograban alistar soldados estables de pueblos y granjas para constituir regimientos regulares; pero las fuerzas mercenarias solían nutrirse de la «canalla». Las monarquías alistaban también otra clase de individuos; estos solían ser los hijos menores de familias numerosas y pobres, para quienes pocas oportunidades existían en el servicio civil y a quienes una especie de conscripción teórica solía encaminarlos al ejército, sobre todo en Francia; en Prusia y Rusia, países en los que el campesinado lo constituían en su mayor parte siervos a partir del siglo XVII, la obligación de alistarse era sin paliativos^[484]. Aunque los que lo establecieron pudieran negarlo, es un sistema de esclavismo militar muy parecido al de la fuerza jenízara de los otomanos, reclutada por levas y sometida a obediencia mediante una dura disciplina y una privación casi absoluta de derechos civiles a sus miembros. El estilo de combate que se impuso, unos movimientos estereotipados, casi mecánicos, realizados en cerradas filas, reflejaba fielmente la renuncia al individualismo de la tropa.

Los oficiales de estos ejércitos reales también renunciaron a gran parte de la libertad personal de que habían gozado sus caballerescos antepasados, reales o ficticios. A partir del siglo XVII, «el desenfreno y descontento de los miembros jóvenes de las familias nobles» indujo a la república de Venecia a crear una serie de academias militares para inculcar cierta disciplina y conocimientos profesionales en los que no tardarían en constituir, si es que no la constituían ya, «la clase de oficiales». Las reformas de Mauricio, Juan y Guillermo Luis de Nassau aceleraron el proceso. Su explícito retorno a las fuentes clásicas de la enseñanza militar tuvo como consecuencia un esfuerzo consciente por resucitar el espíritu y la estructura de las legiones romanas y el surgimiento de un cuerpo de instructores profesionales, dispuesto, como los ingenieros de fortificación, a vender sus conocimientos en el mercado internacional y a dirigir las escuelas militares destinadas a enseñar a los impetuosos jóvenes de la aristocracia el desfile en plaza de armas, esgrima y equitación especializada, y al mismo tiempo educarlos y civilizarlos.

La *schola militaris* de Juan de Nassau en Siegen, que existió entre 1617 y 1623, se reconoce como la primera academia militar de Europa, y «su principal cometido era formar oficiales técnicamente competentes». El profesor John Hale ha descubierto otras cinco academias militares fundadas en Francia y Alemania entre 1570 y 1629 y, aunque ninguna de ellas puede considerarse origen de las que existen actualmente — la de Saint-Cyr, la de Sandhurst, la de Breda, la de María Teresa de Austria y la de Módena, que datan del siglo XVIII y principios del XIX—, su creación señala el surgir de una idea, o al menos su renacer: que la jefatura en la guerra, como pensaban los romanos, requería tanto virtudes cívicas como militares^[485]. Esto constituyó una institución más importante que la tendencia simultánea a enseñar a los jóvenes de la clase media acomodada en academias de artillería e ingeniería, la primera de las cuales fue fundada por Luis XIV en Metz en 1668. Era evidente que los futuros artilleros y zapadores necesitaban un diploma en matemáticas. La imposición de

aprender textos clásicos de memoria, con exámenes y la amenaza de la vara a los jóvenes, fueron innovaciones de distinto orden que pusieron fin a la época en que la cetrería, la caza y el torneo estaban consideradas disciplinas imprescindibles para la educación del guerrero^[486].

Instrucción, disciplina, tácticas mecánicas, artillería científica, todo ello contribuyó a que la guerra del siglo XVIII tuviese un carácter muy distinto a la caóticamente experimental de los siglos XVI y XVII. Hacia 1700, las armas con que se libraban las batallas habían asumido una forma que no cambiaría durante ciento cincuenta años. La infantería estaba armada con un mosquete que, aunque casi inocuo para los combatientes de filas a más de cien metros, se utilizaba en fuego simultáneo, creando una zona mortífera en primera línea de combate. La artillería, cada vez más móvil y con mayor cadencia de tiro, representaba el único medio seguro de desbaratar la solidez de las formaciones de infantería entrenadas; pero su buen despliegue podía peligrar si se efectuaba en el momento oportuno una carga de caballería, la cual iba quedando cada vez más relegada a ese papel exclusivo, o al de cargar contra una formación de infantería desbaratada por fuego de artillería o perseguir fugitivos en retirada.

Así, las características contradictorias de estos tres elementos de los ejércitos del siglo XVIII, mosqueteros, artillería y caballería, produjeron un extraño equilibrio en las batallas campales, para desembocar en lo que el profesor Russell Weigley ha señalado como persistente indecisión en la sucesión de batallas libradas por las monarquías de Europa occidental, generalmente por derechos sucesorios, entre las últimas guerras de los Países Bajos a finales del siglo XVII y el estallido de la revolución francesa. Los mosqueteros uniformados se situaban invariablemente en formación cerrada, efectuaban sus descargas, retrocedían bajo el fuego de la artillería, rechazaban a la caballería, o en ocasiones huían de ella, y al final de la jornada los dos bandos se separaban en el campo de batalla sin que hubiera sufrido merma su potencia para combatir al día siguiente. Las «grandes» batallas de la época álgida de las guerras dinásticas —Blenheim (1704), Fontenoy (1745), Leuthen (1757)— destacan más por el número de bajas causadas en las dóciles filas de los contendientes que por cualquier resultado definitivo logrado. Fue el agotamiento de las reservas de dinero y mano de obra lo que puso punto final a las guerras del siglo XVIII, más que el resultado de los hechos de armas.

Para intentar superar el carácter indeciso de aquel modo de hacer la guerra, los ejércitos europeos fueron recurriendo progresivamente al alistamiento en sus filas de los pueblos guerreros tradicionales, con la esperanza de que sus métodos poco ortodoxos agudizasen el espíritu ofensivo de las masas uniformadas. En Hungría se reclutó caballería ligera magiar (húsares), tiradores de primera de las montañas y bosques de Europa central y refugiados cristianos (denominados ambiguamente «albanos») de los Balcanes sometidos a dominio otomano. El argumento de la ópera de Mozart *Così fan tutte* refleja el encanto que aquellos exóticos extranjeros ejercían

sobre la imaginación del mundo civilizado. Pero, de hecho, solo estaban disponibles en cantidades muy modestas para inclinar la balanza de uno u otro lado; y aunque su reclutamiento sentó una pauta que se prolongaría hasta el siglo XIX, en que los jóvenes oficiales franceses, austriacos e ingleses más audaces tuvieron oportunidad de mandar unidades de zuavos norteafricanos, musulmanes bosnios, cazadores tirolese, sijs del Punjab y gurkas nepalíes, su aparición en los flancos de las tropas regulares constituía más puro espectáculo —el atavío «turco» de los zuavos fue una de las influencias más acusadas en la moda del siglo XIX— que eficacia en el campo de batalla. Los irregulares exóticos eran sumamente útiles en «pequeñas guerras» de ultramar; la infantería ligera alemana en el ejército británico dio lo mejor de sí frente a los fusileros de los ejércitos revolucionarios estadounidenses; mientras que los indígenas norteamericanos —los «pieles rojas»—, provistos de armas europeas, humillaron a las tropas regulares en los frondosos bosques del norte.

No obstante, paradójicamente, los ejércitos entrenados a la manera europea daban mejor resultado en guerras en las que pueblos guerreros tradicionales formaban el grueso del enemigo. A finales del siglo XVII la ofensiva otomana en Europa llegó al límite, debido fundamentalmente a que los Habsburgo habían logrado crear un ejército regular de calidad suficiente para enfrentarse en igualdad de condiciones a los jenízaros del sultán. Los jenízaros —palabra derivada del vocablo turco que significa «soldados nuevos»— eran esclavos como los mamelucos, pero, a diferencia de estos, se reclutaban en los Balcanes por leva obligatoria (la *desvirme*) entre niños cristianos que eran entrenados como soldados de infantería^[487]. Los jenízaros serían al principio «nuevos soldados» en comparación con sus equivalentes occidentales; pero a finales del siglo XVII su disciplina y valentía en el combate solo la igualaban los regulares europeos, cuyo entrenamiento, además, era superior. En el sitio de Viena, en 1683, los jenízaros hicieron temblar Europa; pero veinticinco años después, habían sido expulsados del sur de Hungría y del norte de Serbia, y su señor se vio obligado a firmar la paz, la de Karlowitz (1699), que marcó el principio del gran retroceso otomano hasta Constantinopla que culminaría con la guerra de los Balcanes en 1911-1912.

En los territorios islámicos allende Europa, en particular en los dominios mogoles de la India, no había ningún ejército que hubiese adquirido el nivel de eficiencia de los jenízaros. En la India habían abundado los artilleros e ingenieros de asedio turcos mercenarios desde principios del siglo XVI —los turcos, como aún testimonia su magnífica fortaleza de Belgrado, construyeron fortificaciones tan imponentes como las occidentales—, al igual que, a partir del siglo XVII, los expertos en armas de fuego ingleses, holandeses, franceses y suizos. En el siglo XVIII, los mongoles comenzaron a requerir instructores militares, suplidos en su mayor parte por los franceses; pero el código ético mongol, fuertemente enraizado en la tradición de la estepa, hizo inútil todo esfuerzo. Babur (1483-1530), fundador de la dinastía mongola, creía que un

«ejército de caballería podía librar con éxito batallas concretas sin necesidad de un núcleo de infantería». Sir Thomas Roe, embajador inglés en la corte mongola entre 1615 y 1619, consideraba a tales fuerzas «un ejército afeminado, más bien despojo que terror para el enemigo», y comentó a sus colegas de Constantinopla: «No veo soldados, aunque sí muchedumbres consideradas como tales»^[488]. «Calidad» frente a «muchedumbres» fue la ruina de los mongoles; cuando los ingleses, a mediados del siglo XVIII, comenzaron a reclutar y entrenar hindúes, exentos del espíritu de la estepa, pronto dispusieron de un ejército cuyo buen entrenamiento como soldados de infantería compensó sobradamente su reducida cifra. En Plassey (1757), la victoria que daría origen al imperio inglés en la India, los mil cien europeos y los dos mil cien cipayos de Clive rodearon a cincuenta mil soldados de infantería y caballería mongoles, los dispersaron fácilmente por medio de sucesivas descargas de mosquete y los hicieron huir en desbandada. La instrucción y la organización legionaria lograron en esta ocasión lo que los Nassau habían propugnado ciento cincuenta años antes; pero únicamente porque sus efectos fueron una auténtica sorpresa, en sentido literal, para una tropa de una tradición distinta no preparada para hacerles frente.

REVOLUCIÓN POLÍTICA Y CAMBIO MILITAR

La instrucción y el criterio ético que subyacía a ella sirvió para ganar batallas espectaculares en la India, incluso contra tropas armadas con mosquetes y cañones idénticos a los de sus adversarios europeos: Plassey y una docena de batallas parecidas continuaron dando peso a la argumentación de quienes sostenían que los factores morales en la guerra superaban a los materiales en proporción de tres a uno —según el cálculo de Napoleón— o más. En otras batallas de ultramar, en que los adversarios estaban técnicamente igualados, en particular las libradas entre los ingleses y los independentistas norteamericanos o las de los españoles contra sus colonizados, la instrucción militar resultó totalmente superada como factor determinante por un factor moral: el sentimiento de legitimidad de los emigrantes europeos en una lucha por sus derechos a decidir sus propios impuestos y gobernarse ellos mismos. La guerra de las colonias norteamericanas contra Inglaterra, inspiradora de la de los países sudamericanos contra España, fue la primera guerra de índole política, una guerra al margen de las tradicionales motivaciones de diferencias religiosas o de usurpación de derechos; una guerra hecha para alcanzar el reconocimiento de principios abstractos, y no para conseguir la independencia tan solo, sino la libertad de establecer una nueva sociedad, supuestamente mejor. La lucha por la libertad no fue corta, y quizá no implicara activamente más que a un tercio de la población de las colonias, mientras que otro tercio permanecía neutral y el resto continuaba fiel al antiguo régimen. El ejército reunido por los revolucionarios era débil al principio y disponía de pocas armas. Basado en las milicias coloniales

reclutadas para defender el territorio de los ataques de los indígenas y, posteriormente, de los franceses de Canadá, tuvo que enfrentarse a la disciplina de las tropas regulares inglesas, y los éxitos que obtuvo se debieron principalmente a su habilidad para exponer al enemigo a diversas situaciones de peligro dentro del escenario bélico de la vasta Norteamérica. Pero a ello, los colonos añadían la confianza de tomar la iniciativa ofensiva siempre que se les ofrecía la ocasión: en 1755 llegaron a invadir Canadá para caer sobre la fortaleza de Quebec; y en 1779 y 1781 trasladaron el teatro de operaciones al interior, llegando en expediciones hasta el río Ohio y el centro de las Carolinas. Esta estrategia hizo que los ingleses tuvieran que dispersar sus efectivos, reduciendo su ventaja inicial, que consistía en la capacidad de desplegar fuerzas por mar contra las principales poblaciones costeras. Ventaja que se redujo aún más por la intervención de España y Francia, enemigas de Inglaterra; el envío de una fuerza expedicionaria francesa y de una gran escuadra en 1780 fue el factor que finalmente haría volverse las tornas y provocaría la rendición del principal ejército inglés en Yorktown en octubre de 1781.

Sin embargo, pese a la ayuda extranjera, la victoria fue incuestionablemente de los norteamericanos, y su ejemplo supuso un fuerte estímulo para las demandas de los constitucionalistas franceses de Luis XVI, cuando este, en 1789, fue finalmente obligado a convocar a sus súbditos, no reunidos en cortes desde hacía más de un siglo, para convenir un nuevo sistema de impuestos. Los ingresos del estado francés estaban agotados y su sistema fiscal desbordado por las incesantes demandas reales de gastos bélicos durante el siglo XVIII; el coste del apoyo naval y en tropas a los rebeldes norteamericanos en su guerra contra los ingleses fue la gota que colmó el vaso^[489]. La guerra, salvo para los depredadores genuinos pertenecientes a la tradición de la estepa, siempre ha sido costosa, y causa la bancarrota del estado, así como la sustitución de unas dinastías por otras; pero el peligro de la bancarrota como consecuencia de la guerra nunca ha dado paso a una nueva filosofía de gobierno. En esta ocasión sí dio paso a la convocatoria de los estados generales, cuando en rápidas sesiones se adoptó la resolución de que el voto de los estamentos de la nobleza, el clero y el pueblo llano debía ser individual y no proporcional a su condición; y estos estamentos debían estar juntos en sesión permanente hasta que el rey cediera sus poderes a una constitución democrática. Los torpes intentos de Luis XVI por amenazar a los estados generales, constituidos ya en asamblea nacional, hicieron estallar la revuelta en París, a la que se sumaron unidades del ejército real, en particular la de *gardes françaises*. Cuando el rey, tras un periodo de contemporización con la revolución, intentó en vano huir del país, fue privado de su poder. Al mismo tiempo, la asamblea advertía a los países vecinos, en particular a Prusia y a Austria, que consideraría una provocación bélica su constante asilo a los exiliados antirrepublicanos, que se dedicaban a organizar fuerzas contrarrevolucionarias. En abril de 1792, Luis XVI, instigado por la asamblea, declaraba la guerra a Austria, a la que enseguida se unieron Prusia y Rusia como

combatientes, seguidas en 1793 por Inglaterra. La invasión de Francia se iniciaba en junio de 1792.

Las guerras de la revolución francesa, perpetuadas por Napoleón Bonaparte tras ser nombrado primer cónsul en 1799, se prolongaron hasta 1815. Los franceses lucharon al principio a la defensiva, tras haber renunciado a las guerras de conquista en mayo de 1790; pero pronto se convertirían en las guerras ofensivas más sostenidas e intensas de la historia europea. Movidos en principio por su deseo de llevar la libertad revolucionaria a los súbditos de las monarquías vecinas, los franceses acabaron por comprometerse con un programa militar sostenido de engrandecimiento nacional. En 1812 Napoleón tenía en armas a más de un millón de hombres, repartidos por todo el continente, desde Rusia a España, y se hallaba al frente de una economía y una administración imperiales cuyo único fin era mantener ejércitos en pie de guerra. Las principales potencias de Europa, con excepción de Rusia, habían sido derrotadas en su propio territorio, y los soldados de estados más pequeños habían quedado incorporados al ejército francés, mientras que los aptos para el servicio vivían por doquier sujetos a la disciplina militar y bajo el temor a los sargentos de reclutamiento. En el plazo de veinte años la sociedad europea, en la que solo los excluidos del bienestar material estaban expuestos a la incorporación a filas, se había transformado de arriba abajo en una sociedad militarizada; y las grandezas y servidumbres de la vida del soldado, conocidas hasta entonces por una minoría más reacia que complaciente, se habían convertido en una experiencia común para muchos en una sola generación. ¿Cómo se había llegado a ello?

No es que los franceses hubieran decidido hacer «de cada hombre un soldado». Los ideales de la revolución eran antimilitaristas, racionales y legalistas; pero, para defender el imperio de la razón y de la ley justa —la que abolía los privilegios feudales de una clase aristocrática que, aunque ficticiamente, atribuía su preeminencia social a su pasado guerrero—, los ciudadanos de la revolución habían tenido que recurrir a las armas. Los norteamericanos de las colonias inglesas habían hecho lo propio quince años antes^[490]; pero, mientras que los colonos norteamericanos habían recurrido para sus fines a un sistema militar existente —el de las milicias creadas para defender sus asentamientos contra los indios y los franceses —, los galos tuvieron que crear un instrumento propio. El ejército real era políticamente sospechoso y, además, había perdido muchos de sus mejores oficiales, que fueron los primeros en abandonar Francia en protesta por las indignidades que la revolución había cometido con el rey. Pero voluntarios entusiastas se presentaron para formar una guardia nacional que defendiese las instituciones revolucionarias frente a los restos de tropas realistas, aunque el primer anhelo de los legisladores de 1789-1791, al igual que los de las ciudades-estado de la Grecia clásica, era limitar el derecho de portar armas a los ciudadanos responsables, entendiéndose por tales a los propietarios. Por consiguiente, la primera guardia nacional carecía de efectivos y estaba formada por un alto contingente de burgueses amantes de su hogar, incapaces

de constituir una fuerza militar eficaz. Mientras el peligro fuese interno, era un factor de poca importancia, pues siempre se podían improvisar muchedumbres en las calles para enfrentarlas a las tropas leales a la monarquía; pero a partir de julio de 1792, el peligro era la invasión, y Francia necesitaba apresuradamente un ejército numeroso y eficaz. Por entonces, el antimilitarismo de 1789 ya había caído en el olvido, y se aceptaba de manera generalizada la lógica constitucional estadounidense del «derecho a llevar armas». La posesión de un arma de fuego se consideraba garantía de la libertad del ciudadano, el requisito de tener propiedades para alistarse en la guardia nacional fue abolido sin preámbulos el 30 de junio; y el 12 de julio se hacía un llamamiento para que cincuenta mil ciudadanos se uniesen a los ciento cincuenta mil soldados que quedaban del ejército regular. A principios de 1793, se efectuó una leva de trescientos mil hombres, considerados conscriptos si no se presentaban voluntarios; y el 23 de agosto se promulgaba el decreto de *levée en masse*, que ponía a disposición de la república a todos los varones aptos para el servicio. Ya se había ordenado que las unidades del ejército regular se integrasen en brigadas con las de la guardia nacional, en proporción de uno a dos, de modo que los regulares reforzasen a los voluntarios hasta que estos se hubiesen curtido.

Se trataba de un nuevo tipo de ejército. La disciplina se imponía no mediante castigos corporales (aunque a los borrachos se los atracaba de agua forzosamente), sino por medio de tribunales formados por soldados y oficiales. Estos últimos, siguiendo la costumbre de la guardia nacional, eran elegidos, y la paga quedó fijada con arreglo a las tarifas relativamente generosas que cobraban los voluntarios revolucionarios. Por efecto de la presión de la guerra, la elección de oficiales quedó pronto abolida (1794) y se suprimieron los consejos disciplinarios (1795); pero para entonces la transformación social del ejército ya había llegado a tal extremo que era imposible impedir las innovaciones. El impulso inicial del voluntariado entre las personas respetables quizá hubiese disminuido, pero el carácter del cuerpo de oficiales había cambiado a extremos inconcebibles. Si en 1789 más del noventa por ciento de los oficiales procedían de la nobleza (cierto que en muchos casos de la pequeña nobleza, cuyo único privilegio social eran los títulos de sus escudos heráldicos), en 1794 la proporción se había reducido al tres por ciento^[491]. Las plazas vacantes las ocuparon civiles y, más frecuentemente, suboficiales de los regimientos reales, a quienes la revolución ofreció una «carrera abierta al mérito». De los veintiséis mariscales de Napoleón, Augereau, Lefebvre, Ney y Soult eran sargentos antes de 1789; y, lo que es más notable, Victor había sido músico de banda; y otros tres, soldados rasos: Jourdan, Oudinot y Bernadotte (quien, superando a los generales de Alejandro, acabó siendo rey de Suecia). Eran hombres de gran valía, a quienes el antiguo ejército no había ofrecido ninguna oportunidad, pues hasta 1782 el ascenso de los oficiales estaba asegurado y restringido a candidatos cuyos bisabuelos hubiesen sido nobles. Estos nuevos oficiales con experiencia de armas supieron aprovechar la confianza que les otorgó la liberalización social de 1789 y se

convirtieron en jefes relevantes^[492].

No obstante, el mariscalato napoleónico contaba con hombres que habían desempeñado cargos antes de 1789. Marmont, igual que Napoleón, se había graduado en la academia de artillería de Metz fundada por Luis XIV; y Grouchy había servido en los *gardes écossaises* (en origen, los varegos de la corte de los Borbones). «Abierta al mérito» significaba fundamentalmente al mérito de los oficiales reales dispuestos a servir a la revolución, incluso los exiliados que hubieran cambiado de idea. En 1796, cuando Bonaparte se disponía a esgrimir su rauda e implacable espada contra los territorios de los Habsburgo en Italia, el ejército republicano era una amalgama en su más amplio sentido; no solo de exregulares y exguardias nacionales, sino también de oficiales de muy diversa tradición, unidos por el servicio a una nueva Francia, pero a la vez codiciosamente conscientes del premio que podía traerles una buena carrera bajo las armas. Por una parte el ascenso, y por la otra el botín; y habría buenas oportunidades para ambas cosas durante veinte años. Mientras tanto, lo urgente era discurrir el medio por el que la guerra del mosquete y la bayoneta perdiese su primordial ambigüedad para llegar a la confrontación en el campo de batalla entre revolución y *ancien régime* con el mismo ímpetu con que la voluntad popular había derribado al gobierno real.

Existía una fácil solución. Incluso el ejército real se había visto perturbado por los indecisos resultados de las batallas en las recientes guerras de los Siete Años y de la de sucesión austriaca, y muchos oficiales de la aristocracia, en particular el conde de Guibert, habían propugnado una reforma táctica. Guibert, como todos los militares coetáneos suyos, estaba profundamente impresionado por los logros de Federico de Prusia, quien, con un pequeño ejército regular muy disciplinado, solía vencer a los de otros estados muy superiores numéricamente al suyo. El enfoque del prusiano del modo de hacer la guerra, despiadadamente racional, era acorde con el espíritu de la época, la «época de la Ilustración y de la razón, [que] ya había hecho surgir la idea de que todas las instituciones del gobierno debían estar en armonía con el espíritu y los deseos del pueblo»^[493]. Guibert, un típico aristócrata racionalista, estaba convencido de que el entrenamiento y la instrucción militar prusiana podían transformar el ejército francés en un instrumento lógico del poder del estado; al igual que muchos de sus contemporáneos, impugnaba la dependencia de las antiguas formaciones lineales de mosqueteros, cuyo fuego exclusivo se suponía había de vencer la resistencia del enemigo, y abogaba urgentemente por un cambio de maniobra mediante grandes masas, cuyo peso provocara un resultado concluyente. En este debate de «línea versus columna», como se lo ha denominado, fueron él y otros oficiales de su parecer los que se impusieron en 1789. Pero ninguno de ellos llevaría la argumentación hasta sus últimas consecuencias, ya que ello habría supuesto que admitieran que los soldados aprendiesen a identificarse con el estado y al mismo tiempo servirle mejor. Guibert seguía siendo absolutista en el fondo de su corazón; intelectualmente reconocía el concepto del ciudadano-soldado, pero sus prejuicios sociales le impedían

aceptar la realidad.

La revolución diluyó esta contradicción y creó casi de la noche a la mañana un auténtico ejército de ciudadanos, que halló en las disputas tácticas del *ancien régime* la solución a los problemas que no tardaría en encontrar en el campo de batalla frente a los ejércitos supervivientes de ese régimen. Se ha sostenido que los ejércitos de la revolución combatían en densas columnas apoyadas por una gran concentración de artillería móvil porque la falta de profesionalidad del ciudadano-soldado no le dejaba otra alternativa al mando. Pero en época más reciente se ha reconocido que es una perspectiva miope; el cambio ya estaba en marcha y los oficiales de la revolución no hicieron más que activarlo a toda prisa. Pero esto no explica por qué el cambio dio buen resultado. Al mando de generales como Dumouriez, Jourdan y Hoche, todas las dificultades que habían inhibido las decisiones e impedido el movimiento de los ejércitos desde la construcción en el siglo XVI, en las fronteras nacionales, de grandes series de fortalezas con artillería, se diluyeron como por arte de magia. Los ejércitos franceses cruzaron las lindes de Bélgica, Holanda, Alemania e Italia, dejando atrás fortalezas que no cayeron ante su avance, pero derrotando sin paliativos a austriacos y prusianos por dondequiera que estos intentaran contener la avalancha. Parte de su éxito fue debido a lo que más tarde se denominaría «quinta columna»; muchos holandeses, por ejemplo, estaban deseosos de abrazar la revolución, que también contaba con numerosos simpatizantes en el norte de Italia. Y en parte se debió al brutal tamaño de los ejércitos de la misma —que en 1793 tenían una fuerza de novecientos ochenta y tres mil hombres, cuando a finales de ese siglo cien mil era ya una fuerza enorme—, y a su falta de consideración por las convenciones logísticas; las fortalezas que bloqueaban una línea de abastecimiento no tenían ningún sentido cuando el terreno que las rodeaba estaba lleno de tropas que cogían lo que necesitaban.

Pero más que nada, el éxito fue producto de la calidad superior de los propios ejércitos de la revolución. Al menos al principio, estaban formados por hombres que eran realmente soldados por voluntad propia, fieles a un estado «racional» (pese a que su naturaleza alarmase profundamente a muchos de los racionalistas supervivientes de esa época de la razón), y los mandaban oficiales de relevantes cualidades personales. No parece cierto que estuviesen poco entrenados. El nuevo cuerpo de oficiales hizo ingentes esfuerzos por entrenar tanto a las unidades remanentes del ejército real como a las de los nuevos voluntarios de 1793-1794 —dos oficiales revolucionarios informaban en junio de 1793 de que «los soldados se entregan a la instrucción con incansable ardor [...]; los veteranos se quedan atónitos al ver la precisión con que maniobran los voluntarios»—; mientras que la artillería, que ya era la mejor de Europa gracias a las innovaciones de Gribeauval, conservó muchos de sus oficiales y artilleros^[494]. Cuando entraban en combate, esas unidades «amalgamadas» luchaban mejor que las enemigas, que seguían esclavas de los hábitos de obediencia ciega y de las tácticas estereotipadas que los franceses habían

arrumbado.

En 1800 la revolución se había salvado de sus enemigos extranjeros y estaba asegurada en Francia por reacción conservadora. El joven Bonaparte había aventajado a todos sus rivales, ganando batallas fuera de Francia, y asestando a la vez un golpe al extremismo de la revolución el 18 de brumario (noviembre) de 1799. Automáticamente en él recaía el poder político y militar, y entre 1802 y 1803 acordó una precaria paz entre Francia y sus enemigos —Austria, Prusia, Rusia e Inglaterra—, pero a continuación volvió a ponerse al frente de los ejércitos para otros doce años de fulgurantes y más lejanas conquistas: Austria en 1805 y 1809, Prusia en 1806, y finalmente la desastrosa campaña de Rusia en 1812. Solo en España, donde entre 1809 y 1814 sus mariscales tuvieron que enfrentarse a una buena fuerza expedicionaria al mando de Wellington, apoyada por la guerrilla generalizada en la península y abastecida por la marina inglesa (que desde la victoria en Trafalgar, en 1805, era dueña de los mares), encontró una firme resistencia. Su gran ejército no era el de la revolución, aunque muchos oficiales y algunos soldados fueran supervivientes de las épicas campañas de 1793-1796; pero era ya un ejército instrumento del poder estatal más que al servicio de una ideología. No obstante, aún conservaba algo de su código ético revolucionario para que las grandes victorias napoleónicas —Austerlitz (1805), Jena (1806), Wagram (1809)— pareciesen continuación de su arrolladora tradición. Sobre sus devastadores resultados, Clausewitz, excombatiente de los primeros enfrentamientos prusianos con los ejércitos revolucionarios y testigo de la derrota de Napoleón en 1815, construiría la teoría de que el encauzamiento de la voluntad popular hacia fines estratégicos producía el acercamiento de la «guerra real» a la «guerra verdadera», fundando en ello su convicción de que la guerra era en definitiva un acto político.

Las ideas de Clausewitz no eran enteramente originales suyas, como él mismo admitía, pues señalaba que Maquiavelo tenía «muy bien fundadas opiniones sobre asuntos militares»; pero era decir poco. Su obra *El arte de la guerra*, de la que solo en el siglo XVI se publicaron veintiuna ediciones, era un texto revolucionario, por ser el primer manual que vinculaba directamente la guerra con el arte de gobernar^[495]. Escritores clásicos como Filón, Polibio y Vegecio se habían limitado a teorizar a propósito de cómo debían organizarse los asuntos militares; mientras que Maquiavelo demostraba cómo un ejército bien organizado —con lo cual quería decir un ejército reclutado entre los súbditos y no de mercenarios— podía alcanzar los fines del gobernante. Fue una obra utilísima para los dirigentes de la época, en un momento en el que la reactivación de la economía monetaria erosionaba los fundamentos feudales del reclutamiento y se hallaban realmente en el brete de cómo poner en pie de guerra ejércitos de confianza. Sin embargo, Maquiavelo tenía modestos objetivos, pues no perseguía más que dar consejos prácticos a hombres como él, miembros de la clase política de las prósperas ciudades del Renacimiento; mientras que las pretensiones intelectuales de Clausewitz eran rayanas en la megalomanía. A semejanza de su

contemporáneo Marx, reivindicaba haber descubierto la realidad intrínseca y fundamental del fenómeno que había elegido como objeto de estudio. No se limitaba a aconsejar, él hablaba de verdades incontrovertibles: la guerra era la continuación de la política con otros medios, y cualquier gobierno que fuera tan ciego como para no ver esa verdad estaba condenado a un duro escarmiento por parte de los que no lo fueran.

De ahí el entusiasmo con que el gobierno de su propio país —el prusiano— acogió, a mediados del siglo XIX, sus ideas, que recibió de sus alumnos y partidarios de la academia de guerra y el estado mayor. *De la guerra* fue un libro de espoleta retardada; pero cuando el ejército prusiano libró las guerras de hegemonía en Alemania, ya estaba impregnado de estas ideas, y las victorias logradas en 1866 y 1870-1871 hicieron que, a partir de entonces, la diplomacia del nuevo imperio alemán siguiera la misma directriz. Por un inevitable fenómeno de ósmosis, todo el estamento militar europeo se fue impregnando; y puede decirse que en 1914 sus planteamientos eran tan clausewitzianos como era marxista la confluencia continental entre el socialismo y los movimientos revolucionarios.

Como los fines de la Primera Guerra Mundial estaban determinados en gran medida por ideas clausewitzianas, después de la guerra fue considerado como el intelectual que había engendrado la catástrofe. B. H. Liddell Hart, por entonces el escritor militar más influyente, lo satirizó llamándolo «el Madhi de la masa»^[496]. Considerada en retrospectiva, la imputación de tal influencia resulta exagerada; no cabe duda de que sus ideas ejercieron bastante influjo en los cálculos de los generales antes de 1914 respecto a las enormes masas de tropa que habría que desplegar para obtener ventaja en el futuro campo de batalla y a la enorme proporción de bajas previstas. La consecuencia fue que los ejércitos europeos requerían cada vez mayor número anual de conscriptos, tanto para las fuerzas de campaña, que constituirían la primera línea defensiva, como para las reservas para reponer las bajas y crear nuevas unidades. Pero de nada habría valido que los generales quisieran más soldados o que los estados instituyeran el método de reclutamiento forzoso para dárselos, si los propios soldados no hubieran querido servir. Desde la formación de los primeros estados, los generales siempre han pedido mayor número de tropas, y la historia de la burocracia está plagada de ejemplos de métodos de alistamiento fútiles y descartados. Incluso cuando un estado posee los medios para localizar a los varones jóvenes aptos para el servicio en sus centros de trabajo o lugar de residencia, como era el caso de los estados europeos en 1914, las mejores fuerzas de policía habrían sido incapaces de llevar a los cuarteles a ese segmento de edad de la población si este se hubiera negado y la sociedad en su conjunto lo hubiera apoyado.

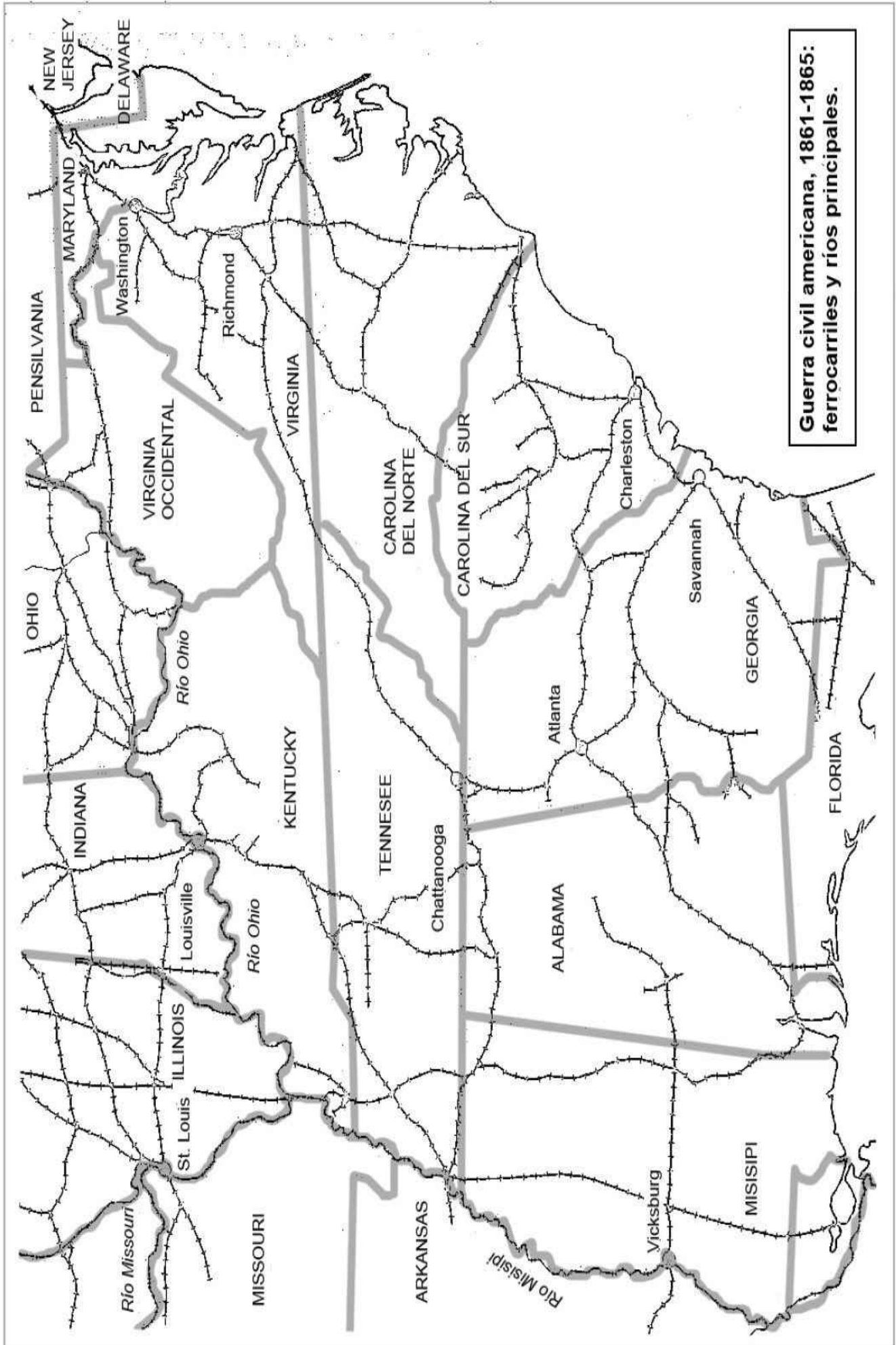
El hecho de que no se negaran ni nadie los ayudara nos da una explicación muy distinta de la de los que afirman que Clausewitz fue el arquitecto de la Primera Guerra Mundial. Los arquitectos crean estructuras, pero no pueden determinar estados de ánimo; son reflejo de una cultura, pero no la crean. En 1914, un estado de

ánimo cultural sin precedentes dominaba en la sociedad europea; un estado de ánimo que aceptaba el derecho del estado a exigir el deber de todo varón apto a realizar el servicio militar; un estado de ánimo que percibía el cumplimiento del servicio militar como un entrenamiento necesario como virtud cívica y que consideraba la tradicional distinción social entre el guerrero —como individuo distinto, con rango o sin rango— y los demás como un prejuicio anticuado.

Muchas cosas se habían opuesto a este estado de ánimo, sobre todo la creencia del siglo XIX en las bondades del progreso, cuyos hitos principales eran la creciente prosperidad y el aumento de gobiernos liberales constitucionales. También suponía una oposición el potente resurgir del sentimiento religioso como reacción contra el ateísmo de la revolución y de las pretensiones de la ciencia por explicar el universo, a pesar de que esto último hubiese potenciado la prosperidad. Sin embargo, el optimismo y la repulsa moral de la violencia no podrían prevalecer frente a las otras fuerzas que impulsaban la militarización de la vida europea.

Estados Unidos, cuya sociedad, a mediados de siglo, estaba menos militarizada que la europea, fue el primero en descubrir el peligro de esta tendencia. Al sumirse en la guerra civil en 1861, ni el Norte ni el Sur esperaban que fuese un conflicto prolongado, y los dos bandos se apresuraron a reunir unos improvisados ejércitos, que marcharon al campo de batalla con la esperanza de una rápida victoria; ninguno de ellos pensó en la movilización masiva de tropas ni en la intervención de la industria. Desde luego, el Sur tenía poca industria que movilizar; pero ambos constataron, conforme la suerte les fue siendo esquiva en el campo de batalla, que estaban obligados a aumentar sus ejércitos para tratar de lograr, gracias a la superioridad numérica, un triunfo que sus generales no alcanzaban. Finalmente, el Sur congregaría a casi un millón de hombres en las armas, y el Norte a dos millones, de una población antes del conflicto de treinta y dos millones. El índice de participación militar del diez por ciento, que es el que arrojan estas cifras, es, como hemos visto, aproximadamente lo máximo que la sociedad puede tolerar para continuar funcionando al nivel normal de eficiencia. El Sur habría podido reforzar la mano de obra bélica reclutando a los varones aptos de su población de cuatro millones de esclavos; pero la naturaleza como propiedad privada de tales esclavos, que es lo que precisamente trataba de defender en la guerra, se lo impedía. El Norte, con sus muy superiores recursos económicos —incluidas una marina de guerra y mercante más cuantiosa y una red ferroviaria más densa—, pudo ejercer el bloqueo contra el Sur desde el inicio de las hostilidades y transportar tropas hacia los puntos más vulnerables de los sudistas. En 1863 había dividido en dos al enemigo, y en 1864 tenía separado el este y el oeste de su zona más productiva. No obstante, la superioridad logística no sería el factor decisivo de la guerra mientras las tropas del Sur estuvieran dispuestas a combatir y dispusieran, como así fue, del mínimo indispensable de medios. Por lo tanto, las batallas de 1864 fueron tan sangrientas como las de 1862 y 1863, y los sudistas lucharon con el mismo tesón defendiendo su

tierra como lo habían hecho en Gettysburg durante la ofensiva contra el Norte. El coste para ambos bandos de este interminable enfrentamiento era atroz. En abril de 1865, al culminar el estrangulamiento del Sur, habían muerto seiscientos veinte mil estadounidenses como consecuencia directa de la guerra, una cifra superior a los que perecieron en las dos guerras mundiales, en Corea y en Vietnam.



Las consecuencias emocionales de la guerra sirvieron para vacunar a varias generaciones de estadounidenses contra el falso romanticismo de los uniformes y la instrucción militar. No obstante, el espectáculo de la guerra poniendo en pie cuantiosos ejércitos improvisados fomentó el «voluntariado» de futuros ciudadanos-soldado en otros países, sobre todo en Gran Bretaña, y sirvió de apoyo al constante aumento de reservistas movilizables en Alemania, Francia, Austria, Italia y Rusia.

El nacionalismo en auge de estos países tenía un impulso militarista, y ese nacionalismo se nutría de un pujante imperialismo colonialista. Aunque la Europa continental estuvo rara vez en guerra entre 1815 y 1914 —pese a los conflictos internacionales entre 1848 y 1871 y una serie de guerras civiles, el periodo continúa denominándose la «gran paz»—, los ejércitos y las marinas de guerra europeas se encontraban constantemente en acción en la India, en África y en el centro y el sudeste de Asia, y sus éxitos en campañas de modestos objetivos pero de resultados espectaculares causaban enorme satisfacción en las respectivas naciones que las emprendían. Sin embargo, el sentimiento más fuerte que aportaba consenso popular a la militarización quizá fuera la emoción del proceso en sí. La proclamación de la igualdad había otorgado a la revolución francesa uno de sus mayores atractivos, y estaba enraizada en la identificación de la igualdad como derecho a llevar armas, lo que había inculcado en la conciencia europea la idea de que servir como soldado enriquecía el concepto de ciudadano. La revolución francesa, efectivamente, había acabado con el mercenarismo, erradicando a la vez el privilegio de la antigua clase militar para monopolizar el derecho al mando: los ejércitos surgidos de las guerras de la revolución francesa y el imperio se percibían —tal vez de un modo ilusorio, ya que la vieja clase militar continuó empeñada en la defensa de su privilegio de efectuar los nombramientos— como instrumentos de cohesión social y hasta de igualdad social. Dentro de ellos, los jóvenes bien dispuestos de clase media podían aspirar al ascenso y a la posición social, a la par que todos los demás jóvenes, vistiendo el uniforme, daban muestra de su aceptación plena como miembros iguales de la comunidad. El alistamiento mercenario y el regular habían sido considerados, cada uno a su modo, como formas de servilismo; la conscripción universal, por el contrario, confería respetabilidad y hasta amplitud de horizontes. Como ha dicho William McNeill: «Por paradójico que parezca, huir de la libertad muchas veces era una auténtica liberación, en particular para los jóvenes que vivían en circunstancias de muy rápido cambio y que aún no habían asumido el papel pleno de adultos»^[497].

Este juicio lleva implícito que existía cierto grado de infantilismo en esa adhesión entusiasta de Europa a la tendencia militarista, y tal vez no sea de extrañar: «infantilismo» e «infantería» tienen una raíz común. Y en tal caso, se trataba del infantilismo de un niño pensante. A los prohombres listos y a los gobiernos responsables no les faltaron argumentos retóricos para justificarse. Por ejemplo, el informe de la cámara de diputados francesa sobre el auge de la conscripción en 1905, destinado a aumentar aún más el ejército, se abría con este preámbulo:

Es en las sublimes ideas nacidas de la revolución francesa en las que los criterios de una gran democracia republicana [...] deben inspirarse; y cuando, después de más de un siglo, el legislador puede pedir a los ciudadanos —sin distinción de riqueza, instrucción o educación— que consientan en dar una parte igual de su tiempo a su país, sin excepciones ni privilegios de ningún tipo, ahí está la prueba de que el espíritu democrático vuelve a soldar las cadenas del tiempo^[498].

Así se expresaba el parlamento de la democracia más avanzada de Europa, en la ciudad de la luz, nueve años antes de que se evidenciaran las consecuencias de crear ejércitos masivos de ciudadanos. El 3 de agosto de 1914, tercer día de la Primera Guerra Mundial, los rectores de las universidades bávaras emitían el siguiente comunicado conjunto:

¡Estudiantes! Las musas guardan silencio. La solución es la batalla, la batalla a que nos obligan la cultura alemana, que se ve amenazada por los bárbaros del este, y los valores alemanes, que nos envidia el enemigo del oeste. Así el *furor teutonicus* vuelve a inflamarse. Estalla el entusiasmo de las guerras de liberación, y se inicia la guerra santa^[499].

En este singular arrebato de la cúpula del profesorado alemán, en competición con los oficiales del estado mayor por obtener el primer puesto en la sociedad, media docena de elementos primitivos semilatables en la larga experiencia humana de hacer la guerra afloraban a la superficie. Se dejan al margen la razón y el estudio («las musas guardan silencio»); se invoca el terror de la estepa («los bárbaros del este», entiéndase los cosacos rusos); el propio pasado bárbaro de Alemania (el *furor teutonicus*, merced al cual la civilización clásica, reconstruida en su mayor parte por estudiosos alemanes, había sido destruida) de pronto vuelve a considerarse estimable; y el llamamiento a la guerra santa (un concepto musulmán y no cristiano, ni siquiera occidental) se antepone a las firmas de unas personas que incuestionablemente compartían la idea predominante en Europa de que la obra del islam había sido sembrar la corrupción y la decadencia allí donde se hubiera predicado el Corán.

Estas contradicciones no fueron advertidas por los estudiantes bávaros —o alemanes—, quienes, sin instrucción militar (las leyes de conscripción los eximían del servicio militar hasta terminar sus estudios), se alistaron voluntarios casi como un solo hombre para formar los cuerpos de ejército XXII y XXIII, que en octubre de 1914, tras dos meses de instrucción, entraron en acción contra los regulares del ejército británico cerca de Ypres, en Bélgica. El resultado fue una matanza de inocentes (denominada en alemán la *Kindermord bei Ypern*), en cuya memoria actualmente existe un triste monumento. En el cementerio de Langemarck, dominado por una capilla decorada con los emblemas de las universidades alemanas, yacen los cuerpos de treinta y seis mil jóvenes en una fosa común, muertos todos en tres semanas de

combate; la cifra casi iguala a las bajas en acto de servicio de los soldados estadounidenses en los siete años de guerra en Vietnam.

POTENCIA DE FUEGO Y LA CULTURA DEL SERVICIO OBLIGATORIO

Un superviviente de Langemarck —un individuo singular entre sus compañeros de armas universitarios, ya que su caótico temperamento le había vedado el acceso a estudios superiores— fue Adolf Hitler. Había demostrado ser buen soldado y siguió en servicio, a pesar de varias heridas, hasta el final de la guerra. Esta circunstancia lo transformó también en un hombre raro. Su regimiento, el XVI de la reserva bávara, salió del frente después de un mes en primera línea en Ypres, con solo seiscientos once hombres ilesos de los tres mil seiscientos que lo componían; y al cabo de un año apenas si quedaba uno solo de sus primeros combatientes. Esta cantidad de bajas era por entonces algo corriente en todas las unidades de combate de los ejércitos beligerantes, que registraban un derramamiento de sangre sin precedentes, en dos aspectos: las bajas totales para cualquier periodo dado de la guerra eran absolutamente más altas que las registradas jamás; y el índice de bajas, el porcentaje calculado con respecto a las fuerzas, tampoco tenía paralelo, porque nunca antes tan alta proporción de la población se había visto envuelta en combates. No resulta fácil ser categórico a propósito de las cifras de bajas, pues, como todo historiador militar sabe, son un atolladero en el que se hunden peligrosamente todos los especialistas cuanto más tratan de salir de él. De épocas anteriores a la estadística, es decir, de todas las anteriores al siglo XIX, carecemos de datos poblacionales, así que, aunque sean fiables las cifras sobre fuerzas de un ejército, cosa poco frecuente, es difícil convertir las bajas registradas en combate, tampoco muy fiables, en una cifra que represente la proporción verídica de los combatientes de un país. Así, por ejemplo, aunque suele aceptarse que la república romana perdió cincuenta mil de los setenta y cinco mil soldados que intervinieron en Cannas, no sabemos qué magnitud tenían las fuerzas militares de Roma en el siglo III a. de C., y no podemos comparar la escala del desastre con, pongamos por caso, el del bosque de Teutoburgo en el siglo I de nuestra era.

Sin embargo, no está de más suponer que todos los ejércitos de los estados organizados antes de que se introdujera la conscripción universal constituían la fracción menor de la población; en Francia, en 1789, ciento cincuenta y seis mil de un total de veintinueve millones cien mil (aunque en 1793, con la conscripción, la cifra se había elevado a novecientos ochenta y tres mil); sabemos también que el coste de una batalla solo en contadas ocasiones superaba el diez por ciento de bajas; y, finalmente, se sabe que las batallas eran incidentes poco frecuentes en las guerras (la República francesa libró solo cincuenta, por tierra y mar, entre 1792 y 1800, es decir,

seis por año; una cifra muy alta respecto a épocas anteriores^[500]). Por lo tanto, podemos concluir que la noticia de la muerte en combate era una tragedia familiar relativamente infrecuente antes del siglo XIX. Las batallas de Napoleón, libradas con gran número de tropas al igual que las del ejército francés del *ancien régime*, incrementaron esa incidencia. En Borodino (1812), su victoria pírrica en las afueras de Moscú, perdió veintiocho mil hombres de un total de ciento veinte mil; mientras que en Waterloo, una batalla a la que casi por primera vez podemos aplicar métodos estadísticos, tuvo veintisiete mil bajas de un total de setenta y dos mil hombres, y Wellington quince mil de sesenta y ocho mil.

Las cifras de la guerra de Secesión estadounidense (de cuya exactitud dan fe el número de pensiones de viudedad de las esposas de los caídos) acusan una tendencia al alza: en las cuarenta y ocho batallas principales durante los cuatro años de hostilidades murieron unos noventa y cuatro mil confederados de un total de un millón trescientos mil alistados; y ciento diez mil de dos millones novecientos mil unionistas. El superior índice de bajas de los confederados, un siete por ciento en comparación con un tres de los unionistas, se explica en función de factores como la menor tasa de desertión y el mayor número de intervenciones, al ser un ejército más pequeño^[501]. La muerte de doscientos mil hombres jóvenes en combate en los cuatro años, respecto a una población de treinta y dos millones en 1860, dejó una herida emocional que motivó una prolongada denigración de la guerra en Estados Unidos; situación exacerbada por la muerte de cuatrocientas mil personas más a causa de las enfermedades y las penalidades^[502].

En 1914 el azote tradicional de las enfermedades, hasta entonces el factor de mortandad más importante, ya no afectaba a los ejércitos; la guerra de los bóers (1899-1902) fue la última en que el ejército inglés tuvo más bajas por enfermedad que por disparos. Esto, sin embargo, hizo más lamentable aún la lista de bajas de 1914-1918. El servicio militar se había transformado en una actividad saludable; los reclutas criados en su casa en un ambiente en el que la salud pública había mejorado, bien alimentados con los productos de la agricultura mecanizada, se mantenían en forma y fuertes. Efectivamente, en cierto sentido, las largas listas de bajas de la Primera Guerra Mundial reflejaban directamente el descenso de la tasa de mortandad infantil y el aumento de la esperanza de vida durante el siglo anterior. Estos factores se concatenaron para arrojar anualmente las enormes cifras, crecientes, de la carnicería. En septiembre de 1915, el ejército francés había sufrido un millón de bajas —un tercio de las cuales, aproximadamente, eran mortales—, en las batallas fronterizas de Marne, Aisne, Picardía y Champaña. En la batalla de Verdún (1916) tuvo medio millón de muertos y heridos (suele aceptarse la proporción convencional de uno a tres), y los alemanes más de cuatrocientos mil. El primer día de la batalla del Somme (el 1 de julio del mismo año) el ejército inglés tuvo veinte mil muertos, casi tantos como había tenido en toda la guerra de los bóers entre muertos y heridos.

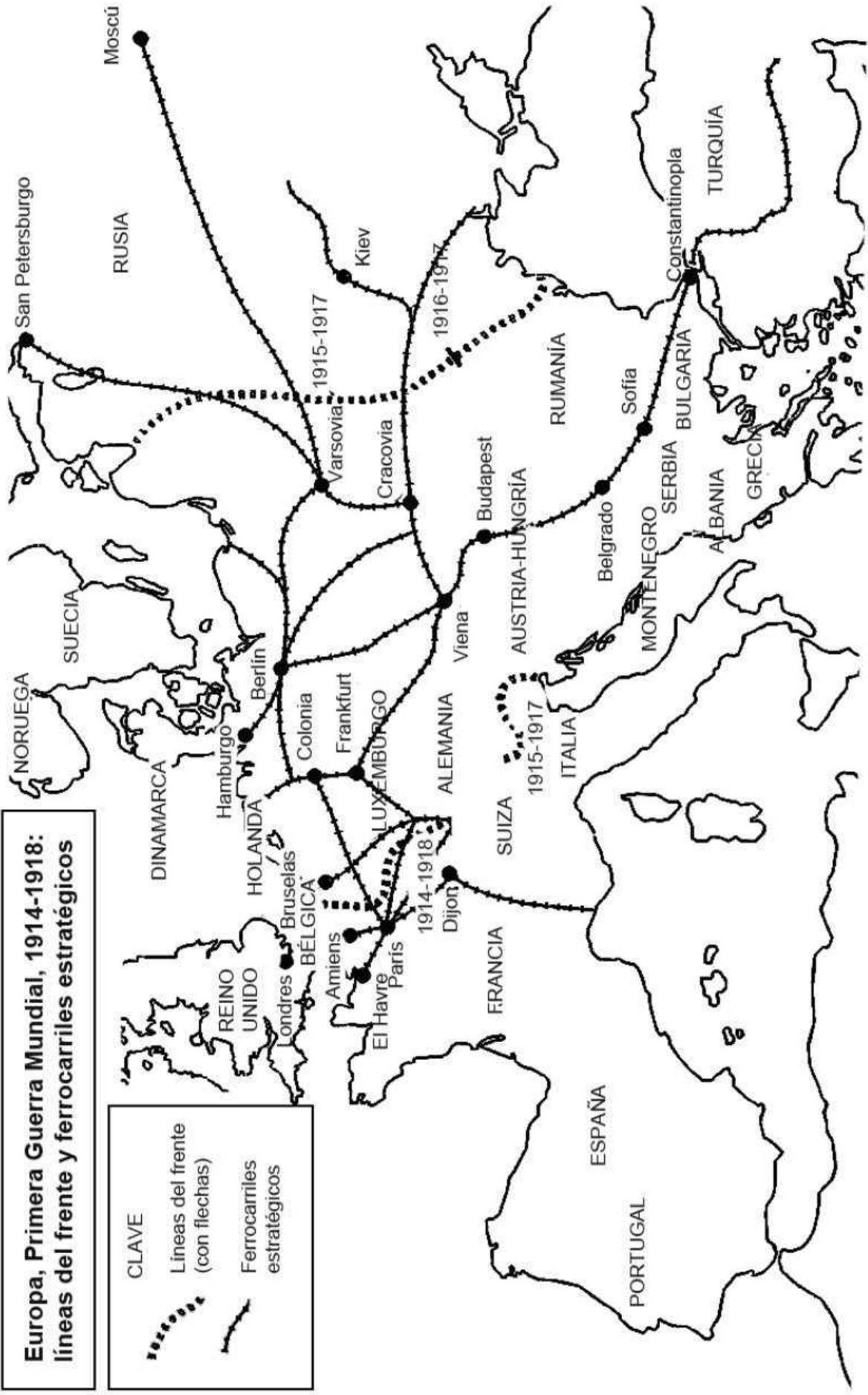
En 1917 el ejército francés había tenido un millón de muertos, y en abril, tras una

nueva ofensiva desastrosa en Champaña, la mitad de las divisiones en combate se negaron a acatar la orden de ataque. El suceso, calificado ambiguamente de amotinamiento, cabe tildarlo más de huelga militar general contra una operación con escasas probabilidades de realización, pues cuatro de cada nueve franceses alistados en las unidades de combate sufrían heridas o habían muerto casi hacia el final de la guerra. A finales de aquel año, el ejército italiano, al que su gobierno había lanzado contra Austria en 1915, hizo lo propio; tras sufrir un millón de bajas en inútiles ofensivas en los Alpes, se hundió frente a la contraofensiva austro-alemana, y quedó de hecho inmovilizado hasta el armisticio. El ejército ruso, con bajas sin contabilizar, ya había comenzado por entonces a «votar por la paz con los pies», en frase de Lenin. El triunfo político de este en la revolución de Petrogrado en octubre de 1917 no se habría producido de no ser por el desastre militar del ejército en Prusia oriental, Polonia y Ucrania, que desbarató las unidades con que el gobierno constitucional contaba.

En retrospectiva, son fáciles las explicaciones mecanicistas para este salto cuantitativo en las tasas de bajas. La potencia de fuego, tanto del arma individual como de las ametralladoras y la artillería, se había multiplicado centenares de veces desde la época de «indecisión» de la pólvora en el siglo XVIII. En aquel entonces, se calculaba que el índice de muertes causadas por los disparos —sin contar los de artillería— había descendido de una (muerte) por cada doscientos (disparos), a una por cada cuatrocientos sesenta^[503]. Si los mosqueteros efectuaban a lo sumo tres disparos por minuto sobre una fuerza enemiga superior a cincuenta mil hombres, aun así, las bajas infligidas en unos minutos de intercambio de disparos bastaban para crear una huida despavorida hacia la retaguardia de uno u otro bando; y era precisamente ese pánico el motivo de que los comandantes trataran de elegir el campo de batalla^[504]. En 1914 el soldado de infantería efectuaba quince disparos por minuto; una ametralladora seiscientos; y una pieza de artillería con granadas de metralla y bolas de acero, veinte. Mientras la infantería estaba a cubierto, se perdía la mayor parte del efecto de este fuego, pero cuando se ponía en pie para pasar al ataque se podía aniquilar un batallón de mil hombres en cuestión de minutos. Eso fue lo que sucedió con el primer regimiento de Newfoundland el 1 de julio de 1916, y de otros que sufrieron casi las mismas bajas. Además, huir de semejante lluvia de fuego no servía de nada, ya que los fugitivos habían de cruzar una zona mortífera de centenares de metros antes de alcanzar el refugio atrincherado; por ello, el fuego los clavaba sobre el terreno, y si habían sido heridos, la mayoría de las veces allí se quedaban hasta perecer.

**Europa, Primera Guerra Mundial, 1914-1918:
líneas del frente y ferrocarriles estratégicos**

CLAVE
 Líneas del frente
 (con flechas)
 Ferrocarriles
 estratégicos



Todos los esfuerzos —dirigidos a métodos indirectos— del alto mando en la Primera Guerra Mundial por salir del empate que imponía el fuego en los frentes se saldaron con un fracaso. La acción de las flotas, en particular, dio pobres resultados, en comparación con las enormes sumas gastadas en su construcción en los sesenta años transcurridos desde la sustitución del casco de madera por el metálico. Las flotas de madera, como hemos visto, fueron instrumentos de extraordinaria eficacia en la era de la tecnología de la pólvora, tanto en Europa como en otros mares lejanos; las potencias navales europeas impusieron con ellas su poder a pueblos remotos que, aunque hubiesen tenido el recurso a las armas de fuego, culturalmente no estaban preparados para librar ese tipo de guerra.

En los mares de Europa, los países con importancia naval, sobre todo Gran Bretaña, no solo habían conseguido establecer un dominio constante sobre las rutas de comercio y las zonas operativas críticas, sino también proporcionar un apoyo eficaz a sus ejércitos de tierra, fundamentalmente mediante el bloqueo y el abastecimiento logístico. Fue con ese objeto con el que Alemania compitió con Gran Bretaña en la carrera armamentista naval de construcción de acorazados en la primera década del siglo xx; una carrera como consecuencia de la cual sus respectivas marinas se dotaron de docenas de acorazados tipo *Dreadnought* (en 1914 Gran Bretaña disponía de veintiocho, y Alemania de dieciocho), capaces de destruirse mutuamente a distancias de más de veinte millas. La esperanza del almirantazgo alemán era sorprender ventajosamente a la flota inglesa en el mar del Norte e infligirle graves pérdidas para poder quebrantar las rutas comerciales del Atlántico y hundir el comercio inglés. Pero sus esfuerzos resultaron inútiles, sobre todo en la batalla de Jutlandia (mayo de 1916), y a partir de entonces se vio prácticamente confinada a sus bases. Mucho mayor éxito tuvo con el contrabloqueo de Inglaterra con su flota de submarinos y la política de hundir barcos sin previo aviso en 1917; pero esta estrategia tampoco obtuvo un éxito total una vez que el almirantazgo británico recurrió a la práctica del siglo xviii de organizar convoyes de mercantes escoltados por buques de guerra.

Los intentos de Gran Bretaña por restablecer su estrategia anfibia, merced a la cual las fuerzas expedicionarias eran situadas y abastecidas por la marina en puntos vulnerables de la periferia enemiga, sufrieron un serio revés en el único lugar en que se llevaron a cabo, en Galípoli, Turquía, en abril de 1915. Los defensores turcos, recién aliados de Alemania, desplegaron todo el valor que tan temibles los había hecho en Europa trescientos años antes, y demostraron que se habían hecho maestros en la nueva tecnología de las armas de fuego. En Galípoli la potencia de fuego sobre la costa venció a la potencia estratégica naval.

Pero esta última contribuyó a romper el equilibrio de la potencia de fuego entre los aliados y Alemania en el frente del oeste francés, fundamentalmente al asegurar el cruce seguro del Atlántico de una fuerza expedicionaria estadounidense que en 1918 comenzó a llegar en contingentes suficientes como para levantar la moral del ejército

francés y la tan quebrantada del británico. Llegada que, a su vez, desmoralizó a los alemanes, cuyas cinco ofensivas «victoriosas» en la primavera y verano de aquel año fueron desbaratadas con líneas defensivas apresuradamente improvisadas para contener su avance. En octubre de 1918 comenzaron por fin a dar las mismas señales de desgaste que ya se detectaban desde el año anterior en los ejércitos francés, ruso, italiano e incluso británico. Todas sus unidades de infantería habían sido reemplazadas dos y hasta tres veces, igual que las de sus adversarios; y a pesar del triunfo sobre Rusia en el frente oriental, una serie de éxitos en otros frentes y el riesgo de derrota que habían corrido los aliados, comenzaron a flaquear en un esfuerzo que ya tenía visos de inútil. En noviembre, el alto mando alemán, ante la irrefutable evidencia de que habían agotado a la tropa hasta lo indecible, solicitó un armisticio.

Lo cierto era que todos los beligerantes habían agotado a sus tropas. La penosa experiencia había sido tan buscada como obligada; la población que había recibido con tanto entusiasmo la declaración de guerra en 1914, dejó que sus jóvenes fuesen a los frentes de batalla convencida de que no solo ganarían batallas, sino también gloria, y que su regreso con los laureles del triunfo justificaría todas las esperanzas depositadas en la cultura del servicio militar obligatorio y el compromiso con el militarismo. Pero la guerra quebró esas ilusiones. «De cada hombre un soldado», el lema intrínseco a la política de la conscripción, se basaba en una incomprensión palmaria de lo que es capaz la naturaleza humana.

Puede que los pueblos guerreros hicieran de cada hombre un soldado, pero se habían preocupado de luchar únicamente de una manera que evitase el conflicto directo y sostenido con el enemigo, admitiendo el abandono del combate y la retirada como reacciones permisibles y razonables a una determinada resistencia, sin hacer un mito del valor desesperado y tomando minuciosas medidas materiales sobre el recurso a la violencia. Los griegos mostraron una actitud más cruda; pero, aunque instituyesen el combate cara a cara, no llevaron la ética de su modo de hacer la guerra al extremo de exigir una derrota total, clausewitziana, como resultado ineludible. Sus descendientes europeos también habían limitado los fines de la guerra: los romanos, al establecer, pero sobre todo asegurar, una frontera defendible para su civilización — en lo esencial, como la filosofía militar china—; mientras que los sucesores de los romanos habían luchado sobre todo, aunque de un modo no menos incesante, por el disfrute de derechos en territorios muy determinados. Y, de una manera distinta, las batallas por derechos caracterizaron también las guerras de la época de la pólvora. Aunque esas luchas se vieron exacerbadas por las diferencias religiosas propugnadas por la Reforma, los protestantes actuaron más por cuestionar los derechos preexistentes que por imponer otros nuevos. Además, en ninguno de estos contextos aspiraron los contendientes a la quimera de que se movilizase a toda la población masculina para proseguir el conflicto. Aunque hubiese sido materialmente posible, cosa que la imperiosa demanda laboral agrícola impedía, por no decir el sistema

fiscal, ninguna sociedad anterior a la de 1789 consideraba el servicio militar más que como una profesión para unos pocos. Las guerras se juzgaban con todo rigor como un asunto demasiado brutal; salvo para aquellos que habían sido criados para hacerlas por su posición social, o para los que habían sido impulsados a alistarse precisamente por falta de posición social; mercenarios y regulares, gente sin trabajo y muchas veces fuera de la ley se consideraban buenos para la guerra porque la vida pacífica poco podía ofrecerles salvo equivalentes penalidades.

La exclusión de los industriales, los especializados, los cultos y los pequeños propietarios del servicio militar reflejaba una apreciación lógica de cómo la naturaleza de la guerra se vinculaba a la naturaleza humana. Su rigor no era para hombres de hábitos cómodos, regulares y productivos; pero en su frenesí de igualdad, la revolución francesa descartó sin ambages esta percepción, tratando de conceder a la mayoría lo que hasta entonces había sido privilegio de una minoría: el título de plena libertad legal que representaba la condición aristocrática de guerrero. La revolución no se equivocaba del todo, pues muchos hombres respetables, cuyos padres se habrían inhibido ante el servicio militar, resultaron excelentes soldados, en los estamentos bajos y altos: Murat, el más fulgurante de los mariscales de Napoleón, había estudiado para cura; Bessières era estudiante de medicina; Brune, editor de un periódico^[505]. Es cierto que el seminario y la prensa fueron los antecedentes de Stalin y Mussolini, pero se trata en este caso de individuos de airado temperamento en su edad adulta; mientras que, en su época, Murat, Bessières y Brune pasaban por ser respetables *bourgeois*, y fue un azar que su temperamento se adaptase a la disciplina y al riesgo de la vida militar. Pero, incluso en el ejército napoleónico, constituían una excepción; cien años después no lo habrían sido, pues los ejércitos de la Primera Guerra Mundial estaban formados de arriba abajo por representantes de todos los estamentos sociales, y muchos de los supervivientes sirvieron dos, tres y hasta cuatro años con ejemplar estoicismo. Pero un doscientos o trescientos por ciento de bajas en la infantería y una cifra de muertos superior a un millón bastan para quebrar el espíritu de una nación. En noviembre de 1918, Francia había perdido un millón setecientos mil jóvenes, de una población de cuarenta millones; Italia seiscientos mil, de una población de treinta y seis millones; el imperio británico, un millón, de los cuales setecientos mil formaban parte de la población de cincuenta millones de las islas británicas.

El empecinamiento de Alemania hasta el final, a pesar de haber perdido dos millones de una población de setenta, es sorprendente; pagó el precio emocional, aunque con una moneda muy distinta de la que circulaba entre los países vencedores. Allí, el coste se consideraba demasiado elevado como para pagarlo de nuevo. «Empiezo a restregarme los ojos ante la perspectiva de la paz», escribió Cynthia Asquith, nuera de un ex primer ministro británico, en octubre de 1918. «Creo que requerirá más valor que todo lo que hemos pasado [...]; aceptar, completa y definitivamente, que los muertos lo seguirían estando tras la guerra»^[506].

Naturalmente, noviembre de 1918 puso fin a la angustia vivida durante cuatro años por millones de familias ante la perspectiva de que un empleado de correos llamara a su puerta con un telegrama de defunción; pero no se equivocaba lady Asquith. La lista de bajas había hecho mella en prácticamente todas las familias, y el duelo perduró mientras vivieron los afectados. Aún hoy aparecen en los periódicos británicos columnas *in memoriam*, con nombres de padres y hermanos que murieron en las trincheras o en tierra de nadie hace casi ochenta años. Tan profundas heridas psíquicas no se curan olvidándolas con el paso del tiempo; se enconan en la conciencia colectiva, y la conciencia nacional de británicos y franceses después de 1918 se sublevaba al pensar que pudiera repetirse tanto sufrimiento.

Francia trató literalmente de amurallarse frente a la posibilidad de una nueva atrocidad como aquella de las trincheras, construyendo con cemento armado una imitación de ese mismo sistema a lo largo de la frontera con Alemania —la línea Maginot—, que, en su primera fase, resultó tan costoso (tres millones de francos) como el programa naval *Dreadnought* de 1906-1913 de Gran Bretaña; y que, a modo de una flota terrestre de acorazados, estaba pensado para impedir que cualquier ofensiva de un hipotético ejército alemán —pues, en efecto, Alemania había quedado privada de ejército en virtud de los acuerdos de paz— alcanzase el suelo francés^[507]. Los ingleses reaccionaron ante la posibilidad de otra guerra con la misma repugnancia que los franceses, aunque sin igual realismo. En 1919, a instancias de Winston Churchill, ex primer lord del almirantazgo y secretario de estado del ejército y la aviación, se adoptaría la decisión de «con el propósito de estructurar los cálculos [de defensa], [debe suponerse] que no habrá guerra antes de diez años»; y esta «directriz de diez años» fue renovada anualmente hasta 1932, e incluso después, a pesar del ascenso de Hitler al poder en 1933, dispuesto a invertir la situación creada tras la Primera Guerra Mundial. No obstante, Inglaterra no emprendería sustanciales medidas de rearme hasta 1937^[508]. Mientras tanto, Hitler había restablecido la conscripción y emprendía la reinstauración de una cultura bélica entre las nuevas generaciones alemanas.

ARMAS DEFINITIVAS

La Primera Guerra Mundial había sido para Hitler «la mayor experiencia de todas»^[509]. Al igual que una minoría de excombatientes de todos los ejércitos, había encontrado en la emoción y el peligro de las trincheras algo eufórico, enaltecedor. Por su valor le habían concedido condecoraciones y se había ganado el aprecio de sus oficiales; y la camaradería de las armas, después de años de una vida de paria en las callejas de Viena, había reforzado en él su ferviente convencimiento de la superioridad del pueblo alemán sobre los demás. Además, le reconcomía la humillación de la paz de Versalles y las condiciones impuestas a Alemania, la pérdida

de territorio, la reducción del ejército a cien mil hombres, la exclusión de los buques más modernos de la armada, y la prohibición de disponer de fuerzas aéreas; condiciones aceptadas por el gobierno alemán, al que no le quedaba otra alternativa ante el bloqueo naval aliado, que por fin lograba lo que no había conseguido durante la guerra. El rencor de Hitler era similar al de tantos excombatientes que lo apoyaron cuando decidió emprender una política de extrema derecha en 1921 con el núcleo de un partido paramilitar.

Los partidos paramilitares iniciaron su andadura en casi todos los países que habían perdido o habían visto frustradas sus expectativas de victoria. La excepción fue Turquía, en donde Atatürk, salvador de la patria, después de que los aliados la despojasen de su imperio de Oriente Medio, logró que, por primera vez, su belicoso pueblo adoptase una estrategia moderada. En Rusia, el ascendente partido bolchevique, vencedor en la guerra civil, instituía un régimen que, a pesar de toda su retórica de igualitarismo, llegaría mucho más lejos que la revolución francesa en subordinar todo aspecto de la vida pública, y muchos de la privada, a la cúpula dirigente, reforzándolo con una disciplina arbitraria y un contagioso sistema de espionaje interno. En Italia, Mussolini —portavoz de todos los que pensaban que franceses e ingleses se habían llevado la parte del león en la victoria, pese a que la contribución de sangre italiana había sido similar— dio un golpe de estado con un partido que vestía uniformes militares, imitaba sus hábitos y exiliaba o encarcelaba a sus adversarios políticos, al tiempo que establecía una milicia equiparable al ejército constitucional.

Hitler admiraba profundamente a Mussolini, a quien constantemente comparaba con Julio César, y de quien adoptó para su propio grupo revolucionario el empleo del simbolismo de las legiones, incluido el de los estandartes y el saludo romano. Pero el estado alemán, a pesar de hallarse debilitado por la derrota, resultó un hueso más duro de roer que el italiano, y el intento de golpe de estado de Hitler en 1923 fue aplastado con facilidad por la policía bávara, apoyada por un ejército que no estaba dispuesto a ver suplantado el papel que desempeñaba en la nación por una chusma que desfilaba con un facsímil de uniforme gris de campaña. Durante los dieciséis meses que estuvo en la cárcel, Hitler reflexionó a propósito de sus errores y decidió no volver a enfrentarse abiertamente con el ejército nunca más; optó por hacer la rosca a la cúpula militar, proceder a la creación de una milicia uniformada de «tropas de asalto» (que llegó a alcanzar la cifra de cien mil hombres, igual que la del ejército, en 1931), y valerse del sistema electoral para alcanzar el poder^[510]. En enero de 1933, fue elegido canciller por una exigua mayoría, y adoptó inmediatamente medidas para devolver a Alemania su anterior estatus de potencia militar. El 8 de febrero informaba en secreto a sus ministros de que «los próximos cinco años han de dedicarse a hacer que el pueblo alemán vuelva a ser capaz de empuñar las armas»^[511]; y al año siguiente, al morir el presidente Hindenburg, comandante en jefe durante la Primera Guerra Mundial, lograba que el ejército le jurase fidelidad como

jefe del estado (*Führer*, o «caudillo»). En 1935 denunciaba las cláusulas del tratado de Versalles que reducían la fuerza del ejército a cien mil hombres, restablecía el servicio militar obligatorio y decretaba la creación de una fuerza aérea independiente; en 1936, el mismo año en que negociaba con Inglaterra un tratado naval que le permitiera construir submarinos, reocupaba con sus tropas la Renania desmilitarizada. Ya estaba fabricando tanques —en enero de 1934 Guderian, el padre de los pánzer, hizo en Kummersdorf la demostración de unos prototipos ilegales, y el Führer exclamó: «¡Es lo que necesito! Eso es lo que quiero»—, y ya en 1935 se hallaban en proceso de formación tres divisiones pánzer^[512]. En 1937, el ejército alemán contaba con treinta y seis divisiones de infantería y tres divisiones pánzer (en 1933 solo disponía de siete divisiones de infantería), lo que con las reservas arrojaba una fuerza total de tres millones de hombres; el ejército había aumentado treinta veces en el plazo de cuatro años. En 1938, la nueva Luftwaffe disponía de tres mil quinientos cazas (contra cero en 1933), y entrenaba tropas de paracaidistas como fuerza de choque del ejército del aire; mientras que la armada construía el primero de una serie de superacorazados y proyectaba botar un portaaviones.

El rearme resultó enormemente popular, no solo porque facilitaba el medio de reabsorber el paro juvenil y la incorporación al territorio de la gran Alemania de Renania y, en 1938, de lo que quedaba de Austria y las regiones germanoparlantes de Checoslovaquia, sino que a la vez restablecía el orgullo nacional. El coste de la Primera Guerra Mundial había hecho que en los países vencedores la población se mostrara reacia a volver a las andadas, pero en Alemania les parecía que los costes de la pérdida de la guerra quedarían justificados si pudiera invertirse el resultado, y Hitler, cuyo ser estaba profundamente transido por esa convicción, había sabido percibir ese rencor popular, por latente que se hallase bajo la capa de internacionalismo que constituía la filosofía oficial del estado posimperial. Y se dedicó a exacerbarlo durante quince años de agitación política. Sus acusaciones de traición a quienes habían firmado el tratado de Versalles y sus incesantes demandas de venganza caían en oídos predispuestos.

Mientras los franceses reforzaban la línea Maginot y los ingleses se negaban tenazmente a rearmarse, los jóvenes alemanes revestían pletóricos el uniforme gris de campaña; concitaban la admiración de la población civil, igual que sus padres y abuelos habían hecho décadas atrás en 1914, cuando el ejército de conscriptos había sido el símbolo principal del patriotismo alemán; y se pasmaban ante la modernidad que representaban los tanques, los cazas y los bombarderos. La visión mussoliniana del porvenir de Italia se había inspirado en el «futurismo»; en la Alemania de Hitler ese futuro no era una simple aspiración como en la Italia descapitalizada, sino una acuciante realidad. En 1939 la sociedad alemana no solo estaba remilitarizada, sino a la vez ensoberbecida por el convencimiento de que poseía los medios para vencer a sus decadentes vecinos, estados que solo decían de boquilla lo de «de cada hombre un soldado», y pensaba que suya sería la victoria que se le había arrebatado veinte años

atrás.

El 1 de septiembre de 1939, al anunciar la decisión de declarar la guerra a Polonia y, en consecuencia, a Francia e Inglaterra, Hitler evocó explícitamente su experiencia en las trincheras, al decir: «No le pido al hombre alemán más de lo que yo mismo estuve dispuesto a hacer durante los años de la guerra [...]. A partir de ahora no soy más que el primer soldado del Reich. He vuelto a ponerme la guerrera tan sagrada y amada. Y no me la quitaré hasta conseguir la victoria, o no sobreviviré al resultado»^[513]. Palabras siniestramente proféticas de un dirigente político que habría de suicidarse cinco años y medio después, cuando las granadas estallaban sobre su refugio del búnker entre las ruinas de Berlín. Al principio, sin embargo, cualquier perspectiva de derrota parecía pura quimera. Los generales le habían advertido, como suelen hacer los militares profesionales cuando se les encomienda estudiar los planes, que la victoria sobre Polonia podía no ser un paseo. Pero lo cierto es que las cuarenta divisiones polacas, ninguna de ellas acorazada, se vieron acorraladas desde un principio por sesenta y dos divisiones alemanas, diez de ellas pánzer, y fueron arrolladas al término de cinco semanas de combate; la fuerza aérea polaca, con novecientos treinta y cinco aparatos, casi todos anticuados, fue barrida del mapa en la primera jornada. Casi un millón de polacos cayeron prisioneros, doscientos mil en manos de los rusos, con quienes Hitler había firmado un acuerdo secreto para evitarle a Alemania el peligro de tener que luchar en dos frentes como en 1914, y en virtud del cual se les permitía invadir y anexionarse el este del país en cuanto empezasen las operaciones.

La campaña de Polonia puso al descubierto las tácticas innovadoras para las que estaban entrenadas y equipadas las nuevas fuerzas de tierra y aire alemanas. Denominada *Blitzkrieg*, o guerra relámpago, término periodístico pero muy descriptivo, esta clase de guerra concentraba los tanques de las divisiones pánzer en forma de falange ofensiva, apoyada por escuadrillas de bombarderos en picado a modo de «artillería volante»; táctica que, al aplicarla sobre un punto débil de una línea defensiva —y, en puridad, cualquier punto sometido a semejante ataque lo era—, hacía saltar el punto e irrumpía por él sembrando una estela de destrozos. Era la misma técnica inaugurada por Epaminondas en Leuctra; utilizada por Alejandro Magno contra Jerjes en Gaugamela; y por Napoleón en Marengo, Austerlitz y Wagram. Pero la *Blitzkrieg* lograba unos resultados a los que no podían acceder los antiguos mandos, cuya capacidad para explotar el éxito en el punto de ruptura se hallaba limitada por la rapidez y resistencia del caballo, ya fuese como ariete o como medio de transmisión de órdenes e informes. Mientras que el tanque no solo desbordaba fácilmente a la infantería, sino que mantenía una velocidad de avance de cincuenta y hasta noventa kilómetros al día, siempre que se le abasteciera de combustible y repuestos, y su comunicación por radio permitía al mando recibir informes y transmitir órdenes a la misma velocidad con que se desarrollaban las operaciones; progreso al que durante la guerra se denominó «en tiempo real».

Ya se habían efectuado experimentos de radiocomunicación durante la Primera Guerra Mundial, pero los primeros equipos requerían voluminosas fuentes energéticas y solo eran eficaces en el mar. Con la miniaturización se redujo el tamaño de la fuente de alimentación, pudiendo instalar, gracias a ello, equipos eficaces en los tanques y vehículos de mando, aparte de que los alemanes habían logrado indiscutibles éxitos en la mecanización de mensajes cifrados. Todo ello constituía la base de una revolución en la ofensiva, cuya naturaleza está resumida en las observaciones que haría el general de la fuerza aérea alemana Erhard Milch, en una conferencia sobre tácticas de la *Blitzkrieg* pronunciada antes de la guerra: «Los bombardeos en picado constituirán una artillería volante, encaminada a coordinarse con las fuerzas terrestres mediante eficaz comunicación por radio [...]; los tanques y los aviones estarán [a disposición del mando]. El verdadero secreto está en la rapidez: rapidez de ataque y rapidez de comunicación»^[514].

Estos elementos revolucionarios en la ofensiva convencieron a Hitler y los generales más futuristas de que la Wehrmacht no solo podía derrotar a los ejércitos convencionales de sus enemigos occidentales, sino que además serviría para ahorrarle a Alemania los tremendos costes de tener que poner toda su industria en pie de guerra. El estamento militar alemán atribuía la victoria aliada de 1918 a su mayor capacidad para efectuar la *Materialschlacht*, la guerra de materiales, y conservaba la ilusión de que el soldado alemán en realidad no había sido derrotado. La *Blitzkrieg*, cuyas armas eran relativamente baratas, permitiría al pueblo alemán gozar de los frutos de la victoria sin necesidad de los sacrificios económicos que siempre se habían tenido que movilizar en una guerra total.

Los resultados de la campaña de mayo-junio de 1940, en Francia y en los Países Bajos, parecieron confirmar la expectativa. Concentradas sigilosamente en el bosque de las Ardenas, al norte de la línea Maginot, las divisiones pánzer rompieron el frente francés en tres días de combates, y avanzaron hacia el canal de la Mancha, hasta Abbeville, el 19 de mayo. La ofensiva cortaba en dos a los ejércitos aliados, dejando a lo mejor de las fuerzas francesas y de la expedicionaria británica aisladas al norte; mientras que al sur, el interior de Francia quedaba defendido por unidades inmóviles y de segunda categoría. La bolsa norte fue eliminada el 4 de junio —la mayor parte de las fuerzas inglesas fueron evacuadas por mar desde Dunquerque—, y el frente sur fue roto y arrollado rápidamente. El 17 de junio, el gobierno francés solicitaba un armisticio que entró en vigor el 25 de junio (igual que con Italia, que se alió sobre la marcha a Alemania). «Ha concluido la gran batalla de Francia. Ha durado veintiséis años», escribió un oficial alemán. Sus sentimientos reflejaban fielmente los de Hitler, quien el 19 de julio celebraba la victoria en Berlín, concediendo el título de mariscal a doce generales. Tenía adoptada ya la decisión de desmovilizar treinta y cinco de las cien divisiones del ejército, a fin de que la industria recuperase la mano de obra necesaria para mantener los niveles de producción del tiempo de paz.

Así pues, en el verano de 1940 parecía que Alemania iba a gozar del mejor de los

mundos: victoria, prosperidad económica y regreso de los guerreros junto al fuego del hogar. Pero como precaución ante una reanudación de las hostilidades, Hitler dio el orden de seguir fabricando nuevas armas: había que duplicar el número de divisiones acorazadas, aumentar la construcción de submarinos y comenzar a fabricar los prototipos de aviones. No obstante, no se vislumbraba en el horizonte peligro de conflicto. La Unión Soviética permanecía inerte, satisfecha de haberse anexionado los territorios del este de Polonia acordados en secreto entre Hitler y Stalin a cambio de entregar las materias primas convenidas. Gran Bretaña, expulsada del continente, en el que había tenido que abandonar la mayor parte de su equipamiento militar pesado, carecía de medios para desencadenar una guerra ofensiva, y a lo máximo a que podía aspirar era a defender sus vías marítimas y el espacio aéreo. Según un cálculo racional, habría debido solicitar la paz; eso era lo que Hitler pensaba, y durante todo junio y julio estuvo a la espera de las propuestas de Churchill.

Pero no hubo ninguna propuesta y la guerra tomó un cariz muy distinto. Hitler ya había sopesado lo conveniente que era dejar a Rusia en paz en el frente del este; su carencia de fronteras naturales y los inmensos espacios de la estepa occidental, ideales para los tanques, se prestaban a una *Blitzkrieg* a gran escala, y una guerra relámpago feliz proporcionaría a Alemania las materias primas y los recursos industriales para convertir para siempre el país en la potencia hegemónica de Europa. Esto no sería posible si Gran Bretaña se avenía a un armisticio, ya que así se ahuyentaba el peligro de que Estados Unidos interviniera en Europa, como había hecho en 1917, invirtiendo el equilibrio de poderes. En cualquier caso, Gran Bretaña se mantuvo en sus trece, a pesar de la presión de la ofensiva aérea a gran escala lanzada contra ella en agosto. Así, mientras observaba la capacidad de resistencia de las defensas aéreas británicas, Hitler decidió detener la desmovilización de las divisiones que habían intervenido en la batalla de Francia e iniciar en el este un despliegue preventivo de sus divisiones pánzer.

En retrospectiva, hay que considerar a Hitler el dirigente bélico más peligroso que ha surgido en la civilización, ya que unía en su visión tres convencimientos crudamente complementarios, que suelen darse por separado y que hasta entonces no se habían conjugado en una sola mente. Él estaba obsesionado por la tecnología bélica, con sumo interés por dominarla minuciosamente, y sostenía impertérrito la idea de que las armas superiores eran la clave de la victoria; con ello se enfrentaba radicalmente a la tradición del ejército alemán, que daba primacía a la capacidad de combate del soldado y a la capacidad profesional del estado mayor para lograr la victoria^[515]. Pero es que, además, creía en la preeminencia de la clase militar, a la cual, en sus mensajes políticos al pueblo alemán, atribuía un implacable contenido racial. Y, por ende, era un clausewitziano convencido, que realmente veía en la guerra una continuación de la política, sin ver ninguna diferencia entre ambas. Igual que Marx, aunque rechazaba con desdén el colectivismo, por ser doctrina destinada a liberar a todas las razas de la esclavitud económica, concebía la vida como lucha y, en

consecuencia, la guerra como medio natural para que la política racial lograra sus fines. En Múnich dijo ante un auditorio: «Ninguno de vosotros ha leído a Clausewitz, o si lo habéis leído no habéis sabido relacionarlo con el presente». El último día de su vida, en Berlín, al sentarse en el búnker para redactar su testamento político para el pueblo alemán, el único nombre que citó fue el de «el gran Clausewitz», como justificación de lo que había tratado de llevar a cabo^[516].

Las armas revolucionarias, la ética del guerrero y la filosofía de Clausewitz de incorporar lo militar a los fines políticos, estaba todo encaminado a lograr que, bajo el mando de Hitler, la guerra en Europa entre 1939 y 1945 alcanzara un nivel absoluto como jamás había soñado caudillo alguno, ni Alejandro, ni Mahoma, ni Gengis Kan, ni Napoleón. Hitler, al principio, dio su conformidad a la declaración de los gobiernos británico y francés de no dirigir ningún ataque aéreo contra objetivos civiles; pero, una vez transgredida la prohibición —que se produjo, por cierto, por un error de la aviación alemana, que bombardeó la ciudad de Freiburg el 10 de mayo de 1940, error que inmediatamente fue imputado a Francia—, las restricciones cayeron en el olvido^[517]. Un teórico militar italiano, Douhet, ya había anticipado la idea de que las guerras las ganaría exclusivamente la potencia aérea (los italianos, por cierto, fueron los primeros en utilizar con fines militares la aviación, contra los turcos en Libia en la guerra de 1911-1912); y, aunque el bombardeo recíproco de ciudades con aeroplanos y dirigibles en la Primera Guerra Mundial había causado pocas bajas y pocos daños, Hitler estaba convencido de que la nueva Luftwaffe, con sus miles de bombarderos, sería capaz de vencer a la Royal Air Force (RAF) y quebrar la moral de la población civil con un ataque masivo^[518]. En la jornada que todavía se conoce en Londres como «el primer día de bombardeo», el 7 de septiembre de 1940, la Luftwaffe incendió todos los muelles de la ciudad y amplias zonas de ambas orillas del Támesis; el 31 de diciembre destruyó gran parte de la City; y el 10 de mayo de 1941, primer aniversario del ataque de los pánzer en el oeste, devastó Whitehall y Westminster, incluida la Cámara de los Comunes. Pero, a pesar de causar 13 596 víctimas tan solo en 1940, la fuerza aérea alemana comprobó finalmente que sus propias pérdidas —de seiscientos bombarderos en agosto y septiembre— eran un factor decisivo, por lo que desistió en su intento de aplicar la doctrina de Douhet de obtener «la victoria mediante la potencia aérea»^[519]; y durante 1942-1943 se contentó con efectuar esporádicas incursiones nocturnas contra objetivos británicos.

Frustrada su intentona de obligar a rendirse a Gran Bretaña por efecto de los bombardeos, Hitler optó por emplear su otra arma revolucionaria, la fuerza de los pánzer, para lograr la victoria total que ansiaba en Europa. En la primavera de 1941 había concluido el despliegue preventivo de tanques en el este, y estaba plenamente decidido a atacar a la Unión Soviética, que se había negado a dar conformidad a su geopolítica para el sur de Europa. Tras una campaña secundaria para conquistar Yugoslavia y Grecia, que se negaron a someterse, el 22 de junio lanzaba su fuerza de tanques contra Rusia.

Los primeros seis meses de *Blitzkrieg* resultaron en Rusia tan espectaculares como lo habían sido en Europa en la primavera de 1940. En diciembre, los tanques alemanes habían arrollado Ucrania, el granero de la Unión Soviética y fuente de gran parte de su riqueza industrial y minera, y se hallaban a las puertas de Leningrado y Moscú. La filosofía clausewitziana de Hitler lograba sus objetivos, o al menos lo parecía, aplicando para su consecución la revolucionaria tecnología militar de la que él (no Clausewitz, para quien la superioridad de las armas era un factor secundario en la guerra) tan ferviente partidario era; aunque también su ferviente adscripción a la ética del guerrero desempeñó un papel primordial, y más si cabe. Si en Occidente las tropas alemanas habían respetado en combate los códigos vigentes, en el este actuaron frecuentemente como si la pretendida barbarie de su adversario —una barbarie elaborada por los propagandistas del Reich a partir de recuerdos populares del peligro de la estepa y evocaciones de la revolución roja sedienta de sangre— justificase su salvaje comportamiento con los soldados del ejército rojo, aun después de ser hechos prisioneros; prisioneros que, tras los cercos de Minsk, Smolensko y Kiev fueron cientos de miles. Más de tres millones de prisioneros de los cinco millones que hizo la Wehrmacht murieron por malos tratos y privaciones en el cautiverio, la mayoría de ellos los dos primeros años de la campaña^[520].

La *Blitzkrieg* dio buen resultado por tierra, al menos hasta el empantanamiento alemán en la batalla de Stalingrado, en el interior de la estepa, en otoño de 1942. Pero en todos los demás frentes la dependencia de Hitler de las armas revolucionarias y el extremismo estratégico se toparon con una serie de obstáculos imprevistos. En el mar, sus expectativas de bloquear Gran Bretaña con los submarinos, que en 1917-1918 no había podido llevar a cabo Alemania por falta de unidades, se frustraron en 1943, cuando los aliados lograron ampliar el radio de acción de la cobertura aérea a toda la zona por la que discurrían los convoyes transatlánticos, dotándolos de cobertura aérea propia con portaaviones escolta; además de descifrar el código mediante el cual se cursaban las órdenes a los submarinos alemanes para interceptar los convoyes, lo que permitió que estos pudieran eludirlos^[521].

Mientras tanto, en el espacio aéreo continental, sus enemigos estaban a punto de obtener una ventaja decisiva. La política económica alemana de comprometer su capacidad industrial únicamente en la fabricación de armas de eficacia directa en combate —tanques, bombarderos, armas automáticas de infantería— había dado por resultado que la Luftwaffe careciera de los recursos de una auténtica fuerza estratégica; aun antes del inicio de la guerra, la chifladura de Hitler por la guerra relámpago impuso el abandono de proyectos ya trazados para fabricar bombarderos grandes de gran radio de acción^[522]; mientras que la política de británicos y estadounidenses era justamente la contraria. En efecto, antes de la guerra se habían producido roces al obligar el gobierno británico a la RAF a dedicar parte de los fondos del programa de bombarderos a la construcción de cazas; tan convencidos estaban los mandos de lo acertado de la doctrina de Douhet de la «victoria mediante la potencia

aérea». Los primeros bombarderos ingleses eran de concepción estratégica, aunque no lo fueran en la práctica; mientras que las fuerzas aéreas estadounidenses, que comenzaron a llegar a Gran Bretaña en 1942 para compartir con las inglesas la continuación de la campaña de bombardeos estratégicos contra Alemania, había logrado ese objetivo con un aparato, el B-17, que reunía todos los requisitos: rápido, de amplio radio de acción, capaz de lanzar una gran carga de bombas con alta precisión, y con capacidad defensiva contra el ataque aéreo.

La ruptura por parte de Hitler del pacto tácito de no atacar objetivos civiles impulsó a Gran Bretaña a bombardear ciudades alemanas en 1940. Durante aquel año y el siguiente los bombardeos no lograron grandes resultados; pero en febrero de 1942, un nuevo jefe del mando de bombardeo, el mariscal del aire Arthur Harris, renunció a la política de bombardear exclusivamente objetivos militares, inaugurando la de «bombardeo de zonas». Por ironía, recordemos que, en este contexto, los hermanos Wright, inventores del avión en 1903, habían previsto que el innovador aparato fuese un medio para estrechar los vínculos entre la humanidad. Una directiva del 14 de febrero del alto mando aéreo británico estipulaba que las operaciones «deben enfocarse ahora contra la moral de la población civil del enemigo, y de los trabajadores industriales en particular»^[523]. No tardaron en caer simultáneamente millares de bombas británicas de gran poder explosivo sobre determinadas ciudades alemanas —en las incursiones sobre Hamburgo del 24-30 de julio de 1943 se dañó o se destruyó el ochenta por ciento de los edificios, murieron treinta mil personas y las calles quedaron bloqueadas con cuarenta millones de toneladas de escombros—, al tiempo que se efectuaban incursiones aéreas diurnas coordinadas de estadounidenses e ingleses. Una vez constituida una fuerza de cazas de largo radio de acción para escoltar hasta el objetivo a las formaciones, los bombarderos ingleses sobrevolaban Alemania casi con impunidad.

La ofensiva aérea estratégica aliada contra las ciudades alemanas fue un avance innovador de la guerra que algunos particulares valerosos denunciaron con toda justicia como regresión moral; pero quedaría incluso superada en sus fines estratégicos por el desarrollo del poder aéreo anfibia en el Pacífico. Japón, otro de los vencedores nominales de la Primera Guerra Mundial (se la había declarado a Alemania para apoderarse de sus enclaves en China), que se había sentido frustrado en el reparto, había dedicado una gran parte de su presupuesto militar a partir de 1921 a construir la fuerza naval más potente y moderna del mundo. Su escuadra de seis grandes portaaviones estaba sin estrenar cuando, en 1937, el gobierno japonés en manos del estamento militar optó por un ataque arrollador contra China; pero resultó el elemento estratégico fundamental cuando, en 1941, Tokio adoptó la decisión de desoír los requerimientos estadounidenses para que cesase la ofensiva contra China y desistiese de desplegar más tropas en el sur, amenazando las posesiones británicas y holandesas de Malasia y las Indias Orientales (conquistadas con barcos de vela dotados de artillería en la época de la pólvora). Yamamoto, su estrategia naval, y uno

de los pocos japoneses que conocía Estados Unidos de primera mano, dirigió advertencias al estado mayor a propósito de la relativa fragilidad de la flota a su mando: «Podremos actuar con impunidad seis meses o un año»; pero les previno que después, «el petróleo de Texas y las fábricas de Detroit^[524]» servirían de instrumento para la organización de una inevitable y determinante contraofensiva. Sus advertencias no fueron tenidas en cuenta, y en los primeros seis meses de 1942 la marina japonesa, actuando como punta de lanza y apoyo del ejército, se apoderó de casi todo el Pacífico oriental y del sudeste asiático, ampliando el perímetro de lo que consideraban zona de control estratégico del imperio hasta las proximidades de Australia.

De dónde extrajeron los japoneses el carácter guerrero que los convirtió en una de las potencias militares mundiales más temibles sigue siendo tan misterioso hoy como el 7 de diciembre de 1941, cuando los pilotos de la primera flota aérea dejaron la flota del Pacífico estadounidense convertida en humeante chatarra en Pearl Harbor. Ya eran un pueblo guerrero, y durante el siglo XIII el único, junto con los mamelucos de Egipto, que hizo frente y frustró (cierto que ayudados por un tifón oportuno) el intento de conquista de los mongoles. No obstante, eran guerreros de un evidente cariz «primitivo»; practicantes de un estilo de combate altamente ritualizado y amantes de la habilidad en las artes marciales como medio definitorio de categoría en una sociedad en la que los que no llevaban armas estaban subordinados al mando de los samuráis. Para perpetuar ese orden social habían prohibido en el siglo XVII el uso de las armas de fuego en las islas; y después se habían resistido a las intrusiones del comercio extranjero, hasta que la llegada de la flota de vapor estadounidense en 1854 los obligó a reconocer que su rechazo del mundo exterior era una actitud caduca.

A diferencia de los chinos manchúes, que reaccionaron ante la tecnología occidental apoyándose en la resistencia de la cultura tradicional para contrarrestar sus efectos desestabilizadores, los japoneses, a partir de 1866, adoptaron conscientemente la decisión de aprender los secretos de la superioridad material de Occidente para ponerla al servicio de su nacionalismo; y esto dio lugar a una atroz guerra civil, en la que los samuráis rurales que rechazaban el programa de reformas fueron aplastados por ejércitos en los que por primera vez se alistaron plebeyos. El régimen victorioso, dominado por las familias feudales que habían propugnado la necesidad del cambio, procedió a introducir en Japón las instituciones que sus enviados al mundo occidental habían determinado que eran las que constituían la fortaleza de los países visitados: en el sector económico, la industria de la fabricación en serie; en la vida pública, una marina y un ejército con reclutamiento obligatorio y dotados de las armas más modernas, incluidos los acorazados, que ya en 1911 se construían en los astilleros del país.

Otros estados no europeos que se embarcaron en la misma emulación del poder occidental, en particular el Egipto de Mohamed Alí y la Turquía otomana del siglo XIX, cosecharon fracasos y vieron que la compra de armas occidentales acarrearía la

adquisición de la cultura militar europea. Pero Japón sí consiguió asimilar una y otra. En 1904-1905 derrotó a Rusia en una guerra por el control de Manchuria, en la que todos los observadores occidentales fueron testigos de la ejemplar capacidad combativa de los conscriptos japoneses^[525]; capacidad que volvió a ponerse de manifiesto en las campañas de 1941-1945 en el Pacífico y el sudeste asiático, sobre todo en su fase inicial, cuando unidades entrenadas de «pueblos marciales» de la India —descendientes de las sucesivas oleadas de conquistadores al mando de oficiales británicos— fueron constantemente superadas en combate por los descendientes de campesinos japoneses que cien años atrás tenían prohibido terminantemente llevar armas.

Pero las cualidades personales del soldado japonés tuvieron que sucumbir finalmente ante los medios sobre los que había advertido Yamamoto: la capacidad «torrencial» de la industria estadounidense para superar la producción japonesa de barcos y aviones con destino al frente; lo que no supone en modo alguno desmerecer el valor y la habilidad de los soldados estadounidenses que se enfrentaron a los japoneses en el teatro de operaciones del Pacífico. La actuación del cuerpo de infantes de marina estadounidense en las batallas por la conquista de las islas, en particular las de Iwo Jima y Okinawa (1945) sirvió para desmentir la fantasía racista de Hitler, que despreciaba a los estadounidenses por ser un pueblo decadente por su prosperidad material. No obstante, la firmeza con que los japoneses demostraron su empeño de luchar literalmente hasta la muerte —tras el asalto a Tarawa (1943), de una guarnición de cinco mil hombres, solo se encontraron ocho con vida— convenció en 1945 al alto mando estadounidense de que una ofensiva general sobre las islas de Japón sería demasiado costosa —se llegó a mencionar la cifra de un millón de bajas— como para arriesgarse a emprenderla. Salvo si no se contaba con otro medio^[526]. A mediados de 1945, se disponía del medio.

Estados Unidos ya había desarrollado una infinidad de medios técnicos avanzados contra Japón, en un esfuerzo por erosionar su resistencia mediante la potencia de fuego. Su flota de portaaviones, superior en número y enérgicamente dirigida en las batallas del mar del Coral y Midway, había restablecido en 1942 el equilibrio naval en el Pacífico; y desde entonces su tamaño había crecido de tal forma —entre 1941 y 1944 Estados Unidos botó veintiuna unidades, por solo cinco Japón— que a esas alturas del conflicto la flota estadounidense del Pacífico podía desplazarse prácticamente a placer, apoyada por navíos de abastecimiento que le permitían permanecer navegando semanas enteras. A finales de 1944, la fuerza submarina estadounidense había hundido a la mitad de la flota mercante japonesa y a dos tercios de sus buques cisterna. Y en el verano de 1945 su fuerza aérea estratégica se consagró a una campaña de incendio sistemático de las ciudades japonesas construidas con madera, como consecuencia de la cual quedó reducido a cenizas el sesenta por ciento de las sesenta principales ciudades niponas. Pero, aun así, se seguía dudando, con excepción de los generales de la fuerza aérea, de que los bombardeos obligaran a

Japón a rendirse.

Con los bombardeos estratégicos no se había logrado rendir a Alemania; y eso que en los últimos meses del conflicto europeo la ofensiva combinada angloamericana había detenido la producción de todas las fábricas alemanas de petróleo sintético, única fuente de abastecimiento, lo cual dejó parados sus ferrocarriles. Y eso que para entonces los ejércitos angloamericanos habían desembarcado en Francia, en junio de 1944, y el ejército rojo, que había roto simultáneamente el último frente defensivo de la Wehrmacht en la Rusia blanca, combatía en territorio alemán. Se trataba, es cierto, de batallas de desgaste. Y el aumento de tanques en todos los ejércitos había usurpado al carro acorazado las cualidades revolucionarias que parecía haber aportado a la guerra en el breve periodo de la *Blitzkrieg* de 1941-1942. La ofensiva de bombardeos, por su parte, también había pasado por una fase de desgaste en 1943-1944, cuando, al perderse durante las misiones aéreas el cinco y a veces el diez por ciento de las tripulaciones, la moral aliada se había visto afectada, llegando a estar a punto de admitir la superioridad aérea alemana por sus cazas y sus defensas antiaéreas. El bombardeo pilotado era un arma ofensiva frágil, y Hitler había aprendido su coste en la campaña de 1940 contra Inglaterra. Ese fue el principal motivo por el que aceptó con tanto entusiasmo el programa de proyectiles dirigidos, generosamente financiado por el ejército a partir de 1937. En octubre de 1942 tuvo lugar la prueba de un cohete con un alcance de doscientos sesenta kilómetros, destinado a transportar una carga explosiva de una tonelada. En julio de 1943 Hitler la denominaba «el arma decisiva de la guerra», y ordenaba que «cualquier trabajo y material que necesiten [los proyectistas] debe suministrarse de inmediato».

El cohete, denominado V-2 por los aliados, no fue operativo hasta septiembre de 1944, y solo se lanzaron dos mil seiscientos: primero contra Londres (en donde causaron dos mil quinientas víctimas); y después contra Amberes, principal base logística angloamericana durante el ataque a la frontera occidental de Alemania^[527]. Pero se comprobó que no era un arma tan potencialmente destructiva. El conocimiento de que estaba en preparativos había sembrado la alarma entre los británicos, cuando se supo por primera vez de ella a través del misterioso comunicado de noviembre de 1939 de un alemán simpatizante con la causa aliada. Este Informe Oslo dio gran impulso a los servicios técnicos del espionaje británico durante los dos primeros años de guerra. No obstante, paralelamente, había cundido la alarma en los servicios de inteligencia ante la posibilidad de que Alemania estuviese realizando experimentos para aplicar la energía atómica a fines militares.

Hasta entonces la amenaza era puramente teórica, pues nadie había logrado provocar una reacción en cadena mediante fisión, proceso a partir del cual los átomos liberan su poder explosivo, y no existían las instalaciones para provocarla. Sin embargo, en Estados Unidos, Einstein envió a un intermediario al presidente Roosevelt el 11 de octubre de 1939 para advertirle sobre el peligro atómico. Esto

indujo al presidente estadounidense a formar un comité a partir del cual surgiría el proyecto Manhattan, con objeto de hacer provisión de tal clase de energía^[528]. Mientras, los británicos comenzaban a acopiar la mano de obra y los materiales necesarios para impulsar la investigación atómica, a la par que trataban de impedirselo por todos los medios a los alemanes; e inmediatamente después de Pearl Harbor, el personal de la organización británica, que operaba bajo la cobertura de Tube Alloys, fue trasladado en su totalidad a Estados Unidos para incorporarse a otra entidad con el nombre no menos engañoso de proyecto Manhattan, y los dos equipos iniciaron a toda prisa trabajos conjuntos, acuciados por el temor de que Alemania se les adelantase en el descubrimiento del proceso por el que la teórica fisión pudiera hacerse realidad y obtuviera un arma decisiva. Pero el resultado de sus esfuerzos no podría constatarse hasta después de la derrota de Alemania; y las frenéticas averiguaciones por parte de equipos de especialistas aliados hicieron saber que los alemanes aún estaban muy lejos de descubrir el proceso para el inicio de la reacción en cadena.

Cuando informaron a Winston Churchill del éxito de la explosión de la primera bomba atómica en Alamogordo, en el desierto de Nuevo México, el 16 de julio de 1945, exclamó con palabras proféticas: «¿Qué era la pólvora? Una trivialidad. ¿Qué era la electricidad? Una insignificancia. ¡Esta bomba atómica es la ira en un segundo!»^[529]. Se lo decía a Henry Stimson, el secretario de Defensa estadounidense, que ya estaba seriamente involucrado en el debate en el seno de su gobierno sobre si debía usarse un arma tan atroz, aun para obligar a rendirse a Japón, cuyo traicionero ataque a Pearl Harbor, ferocidad bélica y crueldad con los prisioneros y pueblos conquistados le había granjeado la animadversión del pueblo estadounidense. No tardaron en adoptar una decisión: el millón de bajas o muertes calculadas entre las tropas estadounidenses que ya se preparaban para el asalto a las islas japonesas fue decisivo. Como explicaría después el propio Stimson, como portavoz de casi todos los que asumieron la orden del presidente Truman: «Yo comprendía que para obtener una auténtica rendición del emperador y sus consejeros militares había que asestarles un golpe tremendo que les demostrara de modo inequívoco nuestra capacidad para destruir el imperio»^[530]. El golpe, asestado primero en Hiroshima el 6 de agosto de 1945, y tres días después en Nagasaki, causó la muerte de ciento tres mil personas. Conminado a cesar toda resistencia o «esperar una lluvia destructora por aire», el emperador de Japón dirigió por radio a su pueblo el 15 de agosto un mensaje anunciando que la guerra había terminado.

LA LEY Y EL FINAL DE LA GUERRA

El final de la Segunda Guerra Mundial y el advenimiento de las armas atómicas no significaron la abolición de la beligerancia, ni de inmediato ni en las décadas

siguientes. La destrucción por parte de Japón de los imperios occidentales en Asia, y la humillación sufrida por los gobernadores y colonos occidentales ante sus anteriores súbditos hicieron que después de 1945 la única manera de restablecer el colonialismo fuese, si acaso, por la fuerza. Los británicos consideraron que era inútil el esfuerzo en Birmania, y le concedieron la independencia en 1948; y se dieron cuenta de que el alzamiento de origen comunista surgido aquel mismo año en Malasia solo podía contrarrestarse prometiendo a la población un autogobierno, a condición de que apoyaran la campaña de contrainsurgencia. Los holandeses cesaron enseguida en sus intentos de restablecer el colonialismo en las Indias Orientales donde, al igual que en Birmania, había arraigado en el pueblo un movimiento independentista fomentado por los japoneses. Solo Francia adoptó una política distinta, enfrentándose en Indochina a un partido nacionalista de inspiración comunista que había obtenido armas de los japoneses, y envió allí una fuerza expedicionaria para restablecer el régimen imperialista de antes de la guerra. Pero nada más llegar en 1946 se vio empantanada en una guerra de guerrillas con un enemigo que demostró una gran habilidad y tenacidad en la lucha. El Vietminh, nombre del movimiento nacionalista, había asimilado las tácticas guerrilleras del ejército comunista de Mao en China, un país empobrecido y desestabilizado por ocho años de ocupación y guerra contra los japoneses, en el que los comunistas rápidamente se hicieron con el poder derrotando al gobierno de Chiang Kai-shek en la guerra civil de 1948-1950. Una guerra que Mao ganó con tácticas convencionales; pero durante los ocho años pasados en el campo pudo perfeccionar su filosofía bélica en la que la tradicional estrategia china de evasión y demora cobró más fuerza a la sombra de la creencia marxista en la inevitabilidad del triunfo revolucionario. Esta estrategia, trasladada a Indochina, donde el terreno favorecía enormemente las operaciones basadas en la sorpresa, las ofensivas puntuales y la retirada rápida —la «guerra prolongada», como el propio Mao había bautizado el método—, fue minando activamente la resistencia de la fuerza expedicionaria francesa. En 1955, el gobierno francés abandonó la lucha y cedió el poder al Vietminh.

El ejemplo del Vietminh prendió en la conciencia de los súbditos del resto de las colonias europeas, que se levantaron en armas, en particular en el norte de África, igual que en los dominios británicos de Arabia y en los portugueses de África. Durante la década de 1960, el imperialismo europeo fue derrotado en todos los frentes, muchas veces incluso en colonias que se hallaban en paz. El «viento de cambio» que sopló contra el dominio europeo fue lo bastante fuerte para hacer añicos la confianza de las potencias marítimas europeas, cuyos aventureros habían emprendido la singladura de la conquista con tanta seguridad en su superioridad material y moral a principios de la época de la pólvora.

La militarización al estilo occidental de los nuevos estados independientes de Asia y África en los cuatro decenios posteriores a 1945 fue un fenómeno tan notable como lo había sido entre la pacifista población europea en el siglo XIX. Y era de

esperar que surtiera los mismos efectos siniestros: gastos exorbitantes de armamento, supeditación de los valores civiles a los militares, abuso de las élites militares y hasta recurso a la guerra. Era también de esperar que la mayor parte del centenar aproximado de ejércitos creados después de la descolonización fuesen de poca valía objetiva militarmente; la «transferencia de tecnología» occidental, un eufemismo para hacer referencia a las ventas interesadas de armamento de los países ricos a los países pobres, que rara vez pueden permitirse el desembolso, no supuso una transmisión de la cultura que tan mortíferas hace esas armas modernas en manos occidentales. Solo los vietnamitas, contra quienes Estados Unidos se vio enfrentado en una inútil guerra entre 1965 y 1972, hicieron la misma transición que los japoneses habían llevado a cabo tan espectacularmente tras la restauración del mikado en 1866. Pero en todos los demás países la militarización no sirvió más que para tender las trampas del militarismo sin el contrapeso de la virtud castrense de la disciplina.

Las numerosas guerras regionales de la época poscolonial, por dolorosas que fuesen para los ciudadanos con espíritu liberal de los países eximperialistas, no sembraron entre los vencedores de 1945 alarma alguna porque pudiesen amenazar la paz lograda con esa victoria. El temor a ese respecto llegó por otra causa: las armas nucleares con que se había puesto fin tan bruscamente a la Segunda Guerra Mundial. El monopolio inicial de Estados Unidos del secreto nuclear mantuvo temporalmente alejado ese temor. Pero en 1949 se supo que la Unión Soviética había hecho explotar su propia bomba atómica y, cuando en la década de 1950, esta y Estados Unidos obtuvieron la aún más destructiva bomba de hidrógeno, el mundo industrializado tuvo que enfrentarse a la auténtica naturaleza de la pesadilla que él mismo había creado. En el espacio de quinientos años, la humanidad había pasado de practicar una modalidad de hostilidad universal, en la que el peligro de daños se limitaba al que podía ejercer la capacidad muscular humana y animal —con un intermedio en que este peligro fue sustituido por la energía química, que lo acrecentó sin trascenderlo físicamente—, a una repentina situación en la que desencadenar las hostilidades, en consecución de los fines que la teoría militar establecida consideraba justos y correctos, podía suponer la destrucción del planeta. La idea de Stimson sobre la bomba atómica cuando se enteró de su existencia —«más que un arma terrible de destrucción [...] un arma psicológica»— era más cierta de lo que él se imaginaba^[531]. Las armas nucleares hicieron presa en la mente del ser humano, y los temores que suscitaron pusieron al descubierto la falsedad del análisis de Clausewitz de una vez por todas. ¿Cómo podía ser la guerra una continuación de la política, cuando el fin último de la política racional es el bienestar de las instituciones políticas? El dilema nuclear hizo que los individuos pensantes, estadistas, burócratas y, quizá, sobre todo, los miembros de la clase militar profesional, se estrujaran el cerebro para hallar algún medio de escapar a la terrible situación en que ellos mismos se habían metido.

Algunas personas de gran inteligencia, muchas de ellas académicos integrados en las instituciones directrices de la política de los gobiernos occidentales, fueron

abriéndose camino dificultosamente hacia un acomodo con la situación, elaborando paso a paso el argumento para demostrar que la lógica clausewitziana seguía tan vigente como nunca. El argumento es el siguiente: las armas nucleares pueden servir a los fines políticos, no por su empleo, sino por el mero peligro que su uso representa. Esta teoría «disuasoria» está bien arraigada. Durante siglos, los militares han justificado el reclutamiento y la instrucción de ejércitos de acuerdo con el lema de origen romano: «Si quieres la paz, prepara la guerra». A principios de la década de 1960 esta idea había sido reformulada en la doctrina, conocida en Estados Unidos, donde nació, como «destrucción mutua asegurada»; la capacidad para «disuadir de un ataque [nuclear] deliberado [...] manteniendo constantemente una clara e inequívoca capacidad para infligir un grado inaceptable de daños sobre cualquier agresor, aun después de acusar un primer golpe sorpresa»^[532]. Mientras el número de cabezas nucleares y de aviones y misiles (perfeccionamientos del V-2 alemán) destinados a transportarlas se mantuvo bajo «la destrucción mutua asegurada», pudo justificarse, aunque a duras penas, como un sistema admisible para contener el poder nuclear dentro de límites controlables; dado, en particular, que la sospecha recíproca de las dos principales potencias nucleares impuso una resistencia intransigente a las medidas positivas de desarme. En la década de 1980, cuando el número de lanzaderas de cohetes intercontinentales nucleares había llegado a unos dos mil en ambos bandos, y el número de cabezas nucleares a decenas de miles, se hizo evidente que se imponía otra alternativa y mejores medios para preservar la paz.

Desde antiguo, el hombre busca restringir la guerra mediante leyes; leyes que definan cuándo es permisible la guerra o no (*ius ad bellum*, como dicen los juristas internacionales) y qué es permisible en la guerra (*ius in bellum*). En la Antigüedad se consideraba una guerra «justa» si se había infligido insulto u ofensa al estado o a sus representantes. Cuando retaron al primer teólogo cristiano del estado, san Agustín (354-430), a que juzgase si era permisible o no tomar parte en la guerra a quien quisiera evitar el pecado, afirmó que sí lo era, a condición de que la causa fuera justa y la guerra se hiciera con «recta intención» —para hacer el bien o evitar el mal— y por la autoridad constituida. Estos tres principios conformaron el fundamento del juicio eclesiástico respecto a los bandos contendientes hasta la llegada de la Reforma, y a partir de ella lo elaborarían juristas católicos como Francisco de Vitoria (1480-1546), quien argumentó que a un infiel, si luchaba bajo la autoridad constituida, debía respetársele que creyera que su causa era justa; pero más importante aún es que lo hiciera un gran jurista protestante como el holandés Hugo Grocio (1583-1645), quien, en su preocupación por el asunto, llegó a definir qué era guerra «justa» e «injusta» y a proponer medidas para que quienes desencadenasen una guerra injusta fuesen castigados por hacer el mal.

Durante los siglos XVIII y XIX esta distinción no se tomó en consideración, ya que la política nacional solía estar impregnada de la perspectiva amoral maquiavélica de que la soberanía dotaba al estado de cuanta justificación necesitase para sus fines; y

en ausencia desde la Reforma de una autoridad supranacional que impugnase esa filosofía, el criterio permaneció invariable durante toda la época de la pólvora. W. E. Hall, importante jurista internacional, lo expresaba así en 1880:

La ley internacional no tiene [...] otra alternativa que aceptar la guerra, independientemente de lo justo de su origen, como una relación a la que las partes pueden optar, y que solo puede agotarse regulando el efecto de esa relación. Por ello, se considera que las dos partes de cualquier guerra son de idéntica posición legal y, en consecuencia, poseen iguales derechos^[533].

El desarrollo de las armas de destrucción masiva a finales del siglo XIX hizo que esta doctrina indiferentista apareciese como un peligro hasta para los estados más fuertes, y en las convenciones de La Haya de 1899 y 1907, las principales potencias acordaron modestas medidas para limitar su ilimitada libertad de hacer la guerra si optaban por ello. (El cómo debía combatirse ya había comenzado a regularse en las convenciones de Ginebra, la primera de las cuales fue firmada por las doce principales potencias de 1864). Como las circunstancias en que había estallado la Primera Guerra Mundial habían constituido una burla de la iniciativa de La Haya, ese mismo espíritu se afirmó en 1918 en el convenio de la Sociedad de Naciones, alcanzado por inspiración estadounidense, que imponía un arbitrio a los estados en conflicto que podía ser reforzado por sanción internacional contra la parte que rechazase una decisión que no le conviniese. En 1928, la dirección hacia la que tendía la restricción legal del recurso a la guerra adoptó forma definitiva en el pacto de París, denominado en puridad Tratado General de Renuncia a la Guerra, por el que, independientemente del convenio de la Sociedad de Naciones, los signatarios se obligaban a resolver todas sus querellas en el futuro «por medios pacíficos»^[534]. A partir de entonces, toda guerra era técnicamente ilegal, y fue el flagrante delito de este nuevo principio de la ley internacional lo que en 1945 indujo al gobierno estadounidense a decidirse a convertir la afirmación moral de la alianza antialemana y antijaponesa, la autodenominada Naciones Unidas, en una organización permanente con el mismo nombre. Fundamentalmente por insistencia de Estados Unidos, la carta de la ONU era una corroboración del pacto de París y del convenio de la Sociedad de Naciones, y añadía al mecanismo de arbitrio y sanciones de esta última una serie de provisiones que facultaban a la ONU para actuar con fuerzas militares contra los transgresores.

La frustración del espíritu de la carta de la ONU durante los cuarenta años de enfrentamiento nuclear soviético-estadounidense es algo de sobra conocido como para repetirlo. Pero ya antes de que esta confrontación se resolviera por el súbito hundimiento del régimen marxista en la Unión Soviética en 1990, las dos superpotencias habían convenido sustanciales medidas de desarme nuclear, dado que

ambas estaban alarmadas por el incesante incremento del peligro del ataque sorpresa a que las abocaba el perfeccionamiento de la tecnología de los misiles. El relajamiento de tensión obtenido fue el mayor triunfo en el ámbito de las relaciones internacionales desde la fundación de la ONU en 1945.

Sin embargo, no iba a ser el desarme nuclear ni el nuevo espíritu de armonía obtenido por la renuncia de Rusia al marxismo lo que abriera mayores perspectivas de que un mundo saturado de guerra caminase por fin por el sendero de la paz, sino, paradójicamente, el hecho de que la Unión Soviética resolviera en los últimos meses de su existencia subscribir la decisión de la ONU de emprender acciones militares contra la decisión de Irak de invadir Kuwait en otoño de 1990. Irak había violado en todos los aspectos los requisitos morales de la «guerra justa», y toda la jurisdicción ulterior dimanante de lo acordado internacionalmente en el convenio de la Sociedad de Naciones, el pacto de París y en la propia carta de la ONU. La fulgurante victoria de las fuerzas enviadas a sancionar a Irak para anular la anexión ilegal de territorio, lograda sin causar víctimas civiles y autorizada por una resolución de la ONU, fue el primer triunfo auténtico de la moral de la guerra justa desde que Grocio definiera sus principios rectores en el siglo XVII, en plena guerra de los Treinta Años.

Los que confían en que la ONU logre perpetuar su arbitraje pacifista —no existe mejor instrumento— tienen, no obstante, mucho camino que recorrer para que se cumpla plenamente esa esperanza. Es innegable que el hombre es potencialmente violento, aunque admitamos que se trata de una minoría más que de una mayoría, y vivimos en una sociedad en la que existen probabilidades de que esa potencialidad se haga realidad. El hombre ha aprendido, a lo largo de los cuatro mil años en que han existido ejércitos organizados, a entrenarlos y equiparlos, a reunir los fondos necesarios para su mantenimiento, y a aceptar y aplaudir su intervención en momentos en que la mayoría se siente en peligro. Pero hay que decir más: no se podría vivir en un mundo sin ejércitos; sin ejércitos disciplinados, obedientes y sumisos a la ley. Los ejércitos de este tenor son instrumento y señal de civilización, y sin su existencia la humanidad tendría que amoldarse a vivir en un nivel primitivo, por debajo del «horizonte militar», o en un caos sin ley, en el que las masas entrarían en guerra «unas contra otras» tal como decía Hobbes.

Hay lugares en el mundo en los que estalla el rencor comunitario; lugares saturados de las armas baratas que son el producto más denigrante de nuestra sociedad industrial, y en los que es una realidad la guerra de todos contra todos. Lo vemos en la televisión, y es un espectáculo que nos transmite una terrible advertencia y nos muestra las penalidades a que puede someternos la guerra si no rechazamos la idea de Clausewitz de que es una continuación de la política, y si nos negamos a ver que la política que conduce a la guerra es una peligrosa intoxicación.

Para rechazar el mensaje de Clausewitz no es preciso creer, como Margaret Mead, que la guerra es un «invento»; ni hay que propugnar medios para alterar nuestra herencia genética, lo que sería intrínsecamente un ejercicio de derrotismo; ni

necesitamos liberarnos de nuestras circunstancias materiales. La humanidad domina el mundo material hasta un extremo en que el más optimista de nuestros antepasados de hace doscientos años no habría podido ni soñar. Lo único que hay que aceptar es que, durante cuatro mil años de experimento y repetición, la guerra se ha convertido en un hábito. En el mundo primitivo este hábito estaba circunscrito al ritual y a la ceremonia; en el mundo posprimitivo, el ingenio humano rompió con el rito y la ceremonia, y con las restricciones que imponían a la guerra, permitiendo que los hombres violentos rebasaran los límites admisibles, hasta llegar a extremos inconcebibles. El filósofo Clausewitz decía que «la guerra es un acto de violencia llevado hasta el límite máximo». Y el militar práctico Clausewitz no imaginó los horrores a que conducía su lógica filosófica; pero nosotros hemos sido testigos de ellos. Los hábitos de los primitivos —devotos de la restricción, la diplomacia y la negociación— merecen que nosotros los reaprendamos. Si no olvidamos los hábitos que hemos adquirido, nos jugamos nuestra propia supervivencia.

CONCLUSIÓN

«¿Qué es la guerra?» era la pregunta que iniciaba esta obra. Ahora que ha concluido, y si el lector me ha seguido hasta el final, espero haber sembrado la duda respecto a la convicción de que la pregunta sea fácil de contestar o de que la guerra tenga una naturaleza unívoca. Espero también haber arrojado incertidumbre respecto a la idea de que el hombre está condenado a hacer la guerra o de que los asuntos mundiales haya que solucionarlos en último extremo recurriendo a la violencia. La historia escrita del mundo es, en su mayor parte, una historia de la guerra; porque los estados en que vivimos se crearon casi todos por derecho de conquista, contienda civil o lucha por la independencia. Además, los grandes estadistas de la historia escrita han sido generalmente partidarios de la violencia, si no guerreros; sabían cómo utilizar la violencia, y no se inhibían a la hora de hacerlo para sus fines.

En nuestro siglo, la frecuencia e intensidad de la guerra ha provocado una distorsión de perspectiva en el común de hombres y mujeres. En Europa occidental, Estados Unidos, Rusia y China, las exigencias de la guerra han afectado a un sinnúmero de familias durante dos, tres o cuatro generaciones. La llamada a las armas se ha llevado a millones y millones de hijos, esposos, padres y hermanos a los campos de batalla, de los que también millones no regresaron. La guerra ha marcado una profunda huella en las emociones más sensibles de pueblos enteros, arraigando en ellos la expectativa de que sus hijos y nietos no se vieran sometidos a las atrocidades que ellos padecieron. Sin embargo, en la vida cotidiana, esas gentes apenas padecen violencia o siquiera crueldad o rudeza; es el espíritu de la cooperación, y no el de la confrontación, el que hace que el mundo siga, y casi todos los seres humanos vive la mayor parte de sus días en un ambiente de compañerismo, buscando por todos los medios evitar la discordia y que cunda el desacuerdo. La buena vecindad está considerada como la mejor de las virtudes, y la amabilidad es el rasgo de carácter más apreciado.

Hay que reconocer que la buena vecindad florece dentro de los firmes vínculos de la restricción. Las sociedades civilizadas en que nos complace vivir se rigen por la ley; lo que significa que están vigiladas, y la vigilancia es un medio coercitivo. En nuestra aceptación de esa vigilancia admitimos tácitamente que la naturaleza del hombre tiene un lado oscuro que ha de ser coaccionado mediante el temor a una fuerza superior; y el castigo es la sanción contra quienes no se someten a la constricción, siendo la fuerza superior su instrumento. Sin embargo, pese a este potencial de violencia, poseemos también la capacidad de limitar sus efectos sin que haya una fuerza superior que nos impida lo peor de que somos capaces. Es por este motivo por lo que el fenómeno de la guerra «primitiva», con el estudio del cual se

inicia la presente obra, resulta tan instructivo. Como las guerras de este siglo han alcanzado tal extremo y han adquirido una forma tan cruel, al hombre actual le ha resultado muy fácil caer en la suposición de que la tendencia a la guerra extrema es inevitable. La guerra moderna les ha dado mala fama a la moderación y al autodomínio, y las interrupciones o mediaciones humanitarias se consideran cínicamente medios con los que se enmascara o se palia lo intolerable. Sin embargo, el hombre que hace la guerra, como muestran los primitivos, tiene capacidad para limitar la naturaleza y los efectos de sus actos. Los primitivos recurrían a toda clase de dispositivos por los que se evitaban a sí mismos y a sus enemigos lo peor de lo que pudiera sobrevenirles. Uno de ellos es la exención; la exención de miembros concretos de la comunidad —mujeres, niños, inválidos y viejos— del combate y sus consecuencias. Otro es la convención, en particular las convenciones de la elección del momento, el lugar y la estación del conflicto, así como el pretexto para el mismo. Pero el dispositivo más importante es el ritual, que define la naturaleza del propio combate y exige que, una vez llevados a cabo los rituales específicos, los contendientes deban reconocer que se ha visto satisfecho, y recurran a la conciliación, el arbitraje o la paz.

Es importante, como se ha indicado, no idealizar la guerra primitiva, ya que puede adoptar un sesgo brutal, en el que se prescinde de exenciones, convenciones y rituales, y la violencia alcanza un alto nivel. Y aun cuando se respeten las restricciones, la guerra provoca efectos materiales indeseados. El más importante es el progresivo desplazamiento del bando más débil del territorio familiar a una tierra peor; desplazamiento que en último extremo puede ser lesivo y hasta destructivo para esa cultura, que suele estar protegida, precisamente, por las restricciones de índole cultural impuestas a la guerra. Las culturas no se perpetúan por sí solas, y poseen debilidades que las hacen vulnerables a influencias hostiles; de estas últimas, una de las más poderosas es la guerra.

La cultura, en cualquier caso, es un determinante primordial de la naturaleza de la guerra, como lo demuestra claramente la historia de su desarrollo en Asia. La modalidad oriental de hacer la guerra, si la catalogamos y denominamos así para diferenciarla de la modalidad occidental, se caracteriza por rasgos peculiares propios, los más destacados de los cuales son la evasión, la dilación y el sesgo. Dados el extraordinario dinamismo y crueldad de las campañas de Atila, Gengis Kan y Tamerlán, podría considerarse que no son las características distintivas; pero, en cualquier caso, hay que situarlas en su contexto. Durante los tres mil años en que el caballo fue el principal instrumento de la guerra, estas campañas aparecen como irrupciones muy espaciadas, más que como característica constante y periódica en la historia militar de Eurasia. El peligro que representaba el guerrero montado es, indudablemente, una constante en esos milenios; pero se le podía hacer frente, y tanto más cuanto que era su estilo preferido de combate. Un estilo en el que, precisamente, la evasión, la dilación y el sesgo eran los factores preponderantes: el guerrero

montado optaba por combatir a distancia, utilizar proyectiles más que armas cortantes, retirarse cuando encontraba una fuerte resistencia; y, para vencer al enemigo, recurría más a desgastarlo que a arrollarlo en un único enfrentamiento.

Por ello, la guerra a caballo era algo que podía frenar fácilmente el agredido que dispusiera de defensas fijas construidas en el perímetro del territorio que limitase con la zona de donde procedía el guerrero a caballo. Fuera de esa zona, a los pueblos nómadas ecuestres les resultaba difícil la maniobra con sus grandes hordas a caballo, y, si había obstáculos que entorpecieran aún más los movimientos —la Gran Muralla china, la *cherta* rusa—, su capacidad de ataque quedaba casi anulada. No obstante, algunos guerreros montados llegaron a penetrar en las tierras de cultivo, haciéndose con el poder y manteniéndose en ellas. Destacan entre ellos los mogoles de la India y los turcos otomanos, junto con los cuerpos de mamelucos que, en diversos periodos, detentaron el poder en tierras árabes. Pero, como hemos visto, ni siquiera estos grandes conquistadores fueron capaces de convertir ese impulso inicial en un estilo creativo y constructivo de gobierno, sino que permanecieron aferrados a su cultura esteparia y viviendo como jefes nómadas cuando disponían de lujosos alojamientos en las capitales de los imperios que habían derrocado. Y cuando se vieron enfrentados a nuevas potencias que habían sabido adaptarse a los cambios tecnológicos acaecidos en el arte de la guerra, su rigidez cultural les impidió responder con eficacia al enfrentamiento, y al final se extinguieron.

Pero, paradójicamente, existía una dimensión en la manera oriental de hacer la guerra que en Occidente se dio más tarde, y que la dotó de una potente finalidad, aunque autorre restrictiva a su vez; una dimensión ideológica e intelectual. Mucho antes de que la sociedad occidental hubiese llegado a una filosofía de la guerra, los chinos contaban ya con una. El ideal confuciano de racionalidad, continuidad y mantenimiento de las instituciones los había enseñado a subordinar el impulso guerrero a las limitaciones de la ley y la costumbre. Era un ideal que no siempre podía mantenerse, y que se transgredió muchas veces, debido a los disturbios internos y a las irrupciones de la estepa; las segundas causantes muchas veces de los primeros. No obstante, la característica más constante de la vida militar china era la moderación, destinada a preservar las formas culturales más que a supeditarse a las exigencias de los conquistadores o de la revolución interna. Uno de los mayores logros chinos fue la sinización de los pueblos intrusos procedentes de la estepa, con la consiguiente supeditación de sus rasgos destructivos a los valores primordiales de la cultura conquistada.

La restricción bélica constituyó también una característica de otra civilización hegemónica de Asia, la del islam, aunque dé la impresión contraria. En términos generales, se considera el islam una religión de conquista, uno de cuyos principios más conocidos es el de la obligación de hacer la guerra santa contra el infiel. La historia de la conquista islámica y la exacta naturaleza de la doctrina de la guerra santa son objeto de un malentendido fuera del mundo musulmán. La época de la

conquista fue relativamente breve, y concluyó no solo porque los adversarios del islam supieran cómo hacerle frente, sino también porque el propio islam se vio dividido respecto a la moralidad de la guerra, y escindido por disputas internas que enfrentaron a los musulmanes entre sí, transgrediendo la doctrina de que no debían luchar unos contra otros. Ante ello, la autoridad suprema recurrió a la solución de devolver el papel bélico a una clase especializada y subordinada de guerreros reclutada con ese solo propósito, liberando así del servicio militar a la mayoría, y permitiendo que los piadosos potenciasen en su vida el aspecto «superior» del mandato de la guerra santa en vez del «inferior», la guerra contra uno mismo. Como esos especialistas que eligió el islam para que hicieran la guerra en su nombre los reclutó principalmente entre guerreros montados de la estepa que se negaban a adaptar su cultura militar a las circunstancias cambiantes, aun cuando el monopolio de las armas les hubiera permitido hacerse con el poder, la guerra islámica quedó al final casi tan circunscrita como en la civilización china. Dentro de su cultura, los efectos resultaron muy beneficiosos; pero cuando tropezó de lleno con otra, que no reconocía ninguna de las restricciones que la tradición oriental se imponía a sí misma, el islam sucumbió ante una crueldad para la que no estaba preparado, ni pudo usar para su propia defensa.

Esa cultura era la occidental. Constaba de tres elementos, uno de ellos procedente de su propio seno, otro tomado del orientalismo, y un tercero adquirido por su capacidad de adaptación y experimentación; tres elementos, respectivamente, de índole moral, intelectual y tecnológica. El elemento moral es deudor de los griegos de la época clásica, pues fueron estos quienes, en el siglo V a. de C., prescindieron de las restricciones del estilo primitivo, que era ante todo respetuoso con el ritual bélico, adoptando en su lugar la costumbre de combatir cuerpo a cuerpo hasta la muerte. Esta desviación, confinada inicialmente a la guerra entre los propios griegos, era sumamente chocante para los que no pertenecían al mundo de la Hélade, cuando se enfrentaban a ella por primera vez. La historia del encuentro de Alejandro Magno con Persia, un imperio cuyo estilo de hacer la guerra contenía elementos primitivos y rituales, y continuaba poniendo en práctica la táctica elusiva propia de los guerreros montados, es una historia real, tal como la narra Arriano, y un paradigma de diferencia cultural. El emperador Darío es una figura realmente trágica, pues la civilización que representaba no estaba en modo alguno preparada para enfrentarse a un enemigo con el que no se podía llegar a un arreglo ni discutir una vez que había adquirido ventaja; un enemigo que perseguía constantemente llegar a un resultado en la batalla misma, y que combatía como si ese resultado inmediato fuera lo único por encima de toda consideración, incluida la de la supervivencia personal. La muerte de Darío a manos de su séquito, que esperaba, al dejar que Alejandro encontrase el cadáver, salvar su propia piel, pone perfectamente de manifiesto el choque cultural entre la conveniencia y el honor en esas dos éticas distintas de hacer la guerra.

La ética de la batalla a muerte de pie —hay que denominarla así, por estar

relacionada con la infantería más que con la caballería— se abrió a partir de entonces camino desde el mundo griego al romano, a través de las colonias griegas del sur de Italia. Su indudable transmisión a los pueblos teutones con los que Roma libró las batallas en las que se jugaba la supervivencia, y que en último extremo perdió, es oscura, y quizá nunca pueda reconstruirse. En cualquier caso, los invasores bárbaros eran guerreros que combatían cuerpo a cuerpo; aunque eso por sí solo no habría garantizado su triunfo sobre los ejércitos romanos, aun en el estado de debilidad en que los hallaron en el último siglo del imperio. Un curioso logro de los posteriores reinos teutónicos fue asimilar el combate cuerpo a cuerpo a caballo, por lo que el caballero occidental, a diferencia del nómada montado, aprovechaba la carga sobre el núcleo principal del enemigo, en lugar de efectuar escaramuzas a distancia. Frente a los adversarios árabes y mamelucos, en las campañas de las cruzadas en Tierra Santa, encontraron finalmente que el estilo cuerpo a cuerpo del que tanto gustaban se iba muchas veces al garete; la carga crucial no podía llevarse a cabo contra un enemigo que no encontraba deshonoroso eludir el choque. Sin embargo, hubo un intercambio cultural de gran importancia como consecuencia del enfrentamiento entre cristianos y musulmanes en Oriente Medio, pues este conflicto resolvió el dilema intrínseco al cristianismo respecto a la moralidad de hacer la guerra, contagiándolo con la ética de la guerra santa, que a partir de ese momento dotaría a la cultura militar occidental de una dimensión ideológica e intelectual de la que había carecido antes.

A la combinación del estilo cuerpo a cuerpo —impregnado de la ética del honor personal— con la dimensión ideológica no le faltaba más que la adición de un elemento tecnológico para dar como resultante el estilo definitivo occidental de hacer la guerra. Este elemento lo adquirió en el siglo XVIII, al generalizarse la revolución de la pólvora y perfeccionarse las armas de fuego. Por qué la cultura occidental se mostró abierta a los cambios tecnológicos mientras que Asia no (y los pueblos primitivos, por su naturaleza, menos aún) es otra cuestión. No obstante, hay que reconocer que uno de los principales factores condicionantes para mantener cerrada la cultura asiática fue su adscripción al concepto de restricción bélica, que impone a sus élites la persistencia en el empleo y monopolio de las armas tradicionales, por obsoletas que resulten comparadas con las que se imponen en otros lugares; y que esa persistencia es una medida perfectamente racional para el control de las armas. El mundo occidental, al olvidar ese control, tomó un rumbo distinto, que desembocó en el tipo de guerra que Clausewitz postuló como auténtica: una continuación de la política, que él consideraba intelectual e ideológica por sus medios de combate, que propugnaba el cuerpo a cuerpo, y que daba por sentado que había que librarla con los instrumentos de la revolución tecnológica occidental.

El modo occidental de hacer la guerra se lo llevaría todo por delante en los años posteriores a la muerte de Clausewitz. Durante el siglo XIX todos los pueblos asiáticos, con excepción de los chinos, los japoneses, los tailandeses y los súbditos del imperio otomano, caerían bajo el dominio europeo; y los pueblos primitivos de

las Américas, África y el Pacífico estaban condenados. Algunos pueblos de regiones remotas e inaccesibles —Tíbet, Nepal, Etiopía— fueron los únicos difíciles de someter al imperialismo. Durante la primera mitad del siglo xx, la misma China sucumbiría a manos del Japón occidentalizado, mientras que la mayor parte de los territorios otomanos cedía ante las fuerzas europeas. Solo los turcos de Turquía, esa raza de guerreros fuerte, inteligente e inventiva, que había dado a sus enemigos tan duras lecciones con los precarios medios del caballo y el arco, permaneció insumisa y se proclamaría a mediados de siglo nación independiente.

Pero el triunfo del modo occidental de hacer la guerra fue un error. Resultó irresistible contra otras culturas militares; pero, vuelto contra sí mismo, acarreó grandes desastres con visos de catástrofe. La Primera Guerra Mundial, librada casi exclusivamente entre las naciones europeas, puso fin al dominio occidental en el mundo, y con las penalidades impuestas a la población de los estados beligerantes, corrompió lo mejor de la civilización —el liberalismo y la esperanza—, dando a los militaristas y a los totalitarios un papel en las apelaciones al futuro. Y el futuro que anunciaban trajo la Segunda Guerra Mundial, que completó la ruina iniciada por la primera. Y trajo también las armas nucleares: lógica culminación de la tendencia tecnológica del modo occidental de hacer la guerra; y negación taxativa del postulado de que la guerra era, o puede llegar a ser, la continuación de la política por otros medios.

La política debe continuar; la guerra no. Lo cual no quiere decir que haya acabado el papel del guerrero. La comunidad mundial necesita más que nunca guerreros hábiles y disciplinados, dispuestos a subordinarse a la autoridad. Unos guerreros que puedan considerarse, en rigor, protectores y no enemigos de la civilización. El modo en que combatan por ella —contra el fanatismo racista, los militaristas, los intransigentes ideológicos, los vulgares saqueadores y el crimen organizado internacional— no puede derivarse exclusivamente del modo occidental de hacer la guerra. Los futuros mantenedores y artífices de la paz tienen mucho que aprender de otras culturas militares; y no solo de las de Oriente, sino también de las de los pueblos primitivos. Hay una sabiduría en los principios de la restricción intelectual, e incluso del ritual simbólico, que hay que redescubrir. Y mayor sabiduría existe aún en la refutación de que la política y la guerra sean un *continuum*. Si no insistimos en negarlo, nuestro futuro, como el de los isleños del Pacífico, puede quedar decidido por los hombres con las manos ensangrentadas.

AGRADECIMIENTOS

Grandes cambios se han producido en el mundo desde que comencé a escribir esta obra en 1989, y de ellos hay que dar cuenta en primer lugar. Concluyó la guerra fría, en el Golfo tuvo lugar un breve pero espectacular conflicto bélico por tierra y aire, y en la antigua Yugoslavia estalló y prosigue una feroz y prolongada guerra civil. Algunos de los temas desarrollados en esta obra han cobrado realidad —al menos para mí— en esas guerras del Golfo y de Yugoslavia.

En el Golfo, las fuerzas aliadas infligieron una derrota clausewitziana a las tropas de Sadam Husein, pese a que su negativa a aceptar la realidad de la catástrofe sufrida recurriendo a una retórica islámica que descarta la derrota espiritual haya robado a la victoria aliada gran parte de su propósito político. La supervivencia y continuidad en el poder de Sadam, que los vencedores parecen aprobar, es ejemplo evidente de la inutilidad del «método de guerra occidental» con un adversario que niega sus presupuestos culturales, pues cabe considerar la guerra del Golfo como un choque entre dos culturas militares totalmente distintas, ambas bien enraizadas históricamente e incomprensibles ambas con abstracciones sobre «la naturaleza de la guerra», ya que no existe tal cosa.

Los horrores de la guerra de Yugoslavia, por inexplicables y repulsivos que resulten para una mentalidad civilizada, desafían toda explicación en términos militares convencionales. El mapa resultante de odios locales solo podría entenderlo el antropólogo cuyo objeto de estudio específico fuera la guerra entre pueblos de estructura tribal y marginal. No faltan antropólogos que niegan la existencia del fenómeno llamado «guerra primitiva»; pero a una mayoría de lectores inteligentes — a quienes los datos sobre la «limpieza étnica», el sistemático maltrato a las mujeres, la satisfacción de la venganza, la matanza premeditada y el arrasamiento del territorio habrán causado profunda impresión— les llamará la atención el paralelismo existente con la manera de actuar de los pueblos anteriores a la creación del estado que se reseña en esta obra.

Doy especialmente las gracias al profesor Neil Whitehead por su ayuda orientativa en el sector de la literatura sobre antropología de la guerra; cualquier malentendido o falsa interpretación son de estricta responsabilidad mía. Resultaría imposible enumerar a cuantos militares e historiadores militares han secundado mis esfuerzos por establecer una imagen coherente de las diversas modalidades de guerra que se han dado en el planeta a lo largo de la historia. Habrá quien no se sienta identificado con la visión personal a que yo he llegado. Quiero mencionar, no obstante, a mi tutor en Balliol, A. B. Roger, de quien aprendí historia militar; al general de brigada Peter Young, condecorado con la Orden de Servicios Distinguidos

y la Cruz Militar, y director del departamento de Historia Militar de la Real Academia Militar de Sandhurst, en la que me inicié en la docencia de esta materia; y al doctor Christopher Duffy, colega mío en Sandhurst, cuyos amplios conocimientos sobre la historia militar de los otomanos y de los Habsburgo fueron fundamentales para alumbrar en mí la idea de que la guerra es una actividad cultural.

Quedo profundamente agradecido a Elisabeth Sifton, mi editora estadounidense, por su trabajo en el manuscrito; a mi editor británico, Anthony Whittome, por el meticuloso esfuerzo de transformarlo en libro; a Anne-Marie Ehrlich, por la recopilación de las ilustraciones; a Alan Gilliland, por el dibujo de los mapas; a Frances Banks, por pasar a máquina mi escritura casi indescifrable; y, por supuesto, a mi agente literario, Anthony Sheil, a quien me une una amistad de treinta años. Quiero también manifestar mi especial agradecimiento a Andrew Orgill y al personal de la Central Library de la Real Academia Militar de Sandhurst, una de las mejores bibliotecas militares del mundo, a la que sigo teniendo el honor de tener acceso; al personal de la biblioteca del Ministerio de Defensa; y al personal de la London Library.

No quiero olvidar a mis numerosos amigos de *The Daily Telegraph*, entre ellos, Conrad Black, Max Hastings, Tom Pride, Nigel Wade —que me facilitó la visita al escenario de la guerra del Golfo en noviembre de 1990, y a Yugoslavia en el intermedio de las guerras de Croacia y Bosnia—, Peter Almond, Robert Fox, Bill Deedes, Jeremy Deedes, Christopher Hudson, Simon Scott-Plummer, John Coldstream, Mirian Gross, Nigel Horne, Nick Garland, Mark Law, Charles Moore, Trevor Grove, Hugh Montgomery-Massingberd, Andrew Hutchinson y Louisa Bull.

Mi hermano Francis, por su interés en la historia de nuestra familia materna, los Bridgman de Toomdeely, fue quien documentó la relación familiar con varios militares que marcharon de Irlanda a Francia para luchar en las guerras de Luis XV. Como uno de ellos, Winter Bridgman, constituye el ejemplo de oficial profesional internacional ampliamente representativo del contenido de esta obra, he optado por dedicársela. Quedo sumamente agradecido a Francis por el trabajo que ha realizado. Y, finalmente, quiero manifestar mi agradecimiento a mis amigos de Kilmington, en particular a Honor Medlam, Michael y Nesta Gray, Don Marjorie Davies y, cómo no, el cariño a mis hijos e hijastros, Lucy Brooks Newmark, Thomas, Rose, Matthew y Mary, y a mi querida esposa Susanne.

Kilmington Manor, 9 de junio de 1993

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- AM, P., *The Arts of the Third Reich*, Londres, 1992 [ed. esp.: *El arte del Tercer Reich*, A. Moya, tr., Tusquets, Barcelona, 1992].
- DRESKI, S., *Military Organisation and Society*, Londres, 1908.
- GLESEY, Marqués de, *A History of British Cavalry*, IV, Londres, 1986.
- DREY, R., *The Territorial Imperative*, Londres, 1967 [ed. esp.: *Instinto de dominio en la vida animal y en los orígenes del hombre*, Editorial Hispano-Europea, Barcelona, 1970].
- ALON, D., *Gunpowder and Firearms in the Mamluk Kingdom*, Londres, 1956.
- MAROLLI, A., *An Early History of Horsemanship*, Londres, 1985.
- SDON, J., *Rome*, Londres, 1970 [ed. esp.: *Roma*, Guadarrama, Barcelona, 1970].
- UKOCHVA, B., *The Seleucid Army*, Cambridge, 1976.
- NETT, C., ed., *Hitler's Generals*, Londres, 1989.
- TOV, O., *The Eastern Front 1941-5*, Basingstoke, 1985.
- MUMONT, J., *Comrades in Arms*, Londres, 1980.
- ELER, J., *War in Feudal Europe, 730-1200*, Ithaca, 1991.
- OFF, N., *Tito's Flawed Legacy*, Londres, 1985.
- ELIN, I., *Karl Marx*, Oxford, 1978 [ed. esp.: *Karl Marx*, R. Boxio y Á. Rivero Rodríguez, trs., Alianza Editorial, Madrid, 2000].
- The Crooked Timber of Humanity*, Nueva York, 1991 [ed. esp.: *El fuste torcido de la humanidad*, J. M. Álvarez Flórez, tr., Península, Barcelona, 2002].
- T, G., *Humanity in Warfare*, Londres, 1980.
- U, P. y SCOTT, W., *Formal and Informal Organisations*, San Francisco, 1962.
- ONDAL, S., *The Varangians of Byzantium*, Cambridge, 1979.
- ETÉRO, J. y otros, eds., *The Near East: the Early Civilisations*, Londres, 1967.
- AMSON, L. y GOETHALS, G., *War: Studies from Psychology, Sociology, Anthropology*, Nueva York, 1964.
- EEZE, D. y DOBSON, B., *Hadrian's Wall*, Londres, 1976.
- UIL, H. y LAUTIER, R., *The Men of the Old Stone Age*, Londres, 1965.
- L, H. y otros, eds., *Hugo Grotius and International Relations*, Oxford, 1990.
- LOCK, A., *Hitler and Stalin*, Londres, 1991 [ed. esp.: *Hitler y Stalin*, P. Gálvez Ruiz, tr., Plaza & Janés, Barcelona, 1994].
- RY, J., *A History of the Later Roman Empire*, Londres, 1923.
- LWELL, C., *Small Wars. Their Principles and Practice*, Londres, 1899.
- ALLENER, R., *The French Theory of the Nation in Arms*, Nueva York, 1955.

EVALLIER, R., *Roman Roads*, Londres, 1976.

MARK, R., *Freud*, Londres, 1980 [ed. esp.: *Freud: el hombre y su causa*, J. A. Gutiérrez-Larraya, tr., Planeta, Barcelona, 1985].

MUSEITZ, Carl von, *On War*, J. J. Graham, tr., Londres, 1908 [ed. esp.: *De la guerra: versión íntegra*, C. Fortea, tr., La Esfera de los Libros, Madrid, 2005].

NDINEN, I., *Ambivalent Conquests, Maya and Spaniard in Yucatan, 1515-70*, Cambridge, 1987.

NAUGHTON, R., *The War of the Rising Sun and the Tumbling Bear*, Londres, 1988.

NTAMINE, P., *War in the Middle Ages*, M. Jones, tr., Oxford, 1984 [ed. esp.: *La guerra en la Edad Media*, F. J. Faci Lacasta, tr., Labor, Barcelona, 1984].

MSIER, A., «Le moral des combattants, panique et enthousiasme», en *Revue historique des armées*, 3, 1977.

Armies and Society in Europe, Bloomington, 1979.

REL, H., *The Origins of Statecraft in China*, Chicago, 1970.

VKINS, R., *The Selfish Gene*, Oxford, 1989 [ed. esp.: *El gen egoísta*, J. Robles Suárez y J. M. Tola Alonso, trs., Salvat, Barcelona, 2000].

LA CROIX, H., *Military Considerations in City Planning*, Nueva York, 1972.

AKIN, F., *The Embattled Mountain*, Londres, 1971.

RY, T. y WILLIAMS, T., *A Short History of Technology*, Oxford, 1960 [ed. esp.: *Historia de la tecnología*, C. A. Caranci, J. Palao y M. C. Ruiz de Elvira, trs., Siglo XXI, Madrid].

ALE, W., *War in Primitive Society*, Santa Bárbara, 1973.

LAS, M., *Wartime*, Nueva York, 1977.

LE, W., *The Oxford History of the French Revolution*, 1989.

FFY, C., *Russia's Military Way to the West*, Londres, 1981.

Siege Warfare, Londres, 1979.

The Military Experience in the Age of Reason, Londres, 1987.

PUY, R. y T., *The Encyclopaedia of Military History*, Londres, 1986.

BURG, P., *Crusade and Settlement*, Cardiff, 1985.

MONDS, J., *A Short History of World War I*, Oxford, 1951.

TEINS, M., *Rites of Spring*, Nueva York, 1989.

ING, J., *Swords Around a Throne*, Londres, 1989.

ELS, D., *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army*, Berkeley, 1978.

LEIT, S., *Islands at the Centre of the World*, Nueva York, 1990.

NES, O., *War in the Arctic*, Londres, 1991.

GUSON, B. y WHITEHEAD, N., *War in the Tribal Zone*, Santa Fe, 1991.

GUSON, R., ed., *Warfare, Culture and Environment*, Orlando, 1984.

RILL, A., *The Fall of the Roman Empire*, Londres, 1986.

The Origins of War, Londres, 1985.

LEY, M. y PLAKET, H., *The Olympic Games*, Nueva York, 1976.

BES, P. J., *Metallurgy in Antiquity*, Leiden, 1950.

STON, A., *Prehistoric Maori Fortifications*, Auckland, 1974.

ROBERTS, A., *Boadicea's Chariot*, Londres, 1988.

EDMAN, F., *The Evolution of the Nuclear Strategy*, Londres, 1989.

EDMAN, D., *Margaret Mead and Samoa*, Cambridge, Mass., 1983.

ED, M., *Transactions of New York Academy of Sciences*, serie 2, 28, 1966.

ED, M., HARRIS, M. y MURPHY, R., eds., *War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression*, Nueva York, 1967.

ENDLY, A., *The Dreadful Day*, Londres, 1981.

ER, J., *The Great Wall of China*, Londres, 1975.

LER, J., *The Decisive Battles of the Western World*, Londres, 1954-1956 [ed. esp.: *Batallas decisivas del mundo occidental*, J. Fernández-Yáñez, tr., Caralt, Barcelona, 1973].

BRIEL, R. y METZ, K., *From Sumer to Rome*, Nueva York, 1991.

VIN, J., *The Minute Men*, McLean, 1989.

RLAN, Y., *War in the Ancient World*, Londres, 1975 [ed. esp.: *La guerra en la Antigüedad*, J. M. Parra Ortiz, tr., Aldebarán, Cuenca, 2003].

UNET, J., *A History of Chinese Civilisation*, Cambridge, 1982.

BERT, M., *Second World War*, Londres, 1989 [ed. esp.: *La Segunda Guerra Mundial*, M. A. Devoto Carnicero, tr., La Esfera de los Libros, Madrid].

OUARD, M., *The Return of Camelot*, New Haven, 1981.

ANT, M., *The Army of the Caesars*, Londres, 1974.

ENHALG, K., *Early Greek Warfare*, Cambridge, 1973.

EBEL, J. y HINDE, R., eds., *Aggression and War*, Cambridge, 1989.

LMARTIN, J., *Gunpowder and Galleys*, Cambridge, 1974.

AS, J., ed., *The Anthropology of War*, Cambridge, 1974.

LE, J., *Renaissance and War Studies*, Londres, 1988.

War and Society in Renaissance Europe, Leicester, 1985.

MOND, J., *A History of Greece to 322 BC*, Oxford, 1959.

NSON, V., ed., *Hoplites*, Londres, 1991.

The Western Way of Warfare, Nueva York, 1989.

Warfare and Agriculture in Classical Greece, Pisa, 1983.

RRIS, M., *The Rise of Anthropological Theory*, Londres, 1968 [ed. esp.: *El desarrollo de la teoría antropológica: historia de las teorías de la cultura*, R. Valdés del Toro, Siglo XXI, Madrid, 1993].

RRIS, W., *War and Imperialism in Republican Rome*, Oxford, 1989 [ed. esp.: *Guerra e imperialismo en la Roma republicana: 327-70 a. de C.*, C. Santos Fontenla, tr., Siglo

XXI, Madrid, 1989].

FRIS, W., «Egypt from the Death of Ammanemes II to Seqemenre II», en *Cambridge Ancient History*, 3.^a ed., vol. II, parte 1.

FRIT, B. H. L., *The Ghost of Napoleon*, Londres, 1933.

FRIFMAN, M., *Egypt Before the Pharaohs*, Londres, 1988.

FRIGG, A., *Hill Forts of Britain*, Londres, 1975.

FRIT, P., Lambton, A. y LEWIS, B., eds., *The Cambridge History of Islam*, vol. IA, Cambridge, 1970.

FRITNE, A., *A Savage War of Peace*, Londres, 1977.

To Lose a Battle, Londres, 1969.

FRIRANI, A., *A History of the Arab Peoples*, Londres, 1991 [ed. esp.: *La historia de los árabes*, A. Leal Fernández, tr., Zeta Bolsillo, Barcelona, 2008].

FRIVARD, M., *Clausewitz*, Oxford, 1983.

War in European History, 1976.

FRIVHES, Q., *Military Architecture*, Londres, 1974.

FRIVAC, B., *The Limits of Empire*, Oxford, 1990.

FRIVOBSEN, J. y FRIVADAMS, R., «Salt and Silt in Ancient Mesopotamian Agriculture», *Science*, CXXVIII, 1958.

FRIVERSON, G., *The Destruction of the Zulu Kingdom*, Londres, 1979.

FRIVAVICH, B., *History of the Balkans (Twentieth Century)*, Cambridge, 1983.

FRIVANSON, S., *Late Roman Fortifications*, Londres, 1983.

Roman Fortifications of the Saxon Shore, Londres, 1977.

FRIVES, A., *The Decline of the Ancient World*, Londres, 1966.

The Later Roman Empire, Oxford, 1962.

FRIVES, C., *The Longman Companion to the French Revolution*, Londres, 1989.

FRIVES, G., *A History of the Vikings*, Oxford, 1984.

FRIVES, N., *Hitler's Heralds*, Londres, 1987.

FRIVIN, D., *Seizing the Enigma*, Londres, 1991.

FRIVIGAN, J., *The Mask of Command*, Londres, 1987 [ed. esp.: *La máscara del mando*, Ministerio de Defensa. Centro de Publicaciones, Madrid, 1991].

The Face of Battle, Londres, 1976 [ed. esp.: *El rostro de la batalla*, J. Narro Romero, tr., Turner, Madrid, 2013].

The Price of Admiralty, Londres, 1988.

FRIVAP, B., *Ancient Egypt. Anatomy of a Civilisation*, Londres, 1983 [ed. esp.: *El Antiguo Egipto: historia de una civilización*, M. Tusell, Crítica, Barcelona, 2004].

FRIVJNY, A., *The Logic of Deterrence*, Londres, 1985.

FRIVPIE, L., *The Making of the Roman Army*, Londres, 1984.

FRIVRMAN, F. y FRIVFAIRBANK, J., *Chinese Ways in Warfare*, Cambridge, Mass., 1974.

FRIVCH, P., *The Evolution of Polynesian Chieftdoms*, Cambridge, 1984.

OPSTEG, P., *Turkish Archery and the Composite Bow*, Evanstown, 1947.

GE, E. J., *The Social System of the Zulus*, Pietermaritzburg, 1950.

PER, A., *Anthropologists and Anthropology*, Londres, 1973 [ed. esp.: *Antropología y antropólogos. La escuela británica: 1922-1972*, A. Desmots, tr., Anagrama, Barcelona, 1975].

ANTEM, L., *Imperial Nomads: A History of Central Asia, 500-1500*, Leicester, 1979.

ASSOE, J., *People of Ancient Assyria*, Londres, 1963.

SSON, R., *The British Army and the Theory of Armoured Warfare 1918-40*, Newark, 1984.

TIMORE, O., *Studies in Frontier History*, Londres, 1962.

VIS, M., *The Navy of Britain*, Londres, 1948.

DLE, P., *The 1916 Battle of the Somme*, Londres, 1992.

DNER, R., «Nomadism, Horses, and Huns», *Past and Present*, 1981.

ERMORE, T., *Numbers and Losses in the American Civil War*, Bloomington, 1957.

NGMATE, N., *Hitler's Rockets*, Londres, 1985.

ENZ, K., *On Aggression*, Londres, 1966 [ed. esp.: *Sobre la agresión: el pretendido mal*, F. Blanco, tr., Siglo XXI, Madrid, 1992].

AS, J., *Fighting Troops of the Austro-Hungarian Army*, Nueva York, 1987.

TWAK, E., *The Grand Strategy of the Roman Empire*, Baltimore, 1976.

IN, J., *Tools of War*, Chicago, 1990.

ENCHEN-HELFEN, M., *The World of the Huns*, Berkeley, 1973.

LLET, M., *Mercenaries and Their Masters*, Londres, 1974.

NSEL, P., *Pillars of Monarchy*, Londres, 1984.

NZ, B., *The Rise and Rule of Tamerlane*, Cambridge, 1989.

RSOT, A., *Egypt in the Reign of Muhammad Ali*, Cambridge, 1982.

CORMICK, K. y PERRY, H., *Images of War*, Londres, 1991.

NEAL, R., *Tsar and Cossack*, Basingstoke, 1989.

NEILL, W., *The Pursuit of Power*, Oxford, 1989.

A World History, Nueva York, 1961.

Plagues and People, Nueva York, 1976 [ed. esp.: *Plagas y pueblos*, H. Alsina Thevenet, tr., Siglo XXI, Madrid, 1984].

The Human Condition, Princeton, 1980.

The Rise of the West, Chicago, 1963.

PERSON, J., *Battle Cry of Freedom*, Nueva York, 1988.

ODLETON, J. y TAIT, D., *Tribes Without Rulers*, Londres, 1958.

WARD, A., *War, Economy and Society, 1939-45*, Londres, 1977.

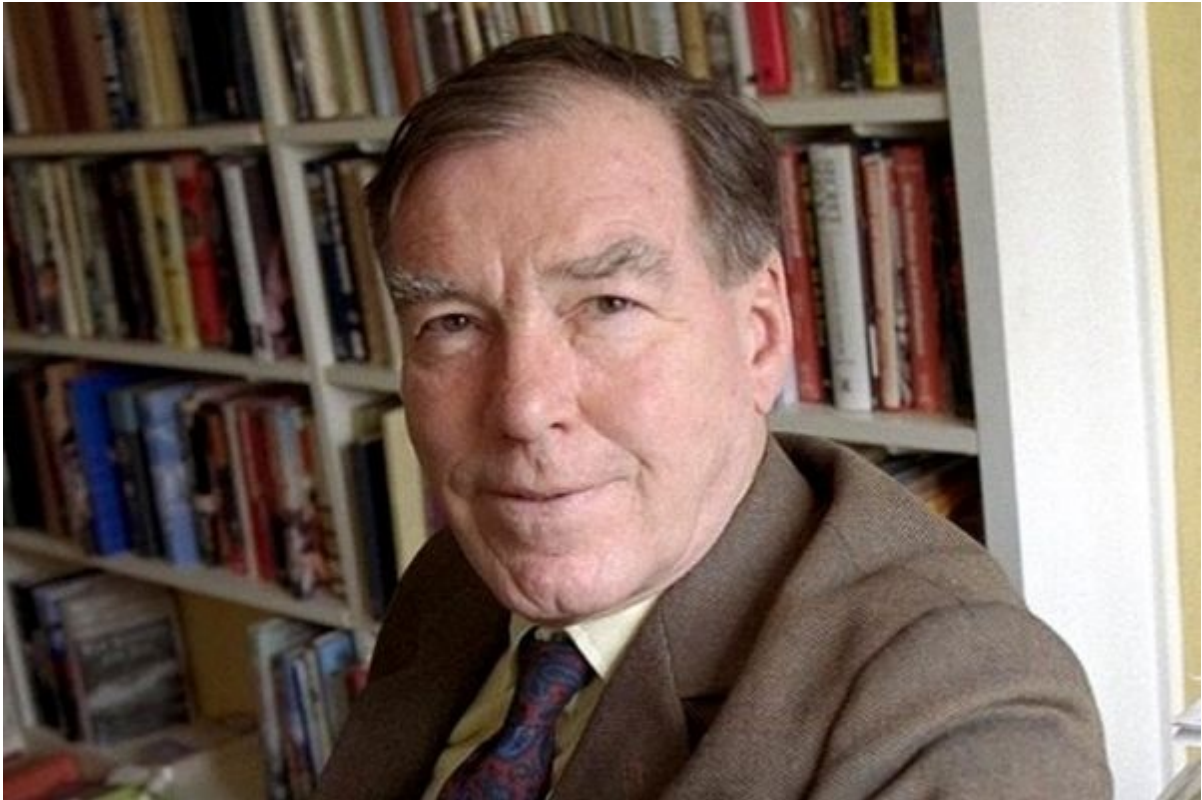
CKLER, A., *Haile Selassie's War*, Oxford, 1979.

OREY, P., ed., *The Origins of Civilisation*, Oxford, 1979.

- ELLER, J., «Changing Attitudes to War. The Impact of the First World War», *British Journal of Political Science*, 21.
- RPHY, T., ed., *The Holy War*, Columbus, 1976.
- RRAY, W., *Luftwaffe*, Londres, 1985.
- EDHAM, J., *Science and Civilisation in China*, I, Cambridge, 1954.
- OLSON, N., *Alex*, Londres, 1973.
- ΚESHOTT, E., *The Archæology of Weapons*, Londres, 1960.
- ERMAIER, H., *La vida de nuestros antepasados cuaternarios en Europa*, Madrid, 1926.
- ET, B., ed., *War and Society in Africa*, 1972.
- LUD, J. P., *Blitzkrieg in the West*, Londres, 1991.
- ET, P., ed., *Makers of Modern Strategy*, Princeton, 1986 [ed. esp.: *Creadores de la estrategia moderna desde Maquiavelo a la era nuclear*, R. Pace, tr., Ministerio de Defensa. Centro de Publicaciones, Madrid, 1992].
- Clausewitz and the State*, Princeton, 1985 [ed. esp.: *Clausewitz y el estado*, M. J. Triviño Seoane, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1979].
- Understanding War*, Princeton, 1992.
- KER, G., *The Army of Flanders and the Spanish Road*, Cambridge, 1972 [ed. esp.: *El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659*, M. Rodríguez Alonso, tr., Alianza, Madrid, 2012].
- The Military Revolution*, Cambridge, 1988 [ed. esp.: *La revolución militar: innovación militar y apogeo de occidente, 1500-1800*, A. Piris y J. A. Gil, trs., Alianza, Madrid, 2002].
- KER, G. y A., *European Soldiers 1550-1650*, Cambridge, 1977 [ed. esp.: *Los soldados europeos entre 1550 y 1650*, M. Tiana Ferrer, tr., Akal, Madrid, 1990].
- KINSON, R., *Clausewitz*, Londres, 1970.
- RY, V. y YAPP, M., eds., *War, Technology and Society in the Middle East*, Londres, 1975.
- RIN, N., *Giving Up the Gun*, Boston, 1988.
- ITE, D., *Le balcon de la Côte d'Azur*, Marignan, 1983.
- ΚALKIEWICZ, J., *Pferd und Reiter im II Weltkrieg*, Múnich, 1976.
- GOT, S., *The Earliest Wheeled Transport*, Londres, 1981.
- ES, D., *Slave Soldiers and Islam*, New Haven, 1981.
- IAKOFF, M., *Combat Sports in the Ancient World*, New Haven, 1987.
- INDS, N., *The Mediaeval Castle in England and Wales*, Cambridge, 1990.
- CHNEVSKY, P., *Genghis Khan*, Oxford, 1991.
- D, W., *Arms Through the Ages*, Nueva York, 1976.
- BARCHAK, C., en Papers Presented to the Guggenheim Foundation Conference, *On the Anthropology of War*, Santa Fe, 1986.
- BERTS, J., *The Pelican History of the World*, Londres, 1987.

- EDER, H., ed., *The Ordeal of Captain Roeder*, Londres, 1960.
- JX, G., *Ancient Iraq*, Nueva York, 1986.
- LE, T., *A Dictionary of Military Quotations*, Londres, 1990.
- NCIMAN, S., *A History of the Crusades*, I, Cambridge, 1951 [ed. esp.: *Historia de las Cruzadas*, G. Bleiberg, tr., Alianza, Madrid, 2012].
- IGS, H., *The Might That Was Assyria*, Londres, 1984.
- ILINS, M., *Tribesmen*, N. J., 1968 [ed. esp.: *Las sociedades tribales*, F. Payards, tr., Labor, Barcelona, 1984].
- NTY, G., *The Order of St. John*, Nueva York, 1991.
- LARES, R., *The Ecology of the Ancient Greek World*, Londres, 1991.
- IDERS, N., *The Sea Peoples*, Londres, 1985.
- ISOM, G., *The Western World and Japan*, Londres, 1950.
- ISOME, D., *Greek Athletics and the Genesis of Sport*, Berkeley, 1988.
- INDERS, J., *The History of the Mongol Conquest*, Londres, 1971.
- É, Mariscal de, *Mes rêveries*, Ámsterdam, 1757.
- TON, A., *The Horsemen of the Steppes*, Londres, 1985.
- OWALTER, D., *Railroads and Rifles*, Hamden, 1975.
- AIL, R., *Crusading Warfare*, Cambridge, 1956.
- CTOR, R., *Eagle Against the Sun*, Londres, 1984.
- NCE, J., *The Search of Modern China*, Londres, 1990 [ed. esp.: *En busca de la China moderna*, J. Beltrán, tr., Tusquets, Barcelona, 2011].
- LER, B., *The Mongols in History*, Londres, 1971 [ed. esp.: *Los mogoles*, L. Hernández Alfonso, tr., Castilla S. A., Madrid, 1966].
- CLAIR, W., *That Greece Might Still Be Free*, Londres, 1972.
- HLBERG, A., *Bounden Duty*, Londres, 1990.
- RREY, R., *A History of Modern Japan*, Londres, 1960.
- TOR, T., *The Breaking Wave*, Londres, 1967.
- RAINE, J., *The Right of the Line*, Londres, 1985.
- OMAS, H., *An Unfinished History of the World*, Londres, 1979 [ed. esp.: *Una historia del mundo*, M. A. Menini, tr., Grijalbo, Barcelona, 1982].
- OMPSON, J., *No Picnic*, Londres, 1992.
- The Lifeblood of War*, Londres, 1991.
- STOI, L., *Anna Karenin*, R. Edmonds, tr., Londres, 1987 [ed. esp.: *Anna Karénina*, V. Gallego, tr., Alba, Barcelona, 2013].
- JNEY-HIGH, H., *Primitive War. Its Practice and Concepts*, 2.^a ed., Columbia, S. C., 1971.
- REFELD, M., *Technology and War*, Londres, 1991.
- NDER HEYDEN, A. y SCULLARD, H., eds., *Atlas of the Classical World*, Londres, 1959.
- NDER VAT, D., *The Atlantic Campaign*, Londres, 1988.

- ADA, A., *War in Ecological Perspective*, Nueva York, 1976.
- KEFIELD, K., ed., *The Blitz Then and Now*, Londres, 1988.
- LDRON, A., *The Great Wall of China*, Cambridge, 1992.
- TSON, G., *The Roman Soldier*, Londres, 1985.
- IGLEY, R., *The Age of Battles*, Bloomington, 1991.
- LCHMAN, G., *The Hut Six Story*, Londres, 1982.
- NDORF, F., ed., *The Prehistory of Nubia*, II, Dallas, 1968.
- HEY, B., *The Life of Johnny Reb*, Baton Rouge, 1918.
- SON, T., *The Myriad Faces of War*, Cambridge, 1986.
- STER, F., *Greek Fortifications*, Toronto, 1971.
- TTLE, J., *The Dictionary of War Quotations*, Londres, 1989.
- OD, E., *Peasant, Citizen and Slave*, Londres, 1988.
- TIEN, Chen, *Chinese Military Theory*, Stevenage, 1992.
- ON, Y., *The Art of Warfare in Biblical Lands*, Londres, 1963.



JOHN KEEGAN (Clapham, Inglaterra, 15 de mayo de 1934 - 2 de agosto de 2012) fue un historiador militar británico. Se caracterizó por analizar los hechos militares históricos aplicando la lógica y, a la vez, buscando el lado humano e individual del combatiente.